JOHN MACARTHUR



ROMANOS 1—8

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

www.dcristo.net

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas en su vida espiritual y servicio cristiano.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Romans 1–8*, © 1991 por John F. MacArthur, Jr. y publicado por Moody Press, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, Illinois 60610-3284.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Romanos 1–8*, © 2002 por John F. MacArthur, Jr. y publicado por Editorial Portavoz, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

Traducción: John Alfredo Bernal López

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 0-8254-1522-5

1 2 3 4 5 edición / año 05 04 03 02 01

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

ROMANOS

JOHN MACARTHUR

PORTAVOZ

ROMANOS
I—8

Exclusivo de:

www.dcristo.net
www.doctrinabiblica.com
www.tronodegracia.com

Índice

Prólogo 9
Introducción 11
1. Las buenas nuevas de Dios - parte 1 27
2. Las buenas nuevas de Dios - parte 2 39
3. Las buenas nuevas de Dios - parte 3 47
4. Liderazgo espiritual verdadero 59
5. El evangelio de Cristo 79
6. La ira de Dios 89
7. Razones para la ira de Dios - parte 1 99
8. Razones para la ira de Dios - parte 2 117
9. Abandonados por Dios 127
10. Principios del juicio de Dios - parte 1 143
11. Principios del juicio de Dios - parte 2 157
12. Seguridad falsa 179
13. La ventaja de ser judío 197
14. La culpabilidad de todos los hombres 211
15. Cómo estar a cuentas con Dios 231
16. Cómo fue que Cristo murió para Dios 247
17. Abraham, justificado por la fe 267
18. Abraham, justificado por gracia 281
19. Salvación por poder divino, no por esfuerzo humano 297
20. La seguridad de salvación 309
21. Adán y el reino de la muerte 331
22. Cristo y el reino de la vida 343
23. Morir para vivir 353
24. Vivos para Dios 373
25. Libres del pecado 383
26. Muertos a la ley 399
27. El pecado y la ley 409
28. El creyente y el pecado que mora en él 423

29. Vida en el Espíritu - parte 1 El Espíritu nos hace libres del pecado y la muerte y nos capacita para cumplir la ley 441
30. Vida en el Espíritu - parte 2 El Espíritu cambia nuestra naturaleza y nos da poder para ganar la victoria 461
31. Vida en el Espíritu - parte 3 El Espíritu confirma nuestra adopción 479
32. El Espíritu Santo garantiza nuestra gloria – parte 1 La incomparable ganancia de gloria 491
33. El Espíritu Santo garantiza nuestra gloria – parte 2 Los gemidos indecibles por la gloria 503
34. La seguridad última – parte 1 La garantía infalible de gloria 525
35. La seguridad última – parte 2 El propósito y progreso de la salvación 545
36. El himno de seguridad 559
Bibliografía 579
Índice de palabras griegas 583
Índice de palabras hebreas 585
Índice temático 587

Prólogo

Predicar a nivel expositivo a través del Nuevo Testamento sigue significando para mí una gratificante comunión divina. Mi meta ha sido siempre tener profundo compañerismo y comunión con el Señor al entender su Palabra, y a partir de esa experiencia explicar a su pueblo lo que significa e implica cierto pasaje. En las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo en "poner sentido" a cada pasaje con el fin de que puedan verdaderamente escuchar a Dios hablar, y que al hacerlo se encuentren en capacidad de responderle.

Obviamente, el pueblo de Dios necesita entender a Dios, y esto requiere un conocimiento de su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15), así como el hecho de permitir que esa Palabra more en abundancia dentro de cada uno de nosotros (Col. 3:16). Por lo tanto, el ímpetu preponderante de mi ministerio consiste en contribuir de alguna forma a que la Palabra viviente de Dios sea avivada en su pueblo. Esta es una aventura siempre refrescante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja la búsqueda de ese objetivo que precisamente consiste en explicar y aplicar las Escrituras a nuestra vida. Algunos comentarios son básicamente lingüísticos, otros eminentemente teológicos y algunos fundamentalmente homiléticos. El que usted tiene en sus manos es primordialmente explicativo o expositivo. No es técnico en el sentido de la lingüística, pero también trata aspectos lingüísticos cuando esto resulta ser de ayuda para la interpretación adecuada. No trata de abarcar todos los temas de la teología, pero se enfoca en las doctrinas más importantes presentes en cada texto y en la manera como se relacionan con las Escrituras en su conjunto. No es homilético en principio, aunque cada unidad de pensamiento se trata por lo general como un capítulo, con un bosquejo claro y un flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y aplican con el respaldo de otras porciones de las Escrituras. Tras establecer el contexto de un pasaje, me he esforzado en seguir de cerca el desarrollo argumentativo y el razonamiento del escritor.

Mi oración es que cada lector pueda alcanzar un entendimiento pleno de lo que el Espíritu Santo está diciendo por medio de esta parte de su Palabra, de tal manera que su revelación se pueda alojar en las mentes de los creyentes trayendo como resultado una mayor obediencia y fidelidad, para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción

LA IMPORTANCIA DE LA EPÍSTOLA

La mayoría de, si no todos, los grandes avivamientos y reformas en la historia de la iglesia, han estado relacionados directamente con la carta a los romanos. En septiembre de 386 d.C., un nativo del norte de África quien había sido profesor durante varios años en Milán, Italia, se sentó a derramar lágrimas en el jardín de su amigo Alipio, contemplando las maldades de su vida. Mientras estuvo allí sentado, escuchó a un niño cantar *"Tole, lege. Tole, lege"*, que en latín significa "Toma y lee. Toma y lee". A su lado había un rollo abierto de la carta a los romanos, y él lo tomó en sus manos. El primer pasaje que captó con su mirada decía, "no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne" (13:13-14). Este hombre escribió posteriormente acerca de aquella ocasión: "No quise leer más que eso, ni tampoco lo necesitaba; porque en el mismo instante en que terminé la frase, como por una luz de seguridad infundida en mi corazón, toda la pesadumbre de la duda se desvaneció" (*Confesiones*, Libro 8, capítulo 12). El hombre se llamaba Aurelio Agustín, quien tras la lectura de ese breve pasaje de Romanos, recibió a Jesucristo como Señor y Salvador, y prosiguió a convertirse en uno de los teólogos y líderes más descollantes de la iglesia.

Un poco más de mil años después, Martín Lutero, un monje perteneciente a una orden religiosa católico romana nombrada en honor de Agustín, estaba enseñando la carta a los romanos a sus estudiantes en la Universidad de Wittemberg en Alemania. A medida que estudiaba el texto cuidadosamente, experimentó cada vez más convicción por el tema central de la justificación por fe solamente. Él escribió:

> Yo anhelaba en gran manera entender la Epístola de Pablo a los Romanos, y ninguna cosa se había cruzado en mi camino excepto por esa sola expresión: "la justicia de Dios", porque yo asumí que se refería a aquella justicia por la cual Dios es justo y trata con justicia a los injustos por

> medio del castigo ... Noche tras día medité en ello hasta que ... capté la verdad según la cual la justicia de Dios es aquella justicia según la cual, por medio de la gracia y la pura misericordia, Él nos justifica por fe. A partir de entonces sentí que yo mismo había vuelto a nacer y que acababa de pasar por las puertas abiertas del paraíso. Todas las Escrituras adquirieron un nuevo significado, y allí donde antes la idea de "la justicia de Dios" me había llenado de aborrecimiento, ahora se había convertido para mí en una expresión dulce e inenarrable del más grande amor. Este pasaje de Pablo se convirtió para mí en una puerta de entrada al cielo. (Cp. Barend Klaas Kuiper, *Martin Luther: The Formative Years* [Grand Rapids: Eerdmans, 1933], pp. 198-208.)

Varios siglos más tarde, un ministro ordenado en la iglesia de Inglaterra con el nombre de Juan Wesley, estaba atravesando por una confusión similar acerca del significado del evangelio y se encontraba en la búsqueda de una experiencia genuina de salvación. Para la noche del miércoles 24 de mayo de 1738, él escribió en su diario:

> Asistí de no muy buen ánimo a una reunión social en la calle Aldersgate, donde alguien estaba leyendo el prefacio de Lutero a la epístola a los romanos. Cerca de un cuarto de hora antes de las nueve, mientras él describía el cambio que Dios obra en el corazón mediante la fe en Cristo, sentí un extraño calor en mi corazón. Sentí que sí confiaba en Cristo, y solamente en Cristo, para mi salvación; y también me fue dada una seguridad de que Él se había llevado mis pecados, incluso a mí mismo, y que me había salvado de la ley del pecado y de la muerte.

Al tratar de estimar la importancia de la carta a los romanos, Juan Calvino dijo: "Cuando cualquier persona adquiere un conocimiento de esta epístola, se abre ante él una puerta de acceso a los tesoros más recónditos de las Escrituras" (*Commentaries on the Epistle of Paul to the Romans* [Grand Rapids: Baker, 1979], p. 1). Martín Lutero dijo que Romanos es "la parte central del Nuevo Testamento y el evangelio más depurado" (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Kregel, 1954], p. xiii). Frederick Godet, el notorio comentarista bíblico suizo, llamó al libro de Romanos "la catedral de la fe cristiana" (*Commentary on St. Paul's Epistle to the Romans* [Nueva York: Funk & Wagnalls, 1883], p. 1).

El famoso traductor de la Biblia del siglo dieciséis, William Tyndale, escribió las siguientes palabras en su prólogo a la carta a los romanos:

> Por cuanto esta epístola es la parte principal por excelencia del Nuevo Testamento, y su más pura condensación del *euangelion*, es decir, de

> nuevas de gran gozo que nosotros llamamos evangelio, así como una luz y un camino que conduce a todo el conjunto de las Escrituras, creo que resulta indispensable que todo cristiano no solamente lo conozca de memoria sin el libro a la mano, sino que también se ejercite en ello de continuo, como si fuera el pan diario del alma. En verdad, ningún hombre puede leerlo con excesiva frecuencia, o estudiarlo demasiado bien, porque entre más se estudia más fácil resulta; entre más se mastica, cuanto más agradable es su sabor; y cuanto más se escudriña a fondo, cosas cada vez más preciosas se hallan en él. Así de grande es el tesoro de cosas espirituales que yacen aquí escondidas. (*Doctrinal Treatises and Introductions to Different Portions of the Holy Scriptures by William Tyndale*, Henry Walter, ed. [Cambridge: University Press, 1848], p. 484)

El popular expositor bíblico Donald Grey Barnhouse, quien transmitió por radio mensajes semanales sobre la carta a los romanos en el transcurso de once años, escribió con respecto a esta amada epístola:

> Un científico puede afirmar que la leche materna es el alimento más perfecto conocido por el hombre, y puede presentar un análisis donde muestre todos sus componentes químicos, así como una lista de las vitaminas que contiene y un cálculo de las calorías presentes en una muestra dada. Un bebé tomará esa leche sin el conocimiento más remoto de su contenido, y se desarrollará día tras día, regodeándose y creciendo en medio de su ignorancia. Así ocurre también con las verdades profundas de la Palabra de Dios. (*Man's Ruin: Romans 1:1-32* [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], p. 3)

Se ha dicho que Romanos puede deleitar al lógico más brillante, y cautivar la mente del genio más consumado, pero que también traerá lágrimas a los ojos del alma más humilde y refrigerio a la mente más simple. Es capaz de tumbarle de un solo golpe para después levantarle de nuevo. Va a despojarle de todo su ropaje, para después vestirle con elegancia eterna. La carta a los romanos tomó un mercachifle de Bedford como lo era Juan Bunyan, para convertirlo en el gigante espiritual y maestro literario que escribió *El progreso del peregrino* y *La guerra santa*.

Esta epístola cita al Antiguo Testamento en unas 57 ocasiones, más que cualquier otro libro del Nuevo Testamento. En él se emplean palabras claves de forma reiterativa: *Dios* 154 veces, *ley* 77 veces, *Cristo* 66 veces, *pecado* 45 veces, y *fe* 40 veces.

Romanos responde muchas preguntas acerca del hombre y de Dios. Algunas de las preguntas más significativas que responde son las siguientes: ¿Cuáles son

las buenas nuevas de Dios? ¿Jesús es Dios en realidad? ¿Cómo es Dios? ¿Cómo puede Dios enviar personas al infierno? ¿Por qué los hombres rechazan a Dios y a su Hijo, Jesucristo? ¿Por qué hay religiones falsas e ídolos? ¿Cuál es el pecado más grande del hombre? ¿Por qué existen las perversiones sexuales, el odio, el crimen, la deshonestidad, y todos los demás males del mundo, y por qué son tan generalizados y licenciosos? ¿Cuál es el parámetro conforme al cual Dios condena a las personas? ¿Cómo puede una persona que nunca ha escuchado el evangelio tener responsabilidad espiritual? ¿Los judíos tienen una mayor responsabilidad de creer que los gentiles? ¿Quién es un judío verdadero? ¿Existe alguna ventaja espiritual en el hecho de ser judío? ¿Qué tan bueno es el hombre en sí mismo? ¿Cuán malvado es el hombre en sí mismo? ¿Acaso alguna persona puede guardar las leyes de Dios a perfección? ¿Cómo puede una persona saber que es un pecador? ¿Cómo puede un pecador ser perdonado y justificado por Dios? ¿Cómo se relaciona un cristiano con Abraham? ¿Cuál es la importancia de la muerte de Cristo? ¿Cuál es la importancia de su resurrección? ¿Cuál es la importancia de su vida presente en el cielo? ¿Por quiénes murió Cristo? ¿Dónde pueden encontrar los hombres paz y esperanza reales? ¿Cómo están relacionados todos los hombres espiritualmente con Adán, y de qué manera los creyentes están relacionados espiritualmente con Jesucristo? ¿Qué es la gracia y qué función cumple? ¿Cómo se relacionan la gracia y la ley de Dios? ¿Cómo muere espiritualmente una persona y cómo nace de nuevo? ¿Cuál es la relación del cristiano con el pecado? ¿Qué tan importante es la obediencia en la vida cristiana? ¿Por qué vivir la vida cristiana es una lucha tan grande? ¿Cuántas naturalezas tiene un cristiano?

Todavía hay muchas más preguntas: ¿Qué hace el Espíritu Santo por un creyente? ¿Qué tan íntima es la relación de un cristiano con Dios? ¿Por qué existe el sufrimiento? ¿El mundo va a ser diferente algún día? ¿Qué son elección y predestinación? ¿Cómo pueden orar adecuadamente los cristianos? ¿Qué tan segura es la salvación de un creyente? ¿Cuál es el plan actual de Dios para Israel? ¿Cuál es su plan futuro para Israel? ¿Por qué y para qué han sido escogidos los gentiles por Dios? ¿Cuál es la responsabilidad del cristiano para con los judíos e Israel? ¿Qué es un compromiso espiritual verdadero? ¿Cómo debe ser la relación del cristiano con el mundo en general, con los no salvos, con otros cristianos, y con el gobierno humano? ¿Qué es amor genuino y cómo funciona? ¿Qué deben hacer los cristianos frente a cuestiones que no son correctas o incorrectas en sí mismas? ¿Qué es libertad verdadera? ¿Qué tan importante es la unidad en la iglesia?

No es de extrañarse que Frederick Godet, citado anteriormente, haya exclamado en cierta ocasión: "¡Oh San Pablo! Si tu única obra hubiese sido redactar la epístola a los romanos, eso habría sido suficiente para hacerte querer de todas las mentes lógicas".

Romanos habla a nosotros hoy día con el mismo efecto con que habló a los hombres del primer siglo. Habla sobre aspectos morales como adulterio, fornicación, homosexualismo, odio, homicidio, mentira y desobediencia civil. Habla sobre cuestiones intelectuales, enseñándonos que el hombre natural se confunde a causa de tener una mente reprobada. Habla en términos sociales, al mostrarnos cómo debemos relacionarnos unos con otros. Habla en términos psicológicos, indicándonos de dónde viene la verdadera libertad del hombre frente a la carga de la culpa. Habla a nivel nacional, al contarnos acerca del destino último de la tierra y especialmente acerca del futuro de Israel. Habla en el área espiritual, respondiendo a la desesperanza del hombre ofreciendo esperanza para el futuro. Habla teológicamente, enseñándonos acerca de la relación entre la carne y el espíritu, entre la ley y la gracia, entre las obras y la fe; pero por encima de todo, nos acerca a Dios con profundidad.

Un poeta anónimo escribió estas conmovedoras palabras que captan en gran parte el corazón mismo de la carta a los romanos:

> Oh, largas y lóbregas fueron las escaleras que recorrí
> Con pies temblorosos para hallar a mi Dios.
> Ganando un peldaño poco a poco
> Para después resbalarme y perderlo.
> Nunca avancé mucho pero sigo luchando
> Con agarre debilitado y voluntad endeble,
> Sangrando en mi ascenso escalado a Dios, mientras Él
> Sonreía serenamente como si no pudiera notarme.
> Luego llegó un cierto momento en que
> Aflojé mi aprehensión y caí desde aquella altura;
> Abajo, hasta el escalón más bajo fue mi caída,
> Como si no hubiera escalado en absoluto.
> Ahora, cuando yacía tendido en mi desesperanza,
> Escucho ... una pisada en la escalera,
> En esa misma escalera donde yo temí,
> Donde vacilé y caí para yacer desmayado.
> Y miré, y cuando la esperanza había dejado de ser,
> Mi Dios descendió por la escalera y llegó hasta mí.

EL AUTOR

Resulta imposible entender con claridad la carta a los romanos sin conocer algo acerca de su sorprendente autor.

Pablo fue llamado originalmente Saulo en honor al primer rey de Israel, y como él también perteneció a la tribu de Benjamín (Fil. 3:5). Nació en Tarso

(Hch. 9:11), una ciudad próspera ubicada a poca distancia de la costa norte oriental del Mediterráneo, en la provincia de Cilicia que ocupaba lo que actualmente es la moderna Turquía. Tarso era un centro de aprendizaje y cultura griega y domicilio de una de las tres universidades más sobresalientes del Imperio Romano. Saulo pudo haber recibido su entrenamiento allí así como en Jerusalén, bajo la tutela del rabino Gamaliel (Hch. 22:3), quien fue nieto de Hilel, probablemente el rabino más famoso de todos los tiempos. Por cuanto se decía que él personificaba la ley, con mucha frecuencia se hacía referencia a Gamaliel como "la belleza de la ley". Por lo tanto, Saulo fue educado en la literatura y filosofía griegas, así como en la ley rabínica.

Siguiendo la ley mosaica, Saulo fue circuncidado al octavo día (Fil. 3:5). Es probable que haya sido enviado a Jerusalén tan pronto llegó a los trece años de edad, edad en que los niños judíos llegaban a ser reconocidos como hombres. Bajo la tutela de Gamaliel, Saulo seguramente tuvo que memorizar y aprender a interpretar las Escrituras de acuerdo a la tradición rabínica, principalmente la contenida en el Talmud. Probablemente fue durante su permanencia en Jerusalén que se convirtió en fariseo. Debido a que su padre era ciudadano romano, Saulo nació con esa ciudadanía (Hch. 22:28), un título bastante apreciado y beneficioso para él. Por todas estas circunstancias, llegó a poseer las credenciales más altas que podían alcanzarse en aquel tiempo, tanto en la sociedad greco-romana como en la judía.

De conformidad con la costumbre judía, Saulo también aprendió el oficio de su padre que era la fabricación de tiendas (Hch. 18:3). En vista del hecho de que este apóstol nunca tuvo un encuentro con Jesús durante su ministerio terrenal, es probable que haya regresado a Tarso tras recibir su educación en Jerusalén. Debido a su entrenamiento sobresaliente, fue sin duda un líder en una de las sinagogas principales de Tarso, sosteniéndose económicamente con la fabricación y venta de tiendas. Según su propio relato, había sido un legalista celoso, un "hebreo de hebreos" comprometido totalmente con la ley en todos sus detalles (Fil. 3:5-6).

Probablemente fue mientras estuvo de regreso en Tarso que empezó a escuchar acerca de la nueva "secta" que estaba inundando a Jerusalén, no solo con su enseñanza sino también con la cantidad de sus conversos. Al igual que la mayoría de los líderes judíos en Palestina, Saulo se sentía profundamente ofendido por la aspiración de Jesús al título de Mesías y se dedicó a tratar de erradicar la supuesta herejía. Todavía era un joven cuando regresó a Jerusalén, pero debido a su celo y a su habilidad natural, en poco tiempo se convirtió un líder en la persecución de la iglesia. En lugar de ablandar su corazón, al principio el apedreamiento de Esteban endureció todavía más el corazón de Saulo, y a partir de ese momento Lucas nos informa que "Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel" (Hch. 8:3).

Lucas también empieza otro reporte sobre las actividades del futuro apóstol al decir: "Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor" (9:1). Él se convirtió en una especie de caballo de guerra con el olor de la batalla en sus fosas nasales, gruñendo y resoplando con una furia intemperante contra todo y todos los que estuvieran relacionados con el cristianismo. Él se convirtió para los cristianos en alguien muy parecido al malvado Amán, "el enemigo de los judíos" que procuró destruir a todos los judíos que había en el vasto imperio del rey Asuero (Est. 3:8-10).

No contento con perseguir a los creyentes en Jerusalén y Judea, Saulo "vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase a algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén" (Hch. 9:1-2). Saulo estaba consumido por una pasión para encarcelar y ejecutar a los cristianos, y antes de ir a Damasco se había dedicado a arremeter contra los cristianos "hasta en las ciudades extranjeras" fuera de Israel (véase Hch. 26:11).

En aquel tiempo, Damasco era una ciudad de unos 150.000 habitantes, incluyendo a muchos miles de judíos. Por lo tanto, es posible que las "sinagogas de Damasco" a las que Saulo hacía referencia fueran cerca de una docena o más. Damasco era la capital de Siria y se encontraba a unos 200 kilómetros al noreste de Jerusalén, se requerían por lo menos seis días de viaje para trasladarse de una ciudad a la otra.

No obstante, cuando Saulo se encontraba "yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (9:3-4). En su defensa ante el rey Agripa muchos años después, Pablo relató que Jesús añadió a continuación: "Dura cosa te es dar coces contra el aguijón" (Hch. 26:14). Un aguijón era una vara larga y de punta afilada que se utilizaba para apacentar a ganado obstinado como es el caso de los bueyes. Para hacer que el animal siguiera andando, era espoleado en el inmediato costado o justo arriba del talón. En la cultura griega la frase "es duro dar coces contra el aguijón" era una expresión común que se utilizaba para indicar oposición a una deidad en particular, una expresión que sin duda alguna Saulo había escuchado muchas veces mientras vivió en Tarsos. Con esa frase, Jesús le estaba dejando en claro a Saulo que su persecución de los cristianos era equivalente a oponerse a Dios mismo, lo cual era exactamente todo lo contrario de lo que él se había convencido que estaba haciendo.

Con un temor abyecto Saulo contestó a la voz celestial: "¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues" (Hch. 9:5). En ese momento Saulo debió haber estado aterrorizado y desgarrado al mismo tiempo. Aterrorizado porque estaba en la misma presencia de Dios y desgarrado al descubrir que había estado luchando en contra de Dios en lugar de servirle. Quedó devastado

al darse cuenta de que la sangre que había estado derramando era la sangre del pueblo de Dios. El Jesús a quien sus compatriotas israelitas habían escarnecido, vapuleado y sometido a muerte; el Jesús a quien Esteban había invocado mientras Saulo estaba de pie consintiendo en su muerte; el Jesús cuyos seguidores Saulo mismo había estado encarcelando y ejecutando. Ese Jesús era ni más ni menos que Dios mismo, ¡tal como lo había afirmado cuando estuvo en la tierra! En ese momento Pablo quedó totalmente expuesto e indefenso ante Dios, cegado por el brillo refulgente de su majestad revelada.

Durante muchos años Saulo había estado absorbido por completo con la obsesión de aniquilar la iglesia, y si hubiera llevado a cabo su plan, la iglesia habría muerto en su infancia, ahogada en su propia sangre. Si el Señor no hubiera añadido de inmediato: "Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer" (9:6). Es muy posible que Saulo hubiera expirado simplemente a causa del temor que le sobrecogió ante la enormidad de su pecado. Muchos años más tarde él miró esa experiencia en retrospectiva y declaró:

> *Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús. Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. (1 Ti. 1:12-15)*

En ese camino cerca a Damasco, Saulo fue transformado de una manera maravillosa y para toda la eternidad. A pesar de haber quedado temporalmente ciego y que a duras penas pudo hablar, durante esa experiencia él sometió por completo su vida a Cristo.

Es probable que Saulo haya estado empecinado con tanta vehemencia en destruir a los seguidores de Jesús, que ningún cristiano habría sido capaz de presentarle con éxito el evangelio. Únicamente Dios, por medio de una intervención milagrosa, pudo llamar su atención, ¡y de qué manera lo hizo! Era necesario que fuera doblegado y quebrantado por completo antes de que estuviera dispuesto a prestar atención a la verdad de Dios. Él era tan temido por la iglesia que ni siquiera los apóstoles quisieron hablar con él cuando solicitó por primera vez permiso para visitarlos. A ellos les parecía imposible creer que Saulo de Tarso pudiera ser un discípulo de Cristo (Hch. 9:26).

De forma consecuente a su capacidad natural para sentir celo y entusiasmo, tan pronto como Saulo recuperó la vista fue bautizado, y recibió algún alimento después de pasar tres días sin comer ni beber (véase 9:9), vemos que Saulo "en seguida predicaba a Cristo en las sinagogas" (v. 20), ¡las mismas sinagogas para

las cuales había recibido cartas de autorización del sumo sacerdote con el objetivo de arrestar a todos los cristianos que encontrara en ellas! No es para sorprenderse que "todos los que le oían estaban atónitos, y decían: ¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes" (v. 21).

Por una iluminación divina extraordinaria, tras su conversión Saulo estuvo de inmediato en capacidad no solamente de testificar sobre lo que le había sucedido, sino para defender el evangelio de una manera tan contundente que hasta confundía a todos los judíos incrédulos que se atrevían a discutir con él, "demostrando que Jesús era el Cristo" (v. 22).

Él tuvo tanto éxito en su proclamación del evangelio que en poco tiempo sus antiguos secuaces, al lado de otros judíos incrédulos en Damasco, hicieron planes para matarle. En su determinación para exterminar a este traidor a su causa, se ganaron el apoyo político y militar del "gobernador de la provincia del rey Aretas" (2 Co. 11:32). "Pero sus asechanzas llegaron a conocimiento de Saulo. Y ellos guardaban las puertas de día y de noche para matarle. Entonces los discípulos, tomándole de noche, le bajaron por el muro, descolgándole en una canasta" (Hch. 9:24-25).

Como Pablo mismo explica en su carta a los gálatas, fue en ese momento que él partió hacia Arabia y pasó tres años allá (véase Gá. 1:17-18). Probablemente fue en ese lugar que el apóstol aprendió mucho y recibió revelación directa del Señor. Como él había testificado previamente en Gálatas, el evangelio que fue anunciado por él no era "según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo" (1:11-12).

Después de ese entrenamiento en el "seminario divino" en Arabia de Nabatea, Saulo regresó a Damasco por un breve tiempo (Gá. 1:17). Es posible que haya sido en esta segunda visita que aquel gobernador que era súbdito del rey Aretas se haya involucrado en el asunto, quizás debido a que Saulo había provocado la ira real por predicar el evangelio mientras estuvo en Arabia, que también se encontraba bajo el control del monarca. Si es así, Saulo escapó de Damasco por segunda ocasión, y esta vez fue descolgado por una ventana del muro en un canasto (véase 2 Co. 11:33).

Únicamente después de ese período de tres años, Pablo fue a Jerusalén y conoció a los demás apóstoles. Mediante la confianza, la gracia y la intercesión oportuna de Bernabé (Hch. 9:27), los apóstoles finalmente reconocieron a Saulo como un creyente verdadero y le aceptaron en la comunidad fraterna.

La cronología exacta de este período en la vida de Pablo no puede determinarse con claridad, pero sabemos que pasó quince días en Jerusalén con Pedro (Gá. 1:18), y en ese momento puede ser que se haya comunicado con los demás apóstoles, aunque no es seguro. En poco tiempo empezó a predicar y enseñar allí y tuvo tanta contundencia cuando "disputaba con los griegos", que "éstos

procuraban matarle. Cuando supieron esto los hermanos, le llevaron hasta Cesarea, y le enviaron a Tarso", su ciudad natal (Hch. 9:29-30). Es probable que haya fundado iglesias en Tarso y otros lugares de Cilicia, y sabemos que el Señor le usó más adelante para fortalecer a las iglesias en esa área (Hch. 15:41).

Después que Bernabé fue enviado por la iglesia de Jerusalén a organizar la iglesia en Antioquía de Siria, él ministró allá por cierto período de tiempo y luego decidió incorporar la ayuda de Saulo. Después de haber ido hasta Tarso a buscar a Saulo, Bernabé "le trajo a Antioquía. Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente". Fue durante este tiempo en Antioquía, bajo el ministerio unido de Saulo y Bernabé, que "a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez". (Hch. 11:22-26).

Cuando se cumplió lo predicho por Agabo acerca de "una gran hambre en toda la tierra habitada", la iglesia de Antioquía recibió contribuciones de sus miembros para aliviar a los creyentes en Judea, quienes estaban pasando por un tiempo de mucha necesidad. La ofrenda fue enviada "a los ancianos [en Jerusalén] por mano de Bernabé y de Saulo" (Hch. 11:28-30).

A medida que la iglesia en Antioquía crecía, también se levantaron otros profetas y maestros, y en un momento dado el Espíritu Santo instruyó a esos líderes al decir: "Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron" (Hch. 13:1-3). Fue en ese tiempo que Pablo, quien todavía era llamado Saulo, empezó su ministerio especial como apóstol a los gentiles.

EL LUGAR Y EL TIEMPO EN QUE SE ESCRIBIÓ

Pablo hizo tres extensos viajes misioneros cuyos informes pueden encontrarse en el libro de los Hechos, 13:4–21:17, y después realizó un último viaje a Roma para tener una audiencia ante el César (27:1–28:16). En el tercer viaje él fue por tercera vez a Corinto, una ciudad portuaria bastante próspera aunque también llena de maldad, ubicada en la provincia de Acaya, en lo que ahora corresponde al sur de Grecia. Fue probablemente durante esa estadía en Corinto que tuvo el propósito inmediato de recolectar otra ofrenda para los creyentes necesitados de Palestina (Ro. 15:26) que Pablo escribió la carta dirigida a la iglesia en Roma.

Un examen detallado por parte de otros comentaristas da como resultado el arreglo de los datos cronológicos suministrados por el libro de los Hechos y la epístola misma, lo cual nos permite establecer la fecha en que fue escrita a comienzos de la primavera del año 58 d.C., justo antes de que Pablo saliera con rumbo a Jerusalén (Ro. 15:25) para poder llegar antes del Pentecostés (Hch. 20:16).

EL PROPÓSITO PARA ESCRIBIR

Pablo menciona varios propósitos para escribir la carta a los romanos. Primero que todo, él había querido visitar la iglesia en Roma en numerosas ocasiones, pero hasta el momento las circunstancias se lo habían impedido (Ro. 1:13). Él quería ir, según explicó a los creyentes: "porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados" (v. 11). Contrario a la enseñanza de la iglesia católica romana, la iglesia en Roma no fue establecida por Pedro o cualquier otro apóstol. Pablo deja en claro al final de la carta que él se había propuesto expresamente "no edificar sobre fundamento ajeno" (15:20), esto es, su intención no era adoctrinar o dirigir una congregación que había sido fundada por otro apóstol u otro líder cristiano.

Es probable que la iglesia en Roma hubiese sido fundada por un grupo de cristianos judíos que llegaron allí procedentes de Judea. Es posible que hubiese cristianos en Roma desde hacía muchos años, convertidos pertenecientes al grupo de visitantes "tanto judíos como prosélitos" procedentes de Roma que asistieron a la fiesta del Pentecostés (Hch. 2:10), quienes fueron testigos oculares de la llegada y la manifestación del Espíritu Santo, que escucharon a los apóstoles hablar en sus lenguas nativas, y que luego escucharon el potente discurso de Pedro. Si es así, habrían estado entre las tres mil almas que creyeron y fueron bautizadas ese día (v. 41).

De cualquier modo, aunque se trataba de un grupo dedicado y fiel que vivía en el corazón estratégico del Imperio Romano, los creyentes en la ciudad de Roma no habían recibido el beneficio de la predicación y la enseñanza de los apóstoles. Esa era la deficiencia que Pablo quería remediar por medio de su visita para tener un tiempo de instrucción y ánimo en la fe.

Pablo también quería realizar una obra evangelística en ese lugar, lo cual indican sus palabras en torno al deseo pronto que tenía para "anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma" (Ro. 1:15).

Además de esas razones, Pablo quería visitar la iglesia en Roma por su propio beneficio: "para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí" (1:12). Él quería ir allá no solamente por causa de Cristo sino también por el bien de la iglesia, por amor a los perdidos y por su propio provecho personal.

Él anhelaba poder conocer a los creyentes en Roma y que ellos le conocieran bien. Primero que todo, él quería que ellos le conocieran a fin de que pudiesen orar por él. Aunque la mayoría de ellos eran desconocidos para el apóstol, él imploró casi al final de la carta: "Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, ... para que con gozo llegue a vosotros por la voluntad de Dios, y que sea recreado juntamente con vosotros" (15:30, 32).

Quizás él también quería que ellos le conocieran para que después de su estadía en Roma, ellos estuviesen dispuestos a colaborar con los recursos necesarios para su viaje hasta España, donde tenía la esperanza de ministrar más adelante (15:28).

La carta de Pablo a la iglesia en Roma era entre otras cosas, una presentación que hizo de sí mismo como apóstol. Él expuso el evangelio que predicaba y enseñaba de tal manera que los creyentes en Roma tuvieran una completa confianza en su autoridad. Escribió de su puño y letra un tratado monumental para establecerlos en la verdad y para mostrar que sin lugar a dudas era un verdadero apóstol de Jesucristo.

Cuando Pablo finalmente pudo llegar a Roma fue a costa del gobierno romano, debido a su insistencia en que, siendo un ciudadano romano, fuera juzgado delante de César con respecto a las acusaciones presentadas contra él por los principales sacerdotes y otros líderes judíos de Jerusalén (Hch. 25:2, 11). Por lo tanto, él llevó a cabo su ministerio en Roma siendo un prisionero, y fue durante ese confinamiento que escribió la epístola a los filipenses, en la cual envió saludos de "los de la casa de César" (4:22). También es muy probable que Pablo haya escrito y enviado desde Roma las cartas que conocemos como Efesios (Ef. 3:1; 6:20), Colosenses (Col. 4:10), y Filemón (Flm. 1).

El triunfo espectacular del evangelio durante y por medio del ministerio de Pablo es algo imposible de estimar, pero ese hombre increíble fue llenado de poder y utilizado por el Espíritu de Dios para lograr cosas más allá de lo imaginable. Algunos historiadores han calculado que para el cierre del período apostólico había ¡medio millón de cristianos! Solamente Dios sabe cuántas de esas personas fueron llevadas al Señor de forma directa o indirecta gracias a los esfuerzos de Pablo. A lo largo de los siglos transcurridos el Señor ha continuado usando los escritos de ese apóstol que fueron claramente inspirados por el Espíritu Santo, con el propósito de ganar a los perdidos y también para edificar, fortalecer, animar y corregir a muchos millones de creyentes de todo el mundo. Él había sido apartado por Dios en su gracia y como él mismo dijo: "desde el vientre de mi madre, ... para que yo le predicase entre los gentiles" (Gá. 1:15-16).

EL CARÁCTER DE PABLO

Físicamente, Pablo no era atractivo (véase por ejemplo, 2 Co. 10:10; Gá. 4:14). Ha sido descrito como bajo de estatura y con cicatrices en su rostro y cuerpo debidas a sus múltiples flagelaciones y apedreamientos. Sin importar cuál haya sido su apariencia física, en estatura y magnificencia espiritual Pablo sin duda sigue sin ser superado entre los siervos de Dios.

Pablo tenía características personales que hacían de él una persona a quien Dios podía usar. Es obvio que poseía una mente totalmente bíblica puesto que

estaba saturado por completo con la Palabra de Dios, que en su tiempo era lo que ahora llamamos el Antiguo Testamento. Su gran intelecto permanecía continuamente inmerso en las Escrituras hebreas, con lo cual recibía una instrucción constante sobre la revelación previa de Dios mismo y de su voluntad.

En la carta a los romanos por ejemplo, Pablo habla con una gran competencia acerca de Abraham. Él entendía la relación que existe entre la gracia y la ley, así como entre la carne y el espíritu. Al enseñar acerca de esas verdades, él extrae de los escritos de Moisés, Oseas, Isaías, David y otros. De los libros de la ley, él demuestra estar familiarizado especialmente con Génesis, Éxodo, Levítico y Deuteronomio. Cita a Jeremías y Malaquías, y alude a Daniel. Cita de Joel 2 y Nahum 1, y se refiere a 1 Samuel, 1 Reyes y Ezequiel 37. Sus pensamientos y su enseñanza se interpolan continuamente con el Antiguo Testamento, quizás de manera predominante con Isaías, en cuyas profecías era todo un maestro.

Citando Isaías 28:16 él declara: "como está escrito: He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en él, no será avergonzado" (Ro. 9:33; cp. 10:11). Unos cuantos versículos más adelante cita Isaías 57:7 al decir: "Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!" (10:15). En el capítulo 11 él hace una pregunta retórica acerca de 1 Reyes 19:10: "¿O no sabéis qué dice de Elías la Escritura" (v. 2). En dos ocasiones más en ese mismo capítulo él apela a pasajes no especificados de las Escrituras para respaldar lo que está diciendo, y presenta cada cita individual con la frase: "como está escrito" (vv. 8, 26; cp. Dt. 29:4; Sal. 69:22-23; Is. 27:9; 59:20-21). A lo largo del resto de la carta él continúa apelando a la autoridad de las Escrituras (por ejemplo, 12:19; 14:11; 15:3).

El pensamiento bíblico de Pablo estaba combinado con una vocación misionera dinámica y resuelta de la cual no estaba dispuesto a desviarse ni distraerse por motivo alguno. Si lo golpeaban, él continuaba ministrando, si lo metían a la cárcel, él empezaba una reunión evangelística allí mismo (Hch. 16:22-25). Si era apedreado y dejado por muerto a causa de su predicación, Dios lo levantaría de nuevo y él seguía por el camino señalado (14:19-20). Cuando un oyente extenuado cayó desde una ventana en el tercer piso y murió mientras Pablo instruía a los hermanos hasta altas horas de la noche, el apóstol salió y se echó sobre él y le levantó de los muertos para proseguir en seguida con su enseñanza hasta el amanecer (20:9-12).

Pablo recorrió gran parte de los dominios del Imperio Romano de su tiempo, desde Jerusalén hasta Roma y desde Cesarea hasta Filipos en la provincia de Macedonia. Él era un arquitecto constructor de fundamentos, dedicado de forma incansable a declarar el evangelio con suma convicción, quizás durante un período de veinte años sin interrupción. Mientras se encontraba alentando, instruyendo y haciendo advertencias a los ancianos de Éfeso que fueron hasta Mileto para encontrarse con él, Pablo dijo: "El Espíritu Santo por todas las ciudades me

da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hch. 20:23-24).

Cuando escribió a la iglesia en Corinto él dijo: "Si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!" (1 Co. 9:16). En una carta posterior dirigida a esa misma iglesia él escribió:

> *Yo más [soy ministro de Cristo]; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. (2 Co. 11:23-28)*

El apóstol había experimentado todas esas cosas y muchas más antes de escribir la carta a los romanos. Él amonestó a Timoteo su joven aprendiz al decir: "Tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio. Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe" (2 Ti. 4:5-7).

Aunque estaba comprometido con la verdad y la obra misionera, también tenía una inmensa y fogosa percepción del amor de Dios que saturaba todo lo que hacía, decía y escribía. El gran apóstol no puede entenderse aparte de su profundo amor a Dios, su amor hacia los hermanos en la fe, y su amor por la humanidad incrédula, en especial sus compatriotas judíos. Él tenía un amor tan inalterable por Israel y un anhelo tan profundo por su salvación, que fue capaz de decir con perfecta sinceridad: "Deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne" (Ro. 9:3).

El amor de Pablo hacia sus hermanos y hermanas espirituales en la iglesia es evidente a través de toda su carta a los romanos. El capítulo 16 es casi una lista continua de saludos a varios creyentes por quienes el apóstol tenía un afecto especial, incluyendo a quienes le habían ministrado a él y aquellos a quienes había ministrado.

Él habló a partir de una profunda experiencia personal así como de la revelación divina cuando dijo: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones" (Ro. 5:5). De la misma manera también declaró: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? ... en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Ro. 8:35, 37). Como se mencionó anteriormente, casi al final de la carta él exhorta a sus lectores: "Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios" (15:30).

Como debería ocurrir en la vida de todo creyente, Pablo se encontraba totalmente constreñido bajo el control del amor de Cristo (véase 2 Co. 5:14). Entre más y más entendía y experimentaba el amor de Dios, más estaba en capacidad de corresponder a ese amor en dichos y acciones.

Por encima de todo lo demás, sin embargo, Pablo vivió y trabajó para glorificar a Dios. Acerca del Señor él escribió: "Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén" (Ro. 11:36; cp. también 1 Co. 10:31). Él exhortó a sus lectores a que tuvieran ese mismo deseo y propósito: "Para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo" (15:6). Como el apóstol escogido por Dios específicamente para los gentiles, su anhelo más grande fue "que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia" (15:9). En efecto, las últimas palabras dedican la epístola "al único y sabio Dios", a quien "sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén" (16:27).

Como observó Donald Grey Barnhouse: "Pablo nunca pudo olvidar el abismo del que había sido sacado" (*Man's Ruin: Romans 1:1-32* [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], p. 8). Él siempre mantuvo una perspectiva humilde y realista de su obra y de sí mismo.

Pablo estaba tan totalmente consagrado a Jesucristo, que pudo amonestar confiadamente a sus lectores, pero al mismo tiempo con una perfecta actitud de humildad: "Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (1 Co. 11:1; cp. 4:16), y "Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros" (Fil. 3:17; cp. Hch. 20:18-24; 2 Ts. 3:7-9).

Todo predicador que ha proclamado el evangelio desde el tiempo de Pablo ha dependido de esa enseñanza del apóstol como parte de su preparación y del material que imparte. Las trece cartas del Nuevo Testamento escritas por Pablo constituyen el legado de un gran hombre que fue inspirado plenamente por el Espíritu Santo.

Visite:

www.dcristo.org

(música, películas, prédicas y
más..... Recursos On Line)

Las buenas nuevas de Dios—parte 1

1

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado phara el evangelio de Dios, (1:1)

Un vistazo rápido a cualquier periódico o la ojeada de una revista semanal de noticias nos recuerda que en nuestro mundo la mayoría de las noticias son malas y parecen empeorar con cada día que pasa. Lo que está sucediendo a escala nacional y mundial no es más que la ampliación de lo que sucede al nivel de los individuos. A medida que aumentan los problemas, animosidades y temores personales, también lo hacen esas mismas realidades en la sociedad humana en general.

Los seres humanos se encuentran bajo el asimiento de un poder aterrador que los aferra en el núcleo mismo de su ser. Si este poder no se vigila y controla de alguna manera, los propulsa a su autodestrucción de una u otra forma. Ese poder es el pecado, que nunca deja de ser una mala noticia para todos.

El pecado es una mala noticia en todas las dimensiones de la vida. Entre algunas de sus consecuencias se encuentran cuatro subproductos que garantizan miseria y pesar para un mundo cautivo. Primero, el pecado tiene en su raíz misma el egoísmo. El elemento básico de la naturaleza humana caída es su exaltación de sí misma y del ego individual. Cuando Satanás cayó, lo hizo por tratar de imponer su propia voluntad sobre la voluntad de Dios, declarando abiertamente su rebeldía en cinco ocasiones: "Subiré al cielo", "levantaré mi trono", "me sentaré ... sobre las alturas", "...subiré, y seré semejante al Altísimo" (Is. 14:13-14). El hombre también cayó por esa misma intención de hacer su propia voluntad, cuando Adán y Eva prefirieron su propia manera de entender el bien y el mal por encima de las rotundas instrucciones de Dios (Gn. 2:16-17; 3:1-7).

Por naturaleza, el hombre centra su vida en sí mismo y está inclinado a hacer las cosas a su manera. Está dispuesto a llevar su egocentrismo hasta donde lo

permitan las circunstancias y la tolerancia de la sociedad. Cuando una voluntad egocéntrica se deja sin freno, el hombre consume todas las cosas y todas las personas a su alrededor en la búsqueda insaciable de agradarse a sí mismo. Cuando sus amigos, compañeros de trabajo o el cónyuge dejan de suministrar lo que la persona egocéntrica quiere tener, entonces son descartados como un par de zapatos viejos. Gran parte de la sociedad occidental moderna se ha saturado a tal punto con la conformidad a los dictados de la autoestima y la voluntad egocéntrica, que prácticamente todos los deseos humanos han llegado a ser considerados como derechos.

Actualmente la meta última en muchas vidas es poco más que una satisfacción perpetua del yo. Cada objeto, cada idea, cada circunstancia y cada persona, son vistos a la luz de lo que puede contribuir a los fines y el bienestar propios del individuo. El apetito de riquezas, posesiones, fama, dominio, popularidad y satisfacción física conduce a las personas a pervertir todo lo que poseen y todas las demás personas que conocen. El empleo asalariado ha llegado a no ser más que un mal necesario para financiar la indulgencia individual. Como se advierte muchas veces, existe el peligro constante de amar las cosas y usar a las personas en lugar de amar a las personas y usar las cosas. Cuando una persona sucumbe ante esa tentación, las relaciones humanas estables y fieles se vuelven imposibles. Una persona inmersa por completo en el ejercicio de su voluntad egocéntrica para obtener su autogratificación, va perdiendo cada vez más la capacidad de amar, porque en la misma medida que aumenta su deseo de poseer, se desvanece su deseo de dar; y cuando cambia la abnegación por el egoísmo también está renunciando a la fuente de felicidad verdadera.

La codicia egoísta aliena progresivamente a una persona de todas las demás, incluyendo a quienes estén más cerca y a sus seres queridos. El resultado al final es soledad y consternación. Todos los antojos satisfechos en poco tiempo se someten a la ley de reducción del lucro, y entre más se tiene de alguna cosa es menor la satisfacción que provee al individuo.

Segundo, el pecado produce culpa, que es otra modalidad de mala noticia. Sin importar qué tan convincentes puedan ser nuestros intentos de justificar el egoísmo, su abuso inevitable de las cosas y de otras personas no puede dejar de generar sentimientos de culpa.

Al igual que el dolor físico, la culpa es una advertencia dada por Dios para saber que algo anda mal y tiene que ser corregido. Cuando la culpa es ignorada o suprimida continúa creciendo y haciéndose más intensa, lo cual trae consigo ansiedad, temor, falta de sueño, y muchas otras aflicciones espirituales y físicas. Muchas personas tratan de eliminar esas aflicciones encubriéndolas con posesiones, dinero, alcohol, drogas, sexo, viajes y psicoanálisis. Tratan de acallar su culpa culpando a la sociedad, sus padres, privaciones en la niñez, el ambiente en que crecieron, los códigos morales prohibitivos, e incluso Dios mismo. Pero la

noción irresponsable de culpar a otras personas y cosas no hace más que agravar la culpa e incrementar las aflicciones que la acompañan.

Tercero, el pecado produce falta de sentido que es otra modalidad de mala noticia que ha llegado a proporciones endémicas en tiempos modernos. Atrapada en su propio egocentrismo, la persona autocomplaciente no cuenta con un sentido de propósito o significado. La vida se convierte en un ciclo interminable de intentos para llenar un vacío que no puede ser llenado. El resultado es futilidad y desesperanza. A preguntas tales como, "¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el significado de la vida? ¿Qué es la verdad?", no encuentra respuestas en el mundo aparte de las mentiras de Satanás, quien es el autor de las mentiras y el príncipe del sistema que rige el mundo actual (cp. Jn. 8:44; 2 Co. 4:4). En palabras usadas por Edna St. Vincent Millay en su poema "Lamento", esa persona solamente puede decir: "La vida debe continuar; aunque acabo de olvidar por qué"; también podría ser que en una forma similar a como lo hizo el personaje principal de una de las novelas de Jean-Paul Sartre, dijera con cierto nihilismo: "He decidido acabar conmigo mismo, para suprimir a lo menos una vida superflua en este mundo".

Un cuarto elemento en la cadena de malas noticias que trae el pecado es la falta de esperanza que le hace compañía a la falta de sentido. La persona egoísta consumada pierde la esperanza, tanto para esta vida como para la venidera. Aunque puede negarlo, percibe que ni hasta la muerte misma es el fin de todo, y para el pecador sin esperanza la muerte se convierte en la peor noticia de todas.

Todos los días nacen millones de bebés en un mundo lleno de malas noticias, y a causa del egoísmo sin límite que colma la sociedad moderna, a millones de otros bebés ni siquiera se les permite entrar al mundo. Tan solo esa tragedia ha hecho que las malas noticias del mundo moderno empeoren a un grado inmensurable.

Las migajas de noticias aparentemente buenas no son más que un alivio efímero de todas las malas, y en ocasiones hasta lo que parece ser una buena noticia no es más que un mal disfrazado de bien. Una persona comentó con cinismo en cierta ocasión que los tratados de paz son en realidad una oportunidad que se dan los adversarios para ir a recargar sus armas.

Pero la esencia de la carta de Pablo a los romanos es que hay una noticia que es verdaderamente buena. De hecho, el apóstol era un "ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios" (Ro. 15:16). Él traía las buenas nuevas de que en Cristo el pecado puede ser perdonado, el egocentrismo puede ser vencido, la culpa puede ser quitada, la ansiedad puede ser aliviada, y ciertamente la vida puede tener esperanza y gloria eterna.

En su carta a los romanos, Pablo se refiere a las buenas nuevas de muchas maneras, y en cada una hace énfasis en alguna faceta de belleza única pertene-

ciente a una misma piedra preciosa espiritual. Él lo denomina el bendito evangelio o las buenas nuevas bienaventuradas, las buenas nuevas de salvación, las buenas nuevas de Jesucristo, las buenas nuevas del Hijo de Dios, y las buenas nuevas de la gracia de Dios. La carta empieza (1:1) y termina (16:25-26) con la buena noticia que es el evangelio.

La fuerza motriz de los dieciséis capítulos de la carta a los romanos se halla condensada en los primeros siete versículos. Aparentemente el apóstol estaba regocijado a tal punto con su mensaje de buenas nuevas, que le fue imposible dejar para más adelante la introducción plena de sus lectores al punto central de lo que tenía que decir, así que pasó a tratarlo de inmediato.

En Romanos 1:1-7 Pablo expone siete aspectos de las buenas nuevas de Jesucristo. Primero se identifica a sí mismo como el predicador de las buenas nuevas (v. 1), lo cual trataremos en este capítulo. Después pasa a contar acerca de la promesa (v. 2), la Persona (vv. 3-4), la provisión (v. 5*a*), la proclamación (v. 5*b*), y los privilegios de las buenas nuevas (vv. 6-7).

EL PREDICADOR DE LAS BUENAS NUEVAS

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, (1:1)

Dios llamó a un hombre bastante singular para que fuera el portavoz principal de su evangelio glorioso. **Pablo** fue por decirlo así, el vocero oficial encargado de anunciar el evangelio como un heraldo. Él fue un hombre favorecido con talentos peculiares a quien Dios dio "conocimiento en el misterio de Cristo" (Ef. 3:4), "el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos" (Col. 1:26). Ese judío sobresaliente con educación griega y ciudadanía romana, con una increíble capacidad de liderazgo, fuerte motivación y expresión bien articulada, fue llamado por Dios de manera especial y directa para su conversión y dotación.

Pablo atravesó casi de forma zigzagueante gran parte del Imperio Romano como el embajador de Dios que venía en representación de las buenas nuevas de Cristo. Realizó muchos milagros de sanidad pero no fue aliviado de su propio aguijón en la carne. Levantó a Eutico de los muertos pero al menos en una ocasión fue dejado por muerto. Predicó libertad en Cristo pero fue encarcelado por los hombres durante muchos años de su ministerio.

En el primer versículo Pablo revela tres cosas importantes acerca de sí mismo en relación a su ministerio: su posición como un siervo de Cristo, su autoridad como un apóstol de Cristo, y su poder con base en el hecho de haber sido apartado para el evangelio de Cristo.

LA POSICIÓN DE PABLO COMO SIERVO DE CRISTO

siervo de Jesucristo, (1:1*a*)

Doulos (**siervo**) transmite una idea básica de sometimiento y tiene un amplio rango de connotaciones. En algunas ocasiones se empleaba para hacer referencia a una persona que servía a otros de buena voluntad, pero comúnmente se usaba para denotar a quienes se encontraban bajo un yugo de servidumbre involuntario y permanente del que únicamente podían librarse con la muerte.

La expresión hebrea equivalente (*'ebed*) se emplea cientos de veces en el Antiguo Testamento y transmite el mismo rango amplio de connotaciones. La ley mosaica hacía provisión para que de manera voluntaria, un servidor dependiente se convirtiera en siervo de por vida de un amo al que amara y respetara. "Si el siervo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna, y será su siervo para siempre" (Éx. 21:5-6).

Esa práctica refleja la esencia del uso que Pablo hace del término *doulos* en Romanos 1:1. El apóstol se había entregado de todo corazón y totalmente motivado por amor, al Amo divino quien le salvó del pecado y la muerte.

En tiempos del Nuevo Testamento había millones de esclavos en el Imperio Romano, la vasta mayoría de los cuales eran forzados a la esclavitud y mantenidos allí por ley. Algunos de los esclavos más educados y habilidosos ocupaban posiciones importantes en una familia o negocio y eran tratados con un respeto considerable, pero la mayoría de los esclavos eran tratados como cualquier otra propiedad personal del propietario y se consideraban apenas como poco mejores que animales de carga. No tenían derechos bajo la ley y hasta podían ser matados por sus amos con impunidad total.

Algunos comentaristas arguyen que debido a la gran diferencia entre la esclavitud judía tal como se practicó en tiempos del Antiguo Testamento y la esclavitud de Roma en el primer siglo, Pablo tan solo tenía en mente el concepto judío cuando hablaba en esos términos de su relación con Cristo. En el Antiguo Testamento se hace referencia a muchos de sus grandes personajes como siervos. Dios habló de Abraham como siervo suyo (Gn. 26:24; Nm. 12:7). Josué es llamado "el siervo de Jehová" (Jos. 24:29), al igual que David (2 S. 7:5) e Isaías (Is. 20:3). Incluso el Mesías es llamado el siervo justo de Dios (Is. 53:11). En todos esos casos y en muchos otros del Antiguo Testamento, el término *siervo* transmite la idea de nobleza y honra llevadas con humildad; pero como se ha indicado, la palabra hebrea (*'ebed*) que se traduce *siervo*, también era empleada para referirse a esclavos.

En vista de la genuina humildad de Pablo al considerarse como el primero

entre los pecadores (1 Ti. 1:15), es seguro que él no pretendía arrogarse el título noble y reverenciado de siervo del Señor tal como se emplea en las citas anteriores. Él se consideraba a sí mismo **siervo** de Cristo en el sentido menos presuntuoso de todos.

Por supuesto que todos los siervos verdaderos de Dios poseen cierta honra y dignidad inherente a su llamado, incluso en el caso de quienes parecen ser menos sobresalientes, y Pablo era muy consciente de la dignidad real aunque inmerecida que Dios otorga a quienes le pertenecen. No obstante, él también estaba constantemente al tanto de que la dignidad y el honor que Dios concede a sus hijos se derivan puramente de la gracia porque los cristianos *en ellos mismos* siguen siendo pecadores corruptos sin merecimiento alguno. Él escribió a la iglesia de Corinto: "¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor" (1 Co. 3:5). Aquí Pablo usa el término *diakonos* para describir su posición como siervo, un término que se empleaba comúnmente para referirse a los que atendían en las mesas, a simples meseros; pero al igual que en su empleo de *doulos*, el énfasis aquí es en sumisión e insignificancia, no en honra. Más adelante en la misma epístola él solicita nuevamente a sus lectores que lo consideren como si fuese el sirviente en un barco (4:1). El término usado aquí es *hupēretēs* ("servidores") que significa literalmente "remeros bajo cubierta", que hacía referencia al nivel más bajo de remadores en la galera principal de una embarcación romana. Este era quizás el trabajo más difícil, peligroso y denigrante que un esclavo podía realizar. Tales esclavos eran considerados como los más abyectos de todos.

Debido a que él fue llamado y designado por Cristo mismo, Pablo nunca habría querido deslucir su posición como apóstol ni como un hijo de Dios. Él enseñó muy claramente que los líderes piadosos en la iglesia, especialmente quienes sean diligentes en la predicación y la enseñanza, deben ser "tenidos por dignos de doble honor" por parte de sus hermanos creyentes (1 Ti. 5:17), pero él hizo un énfasis continuo en el sentido de que tales posiciones de honor no son más que providencias de la gracia de Dios.

LA AUTORIDAD DE PABLO COMO APÓSTOL

llamado a ser apóstol, (1:*b*)

A continuación, Pablo pasa a establecer la autoridad de su ministerio, con base en el hecho de que él ha sido **llamado a ser apóstol**. Quizás una mejor transcripción sería "un apóstol llamado", lo cual apunta con mayor claridad al hecho de que su posición como apóstol no era algo que hubiera alcanzado por sí mismo. Él no se ofreció como voluntario para ejercer tal oficio, ni tampoco

fue elegido por hermanos en la fe. Él recibió un **llamado** divino por parte del Señor Jesucristo mismo.

Mientras Pablo, quien entonces se llamaba Saulo, permaneció ciego después de su encuentro milagroso con Jesús en el camino a Damasco, el Señor le dijo a Ananías refiriéndose a Pablo: "Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel" (Hch. 9:15). Al transmitirle este mensaje a Pablo, Ananías dijo: "El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído" (Hch. 22:14-15). Más tarde Pablo expuso la revelación adicional de que Cristo ya le había dado ese mensaje directamente, cuando dijo:

> *Levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados. (Hch. 26:16-18).*

Pablo dijo a los creyentes corintios: "Me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!" (1 Co. 9:16). Dios le había asignado una tarea que nunca había soñado ni pedido, y él sabía que estaría en serios problemas si no era obediente en el cumplimiento de su comisión divina.

Pablo fue "apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos)" (Gá. 1:1), y prosiguió a declarar: "¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (v. 10).

Apóstol es la traducción de *apostolos*, que tenía el significado básico de una persona que es enviada. Se refiere a alguien que era oficialmente comisionado para ejercer una posición o realizar ciertos oficios, como es el caso de un emisario o embajador. Las embarcaciones de carga se llamaban con frecuencia apostólicas, debido a que se despachaban con un cargamento específico que se estaba enviando a un destino específico.

El término **apóstol** aparece unas setenta y nueve veces en el Nuevo Testamento y se emplea en contados casos en un sentido genérico y no técnico (véase Ro. 16:7; Hch. 14:14). En su sentido más amplio, *apóstol* puede referirse a todos los creyentes, porque cada creyente es enviado al mundo como un testigo de Cristo, pero el término se emplea principalmente como un título específico y único asignado a trece hombres en el Nuevo Testamento (los doce, incluyendo a Matías quien reemplazó a Judas, y Pablo), a quienes Cristo escogió y comisionó perso-

nalmente para proclamar el evangelio y guiar la iglesia primitiva con autoridad del cielo.

Los trece apóstoles no solamente fueron llamados directamente por Jesús, sino que todos ellos fueron testigos de su resurrección, incluido Pablo quien tuvo su encuentro con Él en el camino a Damasco después de su ascensión. Esos trece apóstoles recibieron revelación directa de la Palabra de Dios para proclamar con autoridad de lo alto, el don de la sanidad, y el poder para expulsar demonios (Mt. 10:1). Por estas señales quedó verificada su autoridad para enseñar (cp. 2 Co. 12:12). Sus enseñanzas se convirtieron en el fundamento de la iglesia (Ef. 2:20), y su autoridad se extendió más allá de los cuerpos locales de creyentes para abarcar a creyentes del mundo entero.

Aunque los apóstoles fueron "los enviados" en un sentido único e irrepetible, cada persona que habla en representación de Dios debe ser llamada y enviada por Él. Hay muchas personas que predican, enseñan y presumen de profetizar en el nombre de Cristo, a las cuales resulta evidente que Cristo no ha enviado. Es obvio que no tienen unción de Dios porque sus enseñanzas y sus vidas no se ajustan a la Palabra de Dios.

Los falsos profetas siempre han plagado al pueblo de Dios. Ellos se encargaron de corromper al Israel antiguo y han corrompido a la iglesia durante todos los siglos de su existencia, lo cual siguen haciendo hasta el día de hoy. Por medio de Jeremías, el Señor dijo acerca de tales impostores: "No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban" (Jer. 23:21).

Algunos líderes religiosos no solamente no presentan evidencia alguna de haber sido llamados por Dios para predicar y enseñar en su nombre, sino que dan muy pocas evidencias de ser salvos. En su libro *El pastor reformado*, Richard Baxter –el pastor puritano del siglo diecisiete–, dedica cien páginas para dar advertencias a los predicadores del evangelio en el sentido de que primero que todo estén seguros de ser en verdad redimidos, y en segundo lugar que estén seguros de haber sido llamados por Dios para ejercer su ministerio.

EL PODER DE PABLO AL SER APARTADO PARA EL EVANGELIO

apartado para el evangelio de Dios, (1:*c*)

Puesto que Pablo fue llamado y enviado por Dios como apóstol, su vida entera estaba **apartada** para el servicio del Señor. Incluso una persona quien ha sido llamada por Dios a ejercer un tipo u ocupar un lugar especial de servicio, no puede ser efectiva si además de eso no es separada para Dios y **para el evangelio de Dios.**

A través de todo el Antiguo Testamento, Dios hizo provisión para el apartamiento de su pueblo escogido. Él declaró a la nación entera: "Habéis, pues, de

serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos" (Lv. 20:26). Justo antes de librar a su pueblo del ejército de Faraón, el Señor mandó: "Dedicarás a Jehová todo aquel que abriere matriz, y asimismo todo primer nacido de tus animales; los machos serán de Jehová" (Éx. 13:12). Dios también demandó los primeros frutos de sus cosechas (Nm. 15:20). Los levitas fueron apartados como la tribu sacerdotal (Nm. 8:11-14).

En la versión Septuaginta (griega) de los pasajes anteriores de Éxodo, Números y Levítico, las palabras "ofrecer", "presentar", "dedicar" y "apartar", son expresiones que se traducen a partir del término griego *aphorizō*, el cual Pablo empleó al afirmar que él mismo había sido **apartado**. Se emplea para referirse al apartamiento del primogénito para ser dedicado a Dios, al acto de ofrecer a Dios los primeros frutos, a la consagración de los levitas para Dios, y a la separación de Israel frente a otros pueblos para ser de Dios. Por ninguna razón se podía dar algún tipo de mezcla o intercambio con las naciones gentiles, ni de las cosas sagradas con lo profano y ordinario.

Es posible que el término arameo *fariseo* comparta una raíz común con *aphorizō* y que transmita la misma idea de separación. Sin embargo, los fariseos no fueron apartados por Dios o de conformidad con los parámetros de Dios, sino que más bien se apartaron a sí mismos de acuerdo a los dictados de sus propias tradiciones (cp. Mt. 23:1, 2).

Aunque Pablo mismo había sido en el pasado el fariseo más fervoroso y vehemente de todos los fariseos autodesignados, ahora él había sido apartado por medios divinos, no humanos. Dios le reveló que había sido apartado por la gracia de Dios aún desde el vientre de su madre (Gá. 1:15). Cuando él y Bernabé fueron apartados y comisionados por la iglesia de Antioquía para la obra misionera, esto se hizo siguiendo instrucciones directas del Espíritu Santo (Hch. 13:2).

El claro entendimiento de Pablo sobre su condición apartada se hace evidente en sus escritos a Timoteo. Timoteo era un siervo genuino de Dios, había sido discipulado personalmente por Pablo y le sucedió como pastor de la iglesia en Éfeso. No obstante, en algún punto de su ministerio es posible que hubiera estado a punto de perder su efectividad, quizás debido a un temor a la oposición o a causa de una debilidad temporal. Por esa razón, Pablo exhortó a su amado amigo: "Te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" (2 Ti. 1:6-7). Es posible que también se haya visto tentado a avergonzarse del evangelio y de Pablo, como lo sugieren las palabras que Pablo le dijo: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Ti. 2:15).

Quizás debido a que Timoteo había descuidado su labor principal de predicar y enseñar la Palabra para enfrascarse en disputas infructuosas con incrédu-

los o con creyentes inmaduros, Pablo siguió amonestándole con estas palabras: "Evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad" (2:16). Incluso es posible que Timoteo corriera el peligro de caer en alguna forma de conducta inmoral que hubiera apremiado a Pablo a advertirle: "Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor" (2:22).

A pesar del supremo llamado de Timoteo y de su entrenamiento excelente, Pablo temía que este joven discípulo llegara a retroceder y caer en costumbres mundanas. Al igual que muchos cristianos, él descubrió que la vida puede parecer más fácil de sobrellevar y mucho menos problemática cuando se hacen algunas concesiones aquí y allá. Pablo tuvo que recordarle que era un hombre apartado por Dios para la obra de Dios, no por algún otro o para cualquier otra causa.

El término *euangelion* (**evangelio**) se emplea unas sesenta veces en esta epístola. William Tyndale lo definió como "nuevas de gozo" (*Doctrinal Treatises and Introductions to Different Portions of the Holy Scriptures by William Tyndale*, Henry Walter, ed. [Cambridge: University Press, 1848), p. 484). Son las buenas nuevas de que Dios está dispuesto a librarnos de nuestro pecado egoísta, hacernos libres de nuestra carga de culpa, y dar significado a la vida haciendo que sea vivida en abundancia.

La característica más importante del **evangelio** es que es **de Dios**. Pablo aclara esto en la primera frase de su epístola con el fin de que sus lectores no tengan confusión alguna con respecto a la buena noticia específica de la cual está hablando. *Euangelion* era un término común que se empleaba en el culto al emperador, el cual a su vez era bastante común en tiempos de Pablo. Muchos de los césares reclamaban la deidad para ellos mismos y exigían adoración de todos los súbditos del imperio, bien fueran libres o esclavos, ricos o pobres, célebres o desconocidos. Los eventos favorables relacionados con la vida del emperador eran proclamados a los ciudadanos como "buenas nuevas". El heraldo de cada población se colocaba en pie en la plaza central y exclamaba: "¡Buena nueva! La esposa del emperador ha dado a luz un hijo", o: "¡Buena nueva! El heredero del emperador acaba de llegar a la edad adulta", o: "¡Buena nueva! El nuevo emperador ha accedido al trono".

Debido en especial a que estaba escribiendo a creyentes en la capital romana, Pablo quería asegurarse de que sus lectores entendieran que las buenas nuevas proclamadas por él pertenecían a un orden de ideas totalmente diferente al propio de los anuncios triviales y vanas propias de los emperadores. El hecho de que procedían **de Dios** significaba que Dios era la fuente misma del anuncio, no se trataba de las buenas nuevas del hombre, sino de las buenas nuevas de Dios para el hombre.

No podemos evitar preguntarnos por qué razón Dios habría de ser condescendiente con un mundo que le rechaza y escarnece, al punto de traerle bue-

nas nuevas. Nadie merece escucharlas, mucho menos obtener la salvación a causa de ello.

El ilustre predicador expositivo Donald Grey Barnhouse contó la fascinante leyenda de un joven francés a quien su madre amaba con gran tesón pero que había caído en la inmoralidad en los albores de su edad adulta. Estaba muy enamorado de una mujer sin principios que se las había arreglado para ganarse toda su devoción. Cuando la madre trataba de alejar a su hijo de aquella asociación perversa y envilecida, la otra mujer se encolerizaba. Ella fustigaba al joven, acusándole de no amarla de verdad e insistiendo en que demostrara su compromiso con ella deshaciéndose de su madre. El hombre se resistió a ello hasta que una noche, en medio del estupor de una borrachera, fue persuadido a satisfacer la horrenda exigencia. Según la historia, el hombre salió apresurado del cuarto y llegó a la casa de su madre en la cercanía, la asesinó brutalmente e inclusive llegó a sacarle el corazón para llevarlo a su pérfida consorte como prueba de su infamia. Sucedió sin embargo, que cuando el hombre se apresuró a salir en medio de su arrebato demencial, tropezó y cayó, tras lo cual se dice que pudo escuchar al corazón sangrante exclamar: "Hijo mío, ¿te has lastimado?" El doctor Barnhouse comentó: "Esa es la forma en que Dios ama" (*Man's Ruin: Romans 1:1-32* [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], pp. 21-22).

Pablo mismo era una prueba viviente del gran amor y misericordia de Dios. Aunque había combatido contra Cristo y perseguido a la iglesia, Dios le convirtió en el vocero principal de la Iglesia. Él no podía imaginarse un papel más grande que el de ser apartado por Dios para la proclamación de su evangelio, las buenas nuevas de salvación en Cristo. Quizás esta es una razón por la que fue tan efectivo. ¿Quién sabía mejor que Pablo mismo cuán buenas eran en realidad las buenas nuevas?

Visite:

www.tronodegracia.com

(Libros, Diccionarios, Comentarios, etc)

Las buenas nuevas de Dios—parte 2

2

que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, (1:2-4)

Tras presentarse a sí mismo como el predicador de la buena noticia de parte de Dios (v. 1), Pablo pasa a hablar de la promesa (v. 2) y la Persona (vv. 3-4) que es el punto focal de esas buenas nuevas.

LA PROMESA DE LAS BUENAS NUEVAS

que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, (1:2)

El evangelio, que tuvo su origen en Dios, no fue un pensamiento divino agregado a última hora, ni fue enseñado por primera vez en el Nuevo Testamento. No refleja algún tipo de cambio posterior en el plan de Dios o una revisión de su estrategia. Fue **prometido** por Dios **antes por sus profetas en las santas Escrituras**, esto es, en lo que llamamos ahora el Antiguo Testamento.

Quizás fue en especial a causa de sus críticos judíos que Pablo hace énfasis desde el encabezamiento mismo de la epístola, en que las buenas nuevas no se originaban en él y ni siquiera en el ministerio terrenal de Jesús. Él era acusado con frecuencia de predicar y enseñar en contra de Moisés y de proclamar un mensaje revolucionario e inaudito para el judaísmo antiguo (cp. Hch. 21:20ss); pero aquí él deja muy en claro que las buenas nuevas que enseña son en realidad las noticias añejas, las **Escrituras** hebreas que ahora se habían cumplido y completado del todo en la persona de Jesucristo.

El uso que Pablo hace del término **profetas** se refiere a los escritores del Antiguo Testamento en general, todos los cuales fueron voceros de Dios, que es

el significado básico de la expresión **profetas**. Moisés, por ejemplo, fue el gran legislador, pero él se consideraba a sí mismo como un profeta (Dt. 18:15). Es posible que la referencia de Pablo a **las santas Escrituras** haya tenido el objetivo de establecer un contraste entre el Antiguo Testamento escrito por inspiración divina, y la multitud de escritos rabínicos que eran estudiados y seguidos en su tiempo incluso con más celo que las mismas Sagradas Escrituras. En otras palabras, aunque los escritos rabínicos decían poco o nada acerca del evangelio de Dios, **las santas Escrituras** tenían mucho que decir al respecto, puesto que no se originaba en el hombre ni reflejaba el pensamiento del hombre, sino que se trataba de la Palabra del Dios vivo dada al hombre por revelación divina.

La mayoría de los judíos de aquel tiempo se habían acostumbrado tanto a buscar orientación religiosa en la tradición rabínica, que **las santas Escrituras** eran vistas más como una reliquia sagrada que como la fuente de la verdad. Incluso después de sus tres años de enseñanza intensa, Jesús tenía que amonestar a algunos de sus propios discípulos por ser incapaces de entender y creer lo que las **Escrituras** enseñaban acerca de Él. Antes de revelar su identidad a los dos discípulos que iban por el camino hacia Emaús, Él les dijo: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!" (Lc. 24:25), y a medida que procedió a enseñarles acerca de su muerte y resurrección, les fue declarando una tras otra todas las Escrituras (v. 27, cp. v. 32).

Era en realidad un judaísmo tradicional defectuoso lo que era revolucionario, originado en el hombre, centrado en el hombre y por ningún lado fundamentado en **las santas Escrituras**. Eran los proponentes de esa perversión del judaísmo fabricada por el hombre a quienes Jesús se opuso más enérgicamente. Él denunció la devoción religiosa de escribas y fariseos como hipocresía y no piedad, y su teología como la falsa tradición de los hombres, no la verdad revelada de Dios.

Frases como "Oísteis que fue dicho" y "Además habéis oído que fue dicho a los antiguos" que fueron empleadas con frecuencia por Jesús en el Sermón del Monte (Mt. 5:21, 27, 33, 38, 43) no se referían al Antiguo Testamento sino a tradiciones rabínicas que contradecían e invalidaban al Antiguo Testamento (Mt. 15:6).

Se ha calculado que el Antiguo Testamento contiene por lo menos 332 profecías acerca de Cristo, la mayoría de las cuales se cumplieron con su primera venida. El Antiguo Testamento está lleno de verdades que predicen y sientan los fundamentos para el Nuevo.

Jesús no enseñó una sola cosa que estuviera desconectada o que fuera contraria al Antiguo Testamento. "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mt. 5:17-18).

A lo largo de la historia de la iglesia, los judíos se han resistido al evangelio arguyendo que acogerlo implica negar todo su legado. A nivel humano eso es verdad, ya que mucho tiempo antes de Jesús, el judaísmo popular venía basándose más en la tradición humana que en la revelación divina. Ciertamente, convertirse en cristiano exige la negación de un legado cultural y religioso como ese; pero la verdad es que para un judío acoger el evangelio equivale de hecho a heredar todo el legado que siempre le ha sido prometido en las Escrituras. La herencia más grande del judío es la promesa del Mesías de Dios, y Jesús *es* ese Mesías, el cumplimiento pleno de esa promesa. Todo profeta judío profetizó directa o indirectamente acerca del Profeta por excelencia, Jesucristo. Todo cordero sacrificado por los judíos hablaba del Cordero de Dios definitivo y eterno que habría de ser sacrificado por los pecados del mundo.

Al encarar frente a frente ese mismo asunto, el escritor de Hebreos abre su epístola declarando: "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (He. 1:1-2). Pedro también acentuó esa misma verdad en su primera carta:

> *Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron a cerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles. (1 P. 1:10-12)*

Los profetas hablaron en términos generales del nuevo pacto que se estaba anticipando (cp. Jer. 31:31-34; Ez. 36:25-27), así como en términos muy específicos del Mesías quien habría de traer consigo el cumplimiento de ese pacto (cp. Is. 7:18; 9:6, 7; 53:1-12).

LA PERSONA DE LAS BUENAS NUEVAS

acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, (1:3-4)

Estos dos versículos hacen énfasis por igual en la divinidad implícita de la designación de Cristo como hijo. Hay un gran misterio en el concepto de Jesús como **Hijo** de Dios. Aunque Él mismo es Dios y Señor, no obstante sigue siendo

el Hijo de Dios. Debido a que las Escrituras enseñan claramente esas dos verdades, la cuestión no es tanto determinar si en efecto es el **Hijo de Dios**, sino en qué sentido Él es **Hijo** de Dios.

Es claro que en su humanidad, Jesús nació al mundo como descendiente legítimo **del linaje de David según la carne**. Tanto María (Lc. 3:23, 31) la madre de Jesús por naturaleza , como José (Mt. 1:6, 16; Lc. 1:27), el padre de Jesús por la ley, eran descendientes de David.

A fin de cumplir la profecía (véase por ejemplo, 2 S. 7:12-13; Sal. 89: 3-4, 19, 24; Is. 11:1-5; Jer. 23:5-6), el Mesías tenía que ser **del linaje de David**. Jesús cumplió esas predicciones mesiánicas tal como cumplió todas las demás. Como descendiente de David, Jesús heredó el derecho para restaurar el reino y sentarse sobre el trono de David, el reino prometido que no tendría fin (Is. 9:7).

La segunda persona de la Trinidad nació dentro de una familia humana y participó de todos los aspectos de la vida humana con el resto de la humanidad, identificándose con una raza humana caída y al mismo tiempo, viviendo sin pecado (Fil. 2:4-8). Por esta razón se convirtió en el sumo sacerdote perfecto, siendo plenamente Dios pero también plenamente hombre, a fin de que pudiera "compadecerse de nuestras debilidades ... uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (He. 4:15). Ese es el evangelio, la grandiosa y excelente noticia de que en Jesucristo, Dios se convirtió en un Hombre que pudo morir por todos los hombres como sacrificio substitutivo perfecto por los pecados del mundo entero (Ro. 5:18-19).

Incluso la historia secular está repleta de recuentos sobre la vida y obra de Jesús. Escribiendo alrededor del año 114 d.C., el antiguo historiador romano Tácito reportó que Jesús fue el fundador de la religión cristiana y que fue condenado a muerte por Poncio Pilato durante el reino del emperador Tiberio (*Anales* 15.44). Plinio el joven escribió una carta al emperador Trajano acerca del tema de Jesucristo y sus seguidores (*Cartas* 10.96-97). Jesús se menciona incluso en el Talmud judío de Babilonia (*Sanedrín* 43*a*, *Abodah Zerah* 16*b*-17*a*).

Escribiendo en el año 90 d.C., antes que el apóstol Juan escribiera el libro de Apocalipsis, el conocido historiador judío Josefo escribió un breve bosquejo biográfico de Jesús de Nazaret, en el cual dijo:

> Ahora, hubo cerca de este tiempo un hombre sabio llamado Jesús, si acaso se permite llamarle un hombre: porque Él fue hacedor de obras prodigiosas, un maestro de todos los hombres que reciben con agrado la verdad. Atrajo a sí muchos de los judíos y muchos de los gentiles. Él fue Cristo. Cuando Pilato, por sugerencia de los hombres principales entre nosotros, le condenó a la cruz, quienes le amaban no le abandonaron, ya que Él se les apareció vivo de nuevo al tercer día, como los profetas divinos habían predicho estas cosas y diez mil otras cosas mara-

> villosas acerca de Él; y la tribu de cristianos así llamada que se originó en Él, no se ha extinguido hasta el día de hoy. (*Antigüedades*, vol. 2, libro 18, cap. 3).

Un testigo todavía más confiable fue el apóstol Juan, quien escribió bajo la inspiración del Espíritu Santo: "En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo" (1 Jn. 4:2-3).

Juan no estaba hablando de un mero reconocimiento del hecho de la humanidad de Jesús. Un sinnúmero de incrédulos a lo largo de la historia han estado dispuestos a admitir que hubo un hombre llamado Jesús quien vivió en el primer siglo y llevó una vida ejemplar, quien también generó un séquito de grandes proporciones. El deísta Thomas Jefferson creía en la existencia de Jesús como un hombre y en su importancia para la historia de la humanidad, pero no creía en la divinidad de Jesús. Él produjo una edición de la Biblia que eliminaba todas las referencias a lo sobrenatural. En consecuencia, los relatos de Jesús en los "evangelios" de Jefferson trataban acerca de hechos y eventos puramente físicos.

Obviamente, esa no es la clase de reconocimiento que demanda la Palabra de Dios. El apóstol se estaba refiriendo a creer y aceptar la verdad de que Jesús fue el Cristo, el Mesías divino que había sido prometido, y el hecho de que Él provino de Dios y vivió entre los hombres como un hombre–Dios.

Fue en el momento en que se convirtió en un ser humano, dice Pablo, que Jesús **fue declarado Hijo de Dios con poder**. Aunque el plan era eterno, el título **Hijo** se reserva como un término propio de la encarnación que se aplica a Jesús en toda su plenitud, únicamente después que Él se ha puesto el manto de humanidad. Él era **Hijo de Dios** en el sentido de su unidad de esencia y en el papel de una sumisión debida y amorosa al Padre en su encarnación y vaciamiento de sí mismo. Por supuesto, no se cuestiona que Él es Dios y la segunda persona de la deidad por toda la eternidad, pero Pablo dice que Él **fue declarado Hijo de Dios** cuando fue concebido sobrenaturalmente en el vientre de María y cuando nació **del linaje de David según la carne**. Nosotros podríamos decir entonces, que Cristo era el **Hijo de Dios** desde la eternidad pero en expectación, y que fue declarado **Hijo** de Dios en cumplimiento, a partir de la encarnación y para siempre jamás.

La expresión *horizō* (**declarado**) transmite la idea básica de una demarcación de fronteras. De ese término proviene la palabra *horizonte*, que se refiere a la línea divisoria entre la tierra y el cielo. En un sentido infinitamente mayor, el carácter divino de Jesucristo como hijo quedó demarcado con absoluta claridad en el momento de su encarnación.

Citando el Salmo 2:7, el escritor de Hebreos explica que en ese texto Dios estaba declarando a Cristo, el Mesías: "Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy". En la cita de 2 Samuel 7:14 que va a continuación, el Padre continúa diciendo acerca de Cristo: "Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo" (He. 1:5). Los dos verbos en la última referencia se encuentran en el tiempo futuro, lo cual indica que algún tiempo *después* del tiempo en que escribió el salmista, un día Cristo llegaría a asumir un título y un papel que no había tenido antes.

El Salmo 2:7 también es citado por el apóstol Pablo en Hechos 13:33. Este pasaje apunta en dirección a la resurrección como acta declaratoria de su carácter de Hijo. Esta no es una contradicción. Desde el punto de vista de Dios Él fue engendrado como Hijo cuando vino al mundo. ¡La realidad de su unidad con el Padre y la perfección de su servicio a Dios fue públicamente declarada al mundo por el hecho mismo de que Dios le levantó de entre los muertos! (Para una discusión más detallada, véase el comentario del autor sobre *Hebreos*, cap. 3.)

A Cristo le fue asignado y Él se apropió por completo del título **Hijo de Dios** cuando renunció por su propia voluntad al uso independiente de sus prerrogativas divinas y a la expresión plena de su majestad, vaciándose con humildad pero lleno de gracia y convirtiéndose en alguien totalmente sometido a la voluntad y el plan del Padre. En su carta a la iglesia en Filipos, Pablo explica que "Cristo Jesús, ... siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:5-8).

En su oración intercesora como sumo sacerdote, Jesús dijo al Padre: "Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti", y unos momentos más tarde imploró: "Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn. 17:1, 5). Cristo ha existido desde toda la eternidad. Él "era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. 1:2-3), pero de acuerdo con el plan divino de redención que Él mismo preparó con su Padre y el Espíritu Santo, Cristo "fue hecho carne, y habitó entre nosotros" (v. 14*a*). Él seguía poseyendo parte de su gloria divina, la "gloria como del unigénito del Padre" (v. 14*b*), pero la gloria que retuvo fue una gloria encubierta por el velo de la carne humana, una gloria que no podía ser observada con ojos humanos.

Como Pablo prosigue a explicar, la evidencia más concluyente e irrefutable del carácter divino de Jesús como Hijo, fue dada **con poder ..., por la resurrección de entre los muertos** (cp. Hch. 13:29-33). Mediante esa demostración suprema de su capacidad para conquistar la muerte, con un poder que pertenece únicamente a Dios mismo (el Dador de vida), Él comprobó por sobre cualquier sospecha que Él es sin duda Dios, el Hijo.

Según el Espíritu de santidad, es otra forma para decir "de acuerdo a la naturaleza y obra del Espíritu Santo". Fue el Espíritu Santo obrando en Cristo quien efectuó la resurrección de Jesús y todos los demás milagros realizados por Él o asociados con Él. En la encarnación, Jesucristo fue concebido por el poder del Espíritu Santo y fue levantado de entre los muertos por el poder del Espíritu Santo, **el Espíritu de santidad**.

Inmediatamente después del bautismo de Jesús por medio de Juan el Bautista: "los cielos le fueron abiertos, y [Juan el Bautista] vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mt. 3:16-17). Todos los miembros de la Trinidad eran iguales por la eternidad en todo sentido, pero como se mencionó anteriormente, en la encarnación sucedió que la segunda persona de la Trinidad renunció voluntariamente a la expresión de la plenitud de la gloria divina y a las prerrogativas de la deidad. Durante su humanidad en la tierra, Él se sometió voluntariamente a la voluntad del Padre (cp. Jn. 5:30) y al poder del Espíritu. El descenso del Espíritu Santo sobre Él en su bautismo fue la iniciación de Jesús en el ministerio, un ministerio totalmente controlado e infundido de poder por el Espíritu, tanto así que Jesús mismo caracterizó el rechazo consciente y voluntario en su contra como una blasfemia imperdonable contra el Espíritu Santo (Mt. 12:24-32).

Aquí tenemos entonces a la Persona de quien tratan las buenas nuevas. Él es hombre plenamente (**del linaje de David**) y plenamente Dios (**declarado Hijo de Dios**). A lo largo de su ministerio, tanto la humanidad de Jesús como su divinidad fueron evidenciadas. Cuando le exigieron que pagara impuestos, Jesús cumplió. Le explicó a Pedro que como Hijo de Dios y gobernador por derecho propio sobre todo el universo, lo cual incluía por supuesto el Imperio Romano, Él tenía derecho a ser eximido de todo gravamen. "Sin embargo, para no ofenderles, vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómalo, y dáselo por mí y por ti" (Mt. 17:27). En su humanidad Él estuvo dispuesto a pagar impuestos, pero en su divinidad suministró de forma sobrenatural los medios de pago.

Unas noche después de un intenso día de enseñanza, Jesús entró a un bote con los discípulos y se dirigieron al otro lado del mar de Galilea. En poco tiempo Jesús quedó dormido, y cuando se levantó una tormenta que amenazó con zozobrar la embarcación, los atemorizados discípulos despertaron a Jesús exclamando: "Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza" (Mr. 4:38-39). En su humanidad, Jesús estaba exhausto al igual que cualquier otra persona queda exhausta tras un día de trabajo duro; pero en su divinidad Él estuvo en capacidad de calmar al instante una tormenta violenta.

Cuando estaba colgado en la cruz, Jesús estaba sangrando y padeciendo una

cruenta agonía a causa de su humanidad; no obstante, al mismo tiempo, Él pudo en su divinidad conceder vida eterna al ladrón arrepentido que también estaba sufriendo al lado suyo y en la misma condición (Lc. 23:42-43).

Este Hijo de Dios e Hijo del Hombre quien fue levantado de entre los muertos por el poder del Espíritu Santo fue **nuestro Señor Jesucristo**, como lo declara Pablo. **Jesús** significa Salvador, **Cristo** significa El Ungido, y **Señor** significa gobernador soberano. Él es **Jesús** porque salva a su pueblo de su pecado. Es **Cristo** porque ha sido ungido por Dios como Rey y Sacerdote. Es **Señor** porque Él es Dios y el gobernador soberano del universo.

Las buenas nuevas de Dios—parte 3

3

y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre; entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo; a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. (1:5-7)

Se cuenta la historia de un hombre muy acaudalado quien poseía muchos tesoros de arte de valor inestimable. Su hijo único era bastante corriente pero amado con gran tesón. Cuando el hijo murió inesperadamente siendo aún joven, el padre quedó tan profundamente entristecido que él mismo murió pocos meses más tarde. La última voluntad del padre estipulaba que en el momento de su muerte, todas sus obras de arte debían ser colocadas en subasta pública, y que un cuadro de su hijo debía subastarse en primer lugar. El día de la subasta esa pintura específica se puso en exhibición y se abrieron las licitaciones. Debido a que ni el niño ni el artista eran bien conocidos, pasó mucho tiempo antes que se hiciera la primera oferta. Por último, un servidor del padre durante mucho tiempo y amigo del joven fallecido, ofreció tímidamente setenta y cinco centavos que era todo el dinero que tenía disponible. Cuando no hubo otras ofertas, la pintura fue entregada al sirviente. En ese punto se detuvo la subasta y un oficial leyó el resto del testamento, en el cual se especificaba que aquella persona que demostrara el interés suficiente en su hijo como para comprar el cuadro, habría de recibir también todas sus demás propiedades.

Ese relato conmovedor ilustra la provisión que Dios ha hecho en favor de la humanidad caída. Cualquier persona que ame y reciba a su Hijo Jesucristo, heredará la mansión del Padre celestial. La buena noticia de Dios es que todo aquel que reciba a su Hijo por fe es bendecido "con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Ef. 1:3). Por esa razón Pablo podía exclamar con regocijo: "Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a

vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Co. 8:9). Citando a Isaías, el apóstol declaró que las riquezas del cristiano incluyen "cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Co. 2:9; cp. Is. 64:4; 65:17).

En Cristo, el creyente tiene riquezas más allá de lo que cualquiera pueda imaginar. El cristiano tiene una vida que nunca terminará (Jn. 3:16), una fuente de agua espiritual que nunca se secará (Jn. 4:14), un don que jamás se perderá (Jn. 6:37, 39), un amor del cual jamás podrá ser separado (Ro. 8:39), un llamado que nunca será revocado (Ro. 11:29), un fundamento que jamás será removido (2 Ti. 2:19), y una herencia que nunca se disminuirá (1 P. 1:4-5).

En Romanos 1:5-7 Pablo prosigue a resumir el contenido de esas buenas nuevas, describiendo en qué consiste su provisión (v. 5*a*), su proclamación y propósito (vv. 5*b*-6), y sus privilegios (v. 7).

LA PROVISIÓN DE LAS BUENAS NUEVAS

y por quien recibimos la gracia y el apostolado, (1:5*a*)

Pablo menciona aquí dos provisiones importantes de las buenas nuevas de Dios: conversión, que es por la **gracia** de Dios; y vocación, que en el caso de Pablo fue el **apostolado**.

Es posible que Pablo estuviese hablando acerca de la gracia específica del apostolado, pero parece más probable que se estuviera refiriendo, o por lo menos incluyendo, la gracia por la cual todo creyente tiene acceso a una relación de salvación con Jesucristo.

La gracia es un favor que no se merece ni se gana, al cual un creyente no puede por sí mismo contribuir alguna cosa de valor. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9). **La gracia** es la misericordia amorosa de Dios a través de la cual Él concede la salvación como un regalo a quienes confían en su Hijo. Cuando cualquier persona deposita su confianza en Jesucristo como Señor y Salvador, Dios en su soberanía infunde en esa persona el hálito de su propia vida divina. Los cristianos están vivos espiritualmente porque han nacido de lo alto y creados de nuevo con la vida misma de Dios.

Un creyente no tiene causa alguna para congratularse a sí mismo, ya que él no contribuye en absoluto a su salvación, ni lo puede hacer. El logro humano carece de lugar en la obra divina de la **gracia** salvadora de Dios. Nosotros somos "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Ro. 3:24), con una redención en la que las obras y la jactancia del hombre quedan totalmente excluidas (vv. 27-28).

La salvación no viene por medio del bautismo, la confirmación, la comunión, por ser miembro de una iglesia, o por asistir a una iglesia, tampoco por guardar los Diez Mandamientos o tratar de vivir conforme a los preceptos del Sermón del Monte, por servir a otras personas, y ni siquiera por servir a Dios. No viene como resultado de ser moralmente recto, respetable y sacrificado. Tampoco se da por la simple razón de creer que hay un Dios y que Jesucristo es su Hijo. Aún los demonios reconocen tales verdades (véase Mr. 5:7; Stg. 2:19). Viene únicamente cuando una persona que se arrepiente de pecado, recibe por fe la provisión de gracia del perdón que Dios ofrece mediante la obra expiatoria de su Hijo, el Señor Jesucristo.

El gran predicador Donald Grey Barnhouse hizo esta observación: "Amor que se ofrenda hacia arriba es adoración, amor que se extiende hacia afuera es afecto; amor que se agacha es gracia" (*Expositions of Bible Doctrine Taking the Epistle to the Romans as a Point of Departure*, vol. 1 [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], p. 72). En una condescendencia divina inimaginable, Dios bajó su mirada para fijarse en una humanidad pecadora y caída, a fin de poder, en su gracia, ofrecerle a su Hijo para su redención (Jn. 3:16-17).

Las palabras de un santo de la antigüedad antes de morir fueron: "La gracia es lo único que puede hacernos semejantes a Dios. Yo podría ser arrastrado por el cielo, la tierra y el infierno, y todavía seguiría siendo el mismo pecador desventurado e inmundo, si no fuera porque Dios mismo se dignara limpiarme por su gracia".

Otra provisión de las buenas nuevas de Dios consiste en que Él llama a los creyentes a su servicio, que es una forma de **apostolado**. Pablo inicia la epístola hablando de él mismo, y retoma sus comentarios personales en los versículos 8-15. En los versículos 2-4 él habla acerca de Jesucristo, pero a partir del final del versículo 4 hasta el versículo 7 está hablando acerca de los creyentes en general y de los que se encontraban en Roma en particular. Pablo ya había mencionado su propio llamado y cargo como apóstol (v. 1), y por esta razón parece razonable que parta de esta referencia a su **apostolado** para discutir el hecho de que Dios llama y envía a *todos* los creyentes.

El término griego *apostolos*, el cual normalmente se translitera como *apóstol*, tiene el significado básico de "el que es enviado" (cp. La discusión en el capítulo 1). Dios en su soberanía escogió a trece hombres en la iglesia primitiva para ejercer el *cargo* de apóstoles, dándoles una autoridad divina única para proclamar y autenticar el evangelio con señales milagrosas. El escritor de Hebreos se refiere incluso a Jesucristo como un apóstol (He. 3:1).

Sin embargo, toda persona que pertenece a Dios mediante la fe en Cristo también es un apóstol en un sentido más genérico, por el hecho de ser enviada por Él al mundo como su mensajero y testigo. En cierto sentido no oficial, cualquiera que sea enviado en una misión espiritual, cualquiera que represente

al Salvador y traiga sus buenas nuevas de salvación, es un apóstol.

Dos líderes de la iglesia primitiva que de otra forma habrían quedado en el anonimato, a saber Andrónico y Junias, fueron nombrados por Pablo, quien dijo sobre ellos que eran "muy estimados entre los apóstoles, y que también fueron antes de mí en Cristo" (Ro. 16:7). Lucas se refiere a Bernabé como un apóstol (Hch. 14:14). El término *apostolos* también se aplica a Epafrodito ("mensajero", Fil. 2:25), así como a algunos obreros cuyo nombre no se menciona, quienes trabajaron o fueron conocidos en la iglesia de Corinto ("mensajeros", 2 Co. 8:23). No obstante, esos hombres por muy piadosos que hayan sido, no ejercieron el *cargo* de apostolado como lo hicieran Pablo y los doce. Andrónico, Junias, Bernabé y Epafrodito fueron apóstoles, únicamente en el sentido de que todo creyente es un apóstol, un embajador de Cristo llamado y enviado por Jesucristo mismo.

En algunas ocasiones un estudiante sin aptitudes atléticas será colocado en un equipo por lástima o para completar una nómina, pero el entrenador muy rara vez, si acaso, estará dispuesto a meterlo a jugar en un partido. Dios no trabaja de esa manera. Toda persona que viene a Él por medio de su Hijo es introducida en el equipo y enviada para jugar en el partido, por así decirlo. Todos los que son salvados por la gracia soberana de Dios también son llamados al apostolado por soberanía divina. El Señor nunca proporciona una conversión sin una comisión. Cuando por gracia hemos sido "salvos por medio de la fe", Pablo explica, esto no es algo de nosotros sino que es "don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe", sino como él prosigue explicando, cuando Dios nos salva, en virtud de ello nos convertimos en "hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:8-10). Más adelante en la misma epístola, Pablo ruega a los creyentes "que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados" (Ef. 4:1).

Se dice que al vencedor en alguno de los juegos olímpicos de la antigua Grecia se le preguntó: "Espartano, ¿qué vas a obtener con esta victoria?"; a lo cual él respondió: "Yo, señor, tendré el honor de luchar por mi rey desde la primera línea de combate". Ese espíritu debería tipificar la actitud de todos aquellos para quienes Jesucristo es su Señor y Salvador.

Después de uno de los sermones de D. L. Moody, un hombre bastante educado se acercó a él y dijo: "Discúlpeme, pero usted incurrió esta noche en once errores de gramática". Con una réplica amable y graciosa, Moody le dijo: "Es muy probable que lo haya hecho. Mi educación temprana tuvo muchas imperfecciones, pero yo he puesto toda la gramática que conozco al servicio del Maestro, ¿qué me dice de usted?" En otra ocasión un hombre se acercó al señor Moody y dijo: "No me gusta su invitación, no creo que sea la forma correcta de hacerlo". "Aprecio su comentario", respondió Moody. "Yo también me he senti-

do siempre incómodo al respecto, me gustaría conocer una forma mejor de hacerlo. ¿Cuál es su método para invitar personas a Cristo?" "No tengo un método", contestó el hombre. "Entonces me gusta más el mío", dijo el evangelista. Sin importar cuáles puedan ser nuestras limitaciones, cuando Dios nos llama por su gracia, Él también nos llama a su servicio.

Al reflexionar en su ordenación al ministerio presbiteriano, Barnhouse escribió:

> El moderador del Presbiterio me hizo preguntas, y yo las contesté. Me dijeron que me arrodillara. Algunos hombres se dirigieron hacia mí, y a uno de ellos se le solicitó que hiciera la oración. Yo sentí su mano posarse sobre mi cabeza, y después las manos de los demás, tocando mi cabeza y haciendo presión sobre la primera mano y todas las demás. El círculo de hombres se cerró y un hombre empezó a orar. Fue una oración corta y muy bonita que incluyó una frase convenientemente memorizada: "Padre, guárdale con tu amor, guíale con tu ojo, y cíñelo con tu poder". Yo seguía pensando en esos tres verbos, guardar, guiar y ceñir. Me pareció algo tan insensato como oficiar una ceremonia matrimonial para dos personas que hubieran vivido juntas durante un cuarto de siglo y que ya tuvieran una familia entera con hijos y nietos. Yo sabía que ya había sido ordenado mucho tiempo atrás, y que las manos que se habían posado sobre mi cabeza eran manos que habían sido horadadas y clavadas a una cruz. Años más tarde el hombre que hizo la oración de aquel día, firmó un documento en el que afirmaba su oposición a la doctrina del nacimiento virginal, la doctrina de la deidad de Jesucristo, la doctrina de la expiación por substitución, la doctrina de los milagros de Cristo, y la doctrina de la inspiración de las Escrituras, como pruebas para la ordenación o de la buena posición de un hombre en el ministerio. Cuando leí su nombre en la lista, puse mi propia mano sobre mi cabeza y sonreí al preguntarme cuántas veces me había cortado el cabello desde que sus manos no santas me habían tocado. En ese momento tuve el profundo consuelo de saber que la mano del Señor Jesucristo, herida y traspasada a causa de mis pecados, me había tocado y había impartido sobre mí un apostolado que provenía de Dios y que era más importante que cualquier otro que pudiera ser aprobado por los hombres con sus ridículas ceremonias. (*Man's Ruin: Romans 1:1-32* [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], pp. 76-77. Usado con permiso.)

El relato del doctor Barnhouse me hace recordar mi propia ordenación. Antes de ser aprobado, fui entrevistado por algunos hombres quienes me hicieron toda clase de preguntas acerca de asuntos tales como mi llamado, mi conoci-

miento de las Escrituras, así como mis creencias personales y estándares morales. En el servicio de ordenación, esos hombres se reunieron alrededor de mí y colocaron sus manos sobre mi cabeza. Seguidamente, cada hombre oró y pasó a consignar su nombre en el certificado de ordenación. La primera firma en el certificado se escribió en un tamaño considerablemente mayor que las demás, pero poco tiempo después, el hombre que firmó primero y en grandes caracteres, abandonó el ministerio. Se vio involucrado en una vergonzosa inmoralidad, negó la virtud de la fe y se convirtió en profesor de psicología humanista en una destacada universidad secular. Al igual que el doctor Barnhouse, yo doy gracias a Dios de que mi ministerio no haya venido de los hombres sino de Cristo mismo.

LA PROCLAMACIÓN Y PROPÓSITO DE LAS BUENAS NUEVAS

para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre; entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo; (1:5*b*-6)

LA PROCLAMACIÓN

para la obediencia a la fe en todas las naciones (1:5*b*)

Al igual que Pablo, todo creyente está llamado no solamente a la salvación y al servicio sino a testificar de Cristo a fin de traer como resultado **la obediencia a la fe** en los demás. Pablo emplea de nuevo la frase: "obediencia a la fe" al final de la epístola, cuando habla acerca "del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe" (Ro. 16:25-26).

Una persona que afirma tener fe en Jesucristo pero cuyo patrón de vida refleja una completa desobediencia a la Palabra de Dios, nunca ha sido redimida y está viviendo una mentira. La fe que no se hace manifiesta en una vida obediente es fraudulenta e inservible (Stg. 2:14-26). Ni por un ápice somos salvados *debido a* las obras, sin importar cuán buenas parezcan ser, pero como ya hemos señalado, sí somos salvos *para hacer* buenas obras. Ese es el propósito mismo de la salvación en lo que se refiere a nuestra vida terrenal (Ef. 2:10). El mensaje del evangelio consiste en llamar a todas las personas a **la obediencia a la fe**, una expresión que se emplea aquí como un sinónimo de salvación.

Aunque en el original Pablo no usa el artículo definido que precede a la palabra **fe** en este pasaje, se está refiriendo al concepto de la fe como el conjunto de enseñanzas de las Escrituras, especialmente las del Nuevo Testamento. Es

aquello a lo que Judas se refiere como "la fe que ha sido una vez dada a los santos" (v. 3). Esa fe es la Palabra de Dios, que es la única autoridad del cristianismo por estatuto divino. La afirmación de esa fe conduce a la fidelidad práctica en la vida diaria sin la cual una fe de profesión no es más que una cosa muerta e inútil (Stg. 2:17, 20). La fe genuina es una fe obediente. Llamar a los hombres a **la obediencia a la fe** equivale a cumplir la gran comisión, acercar los hombres a Jesucristo y al acatamiento de todas las cosas que Él manda en su Palabra (Mt. 28:20).

No es que la fe mas la obediencia equivalga a la salvación, sino que una fe obediente trae como resultado la salvación. La fe verdadera se verifica en la obediencia. La fe obediente demuestra ser verdadera, en cambio la fe desobediente demuestra ser falsa. Es por tener fe verdadera, esto es, fe obediente, que Pablo pasa a elogiar a los creyentes romanos al decir: "Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo" (Ro. 1:8). Él expresa un elogio similar al final de la carta; a sus amados hermanos y hermanas en Cristo, a la mayoría de los cuales nunca había conocido, él dice: "Vuestra obediencia ha venido a ser notoria a todos, así que me gozo de vosotros" (16:19). En el primer caso Pablo pondera específicamente su fe, y en el segundo encomia específicamente su obediencia. Ambas, la fe y la obediencia, manifiestan los dos lados inseparables de la moneda de la salvación, que Pablo llama aquí **la obediencia a la fe**.

Dios tiene muchos títulos y nombres en las Escrituras, pero en los dos testamentos se hace referencia a Él con mayor frecuencia como Señor, lo cual alude a su derecho soberano a ordenar y gobernar sobre todas las cosas y todas las personas, y de manera muy especial sobre su propio pueblo. Pertenecer a Dios en una relación de **obediencia** equivale a reconocer que la salvación incluye permanecer en sumisión a su señorío. Las Escrituras no reconocen otro tipo de relación con Dios que sea conducente a la salvación.

Algunos años atrás, mientras iba viajando con un profesor de un conocido seminario evangélico, pasamos en su automóvil por una tienda de licores más grande de lo usual. Cuando hice un comentario al respecto, mi acompañante dijo que era parte de una inmensa cadena de tiendas de licores en la ciudad, cuyo dueño era un hombre que iba a su iglesia y que también era un asistente regular en la clase para adultos de la Escuela Dominical. "De hecho, él forma parte de mi grupo de discipulado", dijo mi amigo; "Me encuentro con él todas las semanas". "¿Y acaso no te molesta el tipo de negocio en que está involucrado?", le pregunté. "Oh, sí claro", dijo. "Hablamos sobre eso con cierta frecuencia, pero él cree que las personas que beben de todos modos tienen que comprar su licor en alguna parte y que bien pueden hacerlo en sus tiendas". Desconcertado por su respuesta le pregunté: "¿Y el resto de su vida está en orden?" Él contestó: "Bueno, él dejó a su esposa y está viviendo con una

mujer más joven". "¿Y sigue yendo a la iglesia y a clase de discipulado cada semana?", pregunté asombrado. El profesor suspiró y dijo: "Sí, y sabes qué, algunas veces me resulta difícil entender cómo un cristiano puede vivir de esa manera". Yo le dije: "¿Has considerado alguna vez la posibilidad de que quizás él no sea cristiano en primer lugar?"

Una teología que se niega a reconocer el señorío de Jesucristo sobre *todo* creyente es una teología que contradice la esencia misma del cristianismo bíblico. "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación" (Ro. 10:9-10). Con la misma claridad y sin ambigüedades, Pedro declaró en aquel día de Pentecostés: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios ha hecho Señor y Cristo" (Hch. 2:36). El corazón mismo de la enseñanza de Jesús en el Sermón del Monte es que la fe sin obediencia no es una fe que salva, sino una evidencia cierta de que una persona está siguiendo el camino espacioso y falaz del mundo que lleva a la destrucción, en lugar del camino angosto de Dios que lleva a la vida eterna (Mt. 7:13-14).

Por otra parte, el simple hecho de *llamar* a Jesús Señor, aun cuando se están haciendo obras aparentemente importantes en su nombre, no tiene ningún valor a no ser que esas obras se hagan a partir de la fe y de acuerdo con su Palabra, y que hayan sido dirigidas e investidas de poder por su Espíritu Santo. Con grave intensidad, Jesús declaró rotundamente la verdad cuando dijo: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad". Cuando Él prosigue a explicar, la persona que le confiesa pero que vive en desobediencia continua a su Palabra está construyendo una casa religiosa sobre la arena, la cual tarde o temprano será arrastrada por las lluvias dejándole sin esperanza y sin Dios (Mt. 7:22-27). Sin la santificación, esto es, sin una vida de santidad: "nadie verá al Señor" (He. 12:14).

El llamado específico de Pablo era a **las naciones**, es decir, a los gentiles (Hch. 9:15; 22:21; Ro. 11:13; Gá. 1:16). Es probable que él haya predicado el evangelio durante sus tres años en Arabia (Gá. 1:17), pero él empezó su *ministerio registrado* predicando a los judíos. Incluso cuando estuvo ministrando en las regiones de base gentil en Asia Menor y Macedonia, muchas veces él iniciaba su obra entre los judíos (véase por ejemplo, Hch. 13:14; 14:1; 16:13; 17:1; 18:2). Como sucedió con Pablo, el llamado de cada creyente consiste en proclamar a Jesucristo a todos los hombres, judíos y gentiles, con la esperanza de traerlos a la obediencia a la fe.

EL PROPÓSITO

por amor de su nombre; entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo; (1:5*c*-6)

Aunque Dios entregó a su propio Hijo para salvar al mundo (Jn. 3:16) y no desea que ninguna persona perezca (2 P. 3:9), debe reconocerse que el propósito principal del evangelio no se enfoca tanto en el hombre como en Dios mismo, **por amor de su nombre**. La salvación del hombre es simplemente un subproducto de la gracia de Dios, cuyo objetivo principal es desplegar en todo su esplendor la gloria de Dios.

El predicador (v. 1), la promesa (v. 2), la Persona (vv. 3-4), la provisión (v. 5*a*), la proclamación (vv. 5*b*-6) y los privilegios (v. 7) de las buenas nuevas de Dios son entregados en conjunto con el propósito expreso de glorificar a Dios. Toda la historia de la redención se enfoca en la gloria de Dios, y a través de toda la eternidad los grandes logros de su obra redentora seguirán siendo un motivo de conmemoración de su majestad, su gracia y amor.

A causa de su amor lleno de gracia hacia la humanidad caída y desamparada, la salvación es de importancia para Dios por amor del hombre, pero debido a que su propia perfección es infinitamente más importante para Él por amor de sí mismo. Dios está dedicado del todo y en últimas a la exaltación de su propia gloria. Esa verdad siempre ha sido anatema para el hombre natural, y en nuestros días de egocentrismo sin límites aún dentro de la iglesia, también se constituye en piedra de tropiezo para muchos cristianos. Sin importar cuál sea la perspectiva pervertida del hombre y sus estándares, el asunto principal de la salvación es la gloria de Dios, porque Él es perfectamente digno y el pecado es precisamente una afrenta infundada a esa dignidad perfecta.

Pablo declara que un día "en el nombre de Jesús se [doblará] toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:10-11). Incluso las verdades y bendiciones divinas que son dadas por amor de sus hijos son *dadas primero que todo* "para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios" (2 Co. 4:15).

Cuando una persona cree en Cristo, se salva; pero más importante que eso, Dios es glorificado, debido a que el don de la salvación se debe por entero a su voluntad y poder soberanos. Por la misma razón, Dios es glorificado cuando su pueblo ama a su Hijo, cuando reconocen su veredicto con respecto al pecado de ellos así como su necesidad de limpieza, cuando sus planes se convierten en los suyos, y cuando sus pensamientos se conforman a sus pensamientos. Los creyentes viven y existen para la gloria de Dios.

Los creyentes en Roma a quienes Pablo estaba escribiendo, se encontraban

entre las naciones que habían sido llevadas a "la obediencia a la fe" (v. 5) y por lo tanto, también eran **llamados a ser de Jesucristo**. Como ya se ha destacado, quienes son **llamados a ser de Jesucristo**, quienes son creyentes verdaderos, son **llamados** no solamente a la salvación sino a la obediencia; y ser obediente a Cristo incluye acercar a otros a Él en fe y obediencia.

LOS PRIVILEGIOS DE LAS BUENAS NUEVAS

a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. (1:7)

Entre los incontables privilegios concedidos por gracia a que se tiene acceso con las buenas nuevas de Dios, se encuentra el de que seamos sus amados, sus llamados y sus santos.

Pablo se dirige aquí a **todos** sus hermanos creyentes **en Roma** llamándolos **amados de Dios**. Una de las verdades más reiteradas y destacadas en las Escrituras es la del amor y la gracia de Dios para aquellos que le pertenecen. David oró: "Acuérdate, oh Jehová, de tus piedades y de tus misericordias, que son perpetuas" (Sal. 25:6; cp. 26:3) y: "¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!" (Sal. 36:7). Isaías escribió jubiloso: "De las misericordias de Jehová haré memoria, de las alabanzas de Jehová, conforme a todo lo que Jehová nos ha dado, y de la grandeza de sus beneficios hacia la casa de Israel, que les ha hecho según sus misericordias, y según la multitud de sus piedades" (Is. 63:7). A través de Jeremías, el Señor dijo a su pueblo: "Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia" (Jer. 31:3).

Pablo declara que Dios es "rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados" (Ef. 2:4-5). Juan escribe: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Jn. 3:1).

Todo creyente ha sido acepto para con Dios por medio de Cristo: "para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado" (Ef. 1:6). Cada creyente es un hijo de Dios y es amado en nombre del Hijo amado de Dios, Jesucristo. Pablo dice que "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Ro. 5:5). Más adelante en la epístola nos asegura que nada puede separarnos del amor de Cristo, ni siquiera "tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada" (8:35).

En segundo lugar, los que han venido a Cristo por la obediencia a la fe también son los **llamados** de Dios. Pablo no se está refiriendo al llamado general de Dios a la humanidad para que crea. Por medio de Isaías Él hizo los llamados: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra" (45:22), y "Buscad a

Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano" (55:6). Por medio de Ezequiel dio la advertencia: "Volveos, volveos de vuestros malos caminos" (Ez. 33:11). Durante su ministerio terrenal, Jesús dijo a las multitudes pecadoras: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mt. 11:28), y "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba" (Jn. 7:37). Desde el cielo, por medio del apóstol Juan, Jesús dijo "El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Ap. 22:17).

A diferencia de esto, en Romanos 1:7 Pablo no está hablando de ese llamamiento general, sino de la manera específica en que quienes han respondido afirmativamente a esa invitación, también han sido **llamados** por Dios de una forma soberana y efectiva para acudir a Él y obtener la salvación. Aquí la palabra **llamados** es un sinónimo para los términos "escogidos" y "predestinados". Como el apóstol pasa a explicar en el capítulo 8: "a los que predestinó , a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (v. 30). Desde nuestro punto de vista humano y limitado, puede parecer como si primero nos hubiésemos acercado a Dios mediante un acto de nuestra voluntad, pero nosotros sabemos con base en su Palabra que nosotros no habríamos podido buscarle por fe a no ser que Él ya nos hubiera escogido por un acto de gracia de su voluntad soberana.

Las referencias a ser **llamados** a la salvación que se encuentran en las epístolas del Nuevo Testamento, son siempre llamados eficaces que conducen a la salvación, nunca invitaciones a nivel general. De modo que el llamado es en sí el plan de elección efectuándose. La doctrina de la elección se enseña con claridad a lo largo del Nuevo Testamento (cp. Mt. 20:15-16; Jn. 15:16; 17:9; Hch. 13:48; Ro. 9:14-15; 11:5; 1 Co. 1:9; Ef. 2:8-10; Col. 1:3-5; 1 Ts. 1:4-5; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 1:9; 2:10; 1 P. 1:1-2; Ap. 13:8; 17:8, 14).

En tercer lugar, los creyentes son los **santos** de Dios, por lo cual sabemos que no solamente tienen el privilegio de ser amados de Dios, sino que también pueden disfrutar la bendición de ser semejantes a Dios. La palabra **santos** corresponde en el original griego a *hagios*, que tiene el significado básico de ser apartado. En el Antiguo Testamento había muchas cosas y personas que se apartaban por iniciativa divina para los propios fines de Dios. El tabernáculo y el templo con todo lo que había en ellos, en especial el arca del pacto y el lugar santísimo, eran objetos apartados para Él. La tribu de Leví fue apartada como su sacerdocio, y la nación entera de Israel fue apartada como su pueblo. Los diezmos y ofrendas del pueblo de Israel consistían en dinero y otras dádivas que se habían apartado específicamente para Dios (cp. cap. 1).

No obstante, con mucha frecuencia en el Antiguo Testamento, *santo* se refiere a que una persona es apartada por Dios del mundo para que sea suya nada más, y por lo cual esta persona se hace semejante a Él en santidad. Ser apartado

en este sentido, consiste en ser hecho santo y justo. Tanto bajo el Antiguo como el Nuevo Pacto, los **santos** son "los semejantes" a Dios.

Sin embargo, bajo el Nuevo Pacto, cosas santas tales como el templo, el sacerdocio, el arca y los diezmos, dejan de existir. La única cosa verdaderamente santa que Dios tiene sobre la tierra es su pueblo. Todas las personas a quienes Él ha apartado en su gracia y soberanía para sí mismo, por medio de Jesucristo. El nuevo templo de Dios y el nuevo sacerdocio de Dios son su iglesia (1 Co. 3:16-17; 1 P. 2:5, 9).

En una bella expresión de bendición que añade a sus declaraciones introductorias, Pablo dice: **Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo**. Los únicos seres humanos que pueden recibir las maravillosas bendiciones de **gracia** y **paz**, son aquellos de quienes puede decirse que son los amados, los llamados y los santos de Dios. Ellos son los únicos que verdaderamente pueden llamar a **Dios** su **Padre**, porque solamente ellos han sido adoptados para formar parte de su familia divina por medio de su Hijo verdadero, **el Señor Jesucristo.**

Liderazgo espiritual verdadero

4

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí. Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás gentiles. A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma. (1:8-15)

En el seminario aprendí bastante de los libros que leí, las clases magistrales que escuché, y los trabajos que tuve que escribir; pero aprendí más de las actitudes y acciones de los hombres piadosos bajo cuya tutela estudié. Mientras estuve alrededor de ellos, descubrí cuáles eran sus verdaderas prioridades, sus verdaderas convicciones y su verdadera devoción a nuestro Señor.

En los versículo iniciales de su carta a los Romanos, Pablo también se desplegó a sí mismo delante de sus lectores para ser visto por ellos, antes de intentar enseñarles otras verdades más profundas del evangelio. Él abrió su corazón y dijo en efecto: "Antes de mostrarles mi teología, les voy a mostrar quién soy yo".

Las personas sirven al Señor por una gran diversidad de motivos. Algunos sirven en un esfuerzo legalista, como un medio para ganarse la salvación y el favor de Dios. Algunos sirven al Señor por temor de que si no lo hacen, Él va a sentirse desagradado y en consecuencia puedan hasta perder su salvación. Otros como Diótrefes (3 Jn. 9) sirven a causa del prestigio y la estima que muchas veces

trae el liderazgo. Algunos sirven con el fin de alcanzar posiciones eclesiásticas de preeminencia, así como el poder para enseñorearse de quienes están bajo su cuidado. Algunos sirven en razón de las apariencias, a fin de ser considerados como personas justas por parte de hermanos miembros de la iglesia, así como por el mundo. Algunos sirven debido a la presión de sus compañeros, para conformarse a ciertos estándares humanos de conducta religiosa y moral. En muchas ocasiones los hijos se ven obligados por sus padres a participar en actividades religiosas, y con frecuencia continúan esas actividades en su vida adulta, únicamente debido a la intimidación de los padres o quizás por simple hábito. Algunas personas llegan incluso a tener un gran celo en el servicio cristiano debido a las ganancias económicas que puede generar.

Sin embargo, esos motivos para el servicio son meramente externos, y sin importar cuán ortodoxo o beneficioso pueda ser el servicio para otras personas, si no se realiza con base en un deseo sincero de agradar y glorificar a Dios, no es algo espiritual ni aceptable delante de Él (cp. 1 Co. 10:31). Por supuesto, es posible que una persona inicie el servicio cristiano motivada por una devoción genuina a Dios y que más tarde caiga en alguna ocasión o incluso que desarrolle el hábito de hacerlo mecánicamente por una mera sensación de necesidad. Los pastores, los maestros de Escuela Dominical, los líderes de jóvenes, los misioneros y todos los demás obreros cristianos pueden descuidarse y dejar atrás su primer amor para caer en una rutina de actividades superficiales que se desempeñan en el nombre del Señor pero que no se realizan en su poder ni para su gloria.

Incluso cuando se sirve al Señor por motivos correctos y en su poder, siempre anda por ahí cerca la tentación a caer en el resentimiento y la lástima de uno mismo cuando el trabajo realizado no es apreciado por hermanos cristianos o quizás pasa totalmente desapercibido.

Sin duda alguna, el apóstol Pablo se vio acosado por muchas tentaciones de Satanás para que abandonara el ministerio cuando recibía tanta oposición, o para rendirse ante cualquier iglesia difícil a causa de su carnalidad, egoísmo y amor del mundo, tal como fue el caso con Corinto; pero Pablo fue usado por el Señor en gran manera, debido a que por la gracia y provisión de Dios, él siempre mantuvo puros sus motivos. Por cuanto su único propósito era agradar a Dios, el desagrado o la desconsideración de las demás personas, incluso de aquellos a quienes estaba sirviendo, no pudieron obstaculizar su trabajo ni llevarle a la amargura y la autoconmiseración.

En sus primeras palabras para los creyentes de Roma, Pablo habla acerca de los motivos espirituales sinceros que tenía en su deseo de ministrarles. Con afecto y sensibilidad que saturan el contenido de toda la misiva, él les asegura acerca de su genuina devoción a Dios y de su amor genuino hacia ellos. Aunque Pablo no había fundado o siquiera visitado personalmente la iglesia en Roma, él

podía sentir en su corazón la pasión de Cristo mismo para velar por su bienestar espiritual, así como un deseo anhelante de entablar con ellos una profunda relación espiritual y personal. La carta a Roma revela que Pablo no solamente tenía el celo de un profeta, la mente de un maestro y la determinación de un apóstol, sino también el corazón de un pastor.

Cuando ellos recibieron de primera mano la carta de Pablo, es probable que los creyentes en Roma se hayan preguntado por qué este gran apóstol a quien la mayoría de ellos no conocían, se había tomado la molestia de escribirles una carta tan extensa y profunda. También es posible que se preguntaran por qué, si él se interesaba tanto en ellos, todavía no les había hecho una visita formal. En los versículos 8-15 del capítulo 1, Pablo da respuesta a esas dos inquietudes. Él les escribió porque tenía un sincero y profundo interés en su madurez espiritual, y todavía no les había visitado porque hasta el momento se lo habían impedido. En estos contados versículos el apóstol deja ver todo su corazón con respecto a los creyentes romanos.

La clave que permite descifrar en este pasaje cuáles eran los motivos del apóstol se halla en la frase "Dios, a quien sirvo en mi espíritu" (v. 9*a*). Pablo había sido criado y educado en el judaísmo. Él mismo había sido un fariseo y estaba bien familiarizado con el otro segmento del establecimiento religioso judío conformado por los saduceos, los escribas, los sacerdotes y los ancianos. Él sabía que, con muy pocas excepciones, esos líderes servían a Dios en la carne y estaban motivados por el interés egoísta. Su adoración y servicio eran mecánicos, rutinarios, externos y superficiales. Pablo también estaba muy familiarizado con el mundo gentil y sabía que los cultos religiosos y el servicio de los paganos también eran externos, superficiales y motivados del todo por el interés egoísta.

Haciendo referencia a ese tipo de religión, Jesús dijo a la mujer samaritana en el pozo de Jacob: "La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren" (Jn. 4:23-24). La adoración que es verdadera y aceptable para Dios no involucra un lugar geográfico en particular, ni algún tipo de rituales o actividades y formalismos ingeniados por el hombre.

Durante los años que precedieron a su salvación, Pablo mismo había adorado y servido a Dios de una manera externa e interesada (Fil. 3:4-7), pero ahora que él pertenecía a Cristo y que el Espíritu de Cristo mismo moraba en su interior, él le rendía culto y le servía en espíritu y en verdad, con todo su ser. Ahora Pablo estaba motivado por un deseo interno y auténtico de servir a Dios por amor a Dios y no a sí mismo, de la manera revelada por Dios y no en la suya propia, y en el poder de Dios, no en sus propias capacidades. Él ya no estaba motivado por el interés propio ni por la presión del grupo, tampoco estaba enfocado en la tradición religiosa judía o tan siquiera en los esfuerzos individuales para guardar la

ley de Dios. Ya no estaba interesado en esforzarse en agradar a otros hombres o a él mismo, sino únicamente a Dios (1 Co. 4:1-5). El foco de su vida y ministerio era glorificar a Dios mediante la proclamación de la gracia salvadora del evangelio. Él vivió de conformidad con el parámetro divino que proclamó a los efesios: "no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios" (Ef. 6:6). Tal como le recordó a los ancianos de aquella iglesia: "Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido" (Hch. 20:33-34).

Pablo no servía porque el servicio fuera algo "divertido" o placentero para él mismo. "Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo", señala más adelante en la epístola; "antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí" (Ro. 15:3; cp. Sal. 69:9). Pablo tampoco servía con el fin de recibir gloria y honra de los hombres. "Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!" (1 Co. 9:16). En una carta posterior a la iglesia en Corinto él declaró: "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús" (2 Co. 4:5; cp. 1 Co. 9:19).

En los versículos 8-15, las palabras de Pablo señalan nueve marcas del servicio espiritual verdadero: un espíritu agradecido (v. 8), un espíritu comedido (vv. 9-10*a*), un espíritu dispuesto y sumiso (v. 10*b*), un espíritu amoroso (v. 11), un espíritu humilde (v. 12), un espíritu fructífero (v. 13), un espíritu obediente (v. 14), y un espíritu pronto (v. 15). En el v. 16*a* se menciona un décimo espíritu que podemos llamar un espíritu denodado.

UN ESPÍRITU AGRADECIDO

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. (1:8)

La primera marca del servicio espiritual verdadero que Pablo demostró tener en abundancia, es la gratitud. Él estaba agradecido por lo que Dios había hecho por él y a través de él, pero estaba igualmente agradecido por lo que Dios había hecho en otros creyentes y por medio de ellos. Es posible que no haya agradecido a los creyentes romanos mismos para que sus palabras no sonaran como una adulación. En lugar de eso dijo: **doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros.**

La acción de gracias de Pablo era íntima, primero que todo a causa de su cercanía espiritual con Dios. **Doy gracias a mi Dios**, declaró abiertamente. Ningún pagano habría podido hacer una afirmación así, y la mayoría de los judíos nunca se referían a Dios haciendo uso de un pronombre personal. Para Pablo,

Dios no era una abstracción teológica sino un amado Salvador y un amigo cercano. Como él testifica en el versículo siguiente, él servía a **Dios** en su espíritu, desde lo más profundo de su corazón y mente.

Pablo dio gracias **mediante Jesucristo**, el único Mediador eterno entre Dios y el hombre. "Nadie viene al Padre, sino por mí", dijo Jesús (Jn. 14:6), y los creyentes en Él tienen el privilegio de llamar al Dios Todopoderoso **mi Dios**. "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1 Ti. 2:5). Es debido a que nos ha sido dado acceso al Padre **mediante Jesucristo**, que nosotros podemos acercarnos "confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (He. 4:16), y asimismo decir "¡Abba, Padre!" (Ro. 8:15).

La gratitud de Pablo también era íntima a causa de la intimidad espiritual que mantuvo con sus hermanos creyentes, incluso con los que fueron como los que se encontraban en Roma, a los cuales no había conocido personalmente. **Doy gracias a mi Dios ... con respecto a todos vosotros**, es decir, estaba agradecido por **todos** los creyentes que estaban en la iglesia de Roma. Su gratitud era imparcial y abarcaba a todas las personas sin distingo alguno.

En todas sus epístolas a excepción de una, Pablo expresa su gratitud por aquellos a quienes escribe. La excepción fue la carta a la iglesia en Galacia, donde sus miembros se habían apartado del evangelio verdadero de la gracia para acogerse a un sistema de justificación por obras en el que se rendía culto y se servía a la carne, todo a causa de la dañina influencia de los judaizantes. Esto no quiere decir que las demás iglesias fueran perfectas, lo cual es evidente porque Pablo escribió la mayoría de sus cartas precisamente para corregir doctrinas erradas o falta de santidad en la vida de los creyentes; pero incluso allí donde la necesidad de instrucción y corrección era más grande, él podía encontrar algo en esas iglesias por lo cual podía estar agradecido.

Pablo escribió la carta a los romanos desde Corinto, y en ese tiempo los judíos estaban maquinando planes para matarlo (Hch. 20:3). Él estaba de camino hacia Jerusalén, donde sabía que le esperaba el encarcelamiento y posiblemente la muerte. Sin embargo, él seguía lleno de motivos de acción de gracias.

Algunos años más tarde, cuando se encontraba como prisionero en su propio domicilio en Roma mientras esperaba que llegara el momento de tener una audiencia ante César, Pablo seguía dando gracias. Mientras estuvo allí escribió cuatro epístolas (Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón), que se conocen comúnmente como las epístolas de prisión. En cada una de esas cartas él da gracias por los creyentes a quienes escribe (Ef. 1:16; Fil. 1:3; Col. 1:3; Flm. 4). Durante su segundo encarcelamiento en Roma, es posible que haya pasado algún tiempo en las degradantes mazmorras de la prisión mamertina. Si fue así, podemos estar seguros de que aún allí estaba agradecido a Dios, y esto a pesar de que el sistema de alcantarillas de la ciudad pasaba por la prisión. En una visita a ese

lugar me dijeron que cuando las celdas estaban llenas hasta su máxima capacidad, las compuertas del alcantarillado se abrían y todos los reclusos terminaban ahogados en medio de la inmundicia, con el fin de dar paso a un nuevo contingente de prisioneros. No obstante, la gratitud de Pablo no aumentaba ni disminuía dependiendo de sus circunstancias terrenales, sino que estaba basada en las riquezas de la comunión que mantenía con su Señor.

La razón específica para la gratitud de Pablo con respecto a los cristianos romanos era su **fe** profunda, la cual estaba siendo proclamada **por todo el mundo**. Nos enteramos gracias a la historia secular, de que en el año 49 d.C. el emperador Claudio expulsó a los judíos de Roma, creyendo que todos ellos eran seguidores de alguien llamado Crestus (una variación de la palabra griega Cristo). Aparentemente el testimonio de los judíos cristianos había motivado tanto a los judíos no creyentes, que la ciudad entera vio amenazada su paz por el tumulto generado. Los creyentes allí tenían sin duda un testimonio elocuente, no solo en la ciudad, sino como algo que **se divulga por todo el mundo**, ¡qué buen motivo para ser elogiados por el apóstol!

Con la mención de la **fe** Pablo no se estaba refiriendo aquí a la confianza inicial en Cristo que trae salvación, sino a la confianza perseverante que trae como resultado crecimiento y fortaleza espiritual. Una fe así también puede atraer persecución y los creyentes de Roma que vivían en la cueva de los leones, por así decirlo, pero a pesar de ello vivían su **fe** con integridad y credibilidad. Algunas iglesias son famosas a causa de su pastor, su arquitectura, sus coloridos y artísticos vitrales, su tamaño o riquezas. La iglesia en Roma era famosa a causa de su **fe**. Era una comunidad de santos genuinamente redimidos por medio de la cual el Señor Jesucristo manifestó su vida y poder a tal punto que el carácter de esa congregación fue conocido en todo lugar.

Un corazón agradecido con respecto a las personas que uno tiene el privilegio de ministrar, es algo esencial para el servicio espiritual verdadero. El cristiano que está tratando de servir al pueblo de Dios sin importar cuán necesitados puedan estar, no hallará ningún motivo de regocijo en su servicio si no tiene gratitud en su corazón por lo que el Señor ha hecho en ellos. Pablo usualmente tenía la capacidad de encontrar un motivo de gratitud con el fin de poder honrar al Señor por lo que ya había hecho, al mismo tiempo que guardaba la esperanza de que Dios quisiera usarle para hacer cosas nuevas.

Los creyentes superficiales rara vez están satisfechos y por ende son agradecidos en muy raras ocasiones. Debido a que se enfocan en sus propios apetitos por cosas del mundo, con frecuencia son más resentidos que agradecidos. Un corazón ingrato es un corazón egoísta, egocéntrico y legalista. Pablo tenía un corazón agradecido porque él se enfocaba de continuo en lo que Dios estaba haciendo en su propia vida, en las vidas de otros creyentes fieles, y en el avance de su reino a lo largo y ancho del mundo.

UN ESPÍRITU COMEDIDO

Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, (1:9-10*a*)

La segunda marca distintiva de verdadero servicio espiritual que puede observarse aquí, y la cual Pablo ejemplificó en su propia vida, es la de un espíritu que se interesa comedidamente en los demás. Aunque él estaba agradecido por lo que se había logrado y se estaba haciendo en la obra del Señor, él también tenía un interés profundo en equilibrar esas cosas con lo que aún faltaba por hacer.

Aquí es donde Pablo introduce la frase clave de los versículos 8-15, **Dios, a quien sirvo en mi espíritu**. *Latreuō* (**servir**) es una expresión que siempre se emplea en el Nuevo Testamento al hablar del servicio religioso, y por esa razón se traduce algunas veces "adorar" o "rendir culto". A excepción de dos referencias al servicio de los ídolos paganos, el término se usa en referencia a la adoración y el servicio del Dios verdadero. La adoración suprema que un creyente puede ofrecer a Dios se da en el contexto de un servicio consagrado, puro y de corazón.

El servicio piadoso requiere de un compromiso total y sin reservas. Pablo sirvió a Dios con todo lo que tenía, empezando con la entrega de su **espíritu**, esto es, permitiendo que el servicio fluyera como un deseo en lo más profundo de su alma. En el capítulo 12 de esta carta, él ruega a todos los creyentes "por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (v. 1). Tal devoción espiritual se logra negándose a ser conformados a este mundo y transformándonos "por medio de la renovación de [nuestro] entendimiento, para que [comprobemos] cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (v. 2).

Pablo usó una afirmación similar acerca del culto verdadero cuando escribió a la iglesia en Filipos: "Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne" (Fil. 3:3). Cuando sus compañeros de viaje habían perdido todas las esperanzas de sobrevivir ante la feroz tormenta del mar Mediterráneo cuando navegaban hacia Roma, el apóstol les alentó: "Ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave. Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo. Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho" (Hch. 27:22-25).

Pablo pudo declarar a Timoteo: "Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis

mayores con limpia conciencia" (2 Ti. 1:3). Debido a que él servía a Dios con un corazón sincero, también ejercía su servicio con una conciencia limpia. La adoración y el servicio de Pablo estaban conectados de una manera inextricable porque su adoración era un acto de servicio, y su servicio era un acto de adoración.

Puesto que pareció que su joven amigo estaba tropezando espiritualmente, Pablo exhortó a Timoteo: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Ti. 2:15). Unos cuantos versículos más adelante le advirtió: "Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor" (v. 22).

El servicio primordial de Pablo para Dios estaba relacionado con la predicación **del evangelio de su Hijo**, el ministerio al cual el Señor le había llamado y al que dedicó todas sus energías y aliento; pero como él se adelanta a explicar, ese servicio a Dios incluía un interés profundo y personal por *todos* los que creyeran el **evangelio**, bien fuera que lo hubieran escuchado de sus labios o por medio de otra persona. Él no estaba interesado en los santos de Roma debido a que hubieran sido "sus convertidos", puesto que no lo eran, sino porque él y ellos eran hermanos que tenían el mismo Padre espiritual por medio de haber depositado su confianza en el mismo **Hijo** divino como su Salvador.

Tal como él menciona varias veces al principio de la epístola (1:10-11, 15) y lo reitera en la última parte (15:14, 22), él estaba escribiendo a la iglesia romana casi como un forastero para ellos, hablando en términos humanos. Este hecho deja ver que su intenso interés en los creyentes de ese lugar fuera todavía más extraordinario y emotivo.

Quizás debido a que la mayoría de ellos no le conocían personalmente, Pablo aquí invoca al Señor como **testigo** de su amor e interés sinceros hacia sus hermanos y hermanas espirituales en Roma. Él sabía que Dios, quien conoce los motivos reales y la sinceridad de cada corazón (cp. 1 Co. 4:5), estaría dispuesto a testificar en el sentido **de que sin cesar** él hacía **mención de** ellos **siempre en** sus **oraciones**. Él no estaba siendo redundante al usar al mismo tiempo las expresiones **sin cesar** y **siempre**, sino que simplemente estaba expresando su interés con doble énfasis, negativo y positivo.

Aunque él se regocijaba y daba gracias por su gran fidelidad, también sabía que aparte de la provisión continua de Dios hasta la fe más firme flaquea. Por lo tanto, aquellos santos estaban **siempre en** sus **oraciones**, nunca fueron excluidos de su lista de oración. Aunque sea por diferentes razones, todo santo fiel necesita el apoyo en oración de hermanos creyentes, en la misma medida en que lo necesita el santo que no es tan fiel.

Pablo aseguró esto a los santos de Tesalónica al decir "[nosotros] oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llama-

miento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo" (2 Ts. 1:11-12). En su carta anterior el apóstol los había alentado a dedicarse a la oración incesante (1 Ts. 5:17). De igual forma aconsejó a los creyentes efesios que estuvieran "orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos" (Ef. 6:18).

Casi al cierre de su carta a los romanos, Pablo implora: "Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios" (Ro. 15:30). Él no pidió oración por él mismo con razones egoístas, sino por causa del ministerio, para que él fuese "librado de los rebeldes que [estaban] en Judea, y que la ofrenda de [su] servicio a los santos en Jerusalén [fuera] acepta; para que con gozo [llegara] a [Roma] por la voluntad de Dios" (vv. 31-32).

Aunque Pablo no declara las peticiones específicas que estaba haciendo a favor de los cristianos romanos, con cierta seguridad podemos suponer que eran similares a las que menciona en otras cartas. "Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra", escribió a los efesios, "para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Ef. 3:14-19).

¡Eso sí que es orar en profundidad! Pablo oraba para que aquellos santos fueran fortalecidos por el Espíritu Santo, que Cristo se sintiera como en casa dentro de sus corazones, que fueran llenos de todo el amor de Dios, y que fueran perfeccionados en su verdad y semejanza.

Pablo oró para que el amor de los creyentes en Filipos abundara "en ciencia y en todo conocimiento, para que [aprobaran] lo mejor, a fin de que [fuesen] sinceros e irreprensibles para el día de Cristo", demostrando así que estaban "llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios" (Fil. 1:9-11).

Él también reconfortó a la iglesia de Colosas con estas palabras: "No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad" (Col. 1:9-11).

El contenido de todas las oraciones de Pablo era espiritual. Él oró por creyen-

tes individuales, pero también ofreció muchas oraciones por grupos de creyentes. Él oraba pidiendo que sus corazones quedaran entrelazados con el corazón de Dios, que su conocimiento de su Palabra fuera completo y que su obediencia a la voluntad de Dios fuera perfecta. La profundidad y la intensidad de la oración también es una medida de la profundidad y la intensidad del interés comedido y sincero.

UN ESPÍRITU DISPUESTO Y SUMISO

rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. (1:10*b*)

Pablo no solamente oraba por el bienestar espiritual de la iglesia romana sino que ansiaba ser usado por Dios como un instrumento que ayudara a contestar esa oración de acuerdo a su voluntad divina. La iglesia siempre ha estado llena de personas que son ágiles para criticar, pero tiene escasez de aquellas que están dispuestas a ser usadas por Dios para resolver los problemas que tanto les preocupan.

Muchos cristianos están más dispuestos a dar dinero a un ministerio de alcance misionero, que a convertirse ellos mismos en testigos. En su libro *El evangelio dirigible* (Elgin, Ill: David C. Cook, 1983), Joe Bayly cuenta la historia imaginaria de un hombre que contrató un globo dirigible para bombardear su vecindario desde el aire con tratados evangelísticos. La lección del libro y de la película que se produjo con base en él, era que algunos creyentes están dispuestos a ir a grandes extremos con tal de evitar la confrontación personal de los demás con el evangelio.

En una ocasión cierto hombre se acercó a mí después de un servicio de adoración y sugirió que la iglesia suministrara 25.000 dólares a fin de crear un sofisticado servicio automático para recepción de llamadas telefónicas, con el cual se diera el mensaje del evangelio a todo el que llamara. Al igual que el hombre en la historia del evangelio dirigible, este hombre en principio quería usar este artificio para alcanzar a un vecino suyo que era incrédulo. Por esa razón yo también le hice la sugerencia: "¿Por qué no va usted mismo y le comparte el evangelio a esa persona?"

Para la carne es mucho más fácil, y por ende mucho más atractivo, orar para que otros sean usados por el Señor, que orar para que nos use a nosotros; pero como Isaías, cuando Pablo escuchaba el llamado del Señor para servir o cuando veía una necesidad espiritual, él decía "Heme aquí, envíame a mí" (Is. 6:8). Por supuesto que la oración pidiendo que haya personas que se dediquen al servicio del Señor también ocupa un lugar importante, pero la verdadera medida de nuestro interés en su obra radica en nuestra disposición para que Él nos use a cada uno de nosotros.

Pablo había venido **rogando** a Dios durante mucho tiempo para que él pudiera visitar la iglesia en Roma a fin de ministrarles y ser ministrado por ellos (vv. 11-12). Aparentemente él esperaba hacer ese viaje muy pronto, puesto que dijo **que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros.**

El anhelo que Pablo tenía de servir a Dios siempre estuvo dirigido **por la voluntad de Dios**. Él no servía en la dirección indicada por sus propios deseos y prudencia, sino de acuerdo con la **voluntad** de Aquel a quien servía. Cuando el profeta Agabo predijo con un intenso dramatismo el peligro que le esperaba a Pablo en Jerusalén, los amigos del apóstol le rogaron que no fuese, pero "Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no solo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús". Al escuchar esas palabras, Lucas y los demás también se sometieron y encomendaron a la soberanía de Dios: "Hágase la voluntad del Señor" (Hch. 21:11-14).

Algunas personas preguntan: "Si Dios en su soberanía va a hacer lo que planea hacer de cualquier manera, ¿qué propósito tiene orar?" El doctor Donald Grey Barnhouse compuso una analogía que cumple la función de ilustrar la relación que existe entre las oraciones de un creyente y la soberanía de Dios:

> Vamos a suponer el caso de un hombre a quien le encanta la música para violín. Él cuenta con los medios para adquirir un violín muy fino y además de esto también compra el mejor radio disponible en el mercado. Arma una biblioteca con las grandes obras y partituras musicales, de tal forma que pueda leer cualquier pieza que se anuncie en la radio, colocarla en su atril y tocar al lado de la orquesta. El anunciador dice que el señor Ormandy y la orquesta de Filadelfia van a interpretar la séptima sinfonía de Beethoven. El hombre se encuentra en su casa y coloca la partitura de esa sinfonía en su atril, después afina su violín con las notas que escucha tocadas por la orquesta en la radio. La música que procede del aparato es algo que podríamos llamar preordenado. Ormandy va a seguir la partitura tal y como fue escrita por Beethoven. El hombre que está en su sala de música empieza a rasgar en su instrumento la parte del primer violín, omitiendo algunas notas y matices, perdiendo su ubicación y hallándola de nuevo; en cierto momento rompe una cuerda y se detiene a arreglarla. La música sigue por su cuenta sin detenerse. Él halla nuevamente su ubicación y toca conforme a su capacidad hasta el fin de la sinfonía. El anunciador informa el nombre de la siguiente obra que se va a transmitir y el violinista aficionado coloca la partitura de esa pieza en su atril. Día tras día, tras semana, tras mes y año tras año, su gran deleite es rasgar con el arco las cuerdas de

> su violín, al lado de los violines tocados en las grandes orquestas del mundo. La música de ellos ha sido determinada de antemano; lo que él debe hacer es aprender a tocar siguiendo el tiempo y la clave usados por las orquestas, así como seguir la partitura que también se ha escrito de antemano. Si él decide que quiere tocar el himno nacional cuando la orquesta está en medio de una obra de Brahms, va a escucharse una disonancia y discordancia en la casa de aquel hombre, pero no en la academia de música. Después de algunos años de esta experiencia, es muy posible que el hombre se haya convertido en un violinista bien acreditado, y puede haber aprendido a sujetarse por completo a las partituras que han sido escritas, siguiendo el programa tal como es interpretado por las grandes orquestas. Como resultado de la sumisión y la cooperación, hay armonía y verdadero deleite artístico.

Así ocurre con el plan de Dios, el cuál avanza hacia nosotros, desenvolviéndose día tras día tal como Él lo diseñó antes de la fundación del mundo. Hay algunos que luchan contra él y por tal razón serán dejados en la oscuridad de afuera porque Él no quiere tener en su cielo a quienes en su orgullo le resisten. Esto no puede ser tolerado, así como las autoridades tampoco estarían dispuestas a permitir que un hombre trajera su propio violín a la academia de música y empezara a tocar Shostakovich cuando el programa contiene exclusivamente música de Bach. La partitura del plan de Dios se haya publicada en la Biblia. En la medida en que yo la estudie y la aprenda, y me sujete a ella procurando vivir en consonancia con todo lo establecido en ella, me veré a mí mismo en gozo y en armonía con Dios y sus planes. Si yo me dispongo por el contrario a luchar contra ella o a cuestionar y estar en desacuerdo con lo que ha determinado, no puede haber paz en mi corazón ni en mi vida. Si en mi corazón yo procuro tocar una tonada que no corresponde a la melodía que el Señor tiene para mí, no puede haber más que disonancia. La oración consiste en aprender a tocar la melodía que el plan eterno de Dios tiene prevista, y hacer todo lo que esté en armonía con la voluntad del Compositor eterno y el Autor de todo lo que es armonía verdadera en la vida y en la manera de vivir. (*Man's Ruin: Romans 1:1-32* [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], propósito. pp. 122-123. Usado con permiso.)

La popular práctica de exigir cosas de Dios y esperar que Él cumpla tales demandas es una perversión de la verdad y una herejía insolente, un intento de torcer la voluntad santa y perfecta de Dios para favorecer la voluntad pecaminosa e imperfecta de uno mismo. Pablo procuró el avance el reino y la gloria de Dios por medio del cumplimiento de la propia voluntad de Dios, no la de él.

Los supuestos mesías que se proclaman a sí mismos también son siempre megalómanos. Tienen grandes esquemas artificiosos para ganar el mundo para

Cristo y siempre piensan en grande, pero sus planes muy rara vez muestran evidencias de estar limitados a los planes de Dios mismo, los cuales desde una perspectiva humana les pueden parecer a veces insignificantes y de poco alcance. El ministerio de Jesús no estuvo enfocado en la conversión de los grandes líderes de su época o en la evangelización de las ciudades más grandes. Él escogió a doce hombres ordinarios para entrenarlos como sus apóstoles, y la mayoría de su enseñanza tuvo lugar en sitios pobres y hasta recónditos en Palestina. Él no recaudó grandes sumas de dinero ni trató de hacer uso de la influencia de grandes hombres para beneficio propio. Su único propósito fue hacer la voluntad de su Padre, al estilo de su Padre y en el tiempo de su Padre. Esta también debe ser nuestra meta suprema.

UN ESPÍRITU AMOROSO

Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; (1:11)

Otra marca de servicio espiritual es tener un espíritu lleno de amor. Pablo quería visitar a los creyentes romanos a fin de servirles con amor en el nombre de Dios. Él no quería ir como un turista para ver la famosa Vía Apia, o el foro o el Coliseo, ni para asistir a las carreras de carros. Él quería ir a Roma para dar de sí mismo, no para entretenerse o para darse gusto.

El cristiano que contempla su servicio al Señor como un medio para recibir aprecio y satisfacción personal, se dirige de forma inevitable al desencanto y la autoconmiseración; pero el que se enfoca en dar nunca enfrenta esa clase de problemas. La meta del ministerio de Pablo consistía en "presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1:28-29).

El espíritu amoroso del apóstol se ve bellamente reflejado en su primera carta a los tesalonicenses. "Fuimos tiernos entre vosotros", escribió, "como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no solo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos. Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios" (1 Ts. 2:7-9).

La característica más sobresaliente del amor genuino es el dar sin egoísmo, y fue motivado por esa clase de amor que Pablo aseguró a la iglesia en Corinto: "Yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas" (2 Co. 12:15). La buena disposición a gastar equivalía a estar dispuesto a usar todos sus recursos y energía para el beneficio de ellos, y

disposición a ser consumido él mismo era estar dispuesto a morir por ellos si era necesario.

Pablo tenía carga por el desahogo físico de los creyentes romanos, pero su interés preponderante radicaba en su bienestar espiritual, por lo cual su propósito principal en **deseo** de **ver**los era **para** que él pudiera **comunicar**les **algún don celestial**.

El **don** que Pablo quería impartirles o comunicarles era **espiritual**, no solamente en el sentido de pertenecer al reino espiritual sino en el sentido de que su fuente era el Espíritu Santo. Puesto que estaba escribiendo a creyentes, Pablo no estaba hablando acerca del don gratuito de la salvación por medio de Cristo, acerca del cual habla en 5:15-16. Tampoco estaba haciendo referencia a los dones que discute en el capítulo 12, ya que esos dones son otorgados directamente por el Espíritu mismo y no mediante un instrumento humano. Por lo tanto, él debió emplear la expresión **don celestial** en su sentido más amplio, haciendo referencia a cualquier tipo de beneficio espiritual investido con poder de lo alto, que él pudiera comunicar a los cristianos de Roma por medio de la predicación, la enseñanza, la exhortación, el consuelo, la oración, la orientación y la disciplina.

Sean cuales fueren las bendiciones en particular que el apóstol tenía en mente, no se trataba de cosas superficiales y egocéntricas como las que ansían tener muchos miembros de iglesia en la actualidad. Él no estaba interesado en "calentarles el oído" ni en rascar sus conciencias para aliviar su comezón de curiosidad religiosa.

Pablo quería impartir las bendiciones espirituales **a fin de que** los creyentes romanos fuesen **confirmados**. Él quería que sus hermanos y hermanas espirituales crecieran "en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo" (Ef. 4:15).

En una ocasión una joven mujer me dijo que había estado enseñando una clase dominical para jovencitas por algún tiempo y consideraba que las amaba con gran tesón; pero una tarde de sábado en el partido de fútbol de su universidad, el Señor le dio convicción acerca de la superficialidad de su amor por ellas. Debido a lo ocupados que eran sus días sábados, ella muy rara vez gastaba más que contados minutos preparando su lección para el día siguiente. A partir de ese día ella tomó la determinación de hacer cualquier sacrificio y dedicar todo el tiempo necesario para dar a esas niñas algo que tuviera importancia eterna para ellas. Esa es la clase de amor comprometido y sacrificado que Pablo tenía por la iglesia de Roma.

UN ESPÍRITU HUMILDE

esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí. (1:12)

Para evitar que sus lectores creyeran que él tenía en mente una bendición

unilateral, Pablo les asegura que una visita sería de beneficio para él, tanto como lo sería para ellos. Aunque él era un apóstol usado por Dios en gran manera y dotado con dones supremos, tras haber recibido la verdad revelada de parte de Dios mismo, Pablo nunca creyó estar fuera de alcance al punto de no ser edificado espiritualmente por parte de otros creyentes.

El espíritu verdaderamente agradecido, comedido, dispuesto, sumiso y amoroso también debe ser un espíritu humilde. La persona que detenta el tal espíritu nunca tiene sensación alguna de superioridad espiritual, y jamás se enseñorea de aquellos a quienes sirve en el nombre de Cristo.

Al comentar sobre este pasaje en Romanos, Juan Calvino dijo acerca de Pablo: "Nótese con cuánta modestia él expresa lo que siente, al no rehusar el buscar fortaleza en principiantes inexpertos. Él también es sincero en lo que dice, porque en la Iglesia de Cristo no hay alguno tan carente de dones que no pueda contribuir en alguna medida a nuestro progreso espiritual. Sin embargo, son las malas intenciones y el orgullo lo que nos impiden derivar tal beneficio de nuestras relaciones mutuas" (Juan Calvino, *La epístola de Pablo el apóstol a los romanos y a los tesalonicenses* [Grand Rapids: Eerdmans, 1960], 24).

Pedro advirtió a los ancianos que no se enseñorearan de quienes estaban bajo su cuidado, sino más bien que fuesen ejemplos para ellos. Al hacerlo: "cuando aparezca el Príncipe de los pastores, [ellos habrían de recibir] la corona incorruptible de gloria" (1 P. 5:3-4). Luego él pasó a dar la siguiente recomendación tanto a hombres ancianos como jóvenes: "Revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes" (v. 5).

Pablo, el teólogo más grande que ha existido, también fue uno de los hombres más humildes de todos. Él fue bendecido de una manera inmensurable y sin embargo no tenía el más mínimo rastro de orgullo espiritual o de arrogancia intelectual. Puesto que él todavía no había alcanzado la perfección espiritual aunque genuinamente procuraba alcanzarla (cp. Fil. 3:12-14), él estaba deseoso de ser ayudado espiritualmente por todos los creyentes en la iglesia romana, tanto jóvenes como ancianos, maduros e inmaduros por igual.

Es lamentable que muchos líderes doctos y superdotados en la iglesia crean haber superado todo aprendizaje o la necesidad de ser ayudados por creyentes más jóvenes y con menos experiencia, pero también es triste ver a creyentes menos experimentados que muchas veces sienten que no tienen nada que ofrecer a sus líderes.

Cuando estaba a punto de abordar un barco hacia la India para empezar su servicio misionero en ese país, algunos amigos de William Carey le preguntaron si él quería en realidad continuar con sus planes. Expresando su gran deseo de recibir el apoyo de todos ellos en oración, se dice que él contestó: "Estoy dispuesto a bajar [hasta el fondo del abismo] si ustedes sostienen la cuerda" (S. Pearce Carey, *William Carey* [Londres: The Carey Press, 1934], pp. 117-18).

UN ESPÍRITU FRUCTÍFERO

Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás gentiles. (1:13)

Pablo empleó con frecuencia la frase **no quiero, hermanos, que ignoréis** como un medio para llamar la atención sobre algo de gran importancia que estuviera a punto de mencionar. La utilizó para introducir su enseñanza acerca de cosas tales como el misterio del llamamiento de Dios a los gentiles para la salvación (Ro. 11:25), los dones espirituales (1 Co. 12:1), y la segunda venida (1 Ts. 4:13). Aquí la usa para introducir su decidido plan de visitar a los santos en Roma. **Muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado),** le asegura a sus lectores. En lo referente a sus propios planes, él habría estado con ellos desde mucho tiempo atrás, si no hubiera **sido estorbado**.

Su intención no era promover alguna acción social sino **tener también entre** los creyentes en Roma **algún fruto, como entre los demás gentiles** a quienes Pablo ministraba.

El ministerio de Pablo fue una búsqueda incansable por **fruto** espiritual. Su predicación, su enseñanza y sus escritos nunca fueron fines en sí mismos. El propósito de todo ministerio verdadero para Dios es dar fruto en su nombre y con su poder para su gloria. "No me elegisteis vosotros a mi, sino que yo os elegí a vosotros", declaró Jesús a sus discípulos, "y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca" (Jn. 15:16).

Con relación a la vida espiritual, la Biblia usa el término **fruto** en tres sentidos. En un sentido, se utiliza como una metáfora de las actitudes que caracterizan al creyente guiado por el Espíritu Santo. Este "fruto del Espíritu" tiene nueve facetas que Pablo llama "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre [y] templanza" (Gá. 5:22-23).

En un segundo sentido, **fruto** espiritual se refiere a una acción concreta. "Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios", declara el apóstol, "tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna" (Ro. 6:22), es decir, que el fruto aquí es la vida en santidad. El fruto activo de los labios de un cristiano es la alabanza (He. 13:15), y el fruto activo de sus manos es el dar con generosidad ("fruto que abunde en vuestra cuenta", Fil. 4:16-17).

En un tercer sentido, **fruto** espiritual es algo que implica la suma y el incremento de convertidos a Cristo, así como el aumento en su crecimiento espiritual en Él. Pablo habló de Epeneto como "el primer fruto de Acaya para Cristo" (Ro. 16:5).

Entre los romanos, el **fruto** que Pablo anhelaba ver era en este último sentido de adición. Incluía tanto a nuevos convertidos como a creyentes maduros. Ellos eran un **fruto** espiritual en el sentido más amplio de ser el producto del poder del evangelio en la vida de los hombres, tanto para salvar como para santificar. El apóstol quería ser usado para ayudar a la iglesia romana a crecer mediante la adición de nuevos conversos y el crecimiento en la santificación que incluye un crecimiento en el servicio a Cristo. Cuando después de unos años él escribió a la iglesia de Filipos desde Roma, él pudo incluso enviar saludos especiales de parte de los creyentes que vivían en "la casa de César" (Fil. 4:22), y es muy factible que él haya sido un instrumento clave en traer esos creyentes a Cristo.

Como se advirtió anteriormente, en el nombre de la obra del Señor algunas personas se esfuerzan en buscar prestigio o aceptación, o dinero, grandes multitudes o influencia; pero un cristiano que sirve de corazón y cuyo servicio espiritual es genuino, tiene el único anhelo de ser usado por el Señor a fin de dar fruto para Él. El cristiano que se contenta con menos que esto es una persona que solo sirve de manera externa y superficial.

Ninguna cosa es más alentadora para pastores, maestros de Escuela Dominical, líderes de jóvenes y otros obreros cristianos, que ver resultados espirituales en las vidas de aquellos a quienes están ministrando. No hay una recompensa más grande que el gozo imperecedero de poder conducir otras personas a Cristo o ayudarles a crecer en el Señor.

UN ESPÍRITU OBEDIENTE

A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. (1:14)

Pablo prosigue a hablar acerca de sus actitudes y las razones para su ministerio, explicando que no predicaba ni enseñaba el evangelio debido a razones personales o porque el llamado pareciera atractivo, sino a causa de ser un **deudor**. "Me es impuesta necesidad", dijo a los corintios; "y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio! Por lo cual, si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, la comisión me ha sido encomendada" (1 Co. 9:16-17).

Cuando el Señor le llamó a la salvación y al apostolado, Pablo estaba haciendo cualquier cosa que no fuera promover el evangelio, precisamente se había propuesto firmemente destruirlo a cualquier costo. En efecto, él parece estar diciendo a los romanos: "No me agradezcan por querer ministrarles. Aunque les amo y tengo el deseo sincero de visitarles, yo fui designado por la soberanía de Dios para este ministerio, mucho antes de haber tenido algún deseo personal de realizarlo" (cp. 1 Co. 9:16ss).

Todo pastor y obrero cristiano sincero sabe que hay tiempos cuando el ministerio se convierte en su propia recompensa, cuando el estudio, la preparación,

la enseñanza y el pastoreo de las almas son apasionantes en sí mismos. Hay otras ocasiones, sin embargo, cuando el trabajo no parece muy atractivo, y de todas maneras debemos estudiar, prepararnos, enseñar y pastorear porque nos ha sido impuesta la necesidad de hacerlo y tenemos esa obligación ante Dios y ante las personas a quienes servimos. Cristo es nuestro Señor y nosotros somos sus siervos. El siervo que sirve únicamente cuando siente ganas de hacerlo es un siervo mediocre, por decir lo menos.

Pablo era **deudor** por lo menos en dos sentidos. Primero, era deudor a Dios a causa de los gentiles. Debido a que Dios le había designado como el único apóstol dirigido especialmente a los gentiles (Ro. 1:5; Hch. 9:15), él se encontraba bajo la obligación divina de ministrar el evangelio a ellos.

Segundo, él tenía una obligación o deuda con los creyentes romanos directamente, a causa de su necesidad espiritual. Esa es la clase de obligación que una persona tiene con alguien cuya casa se esté incendiando o que esté a punto de morir ahogado. Cuando alguien se encuentra en un gran peligro y nosotros estamos en capacidad de ayudar, automática e inmediatamente tenemos la obligación de hacer todo lo que podamos para salvarle. Puesto que a los gentiles incrédulos, así como a los judíos incrédulos, les espera la muerte espiritual, Pablo tenía la obligación de ayudar a rescatarlos mediante el evangelio.

A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios parecen ser dos frases paralelas en las que los **griegos** representan a los **sabios** y los **no griegos** representan a los **no sabios**. Los **griegos** de aquel tiempo incluían personas de muchas regiones apartadas que habían recibido su educación en la enseñanza griega y estaban entrenados dentro de la cultura griega. Tenían un alto nivel de sofisticación y por esa razón eran vistos como si se encontraran en un nivel superior frente a las demás personas. Ciertamente esa era la forma como se veían a sí mismos. Se creía en ese entonces que la lengua griega era el lenguaje de los dioses, y se consideraba la filosofía griega como algo poco menos que divino.

La expresión **no griegos**, por otra parte, se usaba con frecuencia para designar a todos los que no habían sido helenizados, esto es, quienes no se habían encumbrado a las alturas del aprendizaje y la cultura griega. Aquí la palabra *bárbaro* que se utiliza en el original es una onomatopeya que se deriva de la repetición del sonido "bar". Para un griego culto, los sonidos de cualquier otro lenguaje no tenían sentido y se remedaban sarcásticamente diciendo "bar, bar, bar, bar". En su sentido más estricto, la expresión bárbaros se refería a las masas incultas, toscas y sin educación, pero en sus sentido más amplio se usaba para hablar de cualquier persona que no fuera griega.

Por lo tanto, Pablo estaba haciendo manifiesta su responsabilidad con los educados y los no educados, con los sofisticados y con los simples por igual, con los privilegiados y con los menos favorecidos también. Así como el Señor a quien servía (1 P. 1:17), Pablo no hacía acepción de personas. El evangelio es el

gran igualador de todos, porque todo ser humano que no lo tenga está perdido igual que cualquier otro, e igualmente también puede salvarse por él.

La primera persona a quien Jesús se reveló a sí mismo como el Mesías fue una mujer adúltera que tenía a su haber muchos esposos y estaba viviendo con un hombre que no era su esposo. No solo eso, sino que también era una samaritana, miembro de una raza aborrecida por los judíos. Sin embargo, Jesús se acercó a ella con amorosa compasión, y ella fue usada para traer muchos de sus hermanos samaritanos a la fe en el Mesías (véase Jn. 4:7-42).

UN ESPÍRITU PRONTO

Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma. (1:15)

La deuda externa que Pablo tenía para ministrar no era un estorbo para su deseo interno de cumplir con esa obligación. Él no solamente estaba dispuesto sino que les manifestó que estaba **pronto** a anunciar el evangelio a los creyentes que estaban **en Roma**.

Él tenía la misma determinación para predicar en Roma como para ir a Jerusalén, aunque sabía el gran peligro que allí le aguardaba. "Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones" (Hch. 20:22-23). En su espíritu él estaba constreñido a ir porque esa era la voluntad de Dios para él. Por esa razón dijo: "Ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (v. 24). Pablo sabía que "el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (Fil. 1:21), y que "estar ausentes del cuerpo" equivale a estar "presentes al Señor" (2 Co. 5:8).

Pablo tenía el mismo interés y preocupación por los creyentes romanos que tenía por los de Colosas, a quienes escribió: "Me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia" (Col. 1:24).

La vida solamente tenía un valor para Pablo, y éste era hacer la obra de Dios. Él estaba consumido por un deseo ferviente de servir a Dios, lo cual incluía servir a otros en su nombre. Ese compromiso absoluto también fue compartido por Epafrodito, quien "por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte" (Fil. 2:30). Ese tipo de siervos piadosos pueden compararse con caballos de carrera cuando están en las casillas de inicio, no pueden esperar para arrancar en su carrera de servir a Cristo.

Una última característica del servicio espiritual que es un espíritu denodado,

se hace evidente en el siguiente versículo que será estudiado en mayor detalle en el siguiente capítulo. Pablo declaró: "No me avergüenzo del evangelio" (Ro. 1:16). Él sabía que Roma era un lugar bastante volátil e inestable, razón por la que los cristianos en esa ciudad ya habían venido experimentando persecución. Él sabía que la ciudad capital del imperio estaba infestada de inmoralidad y paganismo, lo cual incluía el culto al emperador. Él sabía que la mayoría de los romanos le despreciarían y que muchos seguramente tratarían de hacerle daño. Sin embargo, él tenía un denuedo fervoroso para ir allá, por amor de su Señor y por amor al pueblo del Señor.

El evangelio de Cristo 5

Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá. (1:16-17)

Tras ganar la atención de sus lectores al explicar el propósito que lo llevó a escribirles, así como al presentarse a sí mismo (1:1-15), Pablo ahora pasa a declarar la tesis de la epístola. Estos dos versículos expresan el tema de la carta a los romanos y contienen la verdad que más transforma la vida de las personas, la cual Dios ha depositado en manos de los hombres. Entender y responder positivamente a esta verdad equivale a alterar por completo el tiempo y la eternidad de una persona. Estas palabras resumen el evangelio de Jesucristo, el cual Pablo procede en seguida a desplegar y explicar a lo largo del resto de la epístola. Por esa razón, nuestros comentarios serán aquí un tanto breves ya que más adelante en el estudio vendrá una discusión más detallada de estos temas.

Como se indicó al cierre del capítulo anterior, la frase introductoria **porque no me avergüenzo del evangelio** añade una marca definitiva del servicio espiritual, a la lista de características presentadas en los versículos 8-15, y es la marca de un espíritu denodado que no tiene de qué avergonzarse.

Pablo fue encarcelado en Filipos, expulsado de Tesalónica, sacado en secreto de Damasco y Berea, escarnecido en Atenas, considerado como un loco en Corinto, y declarado un blasfemo y transgresor de la ley en Jerusalén. Fue apedreado y dejado por muerto en Listra. Algunos paganos del tiempo de Pablo catalogaron el cristianismo como una forma de ateísmo porque creía en un solo Dios y como canibalismo debido a una interpretación incorrecta de la cena del Señor.

Sin embargo, los líderes religiosos de Jerusalén no lograron intimidar a Pablo, así como tampoco los paganos cultos e influyentes de Éfeso, Atenas y Corinto. Ahora el apóstol estaba ansioso de ir a predicar y enseñar el evangelio en Roma, la capital del imperio pagano que regía virtualmente sobre todo el mundo cono-

cido. Él nunca desistió ante la oposición, nunca se descorazonó por las críticas, y nunca, por ninguna razón, se sintió avergonzado **del evangelio** de Jesucristo. Aunque ese **evangelio** era entonces, y lo sigue siendo hasta hoy, una piedra de tropiezo para los judíos y una locura para los gentiles, es la única forma que Dios ha provisto para la salvación de los hombres, y Pablo estaba al mismo tiempo alborozado y determinado con denuedo a causa del privilegio que es proclamar su verdad y su poder dondequiera que fuese.

Aunque todo creyente verdadero sabe que avergonzarse de su Salvador y Señor es un pecado serio, también es consciente de lo difícil que resulta evitar ese pecado. Cuando tenemos oportunidad de hablar por Cristo, con frecuencia no lo hacemos. Sabemos que el evangelio no es atractivo sino intimidante y repulsivo para la persona natural que no es salva, así como para el sistema espiritual sin piedad ni temor de Dios que domina ahora en el mundo. El evangelio saca a la luz el pecado, la maldad, la depravación y la perdición del hombre, y declara abominable el orgullo humano, y la justicia que es por las obras como algo carente de valor ante los ojos de Dios. Al corazón pecador de los incrédulos, no le parece que el evangelio sea una buena sino una mala noticia (cp. mis comentarios en el capítulo 1), y cuando lo escuchan por primera vez reaccionan a menudo con desdén frente a quien lo está presentando, o lanzando argumentos y teorías en su contra. Por esa razón, el temor a los hombres y la incapacidad de rebatir sus argumentos es, sin duda alguna, el tropiezo más grande que se da en la testificación.

Se ha dicho que si se traza un círculo en el suelo con tiza blanca alrededor de un ganso, el animal no saldrá del círculo por temor de cruzar la marca de tiza. De una forma similar, las marcas de tiza de la crítica, el ridículo, la tradición y el rechazo, impiden a muchos cristianos dejar la seguridad de su compañerismo con otros cristianos para ir a testificar a los descarriados.

El llamado evangelio de la salud y la riqueza que ha invadido gran parte de la iglesia en la actualidad, no resulta ofensivo para el mundo porque ofrece precisamente lo que el mundo quiere tener; pero ese evangelio espurio no ofrece **el evangelio** de Jesucristo. Así como las falsas enseñanzas de los judaizantes, es "un evangelio diferente", es decir, no se trata del evangelio en absoluto sino una distorsión profana (Gá. 1:6-7). Jesús condenó enérgicamente los motivos de éxito y comodidad mundanos, y quienes apelan a tales motivaciones para evangelizar, no hacen más que jugar a caer en las garras de Satanás.

En cierta ocasión un escriba se acercó a Jesús y dijo: "Vino un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza" (Mt. 8:19-20). Poco tiempo después de esto: "otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre". La frase "entierre a mi padre" no se refería a asistir a un servicio fúnebre, sino que

era una manera coloquial de decir que prefería esperar hasta la muerte del padre para recibir la herencia. Por esa razón Jesús le dijo al hombre: "Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos" (vv. 21-22).

Geoffrey Wilson escribió: "La impopularidad de un Cristo crucificado ha impulsado a muchos a presentar un mensaje que sea más apetecible para el gusto del incrédulo, pero al despojarlo de la ofensa de la cruz siempre se convierte en algo carente de eficacia. Un evangelio inofensivo también es un evangelio inoperante. De este modo el cristianismo resulta más herido en la casa de sus simpatizantes" (*Romans: A Digest of Reformed Comment* [Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1976], p. 24).

Hace unos años atrás di una conferencia en una campaña de jóvenes, y después de mi intervención la esposa del director de la campaña se acercó a mí. Expresando una mentalidad no bíblica que es bastante común en la iglesia actual, dijo: "Su mensaje me ofendió porque usted predicó como si todos estos jóvenes y jovencitas fueran pecadores". Yo contesté: "Me alegra que esa sea la impresión que dejé, porque exactamente ese es el mensaje que me propuse comunicar".

La pasión suprema de Pablo era ver salvados a todos los hombres. A él no le importaba para nada el desahogo personal, la popularidad o la reputación. Él no ofreció mediación alguna para aceptar el evangelio porque sabía que como tal, es el único poder disponible que puede cambiar vidas por toda la eternidad.

En los versículos 16-17, Pablo emplea cuatro palabras clave que son cruciales para poder entender el evangelio de Jesucristo: poder, salvación, fe y justicia.

PODER

porque es poder de Dios (1:16*b*)

Primero que todo, Pablo declara que el evangelio **es poder de Dios**. *Dunamis* (**poder**) es el término griego del que se deriva nuestra palabra *dinamita*. El evangelio lleva consigo la omnipotencia de Dios, cuyo **poder** es suficiente por sí solo para salvar a los hombres del pecado y darles vida eterna.

Los seres humanos tienen un deseo innato de cambiar o de ser cambiados. Quieren verse mejor, sentirse mejor, tener más dinero, más poder, más influencia. La premisa que opera en toda la publicidad es que la gente quiere cambiar de alguna u otra forma, y el trabajo del publicista consiste en convencer al público de que su producto o servicio añadirá una dimensión que ellos desean y necesitan en sus vidas. Muchas personas quieren ser cambiadas en su interior, en alguna dirección que les haga sentirse menos culpables y más satisfechas con la vida y consigo mismas. Existe un sinnúmero de programas, filosofías y religiones que prometen satisfacer esos deseos. Muchos esquemas fabricados por el

hombre tuvieron éxito en hacer sentir mejor a las personas con respecto a sí mismas, pero las ideas promovidas por ellos no tienen poder para quitar el pecado que trae los sentimientos de culpa e insatisfacción. Esas ideas tampoco pueden poner a los hombres a cuentas con Dios y de hecho, entre más exitosos sean esos métodos desde su propio punto de apoyo, más alejan a las personas de Dios y las distancian más de su salvación.

A través de Jeremías, el Señor dijo: "¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?" (Jer. 13:23). El hombre no tiene en sí mismo el poder para cambiar su propia naturaleza. Cuando reprendió a los saduceos que trataron de tenderle una trampa, Jesús dijo: "Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios" (Mt. 22:29). Únicamente el poder de Dios tiene la capacidad para derrotar la naturaleza pecadora del hombre e infundirle vida espiritual.

La Biblia dice claramente que los hombres no pueden ser cambiados o salvados espiritualmente por buenas obras, por la iglesia, por rituales, o por cualquier otro medio humano. Los hombres no pueden salvarse ni siquiera guardando la misma ley de Dios que fue dada para mostrarle a los hombres su absoluta incapacidad para cumplir con las exigencias y los parámetros de Dios en sus propias fuerzas. La ley no fue dada para salvar a los hombres, sino para revelar su pecado y de este modo conducir a los hombres a la gracia salvadora de Dios.

Más adelante en Romanos, Pablo declara la impotencia del hombre y el poder de Dios al decir: "Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos" (Ro. 5:6), y "Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios [lo hizo], enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado" (8:3). Afirmando la misma verdad básica con palabras diferentes, Pedro escribió a creyentes esparcidos por Asia Menor: "[Vosotros habéis sido] renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre" (1 P. 1:23).

Pablo le recordó a la iglesia en Corinto que "la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios" (1 Co. 1:18), y "nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres" (vv. 23-25). Lo que para el mundo parece más absurdo es en efecto el poder por el cual Dios transforma a los hombres sacándolos de las tinieblas a un reino de luz, librándolos del poder de la muerte y dándoles el derecho a ser llamados hijos de Dios (Jn. 1:12).

Los paganos de la antigüedad ridiculizaban el cristianismo, debido no solamente a que la idea de expiación substitutiva fuese ridícula en sí misma, sino también porque sus dioses míticos eran apáticos, indiferentes y remotos, no

tenían interés alguno en el bienestar de los hombres. La idea de un Dios que se interesa y que redime hasta el punto de sacrificarse, era algo que estaba más allá de su marco de comprensión. Mientras se encontraban realizando excavaciones en ruinas antiguas de Roma, varios arqueólogos descubrieron una pintura burlesca en la que se mostraba un esclavo postrado ante una cruz y un burro colgado sobre ella. La inscripción dice: "Alexámenos adorando a su dios".

Aún a finales del siglo segundo esta actitud persistía. Un hombre llamado Celso escribió una carta en la que presentó un ataque amargo contra el cristianismo. "Que ninguna persona culta se acerque, nadie que sea sabio y sensato", decía, "porque nosotros consideramos malignas todas las cosas de ese tipo; pero si un hombre es ignorante, si a alguno le falta juicio y cultura, si hay algún necio y tonto, caiga el tal de prisa [en el cristianismo]" (William Barclay, *The Letters to the Corinthians* [Filadelfia: Westminster, 1975], p. 21; cp. Orígenes, *Contra Celso*). "Acerca de los cristianos", escribió además, "podemos decir por lo que vemos en sus propias casas, que son tejedores, remendones y curtidores, la clase de personas más vulgares e incultas" (p. 21). Él comparó a los cristianos con un enjambre de murciélagos, con un ejército de hormigas saliendo de su nido, con un grupo de ranas congregadas alrededor de un pantano, ¡y hasta con lombrices trepidando en el estiércol!

No queriendo construir con base en la sabiduría humana ni apelar al entendimiento humano, Pablo dijo a los corintios: "Hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado" (1 Co. 2:1-2). Más adelante en la carta Pablo dijo: "El reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder" (4:20), el poder redentor de Dios.

Cada creyente, sin importar cuán talentoso o maduro sea, tiene limitaciones y debilidades humanas. Nuestra mente, cuerpo y percepciones son imperfectos, pero lo increíble es que a pesar de esto Dios nos usa como canales de su poder redentor y sustentador cuando le servimos en obediencia.

Las Escrituras ciertamente dan testimonio del glorioso poder de Dios (Éx. 15:6), su poder irresistible (Dt. 32:39), su poder inescrutable (Job 9:4), su gran poder (Sal. 79:11), su poder incomparable (Sal. 89:8), su fuerte poder (Sal. 89:13), su poder eterno (Is. 26:4), su poder imperturbable (Is. 43:13), y su poder soberano (Ro. 9:21). Jeremías declaró acerca de Dios: "El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría" (Jer. 10:12), y por medio de ese profeta el Señor dijo acerca de sí mismo: "Yo hice la tierra, el hombre y las bestias que están sobre la faz de la tierra, con mi gran poder y con mi brazo extendido, y la di a quien yo quise" (Jer. 27:5). El salmista dio la siguiente exhortación: "Tema a Jehová toda la tierra; teman delante de él todos los habitantes del mundo. Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió" (Sal. 33:8-9). Su poder es el que salva.

SALVACIÓN

para salvación (1:16*c*)

Sin duda alguna la manifestación más grande del poder de Dios radica en traer los hombres a la **salvación**, transformar sus naturalezas y darles vida eterna por medio de su Hijo. Aprendemos del salmista que a pesar de su rebelión, Dios salvó a su pueblo escogido "por amor de su nombre, para hacer notorio su poder" (Sal. 106:8). Como Dios encarnado, Jesucristo manifestó su poder divino sanando enfermedades, restableciendo extremidades paralizadas, calmando la tormenta, y hasta levantando a los que ya estaban muertos.

Pablo usa el pronombre *sōtēria* (**salvación**) unas diecinueve veces, cinco de ellas en Romanos, y emplea el verbo correspondiente en veintinueve ocasiones, ocho de ellas en Romanos. La idea básica detrás del término es de liberación o rescate, y el punto aquí es que el poder de Dios obrando en **salvación** rescata a las personas del castigo último por el pecado que es la muerte espiritual que se extiende en una atormentada separación eterna de Él.

Algunas personas se oponen a términos tales como *salvación* y *ser salvado*, alegando que las ideas que proyectan están desactualizadas y no tienen sentido para el hombre contemporáneo; pero **salvación** es un término cuyo concepto viene de Dios, y no existe otro mejor para describir lo que Él ofrece a la humanidad caída a través del sacrificio de su Hijo. Por medio de Cristo, y solamente por Cristo, los hombres pueden ser salvados del pecado, de Satanás, del juicio, de la ira y de la muerte espiritual.

Sin importar qué palabras puedan usar para describir su búsqueda, los hombres se encuentran buscando salvación de uno u otro tipo. Algunos buscan la salvación económica, otros la salvación política o la social. Como ya se ha indicado, muchas personas buscan salvación en su interior de la culpa, las frustraciones y la infelicidad que hacen de sus vidas algo miserable.

Aún antes del tiempo de Pablo, la filosofía griega se había dirigido hacia el interior del ser humano y se empezó a enfocar en el cambio de la vida interna del hombre logrado a través de la reformación moral y la autodisciplina. William Barclay nos cuenta que el filósofo griego Epicteto, un representante del estoicismo, llamaba su sala de disertaciones "el hospital para las almas enfermas". Otro famoso filósofo griego llamado Epicuro denominaba su enseñanza "la medicina de la salvación". Séneca, un hombre de estado y filósofo romano quien fue contemporáneo de Pablo, enseñaba que todos los hombres se encuentran en una búsqueda permanente que él caracterizó como *ad salutem* ("hacia la salvación"). Él enseñó que los hombres tienen una abrumadora consciencia de su debilidad e insuficiencia en los asuntos necesarios de la existencia, por lo cual todos nosotros necesitamos "una mano que baje para levantarnos" (*The Letter to the Romans* [Filadelfia: Westminster, 1975], p. 19).

Salvación por medio de Cristo es ni más ni menos que la poderosa mano de Dios que Él ha hecho descender para levantar a los hombres de su triste condición. Su **salvación** trae libertad de la infección espiritual de "esta perversa generación" (Hch. 2:40), de la perdición (Mt. 18:11), del pecado (Mt. 1:21), y de la ira de Dios (Ro. 5:9). Con esta salvación los hombres son librados de la esclavitud de su ignorancia rebelde y grosera (Os. 4:6; 2 Ts. 1:8), de su viciosa autoindulgencia (Lc. 14:26), y de las tinieblas de la religión falsa (Col. 1:13; 1 P. 2:9), pero únicamente a quienes creen.

FE

a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. (1:16*d*)

La cuarta palabra clave relacionada con el evangelio es la fe. El poder soberano de Dios que obra a través del evangelio trae salvación **a todo aquel que cree**.

Pisteuō (**cree**) transmite la idea básica de confiar, abandonarse o tener fe en alguien. Cuando se usa en el Nuevo Testamento de la salvación, usualmente lo es en el tiempo presente y la forma continua, que en este caso puede traducirse literalmente "esté creyendo". La vida diaria está llena de actos de fe. Cuando abrimos el grifo para calmar nuestra sed, confiamos en que el agua es buena para beber. Al conducir por un puente confiamos en que no se va a derrumbar a nuestro paso. A pesar de todos los desastres ocasionales, confiamos en que los aviones nos llevarán con seguridad a nuestro destino. La gente no podría sobrevivir sin tener una confianza implícita en una multitud de cosas diferentes. Prácticamente en todos los aspectos de la vida se requiere ejercer una fe natural. Sin embargo, Pablo tenía aquí en mente una fe sobre natural producida que es por Dios, una fe "no de [nosotros], pues es don de Dios" (Ef. 2:8).

La vida eterna es ganada y vivida por fe que viene de Dios puesta en Jesucristo. "Por gracia sois salvos por medio de la fe", nos dice Pablo (Ef. 2:8). Dios no pide a los hombres que primero se comporten de tal manera, sino solamente que crean. Los esfuerzos del hombre para llevar una conducta recta nunca llegan a la altura de la medida perfecta de Dios, y por lo tanto ningún hombre se puede salvar a sí mismo gracias a sus propias buenas obras. Las buenas obras son un producto de la salvación (Ef. 2:10), de ningún modo son el medio para obtenerla.

La salvación no es una mera profesión verbal de ser cristiano, ni tampoco equivale al bautismo, la enmendación moral, la asistencia a la iglesia, el recibir los sacramentos o vivir una vida de autodisciplina y sacrificio. La salvación es creer en Jesucristo como Señor y Salvador. La salvación viene como resultado de renunciar a nuestra propia capacidad para hacer el bien, a nuestras obras, nuestro conocimiento y prudencia, para depositar nuestra confianza en la obra de Cristo, consumada y perfecta.

La salvación no tiene fronteras nacionales, raciales o étnicas sino que es dada a todo aquel que cree, **al judío primeramente, y también al griego**. Fue dada **al judío primeramente** en un sentido cronológico, puesto que los judíos son el pueblo escogido por Dios de manera especial, un pueblo a través del cual Él había ordenado que viniera la salvación (Jn. 4:22). El Mesías vino primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt. 15:24).

El gran evangelista escocés Robert Haldane escribió:

> Desde los días de Abraham, su gran progenitor, los judíos quedaron altamente distinguidos frente al resto del mundo en virtud de sus muchos y grandiosos privilegios. Fue por su alta distinción que de ellos vino Cristo: "quien es por sobre todos, sea Dios bendito por siempre". Como compatriotas suyos, ellos fueron la familia real de la raza humana, más altos que todos los demás en este respecto, y heredaron la tierra de Emanuel. Por ende, con respecto al pacto evangélico y en consecuencia la justificación y la salvación que conciernen por igual a todos los creyentes, los judíos siguieron ocupando el primer orden como el pueblo de Dios desde la antigüedad, mientras que las otras naciones seguían como forasteros a los pactos de promesa. La predicación del evangelio tenía que estar dirigida a ellos primeramente, y al principio solamente a ellos, Mt. 10:6; porque durante la estadía de Jesucristo en la tierra, Él fue ministro únicamente a los de la circuncisión, Ro. 15:8. "No he sido enviado", dice, "sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel"; y Él mandó que ese arrepentimiento y remisión de pecados fuera predicado en su nombre entre todas las naciones: "comenzando desde Jerusalén" ... De este modo, aunque judíos y gentiles estuvieron unidos en la participación del evangelio, los judíos no fueron despojados de su rango, por cuanto ellos fueron los primeros llamados.

La predicación del evangelio a los judíos *primeramente* contribuyó a varios fines importantes. Con ella se cumplieron profecías del Antiguo Testamento tales como Is. 2:3. Se puso de manifiesto la compasión del Señor Jesús por las personas por quienes derramó su sangre, a los cuales después de su resurrección, mandó que su evangelio fuera proclamado en primer lugar. Se demostró que al ser predicado a los más grandes pecadores, el evangelio probó la eficacia soberana de su expiación al purgar incluso la culpa de sus asesinos. También era apropiado que el evangelio empezara a ser predicado allí donde tuvieron lugar las grandes transacciones con base en las cuales fue fundado y establecido; y esto presentó un ejemplo que demuestra cómo la voluntad del Señor es que su evangelio sea propagado por sus discípulos, empezando por sus propias casas y su propia nación. (*An Exposition of the Epistle to the Romans* [McLean, Va.: McDonald, 1958], p. 48)

Todos los que creen pueden ser salvados. Únicamente aquellos que creen en verdad lo serán.

JUSTICIA

Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá. (1:17)

La cuarta palabra clave que Pablo usa aquí con respecto al evangelio es **justicia**, un término que emplea más de treinta y cinco veces en la carta a los romanos solamente. La fe activa el poder divino que trae la salvación, y en ese acto soberano **la justicia de Dios se revela**. Una traducción más precisa diría **la justicia** *que viene* **de Dios**, lo cual indica que Él imparte su propia **justicia** a aquellos que creen. Por lo tanto, no es solamente una justicia que **se revela** sino que *se acredita* a aquellos que creen en Cristo (Ro. 4:5).

Pablo confesó a los filipenses: "Ciertamente aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe" (Fil. 3:8–9). "Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Ro. 3:21-24).

El pietista alemán Conde de Zinzendorf escribió la letra de un himno bastante profundo:

> Jesús, tu sangre y justicia
> Son mi hermosura y mis gloriosas vestiduras;
> En medio de mundos incandescentes envuelto en ellas,
> Con gozo el rostro levantaré.
>
> Valiente estaré en pie en tu gran día,
> ¿Pues quién saldrá a la carga mía?
> Absuelto del todo por ellas he sido,
> Del pecado y el temor, de la culpa y la vergüenza.

La frase **por fe y para fe** parece ser paralela a la expresión "a todo aquel que cree" del versículo anterior. Si esto es así, la idea que se quiere reiterar es "por fe

y para fe, para fe, para fe", como si Pablo quisiera dar a entender que se trata de la fe de cada creyente individual sumada a la de todos los demás.

La salvación por su gracia que obra mediante la fe de un hombre ha sido el plan de Dios desde siempre, como Pablo lo da a entender por el hecho de incluir una cita de Habacuc 2:4, **como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.** Abraham, el padre de los fieles, creyó, y esto le fue contado por justicia (Ro. 4:3), tal como ocurre con la fe genuina de cualquier persona antes y después de Abraham, que también se cuenta por justicia (véase He. 11:4-40).

Aquí se hace énfasis en la continuidad de la fe. No se trata de un acto realizado una sola vez, sino más bien de un estilo de vida. El creyente verdadero que ha sido hecho justo, vivirá en fe toda su vida. Los teólogos han denominado esto "la perseverancia de los santos" (cp. Col. 1:22-23; He. 3:12-14).

La ira de Dios

6

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; (1:18)

A medida que Pablo empieza a desenvolver los detalles del evangelio de Dios en el que su justicia es revelada (véase vv. 16-17), él va presentando una discusión en profundidad sobre la condenación del hombre, la cual se extiende hasta el capítulo 3 y versículo 20. Él empieza con una afirmación inequívoca de la **ira** justa de Dios.

La idea de un Dios lleno de ira va en contra de los pensamientos ilusos de la naturaleza humana caída, e incluso sigue siendo una piedra de tropiezo para muchos cristianos. Gran parte del evangelismo contemporáneo habla solamente de la vida abundante en Cristo, el gozo y las bendiciones de la salvación, y la paz con Dios que trae la fe en Cristo. Es cierto que todos esos beneficios vienen como resultado de la fe verdadera, pero no constituyen el cuadro completo del plan de salvación de Dios. La verdad que sigue en secuencia lógica tras el juicio de Dios en contra del pecado y aquellos que tienen parte en él, también debe ser escuchada.

Para Pablo, el temor a la condenación eterna fue el primer motivo que planteó para acudir a Cristo, la primera presión que aplicaba sobre los hombres malos. Él estaba determinado a que ellos entendieran la realidad de estar bajo la ira de Dios, antes de pasar a ofrecerles la ruta de escape frente a ella. Esa forma de abordar el asunto tiene sentido, tanto lógico como teológico. Una persona no puede apreciar la maravilla de la gracia de Dios hasta que conozca acerca de las exigencias perfectas de la ley de Dios, y tampoco puede apreciar la plenitud del amor de Dios por él o ella, hasta que sepa algo acerca de la fiereza del enfado de Dios a causa del hecho de no haber obedecido esa ley perfectamente. Esa persona no puede apreciar el perdón de Dios hasta que se haya enterado de las consecuencias eternas de los pecados que aún requieren ser castigados y necesitan ser perdonados.

La palabra griega *orgē* (**ira**) se refiere a una indignación invariable y estableci-

da, no a un tipo de enojo (*thumos*) momentáneo, emocional y a veces descontrolado, al cual los seres humanos somos tan propensos.

Los atributos de Dios están equilibrados en una perfección divina. Si Él no tuviera enojo e ira justos, entonces no sería Dios, con la misma seguridad con que no sería Dios sin su amor lleno de gracia. Él aborrece con perfección en la misma medida en que ama con perfección, amando perfectamente la justicia y odiando perfectamente la maldad (Sal. 45:7; He. 1:9). Una de las grandes tragedias del cristianismo moderno, incluyendo a gran parte del mundo evangélico, es que se ha dejado de predicar y enseñar la ira de Dios y la condenación que trae sobre todos los que tienen pecado sin perdonar. El evangelio mutilado y sensiblero que se presenta con mucha frecuencia en la actualidad está muy apartado del evangelio que Jesús y el apóstol Pablo proclamaron.

Al pasar la mirada por un salterio del siglo pasado, descubrí que muchos de los salmos contenidos en ese himnario hacen énfasis en la ira de Dios, de forma muy similar a como el mismo libro de los Salmos subraya la realidad de su ira. Es trágico que haya pocos himnos u otros cánticos cristianos en la actualidad que también reflejen ese enfoque bíblico tan importante.

Las Escrituras, tanto el Nuevo como el Antiguo Testamento, hacen constante énfasis en la **ira** justa de Dios. En contra de quienes le menosprecian, la Biblia dice que Dios "hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira". El salmista prosigue con este apercibimiento: "Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira" (Sal. 2:5, 12). Asaf escribió: "A tu reprensión, oh Dios de Jacob, el carro y el caballo fueron entorpecidos. Tú, temible eres tú; ¿Y quién podrá estar en pie delante de ti cuando se encienda tu ira? (Sal. 76:6-7). Otro salmista le recordó al Israel infiel las cosas que Dios había hecho a los egipcios desafiantes que se negaron a dejar ir a su pueblo: "Envió sobre ellos el ardor de su ira; enojo, indignación y angustia, un ejército de ángeles destructores. Dispuso camino a su furor; no eximió la vida de ellos de la muerte, sino que entregó su vida a la mortandad. Hizo morir a todo primogénito en Egipto" (Sal. 78:49-51). Hablando en nombre de todo el pueblo de Israel, Moisés se lamentó: "Porque con tu furor somos consumidos, y con tu ira somos turbados. Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro. Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira; acabamos nuestros años como un pensamiento" (Sal. 90:7-9).

Los profetas hablaron mucho de la **ira** de Dios. Isaías declaró: "Por la ira de Jehová de los ejércitos se oscureció la tierra, y será el pueblo como pasto del fuego" (Is. 9:19). Jeremías proclamó: "Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí que mi furor y mi ira se derramarán sobre este lugar, sobre los hombres, sobre los animales, sobre los árboles del campo y sobre los frutos de la tierra; se encenderán, y no se apagarán" (Jer. 7:20). Por medio de Ezequiel, Dios advirtió a su pueblo que "ni su plata ni su oro [podría] librarlos en el día del furor de Jehová;

no saciarán su alma, ni llenarán sus entrañas, porque ha sido tropiezo para su maldad" (Ez. 7:19).

De maneras bien conocidas por todos, Dios expresó su **ira** contra la humanidad pecadora en eras pasadas. En los días de Noé, destruyó a toda la raza humana con el diluvio, a excepción de ocho personas (Gn. 6–7). Varias generaciones después de Noé, Él confundió el lenguaje de los hombres y los dispersó alrededor de la tierra por haber tratado de construir una torre idólatra que llegara hasta el cielo (Gn. 11:1-9). En el tiempo de Abraham, destruyó a Sodoma y Gomorra dejando escapar únicamente a Lot y su familia (Gn. 18–19). Él destruyó a Faraón y su ejército en el mar mientras perseguían en vano a los israelitas para hacer que volvieran a Egipto (Éx. 14). Él derramó su ira sobre reyes paganos tales como Senaquerib (2 R. 18–19), Nabucodonosor (Dn. 4), y Belsasar (Dn. 5). Él incluso llegó a derramar su ira en contra de algunos de su propio pueblo, contra el rey Nadab por hacer "lo malo ante los ojos de Jehová, andando en el camino de su padre, y en los pecados con que hizo pecar a Israel" (1 R. 15:25-26), y contra Aarón y María, el hermano y la hermana de Moisés, por poner en duda las revelaciones que Moisés recibía de su parte (Nm. 12:1-10).

La ira de Dios queda demostrada con la misma claridad en el Nuevo Testamento, tanto en referencia a lo que Él ya ha hecho como aquello que hará al final de los tiempos. El evangelio de Juan, donde se habla con tanta elocuencia del amor y la gracia de Dios, también habla con tono enérgico de su enojo y de su ira. Las reconfortantes palabras: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna", son seguidas muy de cerca por esta advertencia: "El que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Jn. 3:16, 36).

Más adelante en su epístola a los Romanos, Pablo se enfoca nuevamente en la ira de Dios, declarando: "Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción" (9:22). El apóstol le advirtió a los corintios que cualquiera que no amara al Señor Jesús quedaba maldecido por la eternidad (1 Co. 16:22). Él dijo a los efesios: "Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia" (Ef. 5:6). Él advirtió a los colosenses que debido a "fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría ... la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia" (Col. 3:5-6). Él aseguró a los creyentes perseguidos de Tesalónica que Dios les traería alivio un día y que "cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo" (2 Ts. 1:7-8).

Es necesario reconocer e identificar una enfermedad antes de que tenga al-

gún sentido buscar una cura. De la misma forma y por la misma razón, las Escrituras publican la mala noticia antes que la buena. El juicio justo de Dios contra el pecado se proclama antes de que la gracia de su perdón de los pecados sea ofrecida. Una persona no tiene razón alguna para buscar la salvación del pecado si no sabe que está condenada a causa de él. No tiene razón para desear una vida espiritual si no se ha dado cuenta de que está muerto espiritualmente.

Con la única excepción de Jesucristo, todo ser humano desde la caída ha nacido bajo condenación porque cuando Adán y Eva cayeron, se pasó la sentencia divina contra todos los pecadores. Por esta razón Pablo declaró a los romanos que "todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Ro. 3:23). También recordó a los efesios: "[Vosotros] estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo,... haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás" (Ef. 2:1-3).

En la breve extensión de un solo versículo (Ro. 1:18), Pablo presenta seis facetas que caracterizan la ira de Dios: su carácter, su tiempo, su fuente, su alcance y naturaleza, y su causa.

EL CARÁCTER DE LA IRA DE DIOS

de Dios (1:18*a*)

En primer lugar, el carácter de esta ira puede verse en el hecho de que es divina, proviene **de Dios** mismo. Por lo tanto, es diferente a cualquier cosa que conozcamos en el mundo actual. La ira de Dios no es como el enojo humano que siempre está manchado y distorsionado por el pecado. La ira de Dios siempre es completamente justa. Él nunca "se sale de sus casillas" ni "pierde el buen genio". Como dijo el escritor puritano Thomas Watson: "¿Cómo puede Dios ser infinitamente santo? Veamos cuán diferente es Dios frente al pecado ... No sorprende entonces, que Dios aborrezca el pecado siendo algo tan distinto a Él, tan contrario a Él, porque es algo que atenta contra su santidad".

Incapaz de reconciliar la idea de la ira de Dios con sus propias ideas de bondad y justicia, un teólogo liberal hizo esta afirmación: "No podemos pensar en Dios con plena sensatez en términos de los ideales humanos más altos de la personalidad, y al mismo tiempo atribuirle la pasión racional de la ira". Es necio, y además no bíblico, tratar de medir a Dios con estándares humanos y descontar la idea de su ira simplemente porque el enojo humano siempre se envilece con el pecado.

El enojo de Dios no es como una rabia caprichosa e irracional sino que es la

única respuesta coherente que un Dios santo podría tener hacia la maldad. Dios no podría ser santo sin estar enojado contra el mal. La santidad perfecta no puede tolerar la falta de santidad. "Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes [mirar con favor] el agravio", dice Habacuc acerca del Señor (Hab. 1:13). Como Pablo declara también, el amor no puede tolerar lo que no sea santo por cuanto "no se goza de la injusticia" (1 Co. 13:6).

Jesús purificó el templo en dos ocasiones debido a que estaba indignado con los cambistas y los vendedores de sacrificios que estaban haciendo de la casa de su Padre una "casa de mercado" y una "cueva de ladrones" (Jn. 2:14-16; Mt. 21:12-13). Él estaba enfurecido de que la casa de su Padre fuese deshonrada de manera tan flagrante. Al hablar en representación de los pecadores que habitaban en Jerusalén, Jeremías reconoció lo justo del castigo de Dios sobre ellos, al decir: "Jehová es justo; yo contra su palabra me rebelé. Oíd ahora, pueblos todos, y ved mi dolor; mis vírgenes y mis jóvenes fueron llevados en cautiverio" (Lm. 1:18). Al confesar delante de Josué que había guardado para sí parte del botín de Jericó que debía ser reservado para la casa del Señor, Acán reconoció que el castigo que estaba a punto de recibir era justo y recto (Jos. 7:20-25).

Hasta en las sociedades humanas torcidas y depravadas, se reconoce la indignación en contra de los vicios y el crimen como un elemento esencial de la bondad humana. Esperamos que las personas repudien la injusticia y la crueldad desfachatadas. El notorio exégeta griego Richard Trench dijo: "No hay síntoma más seguro y deplorable de una condición moral completamente degradada, que ... perder la capacidad de enojarse con el pecado, y con los pecadores" (*Sinónimos del Nuevo Testamento* [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 134). Parte de la perfección de Dios consiste en tener todo el tiempo esa clase de furor santo.

EL TIEMPO DE LA IRA DE DIOS

se revela (1:18*b*)

En segundo lugar, el tiempo oportuno de la ira de Dios puede verse en el hecho de que **se revela**, o con una traducción más precisa: "es constantemente revelada". La ira de Dios está siendo revelada de continuo y se hace manifiesta todo el tiempo. *Apokaluptō* (**revela**) tiene el significado básico de descubrir, sacar a la luz o dar a conocer.

La ira de Dios siempre le ha sido revelada a la humanidad caída y está ilustrada en repetidas ocasiones a lo largo de las Escrituras. Fue revelada por primera vez en el huerto de Edén, cuando Adán y Eva creyeron las palabras de la serpiente más que las de Dios. De inmediato se pronunció la sentencia de muerte sobre ellos y todos sus descendientes. Hasta la tierra misma fue maldecida como con-

secuencia de ello. Ya se ha mencionado que la ira de Dios fue revelada en el diluvio, cuando Dios extinguió a toda la raza humana con excepción de ocho almas, también en la destrucción de Sodoma y Gomorra y en el hundimiento del ejército de Faraón. Fue revelada en la maldición de la ley sobre toda transgresión y en la institución del sistema de sacrificios propio del pacto mosaico. Aún en las leyes imperfectas que obligan a los hombres a impedir y castigar las acciones de los malhechores, está reflejada y también se puede revelar la ira perfecta y justa de Dios.

A un nivel absolutamente superior, la revelación suprema de la ira de Dios fue la que se derramó sobre su propio Hijo en la cruz del Calvario, cuando Jesús tomó sobre sí el pecado del mundo y soportó la fuerza plena de la furia divina como castigo de ello. Dios detesta el pecado tan profundamente que exige el castigo completo por él a tal punto, que estuvo dispuesto a permitir que su Hijo amado y perfecto fuera condenado a muerte como el único medio por el cual la humanidad caída pudiera ser redimida de la maldición del pecado.

El comentarista británico Geoffrey B. Wilson escribió: "Dios no es un espectador indolente de los eventos mundiales; Él está dinámicamente activo en los asuntos humanos. La convicción de pecado es algo que el juicio Divino puntualiza constantemente" (*Romans: A Digest of Reformed Comment* [Londres: Banner of Truth], p. 24). El historiador J. A. Froude escribió: "Una lección, tan solo una que puede afirmarse ha sido repetida por la historia con clara distinción, es que el mundo de alguna manera está construido sobre fundamentos morales; que a la larga, a los buenos les va bien y a los malvados les va mal" (*Short Studies on Great Subjects*, vol. 1, "La ciencia de la historia" [Londres: Longmans, Green and Co., 1915], p. 21).

Nos preguntamos entonces, por qué tanta gente malvada prospera a pesar de que pareciera como si pudieran hacer el mal en medio de la más completa impunidad; pero si la ira de Dios tarda en derramarse, es porque su vaso de ira se va llenando cada vez más, aumentando el juicio en virtud del aumento de pecado. Esos vasos están almacenando ira para el día venidero de la ira (Ro. 2:5).

Donald Grey Barnhouse relata la historia de un grupo de granjeros piadosos que vivían en una comunidad al oeste de los Estados Unidos, quienes estaban irritados un domingo en la mañana a causa del arado que estaba haciendo un vecino en un campo aledaño a la iglesia. El ruido de su tractor interrumpía el culto de adoración, y como se descubrió al final, ese hombre se había propuesto deliberadamente arar ese campo en particular durante la mañana del domingo con el fin de mostrar algo. Él escribió una carta al editor del periódico local, afirmando que a pesar de no tener respeto por el Señor ni honrar el día del Señor, estaba produciendo las mayores cosechas en el condado. Él preguntó al editor cómo podrían los cristianos explicar esa realidad. Con prudencia e intui-

ción considerables, el editor publicó la carta y a continuación de ella puso el siguiente comentario: "Dios no ajusta todas sus cuentas en el mes de octubre" (*Man's Ruin: Romans 1:1-32* [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], p. 220).

LA FUENTE DE LA IRA DE DIOS

desde el cielo (1:18*c*)

La ira de Dios es enviada **desde el cielo**. A pesar del poder actual de Satanás como príncipe del aire y de este mundo, la tierra es dominada en últimas por **el cielo**, el trono de Dios desde el cual su ira se hace manifiesta constante y dinámicamente en el mundo de los hombres.

Pablo habla con frecuencia acerca de *la* ira, indicando un tiempo o tipo de ira específico. Aunque la traducción no lo indica, hay un artículo definido antes de la palabra *castigo* en Romanos 3:5 que se debería leer: "que da el castigo" o "que inflige la ira". En el capítulo 5 él habla de que nosotros "seremos salvos de la ira" por medio de Cristo (v. 9), en el capítulo 12 habla de "dejar lugar a la ira de Dios" (v. 19), y en el capítulo 13 habla de los creyentes estando en sujeción a Dios "no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia" (v. 5). En su carta enviada a Tesalónica él asegura a los creyentes que Jesús los "libra de la ira venidera" (1 Ts. 1:10).

El cielo revela la ira de Dios por dos vías, mediante su orden moral y a través de su intervención personal. Cuando Dios hizo el mundo, incorporó ciertas leyes morales y físicas que desde entonces han gobernado su funcionamiento. Así como una persona cae al suelo cuando salta desde un edificio, de igual modo cae en el juicio de Dios cuando se desvía de la ley moral de Dios. Ese es un tipo de ira incorporada, porque cuando una persona peca existe una consecuencia implícita que tiene lugar de forma inexorable. En este sentido Dios no está interviniendo específicamente, sino que está dejando operar la ley de causa y efecto moral.

La segunda forma como Dios revela su ira es a través de su intervención directa y personal. Él no es una fuerza cósmica impersonal que puso en marcha el universo para que siguiera su propio curso. La ira de Dios se ejecuta con exactitud de conformidad con su voluntad divina.

En el Antiguo Testamento se emplean diversas palabras hebreas para transmitir la idea de un carácter altamente personal para describir la ira de Dios. *Hārâ* se usa con frecuencia respecto a Dios (véase por ejemplo, Gn. 18:30). *Hārôn* se utiliza 41 veces y se refiere exclusivamente al enojo divino porque significa "una ira ardiente y feroz" (véase por ejemplo, Éx. 15:7). *Qâtsaph* significa amargo y se usa 34 veces, la mayor parte de las cuales se refieren a Dios (véase por ejemplo, Dt. 1:34). El cuarto término para referirse a ira es Óēmâh, que también

se refiere a veneno o ponzoña y se asocia muchas veces con los celos que se atribuyen con mayor frecuencia a Dios (véase por ejemplo, 2 R. 22:13). David declaró que "Dios es juez justo, y Dios está airado contra el impío todos los días" (Sal. 7:11). La palabra "airado" es una traducción de *zā'am*, que significa echar espuma por la boca, y se emplea más de veinte veces en el Antiguo Testamento, con frecuencia para hablar de la ira de Dios.

Bien sea que se provoque la ira de causa y efecto o la cólera personal de Dios, la ira como tal tiene su origen en el cielo.

EL ALCANCE Y LA NATURALEZA DE LA IRA DE DIOS

contra toda impiedad e injusticia de los hombres (1:18*d*)

Los aspectos cuarto y quinto de la ira de Dios tienen que ver con su alcance y su naturaleza.

La ira de Dios es universal porque se descarga **contra toda** persona y sociedad que la merezca. Ninguna superabundancia de buena voluntad, de dádivas a los pobres y ayuda a los demás, ni siquiera de servicio a Dios, podrá eximir a una persona de lo que Pablo denota con la expresión **toda**. Como él explica después con mayor detalle: "a judíos y a gentiles ... todos están bajo pecado ... todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Ro. 3:9, 23). Obviamente, algunas personas son mejores que otras a nivel moral, pero hasta la persona más íntegra y decente de todas está lejos de alcanzar el estándar de justicia perfecta establecido por Dios. Nadie escapa a esta realidad.

La bondad relativa del hombre comparada con el parámetro perfecto de Dios puede ilustrarse con el intento hipotético de pasar de un salto desde la playa de la ciudad de Los Ángeles hasta la isla Catalina, a una distancia de veintiséis millas. Algunas personas ni siquiera podrían saltar, muchas otras saltarían a uno o dos metros de distancia, y unos contados atletas podrían saltar entre siete y nueve metros. No obstante, el salto más largo concebible, apenas cubriría la fracción más ínfima de la distancia requerida. La persona más moral tiene la misma probabilidad de alcanzar la justicia de Dios en sus propias fuerzas, que la que tiene el mejor atleta del mundo de hacer el salto a Catalina. Todos sin excepción estamos descalificados y destituidos de esa competición.

El segundo énfasis de esta frase está en la naturaleza de la ira de Dios. No es como la furia de un demente que se descarga indiscriminadamente sin importar quién resulta herido o muerto. Tampoco es como el enojo manchado por el pecado de una persona que procura vengarse de una falta cometida. El enojo de Dios está reservado y dirigido únicamente al pecado. *Asebia* (**impiedad**) y *adikia* (**injusticia**) son sinónimos; la primera palabra hace énfasis en una relación personal defectuosa con Dios. Dios está airado debido a que los hombres pecadores

son sus enemigos (véase Ro. 5:10) y por ende "hijos de ira" (Ef. 2:3).

La **impiedad** se refiere a una falta de reverencia o de la devoción y adoración debidas al Dios verdadero, una falta que conduce inevitablemente a alguna forma de adoración falsa. Aunque los detalles y circunstancias específicos no son revelados en su epístola, Judas informa que Enoc, el descendiente justo de la séptima generación después de Adán, profetizó sobre la venida del Señor "con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él" (Jud. 14-15). Aquí utiliza en cuatro modos el término *impío* para describir cuál es el foco de la ira de Dios sobre la humanidad pecadora.

La **injusticia** abarca el concepto de impiedad pero se enfoca en sus resultados. El pecado ataca primero la majestad de Dios y después su ley. Los hombres no actúan rectamente porque no están relacionados correctamente con Dios, quien es la única medida y fuente de la rectitud. Es inevitable que la **impiedad** conduzca a la **injusticia**. Puesto que la relación del hombre con Dios está errada, su relación con sus semejantes también es incorrecta. Los hombres tratan a los demás hombres como lo están haciendo, debido a que tratan a Dios de esa manera. La enemistad del hombre con sus semejantes se origina en el hecho de estar enemistado con Dios.

El pecado es la única cosa que Dios odia. Él no odia a la gente pobre o a la gente rica, a los sencillos o a los inteligentes, a las personas sin talento o a los que tienen grandes habilidades. Él solamente odia el pecado que esas personas y todas las demás practican por naturaleza, y el pecado acarrea su ira de forma inevitable.

LA CAUSA DE LA IRA DE DIOS

que detienen con injusticia la verdad; (1:18*e*)

"¿Pero cómo es posible", preguntamos, "que Dios haga responsables a todas las personas por sus fallas morales y espirituales, y que esté tan airado al respecto, cuando hay gente que tiene mucha menos oportunidad que otros para escuchar el evangelio y llegar a conocer a Dios?" La respuesta es que, debido a su disposición para el pecado, toda persona está inclinada naturalmente a seguir el pecado y resistir a Dios. Esta frase podría traducirse: "quienes constantemente tratan de detener la verdad aferrándose con firmeza a su pecado". La **injusticia** es tanto una parte de la naturaleza del hombre, que *toda* persona tiene en su interior el deseo imperioso y natural de suprimir y oponerse a **la verdad** de Dios.

Como Pablo declara en el versículo siguiente: "Lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó" (v. 19). Él quiere recalcar que todas las

personas, sin importar cuáles fueron sus oportunidades específicas para conocer la Palabra de Dios y escuchar su evangelio, tienen evidencia interna dada por Dios acerca de su existencia y naturaleza santas, pero que de todas maneras tienen la inclinación universal a resistir y contradecir esa evidencia. Por muy escasa que sea la cantidad de luz espiritual que tengamos, Dios garantiza que cualquier persona que le busque sinceramente puede encontrarle. "Y me buscaréis y me hallaréis", promete Dios, "porque me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jer. 29:13).

No obstante, los hombres no tienen la inclinación natural de buscar a Dios. Esa verdad quedó demostrada concluyentemente en el ministerio terrenal de Cristo. Aun cuando tuvieron cara a cara al Dios encarnado, la Luz del mundo: "los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas" (Jn. 3:19-20). Como David había proclamado cientos de años atrás: "Dice el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, hacen obras abominables; no hay quien haga el bien" (Sal. 14:1). Los hombres pecadores se oponen a la idea de un Dios santo porque ellos innatamente se dan cuenta de que un Dios así los haría responsables de rendir cuentas por los pecados que aman y a los cuales no quieren renunciar.

Toda persona, sin importar qué tan aislada esté de la Palabra de Dios escrita o de la proclamación clara de su evangelio, tiene suficiente verdad sobre Dios que le es evidente tanto en su interior como a su alrededor (Ro. 1:19-20), y que le da la capacidad suficiente para conocer a Dios y reconciliarse con Él si tiene el deseo genuino de hacerlo. Es debido a que los hombres rehusan responder positivamente a esa evidencia, que están bajo la ira y la condenación de Dios. "Esta es la condenación", dijo Jesús, "que ... los hombres amaron más las tinieblas que la luz" (Jn. 3:19). Por esta razón, Dios está airado contra el impío todos los días (Sal. 7:11).

Razones para la ira de Dios—parte 1

7

porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. (1:19-21)

El director del departamento de evangelismo de una prominente denominación norteamericana dijo: "No es necesario que evangelicemos a la gente del mundo que nunca ha escuchado el mensaje de salvación. Solamente tenemos que anunciarles que ya están salvados".

Ese líder refleja la tendencia cada vez mayor al universalismo, la creencia de que por razón de que Dios es demasiado amoroso y lleno de gracia como para enviar a cualquiera al infierno, en últimas todos van a terminar yendo al cielo. Si eso fuera cierto, es obvio que no quedaría lugar alguno para el aspecto de juicio en la proclamación del evangelio. Obviamente, tampoco habría lugar para el evangelismo bíblico, tal como alega la persona citada anteriormente.

Hace unos años atrás, un artículo en el diario *The Times* de Londres informaba que catorce grupos eclesiásticos de estudio en Woodford, revisaron los salmos del Antiguo Testamento y llegaron a la conclusión de que ochenta y cuatro de ellos "no son apropiados para ser cantados por los cristianos" ("Salmos selectos del Nuevo Testamento" [23 de agosto de 1962)], sec. 1, p. 1). La razón que dieron fue que la ira y la venganza que se reflejan en esos salmos no eran compatibles con el evangelio cristiano de amor y gracia.

No obstante, las Escrituras aclaran que la justicia, la ira y el juicio son atributos divinos tanto como lo son el amor, la misericordia y la gracia. En los capítulos 27–28 de Deuteronomio, se detalla en más de cincuenta versículos el juicio

de Dios sobre quienes transgreden sus mandamientos. En respuesta al ruego de Jeremías por venganza en contra de sus enemigos, Dios dijo:

> *"He aquí que yo traigo mal sobre este lugar, tal que a todo el que lo oyere, le retiñan los oídos. Porque me dejaron, y enajenaron este lugar, y ofrecieron en él incienso a dioses ajenos, los cuales no habían conocido ellos, ni sus padres, ni los reyes de Judá; y llenaron este lugar de sangre de inocentes. Y edificaron lugares altos a Baal, para quemar con fuego a sus hijos en holocaustos al mismo Baal; cosa que no les mandé, ni hablé, ni me vino al pensamiento. Por tanto, he aquí vienen días, dice Jehová, que este lugar no se llamará más Tofet, ni valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza. Y desvaneceré el consejo de Judá y de Jerusalén en este lugar, y les haré caer a espada delante de sus enemigos, y en las manos de los que buscan sus vidas; y daré sus cuerpos para comida a las aves del cielo y a las bestias de la tierra". (Jer. 19:3-7).*

Isaías declaró: "He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores" (Is. 13:9). Nahum testificó que "Jehová es Dios celoso y vengador; Jehová es vengador y lleno de indignación; se venga de sus adversarios, y guarda enojo para sus enemigos. Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable" (Nah. 1:2-3).

Como fue señalado en el capítulo previo, para evitar que alguien crea que la ira y el juicio de Dios son conceptos del Antiguo Testamento, debe notarse que el Nuevo Testamento también contiene cuadros igualmente vívidos de esos mismos atributos divinos. Cuando un grupo de fariseos y saduceos se acercó a Juan el Bautista para ser bautizados, él los confrontó con las ásperas palabras: "¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento" (Mt. 3:7-8). Poco tiempo después él dijo acerca de Jesús: "El que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará" (vv. 11-12). En una ocasión posterior Juan dijo a unos judíos indagadores: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Jn. 3:36).

Jesús fue Dios encarnado y por ende el amor divino encarnado, pero Él habló más acerca de juicio y de infierno que cualquier otra persona en las Escrituras. Probablemente habló más acerca de estas verdades que cualquiera en todo el Nuevo Testamento. El Sermón del Monte está repleto de advertencias sobre ira y juicio divinos. "Yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpa-

ble ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego" (Mt. 5:22). "Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno" (vv. 29-30). Él declaró que "los del reino [judíos incrédulos] serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes" (8:12).

Al enviar sus Doce a ser testigos por todo Israel, Jesús les dijo: "Si alguno no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad" (Mt. 10:14-15). Más adelante durante ese mismo tiempo de instrucción Él dijo: "No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno" (v. 28). Él advirtió a las multitudes "que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado" (Mt. 12:36-37; cp. vv. 41:42; véase también 13:40, 49; 16:26; 18:34-35; 22:13; 23:33; 24:50-51; 25:26-30).

Pablo declaró que es por "el temor del Señor, [que] persuadimos a los hombres" (2 Co. 5:11). En otras palabras, es a causa del temible juicio de Dios sobre la humanidad incrédula que nosotros deberíamos motivarnos a dar testimonio de la provisión de escape que Dios da por medio de Jesucristo. Lucas reporta que cuando Pablo empezó a hablar acerca de "la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix [el gobernador] se espantó" (Hch. 24:25). Pablo advirtió a la iglesia en Éfeso: "Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia" (Ef. 5:6). El mismo apóstol advirtió también a los incrédulos: "Por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (Ro. 2:5; cp. vv. 8-9, 16).

El autor de Hebreos declaró: "Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios" (He. 10:26-27). "Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra", dice el escritor más adelante: "mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos" (12:25).

En su visión desde Patmos, el apóstol Juan escuchó a un ángel advirtiendo a los incrédulos: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante

de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche" (Ap. 14:9-11).

El Nuevo Testamento termina con esta sobria advertencia del Señor mismo:

> *Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad, mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira ... Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro. (Ap. 22:14-15, 18-19)*

La gente hoy en día, como en épocas pasadas, niegan que Dios esté airado, y esa negación se plantea de dos maneras básicas. Una de ellas consiste en enseñar ideas tales como que las almas quedan dormidas, aquella noción según la cual una persona incrédula simplemente pasa a dormir un sueño eterno cuando muere, sin sufrir ninguna clase de castigo consciente. La otra forma de negación es el universalismo, el cual enseña que al final de cuentas Dios va a salvar a todo el mundo; pero estas dos herejías constituyen por igual una contradicción directa a la Palabra de Dios.

Deben tomarse cuatro precauciones en lo que se relaciona con las enseñanzas fraudulentas acerca de la ira de Dios. En primer lugar, debemos ser conscientes de la gran atracción que conceptos tales como el sueño inconsciente del alma y el universalismo tienen para el hombre natural, ya que en ambas posturas se niegan el juicio y la ira de Dios. En segundo lugar, debemos reconocer la influencia generalizada del liberalismo cristiano, en el cual se tiene la visión de Dios como un ser demasiado amoroso como para estar dispuesto a condenar alguna persona, lo cual hace necesaria la negación de la autenticidad de los textos que afirman todo lo contrario. En tercer lugar, debemos darnos cuenta de que los grupos religiosos que niegan la ira de Dios tienen el carácter de sectas en la mayoría de los casos. En cuarto y último lugar, debemos recordar que la negación de la ira de Dios también elimina el propósito y la motivación de dar testimonio, lo cual atenta precisamente contra la posibilidad de traer salvación a incrédulos del pecado y el infierno para gloria de Dios.

El maestro bíblico R. A. Torrey escribió muy sabiamente: "Las visiones superficiales del pecado y la santidad de Dios, así como de la gloria de Jesucristo y sus afirmaciones que pesan sobre nosotros, se fundamentan en teorías débiles de la condenación de los impenitentes. Cuando vemos al pecado en toda su execración y enormidad, la santidad de Dios en toda su perfección, y la gloria de Jesucristo en toda su infinidad, nada aparte de una doctrina según la cual todos los que

persisten en el pecado de su elección, que aman las tinieblas más que la luz, y que insisten en su rechazo del Hijo de Dios, han de padecer angustia eterna, va a lograr satisfacer las demandas de nuestras propias intuiciones morales ... entre más cerca caminen los hombres de Dios y más se consagren a su servicio, también estarán más dispuestos a creer esta doctrina" (*What the Bible Teaches* [Nueva York: Revell, 1898], pp. 311-13).

A través de la historia de la iglesia, ha habido hombres fieles de Dios que entendieron y proclamaron las verdades bíblicas de que Dios es un Dios de justicia y juicio, y de que su ira se derrama en contra de toda incredulidad e impiedad. Ese conocimiento siempre fue la motivación más grande para su servicio incansable en ganar a los perdidos. Juan Knox le imploraba al Señor: "Dame Escocia o me muero". Cuando el joven Hudson Taylor contemplaba el triste destino de las multitudes no alcanzadas de la China, oraba con gran fervor: "Siento que no puedo seguir viviendo a no ser que haga algo por la China". Tras su arribo a la India, Henry Martyn dijo: "Aquí estoy metido en la profundidad de la medianoche pagana y la opresión de los salvajes. Ahora, mi querido Señor, déjame arder para ti". Adoniram Judson, el famoso misionero a Birmania, pasó largos y agotadores años traduciendo la Biblia para ese pueblo. En cierto momento fue llevado a prisión a causa de su trabajo, y mientras estuvo allí su esposa murió. Tras ser soltado, contrajo una grave enfermedad que consumió la poca energía que le quedaba. A pesar de todo esto él oró: "Señor, permíteme finalizar mi trabajo. Déjame aquí el tiempo suficiente para poner la Palabra salvadora en manos del pueblo". James Chalmers, un misionero escocés a las islas del mar del sur, tenía una carga tan grande por los perdidos, que alguien escribió acerca de él: "En el servicio de Cristo él padeció penalidades, hambre, naufragio y trajín extenuante, pero todo lo hizo gozosamente. Arriesgó su vida en mil ocasiones y por último fue apaleado a muerte, decapitado, y devorado por hombres de quienes fue amigo y a los cuales procuró irradiar con la luz". Aunque no estuvo en capacidad para ir a ultramar, Robert Arthington capacitó a muchos otros para hacerlo. Mediante el trabajo duro y una vida frugal, se las arregló para dar más de medio millón de dólares a la obra de las misiones extranjeras. Él testificó: "Gustosamente haría del suelo mi cama, de una caja mi silla y de otra caja mi mesa, con tal de que esos hombres perezcan porque les falte el conocimiento de Cristo".

Esos santos fieles, y muchas otras personas al igual que ellos, han entendido con claridad la ira y el juicio de Dios, así como el horror consecuente de ver a hombres morir sin tener a Cristo. Carecer de tal entendimiento equivale a dejar sin base alguna el evangelismo. Si los hombres no están perdidos, sin esperanza ni capacidad alguna para glorificar a Dios aparte de Cristo, no queda razón alguna para que sean salvados por Él.

El orden bíblico en cualquier presentación del evangelio siempre es en pri-

mer lugar la advertencia de peligro, y a continuación el camino para escapar de él: primero el juicio sobre el pecado y después los medios del perdón; primero el mensaje de condenación y después la oferta de perdón, primero la mala noticia de la culpa y a continuación la buena noticia de la gracia. Todo el mensaje y propósito de la gracia amorosa y redentora de Dios, quien ofrece vida eterna por medio de Jesucristo, descansa en la realidad de la culpa universal del hombre al abandonar a Dios y estar por ello bajo su sentencia de condenación y muerte eternas.

De manera consecuente con ese hecho, el cuerpo principal de la carta a los romanos comienza en 1:18 al decir: "contra toda impiedad e injusticia de los hombres". Como el apóstol señala en su carta a los efesios, todos los incrédulos son "por naturaleza hijos de ira" (2:3), que nacen bajo la ira de Dios como su herencia natural por ser parte de la humanidad caída. Con la caída, la sonrisa de Dios fue reemplazada por un ceño fruncido. Moisés le hizo esta pregunta retórica a Dios: "¿Quién conoce el poder de tu ira, y tu indignación según que debes ser temido?" (Sal. 90:11).

El escritor puritano Thomas Watson dijo: "Como el amor de Dios hace todo lo amargo dulce, también la maldición de Dios hace que todo lo dulce se vuelva amargo" (*A Body of Divinity* [Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1983, reimpresión], p. 151). Un escritor más contemporáneo, George Rogers, dijo que "el justo enojo de Dios nunca aumenta y nunca disminuye: siempre está en el punto máximo como una ola del diluvio ante todo pecado presente, porque él es inmutable en su justicia inflexible" (*Studies in Paul's Epistle to the Romans*, vol. 1 [Los Ángeles: G. Rogers, 1936], p. 40).

¿Cómo podría Aquel que se deleita únicamente en lo que es puro y bello, no estar dispuesto a aborrecer lo que es impuro y espantoso? ¿Cómo podría el que es infinitamente santo pasar por alto el pecado, que por su propia naturaleza contraviene esa santidad? ¿Cómo podría Aquel que ama la justicia no odiar y actuar con severidad en contra de toda injusticia? ¿Cómo podría Él, quien es la suma de toda excelencia, ver con igual complacencia la virtud y el vicio? Él *no puede* hacer esas cosas porque Él es santo, justo y bueno. La ira es la única reacción justa que un Dios perfectamente santo podría tener frente a las obras de los hombres no santos. Por ende, la ira justa es un elemento de la perfección divina de Dios tanto como cualquiera de sus demás atributos, lo cual Pablo expresa con mucha claridad en Romanos 9:22-23 (véanse comentarios sobre ese texto).

Pablo tiene la firme decisión de hacer que nosotros sepamos que antes de entender la gracia de Dios, debemos entender primero su ira, que antes de poder entender el significado de la muerte de Cristo, primero debemos entender por qué el pecado del hombre hizo necesaria esa muerte, que antes de poder empezar a comprender cuán amoroso, misericordioso y lleno de gracia es

Dios, primero debemos ver cuán rebelde, pecadora y culpable es la humanidad incrédula.

Trágicamente, incluso muchos evangélicos han declinado en su resolución cuando se trata del tema de la ira y el juicio de Dios. Hasta la más mínima mención del infierno se ha excluido con disimulo de muchos púlpitos. La ira, si acaso es mencionada, casi siempre se plantea en términos impersonales, como si se tratara de algo que funciona automáticamente por medio de algún tipo de operación deísta en la que Dios mismo no está directamente involucrado.

Muchos están inclinados a preguntarse si el hombre merece en realidad un destino tan cruel. Después de todo, ninguna persona pidió nacer. Llegan así a la conclusión, ¿por qué debería una persona que no tuvo nada que ver con su propio nacimiento, pasar la eternidad en el infierno a causa de haber nacido con una naturaleza pecadora? La pregunta: "¿por qué *todo el mundo* nace bajo la ira y la condenación de Dios?" merece atención. Precisamente, Pablo responde esas preguntas en Romanos 1:19-23, donde explica por qué Dios tiene razones justificadas para su ira en contra de todos los hombres pecadores.

Algunas personas, incluso algunos paganos, han reconocido el derecho de Dios a estar enojado por el pecado del hombre. Durante el sacerdocio de Elí, mientras el joven Samuel servía a Dios bajo su tutela en el templo, Israel había llegado a un nivel espiritual muy bajo. Había señales de conformidad religiosa pero muy poca fe y obediencia genuinas. Con la idea de utilizar el arca del pacto como si fuera un artificio mágico para asegurar la victoria, Israel lo llevó a su batalla contra los filisteos. Israel no solamente perdió la vida de 30.000 hombres en el campo de batalla, sino también perdió el arca a manos del enemigo. Tras sufrir numerosos desastres y experiencias desconcertantes con el arca, los filisteos decidieron devolverla a Israel. Cuando lo hicieron, enviaron con ella una ofrenda por la culpa a fin de aplacar la ira de Dios contra ellos. Aunque su manera de entender al Dios de Israel era defectuosa y la ofrenda que le presentaron era del todo pagana, no obstante ellos reconocieron su poder y su derecho a juzgarlos y castigarlos como culpables de vulnerar su honor (véase 1 S. 4–6).

Cuando Acán robó parte del botín en Jericó, el cual debía ser depositado en su totalidad en el tesoro del tabernáculo, su pecado fue la causa de la derrota de Israel en Hai. Cuando su desobediencia quedó expuesta a la luz, él se apresuró a confesarla: "Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel" (Jos. 7:20).

Dios es absolutamente justo, Él nunca condena a menos que la condenación sea merecida. Acán conocía la ley de Dios dada a través de Moisés y sabía acerca de la prohibición específica de Dios en el sentido de no apropiarse de los despojos de Jericó para uso personal. Los filisteos paganos, por otra parte, solamente conocían acerca del tremendo poder de Dios. En ambos casos, tanto Acán como los filisteos sabían que eran culpables delante de Dios y que merecían ser obje-

tos de su ira. En Romanos 1:19-23, Pablo da cuatro razones por las que ellos y todas las personas que han nacido en la raza humana a excepción de Jesucristo, merecen del todo estar bajo la ira de Dios. Esas razones pueden identificarse como: la revelación de Dios, el rechazo del hombre, la racionalización del hombre y la religión del hombre.

LA REVELACIÓN DE DIOS

porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. (1:19-20)

Primero que todo Dios tiene justificación de estar airado contra los pecadores a causa de la revelación de sí mismo que ha puesto a disposición de toda la humanidad. Romanos 1:18–2:16 atañe especialmente a los gentiles, quienes no tuvieron el beneficio de la Palabra revelada de Dios como lo tuvo Israel. Por supuesto, Israel vendría a ser doblemente culpable porque no solamente rechazó la revelación natural y universal que Dios da de sí mismo en la creación y en la conciencia, sino que incluso rechazaron su única revelación escrita por medio de las Escrituras.

EL DON DE LA REVELACIÓN

porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. (1:19)

Lo que Pablo quiere demostrar aquí es que, incluso aparte de su revelación escrita, **lo que de Dios se conoce les es manifiesto** hasta a gentiles paganos, **pues Dios se lo manifestó**. El Señor da fe a través de Pablo, de su manifestación externa y visible de sí mismo que es algo conocido universalmente por el hombre. Es algo que **les es manifiesto** tanto en su interior como alrededor de ellos. Todos los hombres tienen evidencia de Dios, y lo que sus sentidos físicos pueden percibir de Él es algo que sus sentidos internos pueden entender hasta cierto punto. Los filisteos vieron y reconocieron el poder de Dios, al igual que los cananeos, los egipcios, y todos los demás pueblos que han vivido sobre la tierra. Los rebeldes que construyeron la torre de Babel vieron y reconocieron la grandeza de Dios, así como los perversos habitantes de Sodoma y Gomorra. Todos los hombres saben y entienden algo de la realidad y la verdad de Dios. Todos ellos son responsables de dar una respuesta adecuada a tal revelación, y cualquier respuesta errónea es "inexcusable".

El teólogo Augusto Strong escribió: "Las Escrituras ... suponen y declaran que el conocimiento acerca de la existencia de Dios, es universal (Ro. 1:19-21, 28, 32; 2:15). Dios ha implantado la evidencia de esa verdad fundamental en la naturaleza misma del hombre, de tal modo que Él no carece de testigos por ningún lado" (*Systematic Theology* [Valley Forge, Pa.: Judson, 1979, reimpresión], p. 68). El hombre no regenerado se encuentra "sin esperanza y sin Dios en el mundo" (2:12), no porque no tenga conocimiento de Dios sino porque se rebela naturalmente contra el conocimiento que posee acerca de Dios. Como Pablo ya ha aseverado (Ro. 1:18), la humanidad pecadora detiene por naturaleza la verdad de Dios con su propia impiedad e injusticia.

Nadie puede encontrar a Dios por su propia iniciativa o por su propia sabiduría o escudriñamiento. Sin embargo, Dios nunca ha dejado al hombre solo con su propia iniciativa y entendimiento, sino que en su gracia ha provisto evidencias abundantes de Él mismo. En su soberanía, Dios **manifestó** universalmente todo lo que se conoce de Él. Por lo tanto, ninguna persona puede alegar ignorancia de Dios, porque de manera totalmente independiente a las Escrituras, Dios *siempre* se ha revelado a sí mismo al hombre, y lo sigue haciendo. Dios es perfectamente justo y por esa razón no podría condenar justamente a quienes tengan ignorancia total con respecto a Él. Como Pablo afirma aquí de forma inequívoca, ninguna persona puede reclamar en virtud de su ignorancia de Dios, y por lo tanto ninguna persona puede afirmar válidamente que la ira de Dios en su contra sea algo injusto. Toda persona tendrá que rendir cuentas por la revelación de Dios que ha recibido y que bien le puede conducir a la salvación.

Tertuliano, un prominente padre de la iglesia primitiva, dijo que no fue la pluma de Moisés lo que dio inicio al conocimiento del Creador. La vasta mayoría de la humanidad, a pesar de nunca haber escuchado el nombre de Moisés y mucho menos su libro, de todas maneras conocían al Dios de Moisés (cp. *An Answer to the Jews*, cap. 2).

Cierta enfermedad dejó sin vista, oído y habla a Hellen Keller cuando era una niña muy pequeña. Por medio de los esfuerzos incansables y abnegados de Anne Sullivan, Helen por fin aprendió a comunicarse mediante el tacto y hasta aprendió a hablar. Cuando la señorita Sullivan trató por primera vez de hablarle a Helen acerca de Dios, la respuesta de la niña fue que ella ya sabía acerca de Él, pero lo único que le faltaba era conocer su nombre (Helen Keller, *The Story of My Life* ([Nueva York: Grosset & Dunlap, 1905], pp. 368-74).

Lo que de Dios se conoce podría traducirse "lo que puede conocerse". Obviamente, el hombre finito no puede conocer todo acerca de Dios, ni siquiera con la revelación perfecta de las Escrituras. Aquí Pablo quiere hacer énfasis en **lo que** puede conocerse **de Dios** aparte de la revelación especial es algo que sin duda alguna es conocido por la humanidad caída. Las características de Dios que están reflejadas en su creación dan un testimonio inequívoco de Él.

Mientras estuvo ministrando en Listra, Pablo habló a sus oyentes gentiles acerca del Dios vivo "que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay". Él prosiguió a explicarles que "en las edades pasadas [Dios] ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos; si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones" (Hch. 14:15-17). La misma benignidad y dulzura de la vida testifica de la bondad que caracteriza al Dios que la suministra con tanta generosidad.

En su siguiente viaje Pablo dijo a los filósofos paganos en el Areópago en Atenas:

> *"Pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos" (Hch. 17:23-28).*

En otras palabras, Dios controla las naciones, sus confines y sus destinos. Él controla el tiempo, las estaciones, y todos los aspectos relacionados con los cielos y la tierra. Aún más revelador que todo eso, Pablo dice que debido a que Dios en su gracia ha decidido darse a conocer y ser accesible, porque "ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros".

Juan habla sobre Jesucristo al decir que "aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo" (Jn. 1:9). Él no estaba hablando sobre el conocimiento de Dios que lleva a la salvación, el cual viene únicamente por medio de la fe, sino del conocimiento intelectual de Dios que llega a todo ser humano a través de la manifestación que Dios hace de sí mismo en su creación. Toda persona cuenta con un testimonio de Dios, y por lo tanto toda persona es responsable de aprovechar la oportunidad de responderle en fe.

EL CONTENIDO DE LA REVELACIÓN

Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. (1:20)

A continuación Pablo especifica el contenido de la revelación de sí mismo que Dios da a conocer a toda la humanidad. **Desde la creación del mundo**, declara el apóstol, Dios ha hecho visibles sus atributos divinos que son **las cosas invisibles de él**. Estos atributos que el hombre puede percibir en parte a través de sus sentidos naturales, son en particular **su eterno poder y deidad**. El **eterno poder** de Dios se refiere a su omnipotencia que nunca falla, lo cual se refleja en la portentosa creación que creó y también sustenta por su **poder**. La **deidad** o naturaleza divina de Dios, tanto su bondad como su gracia se reflejan como Pablo dijo a los de Listra, en el hecho de darnos "lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones" (Hch. 14:17).

El destacado teólogo Charles Hodge testificó: "Por lo tanto, Dios nunca se ha dejado a sí mismo sin un testimonio. Su existencia y sus perfecciones siempre han sido tan manifiestas, que sus criaturas racionales están constreñidas a reconocerle y adorarle como el único y verdadero Dios" (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, 1983, reimpresión], p. 37).

La revelación natural que Dios hace de sí mismo no es recóndita ni selectiva, no es fácil de observar para unas cuantas almas perceptivas que deban tener algún don especial. Su revelación de sí mismo a través de la creación es **claramente visible** para todos, son cosas que pueden ser **entendidas por medio de las cosas hechas**.

Incluso en los tiempos más antiguos, mucho antes de que fueran inventados el telescopio y el microscopio, la grandeza de Dios se hacía evidente, tanto en la vastedad inmensurable como en los detalles más pequeños de la naturaleza. Los hombres podían mirar las estrellas y descubrir el orden fijo de sus órbitas. Podían observar cómo una pequeña semilla se reproducía y convertía en un árbol gigantesco exactamente igual a aquel del cual provino. Podían ver los maravillosos ciclos de las estaciones, la lluvia y la nieve. Fueron testigos permanentes de la maravilla del nacimiento humano y la gloria de la salida y la puesta del sol. Aún sin la revelación especial que David tuvo, ellos podían ver que "los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Sal. 19:1).

Algunas aves son capaces de navegar guiándose por las estrellas. Incluso si son incubadas y criadas en un edificio sin ventanas, si se les muestra un cielo artificial de inmediato pueden orientarse y encontrar el lugar correcto y la dirección en la que deben migrar. El pez arquero es capaz de disparar gotas de agua con una fuerza y una precisión sorprendentes, para dar de baja a insectos que vuelan sobre el agua. El escarabajo bombardero produce por separado dos tipos de sustancias químicas que al ser liberadas y combinadas, explotan ante la presencia del enemigo. Sin embargo, la explosión nunca ocurre antes de tiempo ni causa daño al escarabajo mismo. Con razón David declaró que "de Dios es el poder" (Sal. 62:11) y Asaf (Sal. 79:11) y Nahum (1:3) hablaron de la grandeza de su poder.

Robert Jastrow, astrofísico y director del Instituto Goddard de Estudios Espaciales de la NASA, dijo:

> Ahora vemos cómo la evidencia astronómica respalda la visión bíblica del origen del mundo ... Los elementos esenciales de la astronomía y del relato bíblico del Génesis son los mismos. Consideremos la enormidad del problema: la ciencia ha probado que el universo explotó para llegar a ser en un momento determinado. Se pregunta ¿qué causa produjo este efecto? ¿Quién o qué introdujo materia y energía en el universo? Y la ciencia no puede responder esas preguntas...

Para el científico que ha vivido por su fe en el poder de la razón, la historia termina como un mal sueño. Tal persona ha escalado las montañas de la ignorancia y está a punto de conquistar la cima más alta; con gran esfuerzo supera la última roca, y al llegar es saludado por un montón de teólogos que han estado allí durante muchos siglos. (*God and the Astronomers* [Nueva York: Norton, 1978], pp. 14, 114, 116)

Con telescopios gigantes como el de 200 pulgadas de diámetro que se encuentra instalado en el monte Palomar en California, los astrónomos pueden observar objetos que están a 4 mil millones de años luz, ¡una distancia superior a 40 mil millones de millones de millones de millones de millones de millones de kilómetros! (James Reid, *God, the Atom, and the Universe* [Grand Rapids: Zondervan, 1968).

En cualquier momento dado, un promedio de 1.800 tormentas están sucediendo alrededor del mundo entero. La energía requerida para generar esas tormentas se eleva a la increíble cifra de 1.300 millones de caballos de fuerza. En comparación, una máquina de gran tamaño para la remoción de tierra tiene unos 420 caballos de fuerza y necesita cien galones de combustible al día para funcionar. Tan solo una de esas tormentas que produzca cuatro pulgadas de precipitación sobre un área de diez mil millas cuadradas, requeriría la energía equivalente a la combustión de 640 millones de toneladas de carbón para evaporar la cantidad suficiente de agua que pudiera producir una lluvia de esas proporciones; para enfriar esos vapores y agruparlos en nubes se necesitarían 800 millones de caballos de fuerza adicionales para producir la refrigeración continua durante cien años que ello requeriría.

Estudios agrícolas han determinado que el granjero promedio en el estado de Minnesota recibe 1'006.197 galones de agua de lluvia por hectárea cada año, por supuesto totalmente gratis. El estado de Missouri tiene unas 70.000 millas cuadradas y un promedio de 38 pulgadas de lluvia por año. Esa cantidad de agua equivale a tener un lago de 400 kilómetros de longitud, 96 millas de anchura y 10 metros de profundidad.

El Museo Natural de los Estados Unidos ha determinado que existen por lo menos 10 millones de especies de insectos, incluyendo unas 2.500 variedades de hormigas. Hay cerca de 5 mil millones de aves en los Estados Unidos, entre las cuales existen algunas especies que son capaces de recorrer más de 800 kilómetros en un vuelo ininterrumpido, atravesando el golfo de México. Hay una variedad de patos que pueden volar a 95 kilómetros por hora, las águilas lo hacen a 145 kilómetros por hora y los halcones pueden volar en picada a 290 kilómetros por hora.

El planeta tierra tiene unos 40.250 kilómetros de circunferencia, pesa 6.588 (cifra seguida por 21 ceros) toneladas y flota en el espacio sin soporte alguno. Da vueltas alrededor de su eje a una velocidad de 1.600 kilómetros por hora con una absoluta precisión, y se traslada por el espacio alrededor del sol a una velocidad aproximada de 1.600 kilómetros por minuto a lo largo de una órbita de 935 millones de kilómetros de longitud.

La cabeza de un cometa puede tener entre 20.000 y 2.000.000 de kilómetros de longitud, una cola de unos 200 millones de kilómetros de longitud, y viajar a una velocidad de 500 kilómetros por segundo. Si la energía irradiada por el sol pudiera convertirse en caballos de fuerza, equivaldría a 500 millones de millones de millones de millones. Cada segundo consume unas 4 millones de toneladas de materia. Un viaje a la velocidad de la luz (aproximadamente 299.857 kilómetros por segundo) para atravesar de un extremo al otro la vía láctea, la galaxia donde está localizado nuestro sistema solar, tardaría 125.000 años, y hay que tener en cuenta que nuestra galaxia es apenas una entre muchos millones.

El corazón humano tiene el tamaño aproximado del puño cerrado de su propietario. Un corazón adulto pesa menos de media libra, sin embargo es capaz de hacer trabajo suficiente durante doce horas, equivalente a levantar 65 toneladas de peso a 3 centímetros de altura. Una molécula de agua se compone de tan solo tres átomos, pero si todas las moléculas que hay en una gota de agua tuvieran el tamaño de un grano de arena, su tamaño equivaldría al material requerido para hacer una carretera de 30 centímetros de profundidad y 800 metros de amplitud que se extendería desde Los Ángeles hasta Nueva York. Sin embargo, lo sorprendente es que el átomo mismo se compone principalmente de espacio vacío y su materia como tal no ocupa sino la trillonésima parte de su volumen total.

Excepto para alguna mente que se haya propuesto obcecarse ante lo obvio, resulta inconcebible que tal poder, complejidad y armonía hayan podido desarrollarse por medio de algo diferente a un Diseñador supremo que gobierna sobre todo el universo creado. Sería infinitamente más razonable pensar que el centenar de piezas individuales de un reloj desarmado pudiesen sacudirse en una bolsa hasta quedar convertidas en un aparato confiable para la medición del tiempo, que creer que el mundo pudo haber evolucionado hasta su estado actual como producto del azar ciego.

Hasta un pagano estaría en capacidad de discernir al lado del salmista que seguramente Aquel que hizo el oído y el ojo también es capaz de escuchar y ver (véase Sal. 94:9). Si nosotros podemos ver y escuchar, es seguro que quien nos hizo también puede entender lo que ve y escucha. Si nosotros siendo sus criaturas podemos pensar, entonces seguramente la mente de nuestro Creador debe tener capacidad para razonar.

Los hombres son juzgados y enviados al infierno, no debido a que no vivan a la altura de la luz que se ha hecho evidente en el universo, sino porque en últimas ese rechazo los lleva a rechazar a Jesucristo. El Espíritu Santo "convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio", dijo Jesús; "de pecado, por cuanto no creen en mí" (Jn. 16:8-9). Pero si una persona vive a la altura de la luz de la revelación que tiene, Dios hará provisión para que escuche el evangelio por uno u otro medio. En su gracia soberana y predeterminada, Él se extiende hacia la humanidad pecadora para ser asequible a todos. "Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva" (Ez. 33:11). Dios no quiere "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9). "Me buscaréis y me hallaréis", prometió el Señor a través de Jeremías: "porque me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jer. 29:13).

Debido a que el eunuco etíope estaba buscando a Dios con sinceridad, el Espíritu Santo envió a Felipe a testificarle. Tras escuchar el evangelio, ese hombre creyó y fue bautizado (Hch. 8:26-39). Debido a que Cornelio, un centurión gentil en el ejército romano era un hombre "piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre", Dios envió a Pedro hasta donde se encontraba para explicarle el evangelio. "Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso", y fueron bautizados "en el nombre del Señor Jesús" (Hch. 10:2, 44, 48). Debido a que Lidia era una verdadera adoradora de Dios, cuando ella escuchó el evangelio "el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía" (Hch. 16:14).

EL RECHAZO DEL HOMBRE

Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. (1:21)

Dios también tiene una ira y juicio justificados a causa del rechazo deliberado y consciente de Él por parte del hombre. Pablo declara explícitamente que **habiendo conocido a Dios** por medio de su revelación natural y general, los hombres incrédulos de todas maneras le siguieron rechazando. Aunque el hombre

tiene una consciencia innata de la existencia y el poder de Dios, en ese mismo sentido innato y perverso tiene la inclinación a rechazar ese conocimiento. La tendencia natural de los seres humanos no regenerados es que "irán de mal en peor, engañando y siendo engañados" (2 Ti. 3:13). Como Pablo recuerda a los creyentes: "Nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros" (Tit. 3:3).

Cierto evolucionista dijo: "Me niego a creer en Dios, entonces ¿qué otra alternativa me queda aparte de la evolución?" El hombre era honesto pero también dio un claro testimonio del hecho de que no había sido la evidencia a favor de la evolución lo que le había llevado a no creer en Dios, sino más bien que su incredulidad le había conducido a aceptar la evolución.

Donald Grey Barnhouse hizo esta inquietante observación:

> ¿Acaso Dios dará al hombre la capacidad mental para ver estas cosas y después el hombre decidirá no ejercer su voluntad hacia ese Dios? La respuesta deplorable es que estas dos cosas son ciertas. Dios da al hombre la inteligencia para fundir hierro y hacer una cabeza de martillo y varias puntillas. Dios hace crecer un árbol y da al hombre la fortaleza para cortarlo, y el entendimiento para hacer con su madera un mango de martillo. Y cuando el hombre tiene el martillo y los clavos, Dios extenderá su mano y dejará que el hombre las perfore con clavos y le coloque en una cruz en la demostración suprema de que los hombres están sin excusa. (*Romans*, vol. 1 [Grand Rapids: Eerdmans, 1953], p. 245)

En el versículo 21, Pablo menciona cuatro formas como los hombres exhiben este rechazo de Dios: deshonrándole, siendo desagradecidos con Él, envaneciéndose en sus especulaciones acerca de Él, y quedando entenebrecidos en sus corazones con respecto a Él.

En primer lugar, los seres humanos **no le glorificaron como a Dios**. Esta es la expresión básica del orgullo que es la raíz de todo pecado y se encuentra en el núcleo de la condición caída del hombre. *Doxazō* (**glorificar**) también hace referencia a dar el honor debido. El peor acto que se comete en todo el universo es deshonrar a Dios o dejar de glorificarle. Por encima de todo lo demás, Dios debe ser glorificado. Glorificar a Dios es exaltarle, reconocerle como supremamente digno de todo honor, y reconocer sus atributos divinos. Puesto que la gloria de Dios también es la suma de todos los atributos de su ser, de todo lo que Él ha revelado de sí mismo al hombre, dar gloria a Dios es reconocer su gloria y ensalzarla. Al darle gloria no estamos añadiendo algo a su perfección, sino que estamos alabando su perfección. ¡Le glorificamos alabando su gloria!

Las Escrituras hacen un llamado continuo a los creyentes para que glorifiquen

al Señor. David nos apercibe: "Dad a Jehová la gloria y el poder. Dad a Jehová la gloria debida a su nombre" (Sal. 29:1-2). "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa", dice Pablo, "hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Co. 10:31). Un día los veinticuatro ancianos caerán postrados ante Cristo en su trono celestial y declararán: "Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas" (Ap. 4:11).

Como declara con elocuencia el *Catecismo abreviado de Westminster*: "El fin supremo del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre". El hombre fue creado para glorificar a Dios (véase Lv. 10:3; 1 Cr. 16:24-29; Sal. 148; Ro. 15:5-6), y cuando no le da gloria a Dios está haciendo la afrenta más grave en contra de su Creador.

Después que fueron creados a imagen de Dios mismo, Adán y Eva experimentaron de continuo la presencia y la gloria de Dios. Tenían comunión directa con Él y le alababan y reconocían su gloria y honra; pero cuando pecaron al desobedecer el mandamiento de Dios y procurar recibir gloria y honra para ellos mismos: "se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto" (Gn. 3:8). El pecado trajo separación de Dios, y Adán y Eva dejaron de anhelar la presencia de Dios y perdieron el deseo de darle gloria. Desde entonces, el hombre caído ha procurado evitar a Dios y negar su gloria e incluso su misma existencia.

A través de las Escrituras, Dios ha revelado muchos elementos de su gloria. Cuando Moisés pidió ver la gloria de Dios, el Señor manifestó su *bondad*, su *gracia* y su *compasión*: "Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente" (Éx. 33:19). El Señor puso a Moisés en una hendidura de la peña y le cubrió con su mano para que no viera toda su gloria y fuese consumido. Después permitió que Moisés le viera parcialmente por detrás mientras pasaba, y cuando se presentó ante Moisés también hizo una declaración de sus atributos divinos: "¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, *misericordioso* y *piadoso*; *tardo para la ira*, y grande en *misericordia* y *verdad*; que guarda misericordia a millares, que *perdona* la iniquidad, la rebelión y el pecado" (Éx. 33:20–34:7, cursivas añadidas).

Aunque Él lo había librado de su esclavitud en Egipto y le dio su santa ley para vivir por ella, el pueblo se rebeló de forma persistente contra Dios y contra Moisés su líder designado. No obstante, Dios continuó manifestando su gloria a su pueblo escogido. Después que el tabernáculo fue instalado, el Señor lo llenó con su gloria como señal de su presencia divina con su pueblo (Éx. 40:34). A medida que Israel trasegó por el desierto durante cuarenta años, Dios manifestó su presencia y su gloria por medio de la nube que los guiaba de noche y la columna de fuego que les daba seguridad de noche (vv. 36-38). Después que el templo fue construido por Salomón, la nube de la gloria del Señor llenó el lugar santo (1 R. 8:11). A pesar de esto, Israel persistió en su rebeldía contra el Señor

mediante diversos tipos de adoración falsa (véase Ez. 8:4-18). Cuando se negaron a apartarse de su pecado, la gloria de Dios también se apartó del templo (Ez. 11:22-23), y en ese momento el reino teocrático de Israel llegó a su final.

La gloria de Dios no volvió a la tierra hasta cuando vino el Mesías. Como encarnación de la gloria de Dios cubierta por un velo, Jesucristo manifestó la gloria divina a través de su *gracia* y su *verdad* (Jn. 1:14). Sobre el monte de la transfiguración, Jesús se presentó a sí mismo ante Pedro, Santiago y Juan en una manifestación única de su *esplendor* real (Mt. 17:2). Pablo apuntó al *poder* de la gloria de Dios cuando declaró que "Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre" (Ro. 6:4). De una forma menos dramática pero igualmente cierta, Jesús fue un testimonio vivo de la gloria de Dios por medio de sus milagros y su *amor, verdad, misericordia, bondad* y *gracia.*

No obstante, el resto del mundo creado nunca se ha sublevado en contra de Dios ni ha procurado esconder su gloria como lo ha hecho el hombre. "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Sal. 19:1), como David lo declaró eufórico. El Salmo 148 llama a que todo el universo proclame la gloria de Dios. Los animales hacen exactamente todo aquello para lo que Dios los creó. Las flores florecen tal como Dios lo estableció al diseñarlas, y la mariposa vuela con elegancia y belleza de un lugar a otro, dando testimonio de la belleza y el orden de Dios.

Sin embargo, reconocer los atributos y actos gloriosos de Dios y glorificarle a causa de ellos, es precisamente lo que los hombres caídos *no* hacen. Millones y millones de personas han vivido en medio del maravilloso universo de Dios y en su orgullo se siguen negando a reconocerle como su Creador y a afirmar su majestad y gloria; y a causa de ese rechazo deliberado y necio no tienen excusa ante el justo juicio de Dios. La persona que puede vivir en medio de la maravillosa creación de Dios y a pesar de ello negarse a reconocerle como su Creador y afirmar su majestad y gloria, sin duda alguna es un necio.

A través de Jeremías, el Señor advirtió a su pueblo: "Escuchad y oíd; no os envanezcáis, pues Jehová ha hablado. Dad gloria a Jehová Dios vuestro, antes que haga venir tinieblas, y antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad, y esperéis luz, y os la vuelva en sombra de muerte y tinieblas" (Jer. 13:15-16). Cuando el rey Herodes aceptó en su orgullo y vanidad las aclamaciones de la multitud, según la cual él hablaba con voz de Dios y no de hombre: "al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio gloria a Dios; y expiró comido de gusanos" (Hch. 12:23-24).

Cuando Cristo regrese a la tierra: "el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas" (Mt. 24:29). En ese momento, cuando todas las luces naturales del universo queden extinguidas, la luz refulgente de la gloria eterna de Dios en su Hijo alumbrará la tierra entera: "Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hom-

bre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria" (v. 30).

En segundo lugar, debido a que el hombre en su orgullo no honra ni glorifica a Dios como Creador, también deja de darle **gracias** por la gracia con que provee todas las cosas en abundancia. Aunque Dios es la fuente de todas las cosas buenas que el hombre tiene a su disposición: la lluvia, el sol y muchas otras bendiciones naturales que reciben justos e injustos, malos y buenos por igual (véase Mt. 5:45; Hch. 14:15-17), el hombre natural no le agradece porque ni siquiera está dispuesto a reconocer su existencia.

En tercer lugar, como consecuencia de no honrar y agradecer a Dios, los hombres caídos **se envanecieron en sus razonamientos**. Rechazar a Dios es rechazar la realidad más grande en el universo, la realidad que da el único significado, propósito y entendimiento verdadero a todas las demás cosas que existen. Al negarse a reconocer a Dios y permitir que su verdad guíe sus mentes, los hombres pecadores están condenados a realizar búsquedas vanas de sabiduría por medio de **razonamientos** humanos y huecos que solamente conducen a la falsedad y por lo tanto a mayor incredulidad y perversión. Este término incluye todo lo que el hombre especula en su mente cuando no tiene temor de Dios.

Abandonar a Dios equivale a cambiar la verdad por la mentira, el propósito por la falta de sentido, y la satisfacción verdadera por un vacío insondable, porque una mente y un alma vacías son como un hueco que para poder llenarse, atrae falsedad y tinieblas que reemplacen la verdad y la luz que ha rechazado. La historia de la humanidad caída va en sentido contrario al supuesto por la evolución. El **necio corazón** que rechaza y no glorifica a Dios no recibe iluminación ni es libertado, por muy sofisticados que pretendan ser algunos incrédulos, sino que por el contrario se vuelve **entenebrecido** espiritualmente y más esclavizado al pecado. La persona que rechaza a Dios está rechazando la verdad, la luz y la vida eterna, así como significado, propósito y felicidad en su vida. También rechaza el fundamento y la motivación de la rectitud moral.

Tinieblas espirituales y perversión moral son cosas inseparables. Cuando el hombre desprecia a Dios, desprecia la virtud. Es inevitable que la filosofía impía del mundo lleve a la perversión moral, porque la incredulidad y la inmoralidad están conectadas inextricablemente. "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo" (Col. 2:8).

Cuando la encarnación de la verdad y la luz vino al mundo, la humanidad incrédula no quiso recibirle. Puesto que Jesús era la luz del mundo, ellos le rechazaron porque sus acciones eran malas y porque amaron las tinieblas más que la luz (Jn. 3:19-20). Por la razón de que Jesús hablaba precisamente la verdad, ellos no quisieron creer en Él (Jn. 8:45). Ese es el legado que deja la negativa del hombre a glorificar a Dios.

Razones para la ira de Dios—parte 2

8

Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. (1:22-23)

En Romanos 1:19-23 Pablo describe el carácter del hombre caído. Da cuatro razones por las que *todas las personas* nacen bajo la ira y la condenación de Dios. Las primeras dos razones, la revelación de Dios y el rechazo del hombre, se presentan en los versículos 19-21 y fueron discutidas en el capítulo anterior. La tercera y cuarta razones, la racionalización del hombre y la religión del hombre, se presentan en los versículos 22-23.

LA RACIONALIZACIÓN DEL HOMBRE

Profesando ser sabios, se hicieron necios, (1:22)

Al rechazar la clara revelación que Dios hace de sí mismo a través de su creación, el hombre no honró ni glorificó a Dios, tampoco le dio gracias, se envaneció en sus especulaciones filosóficas, se volvió necio y su corazón quedó entenebrecido (vv. 19-21). Tratando de justificarse a sí mismo, racionalizó su pecado tal como lo sigue haciendo la humanidad caída. **Profesando ser sabios** acerca de Dios, el universo y ellos mismos, **se hicieron** todavía más **necios**.

Siglos antes, David había declarado que los hombres que niegan a Dios y su verdad son necios (Sal. 14:1; 53:1), y esa es la misma necedad que los engaña haciéndoles creer que son **sabios**. El hombre natural no puede pensar correctamente acerca de ninguna cosa, pero su pensamiento se ha degenerado más que todo en el campo espiritual y en su concepto de la divinidad, porque ese es el foco de su rebelión pecaminosa. Estas cosas también están fuera del alcance de su percepción humana, y como esa persona rechaza la revelación, no tiene en sí

esperanza alguna de llegar a la verdad. Sus necias especulaciones y razonamientos llegan a sus extremos más desviados cuando empieza a filosofar sobre su origen, propósito y destino, y sobre el origen y significado del universo en que vive.

La mente que carece de la verdad de Dios no tiene cómo distinguir lo verdadero de lo falso, lo correcto de lo errado, lo importante de lo trivial, lo verdaderamente bello y lo monstruoso, o lo efímero de lo eterno.

Estos razonamientos que predominan en todo el mundo, en ciertas ocasiones llegan a infectar a la iglesia. Por ejemplo, debido a que algunos incrédulos talentosos y elocuentes han pregonado en alta voz por mucho tiempo que la evolución es un hecho científico y no una simple teoría filosófica, muchos cristianos se han dejado intimidar al punto que acomodan su teología a los dictados del mundo. En el nombre de la evolución teísta o creacionismo progresivo, no solamente ponen en duda la integridad científica sino también, con consecuencias mucho más desastrosas, desacreditan la revelación de Dios. Han aceptado la necedad infundada de los hombres no regenerados por encima de la verdad indefectible de la Palabra de Dios.

En una tendencia similar, muchos cristianos tratan de acomodar la revelación de Dios a las especulaciones de los hombres en las áreas de la mente y el alma. Intimidados por el caudal de teorías de la psicología, la sociología y la antropología, que son siempre cambiantes y conflictivas entre sí, modifican o intercambian neciamente las verdades de la revelación de Dios sobre el hombre para favorecer las absurdas conjeturas del hombre acerca de sí mismo.

El difunto Martyn Lloyd Jones escribió con mucha perspicacia: "El origen de toda la corriente hacia el modernismo que ha asolado la iglesia de Dios y en realidad ha destruido su evangelio vivo, puede hallarse en aquella hora cuando los hombres empezaron a pasar de la revelación a la filosofía". Pensando que son sabios, se han vuelto necios debido a que sus propios razonamientos no pueden reemplazar la revelación que han rechazado.

Las instituciones que en algún momento se fundaron sobre la Palabra de Dios, se han venido acomodando paulatinamente a la necedad intelectual del sistema del mundo. En el nombre de la sabiduría del hombre han llegado a reflejar la necedad, e inevitablemente la impiedad, del sistema mundano de Satanás.

Por cuanto él sabía que "la palabra de la cruz es locura a los que se pierden", que "[Dios] ha enloquecido la sabiduría del mundo", y que "lo insensato de Dios es más sabio que los hombres", Pablo se propuso "no saber entre [aquellos a quienes predicó] cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado" (1 Co. 1:18, 20, 25; 2:2).

El necio más grande en todo el mundo es la persona que cambia la sabiduría de la verdad y la luz de Dios por la sabiduría del hombre que consiste en tinieblas y engaño.

LA RELIGIÓN DEL HOMBRE

y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. (1:23)

La cuarta razón por la que toda persona nace bajo la ira y condenación de Dios es la religión fabricada por el hombre, la cual se refleja en los incontables sistemas que ha inventado para reemplazar la verdad y el culto racional a Dios.

Aunque el hombre caído no es piadoso ni teme a Dios por naturaleza, sí es naturalmente muy religioso. Según el *Almanaque mundial* de 1986, aproximadamente 2.600 millones de personas en el mundo tienen algún tipo de afiliación religiosa identificable. Se dice que muchos más tienen algún tipo de religión no identificada.

Los hindúes tienen unos 330 millones de dioses, lo cual equivale a tener ocho dioses por familia. También reverencian a las vacas y a otros animales incontables que consideran sagrados. Se ha afirmado que un diente descolorido de dos pulgadas perteneció a Buda y fue rescatado de su pira fúnebre en 543 a.C. Esta reliquia se ha incrustado en una flor de loto dorada con rubíes alrededor y se ha depositado como objeto sagrado en el templo del diente de Sri Lanka, donde es venerada por millones de budistas.

Las creencias y prácticas del cristianismo ritualista no son demasiado diferentes a ese tipo de supersticiones paganas.

Muchos sociólogos, filósofos y teólogos humanistas sostienen que la religión es una marca del ascenso del hombre desde el caos y la ignorancia primitivos, remontándose sobre las fases de animismo, polidemonismo, politeísmo, hasta llegar finalmente al monoteísmo; pero el testimonio claro de las Escrituras es que la religión humana de todas las variedades posibles, trátese de algo sencillo o muy sofisticado, es un movimiento de descenso decadente que aleja a la humanidad de Dios, de la verdad y de la justicia. Contrario a la forma generalizada de pensar, las religiones del hombre no reflejan sus esfuerzos más elevados sino sus bajezas más depravadas. La proclividad natural de la religión humana a través de toda la historia no ha sido de ascenso sino de un declive inexorable, porque la verdad es que constituyó una caída y un descenso del monoteísmo original.

Esa verdad es ratificada incluso por la historia secular. Herodoto, el famoso historiador griego del siglo V a.C., dijo que los persas antiguos no tenían templos paganos ni ídolos (*Las historias*, 1:31). Varro, el erudito romano del primer siglo, informó que los romanos no tuvieron imágenes animales ni humanas de algún dios durante 170 años después de la fundación de Roma (Agustín, *La ciudad de Dios*, 4:31). Luciano, un escritor griego del siglo segundo, hizo afirmaciones semejantes con referencia a la situación religiosa de Grecia y Egipto en sus comienzos (*The Syrian Goddess*, 34). El historiador cristiano del siglo cuarto, Eusebio, declaró que "los pueblos más antiguos no tenían ídolos".

Aún muchos incrédulos de tiempos antiguos reconocieron cuán absurdo era rendir culto a un objeto fabricado por el hombre con sus propias manos. Horacio, el poeta romano del siglo primero a.C., satirizó esa práctica al escribir de esta manera: "Yo era el tronco de una higuera, un leño inservible. El artesano vaciló: "¿Debería hacer un taburete o un dios?" Él eligió hacer un dios, y así es como ahora soy un dios".

Los apócrifos cuentan acerca de un leñador que taló un árbol, le quitó la corteza y con gran destreza trabajó la madera hasta convertirla en prácticos utensilios, enseres y muebles. Pero ese mismo leñador tomó un pedazo nudoso y desigual que le sobró y procedió a tallarlo en la semejanza de un hombre o un animal, llenando sus defectos con arcilla y cubriendo con pintura las suciedades. Después de asegurar la figura a una pared o de colocarla en una abertura para que no se cayera, se arrodilló delante de ella y empezó a adorarla, pidiendo protección y salud para él mismo y para su familia (véase Sabiduría, 13:11-19).

Aún después de la caída, desde un principio "los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová" (Gn. 4:26), porque Él era la única deidad de la que ellos tenían conocimiento. Sin embargo, los siguientes dos capítulos del Génesis dejan claro que el simple hecho de invocar el nombre del Dios verdadero no previno que los hombres cayeran paulatinamente en pecados cada vez peores. Como el propio Israel de la antigüedad lo demostró en repetidas ocasiones a través de su historia, el simple conocimiento e invocación del Dios verdadero no los protegió ni del pecado, ni de la incredulidad espiritual y el juicio divino. Como Jesús lo aseveró claramente en el Sermón del Monte, la simple declaración de lealtad al Señor garantiza la entrada a su reino (Mt. 7:21).

No obstante, a pesar de la rebeldía, la maldad y la falta de arrepentimiento del mundo antes del diluvio, no existe evidencia de que el hombre en aquel tiempo fuera idólatra. Uno de los primeros casos de idolatría que se mencionan en la Biblia es el de la familia de Abraham en Ur (Jos. 24:2). La idolatría se había desarrollado algún tiempo atrás entre algunos de los descendientes de Noé. Sin embargo, no hay indicios de que Noé y su familia, como únicos sobrevivientes del diluvio, tan siquiera estuvieran familiarizados con el concepto de idolatría cuando empezaron a repoblar la tierra.

Pero a medida que la humanidad se fue alejando del Dios verdadero, empezaron a crear dioses substitutos, probablemente en sus imaginaciones primero y después con sus propias manos. Para el tiempo en que Dios trajo a su pueblo de vuelta a la tierra de Canaán, el pueblo se enteró de que la idolatría proliferaba allí tanto como en Egipto. La idolatría de los habitantes paganos que ellos en su desobediencia dejaron sin destruir, fue una amenaza continua para Israel hasta que Dios permitió que fueran llevados cautivos a Babilonia. Sin embargo, llama la atención el hecho de que gracias a la protección soberana de Dios sobre su

pueblo, desde aquel tiempo hasta ahora, ni siquiera los judíos incrédulos han vuelto a fabricar ídolos en cantidades significativas.

Antes del exilio, Isaías escarneció ásperamente a la perversa necedad de la idolatría, que tanta corrupción había traído a su pueblo:

> *"Los formadores de imágenes de talla, todos ellos son vanidad, y lo más precioso de ellos para nada es útil; y ellos mismos son testigos para su confusión, de que los ídolos no ven ni entienden ¿Quién formó un dios, o quién fundió una imagen que para nada es de provecho? He aquí que todos los suyos serán avergonzados, porque los artífices mismos son hombres. Todos ellos se juntarán, se presentarán, se asombrarán, y serán avergonzados a una. El herrero toma la tenaza, trabaja en las ascuas, le da forma con los martillos, y trabaja en ello con la fuerza de su brazo; luego tiene hambre, y le faltan las fuerzas; no bebe agua, y se desmaya. El carpintero tiende la regla, lo señala con almagre, lo labra con los cepillos, le da figura con el compás, lo hace en forma de varón, a semejanza de hombre hermoso, para tenerlo en casa. Corta cedros, y toma ciprés y encina, que crecen entre los árboles del bosque; planta pino, que se críe con la lluvia. De él se sirve luego el hombre para quemar, y toma de ellos para calentarse; enciende también el horno, y cuece panes; hace además un dios, y lo adora; fabrica un ídolo, y se arrodilla delante de él. Parte del leño quema en el fuego; con parte de él come carne, prepara un asado, y se sacia; después se calienta, y dice: ¡Oh! me he calentado, he visto el fuego; y hace del sobrante un dios, un ídolo suyo; se postra delante de él, lo adora, y le ruega: Líbrame, porque mi dios eres tú". (Is. 44:9-17).*

Al lado de los gentiles rebeldes, orgullosos, vanos, necios y entenebrecidos, muchos judíos también **cambiaron la gloria del Dios incorruptible** por todo aquello que era oprobioso, degradante y **corruptible**. Sustituyeron la realidad del **Dios** santo por la **imagen** vana de toda una variedad de criaturas suyas.

En su ceguera espiritual, su oscuridad intelectual y su depravación moral, los hombres por naturaleza están inclinados a rechazar al Creador Santo prefiriendo a la criatura no santa. Puesto que hay algo que aún en su condición caída sigue demandando la existencia de un dios, pero de uno que les guste más que el Dios verdadero, ellos se dedican a inventar deidades por su propia cuenta.

No es algo incidental o accesorio que los Diez Mandamientos empiecen con esta clara admonición: "No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás" (Éx. 20:3-5). Sin embargo, al mismo tiempo que éstos y los demás mandamientos y ordenanzas le eran dados a Moisés, los hijos de Israel estaban haciendo un becerro de oro para adorarlo (32:1-6).

Más adelante, el Señor continuó haciéndoles advertencias al respecto.

"Jehová amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas y de todos los videntes, diciendo: Volveos de vuestros malos caminos, y guardad mis mandamientos y mis ordenanzas, conforme a todas las leyes que yo prescribí a vuestros padres, y que os he enviado por medio de mis siervos los profetas. Mas ellos no obedecieron, antes endurecieron su cerviz, como la cerviz de sus padres, los cuales no creyeron en Jehová su Dios. Y desecharon sus estatutos, y el pacto que él había hecho con sus padres, y los testimonios que él había prescrito a ellos; y siguieron la vanidad, y se hicieron vanos, y fueron en pos de las naciones que estaban alrededor de ellos, de las cuales Jehová les había mandado que no hiciesen a la manera de ellas. Dejaron todos los mandamientos de Jehová su Dios, y se hicieron imágenes fundidas" (2 R. 17:13-16).

El rechazo que el hombre hace de Dios y su acogida de los ídolos puede compararse con un hijo que asesina a su papá y después hace un maniquí que presenta al mundo como su padre. No obstante, lo que la humanidad pecadora ha hecho siempre con Dios y lo sigue haciendo, es infinitamente mucho más perverso y disparatado que eso.

La primera criatura con que el hombre substituye a Dios es él mismo, la **semejanza de imagen de hombre corruptible**. En vez de glorificar y adorar a Dios, él intenta deificarse a sí mismo. Aunque es indudable que Voltaire hizo esta supuesta declaración con sarcasmo y burla, estuvo en lo correcto al observar que "Dios hizo al hombre a su propia imagen, y el hombre le devolvió el favor".

Toda forma de idolatría es una forma de adoración del ego, así como toda forma de idolatría es una forma de culto a demonios o a Satanás. Bien sea que la idea de fabricar ídolos provenga de sus propios pensamientos depravados o que el hombre sea inspirado por Satanás, todo dios falso apela a la naturaleza caída del hombre y le seduce para que se glorifique y complazca a sí mismo. De una u otra forma, toda idolatría es culto al ego y servicio a Satanás.

La epítome de la adoración humana del ego será el culto rendido al anticristo, quien demandará que todo el mundo le adore en el templo reconstruido de Jerusalén (2 Ts. 2:3-4). Como emisario supremo de Satanás en la tierra durante los últimos días, la demanda de adoración del anticristo también atestiguará que a pesar de su autoglorificación, en realidad su dios será Satanás, de igual forma que el dios real de todo idólatra es Satanás.

"Lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican", declaró Pablo (1 Co. 10:20). En otras palabras, aunque una persona pueda hacer un ídolo de su propia iniciativa y por sus propios fines, haciendo uso de madera, piedra o metal, los demonios aprovechan esa impiedad personificando las características que supuestamente tiene el dios fabricado por el hombre. Se conocen registros confiables de ocurrencias sobrenaturales en culturas paganas a lo largo de la

historia y hasta los tiempos modernos. Aunque Satanás tiene un poder limitado sobre la naturaleza e incluso en su propio dominio sobrenatural, las Escrituras dicen claramente que él puede producir su propia clase de milagros, como lo hicieron los hechiceros de Faraón en presencia de Moisés y Aarón (Éx. 7:11, 22; 8:7). Así como los hechiceros de Faraón investidos con poderes satánicos demostraron tener la suficiente capacidad sobrenatural como para mantener endurecido el corazón de ese gobernante, Satanás actúa para que se hagan realidad suficientes predicciones astrológicas y se manifiesten los eventos sobrenaturales suficientes que le permitan mantener engañados a sus seguidores (cp. 2 Ts. 2:9).

Nabucodonosor fue quizás el monarca más célebre y grandioso del mundo antiguo, pero se encaprichó tanto con sus propios logros que ignoró la advertencia de Daniel y declaró en su arrogancia: "¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?" Como Daniel continúa su reporte:

> *Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti; y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere. En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves. (Dn. 4:31-32; cp. vv. 19-27)*

Al exaltarse a sí mismo como si fuera un dios, el orgulloso rey excedió los límites de la paciencia de Dios, y en un solo instante tanto su poder como su cordura se perdieron durante "siete tiempos" (véase vv. 25, 32), que significa quizás siete meses o incluso siete años.

"Mas al fin del tiempo", informó el rey mismo, "yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades" (v. 34). Parece que el escarmiento con que fue disciplinado lo llevó a creer en Dios, y concluyó su confesión con las palabras: "Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia" (v. 37).

Belsasar, el sucesor de Nabucodonosor, no aprendió nada de la experiencia que tuvo su antecesor. Una noche en que ofreció un banquete extravagante para sus príncipes, estando bajo la influencia de mucho vino, ordenó que los vasos sagrados de oro y de plata que su padre había confiscado del templo en Jerusa-

lén, fueran traídos para ser usados con las bebidas embriagantes de los principales en aquel banquete. Mientras los juerguistas bebían de esos vasos: "alabaron a los dioses de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra. En aquella misma hora aparecieron los dedos de una mano de hombre, que escribía delante del candelero sobre lo encalado de la pared del palacio real". Cuando los conjuradores y adivinos del despavorido rey no pudieron descifrar el mensaje, él acudió a Daniel. Tras recordarle cuál había sido el castigo que Nabucodonosor su padre había recibido por parte de Dios, Daniel dijo al rey: "Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto; sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido ... y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste ... Esta es la interpretación del asunto: MENE: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin. TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto. PERES: Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas" (Dn. 5:1-29).

Belsasar pecó deliberada y abiertamente en contra del conocimiento de Dios que ya tenía. Incluso llegó a blasfemar flagrantemente a Dios profanando los vasos sagrados de su templo y adorando ídolos hechos por el hombre en lugar del Dios verdadero. Como es típico en todos los hombres pecadores, la inclinación natural del rey fue alejarse del conocimiento que tenía del Dios verdadero y volverse a dioses falsos de su preferencia.

A. W. Tozer observó sabiamente que la idolatría empieza en la mente, cuando nosotros pervertimos o cambiamos la idea de Dios por cualquier cosa que no sea lo que Él es en realidad (*The Knowledge of the Holy* [Nueva York: Harper & Row, 1961], pp. 9-10).

Una forma todavía más ridícula de idolatría que Pablo menciona aquí es la adoración **de aves, de cuadrúpedos y de reptiles**. Entre las múltiples variedades de **aves** a las que se rendía culto en el mundo antiguo, se encontraba el águila en Roma, y la cigüeña y el halcón en Egipto. Era debido a que las águilas eran deificadas por los romanos, que los judíos se opusieron con vehemencia a que fueran exhibidas de cualquier forma en Israel, especialmente en la ciudad santa de Jerusalén. Algunos indios americanos todavía rinden culto a varias aves, como puede observarse en sus tótems. Una versión estilizada del ave del trueno de los indios se ha convertido en símbolo popular en la sociedad moderna.

Los ídolos antiguos que tenían forma de animales **cuadrúpedos** eran demasiados como para ser contados. Los egipcios adoraban al dios buey Apis, la diosa gato Bubastis, la diosa vaca Hator, la diosa hipopótamo Opet, y el dios lobo Ofois. Como ya se ha indicado, incluso los israelitas antiguos fueron culpables de moldear y después adorar un becerro de oro, ¡por medio del cual supuestamente estaban representando al Dios verdadero! Muchos egipcios y cananeos adoraban toros, algunos de los cuales se sepultaban con grandes riquezas, como también lo eran los faraones. Diana o Artemisa, una diosa griega popular en el

tiempo del Nuevo Testamento (véase Hch. 19:27), no tenía la forma de una mujer hermosa sino la de una hembra grotesca y bestial con muchos pezones colgando debajo de ella, los cuales supuestamente alcanzaban para amamantar al mundo entero. Otros ídolos antiguos se fabricaban en forma de objetos diversos tales como ratones y ratas, elefantes, cocodrilos, chimpancés, y también cuerpos celestes como el sol y la luna.

También estamos enterados por fuentes seculares así como por las Escrituras, acerca de muchas clases de **reptiles** que eran adorados, muchos de los cuales siguen siendo deificados hoy día en ciertos lugares del mundo. Entre sus muchos ídolos, los egipcios antiguos adoraban al escarabajo, y hoy día se venden réplicas de ese ídolo como recuerdos de viaje. Este coleóptero vive en pilas de estiércol y se alimenta de toda clase de desperdicios. A los asirios les gustaba adorar serpientes, y lo mismo puede decirse de muchos griegos.

Al nombre del dios cananeo Baal-zebub (2 R. 1:2), o Beelzebú (Mt. 10:25), significa "Señor de las moscas". Debido a que gran parte de los cultos paganos estaban asociados con las moscas, muchos judíos supersticiosos creían que se debía impedir a toda costa la entrada de una mosca al templo de Dios en Jerusalén (cp. Avot 5:5 en el Talmud). Los hindúes modernos se niegan a matar o hacer daño a la mayoría de los animales e insectos, porque las criaturas podrían o bien ser una deidad, o la forma reencarnada de un ser humano que se encuentra pasando por la transmigración de una etapa de su karma a la siguiente.

Para que no lleguemos a creer que el hombre contemporáneo y sofisticado ha superado la crudeza de tales necedades, solamente tenemos que considerar el aumento descomunal en la astrología y otras prácticas ocultas durante las últimas décadas en los Estados Unidos y Europa occidental. Se dice acerca de muchos personajes y líderes del mundo, incluyendo a destacados científicos, que consultan sus horóscopos o consejeros ocultistas para obtener información basada en el movimiento de las estrellas o en las hojas del té, antes de tomar decisiones importantes o emprender viajes prolongados.

Siempre ha habido personas que rinden culto a los ídolos de la riqueza, la salud, el placer, el prestigio, el sexo, los deportes, la educación, el entretenimiento, las celebridades, el éxito y el poder. Además, en ningún otro momento de la historia han sido esas formas de idolatría más generalizadas y causantes de corrupción que en nuestro tiempo.

Existen incontables libros, revistas, juegos, películas y videos que glorifican la promiscuidad sexual, el incesto, la violación, el homosexualismo, la brutalidad, el engaño, la manipulación de los demás para ventaja del individuo, y todas las demás formas de inmoralidad e impiedad. Muchas de esas cosas son específicamente ocultistas e involucran culto a demonios y a Satanás. La polución moral y espiritual ha llegado a proporciones pandémicas en la sociedad moderna y es una forma degenerativa y adictiva de idolatría. Lo más trágico de

este asunto es que se ha etiquetado, empacado y mercadeado con el fin de alcanzar a los seres humanos desde su más temprana edad.

Muchos años atrás J. H. Clinch escribió estas provocadoras y potentes líneas:

Y todavía nos alejamos de Él,
  Y llenamos nuestros corazones con cosas sin valor;
Los fuegos de la avaricia derriten el barro,
  De ahí surgen los ídolos del hombre.
La llama de la ambición y el ardor de la pasión,
  Por sorprendente alquimia transmutan la escoria de la tierra
Hasta erigir alguna bruteza bañada en oro que ocupe el trono de Jehová.

Cuando el hombre rechaza la revelación de Dios, sin importar de qué forma se presente esa revelación, desciende por vía de su racionalización y falsa religión a lo más hondo de su réproba condición, la cual Pablo procede a describir en Romanos 1:24-32.

Abandonados por Dios 9

Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no solo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican. (1:24-32)

Como Pablo ilustra en estos versículos y desarrolla teológicamente hasta llegar al final del capítulo 4, el hombre no es básicamente bueno sino malo. Su naturaleza tiene una inclinación innata hacia el pecado. "No hay justo, ni aun uno ... no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno ... todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Ro. 3:10, 12, 23). Los que ignoran lo que Dios ha provisto para tratar el pecado y procuran mejorar su condición mediante el uso de sus propias capacidades, de forma invariable cometen el pecado más reprobable de todos que es la autojustificación y el orgullo. Únicamente Dios puede en su gracia quitar el pecado o producir justicia, y la persona que trata de eliminar su propia culpa o de lograr su propia justicia, no hace más que hundirse cada vez más en el pecado y alejarse irreversiblemente de Dios.

Al igual que un jardín desatendido, cuando el hombre se deja abandonado a sí mismo lo malo siempre asfixia lo bueno porque esa es la inclinación de su naturaleza humana. El hombre no tiene en sí mismo la capacidad para impedir que crezca la cizaña de su pecaminosidad, ni para cultivar el fruto bueno de la justicia. El desarrollo natural del hombre no consiste en elevarse sino en declinar; él no es objeto de un proceso de evolución progresiva, sino sujeto de un proceso de involución retrógrada. El hombre no está ascendiendo para llegar a Dios sino descendiendo alejándose de Dios. Ha continuado un descenso en espiral a través de la historia haciéndose cada vez peor, y cuando las restricciones del Espíritu Santo sean levantadas durante el período final de la tribulación, el infierno será desatado sobre la tierra y la maldad llegará a su última fase (véase 2 Ts. 2:3-9; Ap. 9:1-11).

El hombre es incapaz de detener este declive continuo porque es un esclavo innato del pecado (Ro. 6:16-20), y entre más se esfuerza en sacar adelante sus esfuerzos engañosos para autorreformarse sin contar con la ayuda de Dios, más se convierte en esclavo del pecado, cuyo fin es en últimas la muerte eterna (Ro. 6:16-23). Como C. S. Lewis observa lúcidamente en su libro *El problema del dolor*: "[Los perdidos] disfrutan para siempre la horrible libertad que han demandado, y en consecuencia ellos mismos se han hecho esclavos del ego" ([Nueva York: Macmillan, 1962], pp. 127-28).

El punto principal de Romanos 1:24-32 es que cuando los hombres persisten en abandonar a Dios, Dios también está dispuesto a abandonarlos (véase vv. 24, 26, 28). Aún cuando el propio pueblo de Dios le ignora y desobedece, Él puede abandonarlos temporalmente. "Pero mi pueblo no oyó mi voz, e Israel no me quiso a mí. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos" (Sal. 81:11-12). Oseas informa acerca de esa misma trágica realidad con respecto a la infidelidad del reino del norte, representado por Efraín, a quien Dios dijo: "Efraín es dado a ídolos; déjalo" (Os. 4:17).

En su mensaje al sumo sacerdote y otros líderes religiosos en Jerusalén, Esteban les recordó que cuando los israelitas de la antigüedad rechazaron al Señor y erigieron y rindieron culto al becerro de oro mientras Moisés estaba en el monte Sinaí: "Dios se apartó, y los entregó a que rindiesen culto al ejército del cielo", es decir, a las deidades inspiradas en y por demonios, de las cuales habían fabricado imágenes (Hch. 7:38-42). Pablo declaró a una multitud pagana en Listra: "En las edades pasadas [Dios] ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos" (Hch. 14:16).

Cuando Dios abandona los hombres a sus propios recursos, su protección divina queda parcialmente suspendida. Cuando eso sucede, los hombres no solamente se tornan más vulnerables a las tretas destructivas de Satanás, sin que también sufren la destrucción que su propio pecado obra en ellos y por medio de ellos. "Vosotros me habéis dejado, y habéis servido a dioses ajenos", el Señor

dijo a Israel. "Por tanto, yo no os libraré más" (Jue. 10:13). Cuando el Espíritu de Dios vino sobre Azarías, él le dijo a Judá: "Jehová estará con vosotros, si vosotros estuviereis con él; y si le buscareis, será hallado de vosotros; mas si le dejareis, él también os dejará" (2 Cr. 15:2). Por medio de "Zacarías hijo del sacerdote Joiada", Dios dijo nuevamente a Judá, "¿Por qué quebrantáis los mandamientos de Jehová? No os vendrá bien por ello; porque por haber dejado a Jehová, él también os abandonará" (2 Cr. 24:20).

Romanos 1:24-32 presenta un cuadro vívido de las consecuencias que trae sobre la humanidad rebelde el abandono de Dios, al mostrar la esencia (vv. 24-25), la expresión (vv. 26-27), y el alcance (vv. 28-32) de la pecaminosidad del hombre. Cada una de esas secciones cuya gravedad aumenta progresivamente, es introducida con la sobrecogedora declaración "Dios los entregó a".

LA ESENCIA DE LA PECAMINOSIDAD DEL HOMBRE

Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. (1:24-25)

Por lo cual se refiere a las razones que Pablo acabó de dar en los versículos anteriores, 18-23. Aunque Dios se reveló a sí mismo ante el hombre (vv. 19-20), el hombre rechazó a Dios (v. 21) y después justificó con razonamientos ese rechazo (v. 22; cp. v. 18*b*), para después crear a su antojo dioses substitutos (v. 23). Debido a que el hombre abandonó a Dios, Dios abandonó a los hombres, **los entregó**. Es ese abandono divino y sus consecuencias lo que Pablo desarrolla en los versículos 24-32, el pasaje más espinoso y escalofriante de toda la epístola.

Paradidōmi (**entregó**) es un verbo de mucha intensidad. En el Nuevo Testamento se usa con respecto a entregar el cuerpo para ser quemado (1 Co. 13:3) y en tres ocasiones sobre Cristo quien se entregó a sí mismo (Gá. 2:20; Ef. 5:2, 25). Se emplea en un sentido jurídico para referirse a meter un hombre a la prisión (Mr. 1:14; Hch. 8:3), o a juicio (Mt. 5:25; 10:17, 19, 21; 18:34), y a los ángeles rebeldes cuando son entregados a prisiones de oscuridad (2 P. 2:4). También se usa para expresar la manera como Cristo encomendaba su causa al cuidado de su Padre (1 P. 2:23), y también la entrega que el Padre hizo de su Hijo a una muerte propiciatoria (Ro. 4:25; 8:32).

La entrega o abandono de la humanidad pecadora por parte de Dios tiene dos sentidos. Por un lado, en un sentido *indirecto*, **Dios los entregó** con el simple hecho de retirar su mano restrictiva y protectora, permitiendo que las consecuencias del pecado tomaran su curso inevitable y destructivo. El pecado degra-

da al hombre, degrada la imagen de Dios en la que ha sido creado, y lo despoja de dignidad, paz mental y una consciencia limpia. El pecado destruye relaciones personales, matrimonios, familias, ciudades y naciones. También destruye iglesias. Thomas Watson dijo: "El pecado ... pone guijarros en nuestro pan y ajenjo en nuestras bebidas" (*A Body of Divinity* [Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1983, reimpresión], p. 136).

A los hombres caídos no les preocupa su pecado sino únicamente el dolor que sienten debido a las consecuencias desagradables que trae el pecado. Alguien ha dicho correctamente que el pecado tendría menos adeptos si las consecuencias fueran inmediatas. Por ejemplo, a muchas personas les preocupan en gran manera las enfermedades venéreas, pero les fastidia la sugerencia de evitarlas con la restricción de la promiscuidad y las perversiones sexuales. En vez de adherirse a los estándares de pureza moral de Dios, tratan de librarse de las consecuencias de su impureza. Recurren a la consejería, a la medicina, al psicoanálisis, a las drogas, a los viajes, y a un sinnúmero de otros medios para escapar de lo que no pueden escaparse mientras su pecado no sea quitado.

Se dice que un armiño prefiere morir a ensuciar su hermosa piel; este animal realiza grandes esfuerzos para protegerlo. El hombre no tiene una inclinación parecida cuando está expuesto a la contaminación del pecado. Él no puede mantenerse puro a sí mismo y ni siquiera tiene el deseo natural de hacerlo.

No toda la ira de Dios está reservada para el futuro. En el caso de la promiscuidad sexual, quizás de manera más específica y severa que en cualquier otra área de la moralidad, Dios ha derramado continuamente su ira divina mediante las enfermedades venéreas. En relación a las otras manifestaciones incontables de impiedad, Él derrama su ira que se manifiesta en la soledad, la frustración, la falta de sentido, la ansiedad y la desesperanza que son tan características de la sociedad moderna. A medida que la humanidad en su sofisticación y autosuficiencia se aleja más y más de Dios, Dios los entrega a las consecuencias de su rebelión espiritual y moral en su contra. El comentarista Alan F. Johnson dijo: "Sin Dios no quedan verdades inmutables, ni principios y normas perdurables, y el hombre queda abandonado en medio de un mar de especulación y escepticismo donde trata infructuosamente de salvarse a sí mismo" (*The Freedom Letter* [Chicago: Moody, 1974], p. 41).

El abandono divino de los hombres a su propio pecado del que Pablo habla aquí no es un abandono eterno. Mientras los hombres sigan con vida, Dios provee oportunidades para su salvación. Esa es la maravilla de las buenas nuevas de la gracia de Dios, que Pablo desarrolla más adelante en la epístola. Al igual que la mujer del mismo nombre en el Antiguo Testamento, la Jezabel que estaba tratando de descarriar a la iglesia en Tiatira era la personificación de la impiedad idólatra e inmoral, y sin embargo el Señor en su gracia le dio la oportunidad de arrepentirse (véase Ap. 2:20-21). A pesar de su ira justa contra el pecado,

Dios es paciente hacia los pecadores: "no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9).

Después de dar una lista de pecados similar a la que se encuentra en Romanos 1:29-31, Pablo recordó a los creyentes corintios que "esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co. 6:11). Es el pecado lo que hace necesario el evangelio de la salvación y tan llena de gracia la oferta de salvación que Dios hace por medio de Cristo.

En un segundo sentido *directo*, Dios **entregó** y abandonó a la humanidad rebelde con actos específicos de juicio. La Biblia está repleta de relatos de la ira divina que se derrama directa y sobrenaturalmente sobre los hombres pecadores. El diluvio en el tiempo de Noé y la destrucción de Sodoma y Gomorra, por ejemplo, no fueron consecuencias naturales e indirectas del pecado sino expresiones abiertas y sobrenaturales del juicio de Dios contra pecadores que no se habían arrepentido de sus infamias.

Dios permite con frecuencia que los hombres se hundan más y más en el pecado a fin de llevarlos a la desesperación y mostrarles la necesidad que tienen de Él. Muchas veces Él castiga a los hombres con el fin de sanar y restaurar (Is. 19:22).

Fue a causa de que **las concupiscencias de sus corazones** estaban en pos de **la inmundicia**, que Dios abandonó a los hombres a su pecado. La perdición de los hombres no está determinada por las circunstancias externas de sus vidas sino por la condición interna **de sus corazones**. El pecado de una persona empieza en su mismo interior. "Porque del corazón salen", dijo Jesús, "los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre" (Mt. 15:19-20). Jeremías había proclamado esa misma verdad básica: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso" (Jer. 17:9; cp. Pr. 4:23).

El uso metafórico de la palabra "corazón" en las Escrituras no representa las emociones o los sentimientos, que corresponden al uso moderno de la palabra, sino más bien a todos los procesos de raciocinio y a los pensamientos, incluyendo especialmente la voluntad y la motivación del hombre. En su sentido más amplio, el corazón representa la naturaleza básica de una persona, su ser y carácter internos.

En nuestros días, la impiedad básica del hombre no se expone con mayor claridad que en las recomendaciones populares para que el individuo haga todo lo que quiera y a su manera. El "todo lo que quiera" del hombre no es más que el pecado que caracteriza por completo su ser natural. La voluntad egocéntrica es la esencia de todo pecado. Aunque Satanás fue responsable de tentarlos a pecar, la colocación voluntaria de sus propias voluntades por encima de la de Dios, fue la causa de que Adán y Eva cometieran su primer pecado.

Los hombres rechazan a Dios porque las preferencias de sus corazones, esto es, sus **concupiscencias**, les hacen buscar sus propios intereses y no los de Dios. Concupiscencia o lujuria es una traducción de la palabra griega *epithumia*, que puede referirse a cualquier deseo pero se empleaba con mayor frecuencia para hablar del deseo carnal por cosas pecaminosas o prohibidas.

Al hablar acerca de creyentes e incrédulos por igual, Santiago declaró que "cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido" (Stg. 1:14). Puesto que aún los cristianos se ven tentados a desear su propio pecado por encima de la santidad de Dios, Pablo advirtió a los tesalonicenses que no cayeran en las pasiones lujuriosas que caracterizaban a los gentiles paganos (1 Ts. 4:5). Él recordó a los efesios que "todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás" (Ef. 2:3).

Akatharsia (inmundicia) era un término usado para referirse a impurezas en general y se empleaba con frecuencia para hablar de materia en descomposición, en especial los contenidos de un sepulcro que eran considerados por los judíos como inmundos, tanto en un sentido físico como ceremonial. Como un término moral, se refería o estaba asociado usualmente a la inmoralidad sexual. Pablo se lamentó con respecto a los corintios "que antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que han cometido" (2 Co. 12:21). Él usó esos mismos tres términos al comienzo de la lista de "obras de la carne" que están en conflicto perpetuo con "el fruto del Espíritu" (Gá. 5:19-23). Él exhortó a los efesios: "Fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos" (Ef. 5:3; cp. 1 Ts. 4:7).

El efecto de la **inmundicia** rebelde y voluntariosa de los hombres fue que **deshonraron entre sí sus propios cuerpos**. Cuando los hombres buscan glorificar sus propias costumbres y satisfacer sus cuerpos con la indulgencia vergonzosa en pecados sexuales y de otro tipo, tanto sus **cuerpos** como sus almas son deshonrados. Cuando el hombre procura elevarse a sí mismo para cumplir sus propios fines y conforme a sus propios estándares, lo inevitable es que termine haciendo todo lo contrario. La dirección de la humanidad caída siempre va en descenso, nunca hacia arriba. Entre más se exalta a sí mismo, más se degenera y declina. Entre más se magnifica a sí mismo, más disminuye y queda reducido; entre más se honra a sí mismo, termina siendo más deshonrado.

Ninguna sociedad en la historia ha recibido más atención para el cuidado del cuerpo que el mundo occidental moderno. No obstante, ninguna otra sociedad ha generado mayor degradación del cuerpo humano. Entre más se exalta la vida humana como digna por sí misma, más termina degradándose. La trágica ironía de todo esto es que a la misma sociedad que glorifica el cuerpo no le importa el cuerpo en lo más mínimo; la misma sociedad que exalta al hombre lo ultraja sin

cesar. En el mundo hacen eco las numerosas demandas a favor de los derechos de los hombres, pero en libros, películas y en la televisión se presentan homicidios y muertes violentas como algo normal, y la promiscuidad y la perversión sexual como algo espléndido y alucinante.

Puesto que el humanismo rechaza a Dios, no tiene base alguna para justificar la dignidad del hombre. Por lo tanto, en el nombre del humanismo, la humanidad no hace más que deshumanizarse. Al mismo tiempo que se lamentan por el trato inhumano entre los seres humanos, los hombres caídos se niegan a reconocer que al rechazar a Dios rechazan la única fuente y medida de la dignidad del hombre. Por eso, mientras proclama ruidosamente la grandeza del hombre, la sociedad moderna no pierde ocasión para abusar del hombre en todo sentido. Los miembros de la sociedad se aprovechan los unos de los otros por medio del maltrato sexual, económico, verbal y delictivo. Debido a que rechazan al Dios que los creó y está dispuesto a redimirles: "el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez en su corazón durante su vida" (Ec. 9:3).

Se dice que el conocido fundador de un emporio pornográfico contemporáneo comentó en una ocasión: "El sexo es una función biológica como comer o beber. Así que olvidemos todo el pudor y el recato que existe al respecto, y hagamos todo lo que sintamos ganas de hacer". Esa manera de pensar no es la invención moderna de un mundo sofisticado que "ha llegado a su edad adulta", como puede verse claramente en el hecho de que Pablo confrontó precisamente ese mismo modo de pensar prevaleciente en Corinto hace unos 2.000 años. Un dicho común de aquellos días era "las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas"; el apóstol da a entender que incluso era una frase utilizada por algunos cristianos para justificar la inmoralidad sexual, comparando la necesidad de comer con la indulgencia sexual. Se afirmaba entonces que ambas cosas eran meras funciones biológicas que podían utilizarse de la manera preferida por el individuo. La contestación punzante de Pablo a ese razonamiento pervertido fue: "El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo" (1 Co. 6:13).

Tal como el apóstol prosigue explicando en ese pasaje, la inmoralidad sexual no solamente es un pecado contra el Señor sino que es un pecado contra el propio cuerpo (v. 18). Eso es también lo que quiere mostrar en este pasaje de Romanos. El cuerpo que se entrega a la impureza sexual queda **deshonrado**, degradado, rebajado y envilecido.

Los periódicos abundan con reportajes acerca de golpizas sin sentido cuyo único fin es la diversión pervertida de quienes las infligen. El abuso brutal de esposas y niños se ha convertido en una epidemia. El diario *The Indianapolis Star* informó que los violadores de niños tienen su propia organización nacional llamada *NAMBLA* ("Asociación americana de amor entre el hombre y el niño") que publica una carta de noticias para miembros (Tom Keating, "Molesters Have

Own Organization" [15 de abril de 1981], p. 71). Una de las cosas alarmantes mencionadas en el artículo era que en un seminario importante sobre el tema de prevención de pornografía infantil y otros delitos asociados, un hombre interrumpió el transcurso de las actividades para defender con ordinariez su derecho y el de otros hombres a la indulgencia en tales perversiones. Últimamente la NAMBLA aparece con frecuencia en las noticias debido a que se está expresando más abierta y acremente con respecto a sus actividades.

Ese es el legado dejado por quienes **cambiaron la verdad de Dios por la mentira**. Tras detener y suprimir la verdad de Dios con su injusticia (Ro. 1:18), el hombre rebelde se somete voluntariamente a la falta de verdad, a **la mentira**. La verdad divina básica que el hombre caído detiene es la de la existencia misma de Dios y por lo tanto el derecho que Él tiene a exigir ser honrado y glorificado como Señor soberano (véase vv. 19-21). Las Escrituras se refieren con frecuencia a Dios como la verdad misma, tal como Jesús lo declaró sobre Él mismo (Jn. 14:6). Isaías describió a un pagano que sostenía un ídolo y que estaba tan ciego espiritualmente que ni siquiera podía hacer lo que debía ser una pregunta obvia: "¿No es pura mentira lo que tengo en mi mano derecha?" (Is. 44:20). Por medio de Jeremías, el Señor declaró a Judá por su apostasía: "Te olvidaste de mí y confiaste en la mentira" (Jer. 13:25). Abandonar a Dios es abandonar la verdad y convertirse en esclavo de la falsedad. Rechazar a Dios, el Padre de verdad, es tornarse vulnerable a Satanás, el padre de mentiras (Jn. 8:44).

Trágicamente, como en la iglesia corintia en tiempo de Pablo, muchas personas que invocan el nombre de Cristo en la actualidad han sucumbido ante la visión orientada al egocentrismo que el mundo tiene de la moralidad. Una columnista que da consejos a gente soltera recibió una carta en la que le preguntaban cómo podían los solteros cristianos lidiar con sus deseos sexuales y al mismo tiempo mantener sus creencias cristianas. La columnista se refirió a una mujer que trabajaba con ella y que dirigía retiros para solteros cristianos, quien contestó que tales decisiones debían ser tomadas por cada persona y pareja en particular. Ella dijo que si tener sexo antes del matrimonio podía lastimar su relación o poner en peligro sus sistemas personales de valores, debían abstenerse. En otras circunstancias, "está bien tener sexo en una relación amorosa sin la sanción matrimonial" (Joan Keeler, "The Single Experience", *Glendale News-Press* [13 de agosto de 1981], p. 10).

Cuando los hombres se apartaron de Dios y de su verdad, Pablo continúa diciendo, continuaron sus vidas **honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador**. Como el apóstol acababa de señalar, en su torpe necedad y maldad, terminaron rindiendo culto a imágenes sin vida hechas por ellos mismos: "en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (v. 23).

Quizás por sentirse incapaz de continuar discutiendo cosas tan viles y bajas

sin "subir a la superficie para respirar", por así decirlo, Pablo inserta aquí una doxología judía común acerca del Dios verdadero, el **Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén**. Pablo no pudo resistirse a añadir ese pensamiento refrescante en medio del mar de suciedad y putrefacción que estaba describiendo. Esa palabra de alabanza al Señor también establecía un contraste absoluto que permite ver en toda su dimensión la perversión de la idolatría y todas las demás formas de impiedad.

LA EXPRESIÓN DE LA PECAMINOSIDAD DEL HOMBRE

Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. (1:26-27)

Por esto, declara Pablo (es decir, debido al rechazo del Dios verdadero y su substitución por dioses falsos hechos por el hombre, a causa de adorar a la criatura y no al Creador), **Dios los entregó a pasiones vergonzosas**. Por segunda vez (véase v. 24), el apóstol menciona el abandono de Dios frente a la humanidad pecadora. Él los abandonó no solamente a la idolatría, que es la expresión última de la degeneración espiritual del hombre, sino también **a pasiones vergonzosas**, las cuales identifica en estos dos versículos como homosexualismo, la expresión última de la degeneración moral del hombre.

Para ilustrar las **pasiones vergonzosas** que surgen del corazón humano, Pablo utiliza el homosexualismo, la más **vergonzosa**, repulsiva y degradante de todas las **pasiones**. En su libertad frente a la verdad de Dios, los hombres se volcaron hacia la perversión y hasta la inversión del orden creado. Al fin de cuentas su humanismo resultó en la deshumanización de cada uno de ellos. Perversión es la expresión ilícita y torcida de lo que es natural y dado por Dios. Por otra parte, la homosexualidad va más allá de la perversión y corresponde a una inversión, que es la expresión de lo que no es natural ni dado por Dios. Cuando el hombre abandona al Autor de la naturaleza, es inevitable que abandone también el orden de la naturaleza.

Algunas **mujeres** de tiempos antiguos y a lo largo de la historia **cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza**. Pablo no emplea aquí la palabra *gunē*, el término usual para **mujeres**, sino *thēleia* que significa simplemente hembra. En la mayoría de las culturas las mujeres han tenido mayor vacilación que los hombres para involucrarse en promiscuidad u homosexualismo. Quizás Pablo menciona primero a las **mujeres** porque su práctica del homosexualismo es especialmente chocante y desmoralizadora. Al comentar este versículo, el teólo-

go Charles Hodge escribió: "Pablo se refiere primero a la degradación de la población femenina entre los paganos, porque las mujeres siempre son las últimas en verse afectada por el declive en la moral, y su corrupción es por ende una prueba de que se han perdido todas las virtudes" (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, 1983, reimpresión], p. 42).

La palabra *chrēsis* (**uso**) se usaba comúnmente para aludir al coito, y en este contexto el término solamente hacía referencia a relaciones sexuales íntimas. Incluso las sociedades más paganas han reconocido el hecho obvio y patente de que el homosexualismo es anormal y **contra naturaleza**. También constituye una anormalidad única y exclusiva del hombre.

Y de igual modo también los hombres, dice Pablo, empleando también un término griego que simplemente denota el género, en este caso el masculino. Los términos griegos usuales para referirse a mujeres y hombres, al igual que los términos correspondientes en la mayoría de los idiomas, comunican cierta dignidad implícita, de modo que Pablo se abstuvo de atribuir tan siquiera una dignidad implícita a quienes se degeneran con el homosexualismo.

Esos machos, dice Pablo, **dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres**. Existe un nivel de lujuria ardiente entre los homosexuales que no es necesario describir y que raramente se conoce entre heterosexuales. Los homosexuales de Sodoma estaban consumidos con tanta pasión por su lujuria, que ignorando el hecho de que habían sido enceguecidos, "se fatigaban buscando la puerta" para entrar a la casa de Lot y buscar la satisfacción de sus pasiones abyectas (Gn. 19:11). Esa gente de tiempos antiguos era tan perversa moralmente, que en las Escrituras el nombre *Sodoma* se convirtió en una palabra para aludir a una impiedad inmoral de grandes proporciones, y *sodomía* ha sido a lo largo de la historia un sinónimo de homosexualismo y otras formas de desviación sexual.

En los Estados Unidos y muchos otros países occidentales no es fuera de lo común que los homosexuales tengan 300 compañeros sexuales al año. Incluso cuando las relaciones son simplemente amistosas, llegan a cometerse los actos más viles que se puedan imaginar, y la mutilación es bastante común. En su biografía (*Where Death Delights*, por Marshall Houts [Nueva York: Coward-McCann, 1967]), el doctor Milton Helpern, experto forense de la ciudad de Nueva York, quien no afirma ser cristiano y se abstiene de emitir juicios morales sobre el homosexualismo, de todas maneras comenta que después de haber realizado miles de autopsias, quisiera advertir a cualquier persona que elija llevar un estilo de vida homosexual, que estuviera preparada para las consecuencias: "Cuando vemos ... casos de heridas múltiples y brutales en una sola víctima ... suponemos automáticamente que estamos tratando con una víctima homosexual y un atacante homosexual ... No sé por qué esto es así, pero parece que las explosiones violen-

tas de celos entre los homosexuales exceden en gran medida los celos que un hombre siente por una mujer, o una mujer por un hombre. Los ataques reprimidos y la energía de las relaciones homosexuales son algo que simplemente no se pueden contener. Cuando se llega al punto explosivo, el resultado es brutalmente violento .. Pero este es apenas el patrón "normal" de estos ataques homosexuales, las puñaladas múltiples y las golpizas sin sentido que obviamente continúan mucho después que la víctima ha muerto" (pp. 269-270).

Un forense de San Francisco calculó que con mucha probabilidad el diez por ciento de los homicidios en su ciudad estaban relacionados con la práctica de sexo sadomasoquista entre los homosexuales (cp. Bob Greene, "La sociedad ha soltado demasiado la cuerda", *The Chicago Tribune* [19 de marzo de 1981], sec. 2, p. 1). Sin embargo, a pesar de esas pruebas imparciales y condenatorias, muchas personas, incluyendo un gran número de psicólogos y otros profesionales de las ciencias sociales, insisten en sostener que no existen pruebas científicas de que el homosexualismo sea anormal o dañino para la sociedad. Algunos incluso llegan a afirmar que los intentos para convertir a los homosexuales en heterosexuales son éticamente cuestionables. El gobierno municipal de San Francisco hasta ha llegado al extremo de dictar talleres para enseñar a los homosexuales la manera de evitar lesiones corporales serias al practicar el sadomasoquismo, ¡y esto que por definición, tanto el sadismo como el masoquismo son destructivos! El propósito mismo de tales desviaciones consiste en infligir dolor y hacer daño, con el sadismo en otras personas y en el masoquismo al mismo individuo. Parece que muchos genocidas y asesinos múltiples han sido o siguen siendo homosexuales.

Lo que sí parece salirse de la imaginación, es que muchas denominaciones eclesiásticas en los Estados Unidos y otros lugares, han otorgado la ordenación al ministerio a muchos homosexuales, e incluso han establecido congregaciones especiales para homosexuales. Un grupo perteneciente a una conocida denominación protestante afirma que los homosexuales no son más anormales que las personas que escriben con la mano izquierda. Existe una organización eclesiástica oficial para homosexuales llamada *Dignidad*.

En vez de tratar de ayudar a que sus hijos sean libres de la desviación sexual, muchos padres de homosexuales se han agrupado para defender el estilo de vida de sus hijos y exigir que la sociedad, el gobierno y las iglesias reconozcan y acepten el homosexualismo como algo normal. En muchos casos, las religiones que definen el homosexualismo como un pecado son culpadas por los resultados trágicos que los homosexuales acarrean sobre ellos mismos y sobre sus familiares y amigos. En particular se ha señalado en muchas ocasiones que el culpable de todo esto es el cristianismo evangélico, y se le acusa de perseguir a personas inocentes que no pueden evitar ser como son.

No obstante, en ambos testamentos la Palabra de Dios condena el

homosexualismo en los términos más enérgicos. Bajo el Antiguo Testamento era un pecado que se castigaba con la muerte. Pablo declara en un tono inequívoco, que aunque los homosexuales pueden ser perdonados y limpiados como cualquier otro pecador, ningún homosexual que no se arrepienta entrará al cielo, al igual que ningún fornicario, idólatra, adúltero, afeminado, ladrón, avaro, borracho, maldiciente, y estafador que no se haya arrepentido (1 Co. 6:9-11; cp. Gá. 5:19-21; Ef. 5:3-5; 1 Ti. 1:9-10; Jud. 7).

Todas las personas nacen en pecado, y los individuos tienen tendencias y tentaciones diversas hacia ciertos pecados, pero ninguna persona nace siendo homosexual, así como nadie nace siendo ladrón o asesino. La persona que se convierte en ladrón, asesino, adúltero u homosexual habitual y no arrepentido, lo hace por decisión voluntaria y personal.

Cualquier intento de justificar el homosexualismo es inútil e inicuo, pero tratar de justificarlo con argumentos bíblicos, tal como hacen muchos líderes extraviados de la iglesia, es todavía más inútil e inicuo. Hacer eso es hacer a Dios mentiroso, amar lo que Él aborrece y justificar lo que Él condena.

Dios aborrece tanto el homosexualismo que ha determinado que los actos degradantes y vergonzosos que las mujeres cometen con las mujeres y que los hombres cometen con los hombres, traigan como resultado que ellos estén **recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío**. Esto quiere decir que ellos son juzgados por medio del carácter autodestructivo de su pecado. Las terribles consecuencias físicas del homosexualismo son muestra visible de la justa condenación de Dios. La degradación antinatural tiene su propia recompensa degradante. El SIDA es una prueba sobrecogedora del cumplimiento de esa promesa fatal.

EL ALCANCE DE LA PECAMINOSIDAD DEL HOMBRE

Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no solo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican. (1:28-32)

Debido a que los miembros de la raza humana caída **no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó** también de otra forma, en este caso **a una mente reprobada**. La mente impía es una **mente reprobada** y depravada cuya disposición predeterminada e inevitable es **para hacer cosas que no conviene**.

El significado básico de *adokimos* (**reprobada**) es de una cosa que no resiste la prueba, y el término se aplicaba usualmente a metales que eran rechazados por los refinadores a causa de sus impurezas. Los metales impuros eran descartados, y *adokimos* llegó a transmitir las ideas de falta de valor y utilidad. En relación a Dios, la mente que le rechaza se convierte en una mente rechazada y por lo tanto se torna espiritualmente **reprobada**, totalmente inservible y sin valor. Acerca de los incrédulos, Jeremías escribió: "Plata desechada los llamarán, porque Jehová los desechó" (Jer. 6:30). La mente que no reconoce la dignidad y el valor de Dios, termina perdiendo también todo su valor. Es algo desperdiciado y cegado que lo único que merece es recibir la justa ira de Dios.

Los que tienen una mente pecadora y **reprobada** dicen a Dios: "Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de tus caminos. ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos? ¿Y de qué nos aprovechará que oremos a él?" (Job 21:14-15). Aunque las personas impías piensan que son sabias, son supremamente necias (Ro. 1:22). A pesar de su inteligencia natural y sus nociones sobre el mundo físico, en las cosas de Dios no tienen ni siquiera "el principio de la sabiduría", porque carecen de un temor reverente hacia Él, y no son más que "insensatos [que] desprecian la sabiduría y la enseñanza" (Pr. 1:7; cp. v. 29).

Incluso el pueblo escogido de Dios, los judíos, cayeron en esa clase de necedad cada vez que rechazaban o pasaban por alto la revelación y las bendiciones que Él había hecho llover sobre ellos de una forma tan especial y abundante. "Porque mi pueblo es necio, no me conocieron; son hijos ignorantes y no son entendidos; sabios para hacer el mal, pero hacer el bien no supieron" (Jer. 4:22; cp. 9:6). Quienes rechazan al Dios verdadero son completamente vulnerables al "dios de este siglo, [quien] cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2 Co. 4:4).

El catálogo de pecados que Pablo procede a mencionar en Romanos 1:29-31 no es exhaustivo, pero sí es representativo de la cantidad prácticamente interminable de vicios con que están **atestados** los hombres naturales.

Toda injusticia y **perversidad** son sinónimos generales que abarcan todo el rango de pecados particulares que siguen en la lista. Algunas versiones como la Reina-Valera incluyen la palabra *fornicación* entre estos dos primeros términos, pero esa palabra no se encuentra en los mejores manuscritos griegos. Sin embargo, la idea no es ajena al contexto, porque la fornicación es condenada universalmente en las Escrituras y es incluida frecuentemente por Pablo en otras listas de vicios (véase 1 Co. 6:9; Gá. 5:19; Col. 3:5). La fornicación se incluye implícitamente en el pecado de inmundicia que ya ha sido mencionado en este pasaje (1:24).

Básicamente, los pecados que se mencionan en el resto de la lista son bastan-

te evidentes y no requieren mayor explicación: **avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia**. El término griego que se traduce **desleales**, significa literalmente romper un pacto, como lo reflejan algunas traducciones. **Sin afecto natural** se refiere especialmente a lo que da lugar a relaciones familiares antinaturales, como es el caso de un padre que abandona a un hijo pequeño o un hijo adulto que abandona a sus padres ancianos.

Reiterando el hecho de que los hombres impíos y rebeldes no tienen excusa, Pablo declara que ellos han **entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte**. El apóstol ya ha establecido el hecho de que, desde la creación del mundo, Dios se ha dado a conocer a todo ser humano (vv. 19-21). Las personas no reconocen a Dios porque *no quieren* reconocerle, porque en un acto de su voluntad, "detienen con injusticia la verdad" (v. 18). "Esta es la condenación", dijo Jesús: "que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas" (Jn. 3:19-20).

Bien sea que lo reconozcan o no, aun los que nunca han sido expuestos a la revelación de la Palabra de Dios tienen un conocimiento instintivo de su existencia y de sus estándares básicos de justicia. Pablo dice acerca de los gentiles que no tienen revelación de la ley, que ellos "son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos" (Ro. 2:14-15).

En la mayoría de las sociedades del mundo, aun en las que se consideran incivilizadas, la mayoría de los pecados que Pablo incluye en la lista son considerados como conductas erróneas, y muchos son tratados como delitos. Los hombres tienen un conocimiento intrínseco de que cosas tales como la avaricia, la envidia, los homicidios, los engaños, la arrogancia, la desobediencia y la inclemencia, son malas.

Al tocar fondo en el abismo absoluto de la maldad, Pablo dice que quienes participan activamente en estas maldades **no solo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican**. Justificar el propio pecado personal es bastante malo, pero aprobarlo y alentar a otros a pecar es inmensurablemente peor. Incluso en las mejores sociedades han existido personas que hacen un despliegue público de sus maldades y perversiones; pero una sociedad que condona y defiende abiertamente males tales como la promiscuidad sexual, el homosexualismo y todo lo demás, ha descendido al nivel más profundo de corrupción. Muchas de las sociedades más avanzadas de nuestro tiempo se encuentran en esa categoría. En ellas se elogian cándidamente a las celebridades

promiscuas sexualmente y se defienden con vehemencia los derechos de los homosexuales. Estos actos de pecado están en contradicción directa a la voluntad revelada de Dios.

En África existe cierta especie de hormigas que construye sus nidos en profundos túneles subterráneos donde viven las crías y la reina. Aunque se encuentren a grandes distancias del nido buscando alimento, las hormigas obreras de esa especie son capaces de percibir cuando la reina está siendo afectada, se tornan extremadamente nerviosas y pierden la coordinación. Si la reina es atacada y muere, caen víctimas del frenesí y se mueven rápidamente y sin dirección de un lado al otro, hasta que finalmente mueren.

Qué mejor ilustración podría haber de la condición del hombre caído. Aun en medio de su rechazo y rebelión pecaminosas, no puede funcionar correctamente cuando está apartado de Dios, y su único destino es la muerte.

Visite:

www.dcristo.net

(Comunidad 100% Cristiana)

Principios del juicio de Dios—parte 1

10

Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo. Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad. ¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios? ¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, (2:1-5)

Después de leer la solemne condenación de Pablo contra quienes han abandonado a Dios y se han hundido en los pecados execrables mencionados en 1:29-31, naturalmente que uno se pregunta cómo es que Dios trata a la persona más recta, moral y religiosa, la cual tiene cierto discernimiento del bien y del mal y lleva una vida externamente virtuosa.

Muchas personas éticamente correctas estarían más que dispuestas a unirse a Pablo en su evaluación de la gente flagrantemente inmoral que acaba de describir. Es obvio que ellos merecen recibir el juicio de Dios. A través de la historia muchos individuos y sociedades paganas han mantenido altos estándares de conducta. Como F. F. Bruce lo señala, el filósofo romano Séneca, un contemporáneo de Pablo,

> bien pudo haber escuchado la inculpación de Pablo y haber dicho: "Sí, eso es perfectamente cierto de las grandes masas de seres humanos, y concuerdo con el juicio emitido por usted sobre ellos; pero hay otros, por supuesto, entre los cuales me incluyo, quienes deploran estas tendencias tanto como usted lo hace".

> Pablo imagina a alguien interviniendo en términos parecidos a éstos, y procede en seguida a dirigirse al supuesto contradictor ... ¡Cuán apropiada habría sido esta contestación para un hombre como Séneca! Porque Séneca podía escribir con tanta efectividad sobre las virtudes de la vida buena, que los escritores cristianos posteriores eran propensos a llamarle "Séneca, uno de los nuestros". Él no solamente exaltó los grandes valores morales, también expuso la hipocresía, predicó la igualdad de todos los hombres, reconoció el carácter difundido del mal, ... practicó e inculcó el autoexamen diario de la conciencia, ridiculizó la idolatría vulgar, asumió el papel de un guía moral. Pero con excesiva frecuencia toleró en su propia vida algunos vicios que no eran muy diferentes a los que condenaba en otros, siendo el ejemplo más flagrante de ello su taimada connivencia en el asesinato de Agripina a manos de su hijo Nerón. (*Romans* [Londres: Tyndale, 1967], pp. 86, 87)

La mayoría de los judíos en el tiempo de Pablo creían en la idea de que hacer ciertas obras morales y religiosas producía justicia. Específicamente, podían ganarse el favor especial de Dios y por ende la vida eterna, guardando la ley mosaica y las tradiciones de los rabinos. Incluso muchos creían que si fracasaban en el esfuerzo por las obras, podrían perderse alguna recompensa en la tierra pero de todas maneras quedaban exentos del juicio de Dios, simplemente por el hecho de que eran judíos, miembros del pueblo escogido de Dios. Ellos tenían el firme convencimiento de que Dios juzgaría y condenaría a los gentiles paganos debido a su idolatría e inmoralidad, pero que ningún judío experimentaría jamás tal condenación. Les encantaba repetir una y otra vez dichos tales como: "De todas las naciones, Dios ama a Israel solamente", y "Dios juzgará a los gentiles con una vara de medición, y a los judíos con otra". Algunos enseñaban que Abraham se sentaba afuera de las puertas del infierno para impedir que entrara allí hasta el judío más malvado de todos.

En su *Diálogo con Trifón*, el cristiano Justino Mártir del siglo segundo informa que su oponente judío dijo: "Los que son la simiente de Abraham según la carne, tendrán parte en el reino eterno de todas maneras, incluso si son pecadores, incrédulos y desobedientes hacia Dios".

Aún los individuos no regenerados tienen el conocimiento básico sobre el bien y el mal incorporado en su interior y por ende en la sociedad. En consecuencia, muchas personas hoy día reconocen y procuran mantener los estándares de las Escrituras, y hasta profesan ser cristianas. Sin embargo, al igual que Séneca, puesto que no son verdaderos creyentes en Dios, carecen de los recursos espirituales para mantener esa moralidad divina en sus vidas y son incapaces de supeditar su pecaminosidad. Depositan su confianza en el bautismo que recibieron, en el hecho de ser miembros de una iglesia o de haber nacido en una familia cristiana, en los sacramentos, en los estándares éticos altos, en la ortodoxia doctrinal o en cualquier otra cantidad de ideas, relaciones o ceremonias exter-

nas, a fin de garantizar su seguridad espiritual y hasta la eterna.

No obstante, nadie puede entender ni apropiarse de la salvación aparte de reconocer que es culpable delante de Dios y que está condenado, totalmente incapaz de alcanzar por sí mismo el estándar de justicia de Dios; y ninguna persona es la excepción a esta regla. La persona moral por fuera que es amigable y caritativa pero que se satisface con ello a sí misma, es en realidad más difícil de alcanzar con el evangelio que la persona reprobada que ha tocado fondo, reconocido su pecado y abandonado toda esperanza. Por lo tanto, después de mostrar al pagano inmoral su perdición total aparte de Cristo, Pablo procede con gran ímpetu y claridad a mostrarle al moralista, que ante Dios es igualmente culpable y también está bajo condenación.

Al hacer esto, presenta seis principios por los cuales Dios juzga a los hombres pecadores: conocimiento (v. 1), verdad (vv. 2-3), culpa (vv. 4-5), obras (vv. 6-10), imparcialidad (vv. 11-15), y motivo (v. 16).

CONOCIMIENTO

Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo. (2:1)

Por lo cual se refiere a lo que Pablo acabó de decir en la segunda mitad del capítulo 1, y específicamente a la declaración introductoria: "Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó" (vv. 18-20).

Dirigiéndose al representante del otro grupo compuesto por personas morales, el apóstol dice: **eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas**. Como queda claro en el versículo 17, él estaba hablando principalmente a los judíos, quienes se caracterizaban por juzgar a los gentiles, al considerarlos como inferiores espiritualmente y por fuera del alcance y el interés de la misericordia y el cuidado de Dios. La expresión **quienquiera que seas** también abarca a todos los moralistas, incluyendo a los cristianos de profesión quienes creen que están eximidos del juicio de Dios porque no se han hundido en los extremos inmorales y paganos que Pablo acaba de mencionar.

El argumento inicial de Pablo es sencillo: **en lo que juzgas a otro**, señala el apóstol, **te condenas a ti mismo**, porque es obvio que tienes un criterio por el cual juzgar, lo cual significa que conoces la verdad acerca de lo que es bueno y malo delante de Dios. Aún los gentiles conocen la verdad básica del "eterno poder y deidad" de Dios a través de la revelación natural (1:20). También cuentan con un sentido de lo bueno y lo malo en sus conciencias (2:15). El judío, en

comparación, no solamente tenía a disposición esos dos medios para conocer la verdad de Dios sino que también tenía la gran ventaja de haber recibido la revelación especial de Dios a través de las Escrituras (3:2; 9:4). No solo eso, sino que además casi todos los judíos del tiempo de Pablo habrían conocido algo acerca de Jesucristo y sus enseñanzas y afirmaciones, así no hubieran estado dispuestos a creer que Él fuera el Mesías prometido. Tal conocimiento los hacía aún más inexcusables, por cuanto su mayor conocimiento de la verdad de Dios los hacía más responsables del uso que le dieran (véase He. 10:26-29).

Pablo estaba diciendo que si hay paganos que relativamente hablando no han recibido la luz divina y no obstante conocen verdades básicas acerca de Dios y se dan cuenta de que merecen su castigo (1:19-20, 32), ¿cuánto más debían hacer esto los judíos? El mismo principio se aplica a los cristianos, tanto nominales como verdaderos. Debido a que ellos tienen un conocimiento mayor de la verdad de Dios, son más responsables por él y más inexcusables cuando en su justicia propia juzgan a otros por medio de él. Santiago dio una advertencia especial a quienes aspiran a ser maestros cristianos, recordándoles que debido a su mayor conocimiento de la verdad de Dios, serán juzgados más estrictamente por Él (Stg. 3:1). El hecho es que los moralistas que condenan el pecado de los demás están llenos de sus propias iniquidades, las cuales deben ser juzgadas por ese mismo criterio.

Pero no se trataba solamente de establecer que quienes juzgan a los demás están equivocados cuando tratan de evaluar su estatura moral, sino que también están equivocados en la evaluación que hacen de su *propia* estatura moral. **Tú que juzgas haces lo mismo**, Pablo insiste. Los justos en su propia opinión cometen dos errores graves: subestiman la altura del criterio de justicia de Dios, el cual abarca tanto la vida interna como la externa (el tema del sermón del monte), y también subestiman la profundidad de su propio pecado. Es una tentación universal exagerar las faltas de los demás al mismo tiempo que se minimizan las propias, fijarse en la pequeña paja en el ojo de otra persona y pasar por alto la viga que hay en el ojo de uno (véase Mt. 7:1-3).

Muchos judíos santurrones y ciegos que leyeron estas palabras de Pablo seguramente llegaron a la conclusión de lo que él estaba diciendo no se aplicaba a ellos. Al igual que el líder joven y rico (Lc. 18:21), estaban convencidos de haber hecho un trabajo satisfactorio guardando los mandamientos de Dios (cp. Mt. 15:1-3). Era ese espíritu de justicia egocéntrica lo que Jesús impugnó repetidamente en el sermón del monte. Tras declarar: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos", aseveró que la persona que se enoja o insulta a su hermano es tan merecedora de castigo como el homicida, y que la persona que tiene lujuria es culpable de adulterio o fornicación, tanto como lo es la persona que comete físicamente esos actos inmorales (Mt. 5:20-22, 27-28). Muchos hombres judíos trataban de legalizar su

adulterio divorciándose formalmente de sus esposas y casándose después con la mujer de su preferencia. Puesto que el divorcio se había convertido en algo tan fácil y corriente, algunos hombres se divorciaban y volvían a casar en repetidas ocasiones; pero Jesús advirtió: "Yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio" (v. 32). Si alguno tiene conocimiento suficiente para juzgar a otros, entonces es condenado por él mismo, ya que también tiene lo suficiente para juzgar su propia condición a la luz de la verdad.

VERDAD

Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad. ¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios? (2:2-3)

Sabemos es la traducción de *oida*, que transmite la idea de consciencia de lo que es obvio y conocido por todos. Como Pablo ya ha señalado, aún los gentiles paganos reconocen "que los que practican tales cosas [los pecados listados en 1:29-31] son dignos de muerte" (v. 32). Entonces es seguro que los judíos, quienes gozan de mayor iluminación espiritual, conocen la realidad del **juicio de Dios contra los que practican tales cosas**.

Todo lo que Dios hace es por naturaleza recto y conforme a la verdad. Pablo declara: "sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso" (Ro. 3:4), y "¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera" (9:14). Dios es incapaz de hacer algo que no sea correcto o decir algo que no sea verdad. David declaró que el Señor se ha "sentado en el trono juzgando con justicia ... Él juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud" (Sal. 9:4, 8). Otro salmista dijo con regocijo que Dios "juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad" (Sal. 96:13; cp. 145:17; cp. también Is. 45:19). Siempre hay distorsiones en la percepción humana, pero nunca en la de Dios.

Los hombres están tan acostumbrados a las bendiciones y la misericordia de Dios, que ya las dan por sentado sin darse cuenta de que reciben esas cosas debido únicamente a la longanimidad y la gracia de Dios. Él sería perfectamente justo si destruyera a cualquier persona o a todas las personas. La naturaleza humana por su parte, se dedica a hacer negocios con la gracia de Dios, creyendo que todas las cosas van a salir bien al fin de cuentas porque Dios es demasiado bueno y misericordioso como para enviar a cualquier persona al infierno. Como alguien ha observado con gran astucia: "Hay una especie de vocecita dentro de cada persona que se encarga de convencerla constantemente de que al final todo va a estar bien". Esa pequeña voz habla en representación de la naturaleza caída de una persona, la cual procura constantemente justificarse a sí misma.

Pablo advierte con severidad en contra de esa falsa confianza. Aunque él era consciente de no tener un pecado específico no confesado en su propia vida, hasta él mismo sabía que le era imposible fiarse de su juicio humano imperfecto, ya que declaró: "No por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor" (1 Co. 4:3-4). Él sabía que el discernimiento de toda persona está distorsionado y que nadie puede guardar la esperanza de poder hacer una evaluación adecuada, ni siquiera de su propia salud espiritual, mucho menos la de otra persona. "Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios" (v. 5).

El juicio del hombre nunca concuerda por completo con la verdad, porque él nunca conoce la verdad completa. Cuando el moralista orgulloso juzga y condena a otros, al tiempo que piensa de sí mismo como alguien aceptable para Dios, es únicamente porque está juzgando desde su propia perspectiva distorsionada y pervertida, la cual la naturaleza humana siempre manipula y retuerce para ventaja propia. Pero la perspectiva y el juicio de Dios son siempre perfectos. Por esta razón el escritor de Hebreos advierte: "No hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (He. 4:13). Cada pecado que cada individuo ha cometido en toda su vida, irradia ante Dios sobre una pantalla que tiene el mismo tamaño de la vida, por así decirlo, ya que desde su punto de vista no puede perderse ni un solo detalle.

La esperanza secreta del hipócrita es que de alguna manera Dios le juzgue conforme a un criterio más bajo que el de la verdad y la justicia perfectas. Él conoce lo suficiente como para reconocer la maldad de su propio corazón, pero espera en vano que Dios le juzgue de la misma forma superficial como ha sido juzgado por otros y por él mismo. Trata de jugar una especie de charada religiosa, deseando ser juzgado por su apariencia y no conforme a su verdadero carácter; y debido a que la mayoría de los hombres le aceptan por lo que aparenta ser, supone como la mayoría de los hipócritas que Dios hará lo mismo. No obstante, como podemos ver en la precaución que Dios le dijo a Samuel que tuviera: "No mires a su parecer [el de Eliab], ni a lo grande de su estatura ... porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 S. 16:7).

¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios? *Logizomai* (**piensas**) es un verbo que implica el concepto de calcular o suponer, y está relacionado con el término *lógica*. El moralista hace estimaciones falsas de su propia pecaminosidad y culpa.

Donald Grey Barnhouse ofrece una paráfrasis contemporánea e impetuosa de este versículo: "Oye tú, tonto, ¿en realidad has hecho los cálculos para ubicarte en un ángulo que te permita llevarle la contraria a Dios y salirte con las tuyas?

Ni siquiera tienes un ápice de probabilidad para lograrlo". El doctor Barnhouse continúa con este comentario: "No hay escape alguno. ¿Lo entiendes? Ningún escape, jamás; y esto tiene que ver contigo, esa persona respetable que se sienta a emitir juicio sobre otra criatura semejante y que queda ella misma sin arrepentirse" (*Expositions of Bible Doctrines*, vol. 2, *God's Wrath* [Grand Rapids: Eerdmans, 1953], p. 18).

El **hombre** hipócrita y justo en su propia opinión que **juzga a los que tal hacen**, aquellas cosas que él mismo practica, no hace más que atraer mayor juicio sobre sí mismo. Dios no le juzga solamente por esas prácticas malignas, sino también por su hipocresía reflejada en el juicio de otros basado en su propia justicia. Tales personas son "semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia" (Mt. 23:27). Pablo le está diciendo: "Eres necio y te engañas a ti mismo si piensas **que tú escaparás del juicio de Dios**".

Si un hombre no puede escapar de su propio juicio, ¿cómo puede escapar del juicio divino? Si estamos constreñidos a condenarnos a nosotros mismos, ¿cuánto más habrá de condenarnos el Dios de santidad infinita?

Haciendo una comparación entre los israelitas de la antigüedad (quienes escucharon a Dios hablar por medio de Moisés desde el monte Sinaí) y los que escuchan el evangelio de Cristo (que proviene del cielo), el escritor de Hebreos declara:

> *Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon los que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos. La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconmovibles. Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor. (He. 12:25-29).*

Puesto que los israelitas rehusaron escuchar a Dios cuando les habló en la tierra en relación a su ley, esa generación pereció en el desierto. ¿Cuánto más responsables, entonces, serán los que desatiendan el mensaje infinitamente mayor del evangelio? "Si la palabra dicha por medio de los ángeles", esto es, la ley mosaica (véase Hch. 7:53), "fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande" como la ofrecida por el propio Hijo de Dios, Jesucristo (He. 2:2-3)?

La única manera como cualquier persona, sin importar cuán moral y religiosa sea exteriormente, pueda escapar del juicio de Dios, es recibir a Jesucristo como Señor y Salvador, recibiendo por fe la provisión que Él hizo en la cruz al pagar con su sangre el castigo que todos nosotros merecemos.

Se cuenta que las tribus nómadas trasegaron por el antiguo territorio de lo que hoy es Rusia, de una manera muy similar a como lo hicieron las tribus nativas del continente norteamericano. La tribu que controlaba los mejores campos de caza y recursos naturales era dirigida por un jefe de fuerza y sabiduría excepcionales. Él no gobernaba debido solamente a su fortaleza física superior o a su imparcialidad y probidad sin tacha. Cuando se dio una racha de robos en la tribu. Él anunció que si el ladrón era atrapado debía castigarse con diez latigazos propinados por el verdugo de la tribu. A medida que continuaban los robos, él aumentó progresivamente la cantidad de latigazos hasta llegar a cuarenta, un castigo que todos en la tribu sabían que él era el único capaz de soportar. Para horror de todos, el ladrón resultó ser la anciana madre del jefe, y de inmediato se empezó a especular en torno a si él en realidad la sentenciaría al castigo anunciado. ¿Estaría él dispuesto a satisfacer su amor excusándola, o a satisfacer su ley sentenciándola a un castigo que sin duda significaba su muerte? Siendo fiel y verdadero a su integridad, el jefe sentenció a su madre a recibir los cuarenta latigazos; pero también siendo fiel y verdadero a su amor por su madre, justo antes de que el látigo cayera sobre su espalda, él cubrió su frágil cuerpo con el suyo propio, recibiendo en él mismo el castigo que había ordenado para ella.

De una manera infinitamente mayor, Cristo tomó sobre sí el castigo de todos los hombres.

CULPA

¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, (2:4-5)

Aquí el Espíritu Santo por medio de Pablo, afirma que Dios juzga sobre la base de la verdadera culpa de una persona, una culpa que es común a todo ser humano, incluyendo a personas tales como los judíos antiguos, quienes se consideraban a sí mismos eximidos de juicio a causa de su alta estatura moral, su afiliación religiosa o cualquier otra razón externa.

El apóstol primero advierte a sus lectores que no **menosprecien las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad**. El famoso comentarista Mathew Henry escribió: "Hay en todo pecado voluntario cometido a sabiendas, un me-

nosprecio de la bondad de Dios". Todo pecado intencional **menosprecia** y hace alarde a costa de la **benignidad, paciencia y longanimidad** de Dios.

Menosprecias es la traducción de *kataphroneō*, que significa literalmente "mirar hacia abajo", con una actitud de superioridad o pensando con ligereza y desaire acerca de algo o alguien, lo cual implica subestimar su valor verdadero. Por lo tanto, esta palabra tenía muchas veces la connotación de desconsiderar y de despreciar.

Por medio del profeta Oseas, Dios proclamó su gran amor por su pueblo, diciendo: "Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo ... Yo con todo eso enseñaba a andar al mismo Efraín, tomándole de los brazos ... Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida" (Os. 11:1, 3-4). Por otro lado: "mi pueblo está adherido a la rebelión contra mí", se lamentaba el Señor; "aunque me llaman el Altísimo, ninguno absolutamente me quiere enaltecer" (v. 7). Parece que entre más gracia mostraba Dios a Israel, mayor era el engreimiento de su pueblo o el desaire que hacían a su gracia.

Sin excepción, toda persona que ha vivido en este planeta ha experimentado de muchas maneras la **benignidad, paciencia y longanimidad** de Dios. Cada bocanada de aire que entra a los pulmones de una persona y cada bocado de alimento que introduce en su boca tiene su origen en la bondadosa y generosa provisión de Dios. Él es la única fuente de cosas buenas, y por ende todo lo bueno y valedero que una persona tiene procede directamente de la mano del Dios de gracia.

Esa misma **benignidad** de Dios se refleja en sus hijos y forma parte del fruto integral del Espíritu que los creyentes deben manifestar en sus vidas (Gá. 5:22). **Longanimidad** viene de la palabra griega *anochē*, que significa "contener", haciendo referencia al juicio. Se empleaba en ciertas ocasiones para designar una tregua, la cual implica el cese de hostilidades entre partes en conflicto. La **longanimidad** de Dios con la humanidad es una especie de tregua divina temporal que Él ha proclamado en su gracia. **Paciencia** es la traducción de *makrothumia*, que en algunas ocasiones se usaba para referirse a un gobernante poderoso quien se abstenía voluntariamente de vengarse de un enemigo o de aplicarle un castigo a algún delincuente.

Hasta el momento inevitable del juicio, la **benignidad, paciencia y longanimidad** de Dios se extienden a toda la humanidad, porque Él no quiere que "ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9). **Benignidad** se refiere a los beneficios que Dios da, **paciencia** se refiere al juicio que retrasa, y **longanimidad** a la duración de ambas cosas. Durante largos períodos de tiempo el Señor es benigno y longánimo. Esa es la gracia o providencia común de Dios que Él derrama sobre toda la humanidad caída.

Los salmistas se regocijaban porque "de la misericordia de Jehová está llena la

tierra" (Sal. 33:5), porque "la misericordia de Dios es continua" (52:1), a causa de "sus maravillas para con los hijos de los hombres" (107:8), por lo cual podemos decir a Dios: "Bueno eres tú, y bienhechor" (119:68), y proclamar que "Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras" (145:9).

Lo extraño de todo esto es que la mayoría de las personas no perciben a Dios como un ser totalmente bueno. En lugar de reconocer la gracia de su provisión, paciencia y misericordia, le acusan de ser insensible y falto de amor por permitir que ocurran ciertas cosas. "¿Cómo pudo Dios permitir que ese pequeño infante muriera?", preguntan, o "¿Por qué Dios permite que esa persona buena padezca dolor y mala salud, y deja que un maleante disfrute de salud y riqueza?" Esas personas juzgan a Dios desde una perspectiva humana incompleta y distorsionada, porque no reconocen que si no fuera por la bondad y paciencia del Dios de gracia, *ningún* ser humano estaría con vida. Es únicamente su gracia lo que permite que cualquier persona retenga su aliento de vida (Job 12:10).

Antes de que Dios destruyera el mundo con el diluvio, Él esperó 120 años para que los hombres se arrepintieran mientras Noé estaba construyendo el arca y llamándolos al arrepentimiento mediante su ministerio de proclamación como pregonero de justicia (2 P. 2:5). A pesar de sus muchas advertencias y la continua rebelión de Israel, el Señor esperó unos 800 años antes de enviar su pueblo al cautiverio.

En lugar de preguntar por qué Dios permite que le sucedan cosas malas a personas aparentemente buenas, deberíamos preguntar por qué permite que sucedan cosas aparentemente buenas a gente obviamente mala. Podríamos preguntar por qué *no* destruye a muchas otras personas por sus pecados, incluyendo a cristianos como ocurrió en el caso de Ananías y Safira (Hch. 5:1-10). Nos deberíamos preguntar por qué Dios no hace que la tierra se trague a la cristiandad apóstata como lo hizo con Coré y sus seguidores a causa de su rebeldía (Nm. 16:25-32). La razón es que Dios "soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, ... para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria" (Ro. 9:22-23).

El propósito de **su benignidad** no es excusar a los hombres de su pecado sino convencerlos de él y conducirlos **al arrepentimiento**. *Metanoia* (**arrepentimiento**) tiene el significado básico de cambiar la mente de una persona para que tenga una idea diferente sobre alguna cosa. En el campo moral y espiritual se refiere a cambiar de perspectiva frente al pecado, pasando de amarlo a renunciar a él, dejar de practicarlo y volverse a Dios para obtener su perdón (1 Ts. 1:9).

La persona que debido a su **dureza y** a su **corazón no arrepentido** se ufana de la benignidad, paciencia y longanimidad de Dios, no hace más que **atesorar** para sí misma **ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios.**

Dureza es la traducción de *sklērotēs*, que se refiere literalmente a callosidad y endurecimiento, y es la palabra de la que se obtiene el término médico *esclerosis*. La arteriosclerosis tiene que ver con un endurecimiento físico de las arterias que representa una imagen adecuada de la condición espiritual de los corazones que se han vuelto insensibles e incapaces de responder a Dios. No obstante, la condición espiritual es peor que la física, más allá de lo que puede medirse. El endurecimiento de las arterias puede llevar una persona a la tumba, pero el endurecimiento de su corazón espiritual le llevará al infierno.

Las Escrituras están repletas de advertencias acerca de la dureza espiritual, una aflicción que el Israel antiguo sufrió de forma casi permanente. A través de Ezequiel, Dios prometió a su pueblo que un día "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne" (Ez. 36:26). Jesús recordó a sus oyentes judíos que "por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres" (Mt. 19:8). Cuando los líderes judíos legalistas y justos en su propia opinión estaban esperando a que Jesús sanara en el día de reposo para que les diera una excusa que les permitiera acusarle de quebrantar la ley, Él se quedó "mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones" (Mr. 3:5; cp. 6:52; 8:17; Jn. 12:40). Citando el Antiguo Testamento en cada instancia, el escritor de Hebreos advierte en tres ocasiones acerca de no endurecer el corazón contra Dios (He. 3:8, 15; 4:7).

Rehusar con obstinación y sin arrepentimiento el perdón del pecado que Dios ofrece en su gracia por medio de Jesucristo, es el peor de todos los pecados. Hacer eso equivale a amplificar la culpa individual por rechazar la bondad de Dios presumiendo de su benignidad, abusando de su misericordia, ignorando su gracia, y desairando su amor. La persona que hace eso incrementa la severidad de la **ira** de Dios sobre ella en **el día ... del justo juicio de Dios**. Cuando la bondad de Dios se toma ligeramente de manera persistente, el resultado es un **juicio** seguro y proporcional.

El día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios se refiere sin duda al juicio ante el gran trono blanco, en el cual los malvados de todos los tiempos y de todos los lugares serán lanzados al lago de fuego, donde se unirán a Satanás y todos sus demás seguidores del mal (Ap. 20:10-15).

Heine, el filósofo alemán, declaró jactanciosamente: "Dios tiene que perdonar; después de todo, ése es su oficio". Muchas personas comparten esa presunción, así no la expresen en términos tan temerarios. Se apropian de todas las cosas buenas de Dios que puedan, y continúan pecando con la idea de que Él tiene la obligación de pasar por alto su pecado.

El hombre moderno mira con desaprobación el Antiguo Testamento porque le resulta imposible explicar, desde su perspectiva puramente humana, los actos aparentemente brutales y caprichosos por parte de Dios que están consignados

allí. Haciendo un comentario sobre el lanzamiento de la *New English Bible* unos cuantos años atrás, Lord Platt escribió al *Times* de Londres (3 de marzo de 1970): "Quizás ahora que se encuentra en un lenguaje que todos pueden entender, el Antiguo Testamento será visto como lo que es, una crónica obscena de la crueldad del hombre contra el hombre, o tal vez peor, su crueldad contra la mujer, al igual que el egoísmo y la codicia del hombre avaladas por la apelación a su dios; al fin podrá verse que es la más grande historia de horror que se haya producido jamás. Todos debemos esperar que al fin sea proscrita como algo totalmente inadecuado para la instrucción ética de los niños en edad escolar".

El estudio superficial del Antiguo Testamento parece confirmar ese sentimiento. ¿Por qué razón, preguntan muchas personas, destruyó Dios el mundo entero con el diluvio, a excepción de ocho personas? ¿Por qué Dios convirtió a la esposa de Lot en una estatua de sal, por la simple razón de haberse dado la vuelta para ver la destrucción de Sodoma? ¿Por qué ordenó a Abraham sacrificar a su hijo Isaac? ¿Por qué endureció el corazón de Faraón y después lo castigó por su endurecimiento matando a todos los primogénitos de Egipto? ¿Por qué Dios prescribió en la ley mosaica la pena de muerte para unas treinta y cinco ofensas diferentes? ¿Por qué mandó a su pueblo escogido erradicar por completo a los habitantes de Canaán? ¿Por qué Dios envió dos osos que mataron a cuarenta y dos muchachos por burlarse del profeta Eliseo? ¿Por qué aniquiló instantáneamente a Uza por tratar de impedir que el arca del pacto cayera al piso, mientras que al mismo tiempo permitió que muchos israelitas inmorales e idólatras siguieran con vida? ¿Por qué Dios envió fuego que consumió a los dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, por hacer un sacrificio incorrecto, al mismo tiempo que permitió llegar a viejos a muchos otros sacerdotes que no tenían temor de Él? ¿Por qué no tomó la vida de David por cometer homicidio y adulterio cuando ambas ofensas merecían la pena capital bajo la ley?

Nos preguntamos acerca de cosas como éstas, únicamente si estamos comparando la justicia de Dios con su misericordia y no con su ley. El Antiguo Testamento debe entenderse desde la perspectiva de la creación. Dios declaró a Adán: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17). Por lo tanto, desde el principio mismo *todo* pecado era una ofensa capital.

Dios en un acto de soberanía creó al hombre a su propia imagen. Él creó al hombre para glorificarse a sí mismo y para irradiar su imagen y hacer manifiesto su carácter. Cuando el hombre se reveló al creer más en la palabra de Satanás que en la de Dios, Él estaba en todo su derecho de quitarle la vida al hombre. El hombre es una criatura de Dios que no se creó a sí misma ni puede autopreservarse. Todo lo que tiene es debido a la provisión de gracia de Dios.

Aunque según la justicia ellos merecían morir por comer del fruto prohibido,

Adán y Eva experimentaron en lugar de eso la misericordia de Dios, y en ese momento quedó activado el plan de salvación, porque se hizo necesario que alguien recibiera el castigo de muerte que Adán y Eva merecían así como lo merecen todos los pecadores que les siguieron. A la luz de esa provisión es claro que demandar la pena de muerte por tan solo unas treinta y cinco transgresiones como se estipula en la ley mosaica, no era un castigo cruel o inusual sino una reducción sorprendente en la severidad del juicio de Dios.

En comparación al criterio original de la creación, el Antiguo Testamento está lleno de la paciencia y la misericordia de Dios hacia los gentiles así como para con su pueblo escogido: Israel. Aún en el caso de las ofensas capitales especificadas, Dios en muchas ocasiones no exigió el cumplimiento estricto de la ley. Cuando el adulterio se convirtió en una práctica común en Israel, en lugar de exigir que todo adúltero fuera sometido a muerte, Dios permitió el divorcio como una alternativa de gracia (Dt. 24:1-4). Hasta una lectura superficial del Antiguo Testamento revela claramente que Dios indultó a más pecadores de los que castigó en vida (personas como David). Periódicamente, Dios tomaba la vida de alguna persona de una forma dramática, con el propósito de recordar a los hombres qué es lo que en realidad se merecen todos los pecadores. Tales incidentes parecen caprichosos porque no tenían una relación clara con ciertos pecados o grados de pecaminosidad, pero sí mostraban a manera de ejemplo, lo que merecen todos los pecados y los grados de pecaminosidad.

Incluso bajo el antiguo pacto, el pueblo de Dios se acostumbró tanto a la gracia de Dios que llegaron a darla por sentado; se acostumbraron tanto a no ser castigados en la forma que merecían, que llegaron a pensar que estaban eximidos de todo castigo en absoluto. De una manera muy similar, los cristianos algunas veces se ofenden cuando Dios no es tan benévolo como creen que debería ser, y se escandalizan con la idea de que Él en realidad los esté castigando por su pecado.

Si Dios no ejerciera ocasionalmente la aplicación del juicio merecido a cambio de sus misericordias inmerecidas, es difícil imaginar cuánto más trataríamos de sacar ventaja de su bondad y abusar de su gracia. Si Él no diera recordatorios constantes de las consecuencias del pecado, nosotros seguiríamos viviendo ufanamente con las dispensaciones de su gracia. Pablo recordó esto gravemente a los creyentes corintios.

> *Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual;... porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo. Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos*

cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. (1 Co. 10:1-11)

Cada día que vivamos, deberíamos dar gracias al Señor por ser tan paciente y misericordioso con nosotros, pasando por alto los muchos pecados por los cuales, aun siendo hijos suyos, merecemos su justo castigo. La pregunta crucial no es, ¿por qué ciertas personas sufren o mueren?" sino, ¿por qué sigue con vida cualquier persona?

Cuando algunos judíos preguntaron a Jesús "acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos", Él contestó: "¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente" (Lc. 13:1-5).

Obviamente, quienes interrogaron a Jesús pensaban que los adoradores que fueron liquidados por Pilato y los hombres que murieron en el accidente de la torre eran pecadores excepcionalmente perversos y estaban siendo castigados de esa manera por Dios. Jesús contradijo tajantemente esta suposición, diciéndoles que aquellas víctimas desafortunadas no eran personas más pecadoras que los demás judíos. Más que eso, Él advirtió a sus interrogadores que *todos* ellos eran culpables de muerte y que sin duda alguna sufrirían ese castigo si al final de cuentas no se arrepentían para volverse a Dios.

Principios del juicio de Dios—parte 2

11

el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego, pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas para con Dios. Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados. Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres conforme a mi evangelio. (2:6-16)

Pablo continúa hablando aquí acerca del "día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (v. 5). Como se mencionó en el capítulo anterior, "el día de la ira" se refiere al juicio final que Dios hace de toda la humanidad pecadora. Pedro se refiere a él como "el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos" (2 P. 3:7), y Judas como "el juicio del gran día" (v. 6). Pablo explica que ocurrirá en el tiempo de la segunda venida de Jesucristo: "que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino" (2 Ti. 4:1). Será el tiempo "cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo" (2 Ts. 1:7-8).

Algunos detalles de este juicio final son descritos por Juan:

Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. (Ap. 20:11-15)

Jesús declaró que en aquel tiempo "enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre" (Mt. 13:41-43). Toda la historia se está moviendo de forma inexorable en dirección a ese día terrible, cuando los pecadores de todas las edades caerán en las manos del Dios vivo (He. 10:31).

Se cuenta la historia de un antiguo gobernante romano llamado Brutus el anciano, quien descubrió que sus dos hijos estaban conspirando para derrocar el gobierno, una ofensa que se castigaba con la pena capital. En el juicio, los jóvenes rogaron a su padre con lágrimas en sus ojos, llamándole con expresiones tiernas y familiares, apelando por todos los medios a su amor paternal. La mayor parte de la multitud que se había congregado en el tribunal también imploró misericordia, pero debido a la gravedad del delito, y quizás debido al hecho de que ser hijos del gobernante hacía todavía más responsables a los hombres y culpables de una traición peor, el padre ordenó y después fue testigo de su ejecución. Como alguien ha comentado acerca del incidente: "El padre quedó perdido en el juez; el amor de la justicia superó todos los afectos paternales".

Dios se ofrece a sí mismo como un Padre para la humanidad caída. Él les implora que acudan a Él para obtener salvación a través de su Hijo, porque Él no quiere "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9). No obstante, llegará un día cuando se terminen las oportunidades para proceder al arrepentimiento. En ese momento Dios ejecutará su juicio perfecto de una forma todavía más inexorable que la de aquel gobernante romano.

Los primeros tres criterios en la lista de seis que Dios aplicará en el juicio final ya fueron discutidos en el capítulo anterior. El segundo grupo de tres son las obras (Ro. 2:6-10), la imparcialidad (vv. 11-15), y el motivo (v. 16).

OBRAS

el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a

los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego, pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; (2:6-10)

Aunque este pasaje es sencillo y directo, abarca varias verdades que fácilmente pueden ser mal interpretadas si no se estudian de forma cuidadosa.

En el texto de Apocalipsis 20 citado arriba, se nos dice en dos ocasiones que los hombres serán juzgados "según sus obras" (vv. 12-13). Esa es la misma verdad que Pablo destaca en Romanos 2:6-10, declarando rotundamente que Dios **pagará a cada uno conforme a sus obras**.

El juicio por obras es algo que el Antiguo Testamento enseña con claridad. El Señor instruyó a Isaías para que declarara: "Decid al justo que le irá bien, porque comerá de los frutos de sus manos. ¡Ay del impío! Mal le irá, porque según las obras de sus manos le será pagado" (Is. 3:10-11). A través de Jeremías, el Señor proclamó en términos aún más específicos: "Yo, Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras" (Jer. 17:10).

Jesús reiteró ese principio de juicio, enseñando que "el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras" (Mt. 16:27). En otra ocasión Él dijo: "No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación" (Jn. 5:28-29).

Pablo, el gran apóstol de la salvación por gracia solamente a través de la fe, enseñó enfáticamente que el juicio de Dios sobre creyentes e incrédulos por igual estará basado en las obras. "El que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor" (1 Co. 3:8). Él prosigue explicando:

> *Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego. (1 Co. 3:11-15)*

Hablando a creyentes nuevamente, Pablo escribe: "Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2

Co. 5:10). Incluso en aquella admirable epístola de gracia Pablo declara: "No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos" (Gá. 6:7-9).

Dios no juzga sobre la base de la profesión religiosa, las relaciones religiosas o la herencia religiosa de una persona. Él juzga sobre la base de otros criterios, entre los cuales se encuentra todo lo que se ha producido en la vida de una persona. En el día del juicio el asunto a definir no será si la persona es judía o gentil, si es pagano u ortodoxo, si es religioso o irreligioso, o si asiste a una iglesia o no. La cuestión será si su vida ha manifestado o no una obediencia genuina a Dios. En aquel día "cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí" (Ro. 14:12).

El criterio subjetivo para la salvación es la sola fe y nada que se añada a esto, pero la realidad objetiva de esa salvación se manifiesta en las obras buenas y piadosas que le siguen y que el Espíritu Santo conduce y capacita a los creyentes para realizarlas. Por esa razón, las buenas obras constituyen una base perfectamente válida para el juicio de Dios.

Las acciones de una persona se traducen en un indicativo infalible de su carácter. "Por sus frutos los conoceréis", declaró Jesús dos veces en el sermón del monte (Mt. 7:16, 20). Las obras en la vida de una persona son una de las bases incambiables sobre las cuales Dios juzgará a los hombres. Todo hombre tendrá que comparecer un día ante el Juez divino, quien tiene un registro comprensivo de las obras de ese hombre, y el destino eterno de ese hombre quedará determinado conforme a ese registro.

Por supuesto, debe aclararse que aunque las Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, enseñan que el *juicio* es por obras, en ninguna parte enseña que la *salvación* sea por obras. "No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad" (Sal. 115:1). Todas las cosas buenas que una persona tiene o hace vienen de Dios quien las provee en su gracia, y Él es el único a quien debe darse crédito y alabanza por esas cosas. "Por mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea amancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro" (Is. 48:11). Dios salvará a los que Él tenga a bien salvar, y su gracia soberana excluye por completo la justicia por obras.

Hablando del nuevo pacto en su Hijo Jesucristo, Dios prometió al Israel antiguo:

> *He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día*

> *que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. (Jer. 31:31-33).*

La esencia del nuevo pacto es la extensión de la misericordia y la gracia de Dios a personas indignas. La obra de la salvación se debe por entero a la voluntad y el poder de la soberanía y la gracia de Dios. "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos", dijo Pablo: "que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna" (1 Ti. 1:15-16). A todos los creyentes el apóstol dice: "Porque por gracias sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9).

Pero si la salvación es enteramente por fe, ¿entonces cómo es que las obras forman parte del cuadro? Pablo continúa su gran declaración en Efesios 2 diciendo: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (v. 10). El mismo apóstol amonestó a los creyentes filipenses diciendo: "ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:12). En otras palabras, la vida que es salvada por fe debe dar prueba de esa salvación haciendo la obra de Dios. Las buenas obras visibles y externas son la muestra de la fe interna.

La salvación no es *por* obras, pero con toda seguridad *produce* obras. La presencia de obras genuinamente buenas en la vida de una persona revela que es verdaderamente salva, y a la vista infalible de Dios esas obras son un indicativo perfectamente confiable de fe que salva. De la misma manera, la ausencia de obras genuinamente buenas revela una ausencia de salvación. En ambos casos, las obras se convierten en base digna de confianza para ejecutar el juicio de Dios. Cuando Dios ve obras que son una manifestación de la justicia, Él sabe si proceden de un corazón regenerado, y cuando Él ve obras que hacen manifiesta la injusticia, Él sabe si provienen de un corazón no regenerado.

En Romanos 2:1-16 Pablo no está hablando acerca de la base para la salvación sino de la base para el juicio. Él no empieza a discutir la salvación como tal hasta el capítulo tres. En el pasaje actual está hablando acerca de obras como uno de los elementos o principios que Dios aplica en el juicio. Está discutiendo las *pruebas* de la salvación, no los medios o la base para alcanzarla. Está diciendo que si una persona es salva en verdad, habrá muestra externa de ello en su vida. Si no es salva, no existirán las pruebas externas. Todo creyente, como cualquier

otro pecador, está destituido de la gloria de Dios y no puede alcanzar su justicia perfecta, de hecho en algunas ocasiones va a caer en desobediencia; pero una vida que carece completamente de obras justas no puede afirmar que es una vida redimida.

En Romanos 2:7-10 Pablo traza una clara línea divisoria entre dos clases de personas, las únicas clases de personas que existen: los salvados y los no salvos. Se enfoca primero en las obras determinativas de los redimidos (v. 7), después en las obras determinativas de los no redimidos (vv. 8-9), y luego vuelve otra vez a las obras de los redimidos (v. 10).

LAS OBRAS DE LOS REDIMIDOS

el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, (2:6)

La salvación verdadera se manifiesta en el creyente que vive **perseverando en bien hacer**, y el máximo bien que puede hacer es **buscar gloria y honra e inmortalidad**. Aunque esos tres términos parecen emplearse aquí casi que como sinónimos, tienen significados distintivos. Juntos describen la perspectiva y las aspiraciones celestiales de un creyente.

En primer lugar, el deseo más sublime y maravilloso que tiene un creyente es de **gloria**, y por encima de todo, la gloria de Dios. Una persona que no tenga ese deseo en lo profundo de su ser no puede ser un creyente verdadero. "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios", Pablo apercibe (1 Co. 10:31). Para un creyente vivir para la gloria de Dios consiste en manifestar la naturaleza misma de Dios como un vehículo que se dispone voluntariamente a la obra divina de su Creador.

Un creyente también busca **gloria** para sí mismo, no de la manera egocéntrica y carnal que es común a la naturaleza humana caída, sino anticipando con gran expectación la llegada del día en que sea hecho partícipe de la propia gloria de Dios, cuando su salvación sea perfeccionada (véase Ro. 8:21, 30; 2 Ts. 2:14; cp. Sal. 17:15). Sabemos que cualquier "leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (2 Co. 4:17) y que "cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" (Col. 3:4). Buscar y procurar esta gloria divina es en realidad la búsqueda genuina de semejanza a Cristo. Pablo la tenía en mente cuando compuso Filipenses 3:10-14, 20, 21:

> *A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea*

perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.... Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.

En segundo lugar, un creyente verdadero busca **honra**, no la clase de honores del mundo que la mayoría de los hombres anhelan recibir, sino la honra que viene de Dios, el honor de escucharle decir: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor" (Mt. 25:21).

En tercer lugar, un creyente verdadero busca **inmortalidad**, la llegada de aquel día cuando su cuerpo corruptible "se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Co. 15:53).

Pablo no está discutiendo acerca de la manera como una persona accede a la salvación o *cómo* es que Dios produce en él la semejanza a Cristo. Está describiendo el aspecto que tiene la vida de un creyente verdadero, señalando que aquellas cualidades otorgadas por Dios resultarán en la **vida eterna** otorgada igualmente por Dios. Juan afirma bellamente esa verdad básica al final de su primera epístola: "Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna" (1 Jn. 5:20).

La **vida eterna** no es simplemente una cantidad de vida, aunque por definición dura por toda la eternidad; pero incluso los no salvos tendrán una *existencia* eterna, una existencia que consistirá en muerte y castigo eternos (2 Ts. 1:9; Ap. 14:9-11). Sin embargo, **vida eterna** es primero que todo una calidad de vida, la vida de Dios mismo en el alma del hombre. Hablando de su propia vida eterna, Pablo dijo: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

Lo que Pablo quiere establecer en este pasaje es que una persona que posee la vida de Dios reflejará el verdadero carácter de Dios, y que es sobre la base de ese carácter piadoso reflejado que habrá de ser juzgada. Es igualmente imposible que una persona que tenga vida eterna deje de reflejar indefinidamente parte del carácter de Dios, como le sería imposible contener la respiración indefinidamente. Sin duda alguna, la vida eterna induce la respiración espiritual de igual manera que la vida física induce la respiración corporal. John Murray anotó sucintamente que "las obras sin una aspiración a la redención son obras muertas. La aspiración sin buenas obras no es más que presunción".

La justificación por fe solamente no anula las obras de justicia en la vida del creyente. Las Escrituras nos aseguran claramente que así como somos salvados por nuestra fe, seremos juzgados por nuestras obras. Cuando en su gracia sobe-

rana Dios recibe a un pecador en el momento de su conversión, Él no pide más que crea en Jesucristo y se someta a Él, pero a partir de ese momento, el creyente asume una responsabilidad de obediencia, y su obediencia a Dios se constituye en la marca distintiva de su nueva vida espiritual. La fe en Cristo no produce libertad para pecar y hacer lo que nos plazca, sino libertad *del* pecado y un deseo y capacidad nuevos y dados por Dios para hacer lo que le agrada a Él.

Santiago expresa con mucha claridad la relación entre la fe y las obras:

> *Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ... Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta. (Stg. 2:14-20, 26).*

En Romanos 2:7 Pablo se está enfocando en la **vida eterna** consumada y perfecta que viene después del juicio final, cuando se dé inicio al estado eterno (desde nuestra perspectiva). Esta vida eterna consumada se concederá a cada persona de acuerdo a la salvación que ha recibido, según esté mostrada por las buenas obras que un creyente ha manifestado durante su vida en la tierra (v. 6).

LAS OBRAS DE LOS NO REDIMIDOS

pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego, (2:8-9)

Aquí Pablo establece un contraste entre los que demuestran por sus buenas obras que pertenecen a Dios, y los que de manera similar prueban por sus malas obras que no le pertenecen. Los que no pertenecen a Dios manifiestan muchas características malas, y Pablo menciona en el versículo 8 tres de las que son generales y subyacentes.

La primera característica de los no redimidos es que son **contenciosos**, lo cual también se puede traducir haciendo referencia al carácter ambicioso y egocéntrico del hombre caído. La palabra en el griego es *eritheia*, cuya raíz puede haberse empleado para hacer referencia a algún tipo de persona asalariada. La idea que transmite el término es la de un mercenario, el cual hace su

trabajo nada más que por dinero, sin tener reparo o consideración alguna por las cosas que se le ordena hacer o por los daños que pueda causar. Todo lo que hace tiene el fin de servir y complacer el ego. Ciertamente, esto se ajusta al énfasis que hace la Biblia en el hecho de que el problema básico del hombre no regenerado es que se encuentra totalmente ensimismado y no ha dejado en su vida lugar para Dios.

La segunda característica de los no redimidos que se manifiesta como consecuencia de esto, es que **no obedecen a la verdad**. La persona que procura su propio beneficio por encima de todo lo demás, naturalmente se resiste a cualquier influencia en otra dirección, incluyendo la de Dios que le señala el camino de **la verdad**. La desobediencia **a la verdad** es un sinónimo de rebelión, y la caída de la humanidad fue un asunto de rebelión espiritual, lo cual está en el meollo de lo que es la naturaleza humana caída. Los no redimidos son rebeldes por naturaleza y ellos mismos se han constituido en enemigos de Dios (Ro. 8:7; cp. 5:10; Col. 1:21).

La tercera característica de los no redimidos es que **obedecen a la injusticia**. Ninguna persona vive en un absoluto vacío moral y espiritual. Cada ser humano es piadoso o impío, justo o injusto. Jesús declaró de forma categórica que "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro" (Mt. 6:24). A partir de esto se puede deducir que no existe un hombre que no sirva a un señor. Es Dios o es otro aparte de Dios, y cuando el hombre no sirve a Dios, todos los demás señores le conducen a pecar. ¡Servir a Dios significa obedecer la voluntad de Dios! Servir a otro señor significa obedecer al pecado.

El camino al infierno se define aquí de manera muy simple como el espíritu de antagonismo en contra del señorío de Jesucristo. La persona no salva es **contenciosa** por naturaleza, y su enemistad contra Dios le lleva a desobedecer la verdad de Dios, e inevitablemente a **obedecer a la injusticia**.

A tales personas Dios pagará (véase v. 6) con **ira y enojo**. *Orgē* (**ira**) significa el tipo más fuerte de indignación que alcanza niveles febriles, cuando la misericordia y la gracia de Dios han quedado completamente exhaustas. Con esto se marca el fin de la paciencia y la tolerancia de Dios con la humanidad no regenerada y no arrepentida, cuando llega a su punto máximo la indignación definitiva e impetuosa que Él mismo descargará sobre aquellos cuyas obras muestran su rebelión persistente e impertérrita en contra de Él.

Thumos (**enojo**) corresponde a un enfado agitado y vehemente que cada vez se hace más intenso. El significado de la raíz tiene que ver con moverse rápidamente y se usaba para hacer referencia a la respiración violenta de un hombre cuando estaba persiguiendo furiosamente a un enemigo. Es empleada por el escritor de Hebreos para describir la cólera delirante de Faraón hacia Moisés (He. 11:27; cp. Éx. 10:28). Es usada por Lucas para describir la furia de los judíos

en la sinagoga de Nazaret que quisieron arrojar a Jesús por un despeñadero (Lc. 4:28-29). Se emplea para describir el resentimiento de los efesios paganos en contra de Pablo, causado por su predicación del evangelio y en especial por haber afirmado acerca de sus ídolos "que no son dioses los que se hacen con las manos" (Hch. 19:26-28). En el día final del juicio, la **ira** de Dios explotará como un fuego consumidor sobre toda la humanidad rebelde.

En consecuencia, habrá **tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo**. *Thlipsis* (**tribulación**) tiene una raíz que significa ejercer presión en extremo, y algunas veces se traduce como *aflicción*, *angustia* o *persecución*, para hacer referencia a la persecución sufrida por la iglesia primitiva a manos de los judíos en Palestina (Hch. 11:19) y la tribulación de los santos en general (Jn. 16:33; Hch. 14:22; Ro. 5:3; 2 Ts. 1:4). Pablo la empleó para describir su persecución sufrida en la provincia de Asia (2 Co. 1:8), y se aplica también a la trituración de las uvas de la ira durante la gran batalla de Armagedón (Ap. 14:18-20).

Stenochōria (**angustia**) significa literalmente "un lugar estrecho" y se originó en una metáfora que alude al confinamiento o la constricción severa, de ahí la idea de aflicción o **angustia** profundas. Además de la pena capital, el confinamiento solitario ha sido considerado por mucho tiempo como la peor forma de castigo, ya que consiste en el aislamiento absoluto y solitario de un prisionero que de por sí ya está estrictamente confinado. Parte del tormento del infierno será su confinamiento absoluto, aislado, solitario y eterno, en el cual no habrá esperanza posible de alivio o escape.

Pablo emplea dos veces la frase **el judío primeramente y también el griego** en este pasaje, y es significativo que la primera instancia se relaciona con los que son *condenados* por Dios. Los judíos estaban acostumbrados a pensar de sí mismos como los primeros ante los ojos de Dios. De hecho, el judío típico creía que quizás apenas con unas cuantas excepciones tales como Rahab y Rut, los gentiles por naturaleza estaban por fuera del alcance del cuidado y la redención de Dios.

Sin duda alguna Dios había escogido a Israel por encima de otros pueblos para que fuera su nación. "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra" (Am. 3:2*a*); pero de inmediato Él se adelantó a decirles: "por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades" (v. 2*b*). Israel recibirá un castigo más severo porque recibió más luz y una bendición más grande. Como Pablo deja aquí bien claro, **el judío primeramente** significa que ser los primeros en aprovechar la oportunidad de la salvación también significa ser los primeros en la responsabilidad para el juicio.

Por supuesto que las obras justas que Dios requiere y por las cuales los hombres serán juzgados, son imposibles de producir incluso para un creyente que trate de hacerlo en sus propias fuerzas. Él no es más capaz de mantener su salvación por buenas obras, de lo que es capaz para alcanzarla por buenas obras. Así como la salvación misma, las buenas obras que produce son hechas posibles

por la gracia soberana de Dios solamente, gracias a que su Espíritu Santo obra desde el interior de cada vida para investirla de poder. La única forma de producir obras de justicia es poseer la justicia de Cristo, lo cual viene como resultado de confiar en Él como Señor y Salvador, poseer al Espíritu Santo quien asigna poder a estas obras, y procurar a conciencia obedecer la Palabra de Dios.

Tanto en su justicia infinita como en su gracia infinita, Dios se asegurará de que la **gloria y honra** buscadas por todo el que persevera **en bien hacer** se constituyan en su esperada recompensa. Esta **paz** que Dios imparte divinamente es quizás empleada por Pablo como un sinónimo de la inmortalidad buscada por el creyente verdadero al lado de la gloria y la honra (véase v. 7). Todas las cosas divinas buscadas por el santo de Dios, sin duda alguna las recibirá.

De nuevo el apóstol señala que el orden del juicio será **el judío primeramente** y después también al **griego**. El judío incrédulo será el primero en condenarse (v. 9). Únicamente después que Dios ha tratado con su pueblo escogido pasará a tratar con **el griego**, es decir, los gentiles.

IMPARCIALIDAD

porque no hay acepción de personas para con Dios. Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados. Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, (2:11-15)

Un quinto elemento relacionado con el juicio de Dios es el de su imparcialidad. *Prosōpolēmptēs* (**acepción**) significa literalmente "recibir una cara", es decir, dar consideración a una persona a causa de ser quien es. La idea exacta puede verse en la conocida estatua simbólica en la que se representa a la justicia como una mujer con los ojos vendados, con lo que se quiere dar a entender que es incapaz de ver quién se encuentra delante de ella para ser juzgado y que por lo tanto no se ve tentada a tomar partido a favor o en contra del acusado. Algunas veces también se ilustra con sus manos atadas, lo cual indica que no puede ser sobornada.

Desafortunadamente, hay parcialidad y acepción de personas hasta en las mejores cortes de justicia humana, pero no la habrá en el día del juicio de Dios. Debido a su conocimiento perfecto de todos los detalles y a su perfecta rectitud, es imposible que su justicia no sea perfectamente imparcial. Cosas tales como posición, educación, influencia, popularidad o apariencia física, no afectarán

absolutamente en nada la decisión de Dios con respecto al destino eterno de una persona.

La criatura más espléndida y exaltada que Dios hizo fue Lucifer, el lucero de la mañana; pero a causa de su ambición orgullosa de elevarse aun por encima de su Creador y de ser "semejante al Altísimo", hasta el encumbrado Lucifer fue derribado por Dios desde la altura de su posición a las profundidades del Seol (Is. 14:12-15). El más exaltado se convirtió en el más rebajado. Si alguna vez existió un ser cuya posición le daba mérito para recibir el favor de Dios de manera especial, fue Lucifer; pero su alta posición también le hizo mucho más responsable por su maligna rebelión, y por lo tanto él recibirá el castigo más grande que cualquier otra criatura en el infierno.

Cuando Pedro vio cómo Dios estaba obrando en la vida de Cornelio, por fin estuvo en capacidad de sobreponerse a sus prejuicios judíos en contra de los gentiles y de confesar: "En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas" (Hch. 10:34). Al igual que su Señor, Pablo no se dejaba impresionar por la elevada posición religiosa de una persona (Gá. 2:6). Esa clase de justicia también está implícita en la declaración del apóstol de que "Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gá. 6:7). Lo que una persona sea no influye para nada en lo que cosecha cuando sea juzgada por Dios. "El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna" (v. 8).

Al advertir a los amos que tuvieran consideración de sus esclavos, Pablo les recordó que "el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas" (Ef. 6:9). "Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere" le aseguró el apóstol a los colosenses: "porque no hay acepción de personas" (Col. 3:25). Pedro amonestó a sus lectores diciendo: "Si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación" (1 P. 1:17).

La imparcialidad de Dios no excluye el hecho de que Él tenga en cuenta los diversos grados de luz espiritual que han recibido las personas. Pablo hace mención de dos grupos distintos de pecadores: los que no han tenido la oportunidad de conocer la **ley** de Dios, y los que han tenido ampliamente esa oportunidad. Por supuesto, él está hablando acerca de **la ley** dada por medio de Moisés al pueblo de Israel. Los que están **sin ley** son por ende los gentiles.

No es que los gentiles no sean conscientes de Dios o carezcan de un sentido de lo bueno y lo malo. El apóstol ya ha establecido ese principio que opera con base en la evidencia de la creación, por la cual todos los hombres tienen testimonio del "eterno poder y deidad" de Dios (1:20). Por lo tanto, los gentiles que **sin ley han pecado, sin ley también perecerán**, es decir, serán juzgados de acuerdo con su conocimiento más limitado de Dios. Eso incluye por supuesto, la vasta mayoría de los miembros de la raza humana en todos los tiempos. Incluso con la

mayor capacidad para distribuir la Palabra de Dios en los diversos idiomas del mundo, y las impresionantes técnicas y medios de comunicación que hay disponibles para la predicación del evangelio, la mayoría de las personas en el mundo actual nunca han recibido enseñanzas claras de la Biblia, y mucho menos han captado un conocimiento claro de sus verdades que conducen a la salvación.

No obstante, debido a que tienen la revelación natural de Dios en su creación, así como el testimonio del bien y del mal en sus corazones y conciencias (v. 15), son culpables y responsables. Por esa razón es que **también perecerán, aunque sin ley**. *Apollumi* (**perecer**) tiene que ver con destrucción, mas no con aniquilación. Básicamente se refiere a lo que se arruina y no puede utilizarse más para su propósito designado. Ese es el término que Jesús empleó para hablar de los que son lanzados al infierno (Mt. 10:28). Como Él aclara en otra parte, el infierno no es un lugar ni un estado de la nada o de una existencia inconsciente, como es el caso del nirvana en el hinduismo. Es el lugar del tormento eterno, el lugar de la muerte eterna donde "será el lloro y el crujir de dientes" (véase Mt. 13:42, 50). Todas las personas son creadas por Dios para su gloria, pero cuando rehusan acudir a Él para obtener la salvación, pierden su oportunidad de redención y de convertirse en lo que Dios tuvo el propósito original hacer de ellos. De esa forma quedan reducidos a seres aptos únicamente para la condenación y la destrucción.

Los gentiles perdidos **perecerán** tan ciertamente como los judíos perdidos, pero como Pablo ya ha intimado (v. 9), su tribulación y angustia eternas serán menores que la de los judíos, quienes han tenido la inmensa ventaja de poseer la ley de Dios. Jesús estableció claramente ese principio. Haciendo uso de la ilustración de los esclavos de un señor que regresó después de un largo viaje, Él dijo: "Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá" (Lc. 12:47-48).

Son los judíos, aquellos a quienes el Señor había confiado mucho más, los que el apóstol confronta a continuación, declarando que **todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados**. La persona que ha tenido el beneficio de conocer la **ley** de Dios será juzgada conforme a su conocimiento limitado de Dios, pero la persona que tiene acceso a la **ley** de Dios será juzgada según su mayor conocimiento acerca del Señor.

Los que tienen conocimiento no solamente de la ley del Antiguo Testamento sino también del evangelio del Nuevo Testamento también están incluidos en esta segunda categoría de las personas que son juzgadas, y debido a que tienen incluso un mayor conocimiento de Dios que los judíos antiguos, se harán mucho más responsables. Serán tratados como los habitantes de las ciudades judías de

Corazín, Betsaida y Capernaum, quienes habían escuchado la enseñanza de Jesús y habían sido testigos de sus milagros, pero que le rechazaron como su Mesías y Rey. Ellos no tuvieron solamente la ley de Dios sino que también tuvieron el privilegio de conocer a su Hijo unigénito. El Señor les dijo ásperamente que en el día del juicio les iría mejor a las ciudades paganas de Tiro, Sidón y Sodoma que a ellos (Mt. 11:20-23).

Aunque todos los incrédulos estarán allá, la parte más calcinante del infierno será reservada para quienes hayan desperdiciado las mayores oportunidades espirituales. Esa es la razón por la que ser apóstata es una cosa tan horrenda, ya que se trata de una persona que a pesar de haber conocido a Dios e incluso haber reconocido la verdad de Dios, al final le dio la espalda. Acerca de tales personas el escritor de Hebreos dice: "Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio" (He. 6:4-6). Hebreos 10:26-31 añade:

> *Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!*

Aunque quienes tienen la oportunidad de escuchar la Palabra de Dios están en ventaja con respecto a los que no cuentan con tal oportunidad, si no atienden su Palabra van a terminar mucho peor que los demás.

Porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, dice Pablo, **sino los hacedores de la ley serán justificados**. Tal como lo hace Santiago en su advertencia acerca de los que escuchan la Palabra de Dios pero no la obedecen (Stg. 1:22-23), Pablo no emplea aquí el término griego usual para referirse al oír (*akouō*), sino la palabra *akroatēs* que se aplicaba a los que se ocupan en escuchar.

Aquí la idea es muy parecida a la de un estudiante universitario. Su propósito principal en clase consiste en poner atención a la instrucción del profesor. Normalmente, también tiene la responsabilidad de dar cuentas de lo que escucha y es evaluado con base en ello. Sin embargo, si solamente está tomando la clase como asistente, solamente se le exige que asista a las sesiones de clase y no toma

exámenes ni recibe una calificación. En otras palabras, escucha sin que se le haga responsable de lo que escucha.

En muchas sinagogas durante el tiempo de Pablo, la enseñanza no se enfocaba en las Escrituras sino en el sistema de las tradiciones fabricadas por el hombre y que los rabinos habían desarrollado en el transcurso de los siglos posteriores al exilio. Con frecuencia, la Palabra de Dios contenida en el Antiguo Testamento se limitaba a ser leída y escuchada sin algún tipo de explicación o aplicación práctica. La mayoría de los judíos, por lo tanto, simplemente estaban "tomando el curso como asistentes", limitándose a ser **oidores de la ley** y nada más.

El problema es que Dios no reconoce a meros "asistentes", a oyentes y espectadores pasivos de su Palabra. Entre más una persona escucha su verdad, más es responsable de creerla y obedecerla. A menos que haya obediencia de su parte, entre más oiga la Palabra mayor será su juicio.

Las personas que se limitan a pensar que son cristianas simplemente por el hecho de hacer ciertas cosas y asistir a la iglesia, escuchar sermones grabados, participar en un estudio bíblico en su vecindario y escuchar música cristiana, no están haciendo más que engañarse a sí mismas, como lo advierte Santiago. "Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra per no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era" (Stg. 1:22-24). En otras palabras, la persona que se contenta con tener un conocimiento superficial de la Palabra de Dios está viviendo en una ilusión espiritual, creyendo que es salva cuando en realidad no lo es. Al mirarse en un espejo, se juzga a sí mismo por su propio criterio y no conforme a la Palabra de Dios de la que conoce muchas cosas pero que no ha apropiado en su corazón ni aplicado en su vida. El hecho de que no obedezca lo que escucha demuestra que no lo cree ni lo acepta. Su desobediencia prueba que no confía en el Dios cuya Palabra tanto escucha, y entre más la escucha sin obedecerla, más amontona culpa contra él mismo para el día del juicio. Sin duda alguna nuestro Señor tenía esto en mente cuando predicó la conclusión del sermón del monte, y sus palabras quedaron registradas en Mateo 7:24-27:

> *Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.*

Por otra parte, **los hacedores de la ley** son los que acuden a Dios por fe y arrepentimiento, dándose cuenta de que les resulta imposible guardar su **ley** apartados de Él, y que el conocimiento de ella les ha dado una mayor obligación de obedecerla. Los verdaderos **hacedores** de la ley de Dios son los que vienen a Jesucristo por fe, porque el propósito de la ley consiste en llevar a los hombres a Cristo (Gá. 3:24). Y después que han venido a Él por fe, sus vidas obedientes dan muestra de su relación salvadora con Él y del hecho de que **serán justificados**. Aquí la idea no es que obedecer la ley produzca de por sí la justificación, porque las Escrituras enseñan claramente que la justificación *viene* únicamente a través de la fe (Ro. 3:24, 28), pero también que los justos demostrarán serlo por la prueba que dan al cumplir la ley santa de Dios.

De nuevo Pablo está apuntando a la misma verdad señalada por Santiago con respecto a la relación entre fe y obras, y al igual que Santiago, está empleando el término justificación en el sentido de una salvación ya completa o perfeccionada. La persona que tiene una obediencia genuina para con Dios prueba con su obediencia investida con poder divino, que es salva y que **será** reconocida como **justificada** en el día del juicio (cp. Stg. 2:20-26).

¿Eso significa entonces que los gentiles están excusados del juicio y el castigo eternos porque no han tenido la ventaja de **la ley** y por lo tanto carecían de una base para vivir en obediencia? No, porque como ya lo ha establecido Pablo, **los gentiles**, esto es, los que están **sin ley**, sí cuentan con la revelación general o natural que Dios ha hecho de sí mismo en la creación, y saben por instinto que son culpables y dignos de muerte (1:18-32). ¿Pero acaso Pablo no dice más adelante en su epístola que "donde no hay ley, tampoco hay transgresión" (4:15), que "antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado" (5:13), y "yo no conocí el pecado sino por la ley" (7:7)?

Anticipándose a tales preguntas, Pablo afirma que **cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley**, esto significa que ellos **son ley para sí mismos**. Pablo pasa a explicar esto en mayor detalle al decir que de esta manera, ellos están **mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos**.

Existen cuatro razones por las que se pierden los paganos. Primero, como ya se ha señalado, su rechazo del conocimiento que tienen de Dios a través de su *creación* les condena.

Segundo, como el apóstol advierte ahora, su *conducta*, basada en el conocimiento **de la ley escrita en sus corazones**, también les condena. A través de la historia ha habido muchos incrédulos que han sido honestos en sus negocios, respetuosos de sus padres, fieles a sus cónyuges, responsables con sus hijos y generosos con los necesitados, cosas todas muy buenas y que se elogian en la Palabra de Dios. El criterio de justicia de Dios también se refleja en muchos

sistemas judiciales seculares en los cuales el robo, el homicidio y las diversas formas de inmoralidad se consideran como un mal y son ilegales. Muchas filosofías paganas, tanto antiguas como modernas, enseñan ciertos parámetros éticos que establecen un paralelo con los de las Escrituras.

La Biblia informa acerca de muchas buenas obras realizadas por paganos tales como Darío (Dn. 6:25-28), el escribano de Éfeso (Hch. 19:35-41), los oficiales del ejército que protegieron a Pablo (Hch. 23:10, 17-35), y los nativos de Malta que acogieron amigablemente a Pablo y sus compañeros de viaje (Hch. 28:10). El hecho de que esas personas hayan hecho cosas buenas, *sabiendo que eran éticamente buenas*, prueba que tuvieron conocimiento de la ley de Dios que estaba **escrita en sus corazones**. Por lo tanto, si hay personas de ese tipo que a pesar de esto nunca llegan a depositar su confianza en el Dios verdadero, sus buenas obras en realidad darán testimonio en su contra en el día del juicio.

Tercero, los paganos son condenados debido a la *conciencia*. Los gentiles que no tienen el privilegio de conocer la ley de Dios, de todas maneras tienen un **testimonio** acerca de la ley, dado por **su conciencia**. *Suneidēsis* (**conciencia**) significa literalmente "conocimiento con" o "conocimiento paralelo". En muchos idiomas antiguos se encuentran sinónimos de ese término, en muchos casos con una raíz del mismo significado. El concepto mismo de la palabra testifica acerca del hecho de que los hombres reconocen que poseen un sentido instintivo incorporado en su interior acerca del bien y el mal, el cual también se encarga de activar en ellos el sentimiento de culpa.

Se ha reportado que cierta tribu en África tenía un manera bastante inusual pero efectiva de probar la culpa de una persona acusada. Se colocaba en fila un grupo de sospechosos y la lengua de cada uno se tocaba con un cuchillo caliente. Si había saliva en la lengua, el cuchillo causaba cierto resquemor sin mayores consecuencias, pero si la lengua estaba seca, el cuchillo quedaba pegado y producía una dolorosa quemadura. La tribu sabía que un sentimiento de culpa tiende a secar la boca de una persona, y una lengua quemada era tomada como prueba infalible de la culpa. Por supuesto que una lengua seca es producto del funcionamiento de la conciencia.

Las conciencias tienen diversos grados de sensibilidad, dependiendo del grado de conocimiento del bien y del mal y los sentimientos que se tengan frente a ello. La persona que tiene un conocimiento considerable de la Palabra de Dios tendrá una conciencia más sensible que alguien que nunca haya tenido oportunidad de conocer las Escrituras.

Además, las conciencias también varían en sensibilidad dependiendo de si han sido obedecidas o resistidas. Hace unos años se descubrió que, contrario al pensamiento médico de mucho tiempo atrás, el desfiguramiento exagerado de las extremidades que es tan común en los leprosos, no es causado directamente por la enfermedad. La lepra no deteriora ni consume los tejidos de una perso-

na, sino que insensibiliza los nervios. Al no protegerse atendiendo las señales y advertencias de dolor, el leproso afecta sus extremidades o padece cortadas, quemaduras e infecciones sin saber que su cuerpo se está lastimando.

De una forma bastante similar, la conciencia desidiosa y renuente se hace cada vez más insensible y tarde o temprano puede dejar de dar señales de advertencia acerca de hacer el mal. Pablo habla sobre herejes y apóstatas en los últimos días, cuyas conciencias serán insensibles como si hubieran sido cauterizadas por hierro candente, debido a su oposición persistente a Dios y su verdad (1 Ti. 4:2).

Dios usa las conciencias de sus hijos como vehículos para su enseñanza y orientación. Por lo tanto, Pablo apercibe a los creyentes en muchas ocasiones para que sean fieles y atentos a la dirección de sus propias conciencias, así como a tener respeto por las conciencias de otros creyentes (véase Ro. 13:5; 1 Co. 8:7; 10:25, 29; 2 Co. 5:11). Siendo consecuente con su propia enseñanza, el apóstol era cuidadoso en obedecer a su propia conciencia (Hch. 23:1; 24:16; Ro. 9:1).

Cuarto, los paganos se pierden a causa de la *atención* que hayan prestado a sus propios **razonamientos** que constantemente están **acusándoles o defendiéndoles**. Obviamente, esta facultad natural está muy relacionada con la conciencia. Edificando sobre la base del conocimiento instintivo del bien y del mal suministrado por la conciencia, hasta los incrédulos tienen la capacidad manifiesta para determinar que ciertas cosas son básicamente buenas o malas, correctas o incorrectas.

Muchos luchadores contra la delincuencia y defensores de los pobres, por ejemplo, no reciben su motivación de las Escrituras o de una relación de salvación con Jesucristo. Como seres humanos, simplemente no pueden evitar el conocimiento que tienen en su interior de que oponerse al delito y ayudar a los desvalidos son cosas buenas que deben hacerse. Aún la sociedad más atea e impía tiene capacidad de indignarse cuando un niño o una persona anciana es atacada o asesinada brutalmente. Hasta los paganos, agnósticos y ateos son capaces de discernir un nivel básico entre bien y mal.

Por esas cuatro razones profundas, ninguna persona puede sostenerse en pie sin culpa ante el juicio de Dios. El hecho de que no se hayan vuelto a Dios demuestra que no vivieron a la altura de la luz que Dios les proveyó. Jesús declaró categóricamente: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Jn. 7:17). Pablo aseguró a sus oyentes paganos en Atenas que Dios "de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros" (Hch. 17:26-27). La persona que procura genuinamente conocer y seguir a Dios puede tener la completa seguridad de lograrlo,

la cual Dios mismo le da en su Palabra: "Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón" (Jer. 29:13).

Un hombre a quien conozco representa una ilustración excelente de la forma como Dios honra al que emprenda una búsqueda genuina de Él. Este hombre creció en una de las tribus más primitivas del África. Debido a que fue necio e incorregible de niño, con frecuencia hacían que se quedara por fuera de la casa cuando la familia tenía invitados. Aunque era castigado con severidad por la tribu así como por su madre, él persistía en actos de travesuras sin sentido y hasta de crueldad. Él cuenta ahora que se sentía culpable y apesadumbrado en su corazón incluso mientras cometía las travesuras, pero parecía como si no pudiera abstenerse de hacerlo. Él sabía que había algo que andaba muy mal en su vida y con cierta frecuencia se adentraba en la selva para golpear su cabeza contra un árbol y gritar: "¿Qué es lo que me pasa? ¿Por qué hago cosas tan malas?" En más de una ocasión contempló la posibilidad de suicidarse.

Cierto día uno de sus amigos regresó de hacer una visita a la costa. Entre las muchas historias fascinantes que contó estaba la de algunas personas que se juntaban todos los domingos a cantar y hablar. Cuando el muchacho preguntó a su amigo por qué se reunían esas personas, éste le dijo que ellos cantaban y oraban al Dios que había creado el mundo entero. Ellos llamaban a su Dios *Padre* y creían que escuchaba y respondía sus oraciones.

Con esa pequeña porción de conocimiento del Señor, el niño del que tanto se lamentaba la tribu decidió orarle a este mismo Dios. "Nunca había escuchado orar a nadie", relata, "pero decidí hablarle a este Dios como si fuera mi padre. No puedo explicar lo que sucedió, pero fue una experiencia emocionante. Yo quería conocer más acerca de este Dios pero en nuestra aldea no había alguien que supiera algo sobre Él, así que durante dos años seguí orando por mí mismo todos los domingos, esperando que algún día llegara alguna persona para contarme acerca de Él".

Mientras estaba trabajando en un proyecto de carretera del gobierno, visitó a su primo en la aldea donde había nacido y descubrió para su gran sorpresa y deleite que un grupo de personas se reunían allí los domingos para cantar y orar al Dios acerca del cual había escuchado. "Estaba tan emocionado", dice él. "No podía esperar para que fuera domingo. Esa mañana me senté en la parte de atrás. Escuché a un hombre hablar acerca de Dios por primera vez en mi vida. Descubrí que era mucho más maravilloso de lo que yo había imaginado. El predicador dijo que Dios amó al mundo tanto que envió a su único Hijo llamado Jesús para llevarse mis pecados. Me pregunté si Él sabía lo terrible que yo era. Me pregunté si Él conocía las cosas horribles que había hecho en mi aldea, pero el predicador dijo que sin importar qué hubiera hecho, Dios estaba dispuesto a perdonarme y dejar mi corazón limpio. Yo sabía que todo eso era la pura verdad".

Debido a que ese joven había estado buscando genuinamente a Dios, cuando por fin pudo escuchar el evangelio, el Espíritu Santo confirmó en su propio corazón anhelante que en efecto era toda la verdad. Él supo que Dios había atendido sus oraciones y que le había enviado a un lugar donde pudiera escuchar el mensaje de salvación. "Esa mañana le di mi corazón a Dios", testifica el hombre, "y fue lindo saber que Él también tenía un Hijo, que Él era un Padre en realidad, tal como yo le había orado todo el tiempo".

MOTIVO

en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres conforme a mi evangelio. (2:16)

Un sexto principio del juicio de Dios es su motivo. Aquí Pablo aclara que está hablando acerca del juicio *final*, **el día en que Dios juzgará ... conforme a mi evangelio**.

El motivo es una base válida para el juicio, por la única razón de que Dios es capaz de juzgar **por Jesucristo los secretos de los hombres**. Debido a que el Señor tiene un conocimiento infalible de los motivos de todas las personas para hacer las cosas que hacen, Él puede juzgar infaliblemente si esas obras son verdaderamente buenas o malas, si vienen de la carne o si proceden del Espíritu.

David aconsejó a su hijo Salomón que sirviera a Dios "con corazón perfecto y con ánimo voluntario; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos" (1 Cr. 28:9). En uno de sus salmos más bellos David confesó: "Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos" (Sal. 139:1-3). A través de Jeremías Dios dijo: "Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras" (Jer. 17:10). En tres ocasiones en el Sermón del Monte Jesús dijo: "Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público" (Mt. 6:4, 6, 18).

Es obvio que existe algo que se puede llamar bondad humana relativa. Muchos incrédulos viven en un plano moral alto en comparación a la mayoría de la gente, pero esa no es la clase de bondad que satisface a Dios, porque nada que se haga por un motivo diferente a su gloria y en un poder que no sea el suyo es verdaderamente bueno. Todas las cosas que se hacen en la carne sirven únicamente a la carne y por naturaleza están manchadas con imperfección humana e interés egoísta. No son cosas que puedan hacerse por el único motivo correcto que es el de agradar y glorificar a Dios. Bien sea que se haga para impresionar a otros con la bondad propia, para reaccionar a la presión de grupo, para aliviar

sentimientos de culpa o simplemente para sentirse mejor acerca de uno mismo, cualquier cosa que no se haga para Dios y por medio de su poder es básicamente pecaminosa e inaceptable para Él, sin importar cuán buena y sacrificada tenga la apariencia de ser en su exterior.

David cometió pecados terribles mientras sirvió como rey ungido de Dios sobre la nación escogida de Dios. Como fue señalado en el capítulo anterior, muchos de sus pecados como fue el caso de su adulterio con Betsabé y el asesinato de su esposo Urías, fueron ofensas capitales por las cuales Dios pudo haber demandado justamente la vida de David. No obstante, la motivación y dirección básicas en la vida de David no eran la ambición egoísta ni la injusticia, sino el servicio y la adoración a Dios. Él estuvo dispuesto a reconocer y confesar sus pecados ante Dios, abandonándose a la misericordia y gracia del Señor. Judas, por otra parte, aunque exteriormente era recto y religioso así como un seguidor profeso de Cristo, estaba del todo centrado en sí mismo. En su interior llegó a tener menosprecio hacia Cristo y su evangelio de gracia. Los deseos de corazón que motivaban a esos dos hombres eran como libros abiertos para el Señor, y sus hechos y culpa respectiva serán juzgados por lo que fueron realmente, no por la apariencia que hayan tenido ante la vista de otros hombres.

Si Romanos 2:6-16 enseña algo en particular, es que una vida redimida producirá un estilo de vida santo, y que una vida que no refleja un estilo santo de vivir no puede pretender que tiene vida eterna. La vida recta que puede provenir únicamente de una motivación recta, es la prueba dada y aceptada por Dios de la salvación genuina. La falta de rectitud y justicia en la vida es asimismo una muestra indudable de perdición.

Visite:

www.frasescristianas.org

(Frases, Citas y Dichos Cristianos)

Seguridad falsa

12

He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor, y confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los indoctos, maestro de niños, que tienes en la ley la forma de la ciencia y de la verdad. Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros. Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión. Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley. Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios. (2:17-29)

La gente anhela tener seguridad económica, seguridad laboral, seguridad matrimonial, seguridad nacional, seguridad en la salud, seguridad en el hogar, seguridad de posición social, y muchas otras clases de seguridad. Querer seguridad es un impulso natural de autopreservación. No obstante, a pesar de las pretensiones de independencia y autosuficiencia de muchas personas, todas ellas siguen teniendo el conocimiento instintivo de que no están completamente aseguradas en ellas mismas.

Puede tenerse cierta medida de seguridad económica a partir de cosas tales como un contrato laboral a largo plazo, ser empleado o propietario de un negocio que haya demostrado su buen rendimiento aún en tiempos difíciles, o poseer un portafolio diversificado de inversiones. Se puede alcanzar cierta medida

de seguridad en el hogar con alarmas, cercados y perros guardianes. Con una fuerza militar bien entrenada y equipada se puede tener cierto grado de seguridad nacional. Sin embargo, la historia y la experiencia personal han probado una y otra vez que tales cosas no pueden garantizar una seguridad absoluta.

Cuando la mayoría de las personas se toman la molestia de pensar al respecto, también tienen la esperanza de alcanzar algún tipo de seguridad *eterna*. Si no creen en el cielo y el infierno, entonces tienen la esperanza de que la muerte sea el fin de su existencia, algo que los llevará a la nada impersonal e inconsciente, o que los introducirá a un nuevo ciclo de existencia en una cadena interminable con eslabones de vidas mejores que las vividas anteriormente.

Pero Pablo ya ha declarado inequívocamente que sin importar si lo entienden o lo admiten, *todos* los hombres, aún los réprobos más paganos, conocen algo acerca de "las cosas invisibles de [Dios], su eterno poder y deidad" (Ro. 1:18-21). Toda persona, judía o gentil por igual, tiene testimonio de su corazón y su conciencia, por el cual está en capacidad de discernir básicamente entre el bien y el mal (2:14-15), y todas las personas saben hasta cierto grado que quienes no viven a la altura de los parámetros de justicia de Dios "son dignos de muerte" (1:32). La mayoría tienen el temor constante de que Dios va a juzgar su pecado, que un día tendrán que rendir cuentas por la manera como han vivido, y la Biblia dice que todos sin excepción vivirán y morirán una sola vez, "y después de esto el juicio" (He. 9:27).

Por lo tanto, la gente espera por instinto que de una u otra forma puedan escapar de ese juicio. Bien sea consciente o inconscientemente, desde una práctica religiosa o irreligiosa, entienden en lo profundo de sí mismos que necesitan tratar el asunto de su inseguridad espiritual. Desean tener la seguridad de que no serán castigados por sus males, y en el intento de hacer esto, los hombres se han ingeniado toda clase de ideas y filosofías falsas para tratar de escapar del castigo que innatamente saben que merecen.

Algunas personas construyen un falso sentido de seguridad espiritual tratando de convencerse a sí mismas de que básicamente son buenas y que un Dios justo no podría condenar a personas buenas y enviarlas al infierno. Ellos creen que sus obras e intenciones buenas van a pesar más que las malas y que en el balance final son agradables y aceptables para Dios. Otros creen que Dios es demasiado amoroso como para enviar a cualquiera al infierno y que al fin de cuentas va a salvar incluso a los pecadores más perversos. Otros todavía insisten en que no hay Dios y que la idea de un juicio divino final es totalmente disparatada y ridícula. Estas creencias son tan comunes que quienes depositan su seguridad en ellas pueden hallar reafirmación en las grandes cantidades de otras personas que están haciendo lo mismo. Llegan incluso a diseñar religiones sofisticadas para afirmar estas opiniones.

Lejos de ser cruel e insensible, el cristiano que expone a la luz pública tales

ideas falsas de seguridad espiritual hace un gran servicio a favor de las personas a quienes da advertencias. Si una persona debe ser elogiada por advertir a una familia que su casa se está incendiando o que un puente que están a punto de cruzar podría derrumbarse a su paso, cuánto más debe encomiarse a un creyente cuando advierte a los no salvos acerca de su perdición y condenación mientras sigan apartados de Jesucristo. Es imposible ofrecer mayor bondad a una persona que la de mostrarle el camino de la salvación, pero antes de que pueda tener motivación para ser salvada, es obvio que debe tener convencimiento de que está perdida.

Como precursor de Jesucristo, Juan el Bautista predicó un serio mensaje de arrepentimiento del pecado (Mt. 3:2). Jesús empezó su propio ministerio predicando el mismo mensaje (Mt. 4:17). Quizás más que cualquier otra cosa, el sermón del monte constituye una serie prolongada de advertencias acerca de esa clase de seguridad espiritual falsa. En ese mensaje el Señor declara de forma inequívoca que la justicia, las actitudes, las buenas obras, relaciones, profesiones, oraciones, ayunos, ceremonias y generosidad de los hombres nunca pueden alcanzar la medida del estándar de santidad perfecta conforme al cual Dios los hace responsables (Mt. 5:48).

Jesús despojó por completo las falsas seguridades del judaísmo de aquel tiempo que se caracterizaban por estar cargadas de hipocresía y legalismo. Él declaró que quienes confían en substitutos externos de la justicia verdadera un día le dirán: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?"; pero a tales discípulos falsos Jesús dirá: "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:22-23). La persona que edifica su casa religiosa sobre cualquier fundamento ingeniado por ella misma, con toda seguridad lo verá arrastrado por completo con la llegada impetuosa de la tormenta del juicio de Dios (vv. 26-27).

Tras mostrar cómo el judío moral y el gentil moral serán traídos por igual ante el gran tribunal de Dios al final de los tiempos y que no cuentan con base alguna para su bienestar y seguridad propios (Ro. 2:1-16), Pablo se enfoca ahora de manera exclusiva en los judíos, el pueblo de pacto de Dios. Ellos recibieron mucha más luz y bendiciones que los gentiles, pero como señala el apóstol a continuación, ese mayor privilegio los hace más responsables ante Dios y no menos, como la mayoría de ellos suponían. Antes de explicar el camino de salvación por medio de la fe en Jesucristo, Pablo rebate el concepto de falsa seguridad espiritual que la mayoría de los judíos tenían basados en su herencia nacional (2:17*a*), en su conocimiento (vv. 17*b*-24), y en su ceremonia (vv. 25-29).

LA FALSA SEGURIDAD DE LA HERENCIA

He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, (2:17*a*)

El pueblo escogido de Dios se enorgullecía en gran manera por tener el nombre **de judío**. En los siglos pasados se había hecho referencia a ellos como hebreos, llamados así a causa del idioma que hablaban. También habían sido llamados por mucho tiempo israelitas, en honor a la tierra que Dios les había prometido y entregado conforme a su pacto con Abraham; pero en el tiempo de Cristo, el nombre más común que tenían era el de judíos. El término se deriva de *Judá*, el nombre de una de las doce tribus así como el nombre del reino del sur después de la división que ocurrió tras la muerte de Salomón; pero durante y después del cautiverio en Babilonia, llegó a utilizarse como referencia a toda la raza que descendió de Abraham por medio de Isaac.

El nombre representaba al mismo tiempo su herencia racial y religiosa, y en sus propias mentes denotaba su carácter distintivo frente a todos los demás pueblos del mundo. A pesar de la servidumbre y la opresión que habían padecido a manos de los gentiles durante cientos de años, y de seguir sufriendo en tiempos del Nuevo Testamento, portaban el nombre **judío** como una medalla de gran honor y orgullo. El nombre los marcaba claramente como el pueblo de Dios, único y especialmente favorecido. El significado de la raíz de *Judá*, y por ende de **judío**, es "alabado", y los judíos en el tiempo de Pablo consideraban que ese era un título y una descripción de ellos muy bien merecidos.

No obstante, los judíos hacía mucho tiempo atrás habían perdido de vista el propósito de su llamamiento divino único, que consistía en ser el canal a través del cual "serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Gn. 12:3). No tuvieron deseo alguno de compartir las verdades y bendiciones que tenían de parte de Dios con el resto del mundo, y mucho menos de ser usados por el Señor como el medio a través del cual Él atraería todas las naciones a sí mismo. La reluctancia de Jonás para ir a predicar a Nínive porque temía que sus habitantes creyeran en Dios y fueran librados del juicio (Jon. 4:2) tipificó la actitud que muchos judíos tenían hacia los gentiles.

En lugar de ver esas verdades y bendiciones divinas como el depósito que un Dios de gracia y perdón había confiado en sus manos, las vieron como su derecho por mérito propio. Ellos creían que habían sido bendecidos especialmente, no a causa de la gracia de Dios, sino debido a su propia bondad. Se sentían superiores y orgullosos con derecho propio. En lugar de gloriarse en su gran Dios y en la gracia por la que se había revelado a sí mismo ante ellos, se jactaban de su propia supuesta grandeza que los hacía merecedores de esa revelación. John Murray observó que ese tipo de actitud "demuestra ... cuán cerca están entre sí el vicio más insolente y el privilegio más sublime, y cómo lo mejor puede prostituirse al servicio de lo peor".

Los profetas menores advirtieron en repetidas ocasiones a sus hermanos compatriotas contra la jactancia arrogante en su herencia como el pueblo escogido de Dios, una actitud que hizo pensar a muchos de ellos que podían pecar con

impunidad total. Como los herederos de la promesa de Dios a Abraham, ellos creyeron que automáticamente estaban protegidos y eximidos de todo juicio; pero Miqueas declaró que los judíos malvados y corruptos que decían con engreimiento: "¿No está Jehová entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros", encontrarían un día su ciudad santa de Jerusalén "arada como campo" y como "montones de ruinas" (Mi. 3:11-12).

El orgullo que sentían por ser el pueblo escogido de Dios hizo a algunos judíos absolutamente ciegos a la realidad, no solo en el aspecto religioso sino también en el político. En cierta ocasión en que Jesús estaba enseñando "a los judíos que habían creído en él", Él dijo: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Jn. 8:31-32). Cuando algunos de los líderes judíos incrédulos escucharon esas palabras, se ofendieron en gran manera. Se habían engañado a sí mismos a tal punto acerca de su superioridad e independencia, que replicaron al instante: "Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?" (v. 33). El Señor se los explicó claramente, pero ellos no captaron la enseñanza. "De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado" (v. 34).

Aún si Jesús hubiera estado hablando en un sentido político, como habían supuesto aquellos líderes, la respuesta que dieron habría sido ridícula. Durante los últimos cien años habían sido cruelmente subyugados a Roma, y justo antes de eso a Grecia; y durante más de mil años antes habían estado bajo servidumbre periódica a Egipto, Asiria y Babilonia.

Sin embargo, la principal confusión de los líderes judíos era en el campo espiritual. Ser descendientes físicos de Abraham no hacía de los judíos su verdadera descendencia espiritual. "Si fueseis hijos de Abraham", les dijo Jesús, "las obras de Abraham haríais. Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre". Cuando ellos contestaron indignados: "Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios", Jesús respondió: "Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido ... Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. ... Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó" (Jn. 8:40-42, 44, 56). Si los líderes judíos hubiesen sido herederos espirituales de Abraham y verdaderos hijos de Dios, habrían recibido gozosamente a Jesús como su Mesías y Rey. Sin embargo, en lugar de recibirle con fe, procuraron matarle, reflejando así el carácter homicida de Satanás, el señor y padre espiritual de ellos.

Encolerizando todavía más a los líderes, Jesús dijo: "De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy" (v. 58). El significado de la raíz del nombre Jehová o Yahvé, es "Yo soy" (véase Éx. 3:14). Por lo tanto, Jesús no

afirmó solamente que ya existía antes que naciese Abraham, unos 2.000 años atrás, sino que aplicó el nombre de pacto de Dios a Él mismo. Puesto que ellos rechazaban las afirmaciones de que Jesús era el Mesías, los judíos consideraron sus palabras como inconcebiblemente blasfemas, y "tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo" (Jn. 8:59).

Jesús desarticuló por completo la seguridad imaginaria de los judíos que se basaba en su herencia racial y religiosa. Juan el Bautista había hecho lo mismo. Mientras estaba bautizaba a judíos arrepentidos en el río Jordán, algunos fariseos y saduceos acudieron a él para ser bautizados, pero Juan los reprendió duramente diciendo: "¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento". Muy consciente de que esos líderes religiosos creían que el mero hecho de ser judíos los protegía del juicio de Dios, Juan añadió: "Y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras" (Mt. 3:7-9).

De una forma similar, incontables personas desde el tiempo de Cristo han considerado que están a salvo del juicio de Dios simplemente por haber nacido en una familia cristiana o haber sido bautizados o pertenecer a una iglesia, o por haber hecho una profesión de fe. Algunas personas se consideran cristiana prácticamente que por defecto. En países europeos que han sido considerados como cristianos por muchos siglos, muchos ciudadanos que no pertenecen específicamente a otra religión se consideran a sí mismos cristianos, simplemente en virtud de su herencia nacional. Incluso en algunos países del medio oriente, muchos ciudadanos que no son musulmanes creen que por defecto son cristianos, por la simple razón de que la otra religión históricamente predominante en el país es la rama ortodoxa oriental del cristianismo, a la cual pertenecieron sus ancestros.

El reformador suizo Ulrico Zwinglio asumió la postura de que si un hijo de creyentes moría en su infancia quedaba dentro del pacto cristiano, en otras palabras, se salvaba. Sin embargo, él no creía que los hijos de los incrédulos se salvaban si morían durante la infancia. Con una falta de lógica que no era típica de su pensamiento, el gran puritano John Owen creía que la salvación de infantes podía transmitirse hasta a dos generaciones, de un abuelo a un nieto, pasando algunas veces por alto la generación intermedia. Uno se pregunta cómo es posible que los padres de en medio, siendo ellos mismos hijos de creyentes, pudieran escapar de ser salvos.

La iglesia católico romana cree que el bautismo de infantes en efecto confiere la salvación. Como un escritor católico ha dicho: "La fe que le falta al infante es reemplazada por la fe de la iglesia". Algunas denominaciones protestantes, aunque niegan que el bautismo de infantes tenga en sí mismo poder para salvar, no obstante sostienen que el ritual tiene beneficio espiritual directo para el niño.

Martín Lutero, por ejemplo, creía que por medio de este sacramento Dios otorga milagrosamente fe salvadora al infante, quien es en sí mismo incapaz de creer. Otros ven el bautismo de infantes como una confirmación de la salvación del niño en virtud de haber nacido en una familia cristiana y por tanto en el nuevo pacto de Jesucristo.

Sin embargo, de acuerdo a las Escrituras, una persona que es criada en un hogar cristiano y entrenada en un ambiente cristiano no se salva gracias a esa herencia, por muy valiosa que sea. Tampoco el bautismo o cualquier otro rito cristiano en sí mismo, posee o concede algún beneficio espiritual. Aparte de la fe verdadera ejercida por la persona que lo recibe, ningún ritual o ceremonia tiene valor espiritual en ningún sentido. El bautismo no es un sacramento, y sin fe se convierte antes en un sacrilegio.

Tales ideas acerca de transferencia de salvación por pacto y sobre la eficacia espiritual del bautismo no son más que extensiones de la clase de mentalidad que generó la creencia judía común en tiempos del Nuevo Testamento, de que una persona se salvaba simplemente por el hecho de ser un descendiente circuncidado de Abraham por la línea de Isaac.

LA FALSA SEGURIDAD DEL CONOCIMIENTO

y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor, y confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los indoctos, maestro de niños, que tienes en la ley la forma de la ciencia y de la verdad. Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros. (2:17*b*-24)

La segunda seguridad religiosa falsa que Pablo menciona es el conocimiento de la **ley**, que en este contexto correspondía a lo que ahora conocemos como el Antiguo Testamento. Esta **ley** representaba no solamente el Pentateuco, los cinco libros de la ley mosaica, sino también lo que se denominaban los escritos (Salmos, Proverbios, etc.), y los profetas. Esta **ley** abarcaba todo el conjunto de la revelación de Dios hasta ese tiempo: su revelación acerca de sus pactos, sus bendiciones, sus maldiciones, sus advertencias, sus promesas, sus ritos y ceremonias, sus estándares morales, así como su enseñanza acerca de Él mismo y sobre el hombre y el plan de redención.

En relación al conocimiento que los judíos tienen de esa revelación divina, el apóstol menciona cuatro aspectos: lo que ellos aprendieron de la **ley** (vv. 17*b*-18),

lo que enseñaban acerca de ella (vv. 19-20), lo que hicieron a la luz de ella (vv. 21-22), y lo que ocasionaron por quebrantarla (vv. 23-24).

LO QUE APRENDIERON ACERCA DE LA LEY

y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor, (2:17*b*-18)

Si se toma aisladamente, esta declaración de Pablo sonaría como una congratulación, pero como él aclara en seguida (véase vv. 21-25), se trata de una fuerte recriminación, porque los judíos no vivían a la altura de la **ley** que conocían tan bien y alababan con tanto fervor. La mayoría de los judíos de aquel tiempo eran orgullosos y justos en su propia opinión a causa de su legado religioso, al punto que habían llegado a **apoyarse en** su conocimiento de **la ley** y aún a **gloriarse en Dios** como medios para satisfacer al Señor. Les encantaba recitar pasajes tales como: "[Dios] ha manifestado sus palabras a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel. No ha hecho así con ninguna otra de las naciones; y en cuanto a sus juicios, no los conocieron. Aleluya" (Sal. 147:19-20).

No obstante, puesto que era imposible para cualquier persona guardar perfectamente toda la ley de Dios, algunos de los rabinos empezaron a enseñar que el mero *aprendizaje* de los hechos de la **ley** era suficiente para agradar a Dios. Debilitando todavía más el propósito de la ley, algunos enseñaban que la mera *posesión* de ella, en la forma de rollos escritos, era suficiente para tal efecto. Otros todavía enseñaban que los judíos estaban a salvo del juicio de Dios por el simple hecho de que, como un pueblo, habían sido escogidos especialmente para ser los *depositarios y guardianes* de la **ley** de Dios.

No obstante, el Antiguo Testamento deja muy claro cuál es su propósito, y en repetidas ocasiones advierte en contra de que los judíos pongan su confianza en ceremonias y objetos externos, incluso aquellos como los sacrificios sacerdotales y el templo que habían sido ordenados por Dios mismo. A través de Jeremías, el Señor dijo:

> *Mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré morar en este lugar. No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este. Pero si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con verdad hiciereis justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimiereis al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente, ni anduviereis en pos de dioses ajenos para mal vuestro, os haré morar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre. (Jer. 7:3-7)*

En otras palabras, la inmunidad y la seguridad espiritual no se encontraban en el templo sino en Dios mismo y en la obediencia fiel a la verdad divina y la justicia y rectitud representadas por su templo.

Cuando los judíos impíos se **gloriaban en Dios** era en realidad un medio para gloriarse en ellos mismos, en los privilegios y bendiciones únicas que creían que eran suyas por derecho propio y no por pura gracia divina.

Los judíos presuntuosos y justos en su propia opinión se sentían satisfechos con el simple hecho de **conocer su voluntad**, sin obedecerla. Conocían lo que Dios requería y lo que vedaba, lo que mandaba y lo que prohibía, lo que aprobaba y lo que desaprobaba, lo que recompensaba y lo que castigaba. Pero en lugar de salvarles, ese conocimiento se convirtió en juicio contra ellos, porque rehusaron vivir conforme a él y se negaron a aceptar el remedio para esa falla colosal.

También estaban dispuestos a **aprobar lo mejor**. *Dokimazō* (**apruebas**) es un término que aludía al concepto de someter algo a prueba con el fin de establecer su valor verdadero, como en el caso de los metales preciosos. En otras palabras, los judíos no solo tenían los medios para conocer qué era bueno y malo, sino también para discernir cuál era la parte más importante de la ley de Dios.

Los judíos también se mantenían **instruidos por la ley** de manera continua. *Katēcheō* (ser **instruido**) es el término del cual se deriva *catecismo*. Tenía el significado general de ser la instrucción de cualquier clase impartida oralmente, pero se asociaba de manera especial con la enseñanza por repetición. Tanto en el hogar como en las sinagogas, los niños judíos en particular eran instruidos en la ley de forma sistemática, intensiva y profunda. No solamente los rabinos, sino también muchos otros hombres judíos, memorizaban extensas porciones del Antiguo Testamento que a menudo recitaban en público como una demostración de piedad.

Resulta irónico que los judíos antiguos consideraban que la sabiduría consistía en actuar de acuerdo al conocimiento propio de cada persona, mientras que los griegos antiguos simplemente igualaban la sabiduría al conocimiento. Sin embargo, en tiempos del Nuevo Testamento, muchos judíos, especialmente los líderes religiosos, habían aceptado en la práctica esa perspectiva griega de la sabiduría. Bien sea que lo hayan hecho intencionalmente o no, la consecuencia fue que empezaron a contentarse con el mero hecho de conocer la ley de Dios, y perdieron el deseo o la motivación para obedecerla. Su problema era que sabían mucho pero obedecían poco.

LO QUE ENSEÑARON ACERCA DE LA LEY

y confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los indoctos, maestro de niños, que tienes en la ley la forma de la ciencia y de la verdad. (2:19-20)

Los judíos no solamente se sentían seguros en lo que conocían sino también en lo que enseñaban. Al considerarse a sí mismos como los más sabios en el campo religioso, también se consideraban como los maestros más competentes de quienes no eran sabios espiritualmente, es decir, de los gentiles, quienes no tenían el beneficio de la revelación escrita de Dios.

Pero la infidelidad continua de Israel para con Dios y la desobediencia de su Palabra la descalificaban para dar ejemplo e impartir enseñanza a los gentiles no iluminados, y cuando los judíos ganaban ocasionalmente un convertido al judaísmo, dejaban a la persona mucho peor de como estaba antes. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros" (Mt. 23:15). En lugar de dirigir a los gentiles para que depositaran su confianza en el Dios verdadero y se hicieran obedientes a su voluntad, los líderes judíos ahogaban a sus prosélitos en el vasto sistema rabínico de tradiciones legalistas fabricadas por el hombre.

En Romanos 2:19-20, Pablo menciona cuatro áreas específicas en las que muchos judíos se consideraban a sí mismos maestros con superioridad espiritual.

Pablo dijo en primer lugar: "**confías en que eres guía de los ciegos**". Los judíos en general y los escribas y fariseos en particular, se consideraban como mentores superiores de la comunidad en cuestiones morales y espirituales. Se veían a sí mismos como guías espirituales de sus hermanos judíos indoctos y en especial de los paganos gentiles que eran **ciegos** espiritualmente; pero debido a su orgullo arrogante y a su desfachatada hipocresía, Jesús los acusó de ser "guías ciegos" (véase Mt. 23:24-28). Lejos de estar calificados para guiar a otros, ellos mismos tenían la gran necesidad de ser guiados.

Segundo, Pablo señala que la mayoría de los judíos se consideraban a sí mismos **luz de los que están en tinieblas**. En realidad ese era precisamente el papel que Dios se había propuesto darle a Israel. Él había llamado a su pueblo a fin de convertirse en una luz espiritual para los gentiles (Is. 42:6). Como ya se indicó, fue por medio de ellos que serían benditas "todas las familias de la tierra" (Gn. 12:3).

Jesús declara que sus discípulos son "la luz del mundo" y les encarga que pongan su luz en un candelero, donde pueda ser vista y haga bien a los demás. "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt. 5:14-16). Esa ha sido siempre la intención de Dios para su pueblo. Él les da luz no solamente para su propio beneficio espiritual sino también para beneficio espiritual del resto del mundo, ante el cual ellos son sus testigos.

Tercero, el judío justo en su propia opinión se enorgullecía de ser un **instructor de los indoctos**. Aquí otra vez el enfoque básico es en los gentiles, a quienes la mayoría de los judíos consideraban **indoctos** en el área de la religión, incluso a los más sabios de ellos.

Cuarto, el judío justo en su propia opinión se consideraba **maestro de niños**. La expresión alude a la enseñanza de niños muy pequeños, en este caso niños dentro de la fe judía. A la luz del contexto, es probable que el término **niños** represente aquí a prosélitos del judaísmo, los cuales necesitaban recibir una instrucción especial. Ellos no necesitaban solamente aprender la ley de Dios sino también librarse de muchas ideas y prácticas paganas con las que habían sido criados.

Por medio de la revelación única de Dios y de su voluntad para Israel, los judíos tenían **en la ley la forma de la ciencia y de la verdad**. *Morphōsis* (**forma**) tiene el significado básico de un croquis o un breve bosquejo, y por ende parece mejor traducir la palabra aquí como "semblante" o "apariencia", porque a lo largo de este pasaje Pablo hace énfasis en la superficialidad religiosa de la mayor parte de los judíos en su época. Él emplea la misma palabra en 2 Timoteo 3:5, donde advierte acerca de hombres en los últimos días: "que tendrán apariencia [*morphōsis*] de piedad, pero negarán la eficacia de ella". En ambos pasajes está implícito el concepto de falsificación.

Sin duda alguna los judíos tienen **en la ley** la revelación **de la ciencia y de la verdad** divinas, pero su entendimiento, enseñanza y ejemplificación práctica de ella se habían entorpecido a tal punto con la tradición rabínica, que la verdadera **ley** de Dios quedaba por lo general sin conocerse ni acatarse.

LO QUE HICIERON CON RELACIÓN A LA LEY

Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio? (2:21-22)

La tercer área de seguridad falsa se relacionaba con lo que la mayoría de los judíos *hacía* en respuesta a la ley que afirmaban conocer y enseñar. Pablo insiste aquí en que su comprensión y enseñanza no solamente estaban muy alejadas de la ley de Dios sino que ellos mismos la desobedecían. Aún cuando enseñaban la verdad, lo hacían con hipocresía. Así como Satanás se disfraza algunas veces como ángel de luz (2 Co. 11:14), los falsos maestros enseñan la verdad para sus propios fines egoístas y perversos.

En términos teológicos, la predicación de ellos refleja cierta ortodoxia (doctrina correcta), pero su vida no refleja ortopraxis (práctica correcta). Se asemejan a los policías o jueces corruptos, cuyas vidas están en contradicción directa a las leyes que han jurado defender y reforzar. Debido a que tienen una mayor responsabilidad, atraen sobre sí mismos un mayor castigo al quebrantar esas leyes.

El salmista hizo esta seria advertencia a los hombres impíos que presumen de

enseñar en el nombre de Dios. "Al malo dijo Dios: ¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes, y que tomar mi pacto en tu boca? Pues tú aborreces la corrección, y echas a tu espalda mis palabras. Si veías al ladrón, tú corrías con él, y con los adúlteros era tu parte. Tu boca metías en mal, y tu lengua componía engaño. Tomabas asiento, y hablabas contra tu hermano; contra el hijo de tu madre ponías infamia" (Sal. 50:16-20),

Hasta los maestros que son creyentes verdaderos tienen la responsabilidad específica de vivir en la práctica lo que predican. Por esa razón Santiago hace esta solemne precaución: "No os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación" (Stg. 3:1).

Así como los maestros malos recriminados por el salmista, el judío hipócrita del tiempo de Pablo acostumbraba **enseñar a otro** las verdades de la Palabra de Dios pero **no se enseñaba a sí mismo**, y estaría mucho menos dispuesto a *obedecer* esas verdades en su propia vida. La actitud de esos hombres fue tipificada por los escribas y fariseos, de quienes Jesús dijo: "Dicen, y no hacen" (Mt. 23:3).

Pablo menciona tres aspectos concretos de su hipocresía espiritual y moral: hurto, adulterio y sacrilegio. **Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas?** pregunta el apóstol. A pesar de los claros pronunciamientos de la ley mosaica en contra del robo, era algo muy común en el judaísmo antiguo. Isaías reprendió a quienes buscan "su propio provecho, cada uno por su lado" (Is. 56:11). Ezequiel denunció a los que "precio [soborno] recibieron ... interés y usura tomaron ... y a [sus] prójimos defraudaron con violencia" (Ez. 22:12). Amós escribió acerca de los que robaban diciendo "abriremos los graneros del pan, y achicaremos la medida, y subiremos el precio, y falsearemos con engaño la balanza" (Am. 8:5). Malaquías acusó a sus hermanos judíos de robar incluso a Dios por quedarse con parte de los diezmos y ofrendas que le eran debidas (Mal. 3:8-9).

Cuando Jesús purificó el templo durante la última semana de su ministerio terrenal, censuró a los cambistas de dinero y a los mercaderes de sacrificios por hacer de la casa de su Padre una "cueva de ladrones" (Mt. 21:13; cp. Jn. 2:16). En otra ocasión condenó duramente a los escribas y fariseos, las autoridades autodesignadas en cuestiones de justicia, por devorar "las casas de las viudas" con el pretexto de servir a Dios (Mt. 23:14).

La segunda área de hipocresía se relacionaba con el pecado sexual. **Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras?** Como ocurre con el hurto, la clara implicación aquí es que ellos practicaban la misma maldad que ellos condenaban en los demás. Muchos hombres judíos trataban de sacar partido de la ordenanza mosaica contra el adulterio, divorciándose de sus esposas y casándose con otra mujer a la que se sintieran más atraídos; pero Jesús declaró que el divorcio y un nuevo matrimonio por cualquier razón que no fuera la infidelidad sexual resultaba en adulterio, como si no hubiera habido divorcio en absoluto (Mt. 5:32; 19:9). El adulterio puede cometerse aún sin el acto físico. "Cualquiera que

mira a una mujer para codiciarla", dijo Jesús, "ya adulteró con ella en su corazón" (5:28).

La tercer área de hipocresía tenía que ver con el sacrilegio. **Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio?** La raíz detrás de la palabra *bdelussō* (**abominar**) significa "heder, emanar". Aunque Israel había caído en la idolatría de forma repetida durante el período de las monarquías, desde el exilio en Babilonia los judíos habían dejado de practicar esa maldad en una medida significativa. Durante las ocupaciones griega y romana después de su regreso de Babilonia, los judíos habían desarrollado un fuerte sentido de abominación frente a cualquier cosa que aludiera o se asemejara a la idolatría. Puesto que algunos césares se habían declarado a sí mismos como dioses, los judíos aborrecían incluso la manipulación de monedas romanas, porque la imagen del César estaba inscrita en ellas (véase Mt. 22:19-21).

El **sacrilegio** del que se habla aquí puede haberse referido al hecho de que algunos judíos robaban cosas de su propio templo en Jerusalén. Como se indicó antes, ellos robaban a Dios con frecuencia al quedarse con una parte de sus diezmos y ofrendas. De acuerdo al historiador judío Josefo, algunos judíos también hurtaban del templo de maneras más engañosas. Él informa que en una ocasión cierto grupo de hombres judíos se las arreglaron para convencer a una mujer romana acaudalada para que diera una gran suma de dinero al templo, pero en lugar de depositar el dinero en el tesoro del templo, se lo repartieron entre ellos mismos.

Sin embargo, la referencia de Pablo a la abominación **de los ídolos** sugiere que él tenía otra cosa en mente con relación al robo del templo. La ley mosaica prohibía estrictamente que los israelitas tuvieran lucro personal a partir de los ídolos que confiscaban tras la conquista de sus enemigos paganos. "Las esculturas de sus dioses quemarás en el fuego; no codiciarás plata ni oro de ellas para tomarlo para ti, para que no tropieces en ello, pues es abominación a Jehová tu Dios" (Dt. 7:25).

Aunque para el tiempo del Nuevo Testamento la nación de Israel hacía mucho tiempo que había dejado de conquistar territorios gentiles, es posible que individuos judíos y villanos se dedicaran a saquear templos paganos por razones puramente mercenarias. La declaración del escribano de Éfeso en el sentido de que Pablo y sus asociados no eran sacrílegos (asaltantes de templos) ni blasfemadores (Hch. 19:37), sugiere que no era fuera de lo común que los judíos resultaran culpables de cometer tales infracciones. Es posible que a pesar de la clara prohibición mosaica, los judíos infractores justificaban esos robos pensando que estaban haciéndole un favor a Dios con esos golpes al aire en contra del paganismo, pero Pablo condena su hipocresía porque el motivo verdadero que tenían no era el celo religioso sino el lucro económico.

LO QUE CAUSARON POR QUEBRANTAR LA LEY DE DIOS

Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros. (2:23-24)

La acusación del versículo 24 aclara que la pregunta del versículo 23 es retórica. Muchos judíos hipócritas estaban cometiendo una flagrante **infracción de la ley** divina de la que se jactaban con tanto orgullo, y al hacer eso **deshonraban a Dios**.

Todo pecado deshonra a Dios. David confesó: "Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos" (Sal. 51:4). El pecado cometido por los que invocan el nombre de Dios es algo que lo deshonra en gran manera. Citando Isaías 52:5, Pablo reprendió firmemente a los judíos hipócritas, declarando que **como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros**.

El principio se aplica todavía con más vigor a los cristianos, porque ellos no solamente han recibido mayor luz espiritual por medio del Nuevo Testamento, sino que tienen mayores recursos espirituales para obedecer esa luz, por medio del Espíritu Santo que mora en el interior de cada uno de ellos. Cuando un creyente cae en pecado, su testimonio se arruina y el nombre de su Señor queda empañado ante el mundo. Los que afirman ser cristianos pero viven en pecado de manera persistente, dan muestra de que llevan el nombre de Cristo en vano, y puesto que no hay diferencia entre su estándar de vida y el del mundo, el nombre del Señor **es blasfemado**.

El Señor se lamentó con Ezequiel en estos términos:

> *Hijo de hombre, mientras la casa de Israel moraba en su tierra, la contaminó con sus caminos y con sus obras; como inmundicia de menstruosa fue su camino delante de mí. Y derramé mi ira sobre ellos por la sangre que derramaron sobre la tierra; porque con sus ídolos la contaminaron. Les esparcí por las naciones, y fueron dispersados por las tierras; conforme a sus caminos y conforme a sus obras les juzgué. Y cuando llegaron a las naciones adonde fueron, profanaron mi santo nombre, diciéndose de ellos: Estos son pueblo de Jehová. (Ez. 36:17-20)*

Cuando los que se conocen por el nombre de Dios pecan abiertamente o son expuestos a la luz pública como llenos de pecado en su vida privada, es entendible que el mundo trate de ridiculizar también a Dios y su Palabra. El incrédulo no tiene razón alguna para arrepentirse de sus pecados y acudir a Dios para ser salvo, cuando ve a personas que profesan ser creyentes cometiendo los mismos pecados o aún peores.

Desafortunadamente, el nombre de Dios también es puesto en ridículo cuando el mundo ve que su pueblo es escarmentado por sus pecados, como en el caso del Israel antiguo que acabó de citarse. Puesto que el mundo no puede comprender cuál es el propósito de la disciplina divina, su razonamiento es: "Si Dios hace sufrir a su propio pueblo de esa manera, ¿por qué querría cualquier persona creerle y servirle".

Por el otro lado, cuando Dios opta por abstenerse de escarmentar a su pueblo, el mundo puede llegar a la conclusión de que Él es demasiado impotente como para controlar y corregir a su pueblo, o que Él aprueba sus actos pecaminosos y por lo tanto Él mismo es malo. De esa manera su nombre es **blasfemado** en los peores términos concebibles.

Sería mejor para muchos cristianos, tanto creyentes verdaderos como falsos, que disimularan su profesión religiosa. La vida que llevan es una contradicción tan obvia de las Escrituras que la causa de Cristo es afrentada y escarnecida por el mundo.

Debido a la justicia egocéntrica y exclusivista de los judíos, se tejieron muchas leyendas difamatorias acerca de ellos en las tierras gentiles donde habitaron. Eran acusados de sacrificar en ciertas ocasiones a un gentil en sus ritos religiosos, y de haber descendido de una horda de esclavos leprosos que se las arreglaron para escapar de las excavaciones de piedra en Egipto. Por infundadas que fueran tales historias, su origen es comprensible. Los gentiles simplemente estaban devolviendo el mismo tipo de menosprecio que la mayoría de los judíos tenían hacia ellos.

LA FALSA SEGURIDAD DEL RITO

Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión. Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley. Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios. (2:25-29)

Procediendo a un tercer tipo de seguridad falsa (la **circuncisión**) en la cual muchos judíos habían depositado su confianza, Pablo clarifica el significado verdadero de ese rito.

Dios había instituido la **circuncisión** como una marca de su pacto con Abraham y sus descendientes, declarando que "de edad de ocho días será circuncidado

todo varón entre vosotros por vuestras generaciones" (Gn. 17:10-12). Siglos más tarde, cuando por alguna razón Moisés dejó sin circuncidar a uno de sus hijos, su esposa Séfora realizó el rito por sí misma protegiendo así a Moisés de la ira del Señor (Éx. 4:24-26).

No hay duda que esta cirugía representaba simbólicamente la pecaminosidad del hombre que se transmite de generación en generación. Precisamente el órgano reproductor del hombre necesitaba purificarse con la remoción de su encubrimiento, de modo que el hombre es pecaminoso en el centro mismo de su naturaleza y necesita limpieza profunda en su corazón. Este símbolo gráfico de la necesidad de quitar el pecado se convirtió en la señal de ser judío.

Sin embargo, por importante que fuera la circuncisión como un acto de obediencia a Dios y un recordatorio a los judíos de su relación de pacto con Él, el rito en sí mismo no tenía poder espiritual de ninguna clase. **La circuncisión aprovecha**, explica Pablo, únicamente **si guardas la ley**, esto es, viviendo en obediencia a la voluntad de Dios. Para el judío fiel y obediente, la **circuncisión** era un símbolo del pacto de Dios, sus bendiciones, su bondad y su protección concedidos a su pueblo escogido. **Pero si eres transgresor de la ley,** Pablo advirtió, **tu circuncisión viene a ser incircuncisión**, es decir, algo sin valor alguno. Un judío que transgrediera continuamente la ley de Dios demostraba que no tenía más relación salvadora con Dios que la de cualquier gentil pagano, a los cuales se referían los judíos con frecuencia como incircuncisos.

Por importante que fuera, la **circuncisión** era solamente un símbolo externo, y en lugar de librar a los judíos de la ley de Dios, la **circuncisión** los hacía todavía más responsables de obedecerla, porque ese ritual daba testimonio del mayor conocimiento que tenían de su propio pecado, de Dios, y de su voluntad para con ellos.

De hecho, la **circuncisión** era más una marca de juicio y obligación que de salvación y libertad. Era un recordatorio constante para los judíos de su pecaminosidad y la obligación que tenían de obedecer la ley de Dios. Al hablar acerca de los judaizantes que estaban corrompiendo a la iglesia enseñando que los cristianos estaban obligados a guardar la ley mosaica, Pablo escribió: "Otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley" (Gá. 5:3). La circuncisión era una marca de obligatoriedad legal.

Mucho antes del tiempo de Pablo el rito de la circuncisión estaba tan envuelto en un velo de superstición, que los rabinos antiguos formulaban dichos tales como: "Ningún judío circuncidado verá el infierno", y "la circuncisión nos salva del infierno". La Midrash incluye la declaración: "Dios juró a Abraham que ninguno que fuera circuncidado sería enviado al infierno. Abraham se sienta antes de la puerta del infierno y nunca permite que entre allí un israelita circuncidado".

No obstante, los profetas habían dicho claramente que la mera circuncisión

física no tenía poder o beneficio espiritual de ninguna clase: "He aquí que vienen días, dice Jehová, en que castigaré a todo circuncidado, y a todo incircunciso; a Egipto y a Judá, a Edom y a los hijos de Amón y de Moab, y a todos los arrinconados en el postrer rincón, los que moran en el desierto; porque todas las naciones son incircuncisas, y toda la casa de Israel es incircuncisa de corazón" (Jer. 9:25-26). La desobediencia a Dios ubicó a los israelitas circuncidados en la misma categoría de juicio compartida por todos los gentiles incircuncisos.

Por otra parte, Pablo continúa, **Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley**.

El apóstol insiste en que la sustancia verdadera de agradar a Dios es la obediencia a su voluntad, de lo cual la circuncisión no es más que un recordatorio simbólico. El hecho de guardar **las ordenanzas de la ley** con sinceridad debido a que es la voluntad de Dios, es de gran valor, en cambio la circuncisión sin obediencia es algo que carece totalmente de valor. **Si, pues, el incircunciso,** es decir, el gentil, **guardare las ordenanzas de la ley**, Dios le verá con el mismo favor con que mira a un judío circuncidado que guarda su ley, y por esa razón **será tenida su incircuncisión** como si fuera una verdadera **circuncisión** o señal del pacto con Dios.

La siguiente andanada devastadora de Pablo contra el judío que tiene una confianza falsa en sus privilegios judíos fue la declaración de que el gentil obediente **que físicamente es incircunciso** no solamente agrada a Dios sino que en sentido figurado va a sentarse a juzgar a los judíos desobedientes, quienes teniendo **la letra de la ley** y la **circuncisión** física son **transgresores de la ley**. Esto no quiere decir que esos gentiles vayan literalmente a ejecutar el juicio como tal, ya que esta es una prerrogativa de Dios solamente, sino más bien que su obediencia fiel se presentará como una reprimenda de la desobediencia e infidelidad de los judíos hipócritas. A la iglesia gentil de los filipenses, Pablo dijo que los judíos desobedientes y no salvos que rechazaron el evangelio de la gracia divina eran "perros, ... malos obreros, ... [y] mutiladores del cuerpo" (Fil. 3:2).

El teólogo Charles Hodge escribió: "Siempre que la religión verdadera declina, toma fuerza una disposición para poner énfasis indebido en los ritos externos. Los judíos cuando perdieron su espiritualidad, supusieron que la circuncisión tenía el poder para salvarles". La apostasía siempre modifica el enfoque religioso de lo interno a lo externo, de la obediencia humilde al formalismo hueco.

En los versículos 28-29 Pablo resume su demolición de la confianza falsa. Primero reitera que la herencia judía por muy maravillosa que fuese, no tenía en sí misma beneficio espiritual en absoluto: **No es judío el que lo es exteriormente**. Como Juan el Bautista había pronunciado muchos años atrás, Dios pudo haber levantado de las piedras a descendientes *físicos* de Abraham, si lo hubiera

querido (Mt. 3:9). Pablo también dijo más adelante en su epístola algo muy parecido, al contender que "no todos los que descienden de Israel son israelitas" (Ro. 9:6). En segundo lugar, Pablo vuelve a recalcar la verdad de que la ceremonia no tiene valor en sí misma, al decir que **ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne**.

Para juntar esas dos verdades, el apóstol dice que el verdadero hijo de Dios, cuya epítome es el **judío** fiel, es la persona **que lo es en lo interior**. La marca verdadera del hijo de Dios no es un símbolo externo tal como la **circuncisión**, sino una condición **del corazón** que teme a Dios.

En tercer lugar, Pablo reafirma la verdad de que el conocimiento de la ley de Dios no tiene poder para salvar a una persona. La salvación viene **en espíritu** y por obra del Espíritu Santo de Dios, **no en letra** escrita de su Palabra por muy verdadera que sea.

La alabanza recibida por el judío verdadero y el creyente verdadero **no viene de los hombres**, quienes están más inclinados a ridiculizar al pueblo de Dios que a elogiarlo. La recompensa de alabanza del creyente verdadero viene directamente **de Dios**, su Padre celestial.

La ventaja de ser judío 13

¿Qué ventaja tiene, pues el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios. ¿Pues que, si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios? De ninguna manera; antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado. Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios que da castigo? (Hablo como hombre.) En ninguna manera; de otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo? Pero si por mi mentira la verdad de Dios abundó para su gloria, ¿por qué aún soy juzgado como pecador? ¿Y por qué no decir (como se nos calumnia, y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos): Hagamos males para que vengan bienes? (3:1-8)

Al examinar la historia trágica en muchos aspectos del pueblo judío, uno no se siente inclinado a pensar que haya habido alguna ventaja en el hecho de ser judío. A pesar de la realidad de su nobleza como grupo humano y escogido por Dios, su historia ha sido una odisea de esclavitud, penuria, guerra, persecución, vejación, cautividad, dispersión y humillación.

Fueron esclavos en Egipto durante unos 400 años, y tras ser libertados milagrosamente por Dios, deambularon en un desierto árido durante 40 años, hasta que se extinguió toda una generación. Cuando al fin pudieron entrar a la tierra que Dios les había prometido, tuvieron que luchar para ganarse cada metro cuadrado y seguir luchando para proteger lo que habían ganado. Después de varios cientos de años, la nación fue dividida por una guerra civil. Después el reino del norte fue casi diezmado por Asiria, y el remanente fue llevado cautivo a ese país. Más tarde, el reino del sur fue conquistado y exiliado en Babilonia durante setenta años, después de los cuales se permitió a algunos judíos regresar a Palestina.

No había pasado mucho tiempo después de la reconstrucción de su país natal, cuando fueron conquistados por Grecia, y el déspota Antíoco Epífanes se

regodeó profanando su templo, corrompiendo sus sacrificios y matando a sus sacerdotes. Bajo el dominio de los romanos no tuvieron mejor suerte. Muchos miles de rebeldes judíos fueron crucificados en público, y bajo Herodes el grande cientos de bebés judíos fueron muertos a filo de espada a causa de sus celos dementes por la llegada del niño Jesús. En el año 70 d.C., el general romano Tito Vespasiano ejecutó las órdenes del César de destruir completamente a Jerusalén, su templo y la mayoría de sus ciudadanos. Según Josefo, más de un millón de judíos de todas las edades fueron inmolados sin misericordia, y unos cien mil de los que sobrevivieron fueron vendidos como esclavos o enviados a Roma para morir en los juegos de los gladiadores. Dos años antes, los gentiles habían matado en Cesarea a veinte mil judíos y vendido a muchos más como esclavos. Durante ese mismo período de tiempo, los habitantes de Damasco degollaron a más de diez mil judíos en un solo día.

En el año 115 a.C. los judíos de Cirene, Egipto, Chipre y Mesopotamia se rebelaron contra Roma. Cuando fracasaron, el emperador Adriano destruyó 985 pueblos en Palestina y mató por lo menos a 600.000 hombres judíos. Miles más perecieron por hambre y enfermedades. Se vendieron tantos judíos como esclavos que el precio de un varón en buen estado físico se redujo al mismo precio de un caballo. En el año 380 el emperador Teodosio I formuló un código legal que declaraba a los judíos como una raza inferior de seres humanos, una idea demoníaca que se difundió en la mayor parte de Europa durante más de mil años y que aún persiste en muchas partes del mundo hasta nuestros días.

Durante unos dos siglos los judíos fueron oprimidos por la rama bizantina del dividido imperio romano. El emperador Heróclito los desterró de Jerusalén en 628 y más tarde trató de exterminarlos. Leo el asirio les dio la oportunidad de convertirse al cristianismo o ser desterrados del reino. Cuando se lanzó la primera cruzada en 1096 para capturar la tierra santa que estaba ocupada por los turcos otomanos, los cruzados mataron a miles de judíos en su camino hacia Palestina, aplastando brutalmente a muchos de ellos bajo los cascos de sus caballos. Por supuesto, esa monstruosa carnicería se cometió en nombre del cristianismo.

En el año de 1254 el rey Luis IX expulsó a todos los judíos de Francia. Cuando muchos de ellos regresaron más tarde a ese país, Felipe el hermoso desalojó nuevamente a otros cien mil en 1306. En 1492 los judíos fueron expulsados de España al mismo tiempo que Colón empezaba su primer viaje a través del Atlántico, y cuatro años más tarde también fueron arrojados de Portugal. En poco tiempo la mayoría de las naciones de Europa occidental les cerraron por completo las puertas a excepción de unas cuantas áreas al norte de Italia, en Alemania y en Polonia. Aunque la revolución francesa emancipó a muchos judíos, el antisemitismo cruel siguió siendo predominante en la mayor parte de Europa y en algunos lugares de Rusia. Miles de judíos fueron masacrados en Ucrania en

1818. En 1894, debido al antisemitismo creciente del ejército francés, un oficial judío llamado Dreyfus fue acusado falsamente de traición, y esa denuncia fue utilizada como una excusa para destituir a todos los judíos que ejercían cargos de alto rango militar.

Cuando cierto número de judíos influyentes empezaron a soñar con el restablecimiento de su nación en Palestina, nació el movimiento sionista, cuyo primer congreso se reunió en Basel, Suiza, en 1897. Para 1914, unos 90.000 judíos ya se habían logrado establecer en Palestina. En el holocausto nazi de comienzos de la década de los cuarenta y que no tuvo paralelo alguno en la historia, fueron exterminados por lo menos unos 6 millones de judíos, en esta ocasión por razones raciales y no religiosas.

Aunque en nuestra sociedad el antisemitismo muy rara vez se expresa de manera tan abierta, los judíos en muchas partes del mundo todavía sufren por ninguna otra razón que el ser judíos. Desde la perspectiva puramente histórica, por lo tanto, los judíos han sido continua y cruelmente uno de los pueblos más desventurados de todos los tiempos.

Históricamente hablando, los judíos no solamente tenían poca seguridad social o política, sino que en Romanos 2:17-20 Pablo declara que, aunque son el pueblo especial, escogido y bendecido de Dios, los judíos ni siquiera tienen garantizada su seguridad *espiritual*, bien sea por linaje físico o por herencia religiosa. Haber nacido como descendientes de Abraham, conocer la ley de Dios y ser circuncidados, no les tenía asegurado un lugar en el cielo. De hecho, en lugar de proteger a los judíos del juicio de Dios, esas bendiciones los hacían mucho más responsables de obedecer al Señor.

Tras demoler las seguridades falsas con las que los judíos contaban confiadamente, Pablo se anticipó a las objeciones más fuertes con las que sus lectores judíos tratarían de refutarle. Las verdades que expone en la carta a los romanos, él ya las había enseñado muchas veces y en muchos lugares, y él sabía cuáles eran las objeciones más comunes que se plantearían en Roma.

Pablo había confrontado a objetores judíos desde el comienzo de su ministerio, por ejemplo en aquella ocasión cuando llevó al templo a cuatro cristianos judíos para cumplir un voto. Los líderes le echaron mano y exclamaron ante toda la multitud: "¡Varones israelitas, ayudad! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, la ley y este lugar; y además de esto, ha metido a griegos en el templo, y ha profanado este santo lugar" (Hch. 21:28). Era debido a que Pablo tenía la reputación de enseñar esas cosas que los ancianos cristianos en Jerusalén le persuadieron de llevar al templo a esos hombres con él, pensando que ese acto convencería a los líderes de que Pablo no había dado la espalda a la enseñanza de Moisés (véase vv. 21-24).

En su defensa ante el rey Agripa, Pablo dijo:

No fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento. Por causa de esto los judíos, prendiéndome en el templo, intentaron matarme. Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder. (Hch. 26:19-22)

El apóstol no enseñaba que la herencia judía y las ceremonias de la ley mosaica no fueran importantes. Puesto que habían sido dadas por Dios, tenían una tremenda importancia, pero en el tiempo de Pablo y nunca antes, habían sido los medios efectivos para satisfacer las demandas divinas de justicia. Suministraban a los judíos grandes ventajas espirituales, pero no proveían seguridad espiritual de ninguna clase.

Después de su conversión, Pablo continuó adorando a Dios en el templo cuando estaba en Jerusalén y practicando fielmente las enseñanzas morales de la ley mosaica. Él mismo se encargó personalmente de circuncidar a Timoteo, quien era judío por parte materna, como una concesión especial para los judíos que vivían en la región de Galacia (Hch. 16:1-3). Él inclusive continuó observando muchas de las costumbres ceremoniales y los patrones rabínicos a fin de no ofender a los judíos legalistas, como está indicado en Hechos 21:24-26.

No obstante, la esencia de su predicación era que ninguno de esos actos externos tienen beneficio para la salvación y que una persona puede ser justa para con Dios únicamente por medio de la confianza en su Hijo Jesucristo. Era esa verdad de la salvación por la gracia de Dios únicamente y obrando mediante la fe del hombre, lo que los judíos incrédulos encontraban del todo intolerable, porque ponía al descubierto la absoluta falta de valor de sus tradiciones y la hipocresía de su ostentosa devoción a Dios.

Los judíos justos en su propia opinión y satisfechos consigo mismos no podían resistir cualquier ataque contra su supuesta seguridad como descendientes de Abraham y su legalismo inventado por los hombres. El apóstol había aprendido de todas estas experiencias que los judíos incrédulos siempre estarían dispuestos a acusarle de enseñar en contra del pueblo escogido de Dios, en contra de las promesas de Dios a su pueblo, y en contra de la pureza de Dios mismo. Por lo tanto, son esas tres objeciones las que él pasa a confrontar en Romanos 3:1-8.

LA OBJECIÓN DE QUE PABLO ATACABA AL PUEBLO DE DIOS

¿Qué ventaja tiene, pues el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios. (3:1-2)

Los acusadores de Pablo siempre le inculpaban de enseñar que el llamamiento del Señor a Israel para ser su pueblo especial era insignificante. Si eso era cierto, el apóstol habría blasfemado el carácter y la integridad de Dios mismo.

Pablo conocía las preguntas que algunos judíos en Roma harían después de leer o escuchar acerca de la primera parte de su carta. "Si nuestro legado judío, nuestro conocimiento y enseñanza de la ley mosaica, y nuestra observancia de rituales judíos tales como la circuncisión no hacen a un judío justo delante de Dios", se preguntarían ellos: "**¿entonces qué ventaja tiene el judío? O ¿cuál es el beneficio de la circuncisión?**"

Hay muchos pasajes de las Escrituras que habrían llegado a sus mentes. Justo antes que Dios presentara los diez mandamientos a Israel, Él les dijo: "Vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa" (Éx. 19:6). Moisés escribió acerca de Israel: "He aquí, de Jehová tu Dios son los cielos, y los cielos de los cielos, la tierra, y todas las cosas que hay en ella. Solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos, y escogió su descendencia después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos" (Dt. 10:14-15). En el mismo libro Moisés escribió: "Eres pueblo santo a Jehová tu Dios, y Jehová te ha escogido para que le seas un pueblo único de entre todos los pueblos que están sobre la tierra" (14:2). El salmista exclamó con regocijo: "JAH ha escogido a Jacob para sí, a Israel por posesión suya" (Sal. 135:4). Por medio de Isaías, el Señor declaró sobre Israel: "Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará" (Is. 43:21).

Debido a esas y a otros pasajes incontables del Antiguo Testamento que testifican sobre el llamamiento y bendición únicos de Israel, muchos judíos llegaron a la conclusión de que el hecho de ser judíos en sí mismo los hacía aceptables para Dios; pero como Pablo ha indicado, ser descendientes *físicos* de Abraham no los habilitaba para ser sus descendientes *espirituales*. Si no tenían la marca del Espíritu de Dios inscrita en sus corazones, la marca externa de la circuncisión en su carne carecía de valor (Ro. 2:17-29).

Sin embargo, Pablo continúa explicando, la ventaja de ser judío era algo que aprovechaba **mucho, en todas maneras**. Aunque no traía como resultado automático la salvación, sí confería muchos privilegios que los gentiles no tenían. Más adelante en la epístola, Pablo se dirige a sus lectores, sin duda alguna con lágrimas en sus ojos mientras escribía estas palabras: "Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria y el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo" (9:3-5).

Los judíos como pueblo habían sido adoptados por Dios como hijos suyos, con quienes Él hizo varios pactos exclusivos. Él les había dado su ley santa y prometido que a través de su linaje vendría el Salvador del mundo. El pueblo

judío era sin duda especial ante los ojos de Dios. Fueron bendecidos, protegidos y libertados como ninguna otra nación de la tierra.

A pesar de esto, la mayoría de los judíos prestaban poca atención al lado negativo de la revelación de Dios dada a ellos. Él proclamó acerca de Israel: "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades" (Am. 3:2). Con los altos privilegios también vinieron las altas responsabilidades.

En la parábola del banquete de bodas, Jesús comparó el reino del cielo con una fiesta ofrecida por un rey para celebrar el matrimonio de su hijo. En repetidas ocasiones él envió mensajeros a los invitados diciéndoles que el banquete estaba listo, pero vez tras vez ellos ignoraron la invitación. Algunos de ellos incluso maltrataron y mataron a los mensajeros. El rey enfurecido envió a sus soldados para destruir a los asesinos e incendiar sus ciudades. Después el rey envió a otros mensajeros para invitar a todos los súbditos del reino al banquete, sin importar cuál fuera su rango o riqueza (Mt. 22:1-9).

Esa parábola representa a Israel como los primeros invitados que recibieron más privilegios y que fueron convidados para celebrar la venida del Hijo de Dios para redimir al mundo; pero cuando la mayoría de los judíos rechazaron a Jesús como su Mesías, Dios abrió la puerta para los gentiles, aquellos a quienes los mensajeros del rey encontraron por los caminos y en las calles. Yo creo que los invitados que asistieron al banquete representan la iglesia, aquellas personas en general que reconocen a Cristo como el Hijo de Dios y quienes le han recibido como Señor y Salvador.

Por medio de Isaías el Señor se lamentó por Israel: "¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres?" (Is. 5:4). La respuesta, por supuesto, era que no había nada más que Dios pudiera haber hecho por su pueblo. Él había derramado sobre ellos todas las bendiciones y ventajas concebibles.

Para ser un poco más específico en cuanto a sus beneficios, Pablo dijo a sus opositores judíos hipotéticos: "A ustedes **les ha sido confiada la palabra de Dios**". Aquí *logion* (palabra) es un diminutivo de *logos* que se traduce comúnmente como *palabra*. Por lo general, *logion* se refería a dichos o mensajes importantes, especialmente los oráculos divinos o las expresiones sobrenaturales.

El mismo término también se traduce en su forma plural en Hechos 7:38 y Hebreos 5:12 para hacer referencia a "las palabras de Dios". Algunas traducciones se refieren a ellas como *oráculos* pero esta expresión no parece adecuada al contexto debido a que se asocia con ritos paganos. En muchas religiones de aquel tiempo, había pitonisas y videntes que daban predicciones ocultas del futuro y otros mensajes del mundo de los espíritus por medio de "oráculos" sobrenaturales. Los adivinos de la suerte pretendían predecir cosas tales como éxito o fracaso en los negocios, victorias o derrotas militares y matrimonios

felices o trágicos, por medio de la observación de los movimientos de los peces en un tanque, la formación de serpientes en un foso, o escuchando los sonidos de ciertas aves.

Tal connotación no podía estar mas lejos del empleo que Pablo hace de *logion* en este pasaje. Lo que quiere dar a entender aquí es que a los judíos **les** había **sido confiada la palabra de Dios**, todas las cosas dichas por el único y verdadero Dios tal como quedaron consignadas en el Antiguo Testamento (cp. Dt. 4:1-2; 6:1-2). La revelación que Dios hizo de sí mismo y de su voluntad había sido **confiada** a los judíos, y eso fue para ellos un privilegio inimaginable así como una responsabilidad igualmente inmensa.

Como el poeta William Cowper escribió:

> Ellos, y solo ellos entre toda la humanidad,
> Recibieron la transcripción de la Mente Eterna;
> Les fueron confiadas sus propias leyes cinceladas,
> Y se constituyeron en guardianes de su causa;
> Suyos fueron los profetas, suyo el llamado sacerdotal,
> Y suyo, por nacimiento, el Salvador de todos nosotros.

Trágicamente, sin embargo, los judíos tenían su atención tan enfocada en los privilegios que habían recibido, que perdieron de vista las responsabilidades. Durante un período de su historia extraviaron el registro escrito de la ley de Dios. Únicamente cuando Hilcías el sumo sacerdote pudo encontrar una copia de ella durante la restauración del templo, fue que Judá empezó a honrar de nuevo los mandamientos del Señor y a observar sus ceremonias durante un breve tiempo bajo el reinado del piadoso rey Josías (véase 2 Cr. 34:14-33).

Por muchos siglos antes del tiempo de Pablo, empezando durante el cautiverio en Babilonia, la reverencia de los judíos hacia sus tradiciones e interpretaciones rabínicas e inventadas por los hombres llegó a pesar más que su reverencia hacia la Palabra escrita de Dios.

Los líderes religiosos del tiempo de Jesús se jactaban de ser expertos en las Escrituras, pero cuando los saduceos trataron de poner a Jesús en aprietos haciendo una pregunta hipotética sobre el matrimonio en el cielo, Él los reprendió diciendo: "¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios?" (Mr. 12:24).

A una multitud de judíos incrédulos en Jesús el Señor declaró: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn. 5:39). En la historia del rico y Lázaro, el hombre rico murió y fue al infierno. Desde allí exclamó a Abraham para que enviara un mensajero especial que le mostrase a sus hermanos el camino de la salvación, pero Abraham contestó: "A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos"

(Lc. 16:29). En otras palabras, el Antiguo Testamento contenía de por sí toda la verdad que cualquier judío (o gentil, para tal efecto) necesitaba para ser salvo. Los judíos que de verdad creían las Escrituras reconocieron a Jesús como el Hijo de Dios, porque Él es el foco central del Antiguo Testamento así como del Nuevo; pero la mayoría de los judíos prefirieron seguir las tradiciones de los rabinos y los ancianos por encima de "las Sagradas Escrituras, las cuales ... pueden hacer sabio [a cualquier persona] para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús" (2 Ti. 3:15).

Esa misma actitud ha caracterizado gran parte del cristianismo a lo largo de su historia. Las enseñanzas y parámetros de una denominación o de un grupo o secta exclusivista con mucha frecuencia han dejado en la sombra, y aún contradicen del todo, la propia revelación de Dios en la Biblia.

Pertenecer a una iglesia cristiana es muy parecido a lo que significaba ser judío bajo el antiguo pacto. La identidad externa con los que afirman ser el pueblo de Dios, aún cuando se trata de creyentes genuinos, no tiene beneficio alguno en sí mismo para un incrédulo; pero es cierto que esa persona tiene una gran ventaja por encima de otros incrédulos, si en la iglesia a la que asiste es expuesto a la enseñanza doctrinal sana de la Palabra de Dios. No obstante, si esa persona no aprovecha ese privilegio, hace su culpa y condenación todavía peores de lo que habrían sido si nunca hubiera escuchado el evangelio. "Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio" (He. 10:26-27; cp. 4:2-3).

LA OBJECIÓN DE QUE PABLO ATACABA LAS PROMESAS DE DIOS

¿Pues que, si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios? De ninguna manera; antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado. (3:3-4)

La siguiente objeción que Pablo anticipó y confrontó fue la de que su enseñanza abrogaba las promesas de Dios a Israel. Como lo sabe cualquier estudiante del Antiguo Testamento, las promesas de Dios hechas a su pueblo escogido son numerosas. ¿Cómo entonces, podía sostener Pablo que era imposible que un judío basara su seguridad en esas promesas?

La respuesta de Pablo reflejaba la enseñanza explícita e implícita de las Escrituras judías mismas. Dios nunca prometió que cualquier individuo judío, sin importar la pureza de su linaje físico desde Abraham, o de cualquier otro santo ilustre del Antiguo Testamento, pudiera basar su seguridad en las promesas de

Dios aparte del arrepentimiento y la fe personal en Dios que trajeran como resultado la obediencia de corazón. Isaías 55:6-7 provee una buena ilustración de la clara invitación de Dios a tener ese tipo de fe obediente: "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar".

Como en el pasaje de Amós 3:2 citado anteriormente, muchas de las más grandes promesas de Dios estuvieron también acompañadas por las advertencias más severas, y la mayoría de esas promesas eran condicionales, se basaban en la fe y la obediencia de su pueblo. Las pocas promesas incondicionales que Él hizo estaban dirigidas a la nación de Israel como un todo, no a judíos individuales (véase por ejemplo, Gn. 12:3; Is. 44:1-5; Zac. 12:10).

Por lo tanto, el apóstol estaba en parte de acuerdo con sus acusadores, diciendo **¿Pues que, si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios?** Sus opositores estaban en lo correcto al defender la integridad del Señor. Sin importar cómo respondieran los hombres a sus promesas, Él es absolutamente fiel y cumple su Palabra.

Así no se haga de manera intencional, la idea en teología de pactos según la cual la iglesia ha reemplazado a Israel en el plan de redención de Dios da por sentada la fidelidad de Dios para cumplir sus promesas incondicionales a Israel. Debido al rechazo de Israel hacia Jesucristo como su Mesías, Dios ha pospuesto el cumplimiento de su promesa de redimir y restaurar a Israel como una nación, pero no Él no ha renegado de su promesa porque ni siquiera lo *puede* hacer conforme a su naturaleza santa. Por ejemplo, su predicción para cierto día futuro en la que dice "derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración, y mirarán a mí, a quien traspasaron" (Zac. 12:10) no podría aplicarse a la iglesia; y debido a que una renovación de esa magnitud nunca ha ocurrido en la historia de Israel, esa predicción o bien es falsa o todavía está por cumplirse.

Más adelante en la epístola Pablo afirma enérgicamente que Dios no ha rechazado a su pueblo Israel (Ro. 11:1). Unos cuantos versículos más adelante él declara: "Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados". A fin de no ser mal interpretado como si se estuviera refiriendo a la iglesia como el nuevo Israel, Pablo añade: "Así que en cuanto al evangelio, [los judíos] son enemigos por causa de vosotros [los cristianos]; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios" (vv. 25-29).

La salvación de Israel como nación es tan inevitable como irrevocables son las promesas de Dios, pero esa certidumbre futura no suministra a los judíos como *individuos* mayor garantía de ser salvo en el presente que la del gentil más pagano de todos.

El error de los acusadores de Pablo radicaba en creer que las promesas incondicionales de Dios para la nación de Israel se aplicaban a todos los individuos judíos de todos los tiempos; pero como Pablo demuestra antes en 9:6-7: "No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia".

Los acusadores tenían razón al contender que Dios no puede faltar a su palabra. Si las bendiciones de una promesa no se materializaban, era debido a que su *pueblo* fue **incrédulo** y no obedeció las condiciones de la promesa, pero **su incredulidad** no podía impedir la salvación que Dios habría de traer finalmente a la nación prometida.

Sin embargo, una verdad todavía más profunda era que, contrario a lo que pensaban la mayoría de los judíos, la salvación *nunca* fue ofrecida por Dios sobre la base de la herencia, la ceremonia, las buenas obras, o cualquier otro argumento aparte de la fe. Por lo tanto, Pablo pregunta retóricamente: "¿Acaso el hecho de que los judíos que **han sido incrédulos** perdieron su derecho personal a las bendiciones prometidas por Dios y se impidieron a sí mismos el acceso a la herencia del reino de Dios, **hará nula la fidelidad de Dios?"** Su salvación de Israel vendrá un día, cuando todo Israel sea salvo.

Para responder su propia pregunta él exclama, **de ninguna manera**. La frase *mē genoito* (**de ninguna manera**) era la expresión de negación más enérgica en el griego y usualmente llevaba la connotación de absoluta imposibilidad. "Por supuesto que Dios no puede ser infiel a sus promesas o en cualquier otro sentido", es lo que Pablo estaba diciendo.

Antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso. Si todo ser humano que ha vivido declarara que Dios es falaz, **Dios** sería hallado **veraz** y **todo hombre** que testificara en su contra quedaría expuesto como un **mentiroso**.

Invocando la autoridad de las Escrituras como lo hacía con regularidad, Pablo cita del gran salmo penitente de David, el rey más ilustre y amado de Israel, desde cuyo trono reinaría el Mesías mismo algún día. **Como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado** (véase Sal. 51:4). Debido a que Dios es perfecto y es Él mismo la medida de toda bondad y verdad, su Palabra es su propia verificación y su juicio es su propia justificación. Es una total necedad suponer que el Señor del cielo y de la tierra no pudiera salir como vencedor en contra del juicio pecaminoso y pervertido que el hombre o Satanás pudieran atreverse a levantar en su contra.

LA OBJECIÓN DE QUE PABLO ATACABA LA PUREZA DE DIOS

Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios que da castigo? (Hablo como hombre.) En ninguna manera; de otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo? Pero si por mi mentira la verdad de Dios abundó para su gloria, ¿por qué aún soy juzgado como pecador? ¿Y por qué no decir (como se nos calumnia, y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos): Hagamos males para que vengan bienes? (3:5-8)

La tercera objeción anticipada por Pablo era de que su enseñanza atentaba contra la pureza y la santidad mismas de Dios. La argumentación de sus acusadores habría sido más o menos de esta manera:

> Si Dios es glorificado por los pecados de Israel, y Él demuestra ser fiel a pesar de la infidelidad de su propio pueblo escogido, entonces el pecado glorifica a Dios. En otras palabras, Pablo, usted está diciendo que aquello prohibido estrictamente por Dios en realidad le trae gloria. Usted está diciendo que Dios es como un mercader que muestra una costosa joya de oro sobre un pedazo de terciopelo negro para que el contraste haga parecer más elegante y hermoso al oro. Usted está acusando a Dios de utilizar el pecado del hombre para traer mayor gloria para Él mismo, y eso es una blasfemia. Usted está impugnando la justa pureza de Dios y no solo eso, sino que **si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos** acerca del juicio de Dios? Si lo que usted dice es cierto, ¿por qué razón Dios castiga el pecado? **¿Será injusto Dios que da castigo?**

Aquí de nuevo, para evitar que sus lectores lleguen a la conclusión de que él está expresando su propia manera de pensar, Pablo añade de inmediato la explicación entre paréntesis **(hablo como hombre)** según la cual él estaba hablando en términos meramente humanos, es decir, de acuerdo a la lógica humana de la mente natural. En efecto, él estaba diciendo: "No piensen por un instante que yo creo esas cosas pervertidas y sin sentido, solamente estoy parafraseando los cargos que con frecuencia se impugnan en mi contra".

Para hacer más intensa su no aceptación de tales denuncias, Pablo dice de nuevo, **en ninguna manera**. Es obvio que Dios no alienta ni condona el pecado con el fin de glorificarse a sí mismo, **de otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?**

Si los judíos entendían bien alguna cosa de la naturaleza de Dios era que Él es

un juez perfecto. Desde el principio del Antiguo Testamento Él es llamado "el Juez de toda la tierra" (Gn. 18:25). Los salmistas se refieren a Él en repetidas ocasiones como un juez (véase por ejemplo, Sal. 50:6; 58:11; 94:2). Un tema principal prácticamente en todos los profetas es el juicio de Dios, tanto en el pasado como en el presente, tanto inminente como en futuro distante. El punto obvio de Pablo aquí es que Dios no tendría base alguna para ejecutar juicios ecuánimes, justos y puros si condonara el pecado.

En los versículos 7 y 8 el apóstol reitera en términos un poco diferentes los cargos falsos en su contra: "Ustedes afirman que yo digo, **si por mi mentira la verdad de Dios abundó para su gloria, ¿por qué aún soy juzgado como pecador?"**

Esa fue una clara acusación de antinomianismo (desacato a la ley de Dios) de la peor clase. Los críticos estaban culpando a Pablo de enseñar que entre más malvada es una persona, más está glorificando a Dios; entre más infiel sea una persona, más puede hacer que Dios aparezca como fiel; entre más mienta una persona, más exalta la veracidad de Dios.

Esas no eran falsas representaciones hipotéticas que a Pablo se le estuvieran ocurriendo en ese momento, como lo aclara en su siguiente afirmación: **¿Y por qué no decir (como se nos calumnia, y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos): Hagamos males para que vengan bienes?** Obviamente los enemigos de Pablo habían denunciado en repetidas ocasiones que su evangelio de salvación por gracia solamente, además de desvirtuar la ley de Dios también concedía licencia para pecar con absoluta impunidad. En efecto, ellos le acusaban de decir que, ante los ojos de Dios, el pecado es tan aceptable como la rectitud, sino aún más.

Aunque los escribas y fariseos eran ellos mismos pecadores e hipócritas hasta la médula, les encantaba condenar a otros por quebrantar la ley mosaica y las tradiciones rabínicas hasta en el grado más ínfimo. Su religión era el legalismo personificado, y la idea de gracia divina era por ende anatema para ellos, porque desvirtuaba por completo la justicia por obras en la que tenían fundada su esperanza.

El mismo legalismo caracterizaba a los judaizantes, supuestos conversos judíos al cristianismo quienes insistían en que los cristianos debían acatar todas las leyes y ceremonias mosaicas. Sus denuncias contra el evangelio de gracia de Pablo eran prácticamente idénticas a las de los escribas y fariseos. Por lo tanto, el apóstol fue atacado de forma muy similar, tanto en la iglesia como fuera de ella. Por eso es probable que Pablo estuviera dirigiendo sus argumentos, tanto a los líderes judíos que atacaban desde afuera, como a los judaizantes que estaban dentro de la iglesia.

Una de las características más obvias de la naturaleza humana caída es su sorprendente capacidad para racionalizar y justificar el pecado. Hasta los niños

pequeños son hábiles para dar una buena razón por haber hecho algo malo. En esencia, era de eso que los opositores de Pablo le acusaban, de racionalizar el pecado con base en el argumento de que era algo que glorificaba a Dios.

Más adelante en la epístola Pablo trata este mismo asunto en mayor detalle. Tras decir que "cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia", él refuta de inmediato la falsa conclusión a la que sabía que saltarían muchas personas "Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera" (Ro. 5:20–6:1-2). Con todo el vigor y las fuerzas que pudo reunir, el apóstol denunció la acusación de que él condonaba cualquier clase de pecado, y mucho menos que él se proponía justificar el pecado con el argumento vil y fraudulento de que se trataba de algo que le daba gloria a Dios.

Por supuesto, es posible que algunos de los acusadores de Pablo asociaban equivocadamente sus enseñanzas con las de los libertinos dentro de la iglesia, tales como los que eran el lunar más visible de la iglesia de Corinto. Judas escribió acerca de "algunos hombres [que habían] entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo" (Jud. 4).

Un cristiano de profesión que viva en pecado continuo y no arrepentido presenta la señal cierta de que no es salvo. Ser cristiano consiste en estar bajo el señorío de Jesucristo y servirle con el deseo genuino de hacerlo. Como Judas deja indiscutiblemente claro, la persona que trata de justificar su pecado jactándose de la gracia de Dios es alguien impío que niega a Cristo (v. 4).

La respuesta final de Pablo a sus críticos difamatorios fue breve pero punzante. Aunque él no era culpable en lo más mínimo de enseñar el antinomianismo, estuvo plenamente de acuerdo en que se puede afirmar acerca de quienes las enseñan, que su **condenación es justa**.

Visite:

www.doctrinabiblica.com

(Estudios Bíblicos, Teología, Hermenéutica)

La culpabilidad de todos los hombres

14

¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos.

Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. (3:9-20)

A los hombres les gusta creer que son básicamente buenos, y esa creencia es reforzada continuamente por psicólogos, consejeros, y un gran número de líderes religiosos.

Pero en lo profundo de su corazón el hombre sabe que hay un problema en su forma de ser, que algo anda mal en su interior. Sin importar a quién o qué le trate de echar la culpa por ese sentimiento, le es imposible escapar de él. Siente culpa, no solamente por cosas que ha hecho y sabe que están mal, sino también por la clase de persona que es en su interior.

Una columnista que daba consejos en un popular periódico escribió: "Uno de los ejercicios más dolorosos, de mayor automutilación y consumo de tiempo y energías en la experiencia humana, es la culpa ... ella puede arruinarle el día, o la semana o su vida entera si usted se lo permite. Es como una piedra en el zapato que aparece cada vez que usted hace algo deshonesto, hiriente, de mal

gusto, egoísta o mezquino ... No le importa que esas cosas hayan sido resultado de la ignorancia, la estupidez, la pereza, la desconsideración, la carne débil o los pies de barro. Usted hizo algo malo y la culpa lo está matando. Qué pena. Pero tenga la seguridad", concluyó la columnista, "de que la agonía que usted siente es normal ... Recuerde que la culpa es un contaminante y que ya no lo necesitamos más en el mundo" (*The Ann Landers Encyclopedia* [Nueva York: Doubleday, 1978], pp. 514-17). Habiendo dicho eso, ella prosiguió a tratar otro tema.

El antiguo filósofo romano Séneca escribió que toda persona culpable es su propio verdugo. Sin importar con cuánta frecuencia un hombre se diga a sí mismo que es bueno, de manera inevitable siempre se da cuenta de que no puede evitar el pensar, decir y hacer cosas malas, y en consecuencia sentirse culpable por todo ello. La culpa lleva a las personas al alcohol, las drogas, la desesperación, la demencia, y con frecuencia cada vez mayor al suicidio. Después de jugar los juegos psicológicos en los que se culpa al ambiente, a otras personas o a la sociedad en general, el hombre sigue siendo incapaz de escapar de los sentimientos generados por su propia culpa. De hecho, las sociedades que cuentan con sofisticados servicios psicológicos parecen estar más obsesionadas con la culpa que las demás. Las personas quieren librarse de sus sentimientos de culpa pero no saben cómo hacerlo, y entre más exploran diferentes soluciones, más culpables se sienten.

Los hombres *sienten* que son culpables porque *son* culpables. El sentimiento de culpa es tan solo el síntoma del problema real que es el pecado. Toda la consejería del mundo no puede aliviar a una sola persona que se encuentra bajo el peso de su propia culpa. Lo mejor que puede hacer es hacerla sentir mejor, en un sentido superficial y temporal, y lo hace achacando la culpa a otra persona o cualquier otra cosa. Por supuesto, lo único que se logra con eso en últimas es intensificar la culpa, porque se está añadiendo deshonestidad al pecado que causó el sentimiento de culpa desde un principio.

La culpa del hombre tiene una sola causa: su propio pecado; y a menos que su pecado sea quitado, no se puede hacer lo mismo con su culpa. Esa es la razón por la que el primer elemento del evangelio es la confrontación de los hombres con la realidad de su pecado. La palabra *evangelio* significa "buenas nuevas", pero la buena noticia que ofrece es el camino de salvación del pecado, y hasta que una persona esté convencida de su pecado, el evangelio no tiene nada que ofrecerle. El evangelio empieza por lo tanto con la declaración de que todos los hombres son fundamentalmente pecadores y que la necesidad más grande que existe en sus vidas consiste en que ese pecado sea quitado del todo mediante la confianza en el Señor Jesucristo.

Como Pablo ya ha declarado enérgicamente en los primeros dos capítulos de Romanos, tanto el gentil pagano como el judío religioso son pecadores y están condenados ante la mirada de un Dios santo. El problema es que la naturaleza

humana opone una fuerte resistencia a esa verdad. El doctor Donald Grey Barnhouse dijo: "No es nada más que el orgullo terco y egoísta del hombre lo que le impide proceder a la confesión ante Dios que puede traerle una libertad completa, pero que él se niega a hacerlo. Hoy el hombre se encuentra ante Dios como un pequeño niño que jura con lágrimas en sus ojos que ni siquiera se ha acercado al frasco de mermelada, y que con aire de inocencia afrentada reclama justicia en virtud de su posición, con ignorancia total del hecho de que tiene una mancha grande de mermelada en su camisa justo debajo de su barbilla, la cual es claramente visible para todos, excepto él mismo" (*La ira de Dios: Romanos 2–3:1-20* [Grand Rapids: Eerdmans, 1953], p. 191).

El apóstol Pablo estaba muy al tanto de la disposición del hombre para negar su propio pecado. Por lo tanto, con base en la creación, en la historia, en la razón y la lógica, así como en la conciencia, Pablo ya ha presentado un testimonio contundente de la pecaminosidad del hombre. Ahora él procede a presentar el testimonio supremo y concluyente, el testimonio de las Escrituras. Empezando con el versículo 10 y continuando hasta el versículo 18, Pablo presenta a consideración del tribunal, por así decirlo, el testimonio de la propia Palabra de Dios como fue revelada en el Antiguo Testamento. Los versículos 9-20 resumen la visión divina y perfecta que Dios tiene del hombre, y se desarrollan en tres puntos básicos: la denuncia (v. 9), la acusación formal (vv. 10-17), el motivo (v. 18), y el veredicto (vv. 19-20).

LA DENUNCIA

¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. (3:9)

La denuncia parte de dos preguntas. La primera es sencillamente: **¿Qué, pues?** La idea detrás de esto es: "¿Acaso se necesitan más testimonios?" Pablo ya ha condenado al pagano inmoral, al pagano moral, y después de ellos al judío moral y al judío inmoral. Anticipando lo que algunos de sus lectores pensarían, su segunda pregunta también es retórica, **¿Somos nosotros mejores que ellos?** Es decir: "¿Acaso nosotros tenemos una naturaleza básica **mejor** que la de aquellos cuya condenación acaba de ser demostrada? ¿Fuimos hechos de un molde diferente y nos sacaron de un pedazo de tela diferente al de ellos?"

No es del todo claro a quiénes se refiere la palabra **nosotros**. Algunos comentaristas creen que Pablo está hablando de sus hermanos judíos, pero él ya trató con ellos en los versículos 1-8 al responder la pregunta que harían la mayoría de los judíos, y al declarar que sin duda alguna ellos tienen una ventaja espiritual sobre los gentiles por cuanto "les ha sido confiada la palabra de Dios", esto es, las Escrituras del Antiguo Testamento. Sin embargo, él había indicado previa-

mente que su mayor ventaja también traía con ella un mayor grado de responsabilidad (2:17-25). En ninguna parte de la epístola Pablo se identifica con sus compatriotas judíos usando el pronombre *nosotros*.

Parece mejor considerar que este **nosotros** se refiere a él mismo y sus hermanos creyentes en Roma, tanto judíos como gentiles. De ese modo la pregunta significaría: "¿Acaso los cristianos somos en nosotros mismos, **mejores que** los otros grupos de personas acerca de los cuales ya se ha demostrado que están condenados delante de Dios? ¿Tenemos alguna superioridad intrínseca con respecto a los demás? ¿Fuimos salvados debido a que nuestra naturaleza humana básica estaba en un plano más elevado que la de ellos?"

Respondiendo su propia pregunta de inmediato, Pablo ratifica inequívocamente, **En ninguna manera**. Él está diciendo: "no, en ningún sentido somos mejores en nosotros mismos frente a los demás". El apóstol ya ha establecido el hecho de la condenación universal de la humanidad, desde el pagano más réprobo y dominado por los vicios hasta el judío más íntegro moralmente en su apariencia externa. En otras palabras, toda la raza humana sin excepción alguna debe presentarse para rendir cuentas ante el tribunal de justicia de Dios: **pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado**.

Proaitiaomai (**ya hemos acusado**) era una expresión que se utilizaba con frecuencia como un término legal para designar a una persona a quien ya se le había imputado una determinada ofensa. *Hupo* (**bajo**) era un término griego común que con frecuencia no quería decir simplemente estar abajo de algo, sino encontrarse totalmente bajo el poder, la autoridad y el control de algo o alguien. Es obvio que ese es el concepto que Pablo tiene en mente aquí: todo ser humano, **judíos y gentiles** por igual, **todos están bajo**, esto es, se encuentran subyugados y atados por completo al dominio del **pecado**.

Una idea de ese porte le parecía absurda a la mayoría de los judíos. En su amonestación a Pedro por sucumbir ante la influencia de los judaizantes, Pablo se refirió a la creencia común entre los judíos, según la cual ellos eran justos delante de Dios, simplemente en virtud de ser judíos, miembros de su raza escogida. Por otra parte, los judíos creían con esa misma firmeza que los gentiles, a quienes se llamaba comúnmente griegos debido a la preponderancia de la cultura y el idioma griegos incluso bajo el poder político romano, eran pecadores por naturaleza, simplemente en virtud del hecho de *no* ser griegos (véase Gá. 3:15).

Si un judío era golpeado por la pobreza, si presentaba algún tipo de incapacidad o padecía una aflicción seria por cualquier motivo, se suponía de inmediato que él o sus padres habían cometido algún pecado abominable y poco usual, a causa del cual los miembros de una generación por lo menos, perdían su posición alta delante de Dios que era la norma. Esa creencia se refleja en la historia del hombre ciego a quien Jesús y sus discípulos encontraron al salir del templo

un día. Notando la condición del hombre, los discípulos preguntaron al Señor: "Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?" (Jn. 9:2). Después de corregir la suposición errónea de los discípulos, Jesús le devolvió la vista al hombre. Cuando el hombre estaba hablando con los fariseos poco tiempo después, ellos manifestaron con vehemencia la misma suposición errónea que los doce habían expresado. Cuando el hombre les dijo acerca de Jesús: "Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer", los fariseos se sintieron muy ofendidos y respondieron: "Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?" (vv. 33-34).

Las personas que son muy religiosas tienden a considerarse a sí mismas como inherentemente mejores que los demás y favorecidas por Dios a causa de su bondad y religiosidad. Aún los cristianos mismos algunas veces se sienten tentados a creer que Dios los salvó porque de alguna manera eran más merecedores de recibir la salvación que otras personas; pero la verdad es que si una persona llega a ser justa delante de Dios, esto no se debe nunca a que sea innatamente mejor que cualquier otra persona o debido a que se las ha arreglado para vivir a la altura de los estándares de Dios o a que observa celosamente ciertas prácticas religiosas. Se debe únicamente a que ha reconocido su pecado e incapacidad absoluta para vencerlo en sus propias fuerzas, y porque se ha postrado ante el Señor Jesucristo con fe y humildad para recibir su perdón y limpieza.

A pesar de las grandes diferencias en la conducta y las actitudes externas que existen entre las personas, *toda* persona que no tiene a Cristo es pecadora por naturaleza y se encuentra bajo el dominio y el control de Satanás. El mundo entero que no ha sido redimido, declara Juan: "está *bajo* el maligno" (1 Jn. 5:19, cursivas añadidas), y por lo tanto ha sido presentado, por así decirlo, ante el estrado de la justicia de Dios.

LA ACUSACIÓN FORMAL

Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. (3:10-17)

Ahora Pablo presenta una acusación formal con un total de trece cargos en contra de la humanidad caída. Para reforzar el carácter inclusivo de la acusación, reitera el hecho de que *toda* la humanidad caída, compuesta por judíos y gentiles por igual, está bajo el pecado (véase v. 9). En los versículos 10-18, él

emplea la expresión **ni aun uno** (y su equivalente, **ni siquiera uno**) en seis ocasiones para referirse a la absoluta falta de justicia del hombre ante Dios.

La acusación formal sale directamente de las Escrituras del Antiguo Testamento, a las cuales se hace referencia con la expresión **Como está escrito**. Tanto Jesús como Satanás utilizaron una frase similar para introducir las citas del Antiguo Testamento durante la tentación en el desierto (Mt. 4:4, 6-7, 10). **Como está escrito** es la traducción de una expresión de tiempo perfecto en griego que indica la continuidad y permanencia de lo que fue **escrito**, lo cual implica su autoridad divina reconocida por todo judío fiel y todo cristiano fiel, tanto judío como gentil.

Los trece cargos de la acusación formal son presentados en tres categorías, la primera trata el aspecto del carácter (vv. 10-12), la segunda tiene que ver con la conversación (vv. 13-14), y la tercera se relaciona con la conducta (vv. 15-17) de los acusados.

EL CARÁCTER DE LOS ACUSADOS

No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. (3:10-12)

Bajo el encabezamiento de algo que podría denominarse el carácter de los acusados, Pablo presenta una lista con los primeros seis de los trece cargos. Debido a sus naturalezas caídas, los hombres son universalmente malos (v. 10*b*), espiritualmente ignorantes (v. 11*a*), rebeldes (v. 11*b*), descarriados (v. 12*a*), espiritualmente ineptos (v. 12*b*), y moralmente corruptos (v. 12*c*).

En primer lugar, la humanidad es universalmente malvada y no hay excepciones a esto en absoluto. Citando de los Salmos, Pablo declara: **no hay justo, ni aun uno**. El texto completo del Salmo 14:1 es: "Dice el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, hacen obras abominables; no hay quien haga el bien".

La justicia es un tema central de la carta a los romanos y aparece de una u otra forma en más de treinta ocasiones. Otros términos que parten de la misma raíz griega se traducen normalmente con expresiones como "justificados", "justificación", y otras por el estilo, las cuales en total se emplean más de sesenta veces en la carta a los romanos. Por lo tanto no sorprende que el primer cargo declarado por Pablo en su acusación tiene que ver con la injusticia de la humanidad.

Pablo está usando el término **justo** en el sentido más básico de ser justo delante de Dios, de ser tal y como Dios creó al hombre. Es obvio que la gente está en capacidad de hacer muchas cosas que son correctas moralmente, incluso

las personas más viles pueden hacer algo encomiable de manera ocasional; pero el apóstol no está hablando de actos específicos o siquiera de patrones generales de conducta, sino del carácter interno del hombre. El punto que quiere establecer es que **no hay** una sola persona que haya vivido sobre este planeta, aparte del Señor Jesucristo (cp. 2 Co. 5:21), cuyo carácter interno se pueda caracterizar como **justo** conforme al criterio de justicia de Dios. Para evitar que algunas personas creyeran que podían ser excepciones a la regla, Pablo añade la frase terminante, **ni aun uno**.

Como ya se indicó, es obvio que existen vastas diferencias entre las personas en cuanto a sus grados de bondad, amor, generosidad, honestidad, veracidad y otras virtudes; pero **ni aun uno** aparte de Cristo se ha acercado siquiera remotamente a la perfección de la justicia que es el único estándar aceptable para Dios. El estándar de justicia de Dios para los hombres es la justicia que Él mismo posee, y Cristo puso esto de manifiesto. "Sed, pues, vosotros perfectos", declaró Jesús, "como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt. 5:48).

En otras palabras, una persona que no sea tan buena como Dios no es aceptable para Dios. Como Pablo aclara más adelante en la epístola, y como el Nuevo Testamento enseña en toda su extensión, los hombres *pueden* llegar a ser perfectamente justos cuando la justicia de Cristo les es imputada. La verdad que hace del evangelio las "buenas nuevas", es precisamente que Dios ha provisto un camino para que los hombres puedan ser perfectos, divinamente perfectos; pero esa perfección viene por entero como resultado de la gracia de Dios cuando se responde por fe a su Hijo Jesucristo.

Pablo está hablando aquí de los hombres, *todos* los hombres, que están separados de Cristo. Ante los ojos de Dios no existen niveles de justicia en lo concerniente a la salvación. Solamente hay justicia perfecta en Cristo o pecaminosidad perfecta aparte de Cristo.

Como se mencionó anteriormente, desde el punto de vista humano existen vastas diferencias morales y espirituales entre las personas; pero que el hombre alcance el parámetro de justicia de Dios por su propia cuenta es algo que se puede comparar a un grupo de personas que están tratando de saltar desde una orilla de Hawai para llegar a las costas de California. Un buen atleta podría saltar hasta ocho metros o más. Muchos podrían saltar cinco o siete metros, y los demás quizás puedan saltar solamente un máximo de dos o tres metros. Por lo tanto, cuando sus esfuerzos se miden entre ellos mismos, revelan diferencias considerables; pero al medirse en comparación a la distancia que se pretendía cubrir, las diferencias entre ellos se tornarán imperceptibles y sus esfuerzos serán inútiles por igual. Casi como si estuviera haciendo un comentario sobre una competencia de ese estilo, Pablo declara unos versículos después: "Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (3:23).

Segundo, el hombre no solamente es universalmente malo, sino además igno-

rante espiritualmente. Citando otra vez de los Salmos, Pablo dice: **no hay quien entienda** (véase Sal. 14:2; 53:3). Incluso si los hombres tuvieran de algún modo la capacidad de alcanzar la justicia perfecta de Dios, no sabrían de qué se trata o qué hacer con ella después de alcanzarla. Usando de nuevo el ejemplo del salto largo de costa a costa, en este caso las personas no sabrían en qué dirección tendrían que saltar.

El hombre no tiene la capacidad innata para comprender plenamente la verdad de Dios o su estándar de justicia. En la espléndida creación de Dios, el hombre puede encontrar pruebas suficientes de "su eterno poder y deidad", de modo que todas las personas "no tienen excusa" (Ro. 1:20); pero aparte de la capacidad de ver esa revelación general de su poder y majestad, el hombre no tiene en sí mismo la capacidad espiritual de conocer o entender a Dios mismo, debido a que "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14).

En su carta a los efesios, el apóstol señala que la ignorancia espiritual del hombre no se debe a circunstancias externas desfavorables o a falta de oportunidad. Se debe única y exclusivamente a su propia naturaleza pecadora que no *desea* conocer y entender, mucho menos obedecer y servir a Dios. Las personas no salvas se caracterizan por tener "el entendimiento entenebrecido, [y ser] ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón" (Ef. 4:18). Los hombres no pecan y se endurecen en contra de Dios debido a su ignorancia con respecto a Él, sino por el contrario, son ignorantes acerca de Él debido a la disposición pecaminosa y endurecida que hay en sus corazones. Las personas reciben cierto sentido de la realidad de Dios a través del testimonio de la creación, como se ha indicado, y también a través del testimonio de sus conciencias (Ro. 2:15); pero su naturaleza voluntariamente pecadora se encarga de bloquear el entendimiento de esos testimonios. Por esa razón el hombre natural se endurece en su corazón y se llena de tinieblas en su mente. No solamente es incapaz de entender a Dios, sino que además no tiene inclinación alguna para hacerlo.

Hace unos años una historia fascinante aunque patética acerca de una pata en un parque de Toronto que estuvo en las primeras páginas de los periódicos por varios días (*Toronto Star*, noviembre 4-13, 1971). La pata, a quien se le asignó el nombre de Ringo, hizo su hogar en el lago del parque. Un día atravesó accidentalmente con su pico la tapa de una lata de gaseosa y no pudo librarse de ella. Por supuesto, el animal era incapaz de comer y en poco tiempo moriría de hambre. Cuando algunos visitantes del parque notaron su dilema, la pata se convirtió casi en una celebridad. El personal del parque y los expertos en animales trataron diversas formas de atrapar a Ringo para poderle ayudar. Incluso se llamó a un campeón en el llamado de patos. La gente trataba de atraerla con

alimento pero sin éxito. Desafortunadamente, la pata asustada tomó como amenazas todos los intentos de ayudarla. Los rescatadores la perdieron de vista y nunca pudieron atraparla. No se sabe si Ringo pudo sacarse la lata de su pico antes de morir.

El hombre caído y condenado, atrapado en su pecado, se encuentra en medio de una confusión similar. Puesto que ve el evangelio como una amenaza para su estilo de vida y no su única vía de escape hacia la bendición eterna, realiza todos los esfuerzos para escapar del mensaje que el Señor en su gracia ha provisto para su salvación.

Tercero, además de ser universalmente malo y espiritualmente ignorante, el hombre caído es rebelde. **No hay quien busque a Dios**, declara Pablo, haciendo alusión al Salmo 14:2 nuevamente. A juzgar por el vasto número de religiones que hay en el mundo con millones de celosos adeptos, uno pensaría que un gran número de personas están buscando a Dios con diligencia en sus vidas; pero las Escrituras enseñan claramente en éste y en muchos otros pasajes, que todos los sistemas y esfuerzos religiosos son en realidad, intentos de escapar del Dios verdadero y descubrir o fabricar dioses falsos conforme a sus gustos personales.

Dios ha dado la seguridad absoluta de que cualquier persona que le busque de corazón le hallará (Jer. 29:13). Jesús ofrece la promesa divina de que todos los que le piden a Él con sinceridad recibirán, que todos los que le busquen sinceramente le hallarán, y que todos los que llamen a la puerta del cielo se les abrirá (Mt. 7:8). Pero el Señor sabe que la inclinación del hombre es hacia el pecado y *no* hacia buscarle, y por lo tanto Él mismo busca individuos a fin de atraerlos hacia Él.

Durante el concilio de Jerusalén en los primeros días de la iglesia, Santiago le recordó a los apóstoles y ancianos allí reunidos acerca de las promesas antiguas de Dios, en las que Él dijo: "Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor" (Hch. 15:16-17). Pedro ofrece certidumbre en los términos más claros, en el sentido de que el Señor no desea "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9).

No obstante, las religiones fabricadas por el hombre son esfuerzos inspirados por los demonios para escapar de Dios, no para hallarle. Toda persona que viene a Jesucristo para obtener salvación ha sido enviada por Él mismo a partir de la iniciativa divina de Dios el Padre (Jn. 6:37). "Ninguno puede venir a mí", prosiguió diciendo Jesús, "si el Padre que me envió no le trajere" (v. 44). Por ende, la única persona que busca a Dios es la persona que ha respondido positivamente a la iniciativa que Dios tomó para buscarle primero.

La persona que verdaderamente **busca a Dios** es como David, quien declaró "A Jehová he puesto siempre delante de mí" (Sal. 16:8). Esa persona busca primero el reino de Dios y su justicia (Mt. 6:33). Dios se convierte en el foco central

de toda su vida, en la fuente de todas las cosas, en el principio y el final de todo. Buscar a Dios en verdad consiste en respetar y adorar su majestad soberana y en alimentarse con la verdad de su Palabra. Es obedecer sus mandamientos, hablar con Él en oración, vivir a conciencia en su presencia con un deseo de agradarle. Nadie puede hacer esas cosas en un plano natural, sino únicamente por el Espíritu de Dios que obra en él y a través de él. La inclinación natural del hombre es que "todos buscan lo suyo propio" (Fil. 2:21).

Cuarto, Pablo acusa a los hombres de ser descarriados por naturaleza. Siguiendo con la cita de Salmos (14:3), él declara que **todos se desviaron** de Dios. La persona que es mala por naturaleza, ignorante de la verdad de Dios por naturaleza, y rebelde contra Dios por naturaleza, de modo inevitable vivirá alejada de la voluntad de Dios por naturaleza propia.

Se desviaron provine de *ekklinō*, y tiene el significado básico de inclinarse en la dirección equivocada. En un contexto militar hacía referencia a un soldado que corría por donde no debía, en otras palabras, que estaba desertando en medio de la batalla.

Al hablar de la inclinación humana universal a ir en la vía contraria al camino de Dios, Isaías escribió: "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino" (Is. 53:6). En la iglesia primitiva el evangelio era llamado algunas veces "el Camino" (Hch. 9:2), con frecuencia se hacía referencia a los cristianos como seguidores del Camino. Jesús dijo acerca de sí mismo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida" (Jn. 14:6). Hasta el demonio que había dado a cierta joven esclava un poder de adivinación, reconoció a través de ella que Pablo y sus acompañantes eran "siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian *el camino* de salvación" (Hch. 16:17, cursivas añadidas). Lucas se refirió a algunos opositores judíos del ministerio de Pablo en Éfeso como hombres que estuvieron "maldiciendo el Camino delante de la multitud" (Hch. 19:9), y a causa de esa oposición, "hubo por aquel tiempo un disturbio no pequeño acerca del Camino" (v. 23). En su defensa ante el gobernador Félix, Pablo dijo: "Esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas" (Hch. 24:14). El escritor de Hebreos habló acerca de la obra expiatoria de Cristo como "el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne" (He. 10:20). Pedro habló de falsos maestros que se habían infiltrado en la iglesia tras haber "dejado el camino recto" del evangelio verdadero que es "el camino de la justicia" (2 P. 2:15, 21).

Por otra parte, el patrón básico de vida propio del hombre natural se caracteriza por ser "el mal camino" (Pr. 8:13), el "camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte" (Pr. 14:12).

El gran evangelista Dwight L. Moody contó que el director de una prisión grande en la ciudad de Nueva York le solicitó que hablara a los presos. Como no

había una capilla u otro lugar adecuado o seguro para hablarle al grupo, él predicó desde un corredor al final de una larga hilera de celdas, incapaz de ver el rostro de tan siquiera un prisionero. Después del mensaje él pidió permiso para hablar cara a cara con algunos de los hombres que estaban al otro lado de los barrotes en sus celdas individuales. Pronto descubrió que la mayoría de los hombres ni siquiera habían prestado atención a su mensaje. Cuando Moody le preguntaba a uno de los presidiarios por qué estaba en prisión, casi de forma invariable declaraba su inocencia. Insistía en que un testigo falso había testificado en su contra, o que lo habían confundido con la persona que cometió el delito en realidad, o que el juez o el jurado tuvo prejuicios en su contra, o daba alguna otra razón para explicar que había sido encarcelado injustamente. "Empecé a desanimarme", dijo Moody, "pero cuando ya estaba a punto de terminar encontré a un hombre con los codos sobre sus rodillas y dos torrentes de lágrimas cayendo por sus mejillas. Miré por la diminuta ventana y dije: "Amigo mío, ¿cuál es tu problema?" Él levantó la mirada y en sus ojos pude ver desesperanza y remordimiento; él dijo: "Mis pecados son más de lo que puedo soportar." Yo dije: "Gracias a Dios por eso." El evangelista estaba agradecido porque sabía que ningún hombre tiene acceso al camino de Dios hasta que abandona su propio camino, y que no estará dispuesto a buscar la salvación hasta no haber admitido que está perdido.

Quinto, Pablo denuncia que el hombre natural se torna espiritualmente inepto. **A una**, es decir, toda la humanidad caída sin excepción, **se hicieron inútiles**. El equivalente en hebreo del término griego que se traduce aquí como **inútiles** se empleaba con frecuencia para describir la leche que se tornaba agria y rancia, que por ende no servía para beber, ni para hacer mantequilla, queso o cualquier otra cosa comestible. En la literatura griega antigua la palabra también se usaba para describir la risa insensata y disparatada de un tonto.

Aparte de una relación salvadora con Jesucristo, una persona no es más que una rama espiritual muerta, totalmente incapaz de producir fruto. Como tal, carece de vida y de valor, y solamente sirve para ser arrojada al fuego para ser consumida (Jn. 15:6). La carta de Pablo a Tito hace énfasis en la misma realidad trágica cuando reflexiona en la futilidad absoluta de quienes incluso profesan conocer a Dios (Tit. 1:16). El hombre natural es inútil para los propósitos de Dios, y así como ocurre con la rama muerta e infructuosa, está destinado para el fuego del infierno.

Sexto, el hombre natural es acusado de ser corrupto, que es al mismo tiempo una repetición del primer cargo y un resumen de los cinco cargos anteriores. **No hay quien haga lo bueno**, dice Pablo, **no hay ni siquiera uno**.

Chrēstotēs (**quien haga lo bueno**) se refiere a alguien que hace lo que es recto, en particular lo que es moralmente correcto. Si se mide con el estándar perfecto de justicia de Dios, el hombre natural no tiene capacidad para hacer lo recto y **lo**

bueno. Como ya se mencionó, al mirarse relativamente en comparación a otros seres humanos, es obvio que algunas personas se comportan mejor que otras, pero ningún ser humano tiene dentro de sí el deseo ni la capacidad para obrar **lo** que es verdaderamente **bueno** conforme a la santidad y la perfección que glorifican a Dios.

Se cuenta la historia de un hombre en Escocia que estaba caminando por un parque en una tarde de sábado, llevando un pequeño Nuevo Testamento en su maletín de cuero. Pensando que el maletín contenía una cámara, un grupo de jóvenes le pidió que les tomara una fotografía. En respuesta él les dijo: "Ya la tengo aquí adentro". Cuando los pasmados jóvenes le preguntaron dónde y cuando la había tomado, él sacó el Nuevo Testamento y leyó Romanos 3:9-23. Tras decirles: "Esa es la fotografía de ustedes", él aprovechó la oportunidad para testificarles de Cristo.

LA CONVERSACIÓN DE LOS ACUSADOS

Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. (3:13-14)

Es inevitable que el carácter de una persona se manifieste en su conversación. Jesús declaró que "de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas" (Mt. 12:34-35). En otra ocasión Él enseñó la misma verdad con palabras un poco diferentes: "Lo que sale de la boca, del corazón sale" (15:18). El escritor de Proverbios dijo: "La boca del justo producirá sabiduría; mas la lengua perversa será cortada. Los labios del justo saben hablar lo que agrada; mas la boca de los impíos habla perversidades" (Pr. 10:31-32). Él también escribió: "La lengua de los sabios adornará la sabiduría; mas la boca de los necios hablará sandeces ... El corazón del justo piensa para responder; mas la boca de los impíos derrama malas cosas" (Pr. 15:2, 28).

Prosiguiendo con su cita de los Salmos, Pablo ilustra las verdades acerca del carácter de una persona tal y como se reflejan en su conversación. Al hacerlo, añade cuatro cargos más a la acusación formal divina en contra del hombre no regenerado.

Al comentar sobre el empleo que Pablo hace de la anatomía humana para ilustrar la manera como se manifiesta el carácter perverso del hombre, un escritor parafraseó las palabras del salmista y del apóstol en la siguiente forma: "Su lengua está llena de fraude, sus labios están manchados con veneno, su boca está llena de hiel [amargura] ... su lengua es una espada para atravesar a los hombres, y su garganta un sepulcro donde los entierra".

El séptimo cargo que Pablo trae en su acusación formal es que la humanidad caída está muerta espiritualmente por naturaleza propia, lo cual demuestra la metáfora de **su garganta** como un **sepulcro abierto** (cp. Sal. 5:9). Lo único que puede generar un corazón muerto espiritualmente son palabras mortecinas.

La **garganta** es al corazón como lo que es un **sepulcro abierto** al cadáver que contiene. En los lugares donde no se hace embalsamamiento, el cadáver de una persona se introduce en la tierra y luego se cubre, no solamente para mostrar respeto por el difunto sino también para proteger a los transeúntes de ver su desfiguración y de percibir el hedor de la descomposición; pero el hombre natural deja su garganta abierta de par en par, y al hacerlo presenta pruebas continuas de su muerte espiritual a causa de la fetidez de sus palabras.

El octavo cargo es que por naturaleza, la humanidad caída es engañosa, **con su lengua engañan**. *Dolioō*, de la cual se deriva **engañan**, tiene el significado básico de atraer y engatusar, y se empleaba para describir la forma como se cubría un anzuelo con carnada para encubrir su peligro. Cuando un pez muerde la comida pensando que va a tener un buen bocado, lo que hace es convertirse en comida para el pescador. El tiempo imperfecto de este verbo griego indica un engaño continuo y repetitivo. Para el hombre natural, mentir e incurrir en las demás formas de engaño son parte habitual y normal de su vida.

El Salmo 5:9 describe a los aduladores, cuyas palabras de elogio son en realidad medios para servirse a sí mismos y no a quienes adulan, y debido a que los elogios apelan a los apetitos de la naturaleza humana, también lleva a la persona adulada al orgullo y la falsa confianza en sí misma. Por lo tanto, un adulador usa y abusa de los demás.

David declara que la pecaminosidad del hombre también puede conducir al engaño y la adulación de uno mismo: "La iniquidad del impío me dice al corazón: No hay temor de Dios delante de sus ojos. Se lisonjea, por tanto, en sus propios ojos. De que su iniquidad no será hallada y aborrecida. Las palabras de su boca son iniquidad y fraude" (Sal. 36:1-3).

Isaías escribió: "He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír"; pero después de esas palabras reconfortantes hace la pasmosa declaración: "Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír. Porque vuestras manos están contaminadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios pronuncian mentira, habla maldad vuestra lengua" (Is. 59:1-3).

Jeremías también dejó al descubierto la inclinación natural del hombre hacia el engaño, diciendo acerca de los malvados: "Hicieron que su lengua lanzara mentira como un arco, y no se fortalecieron para la verdad en la tierra; porque de mal en mal procedieron, y me han desconocido, dice Jehová. Guárdese cada uno de su compañero, y en ningún hermano tenga confianza; porque todo her-

mano engaña con falacia, y todo compañero anda calumniando. Y cada uno engaña a su compañero, y ninguno habla verdad; acostumbraron su lengua a hablar mentira, se ocupan de actuar perversamente" (Jer. 9:3-5).

El noveno cargo en la acusación de Pablo contra el hombre inconverso está muy vinculado con el anterior. Citando parte del Salmo 140:3, él dice sobre los hombres impíos que **veneno de áspid hay debajo de sus labios**. El salmista antecede ese cargo con esta observación: "Aguzaron su lengua como la serpiente". Debido a sus doctrinas falsas y conducentes a la condenación espiritual, así como al carácter engañoso de los líderes religiosos en el tiempo de Jesús, tanto Él como Juan el Bautista los describieron como engendros de víboras (Mt. 3:7, 12:34).

Un escritor ofrece la siguiente descripción del **áspid**: "Los colmillos de esas serpientes mortíferas normalmente permanecen doblados hacia atrás en la mandíbula superior, pero cuando la serpiente lanza su cabeza para morder, sus colmillos se extienden y cuando muerde ejercen presión sobre un saco de tóxico letal que se esconde debajo de los labios, e inyectan veneno en la víctima".

Recuerdo haber leído acerca de un hombre que encontró una serpiente cascabel con pocos días de nacida y el cual decidió conservarla como mascota. Jugaba con ella y la dejó suelta en su casa durante poco más de una semana, pero luego desapareció durante varios meses y no se pudo encontrar. Un día el hombre alcanzó detrás de un mueble para recoger algo que había dejado caer. Cuando sintió una aguda punzada de dolor, sacó su mano y la serpiente colgaba de ella por los colmillos. La naturaleza pecadora del hombre es igualmente imposible de domesticar.

Aun los que pertenecen al Señor pueden sucumbir a engaños terribles. David, el rey de Israel por unción divina y un hombre conforme al corazón de Dios, se encaprichó con Betsabé cuando la observó mientras se bañaba. Aunque le informaron que ella era una mujer casada, hizo que fuera llevada al palacio y tuvo relaciones sexuales con ella. Cuando quedó embarazada y David fue notificado, el rey mostró los colmillos del engaño invitando a su esposo Urías a un suntuoso banquete, dándole la impresión de que era un apreciado amigo del rey; pero David tenía la determinación de adueñarse de Betsabé y convertirla en su mujer, así que a la mañana siguiente envió a su esposo al frente de batalla con una nota sellada para el comandante, la cual contenía la propia sentencia de muerte de Urías (véase 2 S. 11:1-15).

El décimo cargo de la acusación formal sigue usando la imagen del habla, para describir al impío como aquel cuya **boca está llena de maldición y de amargura** (véase Sal. 10:7).

Ara (**maldición**) se refiere a la idea de una imprecación intensa en la que se desea lo peor para una persona y se hace expresión pública de ese deseo por medio de críticas y difamación abiertas. *Pikria* (**amargura**) no se usaba tanto en

relación a un sabor físico como a la descripción de una hostilidad emocional y explícita en contra de un enemigo. Ese es el significado obvio de la palabra en este contexto.

David describió a las personas maldicientes y amargas como las que "afilan como espada su lengua; lanzan cual saeta suya, palabra amarga, para asaetear a escondidas al íntegro; de repente lo asaetean, y no temen" (Sal. 64:3-4). Todas las generaciones de la humanidad, incluyendo la nuestra ciertamente, se han caracterizado por tener personas que usan sus lenguas como armas ponzoñosas. Sus ataques no son solamente en contra de quienes conocen lo suficientemente bien como para odiar, sino en algunas ocasiones, como parece intimarlo David a partir de su propia experiencia, incluso contra los extraños, simplemente por el placer perverso de descargar su enojo y su odio contra alguien.

LA CONDUCTA DE LOS ACUSADOS

Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. (3:15-17)

Los últimos tres cargos en la acusación formal de Pablo se relacionan con la conducta del hombre natural. El undécimo cargo es que los impíos tienen una tendencia homicida innata: **sus pies se apresuran para derramar sangre.**

El canibalismo que todavía existe en algunas tribus primitivas y las ejecuciones masivas de civiles inocentes que han tenido lugar en muchos países "desarrollados" en tiempos modernos, son apenas manifestaciones extremas de la disposición destructiva básica de la humanidad caída. El evangelista escocés del siglo diecinueve Robert Haldane escribió: "Los animales más salvajes no destruyen a tantos miembros de sus propias especies para aplacar su hambre, como el hombre destruye a sus semejantes para saciar su ambición, su venganza y su avaricia" (*An Exposition of the Epistle to the Romans* [McLean, Va.: McDonald, 1958], p. 120).

Incluso en los Estados Unidos con toda su tradición cristiana, desde principios del siglo veinte fueron inmolados el doble de sus ciudadanos en actos privados de homicidio, de los que murieron en todas las guerras de su historia como nación. Según el investigador Arnold Barnett del Instituto de Tecnología de Massachusetts, un niño que nace hoy en cualquiera de las cincuenta ciudades más grandes de los Estados Unidos, tiene un riesgo de uno entre cincuenta de morir asesinado. El doctor Barnett calculó que un niño nacido en la década de los ochenta tiene mayor probabilidad de ser asesinado de la que un soldado norteamericano en la segunda guerra mundial tenía de ser muerto en combate.

Tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, el hombre mata al hombre. La exterminación en masa perpetrada por los adeptos a las ideologías nazi

y marxista en nuestro propio siglo también han tenido sus equivalentes en la historia pasada. El notorio terrorista Chang Hsien-chung en la China del siglo diecisiete prácticamente acabó con la vida de todos los habitantes de la provincia de Checuán. Durante ese mismo siglo en Hungría, cierta condesa torturó y asesinó a más de seiscientas jóvenes.

Obviamente, la mayor parte de las personas están lejos de poseer una brutalidad tan extremada, pero las Escrituras enseñan claramente que la semilla del homicidio es una entre una multitud de semillas de maldad que se encuentran universalmente en el corazón humano, y es inevitable que esa semilla germine y de fruto hasta cierto grado.

El duodécimo cargo de la acusación formal, y el segundo que se manifiesta en la conducta del hombre, es su tendencia destructiva en general. **Quebranto y desventura hay en sus caminos**. *Suntrimma* (**quebranto**) es una palabra compuesta que denota la ruptura de algo en pedazos, su destrucción completa y la devastación total que trae el pecado.

La manifestación del **quebranto** y la destrucción arbitrarios se están volviendo cada vez más evidentes en muchos niveles de la sociedad moderna. Las víctimas de ello resultan robadas, violadas, y después golpeadas o asesinadas por ninguna razón aparte de una brutalidad sin sentido. Los términos "niños maltratados" y "esposas maltratadas" se han vuelto comunes en los vocabularios contemporáneos. Hay divisiones especiales en muchos departamentos de policía y agencias de servicio social, dedicados exclusivamente a tratar con delitos y víctimas relacionados con el abuso.

Desventura es un término general para denotar todo el daño que viene como resultado a causa del pecado humano. Se trata de una miseria que siempre se manifiesta tras los actos destructivos del hombre en contra de sus semejantes. Los quebrantos y la miseria ocasionadas por el hombre siempre dejan tras sí una huella de dolor y angustia.

El decimotercero y último de los cargos contenidos en la acusación formal que Pablo hace del hombre condenado se relaciona con su falta absoluta de paz: **y no conocieron camino de paz**. El apóstol no está hablando de la falta de paz interior, aunque ciertamente esa es una característica de la persona impía, sino acerca de la inclinación esencial del hombre para *alejarse* de la paz. En este sentido el cargo se complementa con el anterior.

La paz nunca ha sido motivo de mayor exaltación que en nuestro tiempo, pero pocos estarían dispuestos a rebatir que la paz, bien sea personal o internacional, sea una característica concreta de nuestros tiempos. Sin embargo, como en el tiempo de Jeremías, muchos líderes modernos están tratando de sanar el quebranto de sus pueblos exclamando superflua y lacónicamente: "Paz, paz", cuando obviamente "no hay paz" (véase Jer. 6:14).

La Palabra de Dios ofrece abundancia de consejos e instrucciones sobre lo

que se requiere para tener paz, y los individuos y sociedades que han tomado la decisión de seguir su guía han experimentado tiempos de relativa paz; pero las Escrituras aclaran que la paz nunca será predominante en la sociedad humana hasta que el Príncipe de Paz regrese a establecer su reino en la tierra.

Considere esta sobrecogedora descripción del pecado:

> Es una deuda, una carga, un ladrón, una enfermedad, una lepra, una plaga, un veneno, una serpiente, una ponzoña; todo lo que el hombre aborrece, eso es; un bulto de maldiciones y calamidades bajo cuya presión aplastante e intolerable gime la creación entera...
>
> ¿Quién es el escolano canoso que cava la tumba del hombre? ¿Quién es la damisela pintorreada que roba su virtud? ¿Quién es la homicida que destruye su vida? ¿Quién es la hechicera que primero engaña y luego condena su alma? El pecado.
>
> ¿Quién con aliento gélido arruina el florecimiento de la juventud? ¿Quién rompe el corazón de los padres? ¿Quién arrastra a los ancianos con tristeza de sus cabellos grises a la tumba? El pecado.
>
> ¿Quién, por una metamorfosis más horripilante que la imaginada jamás por Ovidio, cambia a niños afectuosos en víboras, a madres tiernas en monstruos y a sus padres en seres peores que Herodes que asesinan a sus propios inocentes? El pecado.
>
> ¿Quién lanza la manzana de discordia en los corazones de un mismo hogar? ¿Quién enciende la antorcha de la guerra y la blande sobre tierras temblorosas? ¿Quién rasga la túnica sin costura de Cristo creando divisiones en la iglesia? El pecado.
>
> ¿Quién es esta Dalila que le canta al nazareo para dormirlo y abandona al fuerte de Dios en manos de los incircuncisos? ¿Quién por sonrisas zalameras y mieles de adulación en su lengua se para en la puerta para ofrecer los ritos sagrados de hospitalidad, y cuando la sospecha se duerme atraviesa traidoramente nuestros templos con una estaca? ¿Cuál es la bella sirena que es sienta sobre una roca al lado del estanque letal para engañar, cantando para embelesar, besando para traicionar y rodeando con sus brazos para hacernos saltar con ella a la perdición? El pecado.
>
> ¿Quién convierte en piedra el corazón más suave y amoroso? ¿Quién saca a la razón de su trono encumbrado, e impele a pecadores a caer por el precipicio como cerdos nazarenos, directo en el lago de fuego? El pecado. (Citado en *New Cyclopedia of Prose Illustrations* de Elon Foster [Nueva York: T. Y. Crowell, 1877], p. 696).

EL MOTIVO

No hay temor de Dios delante de sus ojos. (3:18)

El motivo de la pecaminosidad del hombre es su impiedad inherente. La condición básica de pecado propia de los hombres y de su muerte espiritual se hace evidente en el hecho de que para los no salvos, **No hay temor de Dios delante de sus ojos**. El texto completo del Salmo 36:1 del que cita Pablo aquí, dice: "La iniquidad del impío me dice al corazón: no hay temor de Dios delante de sus ojos". Debido a que los oídos de los hombres están aguzados para atender las mentiras del pecado y no la verdad de la justicia, ellos no tienen **temor de Dios** y su ignorancia los lleva a tener un concepto errado de lo que significa temer a Dios.

Temer a Dios tiene elementos positivos y negativos. En un sentido positivo, todo creyente verdadero tiene temor reverente de Dios, el cual parte de una conciencia absoluta de su poder, su santidad y su gloria. La adoración verdadera siempre incluye esa clase de temor del Señor. El temor reverente de Dios es el principio de la sabiduría espiritual (Pr. 9:10). Esa clase de temor es un elemento necesario para conducir a cada persona a la salvación, como sucedió en el caso de Cornelio (Hch. 10:2), y para motivar a los nuevos creyentes en su crecimiento espiritual.

El aspecto negativo del **temor de Dios** tiene que ver con el miedo y el terror. Incluso los creyentes deberían tener cierta medida de esa clase de temor, lo cual actúa como una protección contra la práctica del pecado. El escritor de Proverbios observó que, "con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal" (Pr. 16:6). Por la misma razón de ser hijos de Dios, los creyentes están sujetos a su disciplina (véase He. 12:5-11). Algunas veces su trato con creyentes desobedientes puede ser severo y terminante, como sucedió con Ananías y Safira, quienes perdieron sus vidas por mentirle al Espíritu Santo Dios usó ese castigo para instigar un temor piadoso y obediencia al interior de la iglesia primitiva (véase Hch. 5:1-11). Algunos de los creyentes en la iglesia de Corinto también murieron o se enfermaron gravemente como resultado del escarmiento directo de Dios a causa de su pecado (1 Co. 11:30).

Lo ideal es que los cristianos vivieran vidas santas motivados por su amor a Dios y la gratitud por su gracia y bendiciones, pero con cierta frecuencia se requiere el rigor divino y el dolor para sacar a los creyentes del pecado en el que han caído, o para que el prospecto del castigo los mantenga alejados para no caer en él desde un principio.

Sin embargo, los incrédulos deberían tener **temor de Dios** en su sentido más urgente y aterrador. El Antiguo Testamento está repleto de historias en las que el Señor acarrea destrucción y muerte como castigo por pecados de toda clase.

Él destruyó a Sodoma y Gomorra a causa de su indescriptible inmoralidad y convirtió a la esposa de Lot en un pilar de sal por la sencilla razón de voltearse a mirar la horrenda escena en un acto de desobediencia. A causa de su maldad pertinaz, Dios destruyó a la raza humana entera por medio del diluvio, salvando a ocho personas únicamente. Hizo ahogar a todo el ejército egipcio cuando trató de capturar a los hijos de Israel y llevarlos de vuelta a la esclavitud en Egipto. El Señor ordenó a Moisés que se encargara de hacer que los levitas pasaran a filo de espada a unos tres mil hombres israelitas que habían erigido y adorado un becerro de oro mientras Moisés estaba en la montaña recibiendo las tablas de la ley de Dios.

En cierta ocasión un grupo de judíos le preguntó a Jesús por qué Dios había permitido que Pilato matara a algunos galileos y mezclara su sangre con los sacrificios, y por qué murieron dieciocho personas cuando una torre en Siloé se derrumbó sobre ellas. Él contestó que esas personas no habían muerto debido a que fueran peores que otras, y luego procedió a advertir a sus interrogadores: "Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente" (Lc. 13:1-5).

Escuché una vez acerca de un ministro evangélico que era conocido por su énfasis en la adoración e incluso había escrito un libro sobre el tema. Un día cuando algunos miembros de su congregación le estaban ayudando a trasladarse a otra oficina, descubrieron una caja grande llena de revistas pornográficas. Uno se pregunta si un hombre así podría ser cristiano, pero era obvio que en realidad tenía muy poco temor de Dios y su justo juicio, o siquiera alguna reverencia por su honra y gloria.

Robert Haldane, mencionado antes, escribió lo siguiente:

> Resulta increíble que los hombres, al tiempo que reconocen la existencia de Dios, actúen sin temor alguno por desagradarle; sin embargo éste es el carácter de ellos. Tienen temor de un gusano de la tierra que es lo que son ellos mismos, pero desconsideran al Altísimo ... Tienen más temor del hombre, de su rabia, su desprecio y su ridiculización que de la ira de Dios. El temor del hombre previene a los hombres de hacer muchas cosas que no dejan de hacer por el temor de Dios ... Los hombres no aman el carácter de Dios porque no le rinden la veneración que le es debida; no respetan su autoridad. Esa es la condición de la naturaleza humana mientras el corazón no sea cambiado. (*Exposición de Romanos*, p. 121)

EL VEREDICTO

Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya

que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. (3:19-20)

Aquí Pablo declara el veredicto de Dios sobre la humanidad caída y no arrepentida.

Oida (sabemos) se refiere a un conocimiento que es cierto y completo. **Sabemos** con certeza absoluta, estaba diciendo Pablo, **que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios**. Esa declaración no permite excepción alguna. Todo ser humano no redimido, sea judío o gentil, está **bajo la ley** de Dios y se encuentra **bajo el juicio de Dios**.

Como Pablo ya ha declarado, el judío está bajo la ley escrita de Dios entregada por medio de Moisés, y el gentil está bajo la ley también dada por Dios que está escrita en su corazón (Ro. 2:11-15). Dios es el Creador, Sustentador y Señor del universo entero, y por lo tanto es imposible que cualquier persona o cualquier cosa quede por fuera de su control o autoridad.

El veredicto final es entonces, que la humanidad no redimida carece de defensa en absoluto y es culpable de todos los cargos imputados. Por decirlo así, la defensa debe claudicar antes de tener tan siquiera una sola oportunidad de decir algo, debido a que el Dios omnisciente y perfecto en sabiduría ha demostrado de manera infalible la no viabilidad de cualquier motivo de exoneración.

La única respuesta posible es la de un silencio absoluto, tal como el que habrá en el cielo cuando el Señor Jesucristo abra el séptimo sello y desencadene los siete juicios de las trompetas sobre la tierra condenada (véase Ap. 8:1-6).

En anticipación al argumento de que podrían existir quizás unas cuantas personas con un celo excepcional que puedan vivir a la altura del estándar perfecto de la ley de Dios, el apóstol añade: **por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él**. No hay salvación por medio de guardar la ley de Dios, puesto que el hombre pecador es irremediablemente incapaz de hacerlo. No tiene ni la capacidad ni la inclinación en sí mismo para obedecer perfectamente a Dios.

Como Pablo sigue diciendo, *aparte de la ley*, por medio de la gracia de Dios que actúa a través del sacrificio de su Hijo, la salvación y la vida eterna se hacen posibles (Ro. 3:21-22), mientras que *bajo la ley* no puede haber otra sentencia que la de muerte.

Cómo estar a cuentas con Dios

15

Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, (3:21-25*a*)

Job formuló la pregunta más importante que se puede hacer: "¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?" (Job 9:2), y dijo a continuación:

> *Si quisiere contender con él, no le podrá responder a una cosa entre mil. Él es sabio de corazón, y poderoso en fuerzas; ¿quién se endureció contra él, y le fue bien? Él arranca los montes con su furor, y no saben quién los trastornó; él remueve la tierra de su lugar, y hace temblar sus columnas; él manda al sol, y no sale; y sella las estrellas; él solo extendió los cielos, y anda sobre las olas del mar; él hizo la Osa, el Orión y las Pléyades, y los lugares secretos del sur; él hace cosas grandes e incomprensibles, y maravillosas, sin número. He aquí que él pasará delante de mí, y yo no le veré; pasará, y no lo entenderé. He aquí, arrebatará; ¿quién le hará restituir? ¿Quién le dirá: ¿Qué haces? Dios no volverá atrás su ira, y debajo de él se abaten los que ayudan a los soberbios. ¿Cuánto menos le responderé yo, y hablaré con él palabras escogidas? Aunque fuese yo justo, no respondería; antes habría de rogar a mi juez. Si yo le invocara, y el me respondiese, aún no creeré que haya escuchado mi voz. Porque me ha quebrantado con tempestad, y ha aumentado mis heridas sin causa. No me ha concedido que tome aliento, sino que me ha llenado de amarguras. Si habláramos de su potencia, por cierto es fuerte; si de juicio, ¿quién me emplazará? Si yo me justificare, me condenaría mi boca; si me dijere perfecto, esto me haría inicuo.* (*vv.* 3-20).

Puesto que Dios es la clase de Dios que es, Job se preguntaba cómo era posible que una persona pudiera guardar la esperanza más remota de acercarse a Él, mucho menos de ser justo y aceptable delante de Él. ¿Acaso un simple ser humano puede establecer una relación correcta con un Dios que es perfectamente santo, infinito y poderoso? Bildad hizo eco de la pregunta de Job diciendo: "Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios?" (Job 25:4).

Tras escuchar las temibles advertencias de Juan el Bautista acerca del juicio de Dios: "la gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos?" (Lc. 3:10). La multitud a la que Jesús había alimentado milagrosamente el día anterior también le preguntó: "¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?" (Jn. 6:27-28). El joven rico le preguntó a Jesús: "Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?" (Mt. 19:16). Después de escuchar el mensaje urgente de Pedro en el Pentecostés, algunos de los oyentes "dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?" (Hch. 2:37). Al quedar ciego y tendido en el camino a Damasco, Saulo le preguntó a Jesús: "¿Qué haré, Señor?" (Hch. 22:10). El carcelero filipense preguntó a Pablo y Silas: "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?" (Hch. 16:30).

A lo largo de la historia, los hombres han hecho preguntas similares a las de Job y los otros. La razón misma de que la religión sea algo tan común y universal para la humanidad refleja los intentos realizados por el ser humano para responder esas preguntas. Como se notó en el último capítulo, las personas no pueden escapar de los sentimientos de culpa, no solamente por hacer cosas que saben que son malas, sino por ser como son. El sentido que el hombre tiene de perdición, soledad, vacío y falta de sentido se refleja en la literatura y en los restos arqueológicos de toda civilización. Lo mismo sucede con su temor a la muerte, a la existencia más allá de la tumba, si hay una, y también al castigo divino. Casi todas las religiones del mundo son una reacción ante la realidad de esos temores y procuran ofrecer la forma de acercarse y satisfacer a la deidad; pero todas las religiones, a excepción del cristianismo, son hechas por el hombre y están centradas en las obras, y por esa razón ninguna de ellas puede tener éxito en llevar una persona a Dios.

Las Escrituras enseñan claramente que existe sin duda alguna un camino que lleva a Dios, pero no es algo que se base en cosas que los hombres puedan hacer por sí mismos para alcanzarlo o merecerlo. El hombre puede estar a cuentas con Dios, pero no en sus propios términos o en sus propias fuerzas. En ese aspecto básico el cristianismo se distingue de todas las demás religiones. Por ende, en lo concerniente al camino de salvación, existen solamente dos religiones que el mundo ha conocido y jamás conocerá: la religión de la obra divina, que es el cristianismo bíblico, y la religión del logro humano, que incluye todas las demás clases de religión sin importar qué nombre se les asigne.

Cuando se vio amenazado por los feroces y recios babilonios, el pueblo de

Judá pidió a Jeremías que intercediera por ellos delante de Dios: "para que Jehová tu Dios nos enseñe el camino por donde vayamos, y lo que hemos de hacer". Para corroborar su aparente sinceridad, ellos entonces "dijeron a Jeremías: Jehová sea entre nosotros testigo de la verdad y de la lealtad, si no hiciéremos conforme a todo aquello para lo cual Jehová tu Dios te enviare a nosotros. Sea bueno, sea malo, a la voz de Jehová nuestro Dios al cual te enviamos, obedeceremos". No obstante, cuando Jeremías les trajo la respuesta de Dios, que consistía en quedarse en su propia tierra y confiar en Él para que los salvara, ellos rechazaron su Palabra y se fueron a Egipto (Jer. 42:1–43:7).

La respuesta de ellos es típica de infinidades de personas que preguntan cómo ponerse a cuentas con Dios. Parecen muy sinceras, pero cuando escuchan acerca del camino único y verdadero, que es mediante la confianza en Jesucristo, no están dispuestos a cumplir con esos términos y su respuesta hace evidente que están buscando una salvación que se ajuste a sus propios términos, y no conforme a los de Dios.

Todos los hombres son igualmente incapaces de acercarse a Dios en su propia potestad. Únicamente pueden ser salvos por la provisión de la gracia de Dios. Desde que Adán y Eva cayeron, la fe en respuesta a la oferta de la gracia de Dios siempre ha sido el único medio de salvación, de proveer una relación correcta con Dios. El hombre no puede salvarse ni siquiera por la ley divina de Dios mismo que fue dada a través de Moisés. Esa ley nunca fue, bajo ningún pacto o dispensación, un medio para alcanzar la salvación. Su propósito era mostrar cuán imposible es para el hombre vivir a la altura de los estándares de Dios con sus propios esfuerzos. Los estándares morales expresados en forma de mandamientos y las ceremonias prescritas en el pacto mosaico nunca se establecieron con la intención de salvar a alguna persona, simplemente porque no tienen la capacidad de hacerlo. Para Dios era agradable que el hombre tuviera un deseo sincero de obedecer la ley y una observancia adecuada de los rituales correspondientes, pero únicamente si esas cosas eran el reflejo de una fe verdadera en Él.

Uno de los temas principales y más reiterados en la carta a los romanos es la justicia. Como se mencionó en el capítulo previo, la raíz griega común a palabras como *justicia, justificación* y todas sus diversas formas verbales y adjetivas, ocurre más de sesenta veces en Romanos. El pasaje que se va a comentar en este capítulo (3:21-25*a*) es uno de los muchos en la epístola que se enfocan en la justicia de Dios, conforme a la cual se mide toda justicia.

La única justicia que el hombre posee o alcanza por sí mismo es *in*justicia, puesto que ese es el carácter y la substancia de su naturaleza caída. Todas las "justicias" del hombre, declara Isaías, son como "trapo de inmundicia", haciendo referencia al paño menstrual (Is. 64:6).

La luz de la justicia viene solamente de lo alto. Zacarías, el padre de Juan el

Bautista, profetizó acerca de Jesús que Él habría de encarnar "la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto la aurora, para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte" (Lc. 1:78-79). Mientras el piadoso Simeón sostenía en sus brazos al niño Jesús, declaró: "Han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel" (Lc. 2:30-32). Juan describe al Señor Jesucristo como "aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre" (Jn. 1:9). Jesucristo fue Dios encarnado, quien trajo en su propia Persona la luz de salvación para el mundo.

A los poetas griegos y romanos de la antigüedad les encantaba escribir tragedias extremadamente dramáticas en las que el héroe o la heroína era rescatado de situaciones imposibles por la intervención de último minuto de un dios (el recurso literario del *deus ex machina*). Sin embargo, los de mayor reputación entre ellos optaban por no introducir un dios en el escenario a no ser que el problema en realidad mereciera la intervención de un dios que lo resolviera.

La tragedia humana suprema es el pecado del hombre, y únicamente el Dios verdadero la puede resolver. Solo el Dios perfectamente justo puede proveer la justicia que los hombres necesitan para ser aceptables ante Él.

La justicia de Dios es diferente en muchos sentidos frente a todos los demás tipos de justicia. Primero que todo, es diferente debido a su *fuente*, que es Dios mismo. "Rociad, cielos, de arriba, y las nubes destilen la justicia; ábrase la tierra, y prodúzcanse la salvación y la justicia; háganse brotar juntamente. Yo Jehová lo he creado" (Is. 45:8).

En segundo lugar, la justicia de Dios es diferente en *esencia*. Es una justicia comprensiva que satisface tanto el precepto como el castigo establecidos por la ley de Dios, bajo la cual ha quedado todo el mundo. El precepto de la ley de Dios es el cumplimiento perfecto de ella, en otras palabras una perfección sin pecado que únicamente ha sido alcanzada por Jesucristo hombre. Él cumplió todos los requisitos de la ley de Dios sin la más mínima desviación o desperfecto. Aunque fue sometido a todas las tentaciones de los hombres, Él nunca cometió pecado (He. 4:15). No obstante, a fin de pagar completamente el castigo de la ley que le corresponde recibir a la humanidad pecadora, Dios "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). "Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia" (1 P. 2:24; cp. He. 9:28).

En tercer lugar, la justicia de Dios es única en su *duración*. Su justicia es una justicia imperecedera que existe desde la eternidad hasta la eternidad. En todas las Escrituras se hace referencia a su justicia como una justicia eterna (véase por ejemplo, Sal. 119:142; Is. 51:8; Dn. 9:24). Por lo tanto, la persona que recibe la justicia de Dios recibe justicia por la eternidad.

En la *Ilíada* de Homero, el gran guerrero troyano Héctor se estaba preparando para batallar contra Aquiles y los invasores griegos. Cuando estaba a punto de salir de su hogar, Héctor quiso cargar en brazos al pequeño hijo Astianax y despedirse de él por última vez, como resultaron las cosas; pero la armadura de Héctor asustó tanto al niño que éste buscó refugio en su nodriza. El padre, riéndose a carcajadas, se quitó el casco de bronce y levantó al niño en sus brazos. El niño descubrió al padre que tanto amaba escondido detrás de toda esa armadura.

Esta imagen se asemeja a lo que Pablo se propone hacer en su carta a los romanos, empezando a partir de 3:21. Tras haber mostrado a Dios como juez y ajusticiador, por así decirlo, ahora muestra al Dios de amor, quien extiende sus brazos hacia los hombres pecadores con la esperanza de que ellos quieran acercarse a Él y ser salvados.

En los versículos 21-25*a* del capítulo 3 Pablo suministra siete elementos adicionales de la justicia que Dios imparte divinamente a los que confían en su Hijo Jesucristo. Es una justicia que se aparta del legalismo (v. 22*a*), se provee para todos (vv. 22*b*-23), es dada gratuitamente por medio de la gracia (v. 24*a*), se ha obtenido mediante la redención (v. 24*b*), y ha sido pagada con un sacrificio expiatorio (v. 25*a*).

LA JUSTICIA SE APARTA DEL LEGALISMO

Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, (3:21*a*)

Pero es la traducción de una forma adversativa que indica un contraste, en este caso el contraste maravilloso y espléndido entre la depravación e incapacidad total del hombre para agradar a Dios, y la provisión que Dios mismo hace de un camino que conduce directamente a Él. Excepto por la introducción (1:1-18), la epístola hasta ahora ha presentado una imagen totalmente lóbrega de la maldad del hombre y su absoluta falta de esperanza apartado de Dios. En esa introducción Pablo dio una fugaz vislumbre de luz cuando habló "del evangelio, [que es] poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá" (1:16-17).

Ahora, tras haber dejado a toda la humanidad pecadora compuesta de judíos y gentiles por igual, emplazada en la esquina totalmente oscura y sin salida de la ira de Dios (1:18–3:20), Pablo empieza a abrir la ventana de la gracia divina y deja entrar la luz gloriosa de la salvación por medio de la justicia que Dios ha provisto.

Primero que todo, Pablo dice: la justicia que Dios imparte a los creyentes es **aparte de la ley**. *Nomos* (**ley**) se emplea en el Nuevo Testamento en diversos

sentidos, como también sucede con sus equivalentes en otros idiomas. En un sentido negativo, se refiere algunas veces al legalismo, aquella confianza estricta y dependiente en uno mismo y en los esfuerzos propios para supuestamente alcanzar el nivel de la moralidad divina (véase Lc. 18:9). Algunas veces se refiere a los mandamientos y rituales ceremoniales prescritos por Dios en el antiguo pacto a través de Moisés. Otras veces se refiere simplemente a los estándares divinos en general. A veces se refiere a todo el conjunto de las Escrituras que Dios había revelado antes del tiempo de Cristo y que ahora llamamos el Antiguo Testamento. Algunas veces se utiliza como sinónimo de algún principio o regla general. Por lo tanto, al interpretar el Nuevo Testamento el significado de la palabra debe determinarse a partir del contexto en que se utiliza.

Algunos traductores bíblicos escriben **Ley** con mayúscula en este pasaje, con lo cual quieren hacer evidente que entendieron *nomos* como un término que se refiere a la revelación divina de Dios, bien sea en el sentido más específico de la ley mosaica o en el sentido más amplio de todo el Antiguo Testamento; pero yo creo que en este pasaje Pablo tiene el concepto de legalismo en mente, de los intentos realizados por el hombre para llegar a ser aceptable ante Dios por medio de sus propios esfuerzos humanos.

De todas maneras lo que el apóstol quiere dar a entender es la misma cosa, con cualquiera de los dos sentidos que tenía en mente al referirse a **la ley**. Él está declarando que la justicia que Dios da a los creyentes es algo totalmente **aparte de** la obediencia a *cualquier* ley, incluyendo la propia ley revelada de Dios. La justicia de Dios no se basa de ninguna manera en los logros humanos o en cualquier cosa que un hombre pueda hacer en sus propias fuerzas.

Las mismas Escrituras de los judíos no enseñaban la salvación por obediencia a la ley de Dios, mucho menos por obediencia a las muchas leyes y tradiciones inventadas por el hombre que habían sido forjadas por los rabinos y ancianos durante los cientos de años que precedieron la llegada de Cristo. Sin embargo, miembros de la mayoría judía en los tiempos de Jesús y Pablo depositaron su confianza en esas regulaciones de invención humana. De hecho, la mayoría de ellos tenían más fe en las tradiciones rabínicas que en la ley de Dios que les fue dada por revelación divina en las Escrituras. Antes de su conversión, Pablo era él mismo un representante clásico de legalismo judío (véase Fil. 3:4-6).

El espíritu del legalismo se filtró en la iglesia por la acción de muchos judíos que aparentaban ser creyentes pero en realidad se estaban oponiendo al nombre de Cristo. A ellos se hacía referencia como los judaizantes, puesto que trataban de añadir al evangelio los requerimientos legalistas del Antiguo Testamento, tales como la circuncisión y la obediencia a las regulaciones sobre el día de reposo. Pablo apercibió a los creyentes en Colosas diciendo: "Nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo" (Col. 2:16). Él recordó a los creyentes en Galacia que ellos habían sido "justifica-

dos por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado" (Gá. 2:16). Más adelante en la epístola él escribió: "Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo ... porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión" (Gá. 5:1-2, 6). A los romanos declaró: "Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley" (Ro. 3:28).

Incluso bajo el antiguo pacto, las buenas obras basadas en los parámetros de Dios mismo no tenían valor alguno en lo que concernía a la salvación. Pablo dice: "También David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras" (Ro. 4:6), y luego procede a incluir una cita del Salmo 32:1-2.

Dios presenta delante del hombre los estándares de su justicia con el fin de demostrar claramente la imposibilidad de guardarlos por esfuerzo humano. Debido a esa incapacidad humana, "la ley produce ira" (Ro. 4:15), que es el juicio de Dios sobre el pecado del hombre. "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá" (Gá. 3:10-11). "Por gracia sois salvos por medio de la fe", dijo Pablo a los efesios; "y esto no de vosotros, pues es donde Dios; no por obras" (Ef. 2:8-9). Existen incontables pasajes más en el Nuevo Testamento (véase por ejemplo, Fil. 3:9; 2 Ti. 1:9; Tit. 3:5) que repiten la verdad básica del evangelio de que nunca se puede llegar a ser justo delante de Dios por medio del esfuerzo humano.

Bien sea que la ley de Dios sea la ley mosaica de los judíos o la ley escrita en los corazones y conciencias de todos los hombres, incluyendo a los gentiles (Ro. 2:11-15), la obediencia a ella nunca puede ser perfecta y por ende nunca puede salvar. Esa es una verdad devastadora para cualquiera que busque agradar a Dios en sus propios términos y en sus propias fuerzas, y esta es la razón por la que el evangelio le resulta tan ofensivo al hombre natural.

Ahora, sin embargo, Pablo declara que **la justicia de Dios**, la justicia divina y eterna por la cual los hombres *pueden* ser hechos justos delante de Dios, **se ha manifestado**. Como él pasa a explicar en el versículo siguiente, esa justicia se ha manifestado "por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él" (v. 22).

LA JUSTICIA SE FUNDAMENTA EN LA REVELACIÓN

testificada por la ley y por los profetas; (3:21*b*)

Pero antes de presentar el medio por el cual los hombres reciben la justicia manifestada de Dios, Pablo declara que esa justicia no solamente se da aparte del legalismo, sino que también ha sido dada por revelación divina, siendo **testificada por la ley y por los profetas**.

Obviamente, esa verdad estaba dirigida en primera instancia a los judíos, cuya religión entera se centraba alrededor de **la ley y los profetas**, una frase de uso bastante común con la que se abarcaba toda la Palabra escrita de Dios que ahora llamamos el Antiguo Testamento. En otras palabras, el apóstol no estaba hablando acerca de una nueva clase de justicia, sino de la justicia divina acerca de la cual se habla en todas las Escrituras judías.

No solamente es verdad que **la ley y los profetas** proclaman la justicia perfecta de Dios, sino que también afirman lo que Pablo acaba de enunciar, que sin excepción, los hombres son incapaces de alcanzar esa justicia a su manera o en sus fuerzas.

Los judíos tenían gran reverencia por sus Escrituras, pero la mayoría de ellos no se dieron cuenta de que a pesar de haber sido entregadas por revelación divina, esas Escrituras en sí mismas carecían de poder para salvar. "Escudriñad las Escrituras", dijo Jesús a un grupo de oyentes judíos, "porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn. 5:39). En otras palabras, **la ley y los profetas** no tenían el propósito de mostrar a los hombres la manera de alcanzar su propia justicia, sino que apuntaban al Mesías venidero, el Salvador del mundo y el Hijo de Dios, quien sería en sí mismo la *provisión* de justicia perfecta que Dios demanda de los hombres. Aunque la revelación plena de la salvación por medio de Cristo no fue dada en el Antiguo Testamento, ese había sido *siempre* el camino de salvación al que apuntaban las promesas del antiguo pacto.

Las leyes mosaicas no fueron dadas como medios para alcanzar justicia sino para describir la justicia de Dios y mostrar la imposibilidad de que el hombre viviera conforme a ella. Los sacrificios mosaicos no fueron prescritos como un medio para expiar el pecado, sino como un símbolo que apuntaba en dirección a Jesucristo, quien se convirtió Él mismo en el sacrificio perfecto por los pecados del mundo entero. Los mandamientos, rituales, sacrificios y principios de vida piadosa enseñados en el Antiguo Testamento eran y siguen siendo, una parte de su Palabra inspirada divinamente; pero nada de eso puede jamás quitar el pecado, perdonar el pecado, expiar el pecado, o dar vida nueva y justa al pecador, sin importar cuán celosa y sinceramente el hombre tratara de acatarlos.

LA JUSTICIA SE ADQUIERE POR FE

la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, (3:22*a*)

A fin de evitar cualquier mal entendido, Pablo menciona de nuevo que está

hablando acerca de **la justicia de Dios** absoluta y perfecta, no de la justicia relativa e imperfecta que los seres humanos alcanzan.

Aquí él insiste en que la perfecta y salvadora **justicia de Dios** no solamente se recibe aparte del legalismo y se fundamenta en la revelación, sino que también es adquirida únicamente **por medio de la fe**. Ese ha sido siempre el único camino de salvación en lo que respecta a la parte que corresponde al hombre, y esa es precisamente la lección de Hebreos 11, al mostrar que *nunca* ha habido otro medio de salvación que no sea la **fe** en el Dios verdadero.

Ese también es el tema reiterado de la carta de Pablo a los romanos. En el capítulo 4 él dice: "Al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia" (v. 5), y "No por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe" (v. 13; cp. v. 20). Él comienza el capítulo 5 con la declaración de que, habiendo sido "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo".

Por supuesto que también existe la fe falsa, incluso ejercida en el nombre de Cristo. Juan informa que muchas personas que tuvieron una fe superficial en Jesús no ejercieron una fe salvadora. "Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos" (Jn. 8:31). En otras palabras, la obediencia a su Palabra es prueba de fe verdadera, mientras que desobediencia continua es muestra de fe falsa. "La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma", declaró Santiago (Stg. 2:17). En otras palabras, la fe desobediente es una fe fraudulenta, y el hecho de que se encuentra "en sí misma", deja ver que no tiene nada que ver con la fe en Dios. La fe falsa puede ser una fe puesta en las buenas obras, en los rituales, en una experiencia o sistema religioso, fe en la propia bondad individual, o simplemente una fe nebulosa en la fe misma que es algo tan común en nuestros días.

Una persona es salvada **por medio de la fe en Jesucristo** solamente, sin depender de ninguna otra cosa; pero las Escrituras aclaran que la fe salvadora es mucho más que limitarse a hacer una declaración verbal de creer lo que se dice acerca de Él.

El finado A. W. Tozer comentó con gran agudeza:

> Algo ha ocurrido con la doctrina de justificación ... La fe de Pablo y de Lutero fue una cosa revolucionaria que agitó la vida entera del individuo e hizo de él una persona totalmente diferente. Se apropió de la vida en todos sus aspectos y la llevó a la obediencia a Cristo. Tomó su cruz y siguió a Jesús sin intención alguna de volver atrás. Se despidió de sus viejos amigos tan ciertamente como Elías lo hizo al montarse en el carro de fuego y ser llevado por el torbellino. Trajo un cierto sentido de fina-

> lidad. Se cerró al instante sobre el corazón humano como una trampa, captó al hombre y desde ese momento en adelante lo convirtió en el feliz siervo por amor de su Señor (*The Root of the Righteous* [Harrisburg, Pa.: Christian Publications, 1955], pp. 45-46)

La fe salvadora **en Jesucristo** que el Nuevo Testamento enseña es mucho más que una simple afirmación de ciertas verdades acerca de Él. Hasta los demonios reconocieron muchos hechos acerca de Él. Uno de los demonios que tenían poseído al hombre de Gadara le dijo a Jesús: "¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?" (Mr. 5:7). El demonio que daba a una muchacha esclava cierto poder de adivinación describió a Pablo y sus amigos como "Siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación" (Hch. 16:17).

La fe salvadora consiste en disponerse uno mismo en sumisión total al Señor Jesucristo, y tiene ciertos elementos indispensables que el Nuevo Testamento enseña con claridad.

La fe salvadora **en Jesucristo** involucra el ejercicio de la *voluntad*. Pablo dijo a los creyentes romanos: "Gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados" (Ro. 6:17). La salvación empieza (desde el punto de vista humano) con la obediencia voluntaria de una persona para apartarse del pecado y seguir al Señor Jesucristo.

La **fe** salvadora también involucra las *emociones*, puesto que, como se menciona en el versículo anterior, debe provenir del corazón así como de la mente. Una persona no puede ser salva por los buenos sentimientos que tenga acerca de Cristo, y muchas personas a través de las edades y en nuestro propio tiempo han substituido la fe salvadora en Cristo con los buenos sentimientos acerca de Él. Por otro lado, no obstante, una persona cuya vida es transformada por Cristo será afectada en sus emociones de la manera más profunda que sea posible.

La **fe** salvadora también involucra al *intelecto*. Nadie puede llegar al cielo usando su pensamiento, pero tampoco puede recibir a Jesucristo como Señor y Salvador sin una comprensión de la verdad del evangelio (véase Ro. 10:17ss).

Jesucristo es la encarnación misma de la justicia de Dios, y es debido a esa verdad que Él puede impartir justicia divina a quienes confían en Él. Durante su encarnación terrenal, Jesús demostró la justicia de Dios viviendo una vida sin pecado. En su muerte Cristo también demostró la justicia de Dios pagando el castigo debido a las vidas injustas de todo ser humano.

El clérigo inglés del siglo diecisiete Joseph Alleine escribió:

> El convertido sincero acepta todo lo de Cristo; ama no solamente la recompensa, sino la obra de Cristo; no solamente los beneficios, sino la carga de Cristo; está dispuesto no solamente a trillar el maíz sino a

someterse bajo el yugo; adopta el mandamiento de Cristo, sí, la cruz de Cristo.

El insensato está a medias con Cristo: está todo a favor de la salvación de Cristo, pero no lo está para la santificación; a favor de los privilegios, pero no se apropia de la persona de Cristo; divide los oficios y beneficios de Cristo. Este es un error de fundamento. Quien ame así la vida, sea aquí prevenido: es un error catastrófico sobre el cual ha recibido muchas advertencias, y a pesar de ello es el más común.

Jesús es un nombre dulce, pero los hombres "no aman al Señor Jesús con sinceridad". Ellos no están dispuestos a recibirlo como Dios lo ofrece: "para ser un Príncipe y un Salvador". Ellos separan lo que Dios juntó, el rey y el sacerdote; sí, ellos no quieren recibir la salvación de Cristo como Él la ofrece, sino que la dividen en este punto.

El voto de todo hombre es por la salvación del sufrimiento; pero los hombres no desean ser salvados del pecar; quieren que sus vidas sean salvadas, pero también quieren seguir aferrados a sus concupiscencias. Sí, muchos hacen aquí otra división; se sentirían contentos por ver destruidos algunos de sus pecados, pero no pueden abandonar el regazo de Dalila, o divorciarse de su amada Herodías; no pueden ser crueles con su ojo derecho o con su mano derecha; es necesario que el Señor los perdone por todo eso. Oh, ten un cuidado muy escrupuloso aquí; tu alma depende de ello.

El convertido sensato recibe a un Cristo completo, le acepta con todas sus intenciones y propósitos, sin excepciones, sin limitaciones, sin reserva. Él está dispuesto a tener a Cristo en los términos que sea; está dispuesto a tener el dominio de Cristo así como la libertad por Cristo; él dice con Pablo: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?" cualquier cosa Señor; entrega a Cristo una hoja en blanco para que él escriba sus propias condiciones. (*The Alarm to Unconverted Sinners* [Grand Rapids: Baker, 1980, reimpresión], pp. 46-48)

Juan Wesley partió hacia el cielo el 2 de marzo de 1791 a la edad de ochenta y ocho, tras haber predicado el evangelio durante unos sesenta y cinco años. Uno de sus himnos favoritos, el cual cantó en su lecho de muerte, decía así:

Alabaré a mi Hacedor mientras tenga aliento
Y cuando mi voz se extravíe con la muerte
  Alabanza será el uso de mis facultades más nobles.
Mis días de alabanza nunca pasarán
Mientras duren la vida, el pensamiento y el ser,
  O perdure la eternidad.

LA JUSTICIA FUE PROVISTA PARA TODOS

para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, (3:22*b*-23)

La provisión de salvación y la justicia que trae está disponible **para todos los que creen en él**. Cualquier persona que crea en Jesucristo como Señor y Salvador será salva, **porque no hay diferencia**.

Cuando estaba predicando en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, Pablo declaró: "De todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él [Cristo] es justificado todo aquel que cree" (Hch. 13:39). En su carta a la iglesia en Galacia, el apóstol dijo: "el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo" (Gá. 2:16).

Jesús mismo dijo: "el que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37). Cualquier persona que cree en Jesucristo, trátese de un asesino, una prostituta, un ladrón, un violador, un homosexual, un hipócrita religioso, un falso maestro, un pagano o lo que sea, se salvará. De la misma forma que nadie es bueno lo suficiente como para salvarse, nadie es tan malo que no pueda ser salvado.

Esa es la maravillosa lección de Romanos 3:22. **Todos los que creen** serán salvos, debido a que ante los ojos de Dios **no hay diferencia**. Así como todos aparte de Cristo son igualmente pecadores y rechazados por Dios, todo el que está en Cristo es igualmente justo y aceptado por Él. Aún "el primero" de todos los pecadores, como Pablo se llamó a sí mismo (1 Ti. 1:15), no fue demasiado perverso como para no ser salvo.

No existe distinción alguna entre los que son salvados, porque tampoco existe distinción entre quienes están perdidos, **por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios**. *Hustereō* (**están destituidos**) tiene el significado básico de ser el último o ser inferior. Todo ser humano ocupa el último lugar en lo concerniente a **la gloria de Dios**.

LA JUSTICIA ES DADA GRATUITAMENTE MEDIANTE LA GRACIA

siendo justificados gratuitamente por su gracia, (3:24*a*)

En ese mismo orden de ideas, nadie está más adelante que cualquier otra persona en lo que se refiere a la salvación. **Siendo justificados** se aplica a los "todos" de los dos versículos anteriores: *todos* los que han creído, de quienes *todos* eran pecadores. Así como no hay distinción entre quienes necesitan la salvación, no hay distinción alguna entre los que la reciben, porque todos ellos han sido **justificados gratuitamente por su gracia**.

Dikaioō (**justificados**) significa declarar la probidad de algo o de alguien. La

justificación es la declaración de Dios de que todas las demandas de la ley han quedado satisfechas en beneficio del pecador creyente, por medio de la justicia de Jesucristo. La justificación es una transacción de carácter puramente legal, en la que se cambia la *situación* judicial del pecador delante de Dios. En la justificación, Dios *imputa* la justicia perfecta de Cristo a la cuenta del creyente y luego declara a la persona redimida como plenamente justa. La justificación debe distinguirse de la santificación, en la cual Dios *imparte* la justicia de Cristo al pecador. Aunque ambas deben distinguirse, la justificación y la santificación nunca pueden separarse. Dios no justifica al que Él no santifica.

No obstante, Dios justifica a los creyentes **gratuitamente por gracia**, no debido a cualquier cosa buena que haya en la persona que es justificada.

Por definición, un regalo es algo que se da **gratuitamente**, es algo que una persona recibe sin haberlo ganado ni merecido. El más grande de todos los regalos de Dios es el de la salvación por medio de su Hijo, la cual es dada totalmente a causa de **su gracia** divina. "No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia", es decir, mediante el cumplimiento humano del estándar de Dios, declara Pablo, "entonces por demás murió Cristo" (Gá. 2:21).

La ley revela la justicia de Dios y deja al descubierto la injusticia del hombre. La **gracia**, por otra parte, no solamente revela la justicia de Dios sino que en efecto **da** su justicia a los que confían en su Hijo. Esa **gracia** entregada **gratuitamente** le costó a Dios el sufrimiento y la muerte de su propio Hijo en la cruz, de modo que para el creyente ya no hay nada más que pagar.

LA JUSTICIA SE ALCANZA MEDIANTE REDENCIÓN

mediante la redención que es en Cristo Jesús, (3:24*b*)

Apolutrōsis (**redención**) es una forma reforzada de *lutrōsis*, que transmite la idea de librar, especialmente mediante el pago de un precio. Se empleaba comúnmente para referirse al pago de un rescate para libertar a un prisionero de sus captores o el pago del precio establecido para libertar a un esclavo de su amo.

A causa de la absoluta pecaminosidad e incapacidad del hombre para alcanzar por sí mismo el estándar de justicia de Dios, **la redención** de un pecador únicamente podía venir como resultado de lo que **es en Cristo Jesús**. El Salvador sin pecado era el único que podía pagar el precio para redimir a los hombres pecadores.

LA JUSTICIA FUE PAGADA CON UN SACRIFICIO EXPIATORIO

a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, (3:25*a*)

Debido a que el hombre no puede hacerse justo por sí mismo, Dios en su gracia hizo provisión para su redención por medio del sacrificio expiatorio de su propio Hijo, Jesucristo.

Ese sacrificio no fue hecho en lo oculto, ni siquiera en los recintos recluidos y santos del templo sagrado, sino a la luz pública sobre el monte Calvario para que todo el mundo fuese testigo de ello. **Dios puso** a su Hijo a la vista de todos **como propiciación**.

Hilastērion (**propiciación**) tiene la idea básica de apaciguamiento o satisfacción. En las religiones paganas antiguas, al igual que en muchas religiones de la actualidad, es común la idea de que el hombre aplaque a un dios por medio de diversas ofrendas o sacrificios; pero en el Nuevo Testamento **propiciación** siempre hace referencia a la obra de Dios, no la del hombre. El hombre es absolutamente incapaz de satisfacer la justicia de Dios a no ser que pase la eternidad en el infierno.

La única satisfacción o **propiciación** que podía ser aceptable para Dios y que podía reconciliarle con el hombre, tenía que ser hecha por Dios mismo. Por esa razón, Dios en carne humana, Jesucristo: "se dio a sí mismo en rescate por todos" (1 Ti. 2:6). Él aplacó la ira de Dios.

Esa **propiciación** con rescate obrada por Cristo fue pagada **en su sangre** divina. A creyentes esparcidos por todo el imperio romano, Pedro escribió: "Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padre, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 P. 1:18-19).

El equivalente hebreo de *hilastērion* se emplea en el Antiguo Testamento para hacer referencia al propiciatorio que se encontraba en el Lugar Santísimo, donde el sumo sacerdote entraba una vez al año, en el día de la expiación, para hacer un sacrificio a favor de su pueblo. En aquella ocasión él rociaba sangre sobre el propiciatorio, como un símbolo del pago correspondiente al castigo de sus propios pecados y los pecados del pueblo.

Sin embargo, ese acto anual que fue prescrito y honrado por Dios, no tenía poder para quitar o pagar la deuda por un solo pecado. Lo único que podía hacer era apuntar en dirección a la ofrenda verdadera y efectiva: "la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. ... porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (He. 10:10, 14).

Los que son justificados por la ofrenda de Cristo son quienes reciben esa santificación **por medio de la fe** en Él. Pablo escribió a los creyentes colosenses:

> *En él [Cristo] también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros,*

estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz. (Col. 2:11-14)

En su hermoso himno, Horacio Bonar escribió:

No lo que han hecho mis manos
Puede salvar mi alma culpable;
No lo que mi carne ajetreada ha producido
Puede sanar mi espíritu.
No lo que siento o hago
Puede darme paz con Dios;
No todas mis oraciones y suspiros y lágrimas
Pueden soportar mi tremenda carga.
Tu gracia sola, oh Dios,
Puede hablarme de perdón;
Tu poder solo, oh Hijo de Dios,
Puede romper este yugo lacerante.
Ninguna obra sino la tuya,
Ninguna otra sangre lo hará;
Ninguna fuerza sino la que es divina
Puede llevarme con seguridad al otro lado.

Visite:

www.artecristiano.org

(Arte Cristiano en Imágenes)

Cómo fue que Cristo murió para Dios

16

para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley. ¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Ciertamente, también de los gentiles. Porque Dios es uno, y él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión.

¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley. (3:25*b*-31)

Entre las características más obvias de la sociedad moderna se encuentra el egocentrismo y sus diversas manifestaciones, el egoísmo, la autogratificación y la autorrealización. Las personas se dejan absorber por completo en sus propios sentimientos, sus propios deseos, sus propias posesiones y su propio bienestar.

Tristemente, el egocentrismo ha encontrado la manera de filtrarse en el cristianismo y casi se ha convertido en la marca distintiva de algunas iglesias y organizaciones supuestamente evangélicas. Se presenta a Cristo como la respuesta a todos los problemas, la fuente de paz y gozo (léase éxito y felicidad), y al que libra del infierno y hace de la vida algo digno de vivirse.

En la perspectiva bíblica correcta, Cristo *es* la respuesta a las necesidades del hombre, la primera de las cuales es la salvación del pecado; y por supuesto que también es cierto que tener vida en Él es el único escape posible del infierno. Obviamente la salvación involucra al hombre, y también es obvio que es la mayor bendición que un ser humano pueda recibir, la bendición más grande y aparte de la cual todas las demás carecen de valor permanente.

No obstante, en las Escrituras la salvación no está enfocada en el hombre sino en Dios. La Palabra de Dios aclara que el propósito fundamental de la salvación es glorificar a Dios. "Todo fue creado por medio de él y para él", nos recuerda Pablo (Col. 1:16). El salmista declaró: "No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad" (Sal. 115:1). Ese debería ser el clamor continuo en el corazón de todo creyente.

Puesto que Dios es el Dios único y verdadero, el Creador y Sustentador del universo, la fuente y medida de todas las cosas, Él solamente tiene el derecho de ser glorificado, solo Él tiene derecho a recibir la adoración y veneración del hombre.

Por medio de Isaías Dios dijo: "Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí ... No hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí. Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua" (Is. 45:5, 21-23).

Debido a que Dios es nuestro Señor soberano, Pablo apercibe a los creyentes para que le honren y le glorifiquen hasta en las cosas más pequeñas y cotidianas que hagamos. "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Co. 10:31). La razón misma de nuestra existencia es glorificar a Dios. En lugar de consumir tiempo y energías en nuestros propios intereses, sentimientos y bienestar, deberíamos sumirnos en el privilegio maravilloso de vivir para dar alabanza y adoración a Dios. En todo lo que hacemos, debemos buscar primero el reino de Dios y su justicia (Mt. 6:33).

En su libro *Nuestro silencio culpable,* John Stott dice que el mejor ejemplo que conocía de una persona sumida por completo en la glorificación a Dios fue Henry Martyn:

> Aunque era un catedrático Wrangler [experto en matemáticas] de la Universidad de Cambridge, y luego un miembro facultado del St. John's College, él dio la espalda a su carrera académica y entró al ministerio. Dos años más tarde, el 16 de julio de 1805, se embarcó hacia la India. "Que mi vida se consuma para Dios como una antorcha", exclamaba en Calcuta, donde vivió en un templo hindú abandonado. Al ver a las personas postrándose ante sus imágenes, él escribió: "esto instigó más horror en mí del que puedo expresar coherentemente".

Después él se trasladó a Shiraz y se mantuvo ocupado con la traducción del Nuevo Testamento al idioma persa. Muchos visitantes musulmanes venían a verle y entablar conversación sobre temas religiosos. Su acostumbrada serenidad solo era perturbada cuando cualquier persona insultaba a su Señor. En una ocasión se expresó la opinión sentida de que "el príncipe Abbas Mizra había

matado a tantos cristianos que Cristo desde el cuarto cielo se asió del manto de Mahoma rogándole que desistiera". Era una imagen quimérica y dramática. Cristo arrodillado ante Mahoma. ¿Cuál sería la reacción de Martyn? "Fui traspasado hasta lo más hondo del alma por esta blasfemia". Notando su mortificación, el visitante preguntó qué le había parecido tan ofensivo. Martyn contestó: "Yo no podría soportar la existencia si Jesús no es glorificado; sería como el infierno para mí, si Él fuera deshonrado siempre de esa manera". Su visitante musulmán quedó sorprendido y preguntó de nuevo por qué. "Si alguien le arrancara a usted los ojos", él respondió, "no tendría objeto preguntar *por qué* está sintiendo dolor, es un sentimiento. Es debido a que yo soy uno con Cristo que me encuentro horriblemente herido". ([Grand Rapids: Eerdmans, 1969], pp. 21-22)

He allí a un hombre que podía vivir en las circunstancias más incómodas sin queja alguna, pero cuyo corazón se quebrantaba profundamente ante una sociedad pagana que deshonraba a su Señor.

Sin duda alguna David fue un hombre conforme al corazón de Dios porque él podía declarar con certeza: "A Jehová he puesto siempre delante de mí" (Sal. 16:8). A pesar de sus pecados y flaquezas, el enfoque primordial de su vida siempre estuvo centrado en Dios.

El espíritu mundano del egocentrismo es quizás la razón principal por la que la mayoría de los cristianos no son agresivos en su testificación a los perdidos. Es la razón de que la iglesia en su mayor parte no está saliendo a confrontar al mundo con el evangelio de Jesucristo. El cristiano cuyo interés y preocupación primordial es su propia comodidad y bendiciones, incluyendo sus bendiciones espirituales, no está enfocado en Dios y en consecuencia su vida no va a estar dirigida al cumplimiento de la gran comisión de Dios.

En el verano de 1865, Hudson Taylor tuvo una tremenda carga en su corazón por la China. Su biógrafo reporta que también estaba muy atribulado por la condición de la iglesia a la que estaba asistiendo en Brighton, Inglaterra. Al mirar alrededor de la congregación él veía:

> Hilera tras hileras de bancas llenas de mercaderes prósperos y con barba, dueños de tiendas, visitantes, esposas que afectaban modestia con sus sombreros y miriñaques, niños pulidos entrenados para disimular su impaciencia; la atmósfera de una piedad complacida que lo enfermaba. Él agarró su sombrero y salió de ese lugar.

Incapaz de soportar el panorama de una congregación de mil o más cristianos regocijándose en su propia seguridad mientras millones de personas estaban pereciendo por falta de conocimiento, me fui a deambular solitario por la orilla, en medio de una gran agonía espiritual. Estando allí en la playa él oró pidiendo "veinticuatro obreros dispuestos y capaces (Stott, p. 24).

Más tarde a partir de esa oración se fundó la misión al interior de la China. A causa de ese ministerio y otros semejantes, existen en la actualidad entre unos veinticinco millones y quizás cincuenta millones de creyentes en la China, a pesar de su gobierno oficialmente ateo.

Dios pudo usar a hombres como Henry Martyn y Hudson Taylor porque su atención no estaba enfocada en sus propios intereses sino en los de Dios.

La salvación es básica y primordialmente una manera de glorificar a Dios. El hecho de que trae como resultado que muchos seres humanos se salven del infierno y reciban vida eterna, por muy maravilloso y estupendo que sea, es secundario ante la gloria de Dios. La cruz de Jesucristo tuvo el efecto más colosal en la humanidad al proveer el camino y el medio para la redención; pero la muerte de Jesús en la cruz tuvo el objetivo principal de glorificar a Dios. Él glorificó a Dios durante su ministerio terrenal, lo cual le permitió decir a su Padre celestial: "Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese" (Jn. 17:4).

Hablando a todos los creyentes, el apóstol Pablo escribe:

> *Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. (Fil. 2:5-11)*

Incluso cuando pensamos en el cielo, tenemos la tendencia a enfocarnos en las grandes bendiciones y el gozo inefable que *nosotros* vamos a disfrutar allá, pero el Señor lleva a los creyentes al cielo, primero que todo con el fin de que le puedan glorificar a Él para siempre. Ese es el propósito por el cual fue creado el hombre, y ese será el propósito eterno de todos los que sean re-creados por la gracia de Dios mediante la fe en su Hijo.

En su lecho de muerte David Brainerd dijo: "Mi cielo es agradar a Dios y glorificarle, darle todo a Él y ser completamente consagrado para su gloria. Yo no voy al cielo para recibir un ascenso, sino para dar honra a Dios. No importa en qué lugar quede instalado en el cielo, si voy a tener un escaño alto o bajo allá, sino que viva y agrade y glorifique a Dios" (Jonathan Edwards, *La vida de David Brainerd* [Grand Rapids: Baker, 1980, reimpresión], pp. 330-31).

Por supuesto que habrá dicha indescriptible en el cielo, pero aún esa dicha será en sí misma un testimonio eterno de la gracia y la gloria de Dios.

El tema de la carta a los romanos y el corazón del mensaje evangélico, es la doctrina de justificación solo por fe como respuesta a la gracia de Dios. Es una doctrina que se ha perdido y vuelto a encontrar vez tras vez a lo largo de la historia de la iglesia. Ha sufrido de énfasis excesivo, falta de énfasis, y quizás con mayor frecuencia, de simple indiferencia. Fue el mensaje central de la iglesia primitiva y el mensaje central de la reforma protestante bajo el liderazgo piadoso de hombres como Martín Lutero y Juan Calvino. Todavía sigue siendo hasta hoy día el mensaje central de toda iglesia fiel a la Palabra de Dios. Solamente cuando la iglesia entiende y proclama la justificación por fe es que puede presentar verazmente el evangelio de Jesucristo.

Uno de los pasajes más significativos que enseña esa verdad es el texto de este capítulo (Ro. 3:25*b*-31). Al leer este pasaje por primera vez parece indescifrable, complicado y desconcertante; pero su verdad básica es simple y al mismo tiempo es la verdad más profunda en toda la Escritura: la justificación para la humanidad pecadora fue hecha posible por la gracia de Dios por medio de la fe de su Hijo Jesucristo en la cruz, y es apropiada por los hombres cuando depositan su confianza en Él como Señor y Salvador.

La cruz afecta a quienes confían en Jesús dándoles vida eterna. Por medio de su muerte y resurrección, Dios "nos libra de la ira venidera" (1 Ts. 1:10). Como Pablo testifica más adelante en Romanos: "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira" (Ro. 5:8-9); cp. 2 Co. 5:18; Tit. 2:14).

La cruz afectó a Satanás rompiendo su poder y dominio sobre la tierra. El escritor de Hebreos declara que por medio de su muerte, Jesucristo destruyó "al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo" (He. 2:14). Al hacer esto, Dios "nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados" (Col. 1:13-14).

Obviamente, la cruz también afectó a Jesucristo mismo. En obediencia a la voluntad de su Padre, Él padeció la agonía de tomar sobre sí el pecado de todo el mundo y pagar su pena de muerte, y fue resucitado a fin de que pudiera regresar a la presencia de su Padre celestial, para no volver a apartarse de Él nunca jamás (Jn. 14:28).

La cruz también afectó a Dios el Padre y al Espíritu Santo debido a su unidad perfecta con el Hijo.

En Romanos 3:25*b*-31, Pablo dirige nuestro pensamiento específicamente a cuatro sentidos en los que la cruz de Cristo glorifica a Dios: revela la justicia de Dios (vv. 25*b*-26), exalta la gracia de Dios (vv. 27-28), revela la universalidad de Dios (vv. 29-30) y confirma la ley de Dios (v. 31).

LA CRUZ REVELA LA JUSTICIA DE DIOS

para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. (3:25*b*-26)

Como se explicó en el capítulo anterior, **justicia**, *justificación* y sus formas verbales y adjetivas se derivan de la misma raíz griega. El significado básico se refiere a lo que es recto y justo.

Una mirada a la etnología y la historia de la religión muestra que sin excepción, los dioses paganos eran y siguen siendo, hechos a imagen y semejanza de los hombres. Su única diferencia frente a los hombres es su supuesto poder. En cualquier otro sentido, reflejan las mismas deficiencias y fragilidades morales de los seres humanos. Son caprichosos, inconsecuentes y totalmente impredecibles. En los panteones griego y romano, las deidades fabricadas estaban en una pugna permanente entre ellas, teniendo celos mutuos e incluso de los seres humanos que demostraban poseer inteligencia, habilidad y poder inusuales. Algunos de los dioses supuestamente demandaban un nivel más alto de conducta por parte de los seres humanos, pero ellos mismos eran incongruentes y con frecuencia abiertamente inmorales.

Eso es exactamente lo que uno puede esperar. Los dioses hechos por los hombres nunca pueden ser más que imágenes desproporcionadas de los hombres mismos. De hecho, la mayoría de los hombres y mujeres de la antigüedad vivían en un plano moral mucho más alto que el de sus dioses, según se informaba acerca de ellos. Con frecuencia los hombres acusaban de arbitrariedad y agravio a un dios en particular, apelando a otro dios o dioses para rectificar la falta cometida por la deidad errada.

Los hombres incluso se han adelantado a juzgar al Dios verdadero de manera muy similar. Los incrédulos señalan con frecuencia lo que consideran como actos caprichosos, injustos y hasta brutales por parte de Dios. "Si el Dios de ustedes es tan santo y justo", preguntan, "¿por qué permite que su propio pueblo sufra tanto y deja que gente malvada, incluyendo los enemigos y perseguidores de su pueblo, cometa pecados terribles sin sufrir las consecuencias? ¿Y por qué permite que gente inocente sufra a causa de la maldad de los demás?"

Hay muchas cosas que se atribuyen en las Escrituras a la acción de Dios, las cuales *sí* parecen injustas e incorrectas desde una perspectiva puramente humana. Por ejemplo, ¿por qué Dios no permitió que Abraham heredara realmente la tierra que le prometió? ¿Por qué permitió que su pueblo se quedara y sufriera por tanto tiempo en Egipto antes de libertarlos? Los hebreos que fueron libertados no eran mejores que sus ancestros que habían estado allí antes que ellos. De hecho eran mucho peores, puesto que habían adoptado muchas creencias y

prácticas paganas de sus amos egipcios. Después que Dios dio posesión de la Tierra Prometida a Israel, ¿por qué usó con frecuencia a naciones impías y atrozmente malvadas para conquistar, perseguir y dispersar a su propio pueblo escogido? Los castigadores usados para infligir el castigo eran peores que quienes fueron castigados.

En los sistemas humanos de justicia, un juez u otro oficial público de alto rango que comete un delito dado, recibe con frecuencia un castigo mayor del que recibiría un ciudadano común y corriente. Su alto cargo demanda un criterio más elevado. "¿Por qué entonces el más supremo de todos los dioses", se ha preguntado la gente, "no es tenido como responsable conforme a los estándares humanos más altos de rectitud y justicia?"

Sin duda alguna el profeta Habacuc entendía al lado de Moisés que el Señor "es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto" (Dt. 32:4). Sin embargo, el piadoso Habacuc no podía entender por qué el Señor estaba dispuesto a permitir que su propio pueblo sufriera mientras las naciones paganas prosperaban. "Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio; ¿por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él?"

Ciertos judíos en el tiempo de Malaquías estaban preocupados por la misma cuestión, pero a diferencia del humilde Habacuc pretendieron juzgar a Dios, diciendo impíamente: "Cualquiera que hace mal agrada a Jehová, y en los tales se complace". Otros preguntaban: "¿Dónde está el Dios de justicia?" (Mal. 2:17).

En anticipación a tales preguntas, el Espíritu Santo guió a Pablo a declarar que por medio de la cruz, Dios no solamente permitió sino que planeó antes de la fundación del mundo el que habría de ser el acto más injusto en que los hombres podrían incurrir: someter a muerte a su propio Hijo sin pecado. Pero a través de ese acto abominable por parte de los hombres, Dios no solo *demostró* su gracia divina al ofrecer a su propio Hijo, sino que también utilizó ese acto de gracia divina **para manifestar su justicia** divina. Por medio de ese sacrificio incomparable, Dios proveyó castigo por el pecado suficiente para perdonar y borrar todo pecado cometido por la humanidad caída en toda su historia, incluyendo el pecado más grande de todos, la crucifixión de su propio Hijo, en el cual *toda* persona no regenerada tiene su parte de culpa (He. 6:6).

Ese acto supremo de la gracia de Dios quedó demostrado además **en su paciencia, a causa de haber pasado por alto los pecados pasados**. Dios no deja de estar al tanto ni condona tan siquiera el pecado más pequeño. Su **paciencia** no es por ende una señal de injusticia sino de su gracia paciente y amorosa. "El Señor no retarda su promesa", nos asegura Pedro, "sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9).

La justicia y la gracia de Dios se encuentran a una escala infinitamente superior a la que pueda percibir o comprender la sabiduría humana. Debido a su justicia, ningún pecado quedará jamás sin ser castigado, pero debido a su gracia, ningún pecado está más allá del alcance del perdón. Por lo tanto, todo pecado será pagado por el pecador mismo con la muerte y el castigo eternos en el infierno, o será pagado por él a causa de haber puesto su fe en el sacrificio de Jesucristo a favor suyo.

Paresis (**pasado por alto**) no se refiere al concepto de remisión, sino al de pasar algo por desapercibido o ignorar deliberadamente. En el contexto de la **paciencia** de Dios, el significado es por ende una dispensa y suspensión temporal del juicio debido al pecado durante un período determinado de tiempo. Después de la caída, cuando Dios pudo haber destruido justamente a Adán y Eva, y en consecuencia a toda la raza humana, Él **pasó por alto** los **pecados** de la humanidad caída. Aún en el diluvio el Señor salvó a ocho personas, no a causa de que fueran perfectamente santos, sino porque confiaban en Él. De la misma forma, los múltiples juicios subsiguientes de Dios que están registrados en las Escrituras nunca fueron universales, sino que se ejecutaron sobre individuos, grupos o naciones específicos.

El salmista Asaf entendió algo acerca de por qué Dios permite que mucha gente malvada viva y prospere, muchas veces a costa de los que son menos pecadores. Él escribió que Dios, siendo "misericordioso, perdonaba la maldad, y no los destruía; y apartó muchas veces su ira, y no despertó todo su enojo. Se acordó de que eran carne, soplo que va y no vuelve" (Sal. 78:38-39).

En su discurso ante los filósofos epicúreos y estoicos pronunciado en el Areópago, justo en las afueras de Atenas, Pablo dijo: "Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos" (Hch. 17:30-31).

Desde el principio, Dios había demostrado "su eterno poder y deidad" de manera visible para todos los hombres (Ro. 1:20). Mediante la encarnación, muerte y resurrección de Cristo, Dios dio a la humanidad la revelación máxima de Él mismo, la **manifestación** suprema de **su justicia, en este tiempo**.

Esa es la razón por la que el Dios de santidad perfecta podía ser al mismo tiempo **el justo, y el que justifica** al pecador indigno **que es de la fe de Jesús**. Aunque no pudo haber conocido la verdad plena de lo que escribió, el salmista antiguo ilustró bellamente lo que significó el sacrificio de Jesús en la cruz: "La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron" (Sal. 85:10).

El "problema real" con la salvación, por así decirlo, no era la cuestión de hacer que hombres pecadores alcanzaran a un Dios santo, sino más bien que un

Dios santo estuviera dispuesto a aceptar hombres pecadores sin contravenir su justicia. Fue únicamente por medio de la cruz que Dios pudo proveer una redención completamente justa para los hombres pecadores; pero de una importancia inmensamente mayor era que la cruz demuestra para siempre que Dios tiene a la vez justicia suprema y gracia suprema. En primer lugar y ante todo, Cristo murió para que el mundo viera que ni la santidad ni la justicia de Dios han quedado abrogadas. Dios tiene integridad perfecta y absoluta. La cruz fue la vindicación definitiva de la justicia y rectitud de Dios. El más incomprensible de todos los misterios espirituales es el de un Dios santo y justo que provee redención para los hombres pecadores, y que en ese acto de gracia no viola ningún atributo de su naturaleza sino que trae gloria suprema para Él mismo.

Así como el propósito primordial de la salvación es glorificar a Dios, también lo es el de la confesión de pecado por parte de quienes son salvados. Cuando Dios disciplina a sus hijos y ellos confiesan su pecado, dan testimonio de la justicia y rectitud de su Padre celestial, y por lo tanto de su gloria. Es como si una persona viera a un padre corrigiendo a su hijo y el niño dijera a todo el que pasara por allí que estaba siendo castigado merecidamente por algo malo que había hecho. Así como una confesión en ese sentido por parte de un hijo humano honra y vindica a su padre humano, también la confesión de pecado por parte de los hijos de Dios honra, vindica y glorifica a su Padre celestial.

Josué entendió esa verdad, y cuando el pecado de Acán fue expuesto, Josué le dijo: "Hijo mío, da gloria a Jehová el Dios de Israel, y dale alabanza, y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras" (Jos. 7:19).

Hay dos hermosos y estimados himnos que expresan algo de la abrumadora conciencia que tiene el creyente fiel acerca de la justicia, la rectitud y la gracia de Dios.

De la pluma de la poetisa del siglo diecinueve Elizabeth C. Clephane provino "Las noventa y nueve", que incluye las siguientes líneas:

> Señor, aquí tienes a tus noventa y nueve,
> ¿no son suficientes para ti?
> Mas el Pastor respondió: "Esta de las mías
> Deambuló y se alejó de mí;
> Y aunque el camino sea áspero y escarpado,
> Me voy al desierto para encontrar a mi oveja."
> Pero ninguna de las rescatadas jamás supo
> Cuán profundas eran las aguas que atravesó,
> Ni cuán oscura fue la noche por la que su Señor pasó
> Para poder hallar a su oveja perdida.

Isaac Watts escribió en su famoso himno:

Cuando contemplo la cruz asombrosa
En la que murió el Príncipe de gloria,
Mi mayor riqueza estimo como pérdida
Y repelo con desprecio mi orgullo.

Si todo los términos de la naturaleza fuesen míos,
Serían una ofrenda demasiado insignificante;
Amor tan admirable, tan divino
Demanda mi alma, mi vida, mi todo.

LA CRUZ EXALTA LA GRACIA DE DIOS

¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley. (3:27-28)

La cruz demuestra la futilidad absoluta de que el hombre se acerque a Dios a su manera y en sus fuerzas. **¿Dónde, pues, está la jactancia** del hombre?, pregunta Pablo. En respuesta a su propia pregunta, él declara inequívocamente, **Queda excluida**.

Puesto que el poder para salvación está solamente en la cruz de Cristo, el hombre no tiene motivo alguno para felicitarse o sentirse satisfecho consigo mismo, mucho menos para autoexaltarse con esa actitud que se ha venido divulgando tan ampliamente como si fuera una enseñanza del evangelio.

Pablo recordó a los creyentes corintios: "Mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles" (1 Co. 1:26). Por supuesto, Pablo estaba usando esas descripciones a un nivel puramente humano, porque a la vista de Dios y conforme a su estándar, ninguna persona es sabia, poderosa o noble. Él sigue diciendo: "sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia" (vv. 27-29).

¿Por cuál ley queda excluida la jactancia?, pregunta Pablo. ¿Esto se hace con base en la ley **de las obras?** Respondiendo otra vez su propia pregunta, él declara, **No, sino por la ley de la fe**. Ni siquiera Abraham, el padre del pueblo escogido de Dios, fue justificado por obras (Ro. 4:2). "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9).

La actitud de fe verdadera es ejemplificada por el publicano que recolectaba impuestos y quien estando en el templo pero lejos: "no quería ni aun alzar los

ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lc. 18:13).

La mentira más grande del mundo, y la mentira común a todas las sectas y religiones falsas, es que por medio de ciertas obras hechas por ellos mismos, los hombres están en capacidad de hacerse aceptables ante Dios. El error más grande que tiene esa creencia radica en su absoluta imposibilidad, pero el peor mal que acarrea esa creencia es que hace que los hombres traten de robarle la gloria a Dios al ponerla en práctica.

Pablo arranca de raíz el concepto de una justicia por obras al declarar, **Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras**, incluso aquellas obras que se hacen en respuesta a **la ley** de Dios mismo.

¿Cuál es entonces esta **fe** salvadora que es una realidad **sin las obras**? En primer lugar consideraremos algunas cosas que no confirman ni contradicen la fe verdadera. Aunque son evidentes hasta cierto grado en los creyentes verdaderos, también pueden hacerse evidentes, y en ocasiones a un alto grado, entre los incrédulos.

En primer lugar tenemos la moralidad visible. Una persona puede ser moral en lo exterior y no ser salva al mismo tiempo. Algunos paganos y miembros de sectas hacen quedar mal a muchos cristianos debido a sus elevados estándares de conducta. Cuando cierto hombre se acercó a Jesús y preguntó: "Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?" Jesús le dijo que guardara los mandamientos y luego procedió a mencionar algunos de ellos. Cuando el hombre respondió: "Todo esto lo he guardado", Jesús no cuestionó su sinceridad. De acuerdo a las apariencias externas y a su propia percepción humana de la obediencia, el hombre probablemente estaba diciendo la verdad; pero cuando Jesús le dijo que vendiera todo lo que tenía y que diera el dinero a los pobres, y a continuación "ven y sígueme", el hombre "se fue triste, porque tenía muchas posesiones" (Mt. 19:16-22). Con su oposición a obedecer a Cristo, el hombre demostró que su obediencia externa a la ley no estaba motivada por el amor a Dios ni tenía el propósito de glorificar a Dios, sino que lo hacía por amor a sí mismo y con el fin de perseguir sus propios intereses individuales. Cuando se le ordenó que diera todas sus posesiones así como todo lo que era a Cristo, él se negó, y con esa negativa, hasta sus obras aparentemente buenas quedaron expuestas como obras sin valor espiritual, porque eran obras hechas por motivos egoístas.

En segundo lugar, el conocimiento intelectual de la verdad de Dios no constituye necesariamente una prueba de fe salvadora. Es posible tener una gran cantidad de conocimiento acerca de la Palabra de Dios y sin embargo no ser salvo. Al igual que los escribas y fariseos del tiempo de Jesús, muchos eruditos durante todos los siglos han dedicado sus vidas al estudio cuidadoso de las Escrituras; pero debido a que no creyeron ni obedecieron las verdades que estudia-

ban, esas verdades se convirtieron en juicio contra ellos, y quedaron tan perdidos como cualquier miembro de una tribu primitiva que ni siquiera sabe que existen las Escrituras. A sus confiados hermanos en la carne Pablo dijo: "Tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, ... [pero] ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros" (Ro. 2:17, 23-24; cp. Ez. 36:20-23).

En tercer lugar, el participar de lo religioso no constituye una prueba de fe que salva. En el Antiguo Testamento, el Señor condenó reiteradamente a los israelitas por su meticulosa observancia externa de las ordenanzas y ceremonias mosaicas, mientras que por otro lado no tenían confianza en Él. Las diez vírgenes en la parábola de Jesús tenían la misma apariencia externa y llevaban el mismo tipo de lámparas que las diez prudentes. El hecho de que se hiciera referencia a todas las diez mujeres como vírgenes, sugiere que externamente todas ellas eran moralmente puras y religiosamente fieles, pero cinco de ellas no tenían aceite en sus lámparas, y debido a que les faltaba el aceite de la fe salvadora, quedaron descalificadas para reunirse con el novio, quien representaba a Cristo (véase Mt. 25:1-13).

En cuarto lugar, el ministerio activo realizado en nombre de Cristo no es una prueba irrefutable de fe salvadora. Exteriormente, Judas era tan activo como los demás discípulos, lo cual es evidente por el hecho de que él ejercía funciones como tesorero de confianza, y es obvio que él se consideraba a sí mismo un seguidor de Cristo; pero Jesús advirtió con mucha gravedad: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:21-23).

En quinto lugar, aún la convicción de pecado no demuestra necesariamente que se tiene una fe salvadora. Hay instituciones de salud mental en todo el mundo que están llenas de personas que están tan agraviadas por el conocimiento de su propia pecaminosidad, que no pueden funcionar correctamente en la sociedad. Su sentido de culpa llegó a ser tan fuerte en sus vidas que las llevó a la insania, pero no las condujo a Jesucristo. Otros que son convencidos de sus pecados toman la decisión de reformarse a sí mismos. Muchas personas que por mucho tiempo han estado profundamente esclavizados a algún pecado en particular, han sido capaces de librarse del mismo, muchas veces a pura fuerza de voluntad; pero abandonar con éxito ese pecado en particular con sus propias fuerzas los hace todavía más susceptibles a caer en otros pecados, especialmente el pecado del orgullo. Son como el hombre que se las arregló para librarse de un espíritu inmundo, pero después de un tiempo el espíritu

regresó y encontró la vida del hombre "desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero" (Mt. 12:43-45). La autorreformación aleja a una persona de la gracia de Dios y por ende de la salvación.

En sexto lugar, la seguridad de salvación no es una marca infalible de fe salvadora. El mundo está lleno de personas que están sinceramente convencidas en sus mentes de que tienen una relación correcta con Dios y que su lugar en el cielo está asegurado. Si estar persuadidos de que *somos* cristianos nos hace cristianos por cierto, entonces no necesitaríamos advertencias con respecto a ser engañados por esperanzas falsas. Si no fuera posible que una persona crea que es salva cuando no lo es. Satanás no tendría manera de engañar a la gente con respecto a su salvación, pero la Biblia está llena de advertencias a personas no salvas que creen que lo son (por ejemplo, Mt. 7:21-23; Stg. 1:22).

En séptimo lugar, la experiencia de una "decisión" por Cristo en el pasado no es una prueba inobjetable de fe salvadora. Si como resultado de ese suceso no hay muestras de vida piadosa, no importa cuán firme y genuina haya parecido ser la profesión de fe, esto no constituye una prueba de salvación.

No obstante, *sí existen* algunas pruebas confiables de fe salvadora. Dios no deja a sus hijos en la incertidumbre en cuanto a la relación que tienen con Él.

La primera prueba confiable de fe salvadora es *el amor a Dios*. "Los designios de la carne son enemistad contra Dios", dice Pablo (Ro. 8:7). La persona no salva no puede amar a Dios y no tiene deseo alguno de amarle. El hijo verdadero de Dios, sin embargo, a pesar de fallarle muchas veces a su Padre celestial, tendrá una vida caracterizada por el deleite en Dios y en su Palabra (Sal. 1:2). "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas", así su alma busca y tiene sed de Dios (Sal. 42:1-2). Jesús declaró: "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí" (Mt. 10:37). El creyente verdadero proclamará con Asaf: "¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra" (Sal. 73:25). El amor a Dios será la dirección permanente en la vida del creyente verdadero, si acaso no es su perfección misma. Pedro declara: "Para vosotros, los que creéis, él es precioso" (1 P. 2:7).

Una segunda prueba confiable de fe salvadora es el *arrepentimiento de pecado* y el *aborrecimiento del pecado* que siempre acompaña a la contrición verdadera. Esta segunda marca de fe salvadora es el otro lado de la primera. La persona que ama a Dios genuinamente tendrá un odio al pecado en su interior. Es imposible amar dos cosas que son mutuamente contradictorias. "Ninguno puede servir a dos señores", declaró Jesús categóricamente, "porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro" (Mt. 6:24). Amar al Dios santo y justo implica casi por definición, aborrecer profundamente el pecado.

"El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia" (Pr. 28:13). Este versículo conecta las dos partes inseparables del verdadero arrepentimiento: la confesión y el abandono del pecado.

Cuando fue confrontado por Natán en lo concerniente a sus pecados de adulterio con Betsabé y el homicidio de su esposo Urías, el arrepentimiento de David fue genuino, como quedó reflejado en el Salmo 51. "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades, borra mis rebeliones", él oró. "Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado" (vv. 1-4).

El creyente verdadero con frecuencia detesta el pecado aún mientras lo está cometiendo, y *siempre* después de haberlo cometido, porque es algo completamente contrario a su nueva naturaleza en Cristo. Aunque la condición humana de un creyente algunas veces le atraiga al pecado, él como Pablo hace precisamente lo que sabe que no debería hacer (Ro. 7:16), y no tendrá paz en su conciencia hasta que se arrepienta de ello.

El arrepentimiento verdadero es más que un sentimiento de tristeza por el pecado. Judas sintió una tristeza amarga por su pecado de haber traicionado a Jesús, y ese sentimiento le hizo llegar al extremo de cometer suicidio; pero él no se arrepintió de su traición ni pidió perdón a Jesús. Pablo elogió a los creyentes corintios "porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios" (2 Co. 7:9). El arrepentimiento verdadero siempre incluye una tristeza *piadosa* motivada porque se ha desobedecido y ofendido al Señor.

Ningún cristiano llega a estar completamente sin pecado sino hasta cuando va a la presencia del Señor. "Si decimos que no tenemos pecado", dice Juan, "nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros"; a continuación el apóstol procede a dar la palabra de ánimo en el sentido de que "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn. 1:8-9).

Si el pecado de una persona no le molesta y a cada instante que pasa no le trae mayor convicción de pecado, la salvación de esa persona es cuestionable. La prueba del arrepentimiento verdadero no radica simplemente en sentir tristeza por la manera como el pecado hace daño al que lo comete (como siempre lo hace), sino en sentirse contristado por la forma como el pecado ofende al santo Señor, que por encima de todo lo demás es lo que lleva a un creyente a implorar el perdón de Dios.

Alguien ha escrito: "Cuando Dios toca una vida, rompe el corazón. Donde Él derrama el espíritu de gracia, no hay unos cuantos suspiros transitorios que agitan el pecho, hay convulsiones de tristeza que parten el corazón en dos".

Una tercera prueba confiable de fe verdadera es *humildad genuina*. Una persona no puede ser salva mientras confíe en sí misma y se exalte a sí misma. La

salvación empieza por confesar la pobreza espiritual absoluta (Mt. 5:3) y estar dispuesto a negarse a uno mismo y tomar la cruz de Cristo (Mt. 16:24). Como el hijo pródigo, el creyente verdadero que peca, tarde o temprano "vuelve en sí" y recupera el sentido espiritual que le convence de pecado. En ese momento, como sucedió con el hijo pródigo, se levantará e irá a su Padre celestial y con humildad confesará su pecado y su indignidad pare recibir perdón, rogando que lo pueda recibir con base en la gracia del Padre, y recibiéndolo porque Él es movido a misericordia (véase Lc. 15:17-21).

Una cuarta prueba confiable de fe verdadera es *devoción a la gloria de Dios*, lo cual se relaciona mucho con el amor a Dios y el arrepentimiento de pecado. El creyente verdadero está dispuesto a decir con Pablo: "mi anhelo y esperanza [es que] en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte" (Fil. 1:20). Como ya fue señalado, aunque ese deseo no será visto en su perfección en la vida del creyente verdadero, siempre será evidente en la dirección de su vida.

Una quinta prueba confiable de fe verdadera es la *oración*. "Por cuanto sois hijos", dijo Pablo a los creyentes de Galacia, "Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Gá. 4:6). El corazón de un cristiano genuino no puede dejar de clamar a Dios, quien es su Padre celestial y cuyo Espíritu mismo está en su interior para generar ese clamor suplicante.

Todo cristiano genuino está dispuesto a admitir libre y abiertamente que no ora con tanta frecuencia o persistencia como debería hacerlo, pero en lo profundo de su ser, la comunión con su Padre celestial será el deseo intenso de su corazón. Como Jonathan Edwards observó sucintamente: "Los hipócritas son deficientes en el cumplimiento del deber de la oración", que también es el título de dos sermones excelentes sobre el tópico (*The Works of Jonathan Edwards*, vol. 2 [Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1986, reimpresión], pp. 71-77).

Una sexta marca de fe verdadera es *amor abnegado*, no solamente hacia Dios, que es la primera marca, sino también hacia otras personas, especialmente sus hermanos cristianos. "El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo" (1 Jn. 2:9-10). Más adelante en esa carta Juan dijo: "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte" (3:14). La persona que no tiene un interés sincero en el bienestar de los creyentes verdaderos *no es* ella misma un creyente verdadero, y todavía está muerta espiritualmente. De nuevo en esa carta Juan dice: "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor" (4:7-8).

Una séptima marca de fe verdadera es *separación del mundo*. Los creyentes han

sido llamados a estar en el mundo sin ser del mundo. Están en el mundo para dar testimonio de Cristo, un testimonio fundamental que no refleja los estándares ni las costumbres del mundo (véase Jn. 17:15-18). "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo" (1 Jn. 2:15-16). Por otro lado: "Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (1 Jn. 5:4-5). La persona que tiene fe salvadora no ha recibido "el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios" (1 Co. 2:12).

Una octava marca de fe verdadera es *crecimiento espiritual*. La verdad central de la parábola de los diferentes terrenos (Mt. 13:3-23) es que los creyentes verdaderos siempre crecerán espiritualmente en diversos grados, debido a que han recibido por fe genuina la semilla del evangelio. "Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra", dijo Jesús en otra ocasión, "y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga" (Mr. 4:26-28). Como el granjero y sus cosechas, el creyente no entiende *cómo* es que crece espiritualmente, pero sabe que debido a que tiene vida espiritual en su interior, sin duda *crecerá* (véase también Ef. 4:13; Fil. 1:6).

La novena y última marca de fe salvadora es una *vida obediente*. "En esto sabemos que nosotros le conocemos [a Cristo]", dice Juan, "si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él" (1 Jn. 2:3-5; cp. 3:10). Aunque nadie se salva *por* sus buenas obras, los que son salvos en verdad, producirán buenas obras "porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:10).

LA CRUZ REVELA LA UNIVERSALIDAD DE DIOS

¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Ciertamente, también de los gentiles. Porque Dios es uno, y él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión. (3:29-30)

Casi todas las religiones paganas sin excepción tienen muchos dioses. Con frecuencia hay un dios supremo que es más poderoso que el resto, pero comparte con ellos una forma común de "deidad".

La verdad fundamental del judaísmo, sin embargo, ha sido siempre "Jehová nuestro Dios, Jehová uno es" (Dt. 6:4). Esa verdad se repite de una y otra forma a lo largo del Antiguo Testamento. Por medio de su profeta Isaías, Dios mismo declaró: "Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí" (Is. 45:5). Solamente existe *un* Dios, el Creador, Sustentador y Señor del universo entero. No existen "dioses menores", únicamente dioses falsos que han sido creados por la imaginación del hombre y muchas veces son inspirados por los demonios y poseídos por ellos.

No obstante, a pesar de la verdad central de su fe en el sentido de que solamente existe un Dios verdadero, muchos judíos en tiempos bíblicos creían que los gentiles de algún modo estaban por fuera del dominio de "su" Dios. En lugar de considerarse a sí mismos como propiedad de Dios, prácticamente estimaban que Dios les pertenecía a ellos.

Jonás se resistió a ir a Nínive, no debido a que creyera que su testimonio podría fracasar sino porque temía que tuviera éxito. Él confesó al Señor: "Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia" (Jon. 4:2). Él trató de huir a Tarsis porque sabía que su predicación podía hacer que los habitantes paganos de Nínive confiaran en Dios y llegaran a ser aceptables delante de Él. En efecto, él confesó que aunque sabía que pertenecía a Dios y era su siervo, él no quería ser *semejante a* Dios en su amor y gracia.

A partir de sus propias Escrituras los judíos sabían que muchos gentiles habían hallado favor delante de Dios. Estaban enterados de lo sucedido a Rahab, quien no era solamente una gentil pagana sino además una prostituta, y que a pesar de esto halló favor delante de Dios. Sabían que Rut, una moabita, había sido la bisabuela de David, su rey más grande. Sabían que el profeta Eliseo se prestó de buena voluntad para sanar de su lepra a Naamán, un capitán del ejército de Siria. Sin embargo, muchos judíos persistían en sus prejuicios, y muchas veces su odio sin reservas hacia los gentiles.

Es probable que tras haber tenido él mismo prejuicios y fobias de tal magnitud, Pablo se anticipara a la pregunta que muchos judíos harían con respecto a la justificación por fe. Por esa razón él preguntó retóricamente: **¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles?** La respuesta obvia, incluso para un judío con prejuicios tendría que ser **Ciertamente, también de los gentiles**. Si hay solamente un Dios, entonces Él tenía que ser el **Dios de los gentiles** tanto como lo es de los judíos. Si existe únicamente un Dios, tenía que ser Dios de todos.

En lo concerniente a las religiones de los hombres, existen por supuesto muchos "que se llaman dioses, sea en el cielo, o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores)", dice Pablo; "para nosotros, sin embargo, solo hay un Dios, el

Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él" (1 Co. 8:5-6).

Habiendo establecido que los judíos habían recibido la ley de Dios por medio de Moisés, que los gentiles tenían su ley escrita en sus propios corazones y conciencias (2:11-15), y que solamente hay un Dios verdadero, Pablo hace su argumento irrefutable: el **Dios** que **justificará por la fe a los de la circuncisión**, es decir, a los judíos, **por medio de la fe** también justificará **a los de la incircuncisión**, esto es, a los gentiles. Así como solamente hay un Dios, existe solamente un camino de salvación: la fe en Jesucristo.

En su carta a Timoteo, Pablo recordó a su joven protegido: "Esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesús hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos" (1 Ti. 2:3-6).

Así como todos los hombres son igualmente condenados por Dios a causa de su pecado (Ro. 3:19), Dios en su gracia les ha ofrecido por igual su salvación por medio de la fe en su Hijo. Como el apóstol declaró en la primera parte de la carta: "No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego [el gentil]" (Ro. 1:16).

Como Pablo demuestra más adelante en su carta, la salvación por fe siempre ha sido el *único* camino de salvación, bajo el pacto de Moisés e incluso antes en el caso de su primer y más grande patriarca: Abraham (4:1-3). Hebreos 11 deja muy en claro que el camino de salvación por fe solamente que Dios estableció se extiende hasta el tiempo de la caída, cuando tuvo comienzo la necesidad de salvación para la humanidad.

LA CRUZ CONFIRMA LA LEY DE DIOS

¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley. (3:31)

La siguiente pregunta que Pablo sabía que harían sus lectores era: **¿Luego por la fe invalidamos la ley?** "Si los hombres nunca se han salvado con base en cualquier cosa que no sea la fe en Dios", argumentarían, "entonces la ley no solo es inútil ahora sino que siempre lo ha sido".

De nuevo Pablo responde con la enérgica recusación: **En ninguna manera** (véase 3:4, 6). La idea literal aquí es "¡Mil veces no!" La cruz de Jesucristo por medio de la cual se hizo posible la justificación por fe, no solamente no invalida la ley, sino que la confirma. Por el contrario, dice Pablo, con la fe **confirmamos la ley.**

En lo que a la salvación se refiere, el evangelio no reemplaza la ley, porque la ley nunca fue un medio de salvación. La ley fue dada para mostrar a los hombres cuáles eran los estándares perfectos de la justicia de Dios y para mostrar que esos estándares son imposibles de alcanzar para el hombre en sus propias fuerzas. El propósito de la ley era llevar a los hombres a la fe en Dios. En el sermón del monte, Jesús declaró que los estándares perfectos de Dios eran incluso más altos que los expresados bajo el antiguo pacto. Una persona transgrede la ley de Dios, no solamente cometiendo adulterio sino al tener pensamientos de lujuria (5:27-28). Si es imposible cumplir a perfección la ley mosaica, cuánto más imposible será vivir a la altura de los estándares establecidos por Cristo en su ministerio terrenal.

La cruz establece o confirma la ley en tres sentidos. Primero, establece la ley al ser el pago por el castigo debido al pecado que es la muerte, el cual demanda la ley cuando no se cumplen de manera completa y perfecta sus requisitos de justicia. Cuando Jesús dijo que Él no había venido para abrogar la ley o los profetas sino para hacerlos cumplir (Mt. 5:17), Él no estaba hablando solamente de su vida terrena sin pecado sino de su propia muerte en la que cargó con todo el pecado del mundo.

Segundo, la cruz establece la ley al cumplir su propósito de llevar a los hombres a la fe en Jesucristo. Pablo ya había declarado que "por las obras de la ley ningún ser humano será justificado" (3:20). "Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos" (Stg. 2:10). "La ley ha sido nuestro ayo", dijo Pablo a los gálatas, "para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe" (Gá. 3:24).

Tercero, la cruz establece la ley al proveer a los creyentes el potencial para cumplirla. "Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Ro. 8:3-4).

Visite:

www.parameditar.com

(Reflexiones e Ilustraciones)

Abraham, justificado por la fe

17

¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado. (4:1-8)

Si hay una doctrina que el enemigo principal del hombre y de Dios desea debilitar y distorsionar, es la doctrina de la salvación. Si Satanás puede causar confusión y error en relación a esa doctrina, ha tenido éxito en mantener a los hombres en sus pecados y bajo juicio y condenación divinos que algún día los no redimidos compartirán con Satanás y sus ángeles demoníacos en el tormento eterno del infierno.

Toda religión falsa del mundo, bien sea una derivación herética del cristianismo, una religión pagana altamente desarrollada, o simple animismo primitivo, está fundada en alguna forma de salvación por obras. Sin excepción, en ellas se enseña que por uno u otro medio, el hombre puede hacerse justo delante de la deidad y alcanzar esa justicia en sus propias fuerzas.

Todo el capítulo cuarto de Romanos está dedicado a Abraham, a quien Pablo usa como una ilustración de la verdad bíblica central de que el hombre puede llegar a ser justo delante de Dios, únicamente por fe en respuesta a su gracia, y nunca por obras. Los versículos 6-8 se refieren a David, pero Pablo simplemente está usando a David como una ilustración para ratificar lo que está enseñando acerca de Abraham.

Podemos suponer varias razones para que Pablo escogiera a Abraham como el ejemplo supremo de salvación por fe. En primer lugar, Abraham vivió cerca de 2.000 años antes de que Pablo escribiera su carta, demostrando así que el principio de salvación por fe y no por obras no era algo nuevo en el judaísmo. Abraham era el primer y más importante patriarca hebreo, vivió más de seiscientos años antes de que el antiguo pacto fuera establecido a través de Moisés. Por lo tanto, él vivió mucho antes de que la ley fuera dada y obviamente no se pudo haber salvado por obedecerla.

En segundo lugar, Pablo utilizó a Abraham como un ejemplo de salvación por fe por el simple hecho de que él era un ser humano. Hasta este punto en Romanos, Pablo ha estado hablando básicamente acerca de verdades teológicas en términos abstractos. Con Abraham él introduce una ilustración de carne y hueso sobre la justificación por fe.

La tercera y sin duda la más importante razón para que Pablo usara a Abraham como el ejemplo de la justificación por fe era que, a pesar de que la enseñanza rabínica y la creencia popular judía eran contrarias a las Escrituras en lo referente a la *base* de la justicia de Abraham, estaban de acuerdo en que Abraham era el ejemplo supremo de un hombre piadoso y recto en el Antiguo Testamento, quien había sido aceptable para el Señor. Él es el modelo bíblico de fe y piedad genuinas.

La mayoría de los judíos en el tiempo de Pablo creían que Abraham había sido hecho justo delante de Dios a causa de su propio carácter justo. Creían que Dios escogió a Abraham para que fuera el padre de su pueblo Israel debido a que Abraham era el hombre más recto en la tierra durante su tiempo. Al igual que muchas sectas en la actualidad, ellos tomaban ciertos pasajes de las Escrituras y los distorsionaban o interpretaban fuera de contexto con el fin de respaldar sus ideas preconcebidas.

Los rabinos, por ejemplo, señalaban que el Señor dijo a Isaac: "Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente, por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes" (Gn. 26:4-5). Ellos apuntaban que el Señor llamó a Abraham "mi amigo" (Is. 41:8). Habacuc 2:4 se traducía con frecuencia: "El justo por su fidelidad vivirá" y no "por su fe". En lugar de entender la fidelidad como un fruto de la fe, tenían la noción de que la justificación podía ganarse con los esfuerzos individuales para ser fieles. De la misma manera, los rabinos interpretaban Génesis 15:6 como si hiciera referencia a la fidelidad de Abraham y no a su fe.

Varios libros apócrifos judíos enseñaban que Abraham fue justificado por guardar la ley de Dios. En el *Eclesiástico* (también conocido como *La sabiduría de Sirac*), se dice que Abraham fue hecho justo ante Dios a causa de su obediencia (44:19-21). En *La oración de Manasés* incluso se afirmaba que Abraham no tenía

pecado: "Por tanto tú, o Señor Dios de los justos, no has ordenado el arrepentimiento para los justos, para Abraham, Isaac y Jacob, que no pecaron contra ti" (v. 8). En *El libro de jubileos* el escritor dice: "Abraham fue perfecto en todas sus obras para con el Señor, y le fue agradable en justicia todos los días de su vida" (23:10). Algunos escritos rabínicos afirmaban que Abraham era tan bueno en sí mismo que había empezado a servir a Dios cuando tenía tres años de edad, y formó parte de un exclusivo grupo de siete hombres justos que tuvieron el privilegio de traer de nuevo la gloria Shekinah al tabernáculo.

Al utilizar a Abraham como el ejemplo supremo de justificación o salvación *solo* por fe en las Escrituras, Pablo estaba causando trastorno en el baluarte mismo del judaísmo tradicional. Al demostrar que Abraham no fue justificado por obras, el apóstol demolió el fundamento de la enseñanza rabínica, que el hombre es hecho justo delante de Dios guardando la ley, esto es, sobre la base de sus propias obras y esfuerzos religiosos. Si Abraham no fue y no pudo haber sido justificado por guardar la ley, entonces nadie podría serlo. Por otro lado, si Abraham fue justificado única y exclusivamente sobre la base de su fe en Dios, entonces todos los demás deben ser justificados de la misma forma, puesto que Abraham representa el parámetro bíblico de un hombre justo.

ABRAHAM NO FUE JUSTIFICADO POR SUS OBRAS

¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. (4:1-2)

Pablo empieza preguntando: **¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne?** En efecto, él estaba preguntando "Puesto que estamos de acuerdo en que **Abraham** es el ejemplo sin par de un hombre justificado ante los ojos de Dios, ¿por qué no nos detenemos a observarlo cuidadosamente a fin de determinar cuál fue la base de su justificación?"

En este contexto **¿Qué, pues...?** es el equivalente de *por lo tanto*, que cumple la función de conectar la discusión sobre Abraham con todo lo que Pablo ha dicho en el capítulo precedente. Como fue señalado anteriormente, después de afirmar que tanto judíos como gentiles son justificados por fe (3:30), el apóstol introduce a **Abraham** en el cuadro porque sabía que este gran patriarca judío quien era **padre** de ellos **según la carne**, era utilizado por los rabinos como el ejemplo supremo de la manera como el hombre se justifica por obras. Pablo demostrará que por el contrario, las Escrituras enseñan claramente que Abraham fue salvado por su fe solamente.

Abraham fue el **padre** humano del primer pacto de Dios con su pueblo escogido. Por lo tanto él fue **según la carne**, el estándar humano de un judío genui-

no y de un hombre que es justo delante de Dios. Toda la raza hebrea provino de sus lomos, y lo que era cierto acerca de su relación con Dios también debe aplicarse como un hecho cierto a todos sus descendientes.

Según la carne se refiere primero que todo al linaje físico, pero en este contexto también indica el esfuerzo humano con respecto a la justificación. Pablo ya ha sostenido que el judío y el gentil por igual son justificados por fe (3:30) y en 4:2 se refiere a la idea judía tradicional de que Abraham se justificó a sí mismo por buenas obras. Por lo tanto, **según la carne** podría hacer referencia a la seguridad depositada en las obras humanas.

En un silogismo hipotético, Pablo dice: **Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse.** La premisa mayor es que, si un hombre pudiera ser justificado delante de Dios por sus propios esfuerzos humanos, entonces ese sería un argumento para gloriarse en sí mismo. La premisa menor es que Abraham, como un hombre, fue justificado por obras. La conclusión necesaria sería que Abraham por ende **tiene de qué gloriarse**.

La premisa mayor es verdadera: si un hombre *pudiera* ser **justificado por las obras**, sin duda tendría algo **de qué gloriarse**, porque habría hecho méritos para obtener su propia salvación; **pero** como Pablo prosigue a demostrar, la conclusión no es verdadera. Abraham **no** tiene en él mismo algo de qué gloriarse **para con Dios.**

ABRAHAM FUE JUSTIFICADO POR SU FE

Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. (4:3-5)

En el lado positivo de su argumento, Pablo apela primero a **la Escritura**, la verdad divina e infalible sobre la cual están basados todos sus argumentos. Citando Génesis 15:6 él declara, **Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia**. Desde un comienzo en el relato sobre Abraham en el Génesis que empieza en el capítulo 12, Moisés fue inspirado para escribir acerca del patriarca, diciendo que él había sido hecho justo delante de Dios *únicamente* a causa de su fe. Puesto que **Creyó Abraham a Dios**, y con base en ningún otro argumento, Dios tuvo en cuenta su creencia como criterio de justicia, y el hecho de haber creído **le fue contado por justicia**.

En su carta a las iglesias de Galacia, el apóstol cita el mismo versículo de Génesis y luego prosigue a decir: "Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham" (Gá. 3:6-7). Un par de versículos más adelante Pablo hace referencia al patriarca como "el creyente Abraham" (v. 9). Debido a que Abraham

fue la quintaesencia del hombre de fe, él es en ese sentido "padre de todos los creyentes" (Ro. 4:11). Por medio de su fe en Dios, Abraham "se gozó de que había de ver mi día", dijo Jesús, "y lo vio, y se gozó" (Jn. 8:56).

El escritor de Hebreos describe la fe en virtud de la cual Abraham fue declarado por Dios como justo: "Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la Tierra Prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (He. 11:8-10).

Al igual que Pablo, quien escribió esta epístola dirigida a Roma, Abraham fue escogido directa y soberanamente por Dios. Ni Abraham ni Pablo estaban buscando a Dios cuando recibieron sus llamamientos y comisiones divinas. Es probable que Abraham nunca hubiese escuchado acerca del Dios verdadero, en tanto que Pablo sabía muchas cosas acerca de Él. Abraham parecía sentirse satisfecho con su estilo de vida inmerso en el paganismo idólatra, y Pablo estaba contento con su judaísmo tradicional pero falso.

Cuando Abraham fue llamado por Dios la primera vez, vivió en Ur de los caldeos (Gn. 11:31; 15:7), una ciudad completamente pagana e idólatra. Los arqueólogos han estimado que tenía unos 300.000 habitantes durante el tiempo de Abraham. Era una ciudad comercial importante, ubicada en Mesopotamia en la parte baja del río Éufrates, a unos doscientos kilómetros al noroeste del golfo pérsico. La gente de Ur había recibido una alta educación y estaban bien entrenados en áreas diversas como las matemáticas, la agricultura, los tejidos, la escultura y la astronomía. Contrario a las afirmaciones de eruditos liberales del siglo diecinueve y principios del siglo veinte, se ha demostrado que para el tiempo de Abraham los caldeos habían desarrollado un sistema de escritura.

Los caldeos eran politeístas y entre su gran multitud de dioses sobresalía uno llamado Nana, el dios luna. Puesto que su padre Taré era un idólatra (Jos. 24:2), es obvio que Abraham fuese criado en el paganismo.

Cuando Dios llamó a Abraham o Abram, que era su nombre original, no dio alguna razón especial para haber seleccionado a ese pagano de entre los millones de paganos que había en el mundo. Esa razón no se encuentra en ningún lugar de las Escrituras. Dios escogió a Abraham porque esa fue su voluntad divina, la cual no requiere de justificación o explicación.

Tras mandar a Abraham que saliera de su país dejando atrás su parentela, y que fuera a la tierra que se le mostraría, Dios en su soberanía le hizo esta promesa incondicional: "Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Gn. 12:2-3).

Con la única garantía de la palabra de Dios, Abraham dejó sus ocupaciones, su patria, sus amigos, la mayoría de sus parientes, y probablemente muchas de sus posesiones. Abandonó su seguridad temporal por una incertidumbre futura, conforme a lo que podían ver sus ojos humanos o lo que podía comprender su mente humana. La tierra que le fue prometida como herencia estaba habitada por paganos tal vez mucho más perversos e idólatras que los de su país de origen. Quizás Abraham apenas tenía una idea remota acerca de la ubicación de la tierra de Canaán, y es posible que nunca hubiese escuchado acerca de ella, pero cuando Dios lo llamó para ir allá, Abraham obedeció y empezó la larga travesía.

No obstante, debido a que obedeció a Dios solo en parte ya que había traído consigo a su padre y a su sobrino Lot, Abraham desperdició quince años en Harán, donde el grupo vivió hasta que Taré murió (Gn. 11:32). Para aquel tiempo Abraham tenía setenta y cinco años de edad, y al continuar el viaje hacia Canaán, también continuó en su obediencia parcial a Dios por cuanto llevó consigo a Lot (12:4).

Cuando Abraham, Sara y Lot llegaron a Siquem en Canaán, Abraham recibió otra promesa soberana e incondicional de parte de Dios: "Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido" (Gn. 12:7). Al continuar Abraham su viaje a través de Canaán, edificó otro altar "a Jehová, e invocó el nombre de Jehová" (v. 8).

Sin embargo, la fe de Abraham no era perfecta, así como la fe de ningún creyente es perfecta. La primera prueba que él tuvo que enfrentar fue la del hambre en la tierra de Canaán, y Abraham bajó a Egipto para obtener ayuda en lugar de acudir a Dios. Esa desobediencia lo llevó a estar en una situación comprometedora con el faraón. Él afirmó que su bella esposa era su hermana, temiendo que el faraón le matara a fin de quedarse con ella. Al hacer esto, Abraham deshonró al Señor y ocasionó que vinieran plagas sobre la familia del faraón (Gn. 12:10-17).

El Señor dio confirmaciones reiteradas a Abraham, y Abraham respondió por fe, lo cual "le fue contado por justicia" (Gn. 15:6); pero de nuevo, cuando venían las pruebas él se fiaba de su propio juicio y no depositaba toda su confianza en la palabra del Señor. Cuando Sara estaba saliendo de la edad normal para tener hijos y seguía siendo estéril, Abraham aceptó su consejo imprudente y tomó el asunto en sus propias manos. Cometió adulterio con Agar, la sierva de Sara, con la esperanza de tener un heredero varón por medio de ella; pero como sucede siempre, su acto desobediente tuvo resultados no deseados y nuevamente ocasionó miseria para los inocentes (véase Gn. 16:1-15). Él también atrajo miseria sobre sus propios descendientes, con quienes los descendientes árabes de Ismael, el hijo que tuvo con Agar, se mantendrían en conflicto permanente, como sucede hasta el día de hoy.

A pesar de su imperfección espiritual, Abraham siempre regresaba al Señor por fe, y el Señor honraba esa fe y continuaba renovando sus promesas para Abraham. De manera milagrosa, Dios hizo que Sara tuviera un hijo en su ancianidad, el hijo que Dios había prometido darle a Abraham; y cuando vino la prueba más grande de todas, Abraham no vaciló en su confianza absoluta en el Señor. Cuando Dios le ordenó que sacrificara a Isaac, el único medio humano a través del cual podría cumplirse la promesa, Abraham respondió con obediencia inmediata, y Dios a su vez respondió con la provisión de un sacrificio substitutivo a cambio de Isaac (Gn. 22:1-18). El escritor de Hebreos declaró que fue "por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía a su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir" (He. 11:17-19).

Ni Abraham ni sus herederos más inmediatos, su hijo Isaac y su nieto Jacob, llegaron jamás a poseer tierras en Canaán, a excepción de un pequeño campo cerca de Mamre donde se encontraba la cueva de Macpela. Abraham compró esa propiedad a Efrón, un hitita, para la sepultura de Sara (véase Gn. 23:3-11). Abraham mismo al igual que Isaac, Rebeca y Lea, también fueron sepultados allí (49:31). Muchos años después, conforme a la petición de Jacob, su cuerpo fue llevado de vuelta desde Egipto por José y sus hermanos para ser sepultado al lado del padre y el abuelo de Jacob (Gn. 50:13-14).

Como siempre es el caso con la creencia verdadera, el Espíritu Santo iluminó la mente y el corazón de Abraham para reconocer al Dios único y verdadero, y le capacitó para responder a Él por fe. Abraham vio la Tierra Prometida y anduvo por ella como un nómada, pero nunca la poseyó como tal. Ni siquiera sus descendientes poseyeron la tierra hasta que pasó más de medio siglo de haberse dado la promesa por primera vez.

Así como Abraham confió en la palabra de Dios en el sentido de que le daría una tierra que nunca había visto, él confió en el poder de Dios para levantar a Isaac de los muertos, si llegara a ser necesario, por medio de un milagro divino que él jamás había visto. Fue en respuesta a la fe de Abraham en Dios que el hecho de haber creído **le fue contado por justicia**.

Fue contado se traduce a partir de *logizomai*, que en griego tenía el significado económico y legal de acreditar algo en la cuenta de otra persona. La única cosa que Dios recibió de Abraham fue su fe imperfecta, pero por su gracia y misericordia divinas, Él acreditó la fe en la cuenta espiritual de Abraham como **justicia**. Esa acreditación por gracia refleja el corazón de la revelación redentora de Dios y es el foco tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Dios nunca ha provisto algún otro medio de justicia aparte de la fe en Él.

A pesar de que la desobediencia repetida de Abraham era pecaminosa y trajo

como resultado perjuicio y dolor para él mismo y para otros, Dios utilizó inclusive esa desobediencia para glorificarse a sí mismo. Esos actos de desobediencia dan testimonio de que, contrario a las enseñanzas rabínicas, Abraham fue escogido por Dios en su soberanía y por sus propias razones y propósitos divinos, *no* debido a la fidelidad o la justicia de Abraham. Abraham fue escogido por la gracia soberana y selectiva de Dios, no a causa de sus obras o tan siquiera de su fe. Su fe fue aceptable ante Dios, solamente porque Dios en su gracia la acreditó o la tuvo en cuenta *como si fuera justicia*. No fue la grandeza de la fe de Abraham lo que le salvó, sino la grandeza del Señor de la gracia en quien él depositó su fe.

La fe nunca es la *base* ni la *razón* de la justificación, sino únicamente el *canal* a través del cual Dios hace obrar su gracia redentora. La fe es simplemente el corazón convencido de un pecador que se extiende para recibir el regalo gratuito e inmerecido de salvación de parte de Dios.

Lo que era cierto con respecto a la fe de Abraham es cierto con respecto a la fe de todo creyente. **Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda;** declara Pablo. **Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.**

Aunque la fe es requerida para la salvación, no tiene poder en sí misma para salvar. Es el poder de la gracia redentora de Dios solamente, obrando por medio de la obra expiatoria de su Hijo en la cruz, lo que tiene poder para salvar. La fe no es, como algunos afirman, un tipo de obra. Pablo aclara aquí rotundamente que la fe salvadora es algo totalmente aparte de *cualquier* clase de **obras** humanas.

Si el hombre fuera capaz de salvarse a sí mismo por sus propias **obras**, entonces la salvación podría ser una realidad aparte de la gracia de Dios, y el sacrificio de Cristo en la cruz habría sido en vano. Si esas **obras** de justicia pudieran ser hechas por los hombres, entonces la salvación no sería un don de la gracia de Dios sino un **salario** que se le debe al hombre como cualquier otra **deuda**. No solamente la justicia por obras obviaría la gracia de Dios, también le quitaría la gloria, que es el propósito para el cual existe la creación. "Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén" (Ro. 11:36). El propósito primordial del evangelio no es salvar a los hombres sino glorificar a Dios. En otra bella doxología a la mitad de su carta a los efesios, Pablo declaró alborozado: "Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén" (Ef. 3:20-21).

Hay muchas razones por las que el hombre pecador no se puede salvar a sí mismo con sus propias obras. Primero, a causa de su pecado él es incapaz de alcanzar el estándar divino de justicia que es de perfección absoluta. Segundo, sin importar cuán generosas, sacrificadas y beneficiosas puedan llegar a ser sus

obras, nunca podrían hacer expiación por sus pecados. Aún si Dios reconociera que todas las obras de una persona son buenas, el que obraría quedaría todavía bajo el castigo divino de la muerte debido a sus pecados. Tercero, como se indicó arriba, si los hombres fueran capaces de salvarse a sí mismos, la muerte expiatoria de Cristo habría sido inútil. Cuarto, como también se ha señalado, si el hombre pudiera salvarse a sí mismo, la gloria de Dios quedaría eclipsada por la del hombre.

Dios salva únicamente a la persona **que no** confía en su **obra, sino cree en aquel que justifica al impío**. Hasta que una persona confiesa que es un **impío**, no es un candidato para recibir la salvación, porque todavía sigue confiando en su propia bondad. Eso es lo que quiso dar a entender Jesús cuando dijo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento" (Lc. 5:32). Quienes son justos en sus propios ojos no tienen parte alguna en la obra redentora de la gracia.

En la parábola de la viña Jesús ilustró la imparcialidad de la gracia de Dios. Desde un punto de vista humano, los hombres que habían trabajado todo el día merecían más que los que trabajaron únicamente durante la última hora; pero lo que Jesús quería mostrar era que el señor de la viña, que representaba a Dios, tenía el derecho de hacer lo que quisiera con lo suyo. Él no defraudó a los que trabajaron todo el día, sino que les pagó exactamente lo que se había comprometido a pagarles y ellos estuvieron de acuerdo (Mt. 20:1-16).

Según el criterio de Dios, la obra de toda persona está muy lejos de ganar por mérito propio la redención que Él provee. En la escala divina de justicia perfecta, hasta el cristiano más devoto y servidor que haya existido no está más cerca de ganarse su salvación que el delincuente más ruin que acepta a Cristo en su lecho de muerte.

Ni siquiera la fe genuina constituye en sí misma un mérito ni produce la justicia perfecta aparte de la cual ningún hombre puede acercarse a Dios. En lugar de esto, **su fe le es contada** como esa **justicia** requerida.

El hecho de "contar" del que Pablo habla aquí es la justificación, aquel acto jurídico de Dios por el cual imputa la justicia perfecta de Cristo en la cuenta del pecador y luego procede a declarar su veredicto en el sentido de que la persona perdonada es plenamente justa. En su libro *Redención obrada y aplicada*, John Murray escribió: "Dios no puede hacer más que aceptar en su favor a quienes están investidos con la justicia de su propio Hijo. Mientras que su ira se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, su agrado y complacencia también se revela desde el cielo por la justicia de su bien amado y unigénito" ([Grand Rapids: Eerdmans, 1955], p. 124).

De esta manera Dios **justifica al impío**, no solo al dejar de tener en cuenta su pecado, sino tras haber imputado nuestro pecado a Cristo, quien pagó por completo el castigo debido, y ahora Dios acredita la justicia de Cristo en nuestra

cuenta. "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Is. 53:4-5).

Debido a que Dios acredita el pecado del creyente en la cuenta de Cristo, Él puede acreditar la justicia de Cristo en la cuenta del creyente. Dios no pudo haber acreditado justamente a Abraham su justicia si el pecado de Abraham, como el pecado de todos los creyentes, no hubiera sido pagado con el sacrificio de la propia sangre de Cristo. Antes de la cruz, el pecado del creyente era pagado por anticipación al sacrificio expiatorio de Cristo, y a partir de la cruz el pecado del creyente ha sido pagado por adelantado.

Comentando acerca de la manera como Dios acredita justicia a los creyentes, Arthur Pink escribió:

> Se denomina "la justicia *de Dios*" (Ro. 1:17; 3:21), porque Él es quien la establece, la aprueba y la imputa. Se denomina "la justicia *de nuestro Dios y Salvador Jesucristo*" (2 P. 1:1) porque Él la forjó y la presentó a Dios. Se denomina "la justicia *de la fe*" (Ro. 4:13) porque la fe es el medio para aprehenderla y recibirla. Se denomina justicia *del hombre* (Job 33:26) porque le fue pagada e imputada al hombre. Todas estas diversas expresiones se refieren a muchos aspectos de aquella obediencia perfecta hasta la muerte que el Salvador tuvo por amor y en favor de su pueblo. (*Las doctrinas de elección y justificación* [Grand Rapids: Baker, 1974], p. 188).

El hecho de que Dios cuenta la fe de un creyente como si fuera su propia justicia divina es una verdad incomprensible pero incontrovertible que conmueve el corazón de los que ponen su fe en Jesucristo como Señor y Salvador.

Cuando un pecador penitente se ve confrontado ante la majestad, el poder y la justicia de Dios, no puede hacer más que ver su propia perdición y la falta absoluta de valor de sus propias obras. Con la iluminación divina él se da cuenta de que únicamente es digno de la condenación de Dios; pero Dios da la certidumbre divina de que, a través de la fe de un pecador en Jesucristo, Él no solamente está dispuesto a salvarle de la condenación, sino también a llenarle con su propia justicia eterna.

El verdadero pecador penitente clama al lado del profeta Miqueas, quien confesó: "¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocausto, con becerros de un año? ¿Se agradará Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?" (Mi. 6:6-7).

Un sencillo acróstico, formado a partir de las letras de la palabra *fe*[1] en inglés puede ayudar a entender los elementos de la fe salvadora. "F" puede represen-

tar *hechos* [*facts,* en inglés]. La fe no se basa en un salto ciego hacia lo desconocido e imposible de conocer, como muchos teólogos liberales y neortodoxos quieren hacernos creer. Está basada en los hechos de la obra redentora de Dios por medio de su Hijo Jesucristo.

En su primera carta a la iglesia en Corinto, Pablo declaró:

> *Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí.*
> *(1 Co. 15:1-8).*

Para demostrar con mayor énfasis la importancia del hecho de la resurrección de Jesús, Pablo prosiguió diciendo: "Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe ... y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados" (vv. 14, 17).

La letra "A" puede corresponder a *acuerdo.* Una cosa es conocer la verdad del evangelio, otra muy distinta es estar de acuerdo con lo que dice. El corazón del creyente afirma la verdad que recibe de la Palabra de Dios.

La letra "I" puede representar la *interiorización,* aquel deseo interno de un creyente para aceptar y aplicar la verdad del evangelio a su propia vida. Hablando de Cristo, el apóstol Juan escribió: "A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn. 1:11-13). La interiorización también involucra un deseo genuino de obedecer a Cristo como Señor. "Si vosotros permaneciereis en mi palabra", dijo Jesús, "seréis verdaderamente mis discípulos" (Jn. 8:31).

La letra "T" puede representar la *confianza* [*trust,* en inglés]. En cierto sentido y en algunos contextos la confianza es un sinónimo de fe, pero también transmite el concepto de tener confianza sin reservas para con Dios o confiar en que Él cumple sus promesas de nunca abandonarnos como hijos suyos que somos y de proveer para todas nuestras necesidades. Las parábolas del tesoro escondido y la perla de gran precio (Mt. 13:44-46) enseñan la necesidad de que un creyente rinda todo lo que tiene por la causa de Cristo y por amor a Él, así como de que afirme y deposite toda su confianza en su señorío y en su gracia.

La confianza genuina incluye apartarse del pecado y el ego para volverse a Dios. Ese apartamiento se llama arrepentimiento, y aparte de él ninguna persona puede ser salva. El arrepentimiento es una parte tan esencial del evangelio que algunas veces se equipara con la salvación. Pedro declaró: "El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9).

La letra "H" podría representar la *esperanza* [*hope*, en inglés]. Todo creyente es salvado en la esperanza de vivir por la eternidad con Dios en el cielo, aunque nunca haya visto el cielo ni visto al Señor en quien cree. Cuando Tomás se negó a creer que Jesús se había levantado de los muertos hasta que él mismo tocara el cuerpo de su Señor, Jesús dijo: "Bienaventurados los que no vieron, y creyeron" (Jn. 20:29). La vasta mayoría de todos los que han creído y confiado en Cristo durante todos estos siglos jamás le han visto, e incluso los que le vieron después de la resurrección y fueron testigos de su ascenso al cielo únicamente tenían la esperanza, y no la realidad todavía, de volverse a encontrar con Él algún día en el cielo. Hasta que cada creyente se encuentre con el Señor mediante la muerte o el arrebatamiento, cada uno debe vivir en la esperanza de lo que todavía no ha sido recibido plenamente.

LA JUSTIFICACIÓN TRAE BENDICIÓN

Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado. (4:6-8)

Pablo cita aquí a David con el fin de establecer el hecho de que el rey más grande de Israel entendió y enseñó que la justificación es por fe solamente. **La bienaventuranza** de la que está hablando David es la salvación, la suprema **bienaventuranza** y bendición que Dios ofrece a la humanidad caída. Los únicos que la pueden recibir son aquellos **a quienes Dios atribuye justicia sin obras.**

En el Salmo 32 el hombre conforme al corazón de Dios declaró: "**Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad**".

David entendió con claridad la gracia de Dios. En su gran salmo penitencial escrito después que Natán le confrontó con su adulterio con Betsabé y el homicidio de su esposo, David se abandonó por completo a la gracia de Dios. "Ten piedad de mí, oh Dios", él rogó, "conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones". Él confesó: "Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconoci-

do justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio". David sabía que únicamente Dios podía purificarle, lavarlo de todos sus pecados y borrar todas sus iniquidades. Únicamente Dios podía crear en él un corazón puro y librarlo de la culpa y del pecado que la producía (Sal. 51:1-14).

Las personas de fe genuina son **bienaventurados**, proclama David, porque gracias a la provisión generosa de Dios sus **iniquidades son perdonadas**, debido a que sus muchos **pecados** individuales **son cubiertos**, y porque **el Señor no inculpa** al hombre **de pecado** y de la condición básica, pecaminosa depravada de su naturaleza caída.

Abraham fue justificado por fe únicamente, David fue justificado únicamente por fe, y todo creyente antes y después de ellos ha sido justificado únicamente por fe. La fe de un pecador es aceptada por Dios en su gracia y le es contada como justicia por causa de Cristo.

Se cuenta la historia de un granjero pobre que había ahorrado su dinero durante muchos años con el fin de comprar un buey que empujara su arado. Cuando creyó que había ahorrado lo suficiente, recorrió una gran distancia hasta el pueblo más cercano para comprar un buey. Sin embargo, pronto descubrió que los billetes que había estado ahorrando habían sido reemplazados por una nueva moneda y que la fecha para el intercambio de los anteriores a los nuevos había pasado hacía mucho tiempo. Puesto que era analfabeta, el hombre le pidió a un niño que estudiaba en una escuela cercana que escribiera una carta al presidente de su país, explicando su difícil situación y solicitando una exención. El presidente fue conmovido por la carta y escribió al granjero: "La ley debe obedecerse, porque la fecha límite para cambiar los billetes ya pasó. El gobierno ya no puede cambiar sus billetes por los nuevos. Ni siquiera el presidente es exento de esta regla. Sin embargo", continuó el presidente, "puesto que yo creo que usted en realidad trabajó duro para ahorrar este dinero, estoy cambiando su dinero por dinero nuevo con mis propios fondos personales para que usted pueda comprar su buey".

Delante de Dios, las buenas obras de cada persona son tan carentes de valor como el dinero vencido de aquel granjero; pero Dios mismo, en la Persona de su Hijo, ha pagado la deuda, y cuando un pecador confesado se arroja sin reservas a la misericordia de Dios y acepta por fe la obra expiatoria del Señor a su favor, puede quedar perdonado y justo con justicia divina delante de Él.

Con las siguientes líneas conmovedoras de su himno "Consumado es", James Proctor captó la esencia de la justificación por fe aparte de las obras:

Nada grande o pequeño,
Nada, pecador, nada;
Jesús lo hizo, lo hizo todo
Mucho tiempo hace ya.

Cuando Él, de su trono elevado,
Descendió para trabajar y morir,
Todo fue obrado por completo:
¡Atiende hoy a su voz!

Agotado, trajinado y cargado,
¿Por qué te fatigas así?
Cesa ya de hacer tus obras; todo fue hecho ya
Mucho, mucho tiempo atrás.

Hasta que a la obra de Jesús te aferres
Por una fe sencilla,
Tu "obrar" es mortífera cosa,
El "obrar" culmina en la muerte.

Echa abajo tu "obrar" letal,
Ponlo a los pies de Jesús;
Solo en Él manténte firme y
Gloriosamente completo.

"¡Consumado es!" sin duda lo es,
Consumada toda tilde y toda jota
Pecador, esto es todo lo que necesitas;
Dime, ¿acaso no lo es?

(Derechos reservados 1922. Hope Publishing Co., propietario; en *Choice Hymns of the Faith* [Fort Dodge, Iowa: Walterick, 1944], No. 128.)

Abraham, justificado por gracia

18

¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión, o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia. ¿Cómo, pues, le fue contada? ¿Estando en la circuncisión, o en la incircuncisión? No en la circuncisión, sino en la incircuncisión. Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado. Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe. Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa. Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros (como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes) delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen. (4:9-17)

Visitar algunos lugares sagrados del catolicismo puede ser una experiencia terriblemente triste y opresiva, como ocurre en el caso del santuario de Guadalupe en México. El santuario está construido sobre el lugar donde supuestamente María se apareció en una ocasión. Con la esperanza de que ella interceda por ellos ante su Hijo Jesucristo, cada año millares de peregrinos se arrastran sobre sus manos y rodillas a lo largo de unos cuatrocientos metros hasta llegar al santuario. Después de eso pueden entrar y encender velas, una por cada amigo o pariente a favor del cual han venido para tratar de reducir su permanencia en el purgatorio.

Hace algunos años un misionero a la India visitó mi oficina y me mostró una copia reciente de la revista de noticias en inglés más importante de la India. La historia principal trataba acerca de un gran festival religioso hindú llamado Maha Kumbh Mela, el cual se celebra cada doce años en el lugar donde confluyen los ríos Ganga (Ganges) y Yamuna, que se denominan las aguas legendarias del Sangam. Se afirma que es el acontecimiento religioso más concurrido del mundo entero.

A pesar del viaje dificultoso, los altos gastos en que se incurren y lo helado de las aguas, multitudes de fieles son atraídos a la celebración. Durante un tiempo se dejan de lado las diferencias de casta y clase económica. El festival es dirigido por un grupo de hombres penitentes y medio desnudos que conducen una procesión de millones de peregrinos para que desciendan a las aguas. Hay faquires sentados sobre camas con puntillas que caminan sobre vidrios rotos y se acuestan sobre brasas ardientes. Un cuadro bastante común es el de algunos devotos que toman cuchillos largos con los que atraviesan sus lenguas para sentenciarse a sí mismos al silencio eterno como una forma de aplacar a sus millones de dioses. Algunos adoradores se quedan mirando el sol hasta quedar ciegos, otros se lastiman las extremidades intencionalmente para dejarlas atrofiadas en algún gesto de adoración. Un hombre había dejado su brazo levantado durante ocho años. Aunque los músculos del brazo se habían atrofiado hacía mucho tiempo, las uñas de sus manos habían seguido creciendo y se extendían a unos sesenta centímetros por debajo de sus manos.

Un libro sagrado del hinduismo declara: "Aquellos que se bañan en la confluencia del río negro y el río blanco, el Ganga y el Yamuna, van al cielo". Otro escrito sagrado dice que "el peregrino que se baña en este lugar obtiene absolución para toda su familia, e incluso si ha perpetrado cientos de crímenes, es redimido en el momento mismo en que toca el Ganga, cuyas aguas limpian todos sus pecados".

En este festival la orilla de los ríos se llena con cientos de toldos de afeitado, donde los devotos se desnudan por completo y son rasurados en todo el cuerpo, incluyendo sus cejas y pestañas. Todo el pelo afeitado es recolectado minuciosamente y luego es arrojado al agua mugrienta. Los escritos hindúes aseguran a los peregrinos que "por cada cabello lanzado al río, se promete residencia por un millón de años en el cielo".

El artículo terminaba con el comentario: "Millones que acuden con hambre espiritual salen de allí con paz en sus corazones y una fe renovada".

¡Qué engaño más infernal y condenatorio de Satanás! Sin embargo, es una ilustración perfecta de los sistemas religiosos centrados en las obras, creados por los hombres bajo inspiración de Satanás, y todos los cuales buscan convencer a las personas de que pueden ser hechas justas delante de Dios y tener un lugar garantizado en el cielo si realizan ciertos ritos y ceremonias. Algunas reli-

giones son mucho más sofisticadas y humanamente atractivas que otras, pero todas comparten la común creencia falsa en la justicia por obras, expresada de una y otra forma. El hombre natural cree por instinto que de alguna manera él puede hacerse a sí mismo justo delante de Dios, por medio de sus propios esfuerzos.

Continuando su ataque contra la justicia por obras y estableciendo que Abraham, el ejemplo supremo de un hombre piadoso, fue salvado por fe y no por obras (Ro. 4:1-8), Pablo procede a establecer el hecho de que Abraham fue salvado a través de la gracia de Dios y no por haber sido circuncidado o por guardar la ley. Su argumento era que si Abraham, el hombre más grande en la antigua dispensación, fue salvado por medio de la fe por la gracia de Dios, entonces todas las demás personas deben ser justificadas sobre esa misma base, y que por el contrario, si Abraham no podía ser justificado por ser circuncidado o por guardar la ley, entonces ninguna otra persona podría serlo tampoco.

En Romanos 4:9-17 Pablo demuestra tres verdades íntimamente relacionadas: la fe justificadora de Abraham no vino como resultado de su circuncisión (vv. 9-12); no vino porque él guardara la ley (vv. 13-15); sino que vino solamente por la gracia de Dios (vv. 16-17).

ABRAHAM NO FUE JUSTIFICADO POR LA CIRCUNCISIÓN

¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión, o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia. ¿Cómo, pues, le fue contada? ¿Estando en la circuncisión, o en la incircuncisión? No en la circuncisión, sino en la incircuncisión. Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado (4:9-12)

Pablo anticipó la pregunta que los judíos harían en este punto de su argumento: "Si Abraham fue justificado por su fe solamente, ¿por qué exigió Dios la circuncisión de Abraham y de todos sus descendientes?

La mayoría de los judíos en tiempos del Nuevo Testamento estaban totalmente convencidos de que la circuncisión no era solamente la marca única y exclusiva que los separaba de todos los demás hombres como pueblo escogido de Dios que eran, sino que también era el medio por el cual ellos llegaban a ser aceptables para Dios.

El escrito judío apócrifo llamado *Libro de jubileos* declara:

> Esta ley es para todas las generaciones para siempre, y no hay circuncisión del tiempo ni puede pasar un solo día después de los ocho días; porque es una ordenanza eterna, ordenada y escrita en las tablas celestiales. Y todo aquel que nace, la carne de cuyo prepucio no sea circuncidada en el octavo día, no pertenece a los hijos del pacto que el Señor hizo con Abraham, porque pertenece a los hijos de destrucción; ni queda en él alguna señal en él de que es del Señor, sino que [él está destinado] a ser destruido y cortado de la tierra. (15:25ss)

Muchos judíos creían que la salvación se basaba en su obediencia a Dios por el hecho de ser circuncidados, y que por lo tanto, su seguridad eterna descansaba sobre ese rito. En su comentario sobre el *Libro de Moisés*, el rabino Menachem escribió: "Nuestros rabinos han dicho que ningún hombre circuncidado verá jamás el infierno" (folio 43, columna 3). La circuncisión se consideraba a tal punto como una marca del favor de Dios, que algo que se enseñaba era que si un judío había practicado idolatría, su circuncisión debía revertirse antes de que pudiera ser enviado al infierno. Puesto que es humanamente imposible quitar la circuncisión, se suponía entonces que esto solamente podía realizarse por un acto directo de Dios.

La *Jalkut Rubem* enseñaba que "La circuncisión salva del infierno" (numeral 1), y la Midrash Millim que "Dios juró a Abraham que ninguno que fuese circuncidado debía ser enviado al infierno" (folio 7, columna 2). El libro de *Azedath Jizehak* enseñaba que "Abraham se sienta a la puerta del infierno y no permite que ningún israelita circuncidado entre allí" (folio 54, columna 2).

Tales creencias eran sostenidas con tanta firmeza en el judaísmo que muchas de ellas fueron introducidas al cristianismo por conversos judíos en la iglesia primitiva. La circuncisión y la observancia de la ley de Moisés se convirtieron en asuntos tan notorios que tuvo que convocarse un concilio especial de los apóstoles y los ancianos en Jerusalén para arreglar el problema. La decisión unánime, expresada en una carta enviada a todas las iglesias, era que la obediencia a los rituales mosaicos, incluyendo la circuncisión, no era necesaria para la salvación (véase Hch. 15:19-29).

Pablo había salido de un trasfondo judío fuertemente legalista, habiendo sido "circuncidado al octavo día, ... hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo" (Fil. 3:5). Sin embargo, el Espíritu Santo le había revelado a él, así como el concilio de Jerusalén lo había reconocido, que ni la circuncisión ni cualquier otra ceremonia o acto humano, sin importar cuán divinamente hubiera sido ordenado, podía traer la salvación. La circuncisión nunca había salvado a un solo judío y no podía salvar jamás a un gentil (Ro. 2:25-29). Por lo tanto, Pablo dio esta enérgica advertencia a sus hermanos cristianos, especialmente a los creyentes judíos: "Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guar-

daos de los mutiladores del cuerpo. Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne" (Fil. 3:2-3). Él dio una advertencia similar a los creyentes en Galacia:

> *Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechara Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído. (Gá. 5:1-4).*

Una persona que confía en la circuncisión, o en cualquier otra ceremonia u obra, está anulando la obra de Cristo hecha a favor suyo. Se coloca bajo la ley, y una persona que está bajo la ley debe obedecerla con perfección absoluta, lo cual es humanamente imposible. "Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor" (Gá. 5:6).

En la región de Frigia, que bordeaba con Galacia, la religión pagana predominante incluía el culto a Cibele. Los sacerdotes cibelinos normalmente se castraban a sí mismos como un acto de devoción sacrificada, y tal vez esa sea la mutilación a la que se refiere Pablo en Gálatas 5:12. Si es así, él estaba sugiriendo en efecto, que si los judaizantes pensaban que el acto de la circuncisión era un acto religioso tan meritorio, ¿por qué no superaban el extremo ejemplificado por la automutilación de los sacerdotes cibelinos?

Los judaizantes, aquellos que afirmaban que un cristiano, gentil así como judío, tenía el deber de guardar la ley de Moisés a fin de ser salvo (véase Hch. 15:5), representaban una amenaza tan persistente y poderosa para las iglesias gálatas que en sus palabras finales para ellos, Pablo reiteró sus advertencias anteriores: "Todos los que quieran agradar en la carne, éstos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo" (Gá. 6:12). En otras palabras, aun muchos de los judaizantes eran hipócritas en cuanto a la circuncisión porque la utilizaban como un medio para escapar de la persecución a manos de sus compatriotas judíos.

Génesis 17:10-14 deja claro que el acto de la circuncisión fue una marca dada por Dios de su pacto con Abraham y sus descendientes, los judíos. Era sobre la base de ese pasaje que los rabinos enseñaban, y la mayoría de los judíos creían, que la obediencia a ese rito era el medio de agradar a Dios y llegar a ser justo delante de Él; pero Pablo emplea ese mismo pasaje para demostrar que, por el contrario, Abraham *no* fue hecho justo delante de Dios gracias a su circuncisión sino que cuando le fue dado el mandato de la circuncisión él *ya* había sido declarado justo por Dios.

Pablo empieza preguntando: **¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para**

los de la circuncisión, o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia. ¿Cómo, pues, le fue contada? ¿Estando en la circuncisión, o en la incircuncisión?

La relevancia de esta verdad básica para nuestros propios días es inmensa. Aunque pocas personas, incluyendo a los judíos, creen ahora que la circuncisión trae la salvación, muchos millones de personas confían firmemente en alguna otra forma de ceremonia o actividad religiosa para hacerse justos delante de Dios.

Entre aquellos que invocan el nombre de Cristo, la iglesia católica romana es en gran medida el mayor ofensor en este sentido. A lo largo de su historia ha enseñado la salvación por obras humanas, hecha efectiva con la mediación del sacerdocio católico.

En su libro *Fundamentos de dogma católico* (St. Louis: B. Herder, 1962), el doctor Ludwig Ott explica las enseñanzas cardinales del catolicismo romano con respecto a la salvación y la bendición espiritual.

Ott define un sacramento en el catecismo romano (II I,8) como "una cosa perceptible por los sentidos, la cual sobre la base de la institución Divina posee el poder de efectuar y hacer manifiestas la santidad y la justicia" (p. 326). Él sigue diciendo que los sacramentos confieren gracia de inmediato, sin la mediación de la fe de una persona (p. 326). Y que los sacramentos confieren gracia santificadora a quienes los reciben (p. 332). Puesto que los ritos sacramentales confieren la regeneración, el perdón, el Espíritu Santo y la vida eterna, "para la dispensación de esta gracia es necesario que el ministro sacerdote ejecute la Señal Sacramental de la forma apropiada" (p. 343). El catolicismo romano sostiene que ni la creencia ortodoxa ni la dignidad moral por parte del recipiente es necesaria para la validez de un sacramento (p. 345).

A mediados del siglo dieciséis el Concilio de Trento emitió una afirmación que declaraba: "Si alguno niega que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la cual es conferida en el bautismo, queda remitida la culpa del pecado original, o llega incluso a aseverar que el pecado no es quitado en todo lo que se refiere a su naturaleza verdadera y propia ... sea anatema" (p. 354).

Citando partes del escrito apócrifo llamado *Carta de Bernabé*, Ott reporta que los católicos creen que "nosotros descendemos al agua [del bautismo] inmundos y llenos de pecados, y salimos de ella dando como fruto en nuestros corazones el temor de Dios, y nuestra esperanza espiritual en Jesús" (p. 355). Los católicos enseñan que de acuerdo a las Escrituras el bautismo tiene poder, tanto para erradicar el pecado como para efectuar la santificación interna. "El bautismo efectúa el perdón de todo castigo por el pecado, tanto eterno como temporal" (p. 355), y que el bautismo "es necesario para todos los hombres, sin excepción, para la salvación" (p. 356).

El catolicismo romano sostiene que el sacramento de la confirmación impar-

te el Espíritu Santo a una persona e incrementa la gracia santificadora (p. 365). El sacramento de la Eucaristía (la misa) une a Cristo a todo el que lo recibe (p. 390). Como alimento espiritual, la misa "preserva y acrecienta la vida sobrenatural del alma" (p. 395). En consecuencia, si a un católico fiel en cualquier parte del mundo se le pregunta si ha recibido a Cristo, lo más probable es que responda que lo recibió en la última misa a la que asistió, y en todas las demás misas a las que ha ido en su vida.

Los sacramentos de penitencia, santas órdenes, matrimonio y extrema unción, también se afirma que imparten por sí mismos otros beneficios espirituales de la gracia divina.

Algunos grupos protestantes se aferran a doctrinas similares, creyendo por ejemplo, que el bautismo introduce a una persona al nuevo pacto, aparte de cualquier conocimiento o fe de su parte. En consecuencia, el bautismo de un infante es tan válido como el bautismo de un adulto maduro que profesa tener fe.

La verdad es que tales doctrinas son formas de magia en las que ni el recipiente ni la fuente del resultado deseado necesitan ejercer una participación consciente en el ritual. El resultado es conferido simplemente sobre la base de haber pronunciado las palabras correctas o haber ejecutado en su orden establecido las acciones prescritas. Ni siquiera Dios participa directamente en la eficacia de los sacramentos, ellos operan no solamente sin que sus recipientes tengan fe, sino también sin necesidad de que Dios imparta su gracia directamente. El poder radica en la fórmula del rito.

Esa es exactamente la clase de poder que los judíos en el tiempo de Pablo atribuían a la circuncisión, y puesto que ellos creían que lo que era cierto acerca de Abraham en cuanto a la justificación era cierto para cualquier otra persona, en especial para todo judío, Pablo continúa usando al patriarca como su modelo. Respondiendo a su propia pregunta acerca del tiempo en que Abraham fue declarado justo, el apóstol declara que esto tuvo lugar **No en la circuncisión, sino en la incircuncisión**.

La cronología evidente del Génesis lo prueba. Cuando Abraham fue circuncidado, Ismael tenía trece años de edad y Abraham tenía noventa y nueve (véase Gn. 17:23-25); pero cuando Abraham fue declarado justo por Dios (15:6), Ismael no había nacido todavía, y ni siquiera había sido concebido (16:2-4). Cuando Ismael nació, Abraham tenía ochenta y seis años (véase 16:16). Por lo tanto, Abraham fue declarado justo por Dios al menos catorce años antes de ser circuncidado.

Abraham estuvo dentro del pacto de Dios y bajo su gracia mucho antes de haber sido circuncidado, mientras que Ismael, aunque fue circuncidado, nunca estuvo en el pacto. La circuncisión *se convirtió* en una señal de la relación de pacto entre Dios y su pueblo, pero el pacto no se estableció con base en la

circuncisión. Cuando Abraham recibió por primera vez la promesa del pacto, él apenas tenía setenta y cinco años (Gn. 12:14). La circuncisión no solo vino por lo menos catorce años después de que Abraham fuera declarado justo, sino también veinticuatro años después de haber entrado por primera vez en una relación de pacto con Dios. Además de eso, puesto que no había judíos en aquel tiempo, cuando Abraham fue declarado justo él era, por decirlo así, un gentil incircunciso.

Por ende, la pregunta que podía hacerse era naturalmente: "¿Por qué la circuncisión? ¿Por qué hizo que ese rito fuera una ley de cumplimiento obligatorio para todos los descendientes de Abraham?" Primero que todo, dice Pablo, la circuncisión fue una señal. Abraham **recibió la circuncisión como señal**. La circuncisión fue la marca física y racial de identidad asignada al pueblo de Dios. Incluso bajo el nuevo pacto, Pablo no tenía objeción a que un judío fuera circuncidado, siempre y cuando el acto fuera visto a la luz de esta realidad. De hecho, Pablo se encargó personalmente de circuncidar a Timoteo, quien apenas era mitad judío, con el fin de que Timoteo pudiera tener una mejor oportunidad para testificar a judíos que vivían en la región donde había nacido y los cuales le conocían (Hch. 16:3).

La circuncisión también era una marca del pacto de Dios, con la cual los descendientes de Abraham quedaban apartados de manera única como su pueblo escogido, los hebreos o judíos como llegaron a ser conocidos durante el exilio en Babilonia. Durante las andanzas en el desierto alrededor del Sinaí, la circuncisión no fue realizada por aquella generación desobediente la cual Dios permitió que se extinguiera por muerte natural antes de que su pueblo pudiera entrar a la tierra prometida; pero cuando Dios alistó a su pueblo para entrar a la tierra, la marca de la circuncisión fue instituida nuevamente por Josué por mandato directo de Dios (Jos. 5:2).

En segundo lugar, la circuncisión cumplía una función **como sello de la justicia de la fe que** Abraham **tuvo estando aún incircunciso**. En otras palabras, cada vez que se realizaba la circuncisión el pueblo de Dios debía recordar la **justicia** de Dios que Abraham había recibido y que todos los demás creyentes tienen, la cual viene a través **de la fe**, completamente aparte de la circuncisión.

Aunque ambas cosas transmiten ideas similares, una señal apunta hacia algo, en tanto que un sello lo garantiza. Por ejemplo, cuando se estampaba un sello oficial en una carta o decreto, su autenticidad quedaba garantizada. En este sentido, la circuncisión fue la autenticación de que las promesas del pacto de Dios se cumplirían. Apuntaba en dirección al hecho de que Dios quería circuncidar, esto es, imprimir su sello de autenticación en el corazón de su pueblo y no solamente en sus cuerpos.

Esa fue siempre la intención de Dios, y los judíos debían haberlo sabido mucho antes de que Pablo lo indicara en su carta a los romanos. Moisés había

declarado: "Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, a fin de que vivas" (Dt. 30:6). Dios siempre había querido primero que todo cortar y echar fuera el pecado que cubría el corazón. "Porque así dice Jehová a todo varón de Judá y de Jordán", escribió Jeremías: "Arad campo para vosotros, y no sembréis entre espinos. Circuncidaos a Jehová, y quitad el prepucio de vuestro corazón, varones de Judá y moradores de Jerusalén; no sea que mi ira salga como fuego, y se encienda y no haya quien la apague, por la maldad de vuestras obras" (Jer. 4:3-4). Por medio del mismo profeta el Señor declaró:

> *Alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová. He aquí que vienen días, dice Jehová, en que castigaré a todo circuncidado, y a todo incircunciso; a Egipto, y a Judá, a Edom y a los hijos de Amón y de Moab, y a todos los arrinconados en el postrer rincón, los que moran en el desierto; porque todas las naciones son incircuncisas, y toda la casa de Israel es incircuncisa de corazón (Jer. 9:24-26).*

Todo hijo varón en Israel era un testimonio de que los corazones de los hombres necesitaban de circuncisión o limpieza espiritual.

De una forma similar, el bautismo simboliza la muerte de un creyente y su resurrección con Cristo. La comunión simboliza su acto redentor obrado en favor nuestro, el cual hemos de conmemorar hasta que Él regrese. El rito no tiene mérito en sí mismo, y los elementos del agua, el pan y el vino por cierto que no tienen mérito o poder alguno en sí mismos. Tanto el bautismo como la comunión constituyen demostraciones y recordatorios externos de la realidad interna de la salvación por medio de Jesucristo.

Como Pablo ya había dejado claro en esta epístola: "Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios" (Ro. 2:28-29).

Contrario a la enseñanza de algunas iglesias en la actualidad, el bautismo de infantes no corresponde a la circuncisión de los infantes varones judíos. Aun si fuera así, no obstante, el bautismo no podría garantizar la salvación así como la circuncisión nunca lo hizo.

La cena de Pascua, que ha sido celebrada por los judíos durante unos tres milenios y medio, nunca ha sido considerada como un medio para obtener la libertad, sino únicamente como el símbolo y recordatorio de esa realidad. Para el judío, la Pascua es un símbolo colectivo de liberación y la circuncisión es un símbolo individual de justificación. Para el cristiano, la comunión es el símbolo

colectivo y corporativo de nuestra relación con Cristo; el bautismo es un símbolo de lo mismo a nivel individual.

Abraham recibió la circuncisión *después* de haber sido contado como justo, **para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado**.

En un sentido racial, Abraham es el padre de todos los judíos; en sentido espiritual, él es el padre tanto de gentiles **creyentes no circuncidados**, como de judíos creyentes, quienes **son de la circuncisión**. Ambos grupos de creyentes son contados como justos a causa de su **fe** en Dios a través de Jesucristo, y ellos **también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado**.

ABRAHAM NO FUE JUSTIFICADO POR LA LEY

Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe. Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa. Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión. (4:13-15)

El segundo punto que Pablo establece en este pasaje es que Abraham no solamente no fue justificado por el rito de la circuncisión, sino que tampoco fue justificado por el hecho de haber guardado la ley mosaica. Aquí de nuevo la cronología de las Escrituras judías es la prueba contundente de este punto. Como todo judío lo sabía bien, la ley no fue revelada a Moisés hasta más de quinientos años después que Abraham vivió, y obviamente ese patriarca no tenía forma de saber qué era lo requerido por la ley.

El hombre nunca ha estado en capacidad de acercarse a Cristo por medio de una ceremonia o un patrón externo de conducta. Cuando Abraham fue declarado justo ante Dios, él no estaba circuncidado ni tenía en su posesión la ley mosaica. La circuncisión todavía no había sido requerida por Dios y la ley no había sido revelada todavía por Dios. Por lo tanto, **no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe**.

La **promesa dada a Abraham** estaba incorporada en el pacto de Dios con Abraham, y con ella se le había dicho al patriarca que él y **su descendencia** serían **herederos del mundo** (Gn. 12:3; 15:6; 18:18; 22:18). Al analizar la promesa de Dios dada a Abraham, surgen cuatro factores significativos.

En primer lugar, la **promesa** incluía *una tierra* (véase Gn. 15:18-21) en la que Abraham habría de vivir pero que no sería poseída hasta unos cinco siglos des-

pués, cuando Josué condujo a los israelitas en su conquista de Canaán.

En segundo lugar, la **promesa** también incluía *un pueblo*, el cual llegaría a ser tan numeroso que no podría ser contado, como el polvo de la tierra y las estrellas del cielo (Gn. 13:16; 15:5). Finalmente, Abraham se convertiría en "padre de muchedumbre de gentes" (Gn. 17:5; cp. Ro. 4:17).

En tercer lugar, la **promesa** involucraba *una bendición* para el mundo entero a través de los descendientes de Abraham (Gn. 12:3).

En cuarto lugar, la **promesa** se cumpliría con la entrega de *un Redentor*, quien habría de ser un descendiente de Abraham y por medio del cual todo el mundo sería bendecido con la provisión de la salvación eterna. El hecho de dar esa promesa a Abraham equivalía en esencia a predicarle el evangelio (Gá. 3:8). Abraham creyó ese evangelio, e incluso cuando Isaac, el único heredero que nació en cumplimiento de la promesa divina, estaba a punto de ser ofrecido como un sacrificio, Abraham confió en que Dios de alguna manera "[se proveería] de cordero para el holocausto" (Gn. 22:8). Por medio del escritor de Hebreos, el Señor da una bella revelación sobre el alcance del entendimiento y la fe de Abraham. "Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir" (He. 11:17-19).

Jesús dijo a los incrédulos líderes religiosos judíos: "Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó" (Jn. 8:56). De una manera que no se explica, Abraham vio por anticipado la venida del Mesías, quien habría de nacer como uno de sus descendientes prometidos. Fue a través de ese Mesías descendido, el Cristo, que Abraham bendeciría al mundo entero y habría de convertirse en **heredero del mundo**. Haciendo referencia al texto de Génesis 22:17 y 18, Pablo da la exégesis que Dios mismo hace de su propia Palabra, declarando que "a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como de si hablase de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo" (Gá. 3:16). Más adelante en ese mismo capítulo el apóstol dice de *todos* los creyentes, gentiles y judíos por igual: "Si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (v. 29). En Él ellos se convierten en parte de esa sola simiente espiritual, "la cual es Cristo".

Todos los creyentes son uno en Jesucristo, "un espíritu ... con él" (1 Co. 6:17). Puesto que están identificados con el Hijo unigénito de Dios, los creyentes pueden llegar a ser ellos mismos hijos de Dios. "El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados" (Ro. 8:16-17).

No es la descendencia humana de Abraham sino su descendencia espiritual,

conformada por aquellos que siguen su ejemplo de fe, lo que hace de un creyente heredero con Abraham y con Cristo por igual. Como Pablo recordó a los creyentes corintios, la mayoría de los cuales sin duda eran gentiles, la descendencia humana no tiene relevancia en lo referente a la situación de una persona delante de Dios. "Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios" (1 Co. 3:21-23). Por otra parte, Jesús dijo a los líderes judíos incrédulos que, aunque ellos descendieran físicamente de Abraham, espiritualmente eran hijos de su "padre el diablo" (Jn. 8:44).

La justificación nunca ha sido **por la ley**, así como nunca lo ha sido por medio de la circuncisión. El término griego en esa frase es *anarthrous*, es decir, no tiene el artículo definido **la** que se añade en las traducciones. Pablo estaba hablando por ende, no solamente de la ley mosaica sino de la **ley** de Dios en su sentido más amplio, haciendo referencia a todos los mandamientos y estándares de Dios. También estaba hablando del principio general del guardar humano de la ley en el que muchos judíos confiaban para su salvación.

Como Pablo aclara más adelante en la epístola: la ley de Dios "a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Ro. 7:12; cp. Gá. 3:21); pero la ley nunca fue dada como un medio de salvación, ni siquiera para los judíos. "Porque todos los que dependen de las obras de la ley", esto es, los que procuran justificarse a sí mismos basándose en guardar la ley, "están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas" (Gá. 3:10). La persona que confía en su capacidad para salvarse a sí misma guardando la ley está bajo maldición debido a la imposibilidad de guardar a perfección la ley de Dios. Pablo contaba sus propios esfuerzos previos en guardar la ley como débitos espirituales, como pérdida y basura (Fil. 3:7-8).

El propósito de la **ley** era revelar los estándares perfectos de justicia de Dios y mostrar a los hombres que ellos son incapaces en sus propias fuerzas de vivir a la altura de esos estándares. La conciencia de esa incapacidad debería llevar los hombres a acercarse a Dios por fe. La ley fue dada como "nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe" (Gá. 3:24).

Dios jamás ha reconocido alguna justicia aparte de **la justicia de la fe** en él, y esa justicia al igual que su justicia impartida e imputada, viene por medio de su propia provisión de gracia. Jesucristo no solamente es el objeto de nuestra fe sino también su "autor y consumador" (He. 12:2).

Abraham fue justificado porque creyó la promesa de Dios, y como Pablo ya declaró en su epístola, esa creencia "le fue contada por justicia" (Ro. 4:3; cp. Gn. 15:6). Exactamente de la misma forma, cuando una persona cree la promesa de salvación de Dios mediante la confianza en su Hijo Jesucristo, ese acto de fe le es contado como si fuera la justicia de Cristo mismo (1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21).

La confianza de Abraham no estaba puesta en lo que él poseía sino en lo que le había sido prometido.

> *Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. (He. 11:8-10).*

La **fe** de Abraham quedó ejemplificada en su disposición para ir a una tierra que nunca había visto, la cual representaba una herencia prometida que nunca poseería. Abraham peregrinó hacia esa tierra y quedó satisfecho al vivir allí como un extranjero, porque en últimas su verdadera esperanza estaba en la herencia de "la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios".

Pablo continúa explicando: **Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa**. Si los hombres fueran capaces de guardar perfectamente la **ley** de Dios serían sin duda **herederos** de Dios. Por supuesto, eso es imposible, pero si fuera cierto la **fe** sería **vana** y la **promesa** de Dios quedaría **anulada**.

La fe es la capacidad de recibir cualquier cosa que Dios promete. Por otra parte, si la promesa de Dios ha de recibirse únicamente por medio de la obediencia a una ley que ni Abraham ni sus hijos podrían guardar, entonces la fe queda cancelada. En otras palabras, afirmar una promesa sobre la base de una condición imposible de cumplir equivale a anular la promesa.

La ley no puede salvar **pues la ley produce ira**. Entre más procure una persona justificarse a sí misma guardando la **ley** de Dios, más demuestra su incapacidad para hacerlo a causa de su pecaminosidad, y mayor juicio e **ira** acarrea sobre sí. Con la misma seguridad con que la ley revela la justicia de Dios, también deja al descubierto la pecaminosidad del hombre.

Como Pablo comenta más adelante en Romanos:

> *¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. (Ro. 7:7-11)*

"¿Entonces, para qué sirve la ley?", preguntó Pablo retóricamente a los gálatas. "Fue añadida", procede a explicar, "a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador" (Gá. 3:19). Como ya se indicó, la ley no fue dada para salvarnos sino para ser "nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe" (Gá. 3:24).

ABRAHAM FUE JUSTIFICADO POR LA GRACIA DE DIOS

Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros (como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes) delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen. (4:16-17)

El punto decisivo de este pasaje está en el versículo 16. Dios cuenta la **fe** del creyente como justicia a fin de que la salvación **sea por gracia**. Si no fuera por la **gracia** soberana de Dios que provee un camino de salvación, ni siquiera la fe de una persona podría salvarle. Por eso es que la **fe** no es simplemente otra forma de obra humana, como algunos teólogos han sostenido a lo largo de los siglos. El poder de salvación, o justificación, está en la **gracia** de Dios, no en la **fe** del hombre. La fe de Abraham no fue justicia *en sí misma* sino que le fue *contada* como justicia sobre la base de Aquel que se encargaría por sí mismo de proveer en su gracia, para todos los creyentes incluyendo a Abraham, la justicia que ellos nunca podrían alcanzar por sí mismos.

La **gracia** es el poder divino que trae justificación **a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia**. Que Pablo está hablando aquí acerca de una **descendencia** espiritual y no física, es claro a partir de lo que sigue diciendo, **no solamente para la** [descendencia] **que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros**.

Como se indicó anteriormente, cuando Abraham fue llamado en Ur de los caldeos, él era un pagano idólatra. Antes del pacto de Dios con Abraham, no había judíos y por ende tampoco gentiles, hablando en términos estrictos; pero el punto de Pablo aquí es que Dios contó la fe de Abraham como justicia antes de que existieran tales distinciones. Fue por esa razón que la fe de Abraham fue una fe universal que se aplica a toda la humanidad y no tan solo a los judíos, aquella descendencia **que es de la ley**; y es por esa razón que **Abraham** llegó a ser **padre de todos nosotros**, esto es, de todos los que confían en Jesucristo sin importar su legado racial o religioso. **Abraham** fue el prototipo espiritual de todo creyente genuino. Él fue un pecador pagano, idólatra e

impío que no confió en sus propios esfuerzos sino en la promesa de gracia de Dios.

Como siempre, la defensa de Pablo se basa en las Escrituras (**como está escrito**, que se refiere a Génesis 17:5, un texto que Pablo traduce así: **Te he puesto por padre de muchas gentes**). La promesa dada a Abraham fue cumplida **delante de Dios, a quien creyó**. A fin de evitar que quedara alguna duda con respecto a aquello de lo cual **Dios** estaba hablando, Pablo ofrece dos calificaciones. Primero, está hablando del Dios verdadero, **el cual da vida a los muertos**. Abraham había experimentado de primera mano la magnitud del poder de Dios. Isaac el hijo de la promesa le fue dado de manera milagrosa, mucho tiempo después de haber pasado Sara por sus años para tener hijos y después de que Abraham estuviera "ya casi muerto" en lo que se refería a su capacidad humana para ejercer la paternidad (He. 11:11-12).

En segundo lugar, este Dios es aquel que **llama las cosas que no son, como si fuesen**. Pablo se refiere aquí obviamente al poder de Dios como se expresa por medio de la creación, donde "lo que se ve fue hecho de lo que no se veía" (He. 11:3). Él es el único **Dios** verdadero que llama a existencia personas, lugares y acontecimientos, solamente por su determinación divina y soberana.

Visite:

www.dcristo.org

(música, películas, prédicas y
más..... Recursos On Line)

Salvación por poder divino, no por esfuerzo humano

19

El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia. Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación. (4:18-25)

Con este pasaje concluye la ilustración de Pablo basada en la vida de Abraham como el ejemplo supremo de fe salvadora en el Antiguo Testamento. Deja claro el hecho de que a pesar que la fe del hombre y la gracia de Dios están involucradas simultáneamente en la salvación, no por eso constituyen componentes iguales. Hasta la fe del hombre está incluida en la provisión completa de la salvación por gracia de Dios, como el apóstol declara a los efesios: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya" (Ef. 2:8-10*a*).

El nombre original de Abraham fue Abram (véase Gn. 11:26ss), que significa "padre enaltecido"; pero cuando Dios lo llamó mientras vivía en Ur de los caldeos (Gn. 11:28, 31; cp. Hch. 7:2-4), el patriarca no tenía hijos. Para el tiempo en que salió de Harán, tras la muerte de su padre Taré, Abraham tenía setenta y cinco años de edad (Gn. 12:4) y seguía sin tener hijos, pero por fe él empezó la última

parte de su viaje hacia la tierra que Dios le había prometido.

En su llamamiento inicial, Dios prometió que haría de Abram una nación grande (Gn. 12:1-2), y cuando la promesa fue reiterada algunos años más tarde, el Señor prometió a Abram que sus descendientes serían tan innumerables como las estrellas de los cielos (15:5; cp. 22:17), aunque el patriarca y su esposa Sara seguían sin tener hijos. Fue en ese momento que Abram "creyó a Jehová, y le fue contado por justicia" (15:6). Sin embargo, es evidente a partir de los pasajes precedentes en el recuento de Génesis, que la respuesta de Abraham a Dios también había sido con anterioridad una fe sincera e incondicional.

No sabemos cuáles fueron los pensamientos que tuvo Abram cuando fue llamado originalmente en Ur o cuando entró por primera vez a Canaán, la tierra prometida. No sabemos cómo fue que Dios convenció a Abram, siendo un pagano idólatra (véase Jos. 24:2), de que Él era sin duda alguna el Dios único y verdadero, o cómo persuadió a Abraham para depositar toda su confianza en Él, pero sí sabemos que el mismo Dios que hizo el llamado también alentó la fe para responder a él.

La fe de Abraham fue verdaderamente extraordinaria. Durante unos cuarenta años antes de que se cumpliera, Abram creyó la promesa de que Dios le daría un heredero. Durante el siglo que vivió en Canaán (véase Gn. 25:7), Abram no fue propietario de ninguna porción de ella a excepción de una pequeña parcela de tierra que compró para tener un lugar donde Sara y él mismo pudieran ser sepultados (23:16-20). Abram confió en que Dios hiciera de él el padre de una gran nación y de multitudes de gentes, aunque no sería una nación en el sentido usual del término hasta casi 600 años después, cuando Josué dirigió a los israelitas de vuelta a Canaán para poseer la tierra.

Después que Abram llegó a Canaán se vio confrontado de inmediato con una serie de duras pruebas para su fe. Afrontó hambre en la tierra (Gn. 12:10), la hostilidad en potencia de un faraón (12:14-20), un conflicto con su sobrino Lot (13:5-9), y aparentemente una lucha personal con el temor (véase 15:1). No obstante, en medio de todas esas pruebas él se mantuvo fiel al Dios que le había llamado.

En su comentario sobre el libro de Romanos, Donald Grey Barnhouse escribe con gran intuición acerca de Abram:

> Ahora bien, Abram era un oriental. Estaba acostumbrado a la palabrería de los orientales. Lo que es más, estaba ubicado estratégicamente en el cruce de las rutas de camellos por las que se transportaba el comercio del mundo antiguo entre Egipto, el norte y el este. Era propietario de pozos, y todos sus rebaños y hatos eran grandes. La Biblia dice que "Abram era riquísimo en ganado, en plata y en oro" (Gn. 13:2). Cuando las caravanas de los ricos mercaderes llegaban al territorio, bien fuera

desde el norte o desde el sur, hacían paradas en los pozos de Abram. Los siervos de Abram atendían con esmero las necesidades de los camellos y de los siervos de los comerciantes. A los viajeros se les vendía comida y por la noche los mercaderes acudían a la tienda de Abram para darle sus respetos. Las preguntas habrían seguido algún patrón establecido. ¿Cuántos años tienes? ¿Quién eres? ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? Cuando el mercader se hubiere presentado Abram se veía compelido a decir su propio nombre: Abram, padre enaltecido.

Esto debió haber sucedido cientos o miles de veces, y cada vez resultaba más irritante que la anterior. "¡Oh, padre enaltecido! ¡Felicitaciones! ¿Y cuántos hijos tienes?" La respuesta siempre sería humillante para Abram: "Ninguno". En muchas ocasiones habría tenido que presenciar algún tipo de burla medio disimulada por la incongruencia entre el nombre y el hecho de que no había un solo hijo que respaldara su significado. Abram debió haberse encallecido por esa pregunta y su respuesta, y detestado esa situación con gran amargura.

... Padre enaltecido, padre de nadie. Las posibilidades eran variadas, y yo creo que es posible detectar en la psicología de la narración el hecho de que hubiera cierto nivel de chismorreo al respecto. Los siervos que escuchaban las bromas y que observaban la vergüenza que pasaba Abram se encargaban de repetir los detalles con elaboradas variaciones. Era un mundo de telas y pieles de cabra, donde todos vivían en tiendas y había poca privacidad visual y ninguna en el campo auditivo. Debieron darse muchas conversaciones sobre el asunto de quién era estéril, ¿Abraham o Sara? ¿Acaso él era en realidad un hombre con todas las de la ley? Oh sí, él era el patriarca; su palabra era la ley; tenía abundancia de ganado y muchos siervos, pero no tenía hijos y su nombre era "padre enaltecido". (*God's Remedy: Romans 3:21–4:25* [Grand Rapids: Eerdmans, 1954], pp. 311-12)

Tal presión fue sin duda alguna un fuerte factor que contribuyó a que Sara sugiriera que Abram tuviera un hijo por medio de su sierva egipcia, Agar (Gn. 16:2). Es muy posible que los siervos alcanzaran a escuchar la propuesta y supieran que en su desesperación Abram consintió. Cuando Agar quedó embarazada, todos supieron que la persona estéril en el matrimonio era Sara, quien en poco tiempo se lamentó de haber hecho esa sugerencia precipitada y sintió envidia de Agar, a quien trató con una crueldad considerable.

Cuando Agar dio a luz a Ismael, Abram por fin tuvo un heredero, pero era un heredero fruto de su propio ingenio y virilidad humanos y pecaminosos, no el heredero que vendría en cumplimiento de la promesa divina y como fruto de la provisión divina, al cual únicamente Sara podía dar a luz. Trece años más

tarde, cuando Abram tenía noventa y nueve años de edad, el Señor misericordioso se le apareció de nuevo y repitió la promesa de multiplicar los descendientes de Abram. Además, cambió el nombre de Abram diciendo:

> *Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes. Y te multiplicaré en gran manera, y haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti. Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti. Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos. (Gn. 17:5-8).*

El problema era que si Abram estaba abochornado por su nombre anterior, quedaba expuesto aún a mayor vergüenza con el nuevo nombre. Puesto que él no podía percibir cómo podría cumplirse la promesa con un hijo por medio de Sara, quien ahora tenía 90 años y había pasado hacía mucho rato el tiempo normal para tener hijos, Abraham pidió al Señor que Ismael pudiera convertirse en el heredero prometido (Gn. 17:18). Pero el Señor contestó: "Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él" (Gn. 17:19). Ahora Dios le estaba diciendo a Abraham de manera explícita que él sin duda tendría un hijo con Sara, que el nacimiento ocurriría un año más tarde, y que el nombre del hijo tendría que ser Isaac (v. 21).

Es una profunda lección aprender que las promesas de Dios pueden ser cumplidas únicamente por el poder de Dios, y los esfuerzos humanos para hacer efectiva su voluntad, sin importar cuán sinceros o sagaces puedan ser tales esfuerzos, están condenados al fracaso y traen a Dios deshonra antes que gloria. El esfuerzo humano, aun el que se realiza con el propósito de guardar los mandamientos de Dios o de hacer cumplir sus promesas, es completamente infructuoso e inútil, y también constituye una forma de justicia por obras. Al advertir a los creyentes gálatas en contra de los judaizantes legalistas (quienes enseñan que los cristianos deben conformarse a la ley mosaica tanto como creer en Jesús para ser salvos), Pablo dijo: "Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa" (Gá. 4:21-23).

Ismael ilustra cuál es el producto de los esfuerzos legalistas del hombre, mientras que Isaac ilustra el producto de la provisión que Dios hace en su soberanía y gracia. Pablo recordó a los creyentes gálatas que a causa de su confianza en Jesucristo, eran "como Isaac, hijos de la promesa" (4:28). Se habían convertido en hijos de Dios por obra de su gracia divina, no por las obras realizadas en sus propios esfuerzos humanos.

Así como Dios no estuvo dispuesto a reconocer a Ismael como el hijo de su promesa a Abraham debido a que ese hijo fue concebido por medios naturales, Él no está dispuesto a reconocer como sus hijos espirituales a quienes confían en su propia bondad y en sus propios logros.

Tras mostrar que la salvación viene por fe y no por obras (Ro. 4:1-8) y de la gracia, no de la ley (vv. 9-17), Pablo concluye el capítulo (vv. 18-25) demostrando que la fe también viene por poder divino y no por esfuerzo humano. En este pasaje el apóstol señala tres realidades de la fe salvadora: su análisis (vv. 18-21), su respuesta (v. 22), y su aplicación (vv. 23-25).

EL ANÁLISIS DE LA FE DE ABRAHAM

El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; (4:18-21)

En este pasaje Pablo hace una lista de siete características claves de la fe de Abraham y de toda la fe que es dada por Dios, la única clase de fe que resulta en salvación.

En primer lugar, el apóstol declara acerca de Abraham que **él creyó en esperanza contra esperanza**. Los términos *esperanza* y *fe* están relacionados pero no son lo mismo. En este caso, **esperanza** es el deseo con respecto a algo que puede ser cierto o puede ocurrir, mientras que la fe es la firme confianza de que algo *es* cierto y *va a* ocurrir. El patriarca antiguo tuvo **esperanza** cuando, desde el punto de vista humano no existía en absoluto alguna base o justificación para tal **esperanza**. No obstante, a pesar de la aparente imposibilidad que esperaba, **él creyó** que sucedería como Dios había dicho.

El objeto de la fe de Abraham era Dios, y en particular su promesa en el sentido de que él **llegara a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia**. Cuando el Señor "llevó fuera [a Abraham], y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó [Abraham] a Jehová, y le fue contado por justicia" (Gn. 15:5-6).

En segundo lugar, Pablo declara que Abraham le creyó a Dios **y no se debilitó en la fe**. Debilitarse en la fe es permitir que la duda nuble y destruya en parte la creencia. Abraham había venido confiando en Dios durante 25 años, reconociendo como Pablo acaba de enseñar, que Dios "da vida a los muertos, y llama

las cosas que no son, como si fuesen" (Ro. 4:17). Por todo lo que sabemos, Abraham no había sido testigo hasta ese momento de ningún milagro de Dios. Él nunca había visto a Dios levantar una persona de los muertos o llamar a existencia alguna cosa o persona que no existiera ya. No obstante, él creyó firmemente que el Señor era fácilmente capaz de hacer tales cosas. Comentando al respecto de esa característica de la fe de Abraham, el escritor de Hebreos dijo: "Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía a su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir" (He. 11:17-19).

En tercer lugar, Pablo nos dice que la fe de Abraham evitó que él se desanimara en vista de su propia debilidad natural. Puesto que la fe que Abraham tenía puesta en Dios era fuerte e imperturbable, su propia ignorancia y debilidad no eran obstáculos para su confianza. Por lo tanto, él no vaciló **al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años)**. La capacidad natural de procreación de Abraham ya no estaba presente y él **estaba ya como muerto**, pero ese hecho fisiológico no hizo disminuir su fe. La impotencia natural no era un problema para Abraham, porque su fe estaba puesta en el Dios sobrenatural, el cual le había creado desde un principio.

Muchas generaciones antes del tiempo de Abraham, Noé había demostrado tener una clase similar de fe imperturbable en Dios. Cuando el Señor le mandó a Noé construir un arca, este hombre nunca había visto la lluvia debido a que toda la humedad necesaria en el planeta provenía de un vapor que regaba la tierra como un rocío. A pesar de esto, durante 120 largos años Noé continuó fielmente su construcción del arca, por ninguna otra razón aparte de saber que esa era la voluntad de Dios. En obediencia a Dios, él reunió a los animales siguiendo al pie de la letra las instrucciones exactas del Señor y los introdujo en el arca antes que empezara a llover sobre la tierra, un fenómeno que era desconocido hasta que Dios en su soberanía rompió las fuentes del grande abismo y abrió las cataratas de los cielos (Gn. 2:5-6; 7:11).

"Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca" (He. 11:7). Noé no construyó el arca porque hubiera visto la necesidad de hacerlo, sino únicamente porque esa fue la comisión divina que le fue asignada. Él no solamente construyó el arca debido a su fe en el Señor, sino que mientras la construía también se convirtió en "pregonero de justicia" (2 P. 2:5) para las multitudes incrédulas que le rodeaban, quienes sin duda alguna se burlaban sin interrupción por su proyecto de construcción aparentemente inútil y sin sentido. Esa es la clase de fe inalterable e intrépida que también tuvo Abraham el descendiente de Noé.

En cuarto lugar, Abraham no dudó de la promesa de Dios cuando las circuns-

tancias que le rodeaban parecían hacer imposible su cumplimiento. Cuando Dios repitió la promesa específica de que Isaac les nacería a Abraham y Sara al año siguiente, "Abraham y Sara eran viejos, de edad avanzada; y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres" (Gn. 18:11-14; cp. 17:21). No obstante, **la esterilidad de la matriz de Sara** había dejado de ser un impedimento para la fe de Abraham al igual que la impotencia de su propio cuerpo.

En quinto lugar, Abraham **tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios**. Él no vaciló entre fe y duda como muchos creyentes lo hacen frecuentemente. Cuando desde el punto de vista humano las cosas van por buen camino, es fácil confiar en Dios; pero cuando las cosas parecen imposibles, es todavía más fácil perder la confianza en Él. Sara era una mujer de fe, y "creyó que era fiel [Dios] quien lo había prometido" (He. 11:11); pero antes de que su fe llegara a ese punto de confianza absoluta, dejó escapar su risa cuando alcanzó a escuchar la promesa que el Señor le estaba dando a su esposo (Gn. 18:12).

A partir de las narraciones del Génesis parece que Pablo estuviera equivocado con respecto a la fe imperturbable de Abraham. Cuando "vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande ... respondió Abram: Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer? ... Mira que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa" (Gn. 15:1-3). Abraham admitió abiertamente delante de Dios que no podía entender cómo se podría cumplir la promesa divina de un heredero, mucho menos de una multitud de naciones. El único heredero que él podía ver era su siervo principal, Eliezer, quien habría recibido la herencia de Abraham si no le nacía un hijo por Sara.

No obstante, una fe que lucha no se puede equiparar con la duda, así como la tentación para pecar no es el pecado mismo. El mismo hecho de que Abraham estuviera tratando de entender cómo podría cumplirse la promesa de Dios indica que él estaba *buscando* una vía de cumplimiento aunque no pudiera *ver* la manera de hacerla realidad. Una fe más débil seguramente habría sucumbido ante la duda. La lucha sincera con problemas espirituales proviene de una fe fuerte y temerosa de Dios. Tal fe se niega a dudar y confía en las promesas de Dios incluso cuando no exista una vía de cumplimiento humanamente imaginable. Las pruebas que Dios aplica a la fe de sus hijos están diseñadas para fortalecer su confianza y ellos deberían darle gracias por ellas así parezca muy difícil de hacer en el momento (véase Stg. 1:2-4). Cuando Abraham fue probado por Dios, el resultado fue que **se fortaleció en** fe.

Juan Calvino observó sabiamente que los creyentes "nunca son tan iluminados que no quedan rastros de ignorancia, ni el corazón es tan afirmado que no quedan sentimientos de aprensión". Un cristiano que asevera que entiende toda la verdad de Dios y que avizora el cumplimiento de todas sus promesas no está

demostrando tener gran fe sino una inmensa presunción. La fe piadosa no es entendimiento pleno sino confianza plena, "la convicción de lo que no se ve" (He. 11:1).

En sexto lugar, Pablo dice que la fe de Abraham se caracterizaba porque con ella estaba dando **gloria a Dios**. La fe piadosa glorifica a Dios; Aquel que da fe recibe todo el crédito y en consecuencia, cualquier fe que *no* glorifique a Dios no está puesta en Él ni proviene de Él. La fe en Dios, debido a que afirma su carácter digno de toda confianza, es la manera suprema en que los hombres le glorifican, en tanto que al carecer de fe, cualquier intento de adorar, alabar u honrar a Dios no pasa de ser un chasco sin valor con el que la persona pretende justificarse a sí misma. Juan hace esta sobria declaración: "el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo" (1 Jn. 5:10).

Cuando el rey Nabucodonosor ordenó que Sadrac, Mesac y Abed-nego adoraran la imagen de oro bajo amenaza de muerte, ellos contestaron sosegadamente: "No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado" (Dn. 3:16-18). La preocupación y el interés preponderante de estos tres jóvenes era honrar, obedecer y glorificar a Dios, tal como su antepasado Abraham lo había hecho.

Al navegar a través del Mar Mediterráneo en su camino a Roma, Pablo y sus compañeros de viaje tuvieron que enfrentar una furiosa tempestad que amenazaba con despedazar la embarcación. Incluso después de haber lanzado al agua todo el cargamento y los aparejos, la nave seguía hundiéndose y todos excepto Pablo habían perdido toda esperanza de sobrevivir. Lucas reporta que

> *Pablo, como hacía ya mucho que no comíamos, puesto en pie en medio de ellos, dijo: Habría sido por cierto conveniente, oh varones, haberme oído, y no zarpar de Creta tan sólo para recibir este perjuicio y pérdida. Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave. Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo. Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho. (Hch. 27:21-25).*

Ni siquiera las circunstancias más arriesgadas podían debilitar la confianza de Pablo en su Padre celestial, y es por medio de una confianza así que sus hijos más le glorifican y honran.

En séptimo lugar, Abraham estaba plenamente persuadido de que la prome-

sa de Dios era cierta y que su poder era más que suficiente, ya que estaba **plenamente convencido de que** [Dios] **era también poderoso para hacer todo lo que había prometido**. Esta frase resume el hecho de que su fe en Dios era completa e ilimitada.

LA RESPUESTA A LA FE DE ABRAHAM

por lo cual también su fe le fue contada por justicia. (4:22)

El corazón de todo este pasaje y de hecho el punto focal de todo el capítulo es que en respuesta a la fe de Abraham, Dios en su gracia acreditó la fe de Abraham como justicia. Es la conclusión de todos los argumentos, **por lo cual también su fe le fue contada por justicia**. En su carne pecaminosa, Abraham era totalmente incapaz de alcanzar el estándar de **justicia** perfecta establecido por Dios, pero las buenas nuevas de salvación, "el evangelio de Dios" (Ro. 1:1) consisten en que el Señor tomará la fe que Él mismo ha dado la capacidad de tener a una persona, y contará esa fe como **justicia** divina a favor del pecador creyente.

No es que la fe nos haga merecedores de la salvación sino que la fe es el medio para aceptar la salvación que viene de la mano del Dios de gracia. Por medio de esa aceptación viene la **justicia** que únicamente Dios puede impartir.

LA APLICACIÓN DE LA FE DE ABRAHAM

Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación. (4:23-25)

Lo que es maravilloso en cuanto al hecho de que la fe de Abraham es contada por justicia es que el mismo principio divino se aplica a toda persona que confía en el Hijo de Dios. El Espíritu Santo inspiró esa verdad para que quedara consignada en las Escrituras: **Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada** tal como le fue contada a Abraham.

Ninguna porción de las Escrituras fue dada únicamente para el tiempo en que fue escrita. El salmista declara: "[Dios] estableció testimonio en Jacob, y puso ley en Israel, la cual mandó a nuestros padres que la notificasen a sus hijos; para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, a fin de que pongan en Dios su confianza, y no se olviden de las obras de Dios; que guarden sus mandamientos" (Sal. 78:5-7).

Pablo expresa la misma verdad más adelante en el libro de Romanos: "Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza" (Ro. 15:4).

La historia de Abraham y de su fe es importante para nosotros en la actualidad porque los hombres se salvan ahora exactamente sobre la misma base en que Abraham fue salvado, a saber, confianza en Dios. Incluso la obra del sacrificio de Jesús fue la provisión para el pecado de Abraham, por medio de la cual Dios le salvó. Los hombres hoy día tienen mucha más revelación divina de la que recibió Abraham. A lo largo de su vida y durante muchos siglos después, no existió una Palabra de Dios por escrito, y sin embargo Jesús declaró categóricamente a los líderes judíos incrédulos: "Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó" (Jn. 8:56).

Del lado humano, la frase clave en Romanos 4:24 es **los que creemos en** Él. La fe es la condición necesaria para la salvación. Como lo deja claro el capítulo decimoprimero de Hebreos, las únicas personas que han sido recibidas por Dios son quienes le han recibido por fe.

Si a pesar de haber contado con una revelación limitada, Abraham pudo anticipar al Salvador y creer que Dios podía levantar una persona de los muertos, ¿cuántas razones más no tienen hoy los hombres para creer que el Padre ciertamente **levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro**, "para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn. 3:16)?

Jesús **fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación**. La expresión **entregado** era un término jurídico que hacía referencia a remitir a un criminal para recibir su castigo. Jesucristo **fue entregado** para cumplir la sentencia de muerte que merecen **nuestras transgresiones**, y fue **resucitado** para proveer la **justificación** ante Dios que nosotros nunca podríamos haber alcanzado en nuestros propios méritos o fuerzas.

El gran teólogo del siglo diecinueve Charles Hodge escribió:

> Con un Salvador muerto, un Salvador sobre quien la muerte hubiera triunfado y le hubiese mantenido cautivo, nuestra justificación habría sido para siempre imposible. Así como era necesario que el sumo sacerdote, bajo la antigua economía, no solamente tuviera que sacrificar la víctima en el altar, sino además llevar la sangre al Lugar Santísimo y rociarla sobre el propiciatorio, también era necesario no solamente que nuestro Sumo Sacerdote sufriera en el atrio exterior, sino que pasara al cielo para presentar su justicia ante Dios por nuestra justificación. Por lo tanto en ambos sentidos, como evidencia de la aceptación de su satisfacción a nuestro favor, y como un paso necesario para asegurar la aplicación de los méritos de su sacrificio, la resurrección de Cristo fue absolutamente

esencial para nuestra justificación. (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, 1983, reimpresión], p. 129)

A pesar de sus pretensiones de objetividad científica, el hombre moderno se ha dejado fascinar por lo sobrenatural y el prospecto de la existencia de seres extraterrestres. El misticismo oriental, en muchas formas y diversos grados, ha venido inundando el mundo intelectualmente "ilustrado" como nunca antes en la historia. Muchos hombres y mujeres de gran eminencia no están dispuestos a tomar una decisión importante o iniciar un viaje extenso sin antes consultar sus horóscopos.

Esto demuestra que no es que el hombre moderno, educado y sofisticado esté más allá de la creencia en lo sobrenatural o lo milagroso. Más bien el caso es que, al igual que los hombres incrédulos de todas las épocas, tiene una resistencia inherente contra la obra sobrenatural y milagrosa de Jesucristo. Para que *esa* obra sobrenatural y milagrosa tenga efecto en su vida, una persona debe confesar y renunciar a sus **transgresiones**, lo cual constituye de por sí la máxima ofensa para la naturaleza depravada del hombre; pero únicamente por medio de una confesión y arrepentimiento de esa clase (acciones que siempre acompañan a la fe verdadera), es que una persona puede recibir la **justificación**, el hecho de que se acredite a su cuenta una justicia inmerecida que el sacrificio de Cristo hace posible.

Visite:

www.dcristo.org

(música, películas, prédicas y
más..... Recursos On Line)

La seguridad de salvación 20

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado. Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación. (5:1-11)

Una de las tácticas elementales que Satanás usa en contra de los creyentes es la de hacerles dudar que la salvación es segura para siempre o que es algo real en su caso personal. Quizás por esa razón, Pablo describe que una de las partes imprescindibles en la armadura de un cristiano es "el yelmo de la salvación" (Ef. 6:16; cp. 1 Ts. 5:8), él le es provisto para rodear y proteger su mente en contra de la duda y la inseguridad con respecto a su redención. Esto es algo objetivo y subjetivo al mismo tiempo. En primer lugar, se puede demostrar por el testimonio objetivo de las Escrituras que la salvación está asegurada eternamente para todos los salvados.

El asunto de la seguridad eterna o de "salvo una vez, salvo para siempre" ha sido objeto de acalorados debates a lo largo de toda la historia de la iglesia. Todos están de acuerdo en que la verdad o falsedad de esa doctrina es de inmensa importancia, pero también resulta crucial para el creyente reconocer la evi-

dencia de que él en realidad tiene esa salvación real. Una vez que la seguridad haya quedado establecida como un hecho objetivo con respecto a su salvación, entonces el cristiano debe mantener esa certidumbre en su corazón, a un nivel subjetivo.

Si es cierto, como algunos sostienen, que una persona se salva por fe en Jesucristo pero puede pecar y salirse con la suya por la gracia de Dios, la consecuencia necesaria es que los cristianos deben vivir con incertidumbre continua acerca de su destino espiritual, porque aquello que recibieron sobre la base de la obra de Dios debe mantenerse sobre la base de sus propias obras; la justicia divina que recibieron de Dios como un regalo debe ser mantenida por la justicia que ellos mismos logren alcanzar. Según esa doctrina, la salvación se recibe por fe pero se conserva por obras, es dada por el poder de Dios pero es mantenida por el poder del hombre. Por lo tanto, también se trata de una forma de justicia por obras en la cual se enseña que si la vida de un creyente no está a la altura de los estándares de Dios, esa persona pierde su salvación y queda otra vez perdida en sus pecados. Un día puede estar vivo espiritualmente y al siguiente volver a quedar en la muerte espiritual. Un día puede ser un hijo de Dios y al siguiente estar de vuelta en la familia de Satanás. Es obvio que si no existe una seguridad externa (aspecto objetivo), puede haber razón para temer ya que también falta certeza en el corazón de la persona salva (aspecto subjetivo).

En los capítulos 3 y 4 de Romanos, Pablo establece de forma inequívoca que la salvación se da únicamente sobre la base de la gracia de Dios que obra a través de la fe del hombre. La única parte que el hombre desempeña en llegar a ser salvo consiste en recibir por fe el perdón y la reconciliación gratuitos que provienen de la mano del Dios de gracia. La persona que confía en cualquier otra cosa, incluyendo la obediencia a la ley de Dios mismo, no puede ser salvada. Debe tenerse en cuenta que incluso la mayoría de aquellos que niegan la seguridad concuerdan plenamente en relación a este aspecto de la salvación.

El apóstol ha establecido el hecho de que la fe ha sido *siempre* la única vía que lleva a la salvación. Abraham, el progenitor físico de todos los judíos y su ejemplo supremo de un hombre justo delante de Dios, no alcanzó esa relación mediante sus buenas obras sino a través de su fe únicamente. Citando Génesis 15:6, Pablo declara: "Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia" (Ro. 4:3).

No obstante, esa verdad había perdido su significado mucho tiempo atrás para la mayoría de los judíos en el tiempo de Pablo. Había sido reemplazada por un sistema de justicia por obras basado en una conformidad parcial a la ley del Antiguo Testamento así como en una gran cantidad de tradiciones implementadas por los rabinos. En ese sentido, el judaísmo popular no era diferente a las demás religiones fabricadas por los hombres, todas las cuales se construyen sobre el principio de que el hombre puede agradar y apaciguar a la deidad sobre la base de la bondad y los logros humanos. A causa de la ceguera y el orgullo espiritual

generados por el pecado, el hombre caído siempre ha estado convencido de que se encuentra en perfecta capacidad para sacarse a sí mismo del estanque halando los cordones de sus propios zapatos espirituales. Si cree en Dios para algo, o bien cree que tiene la suficiente bondad intrínseca para agradar a Dios, o que puede hacerse aceptable para Dios mediante sus propios esfuerzos. (Pablo comenta más adelante acerca de esto en 10:1-4).

En Romanos 3–4, los argumentos de Pablo están dirigidos específicamente a los judíos (véase por ejemplo, 3:1, 9, 29; 4:1, 13), y parece probable que ellos sigan siendo sus oyentes primordiales en el capítulo 5. Como hace con frecuencia en esta epístola, el gran apóstol se anticipa a los argumentos típicos que se plantearían en contra de su enseñanza inspirada, muchos de los cuales, sin duda alguna, ya había tenido que confrontar durante su ministerio.

Las preguntas y objeciones que Pablo trata ahora tienen que ver con la manera como se mantiene la salvación. "Si concedemos que una persona es hecha justa delante de Dios únicamente "siendo justificada gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús"" (3:24; cp. 4:24), dirían algunos de los lectores de Pablo, "¿bajo qué condiciones puede conservar su salvación? Si una persona se salva únicamente por medio de su fe, aparte de cualesquiera de las buenas obras que pueda realizar, ¿significa eso que de ahí en adelante puede vivir como le plazca porque su relación justa con Dios está asegurada por la eternidad? ¿O acaso la salvación se preserva con las buenas obras individuales?"

Pablo respondió a la segunda pregunta cuando recusó la falsa acusación de que la doctrina de salvación por gracia a través de la fe alienta a un creyente a pecar. Como reacción frente a la enseñanza del apóstol en el sentido de que "nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios" (3:5), algunos de sus opositores le acusaron de promover el pecado y de enseñar que los cristianos deberían hacer "males para que vengan bienes" (3:8). Ahora él se encarga de impugnar la idea casi opuesta de que, aunque la salvación es recibida por fe, debe preservarse con buenas obras.

Si la preservación de la salvación depende de lo que los creyentes mismos hagan o dejen de hacer, su salvación es únicamente tan segura como su fidelidad, lo cual no suministra seguridad alguna en absoluto. De acuerdo a esa postura, los creyentes deben proteger con su propio poder humano lo que Cristo empezó con su poder divino.

Para contrarrestar esa suposición y la falta absoluta de esperanza que trae como resultado, Pablo reconfortó a la iglesia de Éfeso con estas palabras de certitud: "[Oro pidiendo que el Dios de nuestro Señor Jesucristo alumbre] los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos,

según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales" (Ef. 1:18-20). Como el apóstol señala en ese pasaje, es de gran importancia para los cristianos estar al tanto de la seguridad que *tienen ahora y tendrán para siempre* en Cristo, una seguridad que no depende de sus propios esfuerzos pecaminosos e infructuosos sino de la "supereminente grandeza de su poder para con nosotros" y en "el poder de su fuerza". Esa verdad es la piedra principal sobre la que descansa el sentimiento de certidumbre.

Nuestra esperanza no está puesta en nosotros mismos sino en nuestro gran Dios, quien incluso "si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo" (2 Ti. 2:13). Isaías describió la fidelidad de Dios como el "cinto de sus lomos" (Is. 11:5). David declaró que la fidelidad del Señor "alcanza hasta las nubes" (Sal. 36:5), y Jeremías le alabó con la exclamación, "Grande es tu fidelidad" (Lm. 3:23). El escritor de Hebreos amonesta a los cristianos con las palabras: "Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió" (He. 10:23). Mientras que sigue siendo necesaria la fe continua, el hecho de que seamos capaces de mantenernos firmes está fundamentado en la fidelidad del Señor, no en la nuestra.

Al desarrollar su argumento en el libro de Romanos contra la noción destructiva de que los creyentes deben vivir con incertidumbre acerca del carácter completo y definitivo de su salvación, Pablo presenta seis "eslabones" en la cadena de verdad que une eternamente al creyente verdadero a su Salvador y Señor, completamente aparte de cualquier esfuerzo o mérito por parte del creyente. Esos eslabones son: la paz del creyente con Dios (5:19, su posición en la gracia (v. 2*a*), su esperanza de gloria (vv. 2*b*-5*a*), su posesión de amor divino (vv. 5*b*-8), su certeza de liberación (vv. 9-10), y su gozo en el Señor (v. 11).

LA PAZ DEL CREYENTE CON DIOS

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; (5:1)

El primer eslabón en la cadena irrompible que liga a los creyentes por la eternidad a Cristo es su paz con Dios.

El término **pues** conecta el argumento actual de Pablo con lo que ya ha dicho, especialmente en los capítulos 3 y 4. En esos capítulos el apóstol estableció que nosotros como creyentes hemos sido **justificados por la fe**. Debido a nuestra justificación **por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo**.

El verbo que se traduce **tenemos** se encuentra en el tiempo presente para indicar algo que ya se posee. Muchas de las bendiciones de un creyente están

pendientes para su resurrección y glorificación, pero la **paz para con Dios** queda establecida en el momento en que deposita su confianza en el **Señor Jesucristo**.

La **paz** de la que Pablo está hablando aquí no es subjetiva sino objetiva. No es un sentimiento sino un hecho. Aparte de la salvación por medio de **Jesucristo**, todo ser humano se encuentra en enemistad con Dios y enfrascado en una guerra espiritual contra Él (véase v. 10; cp. 8:7), sin importar cuáles puedan ser sus sentimientos acerca de Dios. De la misma manera, la persona que es justificada por la fe en Cristo se encuentra en **paz** con Dios sin importar cómo pueda sentirse al respecto en un momento dado. A través de su confianza en **Jesucristo**, la guerra de un pecador contra Dios queda terminada por toda la eternidad.

La mayoría de personas no salvas no se consideran a sí mismas enemigos de Dios. Debido a que no tienen sentimientos conscientes de odio hacia Él y no se oponen a su obra o contradicen su Palabra activamente, se consideran a sí mismos, en el peor de los casos, como "neutrales" en cuanto a Dios; pero una neutralidad a este nivel no es factible. La mente de toda persona no salva está en paz únicamente con las cosas de la carne, cuyos designios por definición "son enemistad contra Dios" (Ro. 8:7).

Después que el famoso misionero David Livingstone había pasado varios años entre los zulúes en el sur de África, él fue con su esposa y pequeño hijo a otro lugar para ministrar. Cuando regresó, descubrió que una tribu enemiga había atacado a los zulúes, matado a gran parte de la población y llevado cautivo al hijo del jefe. El jefe zulú no quiso hacer guerra con la otra tribu, pero preguntó al doctor Livingstone: "¿Cómo puedo estar en paz con ellos mientras retengan a mi hijo como prisionero?"

En un comentario sobre esa historia, Donald Grey Barnhouse escribió: "Si esta actitud es tan real en el corazón de un jefe de tribu, ¿cuánto más lo es por parte de Dios el Padre hacia aquellos que pisotean a su Hijo, que tienen por inmunda la sangre del pacto en la cual fueron santificados y que persisten en su afrenta al Espíritu de gracia (He. 10:29)?" (*God's River: Romans 5:1-11* [Grand Rapids: Eerdmans, 1959], p. 26).

No solamente todos los incrédulos son enemigos de Dios sino que Dios también es el enemigo de todos los incrédulos, hasta el punto en que Él está airado contra ellos todos los días (cp. Sal. 7:11) y los condena al infierno eterno. Dios es el enemigo del pecador, y esa enemistad no puede terminar a menos que y solamente hasta que el pecador deposite su confianza en **Jesucristo**. Toda persona que no sea un hijo de Dios es un hijo de Satanás (véase Jn. 8:44), y toda persona que no sea un ciudadano del reino de Dios pertenece al de Satanás. Como Pablo declaró en la introducción de su carta: "la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad" (Ro. 1:18).

Aparte de la confianza personal en Dios, hasta los miembros de su raza escogida de Israel no quedan exentos de la enemistad y la ira divinas. "Mi furor se encenderá, y os mataré a espada", advirtió Dios al Israel antiguo poco tiempo después de haberlos libertado de Egipto (Éx. 22:24). Durante las subsecuentes peregrinaciones en el desierto, el Señor declaró a los israelitas infieles e incrédulos: "Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios; me provocaron a ira con sus ídolos; yo también los moveré a celos con un pueblo que no es pueblo, los provocaré a ira con una nación insensata. Porque fuego se ha encendido en mi ira, y arderá hasta las profundidades del Seol; devorará la tierra y sus frutos, y abrasará los fundamentos de los montes" (Dt. 32:21-22). Poco tiempo después que Israel entró a la tierra prometida, Dios advirtió: "Si traspasareis el pacto de Jehová vuestro Dios que él os ha mandado, yendo y honrando a dioses ajenos, e inclinándoos a ellos, entonces la ira de Jehová se encenderá contra vosotros, y pereceréis prontamente de esta buena tierra que él os ha dado" (Jos. 24:16; cp. 2 R. 22:13; Is. 5:25; 13:9; Nah. 1:2).

A quienes neciamente piensan que Dios es demasiado amoroso como para enviar a cualquier persona al infierno, Pablo declaró: "Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia" (Ef. 5:6).

Una vez escuché decir a un entrenador de fútbol profesional durante un servicio devocional antes de un juego que se realizó para su equipo: "Yo no sé si Dios existe, pero me gusta que tengamos estas reuniones porque si acaso existe quiero estar seguro de que esté de mi lado". Sentimientos de esa clase son expresados con frecuencia por incrédulos que piensan que el Creador y Sustentador del universo puede ser manipulado con zalamerías superficiales para que cumpla sus deseos al pie de la letra. Dios *nunca* se pone al lado de los incrédulos. Él es su enemigo, y su ira contra ellos únicamente puede ser aplacada por la confianza que ellos depositen en la obra expiatoria de su Hijo, Jesucristo.

La verdad es que Cristo en la cruz tomo sobre sí mismo toda la furia de la ira de Dios que la humanidad pecadora merece recibir, y aquellos que confían en Cristo ya no son enemigos de Dios ni se encuentran bajo el ardor de su ira sino que ahora están en paz con Dios.

Pablo aseguró a los creyentes colosenses: "Por cuanto agradó al Padre que en él [Cristo] habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprensibles delante de él" (Col. 1:19-22).

La consecuencia más inmediata de la justificación es la reconciliación, que es el tema de Romanos 5. La reconciliación con Dios trae paz con Dios. Esa paz es

permanente e irrevocable porque Jesucristo, a través de quien los creyentes reciben su reconciliación, sigue "viviendo siempre para interceder por ellos" (He. 7:25). "Porque seré propicio a sus injusticias", dice el Señor a quienes pertenecen a Él, "y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades" (He. 8:12; cp. 10:17). Si alguien tuviera que ser castigado en el futuro por los pecados de los creyentes, tendría que ser Aquel que los tomó sobre sí, Jesucristo; y eso es imposible porque Él ya pagó la deuda por completo.

Cuando una persona se acoge a Jesucristo con fe y arrepentimiento, el Hijo de Dios sin pecado quien obró la satisfacción perfecta por todos nuestros pecados hace que esa persona quede por la eternidad en paz con Dios el Padre. De hecho, Cristo no solamente *trae* paz para el creyente sino que Él mismo "es nuestra paz" (Ef. 2:14). Todo esto apunta a cuán crucial resulta para nosotros entender la naturaleza y el alcance de la obra expiatoria de Jesucristo como la base para nuestra certidumbre.

Aunque la paz de la que Pablo está hablando en este pasaje es la paz objetiva de ser reconciliados con Dios, la percepción consciente de esa verdad objetiva también otorga al creyente una profunda y maravillosa paz subjetiva. Saber que se es hijo de Dios y hermano de Jesucristo es algo que da a todos los cristianos lo que Charles Hodge llamó "la dulce calma del alma" (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, 1974, reimpresión], p. 132).

Sin embargo, el ser conscientes de nuestra paz con Dios por medio de Jesucristo tiene un propósito mucho más grande que el de despertar en nosotros sentimientos de gratitud y dulzura, por maravillosos que éstos sean. Cuando un cristiano está convencido de su seguridad eterna en Cristo, es librado por completo de tener que enfocarse en su altruismo y méritos propios y queda en capacidad de servir al Señor con la confianza absoluta de que nada puede separarle de su Padre celestial. Él puede decir con Pablo: "Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38-39).

La paz que un creyente tiene en el conocimiento de que puede estar seguro en Cristo para siempre no sólo fortalece su fe sino que además fortalece su servicio. El conocimiento de que estamos en paz con Dios por toda la eternidad nos prepara para librar una guerra espiritual efectiva para Cristo y en su poder. Cuando un soldado romano estaba en medio de la batalla, tenía puestas unas botas con tachuelas en la suela para darle agarre firme en los pies mientras luchaba. Puesto que los cristianos tienen "calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz" (Ef. 6:15), cuentan con la confianza para mantenerse en pie y con firmeza para Cristo, sin sufrir los resbalones espirituales y los deslices emocionales que la incertidumbre con respecto a la salvación trae inevitablemente, ¡porque ellos sí saben con certeza que están del lado de Dios!

LA POSICIÓN DEL CREYENTE EN LA GRACIA

por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, (5:2*a*)

Un segundo eslabón en la cadena irrompible que une eternamente a los creyentes a Cristo es la posición que mantienen en la gracia de Dios.

Por quien se refiere por supuesto al Señor Jesucristo (v. 1). Debido a nuestra reconciliación con Dios el Padre mediante nuestra confianza en su Hijo, **también tenemos entrada por la fe a esta gracia**. *Prosagōgē* (**entrada**) se emplea únicamente tres veces en el Nuevo Testamento y en cada caso se aplica al acceso a Dios que los creyentes tienen por medio de Jesucristo (véase también Ef. 2:18; 3:12).

Para los judíos, la idea de tener **entrada** o acceso directo a Dios era impensable, porque nada más que ver el rostro de Dios equivalía a morir. Cuando Dios dio su ley a Israel en Sinaí Él "dijo a Moisés: He aquí, yo vengo a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga mientras yo hablo contigo, también para que te crean para siempre" (Éx. 19:9). Pero después que el pueblo se purificó de acuerdo a las instrucciones del Señor, descendió Jehová sobre el Monte Sinaí, sobre la cumbre del monte; y llamó Jehová a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió. Y Jehová dijo a Moisés: Desciende, ordena al pueblo que no traspase los límites para ver a Jehová, porque caerá multitud de ellos" (vv. 20-21).

Después que el tabernáculo fue construido y más adelante el templo, se fijaron alrededor de ellos límites muy estrictos. Un gentil no podía pasar de los linderos exteriores; las mujeres judías podían ir más allá del límite de los gentiles pero nada más, y de igual modo para los hombres y los sacerdotes regulares. Cada grupo tenía permiso para acercarse cada vez más al Lugar Santísimo donde se manifestaba la presencia gloriosa de Dios, pero ninguno de ellos podía entrar allí. Únicamente el sumo sacerdote podía entrar, y eso que apenas una vez al año durante un tiempo muy breve; el sumo sacerdote mismo podía perder su vida si entraba indignamente. En la vestidura especial que el sumo sacerdote usaba en el día de la expiación se cosían unas campanillas cuyo sonido debía escucharse todo el tiempo, y si se detenía mientras él se encontraba ministrando en el Lugar Santísimo, el pueblo sabía que había sido muerto por Dios (Éx. 28:35).

La muerte de Cristo puso término a todo eso. A través de su sacrificio expiatorio, Él hizo que cualquier persona que pusiera su confianza en ese sacrificio, fuese judío o gentil, pudiera tener acceso a Dios el Padre. El escritor de Hebreos alienta a los creyentes con estas palabras, "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (He. 4:16).

Para que esta verdad quedara ilustrada gráficamente, cuando Jesús fue crucificado "el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo" (Mt. 27:51). Su muerte quitó para siempre de en medio la barrera a la presencia santa de Dios que estaba representada por el velo. En un comentario sobre esa verdad asombrosa, el escritor de Hebreos dice: "Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura" (He. 10:19-22).

Prediciendo la nueva relación que los creyentes tendrían con Dios bajo el nuevo pacto, el profeta Jeremías escribió: "Y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios ... y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí" (Jer. 32:38, 40).

Con base en nuestra **fe** en Él, Jesucristo trae a los creyentes **a esta gracia en la cual estamos firmes**. *Histēmi* (**estamos firmes**) alude aquí a un concepto de permanencia, de algo que se mantiene erguido e inconmovible. Aunque la fe es necesaria para la salvación, es la **gracia** de Dios y no la fe del creyente lo que tiene el poder para salvar y mantener firme en la salvación. Nosotros no somos salvados por la gracia divina y luego preservados por el esfuerzo humano. Eso sería un descrédito para la gracia de Dios porque se podría presumir que lo que Dios comienza en nosotros Él no está en disposición o capacidad de preservar y completar. Pablo declaró sin equívocos a los creyentes filipenses: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6). Haciendo énfasis en esa misma verdad sublime, Judas habla de Cristo como "Aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud. 24). Nosotros no comenzamos por el Espíritu para acabar siendo perfeccionados por la carne (Gá. 3:3).

Los creyentes caerán muchas veces en pecado, pero su pecado no es más poderoso que la gracia de Dios. Se trata de los mismos pecados por los cuales Jesús pagó el castigo pleno. Si ningún pecado que una persona comete antes de la salvación es demasiado grande para ser cubierto por la muerte expiatoria de Cristo, ciertamente ningún pecado que cometa después de la salvación es demasiado grande para ser cubierto. Más adelante en este mismo capítulo el apóstol declara: "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Ro. 5:10). Si un Salvador agonizante pudo traernos a la gracia de Dios, con toda seguridad un Salvador vivo puede mantenernos en su gracia. Todavía más adelante en el capítulo Pablo afirma la verdad de nuevo: "La ley se introdujo para

que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (Ro. 5:20). Estando **firmes** en la **gracia** nos encontramos siempre en la esfera del perdón constante.

El expositor bíblico Arthur Pink escribió en términos gráficos: "Es total y absolutamente imposible que la sentencia del Juez divino llegara a revocarse o revertirse. La Roca de la eternidad sería pulverizada por los rayos de la omnipotencia antes que quienes están protegidos bajo su abrigo sean puestos otra vez bajo condenación" (*The Doctrines of Election and Justification* [Grand Rapids: Baker, 1974], pp. 247-48).

A Timoteo, su amado hijo en la fe, Pablo aseveró con absoluta confianza: "Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (2 Ti. 1:12). Con igual certeza escribió: "¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros" (Ro. 8:31-34).

Si Dios en su soberanía declara a aquellos que creen en su Hijo como justos para siempre, ¿quién puede sobreseer ese veredicto? ¿Qué corte más alta puede rescindir la absolución divina? Por supuesto, no existe una corte más alta ni un juez más supremo. Jesucristo es el juez divino de toda la humanidad, y Él da a sus discípulos verdaderos la inefable y confortante promesa de que "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37).

No es para que los creyentes queden en libertad de pecar que su salvación ha quedado asegurada. El propósito y efecto mismo de la salvación es hacer libres a los hombres *del* pecado, no libertarlos para que lo cometan. Pablo recuerda más adelante a los creyentes romanos que habiendo sido "libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia" (Ro. 6:18). Alguien que profesa ser cristiano y peca de manera persistente y reincidente prueba con ello que no pertenece al Señor. Como el apóstol Juan dijo acerca de ciertos apóstatas en la iglesia primitiva: "salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros" (1 Jn. 2:19). Más adelante en esa epístola Juan escribió: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado ... todo aquel que no hace justicia, ... no es de Dios" (3:9-10). El creyente verdadero empezará, a partir de la salvación y de allí en adelante, un nuevo patrón de justicia en su conducta, el cual brota de su nueva naturaleza que aborrece el pecado y ama a Dios. No será perfecto, pero sus deseos serán diferentes y también lo serán sus patrones de conducta. Ese nuevo desarrollo hacia la santidad es la obra de Dios como veremos en capítulos siguientes.

Las Escrituras incluyen reiteradamente detalles de pecaminosidad, fragilidad y debilidad de los hombres incluyendo a los creyentes, y una persona sensata y honesta puede ver por sí misma esas verdades evidentes. Por lo tanto, el autoengaño es lo único que puede llevar a un cristiano a creer que en su propia debilidad e imperfección puede preservar el inmenso don de la vida espiritual que sólo pudo haber sido adquirido con la sangre preciosa y sin pecado del mismísimo Hijo de Dios.

Que un creyente ponga en duda su seguridad equivale a cuestionar la integridad y el poder de Dios. También significa añadir el mérito de la obra humana a la obra de Dios que ha recibido por gracia sin merecerla. También equivale a añadir la confianza en sí mismo a la confianza en nuestro Señor, puesto que si la salvación puede perderse por cualquier cosa que nosotros hagamos o no podamos hacer, nuestra confianza está depositada en últimas en nosotros mismos y no en Dios.

El ferviente poeta y predicador escocés Horacio Bonar compuso estas bellas líneas en un himno titulado "El cargador del pecado" (*Hymns of Faith and Hope* [Londres: James Nisbett, 1872], pp. 100-102):

Quiero tus lazos oh Cristo, no los míos,
Suéltame de mi cadena,
Y rompe las puertas de mi prisión,
Nunca más estaré tras ellas.

Quiero tu justicia oh Cristo,
Sólo ella puede cubrirme;
Ninguna justicia es efectiva,
Solamente la que es tuya.

Tu justicia y nada más
Puede vestir y embellecer;
Con ella envuelvo mi alma
En ella viviré y moriré

LA ESPERANZA DE GLORIA DEL CREYENTE

y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; (5:*2b*-5*a*)

Un tercer eslabón en la cadena irrompible que liga a los creyentes a Cristo por

la eternidad y les da razón para **gloriarse** es que poseen la **esperanza de la gloria de Dios**. Puesto que se trata de la obra de Dios en todos y cada uno de sus aspectos, es imposible que la salvación se pierda, y la culminación de esa maravillosa obra divina es la glorificación definitiva de cada creyente en Jesucristo. "A los que antes [Dios] conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Ro. 8:29-30).

Como el apóstol ya ha establecido, la salvación está anclada en el *pasado* porque Cristo ha hecho paz con Dios a favor de todos los que confían en Él (5:1). Está anclada en el *presente* porque gracias a la intercesión continua de Cristo (He. 7:25), todo creyente se mantiene firme y seguro en la gracia de Dios (v. 2*a*). A continuación él proclama que la salvación también está anclada en el *futuro*, porque Dios da a cada uno de sus hijos la promesa inmutable de que un día ellos serán revestidos con la gloria de su propio Hijo.

Kauchaomai (**nos gloriamos**) es una expresión que denota júbilo y regocijo. El cristiano no tiene razón alguna para temer el futuro y todas las razones para regocijarse en él, debido a que tiene la **esperanza** asegurada por Dios de que su destino último es participar en la misma **gloria de Dios**. Jesucristo garantiza la esperanza del creyente porque Él mismo *es* nuestra esperanza (1 Ti. 1:1). En su bella oración como sumo sacerdote, Jesús dijo a su Padre celestial: "La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno" (Jn. 17:22). Un creyente no se gana ni merece su gloria futura en el cielo, pero habrá de recibirla de la mano del Dios de gracia, así como recibió la redención cuando confió por primera vez en Cristo y la santificación a partir de ese momento.

Nosotros sabemos "que fuimos rescatados de nuestra vana manera de vivir, la cual recibimos de nuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata", Pedro nos recuerda, "sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios" (1 P. 1:18-21; cp. Col. 3:4; He. 2:10). Y cuando nuestros propios cuerpos mortales y corruptibles sean resucitados un día incorruptibles e inmortales (1 Co. 15:53-54), serán aptos para recibir y desplegar la gloria divina de la Trinidad. "Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:20-21).

El Espíritu Santo mismo también es una garantía de la seguridad del creyen-

te. "En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria" (Ef. 1:13-14).

Como Pablo explica a los creyentes corintios, nuestra glorificación empieza en parte, incluso en nuestra vida terrena presente: "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Co. 3:18).

Debido a que nuestro entendimiento humano es tan imperfecto, resulta imposible para nosotros entender la maravilla y la magnitud de **la gloria de Dios**. No obstante, contamos con la seguridad que nos da el Señor mismo en el sentido de que un día no solamente habremos de contemplar su gloria divina sino que seremos partícipes de ella. La **gloria** de su propia santidad divina y perfección majestuosa resplandecerá en nosotros y a través de nosotros por toda la eternidad. Participaremos de la mismísima gloria de Dios porque hemos sido predestinados para ser "hechos conformes a la imagen de su Hijo" (Ro. 8:29; cp. 1 Co. 2:7). Dios nos ha predestinado de esa manera, explica Pablo más adelante en la epístola: "para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria" (Ro. 9:23). En otras palabras, la gloria de Dios mismo se manifiesta por medio de su gracia, en el hecho de que Él comparta su gloria divina con aquellos que merecen únicamente la destrucción (v. 22).

Aunque su seguridad reposa por entero en la obra consumada de Cristo y el poder sustentador del Espíritu de Cristo, la vida externa de un cristiano dará testimonio de su vida espiritual interna. La obediencia al Señor no es lo que preserva la salvación, pero *sí* constituye una evidencia de ella. Nuestra perseverancia en la fe no es lo que mantiene firme nuestra salvación, pero constituye una prueba externa de que es real. Quienes renuncian a Cristo, bien sea por palabras heréticas o por llevar una vida impía de manera persistente, prueban que nunca pertenecieron a Él en absoluto para empezar (véase 1 Jn. 2:19).

El escritor de Hebreos declara que "Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza". Unos versículos más adelante añade, "Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio" (He. 3:6, 14). Él no está diciendo que nuestra seguridad espiritual descanse en nuestra propia capacidad para retener con firmeza a Cristo sino que nuestra capacidad dada por Dios para retener con firmeza es evidencia de que pertenecemos a Cristo. Es únicamente el hecho de que él nos retiene con firmeza lo que nos capacita para reciprocar y retener con firmeza lo que Él nos dio. Estos son los dos lados de la perseverancia cristiana: desde la perspecti-

va divina, Dios sostiene a los creyentes; desde la perspectiva humana, ellos se aferran a Él gracias a la fortaleza que les provee su Espíritu Santo.

Además de que **nos gloriamos** en nuestra firme esperanza de la gloria de Dios, **también nos gloriamos en las tribulaciones**. Esto es así porque ellas contribuyen a la bendición en el presente y a la gloria definitiva en el futuro. *Thlipsis* (**tribulaciones**) tiene el significado subyacente de encontrarse bajo presión, y se empleaba para aludir a la acción de exprimir olivas en una prensa a fin de extraer el aceite, así como exprimir uvas para extraer el jugo.

Las **tribulaciones** de las que Pablo está hablando no corresponden a los problemas que son comunes a toda la humanidad sino a las dificultades específicas que los cristianos padecen por amor de su Señor. Una de las promesas menos atractivas que la Biblia da a los creyentes es que quienes son fieles pueden estar seguros de que se encuentran bajo opresión de Satanás y del sistema mundano actual que está bajo su control. "Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Ti. 3:12). La última bienaventuranza, que es tan extensa como todas las demás juntas, contiene la promesa de que la persecución trae la bendición de Dios (véase Mt. 5:10-12). Quizás debido a que esa bienaventuranza es tan poco atractiva a nivel humano, se da en dos ocasiones (vv. 10, 11) y va acompañada por la expresión de ánimo: "Gozaos y alegraos", una actitud que se requiere tener cuando viene la persecución (v. 12).

La persecución por causa de Cristo en esta vida es en sí misma un adelanto o garantía de nuestra gloria futura. "Porque esta leve tribulación momentánea", nos asegura Pablo, "produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (2 Co. 4:17). La persecución por causa de Cristo es evidencia de que estamos viviendo a semejanza de Cristo. "El siervo no es mayor que su señor", recordó Jesús a sus discípulos; "Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15:20; cp. Mt. 10:24-25).

"Los que padecen según la voluntad de Dios", dice Pedro, "encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien" (1 P. 4:19). Los cristianos no tienen razón alguna para angustiarse y sentirse desesperanzados en esta vida presente, sin importar cuán grande pueda ser su sufrimiento o cuán deplorable parezca ser su situación desde la perspectiva humana. Nosotros siempre deberíamos estar en capacidad de decir con la confianza sin reservas de Pablo: "Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Ro. 8:18). Como el apóstol continúa revelando, incluso "la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios ... y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (vv. 21, 23).

Los cristianos no deberían solamente regocijarse en las **tribulaciones** porque

esas penalidades son evidencia de una vida fiel que es bienaventurada y recompensada, sino también a causa de los beneficios espirituales que producen. Podemos gloriarnos en ellas **sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza**. Nuestras aflicciones por amor a Cristo producen bendiciones cada vez mayores. No debería entonces parecer extraño, que los hijos de Dios estemos *puestos* para pasar tribulaciones en esta vida (1 Ts. 3:39).

Los versículos 3-5*a* de Romanos 5 constituyen una sinopsis sobre el tema de la madurez y la santificación del cristiano, que al igual que todos los demás aspectos de la salvación, se alcanzan por medio del poder y la gracia de Dios. En su bella despedida al final de su primera carta dirigida a Tesalónica, Pablo dice: "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará" (1 Ts. 5:23-24).

Hupomonē (**paciencia**) también contiene el concepto de resistencia y la capacidad para continuar trabajando a pesar y en medio de fuerte oposición y grandes obstáculos.

La **paciencia** a su vez produce un carácter que ha sido refinado en el fuego de la **prueba**. La palabra griega *dokimē* (**prueba**) se aplica en el presente contexto al carácter del cristiano. El término era empleado para referirse al tanteo de metales preciosos tales como la plata y el oro realizado con el fin de demostrar su pureza. Cuando los cristianos experimentan tribulaciones que exigen paciencia, esa paciencia produce a su vez una **prueba** de su pureza espiritual. Así como el forjador utiliza un calor intenso para derretir la plata y el oro a fin de quitarles las impurezas físicas, también Dios hace uso de las tribulaciones para purificar a sus hijos y librarlos de toda impureza espiritual. "Bienaventurado el varón que soporta la tentación", asegura Santiago a los creyentes; "porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman" (Stg. 1:12).

Tras dar la vuelta completa, por así decirlo, Pablo dice que la esperanza piadosa produce esperanza piadosa. Nuestra "esperanza de la gloria de Dios" (v. 2) se ve aumentada y fortalecida por nuestro Padre celestial mediante el proceso completo de tribulación, paciencia y prueba, cuyo producto final es la **esperanza** que **no avergüenza**. Entre más un creyente persigue la santidad, más se verá perseguido y atribulado y mayor aún será su esperanza al ser sustentado en todo ello por la poderosa gracia de Dios.

LA POSESIÓN DE AMOR DIVINO DEL CREYENTE

porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado. Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su

tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. (5:5*b*-8)

Un cuarto y maravilloso eslabón en la cadena irrompible que une por la eternidad a los creyentes con Cristo es su posesión del divino **amor de Dios** que **ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado**. Cuando una persona recibe salvación a través de Jesucristo, entra a una relación espiritual de amor con Dios que dura por toda la eternidad.

Como el apóstol expresa sin ambigüedades en el versículo 8, **amor de Dios** no se refiere aquí a nuestro amor por Dios sino a su amor por nosotros. La verdad más abrumadora del evangelio es que Dios haya amado a la humanidad pecadora, caída y rebelde a tal punto y "de tal manera ..., que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn. 3:16). Y como el apóstol proclama en el versículo 9 de este capítulo, si Dios nos amó con un amor tan grande antes de que nosotros fuéramos salvos, cuando todavía éramos sus enemigos, ¡cuánto más nos amará ahora que somos sus hijos!

Como si eso no fuera suficiente, Dios llega incluso a impartir gratuitamente su amor en cada uno de nosotros. Para aquellos que aceptan su oferta de salvación, Dios toma de su **amor** indescriptible, inefable e inmerecido y lo derrama **en** los **corazones** de quienes creen, **por el Espíritu Santo que** Él les ha dado a ellos. Al sacar la verdad de la seguridad eterna del área objetiva de la mente, Pablo revela ahora que en Cristo, también nos ha sido dada evidencia subjetiva de salvación permanente, una evidencia que Dios mismo implanta en lo más profundo de nuestro ser y que se manifiesta en que amamos a Aquel que nos amó primero a nosotros (1 Jn. 4:7-10; cp. 1 Co. 16:22).

Derramado quiere decir que es algo vertido pródigamente hasta el punto de desbordarse. Nuestro Padre celestial no ofrece su **amor** en dosis medidas con cuentagotas sino en torrentes inmensurables. El hecho mismo de que Dios dé su **Espíritu Santo** para que more en los creyentes constituye de por sí un maravilloso testimonio de su amor por nosotros, ya que sería muy difícil que entrara a morar en personas a quienes Él no amara, y es únicamente debido al Espíritu que habita en su interior que los hijos de Dios pueden amarle en verdad. Hablando a sus discípulos acerca del Espíritu Santo, Jesús dijo: "de su interior correrán ríos de agua viva" (Jn. 7:38; cp. v. 39). Esos ríos de bendición pueden correr *del interior* de los creyentes gracias a los ríos divinos de bendición que Dios ha **derramado** *en su interior*, incluso la bendición del **amor** divino.

De la misma forma, nuestra seguridad espiritual no radica en nuestra capacidad para vivir piadosamente sino en el poder del **Espíritu Santo** que mora en

nuestro interior y que obra para *hacernos* santos y piadosos. Únicamente Dios puede hacer que los hombres sean piadosos y tengan un carácter semejante al suyo, y el hecho mismo de que el Espíritu nos guíe a la vida piadosa es una de las más grandes evidencias de la salvación. "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios", declara Pablo, "éstos son hijos de Dios" (Ro. 8:14).

El Espíritu Santo produce el anhelo de amar e incluso el deseo genuino de vivir piadosamente. Siempre que aspiramos sinceramente a vivir con rectitud, siempre que tenemos un deseo ferviente de orar, siempre que ansiamos estudiar la Palabra de Dios, siempre que anhelamos adorar al Señor Jesucristo con todos nuestros corazones, sabemos que estamos siendo guiados por el Espíritu Santo. Siempre que experimentamos la abrumadora certidumbre de que Dios ciertamente es nuestro Padre celestial, es "el Espíritu mismo [quien] da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo" (Ro. 8:16-17). El hombre natural no tiene tales deseos y experiencias, y ni siquiera los cristianos los tendrían si no fuera porque el **Espíritu Santo** mora en ellos y los guía.

Puesto que reconocer sus promesas con la mente no trae necesariamente una confianza personal al corazón, Dios hace provisión para animar a sus hijos a nivel emocional, así como para iluminarlos en el plano de la mente. Cuando el Señor ejerce libremente su señorío sobre nuestras vidas, el Espíritu Santo hace brotar su fruto en nosotros y a través de nosotros, siendo la primera manifestación de ese fruto el amor (Gá. 5:22); pero cuando le contristamos con nuestra desobediencia (Ef. 4:30), Él no puede producir lo que se ha propuesto. Por lo tanto, cuando vivimos en desobediencia, no solamente dejaremos de sentir que amamos a Dios sino que tampoco sentiremos su amor por nosotros.

Fue quizás con esa verdad en mente que Pablo oró por los creyentes efesios: "Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Ef. 3:14-19). El Espíritu Santo fortalece al hombre interior y le capacita para "conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento". Por la obra de gracia del Espíritu en nuestro interior, nuestros corazones están en capacidad de experimentar una profundidad de amor que nuestras mentes son incapaces de percibir, "el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento".

Puesto que sabía que sus lectores querrían saber más acerca de la cualidad y el carácter del amor divino que los llenaba, Pablo les recuerda la más grande

manifestación del amor de Dios en toda la historia, quizás en toda la eternidad: **Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.** Mientras que los hombres eran absolutamente **débiles** y totalmente incapaces de acercarse a Dios por sí mismos, Él envió a **Cristo** Jesús, su Hijo unigénito, para que muriera por nosotros, muy a pesar del hecho de que nosotros fuéramos **impíos** y completamente indignos de su amor. Cuando nosotros carecíamos de poder para escapar de nuestro propio pecado, sin poder para escapar de la muerte, sin poder para resistir a Satanás, y sin poder para agradar a Dios en cualquier forma, de manera totalmente asombrosa e inesperada Dios envió a su propio Hijo a morir en nuestro lugar.

El amor humano natural se basa casi de forma invariable en la atracción generada por el objeto amado, y estamos inclinados a amar a la gente que nos ama a nosotros. En consecuencia, tendemos a atribuir a Dios esa misma clase de amor. Creemos que su amor por nosotros depende de lo buenos que somos o de cuánto le amamos a Él; pero como Jesús enseñó, hasta los traidores están inclinados a amar a quienes les aman a ellos (Mt. 5:46). Como el teólogo Charles Hodge observó: "Si [Dios] nos amara porque nosotros le amamos a Él, entonces Él nos amaría siempre y cuando nosotros le amáremos, y con base en esa condición; y en ese caso nuestra salvación dependería de la constancia de nuestros corazones traicioneros. Pero como Dios nos amó siendo pecadores, como Cristo murió por nosotros siendo impíos, nuestra salvación depende, como el apóstol argumenta, no de nuestros afectos, sino de la constancia del amor de Dios" (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, 1974, reimpresión], pp. 136-37).

La demostración suprema del inmenso amor de Dios se da en el hecho de que Cristo muere por **los impíos**, por seres humanos totalmente injustos e indignos de recibir cualquier cosa y de ser amados. Por contraste, Pablo observa que en el campo de los sentimientos humanos **ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno.** Pablo no está haciendo un contraste entre un hombre **justo** y un hombre **bueno**, aquí está usando esos términos como sinónimos. Lo que quiere mostrar es que no es común que una persona sacrifique su propia vida a fin de salvar la vida de alguien que inclusive tenga un carácter sobresaliente. Mucho menos habría personas que estuvieran dispuestas a dar su vida para salvar una persona cuando saben que se trata de un villano perverso. Pero Dios sí estuvo dispuesto a hacerlo, y en ello se fundamentan nuestra seguridad objetiva y nuestra certidumbre subjetiva. Siendo salvos ya, nunca podemos ser tan viles como éramos antes de la salvación, pero Él nos amó totalmente en aquel entonces.

Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Esa clase de amor inmerecido y abnegado está por completo fuera de la comprensión humana, pero ese es el **amor** que el Dios

justo e infinitamente santo tuvo **para con nosotros siendo aún pecadores**. El Dios que aborrece todo pensamiento pecaminoso y todo acto de pecado, pese a ello ama a los **pecadores** que conciben y realizan esas cosas, mientras se encontraban totalmente enmarañados en su pecado y sin esperanza ni deseo de ser librados. Incluso cuando los hombres expresan abiertamente que aborrecen a Dios y no tienen el más mínimo deseo de abandonar su pecado, siguen siendo objetos del **amor** redentor de Dios mientras tengan vida biológica. Únicamente en el momento de la muerte es que un incrédulo deja de ser amado por Dios. Después de eso queda irremediable y eternamente por fuera del alcance del amor de Dios y su destino irrevocable es recibir todo el peso de su ira. En Cristo, nosotros quedamos para siempre ligados a Dios por su amor, demostrado por sus bendiciones y su misericordia.

LA CERTIDUMBRE DE LIBERACIÓN DEL CREYENTE

Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. (5:9-10)

Como si los primeros cuatro no fueran suficientes para dejarnos completamente abrumados de seguridad y certidumbre, hay un quinto eslabón en la cadena irrompible que liga eternamente a los creyentes con Cristo, la cual es la certidumbre con que cuentan en el sentido de que serán librados del juicio de Dios.

La frase **pues mucho más** indica que lo que sigue a continuación es todavía más abrumador y significativo que lo anterior por admirable y prodigioso que sea. **Estando ya justificados en su sangre** se refiere al aspecto inicial de la salvación que para los creyentes está en el pasado. Pablo está diciendo que en vista del hecho de que **ya** hemos sido **justificados**, tenemos la seguridad de que **por él seremos salvos de la ira**, esto es, por medio de Cristo. Debido a que ahora estamos identificados con Cristo y hemos sido adoptados como hijos de Dios a través de Él, ya hemos dejado de ser "hijos de ira" (Ef. 2:3). Como parte de su obra expiatoria, Jesús "nos libra de la ira venidera" (1 Ts. 1:10; cp. 5:9), porque Él en la cruz tomó sobre sí el castigo y sufrió la ira que nosotros merecemos.

El siguiente pensamiento de Pablo se relaciona mucho con el anterior (v. 9) y es el mensaje central de este pasaje: **Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.** Si Dios tuvo el poder y la voluntad para redimirnos desde un principio, ¡cuánto **más** tiene el poder y la voluntad para mantenernos redimidos! En otras palabras, si Dios nos atrajo a Él mismo **por la**

muerte de su Hijo cuando nosotros éramos sus **enemigos**, ¡cuánto **más** ahora que somos sus hijos **reconciliados**, estará Él dispuesto a mantenernos **salvos por** la **vida** de su Hijo! Si el Salvador agonizante nos reconcilió con Dios, es seguro que el Salvador vivo puede y quiere mantenernos reconciliados.

El efecto de esta verdad en la vida de los creyentes es que nuestro Salvador no solamente nos libertó del pecado y su juicio, sino que también nos libra de la incertidumbre y la duda acerca de esa liberación. Si Dios ya ha asegurado nuestro rescate del pecado, la muerte y el juicio futuro, ¿cómo podría estar en peligro nuestra vida espiritual en el presente? ¿Cómo puede un cristiano, cuya salvación pasada y futura han sido aseguradas por Dios, estar inseguro durante el tiempo que queda entre ambas? Si el pecado no fue una barrera al comienzo de nuestra redención, ¿cómo puede convertirse en una barrera para su culminación? Si el pecado en el grado máximo no pudo evitar que llegáramos a ser reconciliados, ¿cómo es posible que el pecado en menor grado evite que permanezcamos reconciliados? Si la gracia de Dios cubre los pecados hasta de sus enemigos, ¿cuánto más cubrirá los pecados de sus hijos?

Pablo razona aquí yendo de lo mayor a lo menor. Para Dios es una obra mayor traer pecadores a la gracia que traer santos a la gloria, porque el pecado está más lejos de la gracia en comparación a la distancia que separa la gracia de la gloria.

Todas las bendiciones que un cristiano tiene provienen de Cristo. Mediante Él tenemos paz con Dios (Ro. 5:1), gracia y la esperanza de gloria (v. 2), paciencia, prueba y esperanza (vv. 3-4), el amor de Dios derramado en nuestros corazones por su Espíritu, quien nos ha sido dado por el Señor mismo (v. 5), liberación del pecado por su muerte expiatoria (vv. 6-8), protección de la ira de Dios (v. 9), reconciliación con Dios el Padre (v. 19*a*), y preservación durante esta vida presente (v. 10*b*).

EL GOZO DEL CREYENTE EN DIOS

Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación. (5:11)

El sexto y último eslabón en la cadena irrompible que sujeta los creyentes a Cristo por la eternidad es su gozo, el hecho de que pueden gloriarse en Dios en gran manera. Puede ser que esta no sea la evidencia más importante o más profunda de nuestra seguridad en Cristo, pero quizás es la más hermosa, y aunque esta evidencia divina es subjetiva, no por eso es menos real. ¿Por qué razón **nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo**, quien nos dio acceso a Él? Porque Jesucristo es Aquel **por quien hemos recibido ahora la reconciliación**. Él nos la entregó como un regalo.

El gozo abundante que **Dios** da a sus hijos por medio del **Señor Jesucristo** incluye el gozo que está lleno de gratitud por su salvación, así como el gozo que se desborda simplemente en torno a Dios mismo y su carácter.

Seguramente una de las razones por las que David fue un hombre conforme al corazón de Dios es que él se regocijaba en el Señor a causa del Señor mismo. "Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre" (Sal. 34:3). Otros salmistas hicieron eco de ese mismo gozo. Uno escribió: "En él se alegrará nuestro corazón, porque en su santo nombre hemos confiado" (Sal. 33:21), y otro, "Entraré al altar de Dios, al Dios de mi alegría y de mi gozo; y te alabaré con arpa, oh Dios, Dios mío" (Sal. 43:4).

Quizás en ninguna parte fuera de las Escrituras se ha expresado más bellamente este nivel más profundo de gozo cristiano que en las siguientes estrofas del espléndido himno de Charles Wesley: "Oh, que mil lenguas cantaran".

> Oh, que mil lenguas cantaran
> Las alabanzas a mi gran Redentor,
> Las glorias de mi Dios y Rey,
> ¡Los triunfos de su gracia!
>
> Escuchad sordos y mudos su alabanza,
> Usad vuestras lenguas destrabadas;
> Y vosotros ciegos, contemplad la venida del Salvador;
> ¡Y tú cojo, salta de regocijo!

Siempre que estos seis eslabones mantengan al creyente aferrado al Señor, hay verdadera salvación eterna así como todas las razones para tener plena seguridad y certidumbre de ella.

Visite:

www.tronodegracia.com

(Libros, Diccionarios, Comentarios, etc)

Adán y el reino de la muerte

21

Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir. (5:12-14)

Muchas personas consideran Romanos 5:12-21, pasaje del cual el texto correspondiente a este capítulo es la introducción, como el pasaje más difícil en la epístola. Con la primera lectura parece complejo y enigmático, y en cierto sentido lo es. Como se discutirá más adelante, en lo que a comprensión humana completa se refiere, las verdades de este pasaje están fuera de alcance; pero por otro lado, las verdades mismas son prodigiosamente sencillas y claras cuando se aceptan con fe humilde como Palabra de Dios. Así como es posible aceptar y vivir de acuerdo con la ley de gravedad sin tener que entenderla por completo, también resulta posible para los creyentes aceptar y vivir conforme a la verdad de Dios sin entenderla por completo.

Los versículos 12-14 sientan las bases para el resto del capítulo apuntando a la verdad patente de que la muerte es universal para la raza humana. En estos tres versículos Pablo se enfoca en Adán y el reino de la muerte que fue engendrado por su pecado. En el resto del capítulo (vv. 15-21) el apóstol se concentra en Cristo y el reino de la vida.

Como el apóstol aclara más adelante en la carta, la destrucción ocasionada por el pecado afecta a *toda* la creación (véase Ro. 8:19-22); pero su enfoque actual está en la destrucción universal de la vida humana que el pecado trajo sobre el mundo, la muerte de aquellos a quienes Dios creó a su propia imagen y semejanza.

Ninguna verdad es más evidente por sí misma que el carácter inevitable de la

muerte. La tierra está llena de tumbas, y el testimonio más irrefutable de la historia es que todos los hombres, sin importar su riqueza, posición social o logros, están sujetos a la muerte. Desde la Creación, toda persona ha muerto a excepción de dos hombres de Dios, Enoc y Elías. Si no fuera por el arrebatamiento, cuando Cristo venga por su iglesia, todos los hombres seguirían muriendo.

La dolorosa realidad de la muerte toca a la humanidad sin interrupción y sin excepción. Según un proverbio oriental: "El camello negro de la muerte se arrodilla una vez ante cada puerta y cada mortal debe montarse sobre él para no regresar nunca jamás". El término mismo *mortal* significa "sujeto a la muerte".

El poeta del siglo dieciocho Thomas Gray escribió estas sobrecogedoras líneas en su *Elegía en un cementerio campestre*:

> El alarde con las armas y la pompa del poder,
> Todo cuanto la belleza y la riqueza pudieron conceder,
> Aguardan por igual la hora inevitable
> En que los senderos gloriosos a la tumba los han de traer.

En *El rey Ricardo II* de Shakespeare, el rey observa sabiamente (III.II.195):

> Dentro de la corona rimbombante
> Que rodea las sienes mortales de un rey,
> La muerte instala su corte y se sienta socarrona,
> Se burla de su condición y se ríe de su pompa,
> Le concede un suspiro y protagonizar una escena,
> Ser monarca y ser temido, aun matar con un atisbo,
> Le imbuye de egoísmo y él se fía en la arrogancia
> Como si esta carne que atrinchera nuestra vida
> Tuviese un blindaje impenetrable de jactancia;
> Siendo así amenizada llega al fin de la jornada,
> y con un diminuto alfiler traspasa la muralla de su castillo,
> ¡que te vaya bien, oh rey temido!

El poeta del siglo diecisiete James Shirley escribió en *La rivalidad de Áyax y Ulises:*

> Las glorias de nuestra estirpe y nuestro estado
> Son sombras, no cosas substanciales;
> No hay armadura que proteja del destino;
> La muerte reposa sus gélidas manos sobre reyes:
> Cetro y corona
> Deben sucumbir,

Y en el polvo no serán más que iguales
A la guadaña del pobre y la pala de todos los mortales.

En vista de la universalidad de la mortalidad, la mente humana se ve asaltada por muchas preguntas, "¿Por qué impera la muerte en el mundo? ¿Por qué todos deben morir, bien sea al final de una larga vida o apenas a su comienzo? ¿Cómo llegó la muerte a convertirse en un triunfador invicto e invencible sobre la humanidad?"

Pablo da la respuesta a esas preguntas en el texto correspondiente a este capítulo, y aunque las verdades básicas que presenta son bastante sencillas en sí mismas, su argumento en defensa de ellas no lo es. Su razonamiento expresado por inspiración divina zambulle al lector a profundidades donde hay misterios que nunca entenderemos a plenitud hasta que un día veamos a nuestro Señor cara a cara. El propósito primordial de este pasaje, sin embargo, no consiste en explicar por qué mueren todas las personas. Pablo introduce el tema de la muerte solamente para establecer el principio de que las acciones de una persona pueden afectar de manera inexorable a muchas otras personas. El objetivo principal de Pablo en este capítulo es mostrar cómo la muerte de un Hombre proveyó salvación para muchos, y para hacer esto el apóstol muestra primero el carácter razonable de esa verdad dado que el pecado de un hombre produjo condenación para muchos.

La analogía de Pablo entre Adán y Cristo sirve para aclarar varias verdades acerca del plan de redención de Dios, pero de ningún modo aclara todos los aspectos de esa maravillosa provisión. No es que las verdades de Dios sean inexplicables, sino que las explicaciones de muchas de ellas están más allá de la comprensión humana. Nuestra responsabilidad consiste en aceptar con fe tanto lo que es claro como lo que no nos resulta obvio, lo que es comprensible para nosotros y lo que sigue siendo un misterio.

Tras describir el pecado y la pavorosa perdición de toda la humanidad (1:18–3:20), Pablo ha revelado cómo Cristo, con su muerte justificadora en la cruz, proveyó el camino de salvación para todo aquel que se acerca a Dios mediante la fe (3:21–5:11). La pregunta inevitable que surge es: "¿Cómo es posible que lo realizado por un hombre en cierto momento de la historia haya tenido un efecto tan absoluto sobre la humanidad?"

La analogía de Adán y Cristo se establece por vía de antítesis, es una analogía de opuestos. Debido al pecado de Adán, todos los hombres están condenados; debido a la obediencia de Cristo, muchos son perdonados. Adán es por ende análogo frente a Cristo, únicamente en relación al principio común de que lo hecho por un solo hombre afectó a muchos otros hombres.

El argumento de Pablo en los versículos 12-14 se compone de cuatro elementos o fases lógicas: el pecado entró al mundo por medio de un hombre (v. 12*a*);

la muerte entró al mundo por medio del pecado (v. 12*b*); la muerte se propagó a todos los hombres porque todos pecaron (v. 12*c*); y la historia comprueba que la muerte reina sobre todos los hombres (vv. 13-14).

EL PECADO ENTRÓ AL MUNDO POR UN HOMBRE

Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, (5:12*a*)

Por tanto cumple la función de conectar lo que sigue con lo que acaba de ser declarado, a saber, que como creyentes hemos sido reconciliados con Dios por el sacrificio de su Hijo Jesucristo (vv. 8-11). Ahora Pablo da comienzo a la analogía entre Cristo y Adán, en la que el principio común es que en cada caso se generó un efecto de gran alcance sobre toda la humanidad **por un hombre**.

En el caso de Adán, fue que **el pecado entró en el mundo por un hombre**. Es importante notar que Pablo no está diciendo que el pecado se originó con Adán sino solamente que el pecado **en el mundo**, es decir, en el campo de la experiencia humana, empezó con Adán. El pecado tuvo su origen con Satanás, quien "peca desde el principio" (1 Jn. 3:8). Juan no especifica cuándo tuvo lugar ese principio, pero es obvio que ocurrió antes de la creación de Adán y Eva, porque ellos fueron tentados por Satanás.

Después de haber puesto a Adán en el huerto del Edén, "mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:15-17). Adán solamente recibió una sencilla prohibición de parte de Dios, pero las consecuencias acarreadas por la desobediencia a esa prohibición eran severas.

Después que Eva fue creada de Adán y unida a él en el huerto como su esposa y ayuda idónea, Satanás la tentó para que dudara y desobedeciera el mandato de Dios. Ella a su vez, indujo a su esposo a desobedecer, y los dos pecaron por igual; pero aunque Eva desobedeció primero, la responsabilidad principal por el pecado recayó en Adán, primero que todo porque fue a él que Dios había dado el mandamiento directamente, y segundo porque él era la cabeza en su relación con Eva y debió haber insistido en su obediencia mutua a Dios en lugar de permitir que ella le condujera a la desobediencia.

Ese mandato único era el único punto concreto de sumisión a Dios que le fue requerido a Adán. A excepción de esa simple restricción, a Adán le fue dada la autoridad para sojuzgar y regir sobre toda la tierra (Gn. 1:26-30), pero cuando Adán desobedeció a Dios, el pecado entró en su vida y generó un cambio sustancial en su naturaleza, la cual pasó de inocencia a pecaminosidad, una pecaminosidad innata que habría de transmitirse a todos y cada uno de sus descendientes.

El argumento de Pablo empieza con la aserción de que por medio de Adán, **el pecado entró en el mundo**. Él no está hablando de pecados en plural sino de **el pecado** como tal. En este sentido, **pecado** no representa un acto de injusticia en particular sino más bien la propensión inherente a la injusticia. No se trataba de los muchos otros actos pecaminosos que Adán llegó a cometer durante su vida, sino la *naturaleza* de **pecado** que yacía en su interior y que él llegó a poseer a causa de su primera desobediencia, lo que él transmitió a su posteridad. Así como Adán traspasó su naturaleza física a toda su posteridad, también les hizo un traspaso de su naturaleza espiritual, que de allí en adelante se caracterizó y fue dominada por **el pecado**.

Dios hizo a los hombres como una raza procreadora, y por medio de la procreación transmiten a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, su propia naturaleza física, psicológica y espiritual.

John Donne escribió estas conocidas líneas en su *Meditación XVII:*

> Ningún hombre es una isla, completo en sí mismo; todo hombre es un pedazo del Continente, una parte del todo; si un pedazo de tierra es arrancado y llevado lejos por el mar, Europa se ve reducida a un promontorio, como si se perdiera el feudo de unos amigos tuyos o el tuyo propio; la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque yo estoy involucrado en la raza humana; por lo tanto, nunca mandes a preguntar por quién doblan las campanas; doblan por ti.

La humanidad es una sola entidad que genera una solidaridad intrínseca establecida por orden divina. Adán representa a toda la raza humana que descendió de él, sin importar toda la cantidad de grupos en que esté dividida. Por lo tanto, cuando Adán pecó, toda la humanidad pecó, y puesto que su primer pecado transformó su naturaleza interna, esa naturaleza ya pervertida también fue transmitida a su posteridad. Debido a que él quedó contaminado espiritualmente, todos sus descendientes quedarían contaminados de igual manera. De hecho, esa contaminación se ha venido acumulando y acentuando a lo largo de todas las épocas de la historia humana. En lugar de evolucionar, como insisten los humanistas, el hombre ha manifestado un movimiento retrógrada en el cual se degenera con una pecaminosidad cada vez mayor.

Los judíos de la antigüedad entendían bien el concepto de identidad colectiva. Ellos nunca pensaban acerca de sí mismos como personalidades aisladas o como una masa de individuos separados que por pura coincidencia tenían la misma sangre que sus familiares y hermanos judíos. Ellos también veían a todas las demás razas de igual forma. Cualquier cananeo o edomita o egipcio estaba conectado de manera indisoluble con todos los demás miembros de su raza. Lo que uno de ellos hiciera afectaba a todos los demás, y lo que hicieran los demás

le afectaba a él, de una manera que es difícil de comprender para el hombre moderno y orientado hacia el individualismo.

Era sobre esa base que Dios con frecuencia castigaba o bendecía a toda una tribu, ciudad o nación, a causa de lo que unos pocos, o hasta uno solo de sus miembros hiciera. Fue a la luz de ese principio que Abraham pidió al Señor que indultara a todos los habitantes de Sodoma si tan sólo se encontraran unas cuantas personas justas en ese lugar (Gn. 18:22-33). Fue también con base en ese principio que Dios hizo responsable a todo Israel y llegó a destruir a toda la familia de Acán con él a causa de la desobediencia de ese hombre quien se apropió de parte del botín en Jericó (véase Jos. 7:1-26).

El escritor de Hebreos sabía que sus lectores judíos entenderían su afirmación acerca de los diezmos que Leví pagó a Melquisedec. "Sin discusión alguna", declaró, "el menor es bendecido por el mayor. Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive. Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también de Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro" (He. 7:7-10; cp. vv. 1-3; Gn. 14:18-20). En otras palabras, aunque Melquisedec vivió muchos años antes que naciera Leví, el padre de la tribu de sacerdotes, al lado de todos los demás descendientes de Abraham, Leví al estar en forma de semilla en los lomos de Abraham, participó en el pago del diezmo dado al rey antiguo.

De la misma forma, aunque teniendo consecuencias enormemente mayores, el pecado de Adán fue pasado a todos sus descendientes. Cuando él pecó en el huerto del Edén, pecó no solamente como *un* hombre, sino como *hombre*. Cuando él y su esposa, quienes eran una sola carne (Gn. 2:24), pecaron contra Dios, todos sus descendientes, esto es, la raza humana entera que se encontraba en forma incipiente en sus lomos, estaba participando de ese pecado y la alienación de Dios y sujeción a la muerte que trajo como consecuencia. "En Adán todos mueren", explicó Pablo a los corintios (1 Co. 15:22). En lo que a la culpa se refiere, todo ser humano se encontraba presente en el huerto con Adán y tiene su parte en el pecado que él cometió allí.

El hecho de que Adán y Eva no solamente fueran personajes históricos concretos sino los seres humanos originarios a partir de los cuales descendieron todos los demás, es absolutamente crítico para el argumento de Pablo aquí y también resulta decisivo para la eficacia del evangelio de Jesucristo. Si un Adán histórico no representó a toda la humanidad en pecaminosidad, un Cristo histórico no pudo haber representado a toda la humanidad en justicia. Si todos los hombres no cayeron con el primer Adán, es imposible que todos los hombres puedan salvarse por Cristo, el segundo y postrer Adán (véase 1 Co. 15:20-22, 45).

LA MUERTE ENTRÓ AL MUNDO POR EL PECADO

y por el pecado la muerte, (5:12*b*)

El segundo elemento en el argumento de Pablo es que debido a que el pecado entró al mundo por medio de un hombre, así también **la muerte**, la consecuencia del pecado, entró al mundo **por el pecado** de ese solo hombre.

Dios no creó a Adán como un ser mortal, es decir, sujeto a la muerte; pero Él advirtió de manera explícita a Adán que su desobediencia al comer el fruto del conocimiento del bien y del mal sí le sujetaría a muerte (Gn. 2:17). Contrario a la mentira de Satanás (3:4), ese fue ciertamente el destino que Adán tuvo que afrontar y padecer por su desobediencia. Aun antes que existiera el pecado humano, Dios había establecido que su paga habría de ser la muerte (Ro. 6:23; cp. Ez. 18:4). La muerte es el fruto inexorable del veneno que entró al corazón de Adán y al corazón de todos y cada uno de sus descendientes.

Hasta los recién nacidos pueden morir, no a causa de haber cometido pecados sino porque tienen una naturaleza de pecado cuya consecuencia última es la muerte. Un ser humano no se convierte en pecador cometiendo pecados, sino que más bien comete pecados porque es un pecador por naturaleza. Una persona no se convierte en mentirosa al decir una mentira; dice una mentira porque su corazón ya está lleno de engaño. Una persona no llega a convertirse en un homicida cuando mata a alguien; mata porque su corazón ya es homicida. "Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias" (Mt. 15:19).

El pecado trae varias clases de **muerte** a los hombres. La muerte es separación, y la primera muerte de Adán fue su separación *espiritual* de Dios, la cual Adán experimentó inmediatamente después de su desobediencia.

"[Vosotros] estabais muertos en vuestros delitos y pecados", recordó Pablo a los creyentes efesios, "en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia" (Ef. 2:1-2). Los no salvos tienen "el entendimiento entenebrecido, [son] ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón" (Ef. 4:18). Los no regenerados están vivos para el mundo, pero están muertos para Dios y para las cosas de Dios.

Una segunda y obvia clase de muerte que el pecado trae consigo es la *física*, aquella separación definitiva de nuestros semejantes. Aunque Adán no perdió de inmediato su vida física, quedó sujeto a la muerte física desde el mismo momento en que pecó.

Una tercera clase de muerte que trae el pecado es la **eterna**, una extensión infinitamente mayor de la primera. En las Escrituras se hace referencia a ella

como la segunda muerte (Ap. 21:8), y esta muerte no solamente trae separación eterna de Dios sino también tormento eterno en el infierno.

El incrédulo tiene razón para temer todas esas tres clases de muerte. La muerte espiritual impide su felicidad terrenal; la muerte física acaba con toda oportunidad para obtener la salvación; y la muerte eterna traerá un castigo perpetuo. Por otro lado, los creyentes no deben temer ninguna clase de muerte. Ellos han sido salvados de manera permanente por Cristo de la muerte espiritual y eterna, y su muerte física (o el arrebatamiento) les dará entrada a su presencia divina. Para los creyentes, Cristo ha quitado por completo el temor de la muerte (He. 2:14, 15).

LA MUERTE PASÓ A TODOS LOS HOMBRES PORQUE TODOS PECARON

así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. (5:12*c*)

Un tercer elemento en el argumento de Pablo es que la **muerte** fue transmitida **a todos los hombres**, sin excepción alguna. Ningún ser humano ha escapado jamás de la muerte. Enoc y Elías, quienes escaparon de la muerte física y eterna, de todas maneras estaban muertos espiritualmente antes de que depositaran su confianza en el Señor. Hasta Jesús murió, no a causa de su propio pecado sino por el pecado del mundo entero que Él tomó sobre sí mismo de forma vicaria, y cuando él tomó el pecado sobre sí, también recibió el castigo pleno debido al pecado.

Pecaron es la traducción de un tiempo verbal en griego llamado aoristo, con el cual se indica que en cierto punto en el tiempo **todos** los hombres **pecaron**. Por supuesto, se trató del momento en que Adán pecó por primera vez. Su pecado se convirtió en el pecado de la humanidad, porque **todos los hombres** se encontraban en sus lomos.

Los hombres han aprendido a identificar ciertas características físicas y mentales en los genes humanos, pero nunca descubriremos una manera de identificar la depravación humana que ha sido transmitida de generación a generación a lo largo de la historia humana. Sabemos acerca de ese legado únicamente a través de la revelación contenida en la Palabra de Dios.

Pablo está tratando que su explicación permita que sus lectores ahora puedan entender todas las cosas, y ni siquiera él mismo puede afirmar que haya comprendido plenamente el significado de lo que el Señor le reveló a él y a través de él. Él declaró simplemente que el pecado de Adán fue transmitido a **todos** los que constituyen su posteridad porque esa verdad le fue revelada por Dios mismo.

La depravación natural humana no es el resultado sino la causa de los actos

pecaminosos del hombre. A un infante no se le tiene que enseñar a desobedecer o ser egoísta porque nace con esas tendencias. A un niño pequeño no hay que enseñarle a mentir o a robar. Esas son cosas naturales para su naturaleza caída, y él las expresará en el curso de su vida a menos que se le impida hacerlo.

"He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Sal. 51:5). Esa condición no fue única y exclusiva para David, y en otro salmo él testificó que "se apartaron los impíos desde la matriz" (Sal. 58:3). Jeremías declaró que "engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?" (Jer. 17:9). Elifaz preguntó retóricamente a Job: "¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer?" (Job 15:14).

Toda persona que no ha nacido de nuevo espiritualmente a través de Cristo (Jn. 3:3) es un hijo del diablo. Jesús dijo a los líderes judíos incrédulos: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira" (Jn. 8:44).

Como ya se indicó, aunque Eva desobedeció primero el mandato de Dios, Adán fue quien tuvo que rendir cuentas primero por su desobediencia, porque "Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión" (1 Ti. 2:14). Adán no tenía excusa en absoluto. Al no ser engañado sino plenamente consciente de lo que estaba haciendo, desobedeció a Dios de forma deliberada.

Algunos se oponen a la idea de que hayan pecado en Adán, arguyendo que no solamente no estuvieron allí cuando sucedió sino que ni siquiera existían cuando él pecó. No obstante, en ese mismo orden de ideas, nosotros no estuvimos físicamente en la crucifixión cuando Cristo murió, pero como creyentes aceptamos de buena voluntad la verdad de que, por la fe, nosotros morimos con Él. Nosotros no entramos literalmente a la tumba con Cristo ni fuimos resucitados con Él literalmente, pero por fe sabemos que hemos sido sepultados y resucitados con Él. Si no fuera cierto el principio de que **todos pecaron** en Adán, sería imposible afirmar que todos pueden ser hechos justos en Cristo. Esa es la verdad que Pablo hace explícita más adelante en su carta (5:15-19) y en su primera carta a los corintios: "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Co. 15:22).

Otros contienden que no es justo nacer siendo culpables del pecado de Adán. "Nosotros nunca pedimos nacer", argumentan, "al igual que nuestros padres o sus padres y abuelos antes de ellos"; pero tampoco fue "justo" que el Hijo de Dios absolutamente libre de pecado sufriera el castigo del pecado a favor de toda la humanidad. Si Dios se limitara a hacer lo que es justo, Adán y Eva habrían sido destruidos inmediatamente por su desobediencia, y ese habría sido el final de la

raza humana. Es únicamente debido a que Dios es perdonador y lleno de gracia, no solamente justo, que los hombres pueden ser salvos. La magnitud de la analogía de Pablo es totalmente abrumadora para nuestras mentes y su significado no puede ser comprendido plenamente sino tan sólo ser aceptado por fe.

Habacuc tuvo gran dificultad para entender al Señor. Al principio no podía entender por qué Dios no traía avivamiento a Israel su pueblo escogido. Exclamaba: "¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás?" (Hab. 1:2). Todavía menos podía entender por qué Dios estaba dispuesto a castigar a su propio pueblo por mano de los caldeos, quienes eran paganos y muchísimo más perversos que los israelitas. "Muy limpio eres de ojos para ver el mal", trató de recordarle el profeta al Señor, "ni puedes ver el agravio; ¿por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él?" (1:13).

Finalmente, dándose cuenta de que los caminos del Señor siempre están más allá de la comprensión humana, Habacuc testifica: "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento. Y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, el cual hace mis pies como de ciervas, y en mis alturas me hace andar" (3:17-19).

Habacuc aprendió que cuando no podemos entender los caminos del Señor, debemos evitar las arenas movedizas de la razón humana y mantenernos firmes con fe sobre la roca inconmovible del carácter justo de Dios.

Sin embargo, considerar el caso de los ángeles puede ser de ayuda para entender algo del propósito de Dios al ofrecer salvación a la humanidad caída. A diferencia del hombre, ellos no fueron creados a imagen y semejanza de Dios o como seres con capacidad de procrearse (Mt. 22:30), y cuando algunos de ellos cayeron con Lucifer (Ap. 12:7-9), lo hicieron de manera individual y fueron condenados al infierno de inmediato y para siempre, sin contar con oportunidad alguna de redención.

Dios creó a los ángeles para servirle y darle gloria. Puesto que fueron creados santos, podían entender plenamente cosas tales como la santidad, la justicia y la majestad de Dios; pero no tenían comprensión alguna de su gracia, su misericordia, su compasión o su perdón, porque esas características tienen sentido únicamente allí donde exista el sentimiento de culpabilidad por el pecado. Quizás es por esa razón que los ángeles santos anhelan mirar dentro del evangelio de salvación (1 P. 1:12). Incluso resulta imposible para los santos ángeles rendir a Dios plena alabanza, porque ellos no pueden comprender plenamente su grandeza.

No obstante, por sus propias razones divinas, Dios creó al hombre como un ser capaz de procrearse, y cuando Adán cayó trayendo así condenación para sí mismo y la condenación para todos sus descendientes, Dios en su misericordia

proveyó un camino de salvación a fin de que quienes habrían de experimentar su gracia tuvieran entonces motivos para alabarle por ello. Pablo declara que es por medio de santos redimidos, seres humanos salvados, "que la multiforme sabiduría de Dios [es] ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales", lo cual hace referencia a sus ángeles en el cielo (Ef. 3:10).

Puesto que el propósito de la creación es glorificar a Dios, es apropiado que Dios quiera llenar el cielo con criaturas que han recibido su gracia y su misericordia, y que han sido restauradas a su semejanza divina para darle eterna alabanza.

LA HISTORIA PRUEBA QUE LA MUERTE IMPERA SOBRE TODOS LOS HOMBRES

Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir. (5:13-14)

Un cuarto elemento en el argumento de Pablo es que la historia verifica que la muerte es una realidad universal.

El apóstol señala que antes de que Dios diera **la ley** en el Monte Sinaí, el **pecado** ya estaba **en el mundo**; sin embargo, el fracaso del hombre en cumplir los estándares **de la ley, no se inculpa** ni se tiene en cuenta contra los hombres porque ellos vivieron durante un período en el cual **no** había **ley**. **No obstante,** puesto que **reinó la muerte desde Adán hasta Moisés**, esto es, la muerte fue universal a pesar de que no había ley, es obvio que los hombres seguían siendo pecadores. No fue debido a los *actos pecaminosos* de los hombres como transgresiones de la ley mosaica, con la cual no contaban todavía, sino debido a su *naturaleza pecadora*, que todos los hombres **desde Adán hasta Moisés** estuvieron sujetos a la muerte.

Como Adán y Eva fueron expulsados del huerto del Edén después de haber pecado, no tuvieron oportunidad de desobedecer de nuevo la única prohibición de Dios. Ya no tenían acceso al árbol de la ciencia del bien y del mal, así como ninguno de sus descendientes jamás lo ha tenido. En consecuencia, ha sido imposible que cualquier ser humano, bien sea antes o después de Moisés, haya pecado **a la manera de la transgresión de Adán**.

No obstante, en lo concerniente al principio de solidaridad humana, Adán fue un tipo o **figura** de Jesucristo. Esa verdad se convierte en la transición de Pablo hacia el glorioso evangelio de salvación del pecado que Dios ofrece a la humanidad caída por medio **del que había de venir**, su amado Hijo.

Visite:

www.frasescristianas.org

(Frases, Citas y Dichos Cristianos)

Cristo y el reino de la vida

22

Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro. (5:15-21)

Pablo continúa su analogía de Adán y Cristo, mostrando cómo la vida que se convirtió en algo posible para todos los hombres por el sacrificio expiatorio de Cristo, se puede ilustrar a manera de antítesis con la muerte, la cual que se convirtió en algo inevitable para todos los hombres por el pecado de Adán. Esta es la verdad que el apóstol sintetiza en su primera carta a los corintios: "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Co. 15:22).

Como se indicó en el capítulo anterior, el único factor comparativo en la analogía entre Adán y Cristo es el de un hombre/un acto. Es decir, así como el pecado singular del hombre Adán trajo el pecado a toda la humanidad, también el sacrificio singular del hombre Jesucristo puso la salvación a disposición de toda la raza humana.

En el pasaje actual, como para examinar todas las facetas de esa maravillosa analogía, Pablo explora cinco áreas esenciales de contraste entre el acto de condenación de Adán y el acto de redención de Cristo. Estos actos fueron diferentes en su eficacia (v. 15), en su alcance (v. 16), en su eficacia (v. 17), en su esencia (vv. 18-19), y en su energía (vv. 20-21).

EL CONTRASTE EN EFECTIVIDAD

Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. (5:15)

El primer contraste se afirma con claridad y es el que existe entre **el don** de Cristo y **la transgresión** de Adán, actos que fueron totalmente opuestos.

Por definición, todos los dones son gratuitos, pero aquí la palabra *charisma* (**don**) se refiere a algo dado con una actitud especial de gracia y favor, y por lo tanto también podría traducirse propiamente como "don de gracia". Cuando se emplea para denotar lo que se da *a* Dios, el término se refiere a aquello que es recto y aceptable ante sus ojos; cuando se emplea acerca de lo que es dado *por* Dios, como sucede aquí, se refiere a aquello que es dado completamente aparte del mérito humano. En relación al sacrificio expiatorio de Cristo el término se emplea en ambos sentidos. Ir a la cruz fue el acto supremo de obediencia de Jesús a su Padre y por lo tanto fue totalmente aceptable para el Padre. Haber ido a la cruz también se constituyó en el acto supremo la gracia divina, su **don** de gracia ofrecido a la humanidad pecadora.

La palabra **transgresión** es la traducción de *paraptoma*, que tiene el significado básico de desviarse de un sendero o apartarse de la norma. Por extensión, transmite la idea de ir a donde no se debe ir, y por ende se traduce algunas veces "traspasar", "infringir" y "quebrantar". El pecado singular de Adán que fue transmitido a toda su posteridad y que trajo como consecuencia el imperio de la muerte en el mundo, fue una **transgresión** del mandato único, de la única norma de obediencia que Dios había dado.

El efecto que ejercieron **el don** y **la transgresión** es diferente en cada caso. **Por la transgresión de aquel uno**, es decir, Adán, **murieron los muchos**. Quizás para mantener el paralelismo Pablo utiliza la palabra **mucho** en dos sentidos diferentes en este versículo. Como se verá más adelante, él usa el término *todos* con significados igualmente distintivos en el versículo 18. En relación al acto de Adán, **muchos** es universal e inclusivo, por lo cual corresponde al "todos" del versículo 12. Debido a que *todos* los hombres sin excepción llevan en sí mismos la naturaleza y la marca del pecado, *todos* ellos sin excepción, se encuentran bajo la sentencia de muerte (como el apóstol ha dejado claro en capítulos anteriores).

Al comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, Adán se apartó del estándar de Dios y entró a un campo restringido por prohibición divina. Como consecuencia de ello, en lugar de llegar a ser más como Dios, según Satanás les había prometido, el hombre fue menos semejante a su Creador y se separó de Él. En lugar de introducir al hombre en los dominios de Dios, **la transgresión** de Adán le dejó a él y a toda su posteridad en el imperio de la muerte y de Satanás.

Sin embargo, el corazón de la comparación de Pablo radica en que el acto singular de salvación de Cristo tuvo un efecto inmensurablemente mayor que el acto singular de condenación por parte de Adán. Él dice que **abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo**. La provisión divina de redención no sólo es una expresión de **la gracia de Dios** el Padre sino también de **la gracia** de Dios el Hijo, **la gracia de un hombre, Jesucristo**.

El pecado de Adán trajo muerte, pero **la gracia de un hombre, Jesucristo**, hizo más que simplemente proveer el camino para que la humanidad caída fuera restaurada al estado de inocencia original de Adán. **Jesucristo no solamente** revocó la maldición de la muerte perdonando y limpiando de todo pecado, sino que proveyó el camino para que los hombres redimidos participen de la justicia y gloria plenas de Dios.

Juan Calvino escribió: "Puesto que la caída de Adán ha tenido un efecto tal que ha producido la ruina de muchos, mucho más efectiva es la gracia de Dios para el beneficio de muchos; por cuanto debe admitirse que Cristo es mucho más poderoso para salvar, de lo que Adán fue para destruir" (*Commentaries on the Epistle of Paul to the Romans* [Grand Rapids: Baker, 1979], p. 206). La gracia de Dios es más grande que el pecado del hombre. No solamente es mayor que el pecado original de Adán que trajo muerte a todos los hombres, sino que es mayor que todos los pecados acumulados que los hombres han cometido o cometerán en toda la historia.

Podría decirse que el acto de pecado de Adán, por devastador que haya sido, tuvo apenas un efecto unidimensional: trajo muerte a todos. Por otro lado, el efecto del acto redentor de Cristo tiene facetas inmensurables porque Él no solamente restaura el hombre a una vida espiritual sino que le imparte la vida misma de Dios. La muerte es por naturaleza algo estático y vacío, mientras que la vida por naturaleza es activa y plena. Únicamente la vida puede ser abundante y seguir **abundando**.

Contrario a su uso al comienzo de este versículo acerca de Adán, el término **muchos** tiene ahora su significado normal que se aplica solamente a aquellos a favor de los cuales el don de salvación por la gracia de Cristo se hace efectivo a través de su fe en Él. Aunque Pablo no menciona esa verdad determinante en este punto, acaba de declarar que los creyentes son "justificados, pues, por la fe"

y que son introducidos "por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes" (5:1-2). Por supuesto, esa es la verdad cardinal del evangelio en lo concerniente a la parte del hombre y es el foco de la enseñanza de Pablo en su epístola desde 3:21 hasta 5:2.

Muchos de los puritanos y reformadores terminaban sus sermones o capítulos de comentarios con una declaración acerca del "uso práctico" del pasaje. La verdad práctica de Romanos 5:15 es que el poder del pecado, que es la muerte, puede ser quebrantado, pero el poder de Cristo, que es la salvación, *no puede* romperse. "Nuestro Salvador Jesucristo", Pablo declaró a Timoteo, "quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio" (2 Ti. 1:10).

Jesucristo rompió el poder del pecado y de la muerte, pero lo contrario no es cierto. El pecado y la muerte no pueden romper el poder de Jesucristo. La condenación del pecado de Adán es reversible, la redención de Jesucristo no lo es. El efecto del acto de Adán es permanente únicamente si no es anulado por Cristo. El efecto del acto de Cristo, sin embargo, es permanente para individuos creyentes y no está sujeto a reversión o anulación. Nosotros contamos con la gran seguridad de que una vez que estemos en Jesucristo, estamos en Él para siempre.

EL CONTRASTE EN ALCANCE

Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. (5:16)

El segundo contraste entre el acto singular de Adán y el acto singular de Cristo se da en relación a su alcance. En ese aspecto, tal como en la eficacia, la justificación de Cristo es mucho más grande que la condenación de Adán.

En el versículo 15 Pablo habla de "la transgresión de aquel uno", mientras que en el versículo habla **de aquel uno que pecó**, esto es, aquel que transgredió. En el primer caso se hace énfasis en el pecado, en el segundo se centra la atención en el pecador. Sin embargo, la verdad básica es la misma. Fue aquel **solo pecado** por parte **de aquel uno que pecó** una vez, lo que trajo el **juicio** de Dios y la **condenación** que viene como resultado.

Por otro lado, **con el don** de la gracia de Dios por medio de Jesucristo **no sucede** lo mismo. El **juicio** de Dios sobre Adán y su posteridad **vino a causa de un solo pecado, pero** por otro lado, **el don vino a causa** no solamente de ese solo pecado, sino **de muchas transgresiones**, y su resultado no es simplemente la restauración sino la **justificación**.

John Murray ofrece una útil observación: "El solo pecado no demandaba nada menos que la condenación de todos, pero el don para justificación es de

un carácter tal que debe poner las muchas transgresiones en su haber; no podría ser el don gratuito de la justificación a no ser que borrara las muchas transgresiones. En consecuencia, el don está condicionado en su naturaleza y efecto por las muchas transgresiones, de igual manera que el juicio estaba condicionado en su naturaleza y efecto por el solo pecado sin más" (*The Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, 1965], p. 196).

Este versículo contiene dos verdades prácticas especiales que están muy relacionadas. La primera es que Dios detesta tanto el pecado que apenas fue necesario un solo pecado para condenar a toda la raza humana y separarla de Él. No fue que el primer pecado de Adán haya sido peor que otros cometidos por él o peor que los cometidos por los hombres desde entonces. Era sencillamente el hecho de que su primer pecado *fue* pecado. En ese momento, comer el fruto prohibido era el único pecado que Adán y Eva pudieron haber cometido, porque Dios les había impuesto una sola restricción; pero si hubiera sido posible, cualquier otro pecado habría tenido el mismo efecto. De la misma forma, cualquier pecado que cualquier hombre haya cometido en toda la historia sería suficiente para condenar a toda la raza entera, tal como lo hizo el solo pecado de Adán. Ciertamente, esto es algo que nos debe hacer pensar seriamente.

La otra verdad en el versículo 16 es aún más sorprendente e incomprensible, y es tan reconfortante como la primera es seria. Mayor todavía que el aborrecimiento de Dios hacia el pecado es su amor por el pecador. A pesar del hecho de que Dios odia el pecado a tal punto que cualquier pecado podría condenar a la raza humana, su gracia amorosa hacia el hombre es tan grande que Él no solamente hace provisión para la redención de un solo hombre de un solo pecado, sino para la redención de todos los hombres de todos los pecados. Jesucristo llevó sobre sí los pecados del mundo entero. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados" (2 Co. 5:19).

EL CONTRASTE EN EFICACIA

Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia. (5:17)

El tercer contraste entre el acto de Adán y el acto singular de Cristo radica en el factor de la eficacia, la capacidad para producir un resultado deseado.

Como Pablo ya ha indicado, el solo pecado de un solo hombre, Adán, trajo el reino de la muerte (vv. 12-14). Es a esa verdad que se refiere el **si** condicional, que aquí transmite la idea de un "porque". Ya se ha establecido que el solo acto de pecado de Adán trajo el reino de la muerte, aunque esa nunca fue la

intención del primer pecado. Ni Adán ni Eva pecaron porque quisieran morir; ellos pecaron porque esperaban ser como Dios. Su pecado produjo el resultado completamente opuesto al que deseaban e hizo notorio el engaño del tentador. Como se anotó arriba, en lugar de llegar a ser más semejantes Dios, dejaron de ser como Él.

El acto singular de un solo Hombre, Jesucristo, por otra parte, produjo precisamente el resultado deseado. La intención divina del sacrificio que Jesús hizo de sí mismo en la cruz fue que **los que reciben la abundancia de** ese acto inigualable de **la gracia y el don de la justicia** llegaran a reinar **en vida por uno solo,** por Aquel que murió por ellos, **Jesucristo**.

El resultado unidimensional del acto de Adán fue la muerte, mientras que el resultado del acto de Cristo es la vida, que en sí misma tiene múltiples dimensiones. Cristo no ofrece solamente **vida** sino vida en abundancia (v. 15; cp. Jn. 10:10). Los redimidos en Cristo no solamente *reciben* vida abundante sino que les es dada **la justicia** como un **don** (cp. 2 Co. 5:21). Ellos **reinarán** en esa **vida** justa con su Señor y Salvador, y poseen la **vida** justa, gloriosa y eterna de Dios mismo.

El "uso práctico" de esta gran verdad es que aquel que nos ha otorgado **vida** espiritual hará plena esa vida en nosotros. "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6). Dios es el gran transformador y perfeccionador de la vida. "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Co. 5:17).

Reinar en vida por medio de Cristo también significa tener poder sobre el pecado. Más adelante en su carta Pablo dice: "Gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia" (6:17-18). Como creyentes, nosotros sabemos por experiencia así como por las Escrituras, que aún seguimos plagados por el pecado, envueltos todavía en los harapos pecaminosos del viejo hombre (véase Ef. 4:22); pero el pecado ha dejado de ser la naturaleza o el amo del creyente. En Cristo ya no somos víctimas del pecado sino luchadores victoriosos sobre el pecado (1 Co. 15:57).

EL CONTRASTE EN ESENCIA

Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. (5:18-19)

El cuarto contraste entre el acto de Adán y el acto de Cristo tiene que ver con la esencia. Estos dos versículos resumen la analogía entre Adán y Cristo.

Como sucede con *los muchos* del versículo 15, parece que Pablo emplea **todos** en el versículo 18 para mantener el paralelismo, aunque las dos ocurrencias del término tienen significados diferentes. Así como "murieron los muchos" en el versículo 15 se refiere de manera inclusiva a todos los hombres, también **a todos los hombres la justificación de vida** se refiere aquí de manera exclusiva a aquellos que confían en Cristo. Este versículo no enseña el universalismo, como algunos han contendido durante muchos siglos. Es bastante claro en muchas otras partes de esta epístola, incluyendo los primeros dos versículos de este capítulo, que la salvación viene solamente a aquellos que tienen fe en Jesucristo (véase también 1:16-17; 3:22, 28; 4:5, 13).

La enseñanza principal de Pablo en estos dos versículos es que la esencia de **la transgresión** de Adán (v. 18*a*) fue **la desobediencia** (v. 19*a*), mientras que la esencia de **la justicia de uno** (v. 18*b*) fue **la obediencia** (v. 19*b*). Cuando Dios ordenó a Adán que no comiera del fruto prohibido, Adán desobedeció y trajo la muerte. Cuando Dios envió a su Hijo unigénito al mundo a sufrir y a morir, el Hijo obedeció y trajo la vida.

Constituidos es la traducción de *kathistēmi* y aquí transmite el concepto de ser hecho o establecido. La culpa de la **desobediencia** de Adán fue imputada a todos sus descendientes. Por esa razón ellos fueron **constituidos pecadores**, en el sentido de que ante los ojos de Dios llegaron a ser legalmente culpables de pecado. De la misma manera, pero con el efecto exactamente opuesto, la **obediencia** de Cristo hace que quienes creen en Él sean **constituidos justos** ante los ojos de Dios. La consecuencia de su **obediencia** perfecta, de su justicia impecable e irreprochable, es imputada en la cuenta de ellos, haciéndoles justos legalmente.

De principio a fin, la vida terrenal de Jesús se caracterizó por la obediencia perfecta a su Padre celestial. Incluso a la edad de doce años, Él recordó a sus padres que le era necesario estar en los negocios de su Padre (Lc. 2:49). El único propósito que Jesús tenía en la tierra era hacer la voluntad de su Padre (Jn. 4:34; 5:30; 6:38; cp. Mt. 26:39, 42). En su encarnación, Él "se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:8).

La **obediencia** de Cristo a los mandamientos divinos es llamada con frecuencia "obediencia activa", y su muerte en la cruz se denomina "obediencia pasiva". Aunque Él obedeció perfectamente la ley en su vida, también se sometió al castigo de la ley en todo su peso y plenitud horribles. Tanto la obediencia activa como la pasiva están incluidas en la justicia perfecta de Cristo que le es imputada a los creyentes. Por lo tanto, es una justicia que satisface todas las demandas de la ley, incluyendo los requisitos penales de la ley. **La obediencia de uno** aseguró así la redención para **los muchos** que **serán constituidos justos** ante los

ojos de Dios. Dios, "aquel que justifica al impío" (Ro. 4:5), puede en vista de ello declarar a creyentes todavía pecadores como plenamente justos, sin que su justicia sea infringida. Él es *al mismo tiempo* "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro. 3:26).

El "uso práctico" de esta verdad es que los creyentes genuinos en verdad pueden cantar con H. G. Spalford en su grandioso himno:

Mi pecado, oh la dicha de este glorioso pensamiento,
Mi pecado, no en parte sino completo,
Está clavado a la cruz y ya no más lo llevo
Todo está bien, todo está bien dentro de mi alma.

EL CONTRASTE EN ENERGÍA

Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro. (5:20-21)

El quinto y último contraste que se establece entre el acto de Adán y el acto de Cristo es con relación a la energía.

Como Pablo explica más a fondo en el capítulo 7, la fuerza energética que hay detrás del pecado del hombre es **la ley**, la cual **se introdujo para que el pecado abundase**. Sabiendo que sería acusado de antinomianismo y de hablar mal de algo que Dios mismo había revelado en su soberanía por medio de Moisés, Pablo afirma sin lugar a equívocos que "la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Ro. 7:12). Sin embargo, la misma **ley** de Dios tuvo el efecto de hacer **que el pecado** del hombre **abundase**.

Debe advertirse aquí que la ley de Dios, sea ceremonial, moral o espiritual, nunca ha sido un medio de salvación en ninguna época o dispensación. El lugar que ocupó por orden divina en el plan de Dios tuvo carácter temporal. Como el escolar bíblico F. F. Bruce ha afirmado: "La ley no tiene importancia permanente en la historia de la redención" (*The Letter of Paul to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, 1985], p. 121). Pablo ya ha declarado que Abraham fue justificado por Dios única y exclusivamente sobre la base de su fe, completamente aparte de cualquier tipo de buenas obras que él hubiera hecho, varios años antes de haber sido circuncidado y muchos siglos antes que la ley fuese dada (4:1-13).

La ley fue un elemento que siguió naturalmente como resultado del desarrollo del plan de redención de Dios, el cual cumplió una función temporal que nunca tuvo efectos redentores de por sí. La desobediencia a la ley jamás ha condenado ningún alma al infierno, y la obediencia a la ley nunca ha llevado un

alma a Dios. El pecado y su condenación ya estaban en el mundo mucho antes que la ley, al igual que el camino para escapar del pecado y la condenación.

Dios dio **la ley** a través de Moisés como un modelo de justicia pero no como un medio para alcanzar justicia. La ley no tiene poder para producir justicia, pero para la persona que pertenece a Dios y tiene el deseo sincero de hacer su voluntad, es una guía para llevar una vida justa.

La ley identifica transgresiones en particular, de manera que esos actos puedan ser vistos más fácilmente como pecaminosos, logrando así que los hombres puedan con mayor facilidad verse a sí mismos como pecadores. Por esa razón **la ley** también tiene poder para incitar a los hombres a la injusticia, no porque **la ley** sea perversa sino porque los hombres son perversos.

La persona que lee una señal en el parque con la cual se prohibe arrancar flores y luego procede a arrancar una, demuestra su rebelión natural y reflexiva en contra de la autoridad. No hay nada malo con la señal; su mensaje es perfectamente legítimo y bueno, pero debido a que coloca una restricción sobre la libertad de las personas para hacer lo que les plazca, ocasiona en ellos resentimiento y tiene el efecto de llevar a algunas personas a hacer lo que de otro modo quizás ni siquiera se les ocurriría hacer.

La ley es por ende un corolario, tanto para la justicia como para la injusticia. Para la persona que no tiene ley se constituye en un estímulo para la desobediencia y la injusticia que de por sí se siente inclinado a hacer. Para la persona que confía en Dios, la ley estimula la obediencia y la justicia.

Enfocándose nuevamente en la verdad de que el acto singular de redención de Cristo es muchísimo más grande que el acto singular de condenación de Adán, Pablo se regocija diciendo: **mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia**. La **gracia** de Dios no solamente sobrepasa el pecado de Adán sino todos los pecados de la humanidad.

Como un experto tejedor, Pablo hala de todos los hilos en su tapiz de verdades de la redención, declarando: **para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.**

Visite:

www.parameditar.com

(Reflexiones e Ilustraciones)

Morir para vivir

23

¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. (6:1-10)

En sus primeros años de adolescencia, John Newton salió huyendo de Inglaterra y se unió a la tripulación de un barco que transportaba esclavos. Algunos años más tarde él mismo fue entregado a la esposa negra de un tratante blanco de esclavos en África. Fue cruelmente maltratado y vivía de las sobras que quedaban en el plato de la mujer y de los tubérculos silvestres que sacaba de la tierra por las noches. Después de escapar, vivió con un grupo de nativos y finalmente se las arregló para convertirse él mismo en un capitán de barco, llevando la vida más profana y licenciosa que se pueda imaginar. No obstante, después de su conversión milagrosa en 1748, él regresó a Inglaterra y se convirtió en un abnegado e incansable ministro del evangelio en Londres. Dejó para la posteridad muchos himnos que todavía se encuentran entre los más populares del mundo entero. El más conocido y estimado sigue siendo "Sublime Gracia". Fue pastor de una iglesia en Inglaterra, cuyo camposanto tiene hasta el día de hoy un epitafio que Newton mismo escribió (*Out of the Depths: An Autobiography* [Chicago: Moody, s.f.], p. 151):

John Newton, clérigo,
Otrora impío y libertino,
Un siervo de esclavos en África,
Fue, por la rica misericordia de nuestro Señor y Salvador,
Jesucristo,
Preservado, restaurado, perdonado,
Y designado para predicar la fe
Que por mucho tiempo quiso destruir.

¿Cómo fue posible que un disoluto tan grande y autoproclamado enemigo acérrimo de la fe llegara a poder decir con Pablo: "Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia" (1 Ti. 1:12-13)? ¿Cómo pudo ese apóstol dirigirse a los creyentes de Corinto como "los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos" (1 Co. 1:2) y decirles al mismo tiempo, "¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. *Y esto erais algunos*" (6:9-11*a*, cursivas añadidas)? Pablo dio la respuesta de inmediato, al recordarles que ya habían "sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios" (v. 11*b*).

Son éstas y otras cuestiones similares y cruciales las que Pablo trata en los capítulos 6–8 de Romanos. En este punto de la epístola él empieza un nuevo desarrollo de su enseñanza acerca de la salvación y su efecto práctico en la vida de aquellos que son salvos. Tras sus extensas discusiones sobre el pecado del hombre y su redención por medio de Cristo, él pasa ahora al tema de la santidad del creyente, la vida de justicia que Dios al mismo tiempo exige de y provee para sus hijos, la vida de obediencia a su Palabra vivida en el poder de su Espíritu.

En su carta a las iglesias de Galacia, Pablo ofrece un breve y exquisito resumen del principio divino que hace posible la vida transformada y el vivir diario transformado. "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

En Romanos 6:1-10, Pablo conecta tres elementos en su defensa preliminar de la vida santa del creyente: el antagonista (v. 1), la respuesta (v. 2), y el argumento para explicar y defender esa respuesta (vv. 3-10).

EL ANTAGONISMO

¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? (6:1)

Como lo hace con frecuencia, Pablo anticipa las principales objeciones de sus críticos. Mucho antes del tiempo en que escribió esta epístola, él y Bernabé en particular, pero sin duda alguna los demás apóstoles, maestros y profetas también, habían encontrado ya una oposición considerable contra la predicación de la salvación por gracia mediante la sola fe. El típico judío religioso de aquel tiempo no podía comprender el hecho de agradar a Dios aparte de la adherencia estricta a la ley mosaica y rabínica. Para ellos, la conformidad a esa ley era la única manifestación concreta de la piedad y de hecho su encarnación misma.

Mientras Pablo y Bernabé estuvieron predicando en Antioquía de Siria, algunos hombres judíos que profesaban tener fe en Cristo vinieron de Judea y "enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos. Como Pablo y Bernabé tuviesen una discusión y contienda no pequeña con ellos, se dispuso que subiesen Pablo y Bernabé a Jerusalén, y algunos otros de ellos, a los apóstoles y los ancianos, para tratar esta cuestión" (Hch. 15:1-2). Cuando los dos hombres llegaron a Jerusalén, otros judíos que afirmaban ser cristianos, un grupo de fariseos legalistas, también se opusieron a su enseñanza diciendo: "Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés" (Hch. 15:5). Durante el concilio de Jerusalén que siguió a continuación, Pedro declaró con denuedo que Dios "ninguna diferencia hizo entre nosotros [los judíos] y ellos [los gentiles], purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos" (Hch. 15:9-11). Después de algunos comentarios adicionales por parte de Pablo y Bernabé y un excelente resumen de Santiago, el concilio acordó de manera unánime que la obediencia a la ley de Moisés no contribuye en nada a la salvación y no debe ser impuesta por la fuerza sobre cualquier creyente, gentil e incluso judío (véase vv. 12-29).

Algunos años más tarde, tras regresar a Jerusalén después de haber recolectado ofrendas provenientes de iglesias gentiles principalmente a favor de los creyentes necesitados en Judea, Pablo procuró hacer conciliación entre los creyentes judíos inmaduros, al tiempo que acallar la oposición por parte de judíos incrédulos, y lo hizo yendo al templo para hacer un voto. Cuando algunos judíos incrédulos de Asia le vieron en el templo, tuvieron la falsa suposición de que él había profanado el templo introduciendo a gentiles en el área restringida. Estuvieron a punto de formar un tumulto de grandes proporciones en la ciudad

cuando exclamaron: "¡Varones israelitas, ayudad! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, la ley y este lugar; y además de esto, ha metido a griegos en el templo, y ha profanado este santo lugar" (Hch. 21:28-36).

Pablo también sabía que en el extremo opuesto, algunos creyentes interpretarían mal la afirmación que hizo en el sentido de que "cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (Ro. 5:20). En su necedad ellos le acusarían de enseñar que el pecado en sí mismo glorifica a Dios al hacer que se incremente su gracia. Si eso fuera cierto, razonaban ellos, entonces los hombres no solamente son libres para pecar sino que tienen la *obligación* de hacerlo a fin de permitir que Dios expanda su gracia. Si la salvación es por completo de Dios y por completo de la gracia, y si Dios es glorificado con la dispensación de la gracia, el corazón pecaminoso puede estar inclinado a razonar de esta manera: "A mayor pecado, mayor gracia; por ende, los hombres deberían dedicarse a pecar libremente y sin restricciones". O como otros lo plantearían: "si Dios se deleita en justificar al impío, como lo afirma claramente Romanos 4:5, entonces la doctrina de la gracia pone un incentivo a la impiedad, porque le da a Dios más oportunidad para demostrar su gracia".

Esa es exactamente la interpretación pervertida enseñada por el infame Rasputín, consejero religioso de la familia Romanov que gobernó en Rusia a finales del siglo diecinueve y principios del veinte. Él enseñó y ejemplificó la perspectiva antinominalista de la salvación por medio de reiteradas experiencias de pecado y arrepentimiento falso. Él creía que entre más peca una persona, más gracia puede darle Dios; así que entre más pequemos sin restricciones, más oportunidades le estamos dando a Dios para que se glorifique. Rasputín declaraba que si uno no pasa de ser un pecador ordinario, no le está dando a Dios la oportunidad de mostrar su gloria, de modo que se hace necesario convertirse en un pecador *extraordinario*.

Pablo ya había tenido que enfrentar una acusación hipotética similar: "Si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios que da castigo? (Hablo como hombre.)". El apóstol responde su propia pregunta con la expresión enfática: "En ninguna manera; de otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?" (Ro. 3:5-6). Luego procede a condenar rotundamente a quienes enseñan la depravada idea de que "Hagamos males para que vengan bienes" (v. 8).

Los judíos legalistas estaban listos para acusar al apóstol de esa clase de antinomianismo, de contradecir las leyes de Dios y defendiendo la licencia moral y espiritual para hacer lo que al individuo le plazca, suponiendo que puede justificarse con el argumento de que esa clase de vida en realidad glorifica a Dios. Aquellos opositores tenían especialmente una gran dificultad para aceptar la idea de obtener la salvación con base en la fe solamente, aparte de cualquier

obra humana. Añadir a esa doctrina la idea de que el pecado incrementado de alguna manera incrementa la gracia de Dios, equivaldría a agravar un anatema con otro anatema todavía peor. Sin embargo, al tratar ellos de proteger la fe de ese peligro, terminaron introduciendo otro peligro: la idea de que la salvación así como la espiritualidad, incluso para los creyentes en Cristo, es producida por una conformidad rigurosa a la ley externa.

A través de la historia de la iglesia, algunos grupos cristianos han caído en la misma clase de error, insistiendo en que es necesaria la conformidad a incontables regulaciones y ceremonias fabricadas por los hombres para la piedad verdadera. Bien sea en la forma de ritualismo extremo o de códigos de conducta estrictamente prescritos, los hombres han creído que pueden proteger y reforzar el evangelio puro de la gracia que obra mediante la sola fe, añadiendo requisitos legalistas de su propia invención.

La iglesia también ha estado siempre en peligro de contaminación por parte de creyentes falsos que abusan perversamente de la libertad del evangelio utilizándola como una justificación para el pecado. Como Judas declaró: "Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo" (Jud. 4).

Aquí Pablo le propina un golpe letal a esa clase de antinomianismo, pero lo hace sin ceder ni una pizca de terreno a quienes estarían dispuestos a negar que la gracia de Dios es suficiente para la salvación. Bajo el liderazgo del Espíritu Santo, el apóstol evitó caer en el extremo del legalismo por un lado, y en el extremo del libertinaje por el otro lado. Él no abandonó la gracia de Dios para acomodar a los legalistas, ni abandonó la justicia de Dios para acomodar a los libertinos.

Como las Escrituras enseñan claramente en todas sus páginas desde Génesis hasta Apocalipsis, una relación de salvación con Dios está ligada de manera inalterable con un estilo de vida santo, y una vida santa es vivida por el poder de Dios que obra en y a través del corazón del creyente verdadero. En el acto redentor de Dios dentro del corazón de una persona, la santidad verdadera es un don de Dios tanto como lo es el nuevo nacimiento y la vida espiritual que éste trae. La vida que no está básicamente marcada por la santidad no puede pretender que posee la salvación. Es cierto que ningún creyente será libre de pecado hasta que vaya a estar con el Señor por medio de la muerte o del arrebatamiento, pero un creyente profeso que desatiende persistentemente el señorío de Cristo y sus estándares de justicia con su desobediencia, no tiene argumentos para afirmar que ha sido salvado por Cristo. Esa es la verdad cardinal del evangelio que Pablo defiende enérgicamente en Romanos 6–7.

En vista del antinomianismo tan generalizado que cunde en nuestros días, no

hay una verdad más importante que los creyentes deban entender, que la conexión inseparable entre la justificación y la santificación como componentes de la salvación, entre la vida nueva en Cristo y el hecho de vivir esa vida en la santidad que Cristo exige y provee. Con sus enseñanzas no bíblicas de creencia fácil y los estilos de vida mundanos tanto de líderes como de miembros, muchas iglesias que enarbolan las banderas del cristianismo evangélico dan muy pocas evidencias de redención o de santidad, las cuales acompañan necesariamente a la gracia salvadora.

"**¿Qué, pues, diremos** frente a esas afirmaciones tan necias?" pregunta el apóstol, añadiendo retóricamente: "**¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?**" *Epimenō* (**perseveraremos**) alude al concepto de una persistencia habitual. Se empleaba en ocasiones para referirse al hecho de que una persona se proponga vivir en cierto lugar y establecer allí su residencia permanente. Es la palabra que Juan empleó para aludir a los líderes judíos que persistían en tratar de inducir a Jesús a que contradijera la ley de Moisés (Jn. 8:7).

Pablo no está hablando de la caída ocasional de un creyente en el pecado, como le sucede a veces a todo cristiano debido a la debilidad y la imperfección de la carne. Él estaba hablando de pecar intencional y voluntariamente como un patrón de vida establecido.

Antes de la salvación, el **pecado** *no puede* ser más que el estilo de vida establecido de una persona, debido a que en el mejor de los casos mancha de alguna manera todo lo que hace la persona no redimida; pero el creyente, el cual tiene una vida nueva y es habitado por el Espíritu de Dios mismo, no tiene excusa alguna para **perseverar** de manera habitual **en el pecado**. ¿Acaso es posible que pueda vivir en la misma relación de sometimiento al pecado que tenía antes de la salvación? Planteado en términos teológicos, ¿en verdad puede existir la justificación aparte de la santificación? ¿Puede una persona recibir una vida nueva y continuar en su vieja manera de vivir? ¿La transacción divina de la redención no ejerce un poder continuo y sustentador en aquellos que son redimidos? En otras palabras, ¿puede una persona que persiste en vivir como un hijo del diablo, verdaderamente haber nacido de nuevo como un hijo de Dios? Muchos dicen que sí. Pablo dice no, como lo afirma de manera enfática en el versículo 2.

LA RESPUESTA

En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? (6:2)

Respondiendo de forma inmediata a su propia pregunta, Pablo exclama con obvia consternación: **En ninguna manera**. *Mē genoito* también se puede traducir literalmente: "¡Esto no puede ser jamás!", y era la locución más enérgica de

negación y rechazo en el griego del Nuevo Testamento. Se emplea unas catorce veces en las cartas de Pablo solamente. El apóstol ya la ha usado tres veces en el capítulo 3 de Romanos (vv. 4, 6, 31) y la incluirá otras seis veces antes de concluir (véase 6:15; 7:7, 13; 9:14; 11:1, 11). Transmite cierto sentido de enardecimiento frente al hecho de que pueda pensarse que una idea de esta clase sea cierta.

La sugerencia misma de que el pecado podría de alguna manera concebible y viable agradar y glorificar a Dios era completamente aborrecible para Pablo. Su falsedad es casi evidente en sí misma y por eso no tiene dignidad suficiente para recibir una refutación detallada. Lo único que merece es la más firme condenación.

No obstante, para evitar que sus lectores pensaran que estaba evadiendo un problema difícil, el apóstol pareciera estar diciendo a voz en cuello por qué la noción de que el pecado trae gloria a Dios es del todo repugnante y disparatada. En este punto él no responde con un argumento cuidadosamente elaborado y razonado, sino con una pregunta breve y terminante: **Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?**

Pablo no reconoce la más mínima credibilidad o mérito en la aserción de sus antagonistas. En este caso no presenta argumentos para la verdad, simplemente la declara. La persona que está viva en Cristo ha **muerto al pecado**, y es inconcebible y contradictorio proponer que un creyente pueda de allí en adelante **vivir en** el pecado del cual fue libertada por la muerte. La gracia de Dios es dada con el propósito mismo de salvar del pecado, y únicamente la mente más corrupta haciendo uso de la lógica más pervertida podría argumentar que continuar en el pecado del cual supuestamente se ha salvado, de alguna forma honra al Dios santo que sacrificó a su Hijo unigénito para libertar a los hombres de toda injusticia.

Debe admitirse por razón simple que la persona que ha **muerto** a una clase de vida no puede vivir **aún** en ella. El apóstol Pablo no quería decir que la condición presente del creyente consista en morir al pecado a diario sino que está hablando acerca de un acto pasado (*apothnēskō*, segundo aoristo activo) que consiste en estar ya muerto al pecado. Pablo está diciendo que es imposible que un cristiano permanezca en un estado constante de pecaminosidad. El acto en este sentido tiene lugar una sola vez para siempre.

De nuevo, una persona por definición no muere de manera continua. Si su muerte es real, es porque es permanente. No es posible en absoluto que las personas **que** en verdad **hemos muerto al pecado** sigamos viviendo **aún en él**. Tanto en el dominio espiritual como en el físico, la vida y la muerte son absolutamente incompatibles. Tanto lógica como teológicamente, por lo tanto, la vida espiritual no puede coexistir con la muerte espiritual. La idea de que un cristiano puede continuar viviendo habitualmente en el pecado no solamente es ajena a la Biblia sino a la lógica racional. Obviamente, los cristianos son capaces de

cometer muchos de los pecados que cometían antes de la salvación, pero *no* están en capacidad de vivir de manera perpetua en esos pecados como lo hicieron antes: "Todo aquel que es nacido de Dios, practica el pecado", declara Juan, "porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios" (1 Jn. 3:9). No se trata simplemente de que los cristianos *no deben* continuar viviendo en el dominio y la dimensión del pecado, sino que *no pueden* hacerlo.

El apóstol no es ambiguo con respecto a la superabundancia de la gracia de Dios, pero resulta obvio que la verdad según la cual "cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (5:20*b*) se concentra en y magnifica la gracia de Dios, no el pecado del hombre. Con ella se está declarando que ningún pecado es demasiado grande para que Dios lo perdone y que inclusive los pecados colectivos de toda la humanidad durante todos los tiempos, pasado, presente y futuro, han quedado cubiertos más que suficiente por la inmensurable abundancia de la gracia de Dios que fue activada con la expiación.

Pablo prosigue a declarar de forma igualmente inequívoca que una vida justificada auténtica *es* y *continúa siendo* una vida santificada. Para fines de establecer una teología sistemática y hacer la obra de redención de Dios un poco más comprensible para mentes humanas finitas, nosotros hablamos con frecuencia de la santificación como un proceso que sigue a la justificación. Por supuesto, en cierto sentido es así porque la justificación incluye algo que se llama a veces una declaración judicial o legal de justicia, la cual se caracteriza por ser inmediata, completa y eterna; pero la justificación y la santificación no constituyen fases separadas de la salvación; más bien corresponden a aspectos diferentes del todo continuo e ininterrumpido de la obra divina de redención que Dios realiza en la vida de un creyente, una obra mediante la cual Él no solamente declara justa a una persona sino que la crea de nuevo para que viva en justicia y llegue a ser perfectamente justa. La santidad es una obra de Dios en el creyente tanto como cualquier otro elemento de la redención. Cuando un ser humano es redimido, Dios no solamente le declara justo, sino que también empieza a implantar y desarrollar la justicia de Cristo en él. De este modo, la salvación no es una mera transacción legal, sino que trae como resultado inevitable un milagro de transformación.

Crecer en la vida cristiana siempre es un proceso que no será perfeccionado sino "hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6), pero no existe tal cosa como una persona que se convierta verdaderamente a Cristo, y a quien se aplique la justificación del todo pero cuya santificación, tanto judicial como práctica, no haya empezado todavía. En otras palabras, *nunca* existe un partimiento entre la justificación y la santificación. No obstante, *sí* se da siempre de forma inevitable una separación total y permanente entre el viejo hombre y el nuevo hombre. En Cristo, el viejo hombre ha quedado convertido en un cadáver; y por definición propia, un cadáver no tiene en sí el más mínimo rastro de vida.

El viejo hombre es la persona no regenerada. No es en parte justo y en parte pecador, sino totalmente pecador y sin el más mínimo potencial *en sí mismo* para llegar a ser justo y agradable a Dios. El nuevo hombre, por otra parte, es la persona regenerada. Ha sido hecho agradable para Dios por medio de Jesucristo y su nueva naturaleza es *enteramente piadosa y justa*. Todavía no ha sido perfeccionado ni glorificado, pero ya *está* vivo espiritualmente y la santidad se encuentra obrando en su vida. El nuevo hombre *continuará* creciendo en esa santidad, sin importar cuán lenta o desigualmente lo haga, puesto que por su propia naturaleza, la vida crece. El doctor Donald Grey Barnhouse escribió: "La santidad empieza donde la justificación termina, y si la santidad no empieza, tenemos derecho a sospechar que la justificación nunca empezó tampoco" (*Romans*, vol. 3 [Grand Rapids: Eerdmans, 1961], 2:12).

Por lo tanto, sencillamente no existe tal cosa como una justificación sin santificación. No existe ninguna vida divina sin un vivir divino diario. La persona salva en verdad vive una vida nueva y piadosa en un campo nuevo y piadoso de existencia. Ahora y para siempre vive en el reino de la gracia y la justicia de Dios y nunca más puede vivir otra vez en el imperio de pecado y egocentrismo de Satanás. Así como al hombre pecador y no regenerado le resulta imposible impedir la manifestación de lo que es verdaderamente, también ocurre lo mismo con el hombre regenerado.

De nuevo, la salvación no es únicamente una transacción sino una transformación, no solamente algo jurídico sino algo real y concreto. Cristo murió no sólo por las cosas que hicimos sino por lo que somos. Pablo dice a los creyentes: "Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:3). Aún de manera más explícita él declara que "si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Co. 5:17).

De manera que la frase **muerto al pecado** expresa la premisa fundamental de todo este capítulo en Romanos, y el resto del capítulo es en esencia un desarrollo detallado de esa realidad fundamental. Es imposible estar vivos en Cristo y también estar vivos para el pecado. No es que el creyente en cualquier momento antes de ir a estar con Cristo esté totalmente sin pecado, sino que a partir del momento en que nace de nuevo queda totalmente separado del poder controlador del pecado, la vida de pecado de la que fue libertado por la muerte de Cristo. El sentido en que este hecho crucial es verdadero se desarrolla por completo en el texto subsiguiente.

EL ARGUMENTO

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos

por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. (6:3-10)

Aparentemente, la idea de que un creyente puede glorificar a Dios si continúa en el pecado se había divulgado en las iglesias romanas y en otros lugares, de lo contrario Pablo no le habría dedicado tanto su atención. En una serie de cuatro principios lógicos y secuenciales, él razona a partir del punto básico que estableció en el versículo 2 en el sentido de que una persona que ha muerto al pecado no puede continuar viviendo en él.

SOMOS BAUTIZADOS EN CRISTO

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, (6:3*a*)

El primer principio es que todos los cristianos verdaderos **hemos sido bautizados en Cristo Jesús**.

Cuando Juan el Bautista bautizó en agua para arrepentimiento de pecado, la obvia y clara intención era volverse a la justicia. Al recibir el bautismo de Juan, el creyente renunciaba a su pecado y a través de esa purificación simbólica se identificaba de allí en adelante con el Mesías y su justicia. El bautismo representaba de una manera única esa identificación.

Kenneth S. Wuest define este uso particular de *baptizō* (ser **bautizados**) como "la introducción o colocación de una persona o cosa en un nuevo ambiente o en unión con algo diferente al punto de alterar su condición o su relación con el ambiente o condición previos" (*Romans in the Greek New Testament* [Grand Rapids: Eerdmans, 1955], pp. 96-97).

En su primera carta a los corintios, Pablo habló de que el pueblo de Israel fue bautizado en Moisés (1 Co. 10:2), para simbolizar la identidad o solidaridad del pueblo con Moisés como vocero de Dios y líder designado por Él, así como el hecho de que ellos se colocaron bajo su autoridad. Mediante esa identidad y sumisión ellos participaron en el liderazgo y las consecuentes bendiciones y la honra de Moisés. Por así decirlo, el israelita fiel estaba fusionado con Moisés, quien a su vez estaba fusionado con Dios. De una manera similar pero infinitamente más profunda y permanente, **todos** nosotros, es decir, todos los cristia-

nos, **hemos sido bautizados en Cristo Jesús**, hemos quedado inmersos en Él permanentemente y de ese modo hemos llegado a ser uno con Él. Debe advertirse aquí que el término griego así como el concepto que transmite requieren que el bautismo en agua sea por inmersión, a fin de simbolizar adecuadamente esta realidad.

En otros pasajes, Pablo afirmó la importancia del bautismo en agua como obediencia al mandato directo del Señor (véase 1 Co. 1:13-17 y Ef. 4:5), pero esa es únicamente la señal externa del bautismo al que hace referencia aquí. Él está hablando en sentido metafórico de la inmersión espiritual de los creyentes en Cristo a través del Espíritu Santo, de la unidad íntima del creyente con su divino Señor. Es la verdad de la cual Jesús habló cuando dijo: "he aquí yo estoy con todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt. 28:20), y que Juan describe como "nuestra comunión ... con el Padre, y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn. 1:3). En 1 Corintios Pablo habla de esto como una realidad en la que el creyente es un espíritu con el Señor (1 Co. 6:17), y el apóstol explica a los creyentes de Galacia que "todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos" (Gá. 3:27). En cada instancia, la idea es ser totalmente cubierto por Cristo y unido con Él.

Es a la luz de esa verdad incomprensible que Pablo reprueba con tanta vehemencia la inmoralidad sexual de algunos de los creyentes corintios, exclamando casi con incredulidad: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo" (1 Co. 6:15).

Como se indicó anteriormente y a lo largo de este tomo acerca de Romanos, la salvación no solamente consiste en que Dios cuenta al pecador como justo sino que le *otorga* una nueva disposición o naturaleza justa. La justicia del creyente en Cristo es una realidad tanto terrenal como celestial, o de otra forma no es una realidad en absoluto. Su nueva vida es una vida divina. Esa es la razón por la que resulta imposible que un creyente verdadero continúe viviendo en el mismo estilo de vida pecaminoso que vivió antes de ser salvo.

Muchas personas interpretan el argumento de Pablo en Romanos 6:3-10 como si fuera una referencia al bautismo en agua. Sin embargo, Pablo simplemente está utilizando la analogía física del bautismo en agua para enseñar la realidad espiritual de la unión del creyente con Cristo. El bautismo en agua es la identificación externa de una realidad interna que consiste en la fe en la muerte y resurrección de Jesús. Pablo no estaba defendiendo la salvación por el bautismo en agua, eso sería una contradicción frente a todo lo que acaba de decir en Romanos 3–5 sobre la salvación por gracia y no por obras además que en esos capítulos ni siquiera se menciona el bautismo en agua.

El bautismo en agua era una señal pública de fe en Dios. El apóstol Pedro dijo que el bautismo es una marca de la salvación porque da evidencia externa de

una fe interna en Cristo (1 P. 3:21). Tito dice lo mismo: "Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tit. 3:4-5). Pablo dice en Hechos 22:16, "Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre". Esos versículos no están diciendo que una persona se salve con el agua, sino que el bautismo en agua es un símbolo de fe salvadora genuina.

Los creyentes romanos estaban muy al tanto del símbolo del bautismo. Cuando Pablo dice **no sabéis**, en efecto está diciendo, "¿Acaso ustedes ignoran el significado de su propio bautismo? ¿Han olvidado qué simbolizó su bautismo?" Ellos no sabían que el bautismo en agua simboliza la realidad de ser inmersos en Jesucristo. La tragedia es que muchos confunden el símbolo del bautismo en agua creyendo que es el medio de la salvación y no su demostración externa. Convertir un símbolo en la realidad de lo que representa equivale a eliminar la realidad, que en este caso es la salvación por gracia por medio de la fe en Cristo solamente.

SOMOS IDENTIFICADOS EN LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO

hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; (6:3*b*-5)

El segundo principio que Pablo destaca es una extensión del primero. Todos los cristianos no solamente están identificados con Cristo sino que se identifican con Él de manera específica en su muerte y resurrección.

El elemento inicial del segundo principio es que todos los creyentes verdaderos **hemos sido bautizados en su muerte**. La muerte de Cristo es un hecho histórico que nos hace volver la mirada a la unión que tenemos con Él en la cruz, y la razón por la que **somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva**. Ese es un hecho histórico que nos lleva a considerar nuestra unión con Él en la resurrección.

Esa verdad es demasiado maravillosa como para que nosotros la entendamos plenamente, pero la realidad básica y obvia a que corresponde es que nosotros morimos con Cristo a fin de que podamos tener vida a través de Él y vivir como Él. Pablo hace énfasis otra vez, no tanto en la inmoralidad sino en la imposibilidad de que sigamos viviendo de la manera en que lo hicimos antes de ser salva-

dos. Al confiar en Jesucristo como Señor y Salvador, nosotros fuimos llevados, por un milagro divino inexplicable, dos mil años atrás en la historia, por así decirlo, y se nos hizo participar en la **muerte** de nuestro Salvador y que fuéramos **sepultados juntamente con él**, lo cual constituye una prueba irrefutable de muerte. El propósito de ese acto divino de hacernos pasar por la **muerte** (con la cual se pagó el castigo por nuestro pecado) y la resurrección con Cristo, consistió en darnos la capacidad de ahí en adelante para que **andemos en vida nueva**.

El noble teólogo Charles Hodge lo resumió así: "No puede haber participación en la vida de Cristo sin una participación en su muerte, y no podemos disfrutar los beneficios de su muerte a no ser que seamos partícipes del poder de su vida. Debemos ser reconciliados con Dios a fin de ser santos, y no podemos ser reconciliados sin ser santos como consecuencia de ello" (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, s.f.], p. 195).

Así como la resurrección de Cristo fue la consecuencia cierta de su muerte como el sacrificio por nuestro pecado, también la vida santa del creyente en Cristo es la consecuencia cierta de su muerte al pecado en Cristo.

Nueva es la traducción de *kairos*, que se refiere a una novedad de cualidad y de carácter, no *neos* que se refiere meramente a algo novedoso en un punto del tiempo. Así como el pecado caracterizó nuestra vida vieja, la justicia caracteriza ahora nuestra vida nueva. La Biblia está llena de descripciones de la nueva vida espiritual del creyente. Dice que nosotros recibimos un corazón nuevo (Ez. 36:26), un nuevo espíritu (Ez. 18:31), una canción nueva (Sal. 40:3), y un nombre nuevo (Ap. 2:17). Somos llamados nuevas criaturas (2 Co. 5:17), nueva creación (Gá. 6:15), y nuevo hombre (Ef. 4:24).

Para continuar afirmando la verdad de que esta unión con Cristo en su muerte trae vida nueva y de forma inevitable también una nueva manera de vivir, Pablo dice: **Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección**. En otras palabras, tan pronto murió una vida vieja, necesariamente nació una vida nueva.

El obispo Handley Moule declaró en términos gráficos:

> Nosotros hemos "recibido la reconciliación" para que ahora podamos andar, no alejados de Dios como si hubiéramos salido de una prisión, sino con Dios, como sus hijos y su Hijo. Puesto que somos justificados, hemos de ser santos, separados del pecado, apartados para Dios; no como una mera indicación de que nuestra fe es real, y que por lo tanto estamos seguros legalmente, sino porque somos justificados para este mismo propósito, que podamos ser santos...

Las uvas que hay en una vid no son meras señales vivientes de que la planta es una vid y que está con vida; son el producto por el cual existe la vid.

Algo que no debe pensarse es que el pecador acepte la salvación y después viva para él mismo. Es una contradicción moral del tipo más grave y profundo, y no puede sostenerse sin traicionar un error inicial en todo el credo espiritual del hombre. (*The Epistle to the Romans* [Londres: Pickering & Inglis, s.f.], pp. 160-61).

NUESTRO CUERPO DE PECADO HA SIDO DESTRUIDO

sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. (6:6-7)

El tercer principio que Pablo subraya es que el viejo hombre de pecado ha sido eliminado. La frase **sabiendo esto** es obviamente una apelación a lo que debería ser conocimiento común entre los creyentes, aquellos a quienes y acerca de los cuales está hablando Pablo. "Ustedes deberían ser muy conscientes", les estaba diciendo, "de que en Cristo ustedes no son la misma clase de gente que eran antes de la salvación. Ustedes tienen una vida nueva, un nuevo corazón, una nueva fortaleza espiritual, una nueva esperanza, y muchas otras cosas nuevas que no existían en su vida antigua". Cuando Cristo nos redimió, **nuestro viejo hombre fue crucificado**, es decir, fue sometido a muerte y destruido por completo.

Viejo no es la traducción del término *archaios* que simplemente hace referencia a edad cronológica, sino de *palaios*, que se refiere a algo desgastado por completo e inútil, algo que solamente sirve para ser echado fuera en el montón de desechos y que para todos los fines prácticos es destruido. En un pasaje de Colosenses citado anteriormente, Pablo declara "Con Cristo estoy juntamente crucificado", es decir, "mi viejo yo" está muerto y ya no existe, "y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gá. 2:20). En otras palabras, nuestra nueva vida como cristianos no es una vida vieja reestrenada, sino una vida nueva otorgada por Dios que es la vida misma de Cristo.

Cuando se comparan Escrituras con Escrituras, como debe hacerse en todo estudio responsable de ellas, queda claro que el "viejo hombre" al que Pablo se refiere en Romanos 6 no es otro que el hombre no regenerado y descendido de Adán que se describió en el capítulo 5, la persona que está apartada de la redención divina y de la vida nueva que trae.

La visión dualista según la cual un cristiano posee dos naturalezas hace uso de terminología no bíblica y puede llevar a una percepción que es destructiva en extremo del vivir en santidad. Algunos que sostienen esas opiniones llegan al extremo corrompido en que cayeron los gnósticos en tiempo de Pablo, afirmando que debido a que el mal no puede ser controlado o alterado y puesto que de todas maneras va a ser destruido en el futuro lejano, no importa mucho lo que

se le permita hacer. Son únicamente las cosas "espirituales", tales como los pensamientos y las intenciones, las que son de verdadera importancia. No es de sorprenderse que en congregaciones donde impera esa filosofía, sea común la conducta inmoral entre los miembros y los líderes, y usualmente inexistente la disciplina eclesiástica.

Pablo asevera que los cristianos bien enseñados saben que esa visión pervertida de la libertad cristiana es falsa y destructiva, y que debería ser condenada sin reservas en la iglesia. En Romanos 6:6 Pablo menciona tres verdades maravillosas que deberían proteger a los creyentes de acoger opiniones falsas de esa magnitud acerca de la naturaleza vieja y la naturaleza nueva.

La primera verdad es que **nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él**, es decir con Cristo. La crucifixión no solamente produce sufrimiento en extremo; produce la muerte. Ser crucificado equivale a morir. El **viejo hombre** de cada creyente **fue crucificado juntamente con** su Señor, o de otra forma no ha sido salvo.

En Efesios, Pablo escribe algunos detalles acerca del **viejo hombre**. Él dice a los creyentes: "Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad" (Ef. 4:20-24). ¡El *nuevo hombre* del cristiano ha sido creado conforme a la imagen y semejanza de Dios mismo!

Como John Murray y otros estudiosos del Nuevo Testamento han señalado, las expresiones "despojaos" (v. 22) y "vestíos" (v. 24) traducen infinitivos griegos que en este contexto deben traducirse como infinitivos de resultado. En otras palabras, Pablo no está dando una amonestación o un mandato sino que más bien está haciendo la afirmación de un hecho que ya se ha realizado y completado. Murray traduce el versículo 22 de esta manera: "Por esa razón ya os habéis despojado del viejo hombre y su pasada manera de vivir" (*Principles of Conduct* [Grand Rapids: Eerdmans, 1957], véase pp. 211-19).

Otro erudito, el obispo Handley Moule, tradujo ese versículo de esta manera: "Nuestro viejo hombre, nuestra vieja condición, la cual estaba fuera de Cristo y bajo el mando de Adán, bajo culpa y yugo moral, fue crucificado con Cristo" (*the Epistle to the Romans* [Londres: Pickering & Inglis, s.f.], p. 164). Otro expositor y comentarista, el finado Martyn Lloyd-Jones lo tradujo: "No sigan viviendo como si todavía fueran ese viejo hombre, porque ese viejo hombre ha muerto. No sigan viviendo como si todavía estuviera allí" (*Romans: An Exposition of Chapter 6* [Grand Rapids: Zondervan, 1972], p. 64).

Aun si el versículo 22 es tomado como un mandato, no se trataría de un mandato para rechazar los dictados de nuestro viejo yo, acerca del cual el após-

tol acaba de declarar que ha sido crucificado y ya está muerto, y por lo tanto ya no puede dictar nuestra conducta. Se trataría más bien de un mandato para que no sigamos los recuerdos que quedan de sus hábitos pecaminosos, como si todavía estuviésemos bajo su malvado avasallamiento.

Declarando nuevamente que los creyentes verdaderos ya han sido retirados de la presencia y el control del viejo hombre de pecado, Pablo dice a la iglesia de Galacia: "Los que son de Cristo *han crucificado* la carne con sus pasiones y deseos" (Gá. 5:24, cursivas añadidas).

En un pasaje casi paralelo en Colosenses, Pablo afirma claramente que el despojarse del viejo hombre es para el creyente un acto culminado, un hecho realizado de manera irreversible. "No mintáis los unos a los otros", dice, "habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno" (Col. 3:9-10). No era que todo creyente de Colosas ya fuera plenamente maduro y se las había arreglado para adquirir dominio completo sobre el viejo yo residual. Pablo estaba diciendo más bien que *todo* creyente, en cualquier nivel de madurez, puede afirmar que *ya se ha despojado* de su viejo hombre "con sus hechos" pecaminosos. Exactamente de la misma forma, su nuevo hombre en Cristo ya "se va renovando" de conformidad con la imagen misma del Dios que lo creó de nuevo.

La segunda gran verdad que Pablo da en el versículo 6 acerca de la vieja y la nueva disposición es que nuestro **cuerpo del pecado sea destruido**. La expresión **sea** no alude aquí a una idea de posibilidad sino que es una forma idiomática de afirmar un hecho ya existente. En otras palabras, nuestra muerte histórica al pecado en la cruz con Cristo resulta en que nuestro **pecado** queda **destruido**. Esas verdades son tan sinónimas que el versículo 6 casi es una tautología. El pecado que está muerto (**crucificado**) obviamente es **destruido**. Pablo expresa la verdad de esas dos maneras diferentes a fin de hacer más entendible su punto y para remover cualquier posible ambigüedad.

La palabra *katargeō* (**destruido**) significa literalmente: "dejar inoperante o inválido", hacer que algo pierda su eficacia al quitar su poder de control. Su significado también puede verse en la traducción que se hace del término en otros pasajes de Romanos tales como 3:3 ("hacer nulo"), 31 ("invalidar"), 4:14 ("anulado"), 7:2 ("quedar libre").

Como todo cristiano maduro aprende, entre más crece en Cristo, más se hace consciente del pecado en su propia vida. En muchos lugares, Pablo utiliza los términos *cuerpo* y *carne* para referirse a las propensiones pecaminosas que están entremezcladas con las debilidades y placeres físicos (véase por ejemplo, Ro. 8:10-11, 13, 23). El nuevo nacimiento en Cristo trae muerte al ego pecaminoso, pero no trae muerte a la carne temporal y sus inclinaciones a la corrupción hasta la glorificación futura. Obviamente, el cuerpo de un cristiano es potencial-

mente bueno y fue creado con el propósito de hacer únicamente cosas buenas, de otra forma Pablo no habría mandado a los creyentes que presentaran sus cuerpos a Dios "en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Ro. 12:1). El cuerpo puede responder positivamente a la nueva disposición de santidad, pero no siempre lo hace.

Como Pablo explica en mayor detalle en el capítulo 7 de su carta, la humanidad no redimida de un creyente, de la cual él utiliza la suya propia como un ejemplo, permanece con él hasta que es transformado para entrar a la gloria celestial. Como lo enseñan claramente las Escrituras y también la experiencia, la humanidad que queda de algún modo retiene ciertas debilidades y propensiones a pecar. La tiranía y el castigo que el pecado ejerce e inflige en la vida del cristiano han sido quebrantados, pero el potencial de expresión del pecado en su vida todavía no ha sido plenamente removido. Las debilidades e instintos humanos del creyente le hacen estar en capacidad de sucumbir a las tentaciones de Satanás cuando vive apartado de la Palabra y el poder del Espíritu. Es una criatura nueva, redimida y santa, pero encarcelada por un tiempo en la carne no redimida.

Para combatir esos residuos de debilidad con respecto al pecado, el apóstol amonesta a los creyentes más adelante en este capítulo que: "Así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia" (Ro. 6:19).

La tercera verdad que Pablo presenta en el versículo 6 acerca de la naturaleza vieja y la nueva, es **que no sirvamos más al pecado**. De nuevo, la traducción deja el significado un poco ambiguo, pero como el apóstol dice de manera inequívoca unos cuantos versículos más adelante: "Gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, *habéis obedecido* de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; *y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia*" (Ro. 6:17-18; cursivas añadidas). Todos los verbos en esos dos versículos dejan claro que la esclavitud de un creyente bajo el pecado ya ha sido quebrantada por que y de ahí en adelante se convierte en una cosa del pasado. Varios versículos más adelante, Pablo reitera la verdad de que la nueva servidumbre del creyente en función de la justicia se hace posible gracias a que él es *ahora* siervo de Dios (v. 22).

En otras palabras, el contexto inmediato de la frase **que no sirvamos más al pecado** tiene el significado más preciso e importante en extremo, de que los creyentes *no pueden* servir **más al pecado**. Como se indicó, Pablo no enseña que un cristiano ya no sea *capaz* de cometer pecado sino que ya no se encuentra bajo la compulsión y la tiranía del pecado, ni tiene la obligación de obedecer al pecado como antes cuando lo hacía casi que en cumplimiento de un deber. Para todos los cristianos genuinos, la *esclavitud* al pecado ha dejado de existir para siempre.

La razón, por supuesto, es que **el que ha muerto, ha sido justificado del pecado.** Debido a que la vida vieja **ha muerto**, lo que caracterizaba la vida vieja ha muerto con ella, siendo lo más importante la esclavitud al **pecado**, de la cual son libres para siempre todos los que han sido **justificados**.

En su primera epístola, Pedro hace un fuerte énfasis en esa verdad. "Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios" (1 P. 4:1-2). Sin embargo, Pedro no está enseñando la perfección sin pecado en esta vida terrenal presente, porque él prosigue a dar la severa advertencia: "Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno" (v. 15).

Martyn Lloyd-Jones ofrece una útil ilustración de la relación que el creyente tiene con su vieja disposición para el pecado (*Romans: An Exposition of Chapter 6* [Grand Rapids: Zondervan, 1972], pp. 26-27). Él habla de dos campos contiguos, Satanás es dueño de uno y Dios es el dueño del otro. Los campos están separados por un camino. Antes de la salvación, una persona vive en el campo de Satanás y está totalmente sometida a su jurisdicción. Después de la salvación, la persona pasa a trabajar en el otro campo, sujeta ahora únicamente a la jurisdicción de Dios. Sin embargo, mientras está labrando la tierra en el nuevo campo, el creyente es objeto de la zalamería de su antiguo amo, el cual busca seducirle para que regrese a las viejas andanzas del pecado. Satanás tiene éxito con frecuencia en desviar temporalmente la atención del creyente de su nuevo Amo y su nuevo estilo de vida, pero no tiene poder para devolver al creyente al viejo campo del pecado y de la muerte.

LA MUERTE ÚNICA DE CRISTO FUE UNA MUERTE AL PECADO

Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. (6:8-10)

El cuarto principio es que la muerte de Cristo al pecado una vez y para siempre no solamente trajo como consecuencia la muerte del pecado sino también la muerte de la muerte para aquellos que por fe han muerto con Él. Estos tres versículos constituyen esencialmente un resumen de lo que Pablo acaba de enseñar acerca de la muerte del creyente al pecado y su nueva vida en Cristo. Aquí también hace hincapié en la permanencia de esa verdad admirable y gloriosa.

La seguridad de que **viviremos con él** se aplica obviamente a la presencia

definitiva y eterna del creyente con Cristo en el cielo, pero el contexto tiene como foco principal la vida santa, y este es un fuerte indicio de que Pablo está hablando primordialmente acerca de nuestra vida **con Él** en justicia durante esta vida presente. En griego, como en otros idiomas, el tiempo futuro transmite con frecuencia la idea de certidumbre absoluta. Ese parece ser el caso en el uso que Pablo hace de *suzaō* (o *sunzaō*), que se traduce aquí **viviremos**. Como el apóstol deja claro en el versículo 10 con relación a Cristo, él no está hablando meramente de existir en la presencia de Dios sino de vivir para Dios, esto es, llevar una vida plenamente coherente con la santidad de Dios.

Construyendo su argumento a partir de ese pensamiento, Pablo prosigue a decir: **sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él**. El punto es que, debido a que *nosotros* hemos muerto y sido resucitados con Cristo (vv. 3-5), nosotros al igual que Él, tampoco morimos. El pecado que nos había sujetado a la muerte ya no se puede enseñorear de nosotros así como **no se enseñorea más de él**. Tampoco puede ser nunca jamás nuestro ejecutor.

El punto culminante de esta sección del capítulo 6 es que **en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive.** Debido a que la muerte es la paga del pecado (Ro. 6:23), quebrantar el dominio del pecado equivale a destruir el imperio de la muerte.

Hay dos verdades extremadamente importantes en el versículo 10 que deben destacarse. La primera es que Cristo **murió al pecado**. Habiendo llevado una vida sin pecado y perfecta durante su encarnación, Cristo obviamente nunca tuvo la misma relación con el pecado que tienen todos los demás seres humanos. Él no solamente nunca fue dominado por el pecado sino que jamás cometió un pecado, ni siquiera el más mínimo pecado que pueda imaginarse. Nos preguntamos entonces, ¿cómo pudo Él haber muerto **al pecado**? No obstante, es claro a partir de este versículo que en cualquier sentido en que Cristo haya muerto al pecado, los creyentes también han muerto al pecado.

Algunos sugieren que los creyentes han muerto al pecado en el sentido de que ya no son sensibles a los encantos del pecado, pero esa opinión no es congruente con la experiencia cristiana, y obviamente no pudo haberse aplicado a Cristo, quien para empezar nunca fue "sensible a los encantos del pecado". Otros sugieren que Pablo está enseñando que los creyentes *debieran* morir al pecado; pero aquí de nuevo, esa interpretación no podría aplicarse a Cristo. Tampoco podría significar que Cristo murió al pecado en el sentido de que llegó a ser perfecto, porque Él siempre fue perfecto.

Parece que Pablo quiere dar a entender dos cosas al declarar que Cristo murió al pecado. En primer lugar, Él murió a la *paga* del pecado al tomar sobre sí mismo los pecados del mundo entero. Él satisfizo la demanda legal del pecado en favor de todos los seres humanos que confiaran en Él. Por su fe en Él, investidos

de poder por su gracia divina y sin límites, los creyentes han muerto al pecado en un sentido jurídico. En segundo lugar, Cristo murió al *poder* del pecado, rompiendo para siempre su poder sobre aquellos que pertenecen a Dios mediante su fe en su Hijo. Pablo aseguró hasta a los creyentes inmaduros y propensos al pecado de la iglesia de Corinto, que Dios "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21).

Fue tal vez esa doble verdad de que los creyentes mueren tanto a la paga como al poder del pecado, la que Augusto Toplady tuvo en mente cuando escribió la bella frase de su grandioso himno "Roca de la Eternidad": "Sé del pecado la doble cura, sálvame de la ira y hazme puro".

El segundo énfasis crucial en el versículo 10 es que Cristo **al pecado murió una vez por todas**. Él alcanzó una victoria que nunca será necesario repetir, y esta es una profunda verdad que el escritor de Hebreos recalca una y otra vez (7:26-27; 9:12, 28; 10:10; cp. 1 P. 3:18).

Además de estar identificados concretamente con Cristo en los sentidos mencionados por Pablo en este pasaje, a saber, su muerte y resurrección, la destrucción del cuerpo de pecado, y la muerte al pecado, los creyentes también llegan a asemejarse a su Señor por analogía en su nacimiento de una virgen, en el sentido de que tanto Él en su nacimiento físico como los creyentes en sus nacimientos espirituales, han sido concebidos por el Espíritu Santo. Él se identificó con nuestra humanidad en su encarnación; luego mediante su circuncisión se colocó temporalmente bajo la autoridad de la ley mosaica a fin de redimir a quienes se encontraban bajo la ley (Col. 2:11). También podemos identificarnos con nuestro Señor en sus sufrimientos, cuando nosotros al igual que Pablo, llevamos las marcas de haber padecido por amor a Él y su causa. En muchas formas y sentidos, los creyentes están identificados de una manera tan completa e inextricable con el Señor Jesucristo, que Él mismo "no se avergüenza de llamarlos hermanos" (He. 2:11).

Vivos para Dios

24

Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. (6:11-14)

Después que Lázaro había estado muerto por cuatro días, Jesús le llamó para que saliera de la tumba. Cuando salió todavía estaba envuelto de pies a cabeza en sus vendas y sudario, y Jesús dio esta instrucción a quienes estaban cerca de allí: "Desatadle, y dejadle ir" (Jn. 11:44).

Esa historia es un retrato vívido de la condición de un creyente en el momento de su conversión. Queda vivo espiritualmente y a plenitud cuando confía en Cristo como Salvador y Señor, pero todavía está atado, por decirlo así, con las mortajas de su vieja vida de pecado. La diferencia, por supuesto, es que toda la vieja vestimenta pecaminosa de un creyente no es despojada de inmediato como sucedió con las vendas de Lázaro. No sólo eso, sino que los creyentes se ven tentados continuamente a ponerse otra vez los harapos viejos del pecado. Es esa batalla continua con el pecado y Satanás lo que Pablo reconoce aquí en Romanos 6:11-14.

Tras recordar a sus lectores que han muerto al pecado y han sido resucitados a una nueva vida con Cristo, el apóstol dirige ahora su atención a la necesidad de quitarse las viejas vendas sepulcrales y vivir la vida nueva a la plenitud de la justicia de Cristo y para su gloria.

En el capítulo 7 Pablo se toma a sí mismo como ejemplo para tratar en mayor detalle la batalla del creyente con los viejos hábitos e inclinaciones pecaminosas. Él confiesa que aun siendo apóstol, él mismo no entendía completamente por qué, puesto que él ya había muerto al pecado, la batalla contra el pecado todavía

seguía librándose en su interior. "Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago" (Ro. 7:15). Sin embargo, él sabe dónde radica el problema y lo declara dos versículos más adelante: "Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo" (v. 18).

En el pasaje correspondiente a este capítulo, Pablo responde otra vez a cuestiones sobre las que él sabía que sus lectores tendrían inquietudes: "Si en realidad hemos sido libertados del pecado por Cristo (v. 7), ¿por qué el pecado nos sigue creando tantos problemas? Si ahora somos santos ante Dios, ¿por qué nuestras vidas se alejan tanto de la santidad en muchas ocasiones? Si nosotros *somos* justos, ¿cómo pueden nuestras vidas manifestar mejor esa justicia?" Tres palabras clave resumen las respuestas presentadas en 6:11-14 a estos interrogantes: *saber*, *considerar* y *presentar*.

SABER

Así también (6:11*a*)

La primera palabra clave (*saber*) tiene que ver con la mente y se encuentra implícita en la frase transicional **así también**. Esas dos palabras son cruciales para la explicación de Pablo porque se refieren a las verdades que él acaba de dar en los primeros diez versículos del capítulo. La idea es: "Ustedes deben *saber y creer plenamente* lo que acabé de decir, o de otro modo lo que estoy a punto de decir no tendrá sentido. La verdad de que ustedes están espiritualmente muertos al pecado, y la realidad de que ustedes espiritualmente vivos para Cristo no son conceptos abstractos que sus mentes finitas deban tratar de verificar. Son axiomas fundamentales revelados por Dios sobre los que se basa la vida cristiana y aparte de los cuales ustedes nunca pueden tener la esperanza de vivir las vidas santas que el nuevo Señor de ustedes demanda".

Al darse cuenta de la importancia de las verdades que presenta en los versículos 1-10, Pablo utiliza diversas formas de *saber* y *creer* unas cuatro veces (vv. 3, 6, 8, 9), y en otros lugares implica que sus lectores conocen ciertas verdades adicionales (véase por ejemplo, vv. 2, 5, 7).

La exhortación con las Escrituras *siempre* se cimienta en el conocimiento espiritual. Aunque Dios habría podido limitarse a entregar a los hombres una lista de órdenes y prohibiciones no explicadas, en su gracia y compasión Él no optó por ser autócrata. La razón básica que Él revela en cuanto a por qué los hombres deben vivir de acuerdo a sus estándares quedó resumida en su declaración al Israel antiguo: "Seréis santos, porque yo soy santo" (Lv. 11:44). Citando ese mismo mandato, Pedro amonesta a los cristianos: "Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra

manera de vivir. Porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 P. 1:15-16).

La Biblia está llena de mandamientos y parámetros de conducta específicos, y detrás de todos ellos hay verdades divinas tanto explícitas como implícitas, sobre las cuales se fundamentan esos mandatos y parámetros.

Pablo acaba de declarar que nosotros como creyentes, estamos unidos con Jesucristo en su muerte y gracias a Él ha quedado pagada la deuda y el castigo debido a nuestro pecado. Hemos sido levantados con nuestro Señor Jesucristo en su resurrección y por lo tanto somos capaces de andar en novedad de vida. Puesto que Cristo nunca morirá otra vez al pecado, nosotros tampoco moriremos otra vez al pecado.

Para que un cristiano viva en la práctica la plenitud de su nueva vida en Cristo, para que verdaderamente viva como la nueva criatura que es, esa persona *debe* saber y creer que ya no es lo que era antes. *Debe* entender que no es un pecador remodelado sino un santo rehecho. *Debe* entender que a pesar de su conflicto con el pecado en el presente, ya no se encuentra bajo la tiranía del pecado ni volverá a estarlo. Para el cristiano resulta esencial tener un entendimiento verdadero de su identidad.

A través de Oseas el Señor se lamentó: "Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos" (Os. 4:6). Isaías declaró: "Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla Jehová: Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí. El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento" (Is. 1:2-3). Pablo amonestó a los creyentes en Filipos: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad" (Fil. 4:8). Él recordó a los creyentes colosenses que ellos ya se habían "revestido del nuevo [hombre], el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno" (Col. 3:10). Llevar una vida divina fiel sin conocimiento divino es algo imposible.

CONSIDERAR

vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; (6:11*b*-12)

La segunda palabra clave (**consideraos**) tiene que ver más con lo que noso-

tros llamaríamos el corazón. En su sentido literal, *logizomai* significa simplemente contar o enumerar algo. Jesús la empleó acerca de Él mismo durante la última cena cuando declaró a los discípulos que Él era Aquel que "fue contado con los inicuos" sobre quien profetizó Isaías (Lc. 22:37; cp. Is. 53:12). Pero la palabra se usaba comúnmente en un sentido metafórico para afirmar plenamente una verdad, para dar a entender que se tenía una confianza interna sin reservas en la realidad de lo que la mente reconoce. Aunque en realidad ambos aspectos tienen lugar en la mente, nosotros pensamos acerca de esto en el sentido de una "corazonada" o algo que conocemos por intuición.

En el siguiente capítulo de su epístola Pablo pasa a ilustrar a partir de su propia vida cuán difícil es para un cristiano darse cuenta en su propia experiencia de que en realidad es libre del yugo del pecado. Cuando miramos honestamente nuestras propias vidas después de la salvación, resulta más que obvio el hecho de que la contaminación del pecado sigue presente en diversos grados para cada uno de nosotros. Sin importar cuán radical hayan sido la transformación y mejoría externas que experimentamos en el tiempo de nuestra salvación, es difícil comprender que ya no tenemos la naturaleza caída del pecado y que nuestra nueva naturaleza es divina en realidad. Es difícil darse cuenta de que en realidad somos habitados por el Espíritu Santo y que Dios nos llama ahora sus hijos y nos considera aptos para vivir con Él por la eternidad en su cielo.

Para ayudarnos en este paso de **considerarnos**, es ventajoso tener en cuenta que existe una serie de razones por las que muchas veces resulta difícil para los creyentes comprender que ahora son libres de la esclavitud del pecado. Muchos de ellos no se dan cuenta de esa verdad maravillosa porque nunca han escuchado acerca de ella. Suponen, o quizás se les ha enseñado erróneamente, que la salvación trae consigo únicamente una santidad jurídica o transaccional, que debido a su confianza en Cristo, ahora Dios los *aprecia* como santos pero que su relación básica con el pecado sigue siendo la misma que han tenido siempre, y que esto no cambiará hasta que vayan a estar con Cristo en la gloria. Esa visión de la salvación incluye a menudo la idea de que, a pesar de que la confianza en Cristo le trae al creyente una nueva naturaleza, la vieja naturaleza sigue operando plenamente en su interior, y que la vida del cristiano es en esencia una batalla entre estas dos naturalezas que residen dentro de él. Esto en últimas hace que la salvación parezca más una "adición" que una "transformación".

Una segunda razón por la que los cristianos tienen dificultad para creer que en realidad son libres de la tiranía del pecado es que Satanás no tiene ningún interés en que lo crean. Si el enemigo de nuestras almas y el acusador de los hermanos puede hacernos creer que sigue dominando nuestras vidas terrenales, debilita nuestra determinación para vivir en justicia haciendo que parezca una decisión sin esperanza ni realismo.

Una tercera razón por la que los cristianos tienen dificultad para creer que

son libres de la compulsión del pecado es que la realidad del nuevo nacimiento en Cristo no es experimental, no puede ser objeto de observación y verificación física. La redención es una transacción divina y espiritual que puede o no verse acompañada por experiencias físicas o emocionales. Un creyente no puede percibir o experimentar de alguna manera *humanamente* verificable el momento de su muerte y resurrección con Cristo.

Una cuarta razón y tal vez la más común por la que los cristianos tienen dificultad para creer que han sido libertados de la tiranía del pecado mientras aún están en la tierra es que su batalla continua con el pecado parece contradecir esa verdad casi de manera constante. Si ellos tienen una nueva disposición santa y el control del pecado ha sido en verdad quebrantado, se preguntan ellos, ¿por qué tienen todavía tentaciones tan fuertes y por qué sucumben con tanta frecuencia?

La respuesta de Pablo es: **vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro**. Él no estaba hablando de un juego psicológico en sus mentes con el cual se mantuvieran afirmando algo una y otra vez hasta que se convencieran en contra del sentido común o de la realidad misma de que es cierto. Nosotros sabemos que estamos **muertos al pecado** y **vivos para Dios en Cristo Jesús**, porque la Palabra de Dios declara que esto es así. En otras palabras, se trata de verdades de fe y deben ser afirmadas por fe.

David C. Needham escribió: "¿Qué podría ser más frustrante que ser un cristiano cuya opinión básica acerca de sí mismo consiste en que es un pecador centrado en sí mismo, y que no obstante su propósito en la vida es producir una santidad centrada en Dios?" (*Birthright: Christian, Do You Know Who You Are?* [Portland: Multnomah, 1979], p. 69). Hasta que un creyente acepte la verdad de que Cristo ha quebrantado el poder del pecado sobre su vida, no puede vivir en victoria porque en lo más profundo de su ser no piensa que sea posible.

El comentarista Donald Grey Barnhouse dijo:

> Años atrás, en medio de una revolución en Latinoamérica, un ciudadano estadounidense fue capturado y sentenciado a muerte; pero un oficial de los Estados Unidos corrió de prisa frente al escuadrón de fusilamiento y envolvió por completo a la víctima con una bandera de los Estados Unidos. "¡Si ustedes fusilan a este hombre", gritó, "van a hacer fuego contra la bandera de los Estados Unidos y van a traer sobre sus cabezas la ira de una nación entera!" El revolucionario encargado soltó de inmediato al prisionero. (*Romans: God's Freedom* [Grand Rapids: Eerdmans, 1961], p. 118).

De una manera similar, la justicia de Cristo envuelve por completo a cada creyente, protegiéndole de los ataques mortíferos del pecado.

Nosotros creemos que estamos en el propósito, el plan, la presencia y el poder eternos de Dios porque su Palabra nos asegura que lo estamos. Pablo aseguró a los creyentes efesios que Dios los "escogió en él [Cristo] antes de la fundación del mundo, para que fuésemos y sin mancha delante de él" (Ef. 1:4). A la iglesia en Filipos escribió: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo; ... Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 1:6; 2:12-13).

Hay muchos resultados importantes y prácticos por el hecho de considerarnos a nosotros mismos **muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús**. En primer lugar, podemos tener confianza y seguridad en medio de la tentación, sabiendo que con la tiranía quebrantada del pecado *podemos* resistirla con éxito en el poder de Dios: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar" (1 Co. 10:13).

En segundo lugar, tenemos seguridad y confianza de que no podemos quedar fuera del alcance de la gracia de Dios por pecar. Así como hemos sido salvados por el poder de Dios solamente, somos guardados por su poder y nada más. "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (Jn. 10:27-29).

En tercer lugar, cuando en verdad nos consideramos muertos al pecado y vivos para Cristo, tenemos confianza al enfrentar la muerte. "Yo soy la resurrección y la vida", dijo Jesús, "el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente" (Jn. 11:25-26; cp. He. 2:14).

En cuarto lugar, sabemos que sin importar lo que suceda con nosotros en esta vida, sin importar cuán desastroso pueda llegar a ser, Dios lo usará no solamente para su gloria sino también para nuestra bendición. "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados" (Ro. 8:28).

Todas esas cosas y muchas más, son ciertas porque nosotros estamos **muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro**. Ninguna religión en el mundo hace o puede hacer tal afirmación. Ni siquiera el más apasionado musulmán afirma estar *en* Mahoma o *en* Alá. Los budistas no afirman estar *en* Buda y los hindúes tampoco afirman estar *en* alguno de sus innumerables dioses. En cambio nosotros como cristianos, sabemos que Dios "nos bendijo con *toda bendición espiritual* en los lugares celestiales en Cristo" (Ef. 1:3, cursivas añadidas).

PRESENTAR

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. (6:12-14)

La tercera palabra clave es *presentar* o rendir (v. 13), que obviamente tiene que ver con la voluntad. Debido **pues** a las verdades inaccesibles a toda comprensión humana acerca de su relación con Dios, las cuales el creyente conoce con su mente y con las cuales se siente profundamente comprometido en su corazón, él está en capacidad de ejercer su voluntad con éxito en contra del **pecado**, y por el poder de Dios, evitar que **reine** en su **cuerpo mortal**.

En esta vida presente, el **pecado** siempre será una fuerza poderosa con la que el creyente va a tener que ajustar cuentas. Pero ya ha dejado de ser un amo y señor en su vida, por lo cual puede y debe ser resistido. El **pecado** es personificado por Pablo como un monarca destronado pero todavía poderoso que está determinado a **reinar** en la vida del creyente tal como lo hizo antes de la salvación. La amonestación del apóstol a los creyentes, por lo tanto, es en el sentido de que no permitan que **el pecado reine**, por cuanto ahora ya no tiene derecho de reinar. Ya no tiene poder para controlar a un creyente a no ser que el creyente elija obedecer **sus concupiscencias**.

Pedro hace una apelación similar. Puesto que "vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios", él dice, "yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma" (1 P. 2:9, 11). En el momento en que son salvados, los cristianos se convierten en ciudadanos del reino de justicia de Dios, y por esa razón también se convierten en extranjeros y peregrinos con respecto al dominio de pecado y muerte de Satanás.

Puesto que el creyente es una nueva criatura en Cristo, su alma inmortal está para siempre fuera del alcance del pecado. El único reducto que queda donde el pecado se atrinchera y puede atacar a un cristiano es su **cuerpo mortal**. Un día ese cuerpo será glorificado y quedará para siempre fuera del alcance del pecado, pero en el tiempo que queda sigue siendo **mortal**, esto es, sujeto a corrupción y a muerte. Todavía tiene **concupiscencias** pecaminosas porque el cerebro y los procesos mentales son parte del **cuerpo mortal**, y Satanás puede usar esas **concupiscencias** para seducir en todas las formas que pueda a los miembros del pueblo de Dios a fin de hacerlos volver al pecado.

Pablo declara más adelante en su carta: "Porque sabemos que toda la crea-

ción gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Ro. 8:22-23). Para enseñar esa misma verdad a los creyentes filipenses escribió: "Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:20-21). Y a los corintios escribió: "Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Co. 15:53).

Es debido a que nuestros cuerpos mortales todavía están sujetos al pecado que Pablo dice, **ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad**. Él no hace advertencias con respecto a que el pecado pueda reinar en nuestras almas o nuestros espíritus, sino únicamente sobre la posibilidad de que reine en nuestros cuerpos, porque ese es el único lugar en un cristiano donde el pecado puede operar. Por eso es que más adelante en su epístola él se lamenta: "Y yo sé que en mí, esto es, en mi *carne*, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis *miembros*, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis *miembros*" (Ro. 7:18, 22-23). Luego concluye: "¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este *cuerpo* de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la *carne* a la ley del pecado" (Ro. 7:24-25; cursivas añadidas).

Es debido a que la guerra del cristiano contra el pecado es librada en su propio cuerpo, que el apóstol también declaró: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros *cuerpos* en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Ro. 12:1), y "golpeo mi *cuerpo*, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Co. 9:27; cursivas añadidas).

Es obvio que el pecado *puede* reinar en nuestros cuerpos, de otro modo la amonestación de Pablo no tendría sentido, pero también debe ser obvio que el pecado no *tiene que* reinar allí, o la advertencia tampoco tendría sentido. Por lo tanto ordena: **ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia**.

Por definición, un mandato presupone una voluntad presente en quien lo recibe. Los mandatos en la Palabra de Dios no son excepciones a esta definición. Por ende, es acerca de la voluntad del cristiano que Pablo está hablando

aquí. Para que un pecado tenga poder sobre un hijo de Dios, ese pecado debe haber pasado primero por su voluntad. Es por esa razón que Pablo exhorta a los creyentes: "Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por buena voluntad" (Fil. 2:13-14). La voluntad de Dios puede ser activa en nuestras vidas únicamente en la medida en que nuestras voluntades se sometan a la de Él.

Cuando un creyente presenta **los miembros de** su cuerpo **al pecado**, esos miembros se convierten en **instrumentos de iniquidad**. Por otra parte, cuando en obediencia a su Padre celestial él se presenta a sí mismo como alguien **vivo de entre los muertos** que todavía están sujetos a pecado y muerte, esos mismos **miembros** se convierten en **instrumentos** santos **de justicia** para Dios.

En el versículo 14, Pablo pasa de una admonición a una declaración, ofreciendo las afianzadas palabras: **Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.**

La **ley** de Dios "es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Ro. 7:12), pero la **ley** no puede quebrantar el poder ni el castigo del pecado. Sólo puede reprender, coartar y condenar. El cristiano ya no está **bajo** la condenación de la **ley** de Dios sino que ahora está **bajo** el poder redentor de su **gracia**. Es en el poder de esa gracia que el Señor le llama a vivir.

Visite:

www.dcristo.net

(Comunidad 100% Cristiana)

Libres del pecado

25

¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro. (6:15-23)

El pecado es el poder más devastador, debilitante y degenerativo que haya entrado jamás a la raza humana. De hecho, su malignidad corrompió a la creación entera, la cual "gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora" (Ro. 8:22).

La Biblia caracteriza el pecado y sus efectos de muchas maneras. Se refiere a él como algo que envilece y contamina el alma. Es para el alma humana lo que la corrosión es a un metal precioso o las emanaciones de humo tóxico que cubren un cielo hermoso. El pecado es llamado "trapo asqueroso" (Is. 30:22), y es comparado al "veneno de serpientes" y a "ponzoña cruel de áspides" (Dt. 32:33). Aun ciertas cosas que los hombres consideran justas son como un "trapo de inmundicia" (literalmente, "paño menstrual") ante los ojos de Dios (Is. 64:6; cp. Zac. 3:3-4). Pablo se refiere al pecado como "toda contaminación de carne y de espíritu" (2 Co. 7:1) y a los pecadores como aquellos cuyas mentes y conciencias "están corrompidas" (Tit. 1:15).

El pecado es rebelde, ignora y hasta pisotea la Palabra de Dios. Alguien ha llamado al pecado el asesino pretendido de Dios, porque si le fuera posible, al pecado le gustaría destruir a Dios al lado de su justicia.

El pecado es ingrato, se niega a reconocer a Dios como la fuente de toda buena dádiva. El pecador se sacia de las generosas provisiones de Dios que están a su alrededor, pero no da crédito y mucho menos da gracias a Dios por esas cosas. Toma las bendiciones de Dios y las utiliza para servirse a sí mismo y a Satanás. Todo pecador es como Absalón, el hijo indisciplinado de David quien besó a su padre al mismo tiempo que maquinaba planes para usurpar su trono (véase 2 S. 14:33–15:6).

El pecado es incurable frente a los esfuerzos y la capacidad del hombre mismo. Aun si el hombre caído quisiera deshacerse del pecado, no podría hacerlo, así como a un etíope le resulta imposible mudar su piel y a un leopardo sus manchas (Jer. 13:23). El autor puritano John Flavel comentó acerca del efecto condenatorio del pecado al escribir que si las lágrimas penitentes de un pecador fueran tan innumerables como las gotas de agua que han descendido a la tierra desde la Creación, no podrían lavar un solo pecado.

El pecado es opresivo y se cierne sobre toda la humanidad caída como las tinieblas sobre la noche. Domina la mente (Ro. 1:21), los afectos (Jn. 3:19-21), y la voluntad (Jer. 44:15-17).

El pecado trae control satánico, porque todo pecado contribuye a los fines del "príncipe de la potestad del aire" (Ef. 2:2). Todo pecador no redimido es un hijo espiritual del diablo (Jn. 8:44).

Aunque el pecado promete satisfacción, en lugar de ello trae miseria, frustración y desesperanza. Job se lamentó de que "como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción" (Job 5:7). De hecho, a causa del pecado "la creación fue sujetada a vanidad" (Ro. 8:20).

Lo peor de todo es que el pecado condena el alma no redimida al infierno. En su visión en la isla de Patmos, el apóstol Juan vio "a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que están escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego" (Ap. 20:12-15).

Con la única excepción de Jesucristo, todo ser humano nacido en este mundo ha nacido con una naturaleza pecadora. El hombre natural y no redimido está bajo la tiranía del pecado. El pecado controla sus pensamientos, palabras y acciones, su total existencia. Jesús declaró que "todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado" (Jn. 8:34), y puesto que toda persona no salva es incapaz de cometer algo que no sea pecado, toda persona no salva es un esclavo del pecado.

Como Pablo señala en el presente pasaje, el hombre natural es un esclavo *voluntario* del pecado. Los hombres prueban esa verdad todos los días de sus vidas al rechazar la luz de Dios con la que cuentan. Aunque las personas no regeneradas quieren con frecuencia escapar de las consecuencias desagradables y destructivas de sus pecados, no están dispuestas a renunciar a esos mismos pecados que tanto apetecen.

Con frecuencia se ha señalado que algunos esclavos negros lucharon de buena voluntad al lado de sus amos durante la guerra civil en los Estados Unidos. De forma similar a los pecadores que se oponen y rechazan a Aquel que se ofrece a salvarlos, esos esclavos combatieron a las fuerzas de la Unión que tenían la intención de emanciparlos.

Pablo empezó la principal sección teológica de su epístola con la solemne declaración: "La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres *que detienen con injusticia la verdad*; porque *lo que de Dios se conoce les es manifiesto*, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, *se hacen claramente visibles* desde la creación del mundo, *siendo entendidas* por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa" (Ro. 1:18-20; cursivas añadidas).

El pecado es la realidad terrible, devastadora de vidas y condenadora de almas que reside y crece en el corazón de todo ser humano no redimido como un cáncer incurable. Aun cuando los hombres tratan de escapar del pecado, no lo pueden hacer, y cuando tratan de escapar de su culpabilidad, tampoco pueden. El regalo más grande que Dios pudo dar a la humanidad caída es la libertad del pecado, y ese es precisamente el regalo que Él ofrece por medio de su Hijo, Jesucristo. Es en ese regalo grandioso e insuperable de la redención del pecado que Pablo enfoca ahora su gran mente inspirada.

Al proseguir con su discurso sobre la santificación, Pablo en primer lugar hace que sus lectores cristianos recuerden su nueva servidumbre a la justicia adquirida mediante su confianza en Jesucristo. Su lección primordial en 6:15-23 es que los creyentes en Jesucristo deben vivir en sujeción total a Cristo y su justicia y no retroceder y caer en sus pecados pasados, los cuales ya no tienen derecho sobre ellos. Puesto que ellos han muerto en Cristo al pecado y han sido resucitados con Él a la justicia, ya no se encuentran bajo el dominio del pecado sino que ahora están bajo el señorío de la justicia. Debido a que el cristiano tiene una nueva relación con Dios, también tiene una nueva relación con el pecado. Por primera vez en su vida, está en capacidad de *no* vivir en pecado y también es capaz por primera vez de vivir en justicia.

El desarrollo que Pablo presenta en Romanos 6:15-23 constituye un paralelo frente a los versículos 1-10 (véase cap. 23 de este tomo). Aquí presenta el antagonismo (v. 15*a*), la respuesta (v. 15*b*), el axioma (v. 16), el argumento (vv. 17-22), y lo absoluto (v. 23).

EL ANTAGONISMO

¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? (6:15*a*)

Con su breve pregunta introductoria: **¿Qué, pues?** El apóstol se anticipa nuevamente a las conclusiones falsas que sus antagonistas derivarían de su declaración según la cual los creyentes ya no están "bajo la ley, sino bajo la gracia" (v. 14*b*). Para ellos, la idea de no estar más **bajo la ley, sino bajo la gracia** era equivalente a quedar libre de toda restricción moral. "Si ya no es necesario obedecer la **ley**, y si la **gracia** de Dios cubre todos los pecados", argumentarían ellos, "entonces los creyentes son perfectamente libres de hacer lo que les plazca". Los legalistas judíos, por el otro lado, creían que la obediencia a la ley de Dios era el único camino de salvación. Para ellos, Pablo exaltaba la justicia de labios para afuera, mientras que en realidad estaba dando licencia para pecar a todo el mundo. Ellos acusaban a Pablo de condonar la ilegalidad y la contumacia en el nombre de la **gracia** de Dios.

La doctrina de la gracia siempre ha sido objeto de esa falsa acusación que el apóstol responde primero en la primera mitad del capítulo 6, pero debido a que el malentendido era tan común y el asunto era tan crítico, él procede a dar de nuevo una respuesta desde una perspectiva ligeramente distinta. La doctrina de salvación por la gracia de Dios que obra únicamente a través de la fe del hombre y aparte de obras de cualquier tipo, es lo más alejado de una licencia para pecar que pueda existir.

LA RESPUESTA

En ninguna manera. (6:15*b*)

Pablo hace la misma negación enérgica y enfática que dio en el versículo 2, la cual no da lugar a ambigüedades. La idea literal es: "¡No, no y mil veces no!" La mera sugerencia de que la gracia de Dios sea una licencia para pecar se contradice a sí misma, es una absurdidad lógica, así como moral y espiritual. El propósito mismo de la gracia de Dios es libertar al hombre del pecado. ¿Cómo puede concebirse que la gracia justifique el hecho de continuar en el pecado? La gracia no solamente justifica sino que también transforma la vida de la persona que es salvada. Una vida que no da evidencia de transformación moral y espiritual no está dando evidencia alguna de salvación.

EL AXIOMA

¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois

esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? (6:16)

Un axioma es una verdad general que es tan evidente por sí misma que no necesita ser probada. **¿No sabéis**? es claramente una expresión retórica con la cual Pablo implica que sus lectores reconocerían de inmediato la verdad de lo que estaba a punto de decir si la consideraban con seriedad apenas por un breve instante. ¿Qué podría ser más obvio que el hecho de **que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis**. La expresión **sometéis** indica una *decisión voluntaria* de **obediencia** a un amo y esto hace todavía más obvio el punto que Pablo quiere establecer. Por definición, todos los **esclavos**, en particular aquellos que lo son por voluntad propia, están forzados a una obediencia total a su amo, **aquel a quien** obedecen. Una persona que no está obligada de esa manera no es un esclavo.

El apóstol aplica el axioma al estilo de vida de los creyentes, al tema de la vida santificada acerca del cual ha venido enseñando (vv. 1-14). En relación a la voluntad de Dios, una persona salva tiene dos opciones únicamente: bien **sea** por el pecado, que equivale a desobedecerle, **o sea de la obediencia** a Él. El patrón general de vida de una persona prueba quién es su verdadero amo y señor. Si su vida se caracteriza por el **pecado**, que es lo opuesto a la voluntad de Dios, entonces es un esclavo del pecado. Si su vida está caracterizada por la **obediencia**, lo cual refleja la voluntad de Dios, entonces es un siervo de Dios. El resultado final de la primera esclavitud es **muerte** tanto física como espiritual, mientras que aquel de la segunda esclavitud es la **justicia**, la marca inevitable de la *vida* eterna. Los creyentes somos "hechura [de Dios], creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:10). Una vida habitualmente injusta no puede ser una vida cristiana.

En el capítulo anterior Pablo describió la misma verdad desde la perspectiva opuesta, la del amo. En la vida no regenerada, la vida de Adán, el pecado y la muerte reinan, mientras que en la vida redimida, la vida en Cristo, reinan la justicia y la vida eterna (5:12-21). No hay otra alternativa, no hay terreno neutral. Todos los hombres, o bien son dominados por el pecado, lo cual significa que se encuentran bajo el señorío de Satanás, o son dominados por la justicia, lo cual quiere decir que están bajo el señorío de Jesucristo. Como Mateo Henry observó: "Si queremos saber a cuál de estas dos familias pertenecemos, debemos indagar a cuál de estos dos amos rendimos nuestra obediencia" (*Matthew Henry's Commentary on the Whole Bible*, vol. 6 [Old Tappan, H. J.: Revell, s.f.], p. 405).

Aunque la mente natural, rebelde y hambrienta de libertad se retuerce ante esa verdad, ningún ser humano es su propio amo. La noción popular de que una persona puede dominar su propia vida y destino es un engaño que Satanás ha introducido subrepticiamente en la humanidad desde la caída. De hecho, fue

por medio de esa mentira que Adán y Eva fueron atraídos para cometer el primer pecado. En su advertencia contra los falsos maestros del primer siglo que proclamaban esa atractiva falsedad, Pedro escribió: "Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció" (2 P. 2:18-19). Si se reconoce honestamente la realidad de la situación del hombre, resulta obvio que los seres humanos no son criaturas independientes. No son y no pueden ser libres en el sentido en que el mundo define y valora la libertad.

Muchas personas se oponen a las afirmaciones de Cristo porque tienen miedo de verse en la necesidad de renunciar a sus adoradas libertades. Por supuesto que en realidad no tienen ninguna libertad verdadera que perder. La persona no salva no es libre de hacer el bien o el mal conforme a sus propias decisiones. Está atado y esclavizado al pecado, y la única cosa que *puede* hacer es pecar. Sus únicas decisiones concretas tienen que ver con cuándo, cómo, por qué y a qué grado va a pecar.

También debería ser evidente por sí mismo el hecho de que ningún ser humano puede ser esclavo de dos amos diferentes. "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mt. 6:24).

Lo que Pablo quiere enseñar en la segunda mitad de Romanos 6 es lo mismo que Jesús ilustró en el pasaje de arriba. Una persona no puede tener dos naturalezas diferentes y opuestas en su interior al mismo tiempo, y no puede vivir en dos mundos espirituales diferentes y antagónicos al mismo tiempo. O bien es un esclavo del **pecado**, lo cual ha sido desde su nacimiento natural, o es esclavo de la **justicia**, lo cual llega a ser por el nuevo nacimiento.

Pablo no está hablando aquí de una obligación moral y espiritual sino de una realidad moral y espiritual. Él no está diciendo que los creyentes deban admirar la justicia o desear la justicia o practicar la justicia, aunque por supuesto deberían hacer esas cosas. No está enseñando aquí que un cristiano *tenga que ser* un esclavo de la **justicia**, sino que todo cristiano, por creación divina, *es hecho* un siervo de la **justicia** y no puede ser cualquier otra cosa. Pablo está diciendo exactamente lo que Juan dice en su primera carta: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios" (1 Jn. 3:9-10).

"Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras", dice Pablo a los creyentes colosenses, "ahora [Jesucristo, el Hijo] os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio

de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprensibles delante de él]" (Col. 1:21-22). En otras palabras, para el cristiano la vida de injusticia, de alienación y enemistad hacia Dios, es *cosa del pasado*. La vieja manera pecaminosa de vivir *no puede* continuar siendo la característica de un cristiano verdadero. La obediencia a Dios en una vida justa es una cosa cierta en la vida de una persona verdaderamente justificada. A causa de la infidelidad temporal, puede *parecer* en algunas ocasiones que la desobediencia pecaminosa domina la vida de un cristiano, pero un creyente verdadero no puede continuar en desobediencia de manera indefinida, porque es algo diametralmente opuesto a su nueva y santa naturaleza, la cual no puede soportar indefinidamente el hecho de vivir en pecado.

Juan hace un énfasis reiterado en esa verdad en su primer epístola. "Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; ... El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; ... Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios" (1 Jn. 1:6; 2:4; 3:9).

EL ARGUMENTO - EXPLICACIÓN DE LAS DOS ESCLAVITUDES

Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. (6:17-22)

Pablo explica y aplica aquí el principio que acaba de afirmar (v. 16), a saber, que una persona es esclavo o bien del pecado y de Satanás, o de la justicia y de Dios. Al hacer esto, el apóstol contrasta los tres aspectos correspondientes a cada uno de esos dos dominios de servidumbre: su posición, su práctica y su promesa.

SU POSICIÓN

Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido

de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. (6:17-18)

Primero el apóstol da **gracias a Dios** porque sus lectores creyentes ya no estaban sujetos a la esclavitud que lleva a la muerte. Él no agradece o los alaba por su propia sabiduría o inteligencia, o por su determinación moral y espiritual, porque ninguna de esas cosas tuvo algo que ver con su salvación. "Ninguno puede venir a mí", dijo Jesús, "si el Padre que me envió no le trajere ... [y] si no le fuere dado del Padre" (Jn. 6:44, 65). Nuestra gratitud por la salvación siempre debe dirigirse a Dios solamente, porque solamente Dios es quien "nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 15:57).

Los creyentes son salvados única y exclusivamente por la gracia y el poder de **Dios**; y por su gracia, la desobediencia habitual a Él es una cosa del pasado. En otros tiempos, dice Pablo, nosotros éramos **esclavos del** pecado, pero ya no lo somos. **Erais** traduce un tiempo verbal imperfecto en griego, con el que se alude a una realidad continua. En otras palabras, la persona no regenerada se encuentra bajo la esclavitud continua e incólume del pecado. Esa es la posición universal del hombre natural, sin excepciones de ninguna clase. No importa cuán moral, recta o benévola pueda ser la vida de una persona no salva en lo exterior, todo lo que piensa, dice y hace emana de un corazón orgulloso, pecaminoso e impío. Con una cita del Salmo 14, Pablo ya había dejado esa verdad en claro. "Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Ro. 3:10-12).

El hecho de que Pablo no está hablando sobre una justicia meramente externa puede verse claramente en su declaración de que **habéis obedecido de corazón**. Dios obra su salvación en lo más profundo del ser de una persona. Mediante la gracia provista por su Hijo, Dios cambia la naturaleza misma de los hombres cuando ellos confían en Él. Una persona cuyo **corazón** no ha sido cambiado tampoco ha sido salvada. La vida justa que mana de un **corazón** obediente es lo habitual, y así como la gracia de Dios opera únicamente a través de un corazón que confía, su justicia opera únicamente a través de un corazón que obedece.

La fe y la obediencia están relacionadas de forma ineludible. No existe fe salvadora en Dios aparte de la obediencia a Dios, y no puede haber obediencia piadosa sin una fe piadosa. Como el bello y popular himno exhorta: "Confiar y obedecer, no hay otro camino". Nuestro Señor "se dio a sí mismo por nosotros", dice Pablo, no solamente para salvarnos del infierno y llevarnos al cielo sino "para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tit. 2:14).

La salvación viene "según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu", escribió Pedro a los creyentes perseguidos a lo largo y ancho del impe-

rio romano, a fin de que quienes creen puedan "*obedecer* y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (un símbolo que se refiere a un pacto de obediencia, véase Éx. 24:1-8). Más adelante en la epístola él exhortó: "Habiendo purificado vuestras almas *por la obediencia a la verdad*, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por *la palabra de Dios que vive y permanece para siempre*" (1 P. 1:2, 22-23; cursivas añadidas). La obediencia a Jesucristo y la obediencia a su verdad son totalmente sinónimos, y su verdad es "la palabra de Dios que vive y permanece para siempre".

La obediencia no produce ni mantiene la salvación, pero es una característica inevitable de aquellos que son salvos. La creencia en sí misma es un acto de obediencia, apremiado y hecho posible por la gracia soberana de Dios, pero involucrando siempre la voluntad no coaccionada del creyente. Una persona no es transportada pasivamente de la esclavitud en el reino de tinieblas de Satanás a la esclavitud en el reino de luz de Dios. La salvación no ocurre aparte de un acto de compromiso por parte del creyente. La obra de salvación que cambia por completo su vida se debe al poder de Dios únicamente, pero no obra aparte de la voluntad del hombre. Dios no tiene en su familia hijos que lo sean en contra de su voluntad, no existen ciudadanos involuntarios en su reino.

La fe genuina no solamente está puesta en el Hijo de Dios sino en la verdad de Dios. Jesús dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn. 14:6). Pablo estaba confiado de la salvación de sus lectores en la iglesia de Roma porque ellos habían obedecido **a aquella forma de doctrina a la cual** fueron **entregados**. Ningún creyente, por supuesto, comprende todo el conjunto de la verdad de Dios. Aun el cristiano más maduro y fiel apenas está empezando a vislumbrar las riquezas de la Palabra de Dios en esta vida presente, pero el deseo de conocer y obedecer la verdad de Dios es una de las marcas más seguras de salvación genuina. Desde su inicio, la iglesia primitiva se caracterizó por su devoción a "la doctrina de los apóstoles" (Hch. 2:42), y Jesús dejó en claro que quienes obedecían su Palabra eran los creyentes verdaderos (véase Jn. 8:31; 14:21, 23, 24; 15:10; etc.).

Forma es la traducción de *tupos*, que se empleaba para referirse a los moldes en los que se vertía el metal derretido para que solidificara en la forma deseada. **Entregados** traduce el aoristo pasivo *paradidōmi*, que tiene el significado básico de dejar algo al cuidado o responsabilidad de otro; puesto que *eis* (**a**) también puede traducirse *en*, o *dentro de*, también podría traducirse "aquella forma de doctrina en la cual fuisteis dejados". Es cierto, por supuesto, que por medio de su lectura y predicación la Palabra de Dios es *transmitida* a los creyentes; pero lo que Pablo quiere mostrar aquí es que el creyente verdadero también es *entregado* a la Palabra de Dios, a su **doctrina** divina. La idea es que cuando Dios hace de un creyente una nueva criatura espiritual, lo vierte derretido por completo en el

molde de la verdad divina. La traducción que J. B. Phillips hace de Romanos 12:1 emplea la misma figura: "No permitan que el mundo a su alrededor los apelmace dentro de su propio molde, sino que permítanle a Dios que vuelva a moldear sus mentes desde adentro". En otras palabras: "No dejen que las fuerzas de Satanás traten de hacerlos encajar otra vez en el molde viejo del pecado del cual Dios ya los sacó. Permitan que Dios continúe modelándolos en la imagen perfecta de su Hijo".

En todas sus epístolas Pablo hace énfasis en la relación crucial de la verdad de Dios con la vida cristiana fiel. En su segunda carta a Timoteo, él aconsejó a su pupilo predilecto en el ministerio. "Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús" (2 Ti. 1:13). Más adelante le advirtió que "vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias" (4:3). El apóstol sostenía que un obispo o anciano en la iglesia debería ser "retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen" (Tit. 1:9). Más adelante en la misma carta exhortó a Tito: "Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina" (2:1). El cristiano que obedece fielmente la Palabra de Dios llega a ser conformado a la verdad de esa Palabra y se convierte en un modelo viviente del evangelio. La **doctrina** divina a la que se somete el creyente en Jesucristo imprime en él la auténtica imagen de su Salvador y Señor.

Una persona no llega a ser cristiana invocando el nombre de Cristo para después creer y hacer todo lo que le parece y desea. Usted no puede convertirse en cristiano por el simple hecho de decir o hacer ciertas cosas, incluso las cosas piadosas que se encomian en las Escrituras. Pero *después* de la salvación genuina una persona tendrá el deseo innato implantado por el Espíritu para conocer y obedecer la verdad de Dios.

Después de un almuerzo de hombres de negocios al cual asistí como conferencista, un hombre me dijo: "He estado mucho tiempo en este grupo, y voy a decirle cómo pienso que uno puede llegar a Dios. Mire, existe una escalera muy larga, y al final de ella hay una puerta. Jesús es el hombre que está detrás de la puerta y lo que usted quiere hacer en realidad es tratar de subir por las escaleras, abrir la puerta y esperar que Jesús lo deje entrar. Mientras usted va subiendo por las escaleras, hay un poco de predicadores y movimientos que lo animan a seguir adelante, pero usted debe continuar subiendo por las escaleras a su propio modo. Yo llamo esto la escalera de la esperanza, y yo creo que de eso es que se trata el evangelio". Con el corazón dolido le contesté: "Caballero, usted no puede ser un cristiano. Lo que acaba de decir no tiene nada que ver con el evangelio, y su escalera al cielo no tiene esperanza alguna. Usted necesita depender de Jesucristo solamente para su salvación. Usted no tiene ni idea sobre lo

que significa ser salvo, y en este momento es imposible que usted se encuentre en su camino hacia el cielo".

Una persona no puede inventar su propio camino hacia Dios, sin importar cuán sinceros puedan ser sus esfuerzos. Dios ha establecido el único camino para llegar a Él, y ése es el camino de la fe en su Hijo Jesucristo. La fe salvadora en Jesucristo se fundamenta en la revelación de Dios acerca de Él, no en las ideas que los hombres tengan sobre Él. El evangelio posee un contenido que ha sido divinamente revelado, y la persona que rechaza ese contenido o que trata de acomodarlo con rodeos a sus propias preferencias, está dando la evidencia incuestionable de que no está buscando verdaderamente el reino de Dios y su justicia.

Witness Lee, fundador del movimiento de la iglesia local, escribió un libro titulado *Cristo contra la Doctrina*, cuya tesis central es que lo importante es tener una relación con Cristo, y que la doctrina en realidad interfiere con esa relación. El libro no solamente no es bíblico, sino que como puede entreverse por el título, es contradictorio; doctrina y enseñanza son la misma cosa, y el propósito del libro de Lee fue enseñar su *propia* doctrina.

SU PRÁCTICA

Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia ya la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. (6:19)

Es difícil poner principios divinos y verdades divinas en términos que mentes humanas finitas puedan comprender. Al decir **hablo como humano, por vuestra humana debilidad**, Pablo quiso decir que la analogía de esclavos y amos fue utilizada como una acomodación a la humanidad de sus lectores.

Humanidad se utiliza aquí como un sinónimo de mortalidad, y es equivalente a la expresión "miembros" del cuerpo en el versículo 13 y **vuestros miembros** al final del versículo 19. La **humanidad** alude a las facultades humanas que han sido influenciadas por el pecado, y mientras los creyentes permanezcan en sus cuerpos mortales, el pecado sigue teniendo un reducto, un lugar desde el cual puede lanzar sus ataques. Por esa razón Pablo exhorta a los creyentes a que presenten sus *cuerpos* como "sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Ro. 12:1). Aunque el hombre interior de un creyente ha sido transformado en la semejanza de Cristo, el hombre exterior, representado en su **humanidad**, sigue estando sujeto a la contaminación del pecado.

Pablo cambia aquí el enfoque de la posición a la práctica, amonestando a los creyentes para que hagan que sus vidas manifiesten su correspondencia con sus

nuevas naturalezas. Aunque todavía es posible que los cristianos pequen, ellos ya no se encuentran sometidos a esclavitud por el pecado. Ahora ellos tienen libertad para *no* pecar, y deberían ejercer esa capacidad provista por Dios en la obediencia a su nuevo Señor y Amo.

Antes de la salvación, los creyentes eran como el resto de la humanidad caída, carentes de cualquier deseo o capacidad que no fuera seguir su inclinación natural **a la inmundicia y a la iniquidad**. Esos términos se refieren, respectivamente, al pecado interno y al externo. La persona no regenerada es pecaminosa tanto interior como exteriormente, y al vivir en la práctica su pecaminosidad trae como resultado todavía más **iniquidad**. Como un cáncer que se reproduce a sí mismo hasta que todo el cuerpo es destruido, el pecado se reproduce a sí mismo hasta que toda la persona es destruida.

Después que la homosexualidad del brillante escritor Oscar Wilde salió a la luz pública así como sus otras conductas desviadas, él escribió: "Olvidé que todo lo que un hombre es en lo secreto será algún día proclamado a voz en cuello desde las azoteas". Otro famoso escritor, Sinclair Lewis, fue objeto de muchos brindis en el mundo literario y recibió el premio Nobel de literatura en 1930. Para vilipendiar lo que consideraba como la hipocresía del cristianismo, él escribió *Elmer Gantry*, la historia ficticia de un evangelista que le blandía la Biblia a todo el mundo pero que en secreto era un alcohólico, un fornicario y un ladrón. Sin embargo, poca gente sabe que Lewis mismo murió siendo alcohólico en un hospital de tercera en las afueras de Roma, como una víctima asolada de su propio estilo de vida lleno de pecado.

Por cuanto sí es posible para ellos resistir el pecado y vivir en justicia, los creyentes **así ahora** deberían **presentar para santificación** sus **miembros** como esclavos que se dedican a **servir a la justicia**, y así como la vida de pecado lleva a más pecado, también la vida de **justicia** conduce a una mayor justicia, cuyo fin último es la **santificación** completa.

El finado Martyn Lloyd-Jones escribió: "Al proseguir ustedes a vivir esta vida de justicia y ponerla en práctica con todas sus fuerzas y energía, todo el tiempo que lo hagan ... descubrirán que el proceso que antes se daba de continuo, en el cual ustedes iban de mal en peor y se iban volviendo cada vez más viles, se ha invertido por completo. Ahora ustedes se irán haciendo cada vez más limpios, cada vez más puros, cada vez más santos, y cada vez más conformados a la imagen del Hijo de Dios" (*Romans: An Exposition of Chapter Six* [Grand Rapids: Zondervan, 1972], pp. 268-69).

Ninguna persona se queda estática moral y espiritualmente. Así como los incrédulos progresan de cierto grado de pecaminosidad a una pecaminosidad cada vez mayor, un creyente que no está creciendo en justicia, aunque nunca abandone del todo la justicia, irá retrocediendo cada vez más de vuelta al pecado.

El propósito de Dios al redimir los hombres del pecado no es darles libertad para hacer lo que les plazca sino libertad para hacer lo que le agrada a *Él*, que consiste en vivir en justicia. Cuando Dios ordenó a Faraón que dejara ir a su pueblo, Él también expresó claramente cuál era el propósito que tenía con su liberación: "para que me sirva en el desierto" (Éx. 7:16). Dios libera a los hombres de la esclavitud al pecado con el propósito expreso de que se conviertan en siervos suyos y de su justicia.

SU PROMESA

Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. (6:20-22)

Las personas no salvas, las cuales se caracterizan por ser **esclavos del pecado**, son **libres acerca de la justicia**. Es decir, no tienen conexión alguna con la justicia, y la justicia no puede exigirles nada porque no poseen el deseo ni la capacidad para cumplir sus requisitos. Se encuentran controlados y dominados por el pecado, el amo al que están forzados a servir. En ese sentido, no tienen responsabilidad frente a la justicia porque carecen de poder para satisfacer sus demandas y estándares. Esa es la razón por la que es necio predicar reformación a los pecadores. Ellos no pueden reformar su forma de vida hasta que Dios haya transformado sus vidas.

Muchas personas no salvas, por supuesto, no piensan que sus vidas necesiten reformación, mucho menos transformación. El mundo está lleno de personas que son decentes, honestas, cumplidoras de la ley, colaboradoras, y con mucha frecuencia muy religiosas, las cuales están convencidas de que sus vidas son ejemplares. Pero Pablo declara que aparte de la salvación a través de Jesucristo, *todas* las personas son **esclavos del pecado** y son **libres acerca de la justicia**. Pablo describió sus propias buenas obras y logros religiosos anteriores a la salvación como pérdida y como basura (Fil. 3:8).

Ante los ojos de Dios, no existe en absoluto algún **fruto** o beneficio que los hombres puedan derivar **de aquellas cosas** que hacen aparte de la salvación, cosas **de las cuales ahora** después de la salvación ellos se avergüenzan. Estas cosas demuestran al final ser totalmente infructuosas, **porque el fin de ellas es muerte**, y en este caso la segunda muerte que es muerte espiritual y tormento eterno en el infierno.

Una de las marcas de la salvación verdadera es tener cierto sentido de **vergüenza** por la vida que uno llevaba antes de venir a Cristo. Bien sea que la vida

previa haya sido marcada por una sórdida inmoralidad o por la compostura y los buenos modales, por crímenes atroces o por el servicio sacrificado a los demás o la generosidad extrema, se trata de una vida con respecto a la cual el creyente verdadero no puede sentirse más que avergonzado. Sin importar cómo pueda parecer ante el mundo, la vida separada de Dios es una vida separada de la justicia.

Juan Calvino escribió:

> Tan pronto como los piadosos empiezan a ser iluminados por el Espíritu de Cristo y la predicación del evangelio, con toda libertad reconocen que toda su vida pasada, la cual vivieron sin Cristo, es digna de condenación. Lejos de tratar de excusarse por ella, de hecho están avergonzados de sí mismos. Sin duda van todavía más lejos, y de continuo tienen presente esa ignominia en sus mentes, para que la vergüenza que ello les trae pueda hacerles más dispuestos, más humildes y más honestos para con Dios. (*The Epistles of Paul the Apostle to the Romans and to the Thessalonians* [Grand Rapids: Eerdmans, 1960], p. 135)

No obstante, para aquellos que han **sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios** por medio de la fe en Jesucristo, el beneficio y **fruto** es **la santificación**, y el **fin** o resultado**, la vida eterna**. Con la salvación Dios no solamente nos hace libres del castigo último del pecado sino que también nos libra de su tiranía en el presente.

Libertados del pecado no significa que un creyente ya no sea capaz de pecar sino que ya no está esclavizado al pecado, ya no es su súbdito impotente. La libertad del pecado acerca de la cual Pablo está hablando aquí no es un ideal objetivo a largo plazo o al final de los tiempos, sino un hecho ya cumplido. Sin excepción alguna, todo ser humano que confía en Jesucristo como Salvador y Señor ha sido libertado del pecado y hecho siervo de Dios. Obviamente, algunos creyentes son más fieles y obedientes que otros, pero todos los cristianos han sido igualmente libertados de la esclavitud al **pecado** y por igual se han convertido en **siervos de Dios**, han recibido por igual la **santificación** y se les ha otorgado por igual **la vida eterna**.

LO ABSOLUTO

Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro. (6:23)

Este versículo expresa dos absolutos inexorables. El primero es que **la paga del pecado es muerte**. Lo que se gana con el pecado es **la muerte**. Es la compen-

sación justa y debida por una vida que ha sido caracterizada por el **pecado**, lo cual significa *toda* vida separada de Dios.

El segundo absoluto inexorable es que **la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro**. Por definición, una dádiva es algo gratuito, pero a fin de evitar que alguien subestimara la magnitud de la gracia de Dios, Pablo habla de **la dádiva de Dios**. La salvación no puede ganarse por obras, por bondad humana, por rituales religiosos, o por cualquier otra cosa que el hombre pueda hacer. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9).

Si una persona quiere lo que se merece (la muerte eterna), Dios se lo dará como su **paga** justa; y si una persona quiere lo que *no* merece (**vida eterna**), Dios también se lo ofrece, pero como una **dádiva**, como un don gratuito cuya única fuente es **Cristo Jesús Señor nuestro**.

Este es el gran clímax del capítulo 6 de la epístola de Pablo a los romanos: Jesucristo es el *único camino* que lleva del pecado a la justicia, de la condenación a la salvación, de la muerte eterna a la vida eterna.

Cuando estaba de pie ante el Sanedrín poco después de Pentecostés, Pedro proclamó esa misma verdad, testificando que "en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch. 4:12). A los fariseos incrédulos, Jesús dijo: "De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos" (Jn. 10:7-9). Durante el discurso en el aposento alto, Jesús dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie entra al Padre, sino por mí" (Jn. 14:6).

El conocido pastor y teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer fue encarcelado durante varios años por los nazis y fue ejecutado justo antes del fin de la segunda guerra mundial. En su libro *El costo del discipulado*, él escribió las siguientes palabras esclarecedoras acerca de lo que llamó el evangelio de la gracia barata:

> [La gracia barata] se equipara a la justificación de pecado sin la justificación del pecador arrepentido que se aparta del pecado y de quien el pecado se aparta. La gracia barata no es la clase de perdón de pecado que nos liberta de las refriegas del pecado ... La gracia barata es gracia sin discipulado, gracia sin la cruz, gracia sin Jesucristo ...

[La gracia costosa, por otra parte] es el llamado de Jesucristo ante el cual el discípulo deja sus redes y le sigue a él ... Cuando [Martín Lutero] hablaba de la gracia, siempre implicaba a manera de corolario que le había costado su propia vida, la vida que ahora estaba sujetada a la obediencia absoluta de Cristo. ... Felices son aquellos que, conociendo esa gracia, pueden vivir en el mundo sin

ser de él, aquellos que por seguir a Jesucristo tienen tanta seguridad y certeza de su ciudadanía celestial, que son verdaderamente libres para vivir sus vidas en este mundo. (Nueva York: Macmillan, 1959], pp. 47, 53, 60)

Únicamente el Hijo de Dios pudo haber pagado el costo de la salvación, pero Él llama a sus seguidores a pagar el precio del discípulo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará" (Mt. 16:24-25).

Lucas registra el asunto concerniente al enfrentamiento del costo y cita a Jesús diciendo en 14:26-33:

> *Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.*

Cuando nuestro Señor enseñó las parábolas de la perla y del tesoro escondido en el campo (Mt. 13:44-46), en ambos casos el hombre vendió todo lo que tenía para hacer la compra.

Jesucristo no está buscando a personas que quieran añadirlo a su pecado como un seguro de vida contra el riesgo de ir al infierno. Él no está buscando a personas que quieran aplicar sus altos principios morales a sus vidas no regeneradas. Él no está buscando a aquellos que solamente quieran ser reformados exteriormente al permitir que su vieja naturaleza sea mejorada.

Jesucristo llama a sí mismo a quienes están dispuestos a ser transformados por Él en su interior, que desean una naturaleza enteramente nueva que está creada en su propia y santa semejanza. Él llama a Él mismo a aquellos que están dispuestos a cambiar la pecaminosidad que tienen por la santidad de Él. Él llama a sí mismo a aquellos que están dispuestos a morir con Él a fin de ser resucitados con Él, que están dispuestos a renunciar a la esclavitud de su pecado para acogerse al servicio a su justicia. Cuando los hombres acuden a Él con base en sus términos, Él cambia su destino de muerte eterna a vida eterna.

Muertos a la ley

26

¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera. Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte. Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra. (7:1-6)

A medida que se estudia el Antiguo Testamento, resulta inevitable admirarse por la dignidad y el honor que se adjudican a la ley revelada de Dios, a la cual también se hace referencia con nombres tales como sus estatutos, mandamientos, ordenanzas y testimonios. Dios inspiró a Moisés para escribir:

> *Estos, pues, son los mandamientos, estatutos y decretos que Jehová vuestro Dios mandó que os enseñase, para que los pongáis por obra en la tierra a la cual pasáis vosotros para tomarla; para que temas a Jehová tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos que yo te mando, tú, tu hijo, y el hijo de tu hijo, todos los días de tu vida, para que tus días sean prolongados. Oye, pues, oh Israel, y cuida de ponerlos por obra, para que te vaya bien en la tierra que fluye leche y miel, y os multipliquéis, como te ha dicho Jehová el Dios de tus padres. Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y*

cuando te levantes, y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas. (Dt. 6:1-9).

Salomón escribió: "El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre" (Ec. 12:13). El Salmo 119 emplea unos diez sinónimos distintos para aludir a la ley de Dios. El escritor declara:

Bienaventurados los perfectos de camino, los que andan en la ley de Jehová (v. 1); Tú encargaste que sean muy guardados tus mandamientos (v. 4); ¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos, para guardar tus estatutos! (v. 5); En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti (v. 11); Bendito tú, oh Jehová; enséñame tus estatutos (v. 12); Me regocijaré en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras (v. 16); Dame tu entendimiento, y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón (v. 34); ¡Oh, cuánto amo tu ley! Todo el día es ella mi meditación (v. 97); La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia (v. 160); Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo (v. 165); Hablará mi lengua tus dichos, porque todos tus mandamientos son justicia (v. 172).

Moisés explicó a su suegro Jetro que su función primordial como líder designado por Dios sobre Israel era "declarar las ordenanzas de Dios y sus leyes" (Éx. 18:16). Isaías proclamó: "Jehová se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla" (Is. 42:21).

El gran rey David fue inspirado para componer esta declaración definitiva del propósito, la eminencia y la grandiosidad de la ley de Dios: "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal" (Sal. 19:7-10). El último mandato dado por Dios en el Antiguo Testamento es "Acordaos de la ley de Moisés mi siervo, al cual encargué en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel" (Mal. 4:4).

La ley de Dios era tan predominante en el Israel antiguo que muchos judíos prácticamente la habían convertido en un ídolo. En el Talmud de Babilonia, la colección principal de comentarios rabínicos antiguos sobre la Torah (la ley mosaica), el rabino Rabá escribió: "El Santísimo creó la inclinación del hombre hacia el mal pero creó la Torah [la ley de Moisés] para vencerla" (*Baba Bathra*, 16*a*). Aunque esto contradice claramente a la Torah misma dada por revelación

divina, el comentario de Rabá demuestra el sitio tan elevado que ocupaba la ley en las mentes de la mayoría de los judíos. El rabino Judá, otro famoso comentarista talmúdico, dijo: "La naturaleza del Santísimo es diferente a la de hombres mortales. Cuando un hombre prescribe un remedio, puede beneficiar a un individuo pero hacer daño a otro. En cambio, Dios dio la Torah a Israel como una fuente de sanidad para todos" (*Erubin*, 54*a*).

Para el tiempo de Cristo, mucho judíos consideraban que la obediencia a la ley de Dios no era solamente la demostración de la piedad propia de la salvación, lo cual fue la intención de Dios al darla, sino que también era el medio para la salvación, lo cual Dios nunca tuvo en mente. La fidelidad a la ley llegó a pasar por encima de la fe en el Dios que había dado la ley. Como se ilustra a través de los diferentes relatos del evangelio, estos judíos acusaban a Jesús con frecuencia de contradecir y desobedecer la ley mosaica.

Pablo fue criticado con vehemencia por sus opositores judíos incrédulos porque supuestamente estaba desatendiendo la ley de Moisés. Cuando Pablo regresó de su tercer viaje misionero, los ancianos en la iglesia de Jerusalén le aconsejaron que se uniera a un grupo de otros cuatro hombres judíos en la realización de una ceremonia de purificación para nazareos en el templo. Al participar en ese rito él estaría demostrando su respeto por la ley y quizás lograría apaciguar los ánimos de aquellos críticos acérrimos que le acusaban falsamente. Puesto que un acto de esa naturaleza de ningún modo comprometía la veracidad del evangelio, el apóstol accedió a hacerlo de buena voluntad (Hch. 21:20-26). Sin embargo, como salieron las cosas, sus acciones fueron mal interpretadas y mal representadas, y la oposición judía en contra de Pablo se endureció más todavía (véase vv. 27-30). De todas maneras, el incidente demuestra claramente la intensa reverencia de los judíos, por lo menos con respecto a los aspectos externos y ceremoniales de la ley.

Antes de su conversión, Pablo (conocido entonces como Saulo) fue la epítome del legalismo judío. En su carta a la iglesia de Filipos él atestigua acerca de la confianza que había depositado alguna vez en su propia observancia humana de la ley. "Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne", escribió, "yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible" (Fil. 3:4-6).

La visión opuesta de la ley del Antiguo Testamento también fue un problema durante el ministerio de Jesús y en la iglesia primitiva. Como en toda época, muchas personas estaban buscando la manera de ser religiosas sin tener que verse obstaculizadas por una cantidad de restricciones. Para ellos, la idea de salvación por gracia a través de la fe solamente y aparte de la ley le parecía una manera perfecta de salirse con la suya. Lo único que tenían que hacer era simplemente "confiar en Dios", y después de eso hacer lo que se les antojara.

Para dejar esto claro la alta estima que Él mismo tenía por la ley divina dada por medio de Moisés, Jesús declaró desde un comienzo en su ministerio: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos" (Mt. 5:17-19).

Pablo testifica que los oráculos de Dios (Ro. 3:2; cp. Hch. 7:38), que fueron dados y ordenados por medio de los ángeles de Dios mismo (He. 2:2; Hch. 7:53), no podían ser más que sagrados e inviolables. El apóstol ya había testificado: "¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley" (Ro. 3:31). Más adelante él afirma sin lugar a equívocos que, a pesar de sus limitaciones y su incapacidad para salvar, "la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (7:12; cp. 1 Ti. 1:8).

Pablo también había declarado, sin embargo, que "por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Ro. 3:19-20), y "la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (5:20). Los cristianos no se salvan por la ley y no están "bajo la ley, sino bajo la gracia" (6:14).

Al saber que sus lectores, en especial los creyentes judíos, tendrían todavía muchas inquietudes acerca de la ley en relación con su fe en Cristo, Pablo continúa en el pasaje actual explicando esa relación trascendental.

En la última parte de Romanos 6, él expone la primera verdad del versículo 14, a saber, que los creyentes ya no están bajo la ley con respecto a su poder para condenar. En el capítulo 7 él procede a exponer la segunda verdad en ese versículo, que los creyentes ahora están bajo la gracia. No obstante, al hacer esto se refiere a la ley en veintitrés ocasiones en este capítulo, ocho de las cuales ocurren en los primeros seis versículos. En su explicación él presenta un axioma (v. 1), una analogía (vv. 2-3), una aplicación (vv. 4-5), y una afirmación (v. 6).

EL AXIOMA

¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? (7:1)

La cautelosa y retórica pregunta **¿Acaso ignoráis**?, indica que el apóstol está usando de nuevo una verdad evidente por sí misma como la base para su argumento. El término **hermanos** se refiere a los hermanos judíos de Pablo (**los que**

conocen la ley). Es posible que esté haciendo énfasis con este término para asegurar a los creyentes judíos que era sensible a la profunda preocupación que ellos tenían con respecto a su aparente denigración de la **ley** mosaica.

Sin embargo, aquí su punto básico se relaciona con *cualquier* **ley**, como lo indica la ausencia de artículo definido en esta construcción del texto griego antes de la palabra **ley**. La traducción literal es simplemente: "los que conocen ley". Debería ser obvio, está diciendo el apóstol, que cualquier **ley**, sea romana, griega, o incluso la ley bíblica dada por Dios, **se enseñorea del hombre**, pero únicamente **entre tanto que éste vive**. Si un criminal muere, ya no está sujeto a proceso y castigo judicial, sin importar cuán numerosos y atroces hayan sido sus crímenes. Lee Harvey Oswald, el asesino acusado del presidente John F. Kennedy, nunca fue llevado a juicio por ese acto debido a que él mismo fue asesinado antes de que empezara su juicio. La ley es de cumplimiento forzoso únicamente para los que están con vida.

LA ANALOGÍA

Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera. (7:2-3)

Contrario a las interpretaciones confusas de algunos comentaristas, el apóstol, no está presentando aquí una alegoría compleja, o una alegoría de cualquier clase. Él simplemente está haciendo una analogía con la ley matrimonial para ilustrar el sencillo punto que acaba de mencionar, a saber, que ninguna ley se enseñorea o tiene jurisdicción sobre una persona después que ésta ha muerto. Este pasaje no tiene nada que decir en absoluto acerca del divorcio y no puede ser utilizado legítimamente como un argumento de silencio para enseñar que el divorcio nunca puede justificarse para un cristiano, y en consecuencia, que la muerte de un cónyuge es lo único que da derecho para volverse a casar. (Esa discusión requiere el tratamiento detallado de otros pasajes tales como Mt. 5:31-32; 19:3-12; y 1 Co. 7:10-15. Para un estudio a fondo, véase el libro del autor, *The Family* [Chicago: Moody, 1982].)

Pablo está llamando la atención al hecho de que las leyes de matrimonio están en vigor únicamente durante todo el tiempo que ambos cónyuges estén vivos. Si una mujer **se uniere a otro varón** mientras su esposo esté vivo, este acto convierte a la mujer en una **adúltera**, alguien que ha transgredido la ley; pero estar unida en matrimonio a otro hombre después que **su marido muriere**, es algo perfectamente legal y aceptable. Una viuda queda absolutamente **libre de esa ley** que la ligaba

a su esposo anterior. De hecho, Pablo alentaba a las jóvenes viudas a que se volvieran a casar. Siempre y cuando se unieran a un creyente (véase 1 Co. 7:39), él dijo al respecto: "que las viudas jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa; que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia" (1 Ti. 5:14).

LA APLICACIÓN

Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte. (7:4-5)

Así también marca la transición desde el axioma y la analogía breves de Pablo hacia su aplicación, y al emplear la palabra **míos** a continuación del segundo uso de la palabra **hermanos** hace que el término sea más afectuoso y personal que en el versículo 1.

Es en este punto que Pablo empieza su enseñanza espiritual en el pasaje. Así como la muerte de su esposo deja libre a una mujer del matrimonio que los había mantenido ligados el uno al otro, él declara, **vosotros** (es decir, los cristianos), **habéis muerto a la ley** mosaica. **Habéis muerto a la ley** es la traducción del tiempo verbal aoristo de *thanatoō*, el cual recalca el carácter completo y definitivo de la muerte. El verbo también es pasivo, lo cual indica que los creyentes no mueren naturalmente o se someten a sí mismos a muerte sino que lo han sido por un acto divino de Dios mismo en respuesta a la fe en su Hijo.

Aunque era un resultado de la salvación por gracia en el Antiguo Testamento, la obediencia a la ley nunca fue un medio de salvación (Ro. 3:20). La ley tiene poder únicamente para condenar a los hombres a la muerte por su pecado (6:23), pero ningún poder para redimirlos de ella. Pablo ya ha señalado que la gracia de Dios extendida por la fe en Jesucristo trae muerte al pecado y libertad del mismo (Ro. 6:3-7). Él declara ahora que la fe en Él también trae muerte **a la ley** y en consecuencia libertad del castigo de la ley.

Mediante el cuerpo de Cristo, quien sufrió la pena de muerte en su lugar, los creyentes son libertados de su relación a la ley, así como una viuda queda libre de su relación a su esposo anterior, y al igual que la viuda los creyentes son libres, **para que seáis de otro** esposo y por así decirlo, para estar ligados a Jesucristo, para ser de Aquel **que resucitó de los muertos**. La salvación trae un cambio completo de relación espiritual, así como el volverse a casar tras la muerte de un cónyuge trae un cambio completo de relación matrimonial. Los creyentes ya no están casados a la ley sino que ahora están ligados a Jesucristo, el Esposo divino de su iglesia.

En Efesios Pablo ofrece una bella imagen de esa relación: "Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante" (Ef. 5:24-27). Empleando la misma figura del matrimonio, el apóstol dijo con mucho amor a los creyentes corintios: "Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo" (2 Co. 11:2).

El énfasis subyacente del libro de Romanos es que la salvación produce una transformación total. Por medio de la muerte y resurrección de Jesús, Dios "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). El propósito de que seamos unidos a Cristo es **que llevemos fruto para Dios**. "Porque somos hechura suya", dice Pablo a los efesios, "creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:10). Él da nociones adicionales en su carta a los gálatas: "Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:19-20). La vida transformada *necesariamente* **llevará fruto para Dios**.

El gran teólogo Charles Hodge escribió: "En lo que a nosotros respecta, la redención tiene el fin de producir santidad. Nosotros somos libertados de la ley para que podamos quedar ligados a Cristo; y somos ligados a Cristo, para que podamos rendir fruto para Dios ... Puesto que el ser librados del castigo de la ley tiene el propósito de producir santidad, es vano esperar esa liberación, a no ser que se tenga una visión del fin para el cual es otorgada" (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, s.f.], p. 220).

El **fruto** piadoso se da básicamente en dos dimensiones: actitud y acción. El fruto del Espíritu Santo en la vida de un creyente se manifiesta internamente en sus actitudes de "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gá. 5:22-23). En lo concerniente a las *acciones* piadosas, Jesús dijo: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto" (Jn. 15:1-2). El escritor de Hebreos habla del "fruto de labios que confiesan su nombre" (He. 13:15), y Pablo oró pidiendo que los creyentes filipenses estuvieran preparados para el día de Cristo al estar "llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios" (Fil. 1:11).

En el versículo 5 Pablo recuerda a sus lectores cuatro cosas que caracterizaban sus vidas viejas como incrédulos. Dice en primer lugar, e incluyéndose él

mismo, **estábamos en la carne**. La persona no redimida y no regenerada puede operar únicamente en el área de **la carne**, la esfera natural y llena de pecado propia de toda la humanidad caída.

En la Biblia el término **carne** se emplea de muchas formas. En un sentido moral y espiritualmente neutral se utiliza para describir el ser físico del hombre. En ese sentido, cuando el Señor mismo se convirtió en Dios encarnado, él "fue hecho carne, y habitó entre nosotros" (Jn. 1:14). De hecho, una de las marcas certeras de un creyente verdadero es que "confiesa que Jesucristo ha venido en carne" (1 Jn. 4:2).

Carne también se emplea en un sentido moral y ético, pero siempre con una connotación de maldad. Pablo la utiliza así en repetidas ocasiones en Romanos 8, Gálatas 5 y Efesios 2, y en cada caso se refiere a la naturaleza humana no redimida del hombre. Una persona que sigue viviendo en el dominio de la carne no puede pertenecer a Cristo. "Vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu", dice Pablo a los creyentes, "si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él" (Ro. 8:9). Por supuesto, es posible que un creyente retroceda y caiga otra vez en las costumbres de la carne, lo cual hace siempre que peca. Aunque un creyente nunca puede estar en la carne, la carne todavía puede hacerse manifiesta en un creyente.

En segundo lugar, la vida vieja del creyente estuvo caracterizada por **las pasiones pecaminosas**, los impulsos para pensar y hacer el mal que se generan en aquellos que están en la carne.

En tercer lugar, la vida vieja del creyente se caracterizaba por sus pasiones pecaminosas **que eran** continuamente exacerbadas **por la ley**. Uno se pregunta cómo es posible que una cosa tan buena, tal como lo es la **ley** santa de Dios, pueda estimular aquello que es pecaminoso. Primero que todo lo hace porque aparte del conocimiento de **la ley**, una persona no tendría cómo distinguir entre lo bueno y lo malo (véase 7:7). **La ley**, al declarar lo que es errado, también despierta lo malo en la persona no regenerada porque su naturaleza rebelde innata le hace querer realizar precisamente aquellas cosas de las cuales se entera que son prohibidas.

En cuarto lugar, la vida vieja del creyente se caracterizó porque las pasiones **obraban** incesantemente **en** los **miembros** de su cuerpo **llevando fruto para muerte. Obrando** es una forma verbal en griego que significa operar con poder. La palabra *energía* proviene de esta raíz. La palabra **miembros** se refiere a todo el conjunto de una persona con todos sus componentes, los cuales se convierten al mismo tiempo en instrumentos y víctimas de **las pasiones pecaminosas** que reciben energía de la carne para producir el **fruto** del juicio definitivo y eterno que es la **muerte**.

LA AFIRMACIÓN

Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra. (7:6)

La frase transicional **Pero ahora** introduce el corazón de este breve pasaje, el cual presenta un contraste radical frente a la descripción que se acabó de dar (v. 5), correspondiente al hombre no regenerado. **Estamos** se refiere a los creyentes en Jesucristo (véase v. 4). Nosotros **estamos libres de** nuestro antiguo yugo a **la ley, por haber muerto para aquella en que** antes **estábamos sujetos** en la carne.

Como Pablo acaba de señalar: "la ley se enseñorea del hombre [únicamente] entre tanto que éste vive". Por lo tanto, cuando una persona muere, queda descargada de todos sus compromisos y sanciones legales. Puesto que nosotros como creyentes, morimos en Jesucristo cuando Él pagó en el calvario nuestra deuda de pecado, nosotros quedamos por ese acto **libres** de nuestras obligaciones y penas bajo la **ley** de Dios. "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito el que es colgado en un madero)" (Gá. 3:13).

Pablo ya ha declarado de la manera más enérgica y menos ambigua posible que la libertad del yugo de la ley *no* significa que se haya adquirido libertad frente a aquello que ha sido prohibido por la ley (6:1, 15; cp. 3:31). La libertad de la ley no trae libertad para pecar sino todo lo contrario, libertad para poder hacer por primera vez lo que es justo, una libertad que la persona no regenerada no tiene ni puede tener por sí misma.

El punto de Pablo no es que la persona redimida solamente sea *capaz* de hacer lo que es correcto, sino que en efecto *hará* lo que es justo. En respuesta a su fe en su Hijo Jesucristo, Dios libera a los hombres de su servidumbre a la ley **de modo que** le sirvan. Muchas traducciones de *douleuō* (**sirvamos**) son un poco ambiguas y no transmiten todo el ímpetu propio del término griego. Este verbo no describe el servicio voluntario de un trabajador contratado, el cual puede rehusar una orden y buscar otro trabajo y otro jefe si lo desea. Se refiere de manera exclusiva al servicio de un esclavo aherrojado cuyo único motivo para existir consiste en obedecer la voluntad de su amo.

Kenneth Wuest ofrece esta hermosa y precisa traducción del versículo 6: "Pero ahora hemos sido descargados de la ley, habiendo muerto a aquello en lo cual estuvimos constantemente sometidos, a tal punto que ahora tenemos la obediencia habitual de un esclavo" (*Wuest's Word Studies from the Greek New Testament*, vol. 1 [Grand Rapids: Eerdmans, 1973], p. 117).

El servicio al Señor **bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen**

viejo de la letra es el fruto necesario de la redención, no es una opción. Como ya se indicó, un cristiano sin fruto no es un cristiano genuino y no tiene parte en el reino de Dios. "Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto" (Jn. 15:1-2).

La persona que es justificada por fe por medio de la gracia de Jesucristo está asegurada firmemente (Romanos 5), es santa (cap. 6), libre, fructífera y sirve a Dios (cap. 7). Las últimas cuatro de esas características del creyente verdadero no son más opcionales o condicionales que la primera. Aunque ninguna de esas marcas divinas de regeneración es perfecta en su manifestación humana, todas ellas están presentes siempre en la vida de un creyente.

La ley sigue siendo importante para el cristiano. Por primera vez, él está en capacidad para satisfacer las demandas de justicia de la ley (como fue el deseo de Dios desde un principio cuando dio la ley), porque tiene una nueva naturaleza y el Espíritu Santo de Dios mismo que lo llena de poder para obedecer. Aunque el creyente ya no está bajo el yugo o el castigo de la ley, él tiene un deseo más ferviente y genuino de vivir conforme a sus estándares de piedad que el del legalista más vehemente. Con plena sinceridad y gozo, el creyente auténtico puede decir con el salmista: "¡Oh, cuánto amo yo tu ley!" (Sal. 119:97).

Como creyentes, estamos muertos a la ley en lo que respecta a sus exigencias y la condenación que impone, pero debido a que ahora vivimos **bajo el régimen nuevo del Espíritu**, amamos y servimos la ley de Dios sin reservas y con un corazón lleno gozoso. También sabemos que obedecer su ley es hacer su voluntad y que hacer su voluntad equivale a darle gloria.

El pecado y la ley 27

¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso. (7:7-13)

Los capítulos 3–8 de Romanos entretejen de una manera extraordinaria los variados temas de la fe, la gracia, el pecado, la justicia y la ley. Algo especialmente importante para los lectores judíos de Pablo era este tratamiento comprensivo de la ley y su papel en la vida de una persona que acude a Cristo y a partir de allí vive para Cristo.

Pablo ha establecido que la ley no puede salvar (Ro. 3–5), que no puede santificar (cap. 6), y que ya no puede condenar a un creyente (7:1-6). Ahora él pasa a establecer que la ley sí puede convencer de pecado a incrédulos y a creyentes por igual (7:7-13), y a continuación, que no puede libertar del pecado, bien sea antes o después de la salvación (7:14-25), y que puede ser cumplida por los creyentes en el poder del Espíritu Santo que mora en ellos (8:1-4).

En tiempos del Nuevo Testamento, los rabinos judíos habían resumido la ley escritural en 613 mandamientos, compuestos por 248 mandatos y 365 prohibiciones. Los mandatos tenían que ver con cuestiones tales como formas de culto, el templo, sacrificios, votos, rituales, donativos, días de reposo, animales usados como alimento, festivales, asuntos comunitarios, guerra, temas sociales, responsabilidades familiares, asuntos jurídicos, derechos y obligaciones legales, y escla-

vitud. Las prohibiciones se aplicaban a cuestiones tales como idolatría, lecciones históricas, blasfemia, adoración en el templo, sacrificios, el sacerdocio, dietas, votos, agricultura, préstamos, negocios, esclavos, justicia ordinaria y relaciones personales.

A esas leyes bíblicas los rabinos habían añadido incontables condiciones e interpretaciones prácticas. Los intentos permanentes de cumplir con todas las leyes y tradiciones llegaron a crear una forma de vida extenuante que desgastaba a judíos legalistas tales como los fariseos. En el concilio de Jerusalén, Pedro describió ese legalismo extremo como "un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar" (Hch. 15:10).

En lo que a las leyes dadas por revelación divina se refería, es evidente la razón por la que los judíos fieles trataban de guardarlas en todos sus detalles. Por medio de Moisés Dios había declarado: "Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas" (Dt. 27:26). El siguiente capítulo de Deuteronomio especifica algunas de las consecuencias severas de la desobediencia, consecuencias que afectaban todas las áreas de la vida de una persona:

> *Pero acontecerá, si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán. Maldito serás tú en la ciudad, y maldito en el campo. Maldita tu canasta, y tu artesa de amasar. Maldito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas. Maldito serás en tu entrar, y maldito en tu salir. Y Jehová enviará contra ti la maldición, quebranto y asombro en todo cuanto pusieres mano e hicieres, hasta que seas destruido, y perezcas pronto a causa de la maldad de tus obras por las cuales me habrás dejado. Jehová traerá sobre ti mortandad, hasta que te consuma de la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella. Jehová te herirá de tisis, de fiebre, de inflamación y de ardor, con sequía, con calamidad repentina y con añublo; y te perseguirán hasta que perezcas. (28:15-22).*

Como un apóstol de Jesucristo, Pablo reiteró la verdad de que "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas" (Gá. 3:10; cp. Dt. 27:26). Santiago declaró que "Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos" (Stg. 2:10).

Uno se pregunta: ¿por qué Dios dio a su pueblo escogido una ley que les era imposible cumplir? Su propósito no fue solamente revelar el estándar de justicia por el cual deben vivir los salvados, sino también para mostrarles la imposibilidad de vivirlo en la práctica sin su poder, y para mostrarles la profundidad de su pecaminosidad cuando se medían francamente en comparación a la ley.

La ley no fue dada para mostrar a los hombres cuán buenos podían ser al cumplir uno que otro mandamiento, sino para mostrar todo lo bueno que no podían ser. A partir de su cita de Deuteronomio 27:26 mencionada anteriormente, Pablo dijo a los gálatas: "Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente" (Gá. 3:11*a*). A fin de sustentar esa verdad él citó otro pasaje del Antiguo Testamento en el cual se declaraba que "El justo por la fe vivirá" (v. 11*b*; cp. Hab. 2:4). La ley fue dada para establecer el estándar de Dios y para revelar a los hombres la absoluta imposibilidad de alcanzar ese estándar de justicia y en consecuencia la necesidad que tenían de recibir el perdón de Dios y de confiar en la bondad y la misericordia de Dios. Como Hebreos 11 lo expresa claramente, tanto antes como después de la entrega de la ley mosaica, los que llegaron a ser aceptables delante de Dios fueron quienes confiaron en su justicia divina y no en la de ellos.

Jesús condenó a los fariseos porque no quisieron entender la verdad (Lc. 18:9). Pablo, quien había sido un fariseo consumado (Fil. 3:4-6), llegó a entender esa realidad claramente después de su conversión. Él testificó a los creyentes filipenses: "Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida ... para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe" (Fil. 3:7-9).

Tras declarar que "mientras [nosotros los creyentes] estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas ... eran [exacerbadas] por la ley", y que "ahora estamos libres de la ley ... de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra [de la ley]" (Ro. 7:5-6), Pablo sabía que la siguiente pregunta que harían sus lectores sería: **¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado?** "¿Acaso es mala la ley dada por Dios a través de Moisés?", se preguntarían ellos. "¿Ahora los cristianos pueden olvidarse de las normas de la ley y vivir como les plazca?"

Pablo responde utilizando nuevamente la expresión más fuerte de negación en griego, *mē genoito* (**En ninguna manera**. Véase 3:4, 6, 31; 6:2, 15; 7:13). La idea es: "¡Por supuesto que no! ¡Por supuesto que no!" La ley no solamente *no* es pecaminosa, sino que continúa siendo de gran valor para el cristiano, ya que cumple la función de convencerle de pecado. En 7:7*b*-13, Pablo da cuatro elementos propios de la obra de convicción realizada por medio de la ley de Dios: revela el pecado (v. 7*b*), estimula el pecado (v. 8), arruina al pecador (vv. 9-11), y refleja la absoluta pecaminosidad del pecado (vv. 12-13).

LA LEY REVELA EL PECADO

Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. (7:7*b*)

Pablo dice **Pero** con el fin de indicar que por el contrario, lo completamente opuesto viene a ser cierto. Resulta inaceptable y blasfemo tan siquiera sugerir que cualquier cosa que Dios mande pueda ser deficiente en el menor de los sentidos, mucho menos manchado por el pecado.

Sin embargo, el mismo hecho de ser perfecta hace que la ley de Dios logre *revelar* la imperfección del hombre. **Yo no conocí el pecado**, procede Pablo a explicar, **sino por la ley**. En otras palabras, debido a que Dios ha dado a conocer sus normas divinas de justicia, los hombres son capaces de identificar con mayor precisión **el pecado**, que viene a ser la falla absoluta en el cumplimiento de esas normas.

El apóstol ya ha mencionado o aludido a esa verdad varias veces en la epístola: "por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (3:20); "la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión" (4:15); y "antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado" (5:13).

Pablo no está hablando de la noción general sobre lo correcto y lo incorrecto que tiene la humanidad. Incluso los gentiles paganos que nunca han escuchado la ley revelada de Dios tienen de todas maneras su "ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos" (Ro. 2:15). En este pasaje el apóstol está hablando acerca del conocimiento del alcance y la depravación total del **pecado** del hombre.

En el resto del capítulo, Pablo emplea los pronombres personales *yo* y *nosotros*, lo cual indica que está dando su testimonio personal y enseñando una verdad universal al mismo tiempo. Está refiriendo la convicción de pecado que el Espíritu Santo obró en su propio corazón por medio de la ley antes y durante su encuentro con Cristo en el camino a Damasco, y en los tres días de ceguera que siguieron a ese encuentro (véase Hch. 9:1-18).

Aunque la aparición de Cristo ante él y el llamamiento que se le hizo al apostolado fueron actos soberanos de Dios, en algún momento de su vida Saulo (como era conocido entonces) tuvo que confesar sus pecados y confiar en Cristo para su salvación personal. Dios no hace entrar a la fuerza a ninguna persona en su reino, ni en contra de su voluntad ni aparte de la fe. En su testimonio ante el rey Agripa, Pablo relató que incluso mientras por fuera se encontraba persiguiendo a los seguidores de Cristo, en su interior estaba dando "coces contra el aguijón" de la obra de convicción del Espíritu Santo en su corazón (Hch. 26:14).

Pablo había sido adiestrado en el judaísmo desde muy temprano en su vida, había estudiado bajo la tutela del famoso rabino Gamaliel en Jerusalén, había tratado de seguir la ley meticulosamente, y se había considerado a sí mismo un celoso de Dios (Hch. 22:3; Gá. 1:13-14; Fil. 3:5-6*a*). Antes de su conversión él muy fácilmente pudo haber hecho la oración del fariseo que estaba en el templo complacido de sí mismo, y el cual daba gracias a Dios porque no era un pecador

como los demás (véase Lc. 18:11-12). Él pudo haber aseverado con el joven rico que había guardado toda la ley desde su juventud (véase Mt. 19:20; Fil. 3:6*b*).

Los judíos celosos hacían esas afirmaciones porque la tradición rabínica había modificado y exteriorizado la ley de Dios con el fin de hacer aceptable un nivel más bajo de obediencia que fuera humanamente alcanzable. Ellos no tomaban en cuenta la fe personal en Dios o la condición interna del corazón. Para ellos, una persona que viviera conforme a las exigencias externas y observables de las interpretaciones rabínicas de la ley, llegaba a ser plenamente aceptada por Dios.

Durante su experiencia de convicción previa a la salvación, Pablo llegó a darse cuenta de que las exigencias más importantes de la ley revelada de Dios no eran externas sino internas, y que no las había cumplido. Es significativo que el apóstol escogiera la orden *interna* más obvia de los Diez Mandamientos para ilustrar su experiencia personal en el sentido de que la ley revela el pecado. **Tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás**. Pudo haber sido la creciente conciencia de su propia codicia lo que por fin doblegó su orgullo y abrió su corazón a la obra transformadora del Espíritu. Años después de la conversión de Pablo, él dijo a los creyentes en Filipos: "Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne" (Fil. 3:3).

La batalla real con el pecado es interna, en el corazón y la mente. La consejería, la terapia y hasta una fuerza de voluntad que se impone con frecuencia pueden modificar la conducta de una persona. Hay personas que pueden dejar la bebida siguiendo fielmente el plan de los Alcohólicos anónimos o dejar de mentir o engañar sometiéndose a una psicoterapia. Pero únicamente el poder transformador del Espíritu Santo puede tomar un corazón pecaminoso y hacerlo puro y aceptable para Dios. El papel que juega la ley en esa transformación consiste en hacer a una persona consciente de su propio pecado y su necesidad de recibir perdón y redención por parte de Dios, así como establecer el estándar concreto de la moralidad aceptable.

Charles Hodge escribió:

> La ley, aunque no puede asegurar la justificación ni la santificación de los hombres, desempeña una función esencial en la economía de la salvación. Se encarga de iluminar la conciencia y asegura su veredicto en contra de una multitud de males, los cuales no habríamos reconocido como pecados de otra manera. Despierta el pecado, incrementando su poder y haciendo de él, tanto en sí mismo como en nuestras conciencias, excesivamente pecaminoso. Por lo tanto, produce ese estado mental que constituye una preparación necesaria para la recepción del evangelio... Convicción de pecado, esto es, un conocimiento adecuado

> de su naturaleza, y una percepción de su poder sobre nosotros, esto constituye una parte indispensable de la religión evangélica. Antes de que el evangelio pueda ser acogido como el medio de liberación del pecado, debemos sentir que estamos inmersos y arraigados en la corrupción y la miseria. (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, s.f.], p. 226)

Aparte de la ley, no tendríamos manera de juzgar con precisión nuestra pecaminosidad. La ley de Dios es lo único que revela su estándar divino de justicia y por esa vía nos capacita para ver cuán alejados estamos de su justicia y cuán inútiles son nuestros esfuerzos de alcanzarla por nosotros mismos.

El tema central del sermón del monte es que Dios exige justicia perfecta en el corazón humano (Mt. 5:48), una justicia que sobrepasa en exceso la justicia externa e hipócrita tipificada por los escribas y fariseos (Mt. 5:20). Seguidamente a esa declaración, Jesús dio una serie de ilustraciones de las normas de justicia de Dios. Ante los ojos de Dios, la persona que aborrece o denigra a su hermano es tan culpable de pecado como el homicida (vv. 21-22), la persona que tiene lujuria es tan culpable de inmoralidad como el adúltero (vv. 27-28), la persona que se divorcia de su cónyuge por otra razón que no sea su infidelidad, hace que tanto ella como cualquier cónyuge futuro sean culpables de adulterio (vv. 31-32; cp. también Mt. 19:3-12; Mr. 10:11-12). Verdad es verdad y mentira es mentira, declaró Jesús, y un juramento no puede justificar una mentira ni autenticar una verdad (Mt. 5:33-37).

Los judíos no tenían excusa alguna para no entender que Dios exige justicia interna y externa al mismo tiempo. La Shemá (de la palabra hebrea que significa "escuchar"), incluye los textos de Deuteronomio 6:4-9; 11:13-21; y Nm. 15:37-41, y es recitada dos veces al día por judíos devotos. Los dos textos de Deuteronomio también se encontraban entre los cuatro pasajes que se escribían en pequeños trozos de pergamino y se colocaban en filacterias que los hombres judíos llevaban en sus frentes y brazo izquierdo durante la oración. Los mismos dos textos eran colocados en mezuzás, unas cajas pequeñas que los judíos aseguraban a los postes de sus casas y en sus puertas, siguiendo las instrucciones dadas en Deuteronomio 6:9 y 11:20. Tanto las filacterias como las mezuzás siguen siendo utilizadas en la actualidad por muchos judíos ortodoxos. Los dos textos de Deuteronomio incluyen la admonición reiterada: "Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas" (6:5; 11:13). Cuando los fariseos, quienes eran las autoridades supremas en ley mosaica, solicitaron a Jesús que identificara "el gran mandamiento en la ley", él respondió citando Deuteronomio 6:5. Él dijo a continuación que el segundo mandamiento más grande en la ley "es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo", y declaró que "de estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas". Sin duda

alguna, sus antagonistas aceptaron su respuesta como correcta, pero lo hicieron a regañadientes (Mt. 22:34-40; Lv. 19:18). En una situación inversa, cuando Jesús le dijo a un intérprete de la ley que identificara "qué está escrito en la ley", el hombre citó de inmediato Deuteronomio 6:5 como el mandamiento más sobresaliente, y al igual que Jesús, afirmó que el segundo gran mandamiento era amar "a tu prójimo como a ti mismo" (Lc. 10:25-28).

Por lo tanto, resulta claro que a pesar de la exterioridad de sus tradiciones rabínicas, las cuales contradecían con frecuencia las Escrituras (Mt. 15:3-6), los judíos del tiempo de Jesús y de Pablo sabían que los dos mandamientos *supremos* de Dios tenían que ver con motivos internos antes que con acciones externas. A pesar de esto, ellos se empeñaban en poner su fe en sus propios logros exteriores y no en el Dios a quien profesaban amar con todas sus fuerzas y corazones.

LA LEY INCITA EL PECADO

Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. (7:8)

Pablo aclara de nuevo (cp. v. 7) que la ley en sí misma no es pecaminosa ni responsable por la existencia del pecado. Es **el pecado** que se encuentra ya en el corazón de una persona lo que, **tomando ocasión por el mandamiento** de la ley, **produjo toda codicia**, así como una cantidad innumerable de otros pecados específicos.

Los predicadores fieles siempre han proclamado las demandas de la ley de Dios antes de proclamar la gracia de su evangelio. Una persona que no se ve a sí misma como un pecador perdido y sin esperanza no podrá ver su necesidad de un Salvador, y la persona que no está dispuesta a ser limpiada de su pecado, aun si lo reconoce, no tiene acceso al Salvador porque se niega a ser salvada.

El comentarista bíblico F. F. Bruce escribe: "El villano del cuento es Pecado; Pecado aprovechó la ocasión que se le presentó cuando la ley me mostró lo que era correcto y lo que era incorrecto" (*The Epistle of Paul to the Romans* [Grand Rapids: Eerdmans, 1963], p. 150). El problema es con el pecado, no con la ley. "¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios?", preguntó Pablo retóricamente a los gálatas, y luego respondió con su negación predilecta: "En ninguna manera" (Gá. 3:21).

Aphormē (**ocasión**) se utilizaba originalmente para hacer referencia al punto de partida o base de operaciones para una expedición. El **pecado** utiliza al **mandamiento**, esto es, la ley de Dios, como un fortín desde el cual lanza su ataque maligno.

No es ningún secreto que el hombre tiene una inclinación natural a la rebeldía que le lleva a resentir casi como un reflejo cualquier orden o prohibición.

Cuando las personas advierten una señal que dice: "No pise el prado" o "No corte las flores", por ejemplo, con frecuencia sienten un impulso en su interior para hacer precisamente lo que la señal está prohibiendo.

En su libro *Principios de conducta*, John Murray observa que entre más la luz de la ley de Dios brilla en el interior de nuestro corazón depravado, se incita una mayor enemistad en nuestra mente y una oposición contra Dios, lo cual prueba que la mente de la carne no está sujeta por naturaleza a la ley de Dios ([Grand Rapids: Eerdmans, 1957], p. 185). Cuando una persona es confrontada por la ley de Dios, la cosa prohibida se torna más atractiva que nunca, no tanto por algo inherente a ella, sino porque se constituye en un canal para la aserción de la voluntad del ego.

En su rica alegoría de *El progreso del peregrino*, Juan Bunyan ofrece un vívido cuadro con imágenes y palabras que representan la incitación del pecado por medio de la ley. Un cuarto grande y cubierto de polvo en la casa de Intérprete simboliza el corazón humano. Cuando un hombre llega con una escoba, la cual representa la ley de Dios, y empieza a barrer, el polvo se agita en el aire y le causa una molesta sofocación a Cristiano. Eso es lo que la ley le hace al pecado. Agita tanto el pecado que éste se torna asfixiante, y así como una escoba no puede limpiar un cuarto cerrado y lleno de polvo, lo único que hace es sacudir el polvo y hacerlo más agobiante, la ley tampoco puede limpiar el corazón de pecado sino solamente hacer que el pecado sea más evidente y fastidioso.

El axioma del argumento de Pablo aquí es que **sin la ley el pecado está muerto.** No es que el pecado no tenga existencia aparte de la ley, porque obviamente eso no es cierto. Pablo ya ha afirmado que mucho antes de que la ley fuera revelada, el pecado entró al mundo por medio de Adán y luego se diseminó a todos sus descendientes (Ro. 5:12). "Antes de la ley, había pecado en el mundo", procede a explicar, "pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado" (v. 13). Lo que Pablo muestra en Romanos 7:8 es que **el pecado está muerto** en el sentido de que se encuentra adormecido en una especie de letargo donde no está plenamente activo, y no llega a abrumar al pecador como lo hace cuando **la ley** se da a conocer.

LA LEY ARRUINA AL PECADOR

Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. (7:9-11)

La ley no solamente revela e incita el pecado sino que también arruina y destruye al pecador. Pablo sigue relatando su propia experiencia antes de la

salvación y confiesa que durante una gran parte de su vida, **sin la ley vivía en un tiempo**. Como un fariseo celoso y bien adiestrado, él ciertamente no estaba **sin la ley** en el sentido de ignorarla o de no estar interesado en ella. Él era un experto en la ley y se consideraba a sí mismo como una persona intachable en cuanto a su cumplimiento, por lo cual creía que llevaba una vida que agradaba a Dios (Fil. 3:6).

El problema es que a lo largo de todos sus años de enorgullecerse a causa de sus esfuerzos propios, Pablo únicamente había servido "bajo el régimen viejo de la letra" (Ro. 7:6). **Pero** cuando llegó a él un entendimiento verdadero del **mandamiento**, él empezó a verse a sí mismo como era en realidad y empezó a entender cuán alejado estaba de satisfacer las justas demandas de la ley. Su **pecado revivió**, es decir, él llegó a darse cuenta de su verdadera condición en toda su malignidad y capacidad destructiva. Por otra parte, él dice: **yo morí** porque murió en el sentido de haberse dado cuenta de que todos sus logros y conquistas en el plano religioso no pasaban de ser pérdida y basura espiritual (Fil. 3:7-8). Su amor propio, su satisfacción en sí mismo y su orgullo quedaron devastados y en ruina total. Pablo murió. Es decir, por primera vez en su vida, se dio cuenta de que estaba muerto espiritualmente. Cuando él vio la majestad y la santidad de la ley perfecta de Dios, quedó quebrantado y contrito. Finalmente estaba listo para rogar al lado del publicano penitente: "Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lc. 18:13). Se reconoció a sí mismo como uno de los pecadores impíos y sin esperanza por los cuales Cristo había muerto (véase Ro. 5:6).

En nuestra época, cuando se hace tanto énfasis en el amor de Dios, descuidando con frecuencia la verdad de su ira y su juicio, resulta especialmente importante evaluar la autenticidad de la salvación, más por la consideración que una persona tiene por la ley de Dios que por su interés en el amor de Dios.

Pablo dice que **el mismo mandamiento**, el cual representa toda la ley de Dios y **que era para vida, a mí me resultó para muerte**, por el contrario. Lo que él había considerado como un medio para ganarse la **vida** eterna, resultó ser el camino hacia la **muerte** espiritual.

Dios dio la ley para bendecir a quienes le aman y le sirven. A través de todo el Antiguo Testamento, el Señor dio a su pueblo promesas tales como: "Bienaventurados los perfectos de camino, los que andan en la ley de Jehová. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y con todo el corazón le buscan" (Sal. 119:1-2).

El problema es que la ley, el **mandamiento**, no puede producir bienaventuranza y paz en el incrédulo, porque él no puede cumplir los requisitos de la ley y por lo tanto sigue estando bajo su sentencia de **muerte**. La ley no puede producir la **vida** que tenía el propósito de producir porque ningún hombre puede vivir a la altura del estándar perfecto de justicia de la ley. Si fuera posible, la obediencia perfecta a la ley podría traer vida, pero debido a que tal obediencia *no* es posible

para el hombre caído y pecador, la ley le trae **muerte** en lugar de vida.

Como creyentes en Jesucristo, nosotros somos salvados y nos es dada la vida eterna debido a que "*la justicia de la ley se [cumple] en nosotros,* que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu", y puesto que Cristo mismo habita en nosotros por medio de su propio Espíritu: "el cuerpo en verdad está muerto a causa de [nuestro] pecado, mas *[nuestro] espíritu vive* a causa de la justicia [de Cristo]" (Ro. 8:4, 10; cursivas añadidas).

Al reiterar lo que acaba de decir sobre el hecho de que **el pecado, tomando ocasión por el mandamiento** (cp. v. 8) ocasionó su muerte (**y por él me mató**), Pablo también dice que el pecado le **engañó**. El engaño es uno de los males más sutiles y desastrosos del pecado. Una persona que es engañada al punto de creer que es aceptable ante Dios gracias a su propio mérito y buenas obras, no verá su necesidad de salvación ni la razón para depositar su confianza en Cristo. Sin duda alguna es por esa razón que todas las religiones falsas, incluso las que invocan el nombre de Cristo, de una u otra manera se construyen sobre un fundamento de engaño que consiste en la aserción de la confianza del ser humano en sí mismo y en sus propios esfuerzos. La justicia humana de quienes confían en sí mismos como justos no es justicia en absoluto sino el peor de los pecados. Tanto por el estándar de la ley como por el estándar de la gracia, la expresión misma *justo en su propia opinión* es una contradicción de términos.

Algún tiempo antes de su encuentro con Cristo en el camino a Damasco, Pablo llegó a reconocer el engaño del pecado y la imposibilidad humana de satisfacer las demandas de la ley, y fue convencido por el Espíritu Santo de su propia injusticia y su miseria espiritual.

LA LEY REFLEJA LA PECAMINOSIDAD DEL PECADO

De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso. (7:12-13)

El apóstol responde otra vez la pregunta: ¿La ley es pecado? (7:7). En esta ocasión declara que la ley no solamente no es pecado, sino que **la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno**. A través del resto del capítulo Pablo continúa alabando y exaltando la ley de Dios, llamándola espiritual (v. 14), buena (v. 16), y ratificando su verdad y parámetros divinos con gozo en su "hombre interior" (v. 22).

David exaltó en gran manera la ley de Dios, al proclamar:

> *La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal. Tu siervo es además amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón. (Sal. 19:7-11).*

El hecho de que la ley revela, incita y condena el pecado y trae muerte al pecador no hace de la ley misma algo inherentemente malo. Cuando una persona es enjuiciada y sentenciada por homicidio, no existe falla alguna en la ley o en quienes tienen la responsabilidad de defenderla. La falla está en el que infringió la ley.

Anticipándose otra vez a una pregunta que naturalmente vendría a la mente en vista de lo que ha dicho, Pablo pregunta: **¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí?** Y otra vez Pablo responde su propia pregunta con la resonante expresión: **En ninguna manera**.

Para emplear otra vez la analogía del juicio por homicidio, no es la ley contra el homicidio sino el hecho de cometer homicidio lo que merece castigo. La ley en sí misma es buena; el quebrantamiento de la ley es lo malo. Cuánto más es **buena** la ley de Dios, y cuánto más maligna su transgresión.

No es la ley lo que causa la muerte espiritual **sino que** es **el pecado**. La ley revela e incita el pecado **para** que el pecado pueda **mostrarse pecado**, al producir **la muerte por medio de lo que es bueno**. El carácter mortífero del pecado queda expuesto bajo la luz pura de la ley de Dios.

Dios ha dado su ley santa, justa y buena **a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso**. Como ya se indicó, la predicación de la ley es necesaria para la predicación del evangelio. Hasta que los hombres vean su propio pecado en su carácter y dimensión reales, no verán la necesidad que tienen de ser salvados de su pecado.

Aquí el punto de Pablo es que el pecado es tan **sobremanera pecaminoso** que incluso puede pervertir y menoscabar el propósito de la ley santa de Dios. Puede torcer y distorsionar la ley de tal modo que en lugar de traer vida, cual fue la intención de Dios, trae muerte. Puede manipular la ley pura de Dios para engañar y condenar a las personas, y en esto radica la ruindad horripilante del pecado.

En su carta a la iglesia de Galacia, Pablo presenta otros aspectos de la ley en cuanto al lugar que ocupa y su propósito.

> *Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador. Y el mediador no lo es de uno solo;*

pero Dios es uno. ¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley. Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes. (Gá. 3:19-22)

El propósito de la ley al final era llevar los hombres a la fe en Jesucristo, quien satisfizo las demandas de la ley a favor de pecadores que confían en su justicia y no en la propia de ellos.

Aunque Robert Murray McCheyne murió en 1843 a la edad de treinta años, le dejó al pueblo de Dios un gran tesoro en sus memorias y otros escritos. En el poema "Jehová tsidkenú", que significa "Dios nuestra justicia", él testifica:

Alguna vez fui un extraño a la gracia y a Dios,
No conocía mi peligro ni sentía mi carga;
Amigos me hablaban arrobados de Cristo en el madero, pero
Jehová tsidkenú no era nada para mí.

A veces leía con gusto para tranquilizarme o para cavilar,
El gran tomo de Isaías o la sencilla página de Juan;
Aunque ambos pintaban el cuadro del madero ensangrentado,
Jehová tsidkenú parecía ser como nada para mí.

Como lágrimas que hacen rodar las hijas de Sión,
Lloré cuando las aguas cubrieron su alma,
Mas no pensé que mis pecados le habían clavado al madero
Jehová tsidkenú, nada tenía para mí.

Cuando de lo alto la gracia me despertó con su luz,
Temores de ley me sacudieron y tuve temblores de muerte;
Ningún refugio, no hallé seguridad dentro de mí,
Jehová tsidkenú debe ser mi Salvador.

Mis terrores se desvanecieron ante el dulce nombre;
Mi temor de culpa se alejó y con osadía me acerqué
Para beber en la fuente gratuita que me llenó de vida;
Jehová tsidkenú es todo para mí.

¡Jehová tsidkenú! Mi tesoro y ufanía,
¡Jehová tsidkenú! Mi vida ya no está perdida;
En ti conquistaré los campos con diluvios,
¡Mi amarre, mi ancla, mi coraza y mi protección!

Aun al transitar por el valle de la sombra de la muerte,
Esta "contraseña" reanimará mi aliento faltante;
Pues mientras mi Dios me esté libertando de esta vida febril,
Jehová tsidkenú será mi cántico en el umbral de la muerte.

McCheyne experimentó la misma convicción de pecado que tuvo el apóstol Pablo. Cuando se vio a sí mismo ante la luz plena de la ley de Dios, se dio cuenta de que estaba arruinado y muerto y que no tenía esperanza alguna fuera de la gracia salvadora del Señor Jesucristo.

Después de la salvación, los cristianos todavía necesitan ser expuestos continuamente a las normas divinas de la ley de Dios con el fin de ver con mayor claridad el pecado en sus vidas y confesarlo para experimentar la bienaventuranza plena que pertenece a sus hijos. Entonces ellos pueden decir con el salmista: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Sal. 119:11), y pueden reclamar la promesa de que "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn. 1:9).

Visite:

www.doctrinabiblica.com

(Estudios Bíblicos, Teología, Hermenéutica)

El creyente y el pecado que mora en él

28

Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado. (7:14-25)

Este pasaje corresponde obviamente al punzante relato del conflicto interno de un hombre consigo mismo, en el que una parte de él empuja en una dirección y la otra parte lo hace en la dirección completamente opuesta. El conflicto es real y es intenso.

Sin embargo, quizás durante todo el tiempo que la iglesia ha conocido este texto, los intérpretes han estado en desacuerdo alrededor de la cuestión de si la persona que se describe aquí es un cristiano o un no cristiano. Han surgido movimientos dedicados exclusivamente a promover alguna de esas dos perspectivas. Por un lado se sostiene que la persona está demasiado atada al pecado como para ser un creyente, mientras que los del otro lado sostienen que la persona tiene demasiado amor por las cosas de Dios y demasiada aversión al pecado como para ser un incrédulo.

Por lo tanto, resulta obvia la importancia que tiene determinar de qué clase

de persona está hablando aquí Pablo, antes de intentar cualquier interpretación del pasaje. También resulta de importancia determinar si el uso que Pablo hace de la primera persona en singular es para referirse a él mismo, o si sencillamente se trata de un recurso literario que utiliza para identificarse de manera más personal con sus lectores. La respuesta a esas dos preguntas responderá automáticamente una tercera: Si Pablo está hablando de sí mismo, ¿está hablando acerca de su condición antes o después de su conversión?

Quienes creen que Pablo está hablando acerca de un incrédulo señalan que él describe a esa persona como alguien "carnal, vendido al pecado" (v. 14), como alguien en cuyo interior no mora ninguna cosa buena (v. 18), y como un "miserable" atrapado en un "cuerpo de muerte" (v. 24). Ellos se preguntan entonces: ¿cómo es posible que una persona así corresponda al cristiano que Pablo describe en el capítulo 6 como alguien que ha muerto al pecado (v. 2), cuyo viejo hombre ha sido crucificado y quien ya no es esclavo del pecado (v. 6), sino que ha sido "justificado del pecado" y "libertado del pecado" (vv. 7, 18, 22), que se considera a sí mismo muerto al pecado (v. 11), y que obedece de corazón la Palabra de Dios (v. 17)?

Los que contienden que Pablo está hablando acerca de un creyente en el capítulo 7 señalan que esta persona desea obedecer la ley de Dios y detesta hacer lo malo (vv. 5, 19, 21), que es humilde ante Dios y se da cuenta de que en su condición humana no mora lo bueno (v. 18), y que ve el pecado como algo que está en él, pero que no es *todo* lo que hay en él (vv. 17, 20-22). Además esa persona da gracias a Jesucristo como su Señor y le sirve con su mente (v. 25). El apóstol ya ha establecido que ninguna de esas cosas caracterizan a los no salvos. El incrédulo no solamente odia la verdad y la justicia de Dios, sino que trata de detenerlas y suprimirlas con su injusticia, rechaza de manera consciente y voluntaria la evidencia natural de Dios, no honra ni da gracias a Dios, y está totalmente dominado por el pecado de tal modo que con arrogancia desobedece la ley de Dios y alienta a otros a hacer lo mismo (1:18-21, 32).

En Romanos 6, Pablo empezó su discusión acerca de la santificación enfocándose en el creyente como una nueva criatura, una persona nueva por completo en Cristo. El énfasis se hace por ende en la santidad y la justicia del creyente, las cuales son por igual imputadas e impartidas. Por las razones dadas en el párrafo anterior, así como por otras razones de las que se hará mención más adelante, parece cierto que en el capítulo 7 el apóstol todavía está hablando acerca del creyente. Sin embargo, aquí el enfoque está centrado en el conflicto que un creyente continúa teniendo con el pecado. Incluso en el capítulo 6, Pablo indica que los creyentes aún deben seguir batallando con el pecado en sus vidas. Por lo tanto, él los amonesta: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad" (Ro. 6:12-13).

Algunos intérpretes creen que el capítulo 7 describe al cristiano carnal, aquel que está viviendo en un nivel muy bajo de espiritualidad. Muchos sugieren que esta persona es un cristiano legalista y frustrado que trata de agradar a Dios por sus propias fuerzas viviendo de conformidad con la ley mosaica.

No obstante, la actitud expresada en el capítulo 7 no es típica de los legalistas, quienes tienden a sentirse satisfechos con su cumplimiento de la ley. La mayoría de las personas se sienten atraídas hacia el legalismo desde un principio, porque les ofrece el proyecto imaginario de poder vivir a la altura de las normas de Dios en sus propias fuerzas.

Parece más bien que Pablo está describiendo aquí a los cristianos más espirituales y maduros, los que entre más se miden con honestidad frente a las normas de justicia de Dios, más cuenta se dan de lo lejos que se encuentran de alcanzarlos. Entre más nos acercamos a Dios, más podemos ver nuestro propio pecado. De modo que son las personas inmaduras, carnales y legalistas, las que tienden a vivir bajo la ilusión de que son espirituales y que mantienen un buen desempeño en comparación a las normas de Dios. El nivel de conocimiento espiritual, quebrantamiento, contrición y humildad que caracterizan a la persona representada en Romanos 7, constituyen marcas que corresponden a un creyente espiritual y maduro, el cual no tiene delante de Dios confianza en absoluto en su propia bondad y en sus logros individuales.

También parece, como uno podría suponer naturalmente dado el uso de la primera persona singular (que ocurre cuarenta y seis veces en Ro. 7:7-25), que Pablo está hablando acerca de él mismo. Aquí él no está plasmado solamente como el sujeto y tema central de este pasaje, sino también como el apóstol maduro y experimentado que era en ese momento. Únicamente un cristiano que se encuentra muy cerca a la cúspide de la madurez espiritual, estaría dispuesto a experimentar o a sentir interés o preocupación con respecto a unas luchas de corazón, mente y conciencia tan profundas. Entre más veía con claridad y plenitud cada vez mayores la santidad y la bondad de Dios, más reconocía Pablo su propia pecaminosidad y mayor era su aflicción con respecto a ella.

Pablo refleja esa misma humildad en muchos apartes de sus escritos. En su primera carta a la iglesia en Corinto él confesó: "Yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios" (1 Co. 15:9). Aunque él se refiere allí a su actitud y a sus acciones antes de su conversión, habla de su apostolado en tiempo presente y se sigue considerando a sí mismo indigno de haber recibido ese supremo llamamiento. A los creyentes efesios les habló acerca de sí mismo como alguien que era "menos que el más pequeño de todos los santos" (Ef. 3:8), y con Timoteo se maravillaba de que el Señor le hubiera tenido por fiel para ponerlo en el ministerio, y se refiere a sí mismo como el primero de los pecadores (1 Ti. 1:12, 15). Él sabía y confesa-

ba que todo lo que había llegado a ser en Cristo se debía totalmente a la gracia de Dios (1 Co. 15:10).

Únicamente alguien que sea una nueva criatura en Cristo vive con tal nivel de tensión entre pecado y justicia, porque únicamente un cristiano tiene la naturaleza divina de Dios dentro de él. Puesto que ya no está en Adán sino que ahora está en Cristo, posee el deseo dado por el Espíritu de ser conformado a la imagen de Cristo mismo y de ser hecho perfecto en justicia. El problema es que el pecado sigue tratando de aferrarse a su condición humana, aunque en su ser interior lo aborrece y lo desprecia. Ha pasado de las tinieblas a la luz y ahora se ha hecho partícipe de la muerte, sepultura, resurrección y vida eterna de Cristo, pero a medida que crece en su semejanza a Cristo también es cada vez mas consciente de la presencia y el poder continuos del pecado que mora en su ser, el cual aborrece y del cual anhela verse librado definitivamente. Esa clase de sensibilidad es lo que llevó a Juan Crisóstomo, padre de la iglesia del siglo cuarto, a decir en su *Segunda homilía sobre Eutropio*, que no tenía temor de nada fuera del pecado. La persona que se describe en Romanos 7 tiene una profunda percepción de su propio pecado y un deseo igualmente profundo de agradar al Señor en todas las cosas. Únicamente un cristiano maduro podría caracterizarse por estos rasgos de carácter.

El escritor puritano Thomas Watson observó que una de las señales indefectibles de "la santificación es una apatía contra el pecado ... Un hipócrita puede dejar el pecado, pero seguirlo amando; es como una serpiente que se quita la piel pero conserva los colmillos; en cambio la persona santificada puede decir que no solamente deja el pecado, sino que lo aborrece". Él continúa diciendo al cristiano: "Dios ... no solamente dejó encadenado el pecado, sino que cambió tu naturaleza, y te ha convertido en la hija de un rey, toda llena de gloria por dentro. Él ha colocado sobre ti la coraza de la santidad, contra la cual puede hacerse fuego, pero que jamás podrá ser perforada" (*A Body of Divinity* [Londres: Banner of Truth, ed. rev., 1965], pp. 246, 250).

El creyente espiritual es sensible al pecado porque sabe que contrista al Espíritu Santo (Ef. 4:30), porque deshonra a Dios (1 Co. 6:19-20), porque el pecado impide que sus oraciones sean contestadas (1 P. 3:12), y porque el pecado hace que su vida carezca de poder espiritual (1 Co. 9:27). El creyente espiritual es sensible al pecado porque es un estorbo para las cosas buenas que vienen de parte de Dios (Jer. 5:25), porque le quita el gozo de la salvación (Sal. 51:12), porque inhibe el crecimiento espiritual (1 Co. 3:19), porque atrae disciplina y azote de parte del Señor (He. 12:5-7), y porque le impide que se convierta en un instrumento honroso y útil en las manos del Señor (2 Ti. 2:21). El creyente espiritual es sensible al pecado porque contamina el compañerismo cristiano (1 Co. 10:21), porque impide su participación apropiada en la Cena del Señor (1 Co. 11:28-29), y porque incluso puede acarrear peligros en su vida y salud físicas (1 Co. 11:30; 1 Jn. 5:16).

Como se indicó en el capítulo anterior de este comentario, Pablo utiliza el tiempo pasado en los verbos de Romanos 7:7-13, lo cual indica sin duda alguna que estaba hablando de su vida anterior a la conversión. Sin embargo, empezando a partir del versículo 14 y de manera continua en el resto del capítulo, él emplea el tiempo presente para hacer referencia exclusiva a él mismo. Ese cambio abrupto, obvio e invariable de tiempos verbales constituye un respaldo consistente a la idea de que en los versículos 14-25 Pablo está describiendo su vida como cristiano.

A partir del versículo 14 también se da un cambio obvio en las circunstancias del sujeto con relación al pecado. En los versículos 7-13 Pablo habla del pecado como algo que le engaña y le mata. Da la impresión de estar a merced del pecado y de ser totalmente incapaz de librarse de su agarre mortal. Pero en los versículos 14-25 él habla de una batalla consciente y resoluta en contra del pecado, el cual sigue siendo un enemigo poderoso pero que ya no es su amo. En esta segunda parte del capítulo, Pablo continúa defendiendo la justicia de la ley de Dios y se regocija en los beneficios de su ley, porque así no se pueda salvar del pecado, de todas maneras sigue obrando en la vida del creyente revelando el pecado y convenciendo de pecado, tal como lo hizo antes de la salvación.

Siempre y cuando un creyente permanezca en la tierra en su cuerpo mortal y corruptible, la ley seguirá siendo su aliado espiritual. Por lo tanto, el creyente obediente y lleno del Espíritu valora y honra en gran manera todos los mandamientos morales y espirituales de Dios. Él continúa declarando con el salmista: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Sal. 119:11), y esa Palabra es más que nunca una lámpara a sus pies y lumbrera a su camino (Sal. 119:105). La Palabra de Dios es más valiosa para los creyentes bajo el nuevo pacto de lo que fue para quienes estuvieron bajo el viejo pacto, no solamente porque el Señor nos ha revelado más de su verdad en el Nuevo Testamento, sino también porque los creyentes ahora tienen la plenitud del Espíritu Santo que mora en ellos para iluminar y aplicar su verdad. Por lo tanto, aunque la ley no puede salvar ni santificar, sigue siendo santa, justa y buena (Ro. 7:12), y la obediencia a ella ofrece grandes beneficios, tanto a creyentes como a incrédulos.

Pablo todavía sigue enseñando aquí acerca del tema más amplio de la justificación por gracia a través de la fe. Él ha establecido que la justificación trae como resultado la seguridad y certidumbre plenas del creyente (cap. 5), su santidad (cap. 6), y su libertad del yugo a la ley (7:1-6). A esa lista de beneficios el apóstol añade ahora la sensibilidad frente al pecado y el aborrecimiento del pecado.

En Romanos 7:14-25 Pablo da una serie de lamentos acerca de su penosa situación espiritual con todas sus dificultades. Los primeros tres lamentos (vv. 14-17, 18-20, 21-23) siguen el mismo patrón. Pablo describe primero la condición espiritual de la que se lamenta, luego da una prueba de su realidad, y por último

revela la fuente del problema. El lamento final (vv. 24-25) también incluye una bella exultación de gratitud a Dios por su Hijo Jesucristo, porque gracias a su sacrificio de amor y gracia, los creyentes en Él ya no están bajo condenación a pesar del poder residual del pecado (8:1).

EL PRIMER LAMENTO

Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. (7:14-17)

LA CONDICIÓN

Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. (7:14)

La conjunción **porque** indica que Pablo no está entrando a un nuevo tema sino que está dando una defensa de lo que acaba de decir. Él empieza afirmando nuevamente **que la ley** no es el problema, porque la ley **es espiritual**. La salvación por gracia a través de la fe no reemplaza ni devalúa **la ley**, porque la ley nunca ha sido un medio de salvación. Como se observó previamente, Hebreos 11 y muchos otros pasajes de las Escrituras dejan en claro que el único medio de salvación siempre ha sido la provisión y el poder de la gracia de Dios obrando a través del canal de la fe del hombre.

"**Mas yo**", continúa Pablo, "todavía **soy carnal**, todavía soy de la tierra y soy mortal". Es importante advertir que el apóstol no dice que todavía esté *en* la carne sino que la carne sigue siendo parte de él. Él ha explicado que los creyentes ya no están "en la carne" (7:5; cp. 8:8), no están más ligados y esclavizados a su pecaminosidad como lo estuvieron en el pasado. La idea es que, aunque los creyentes ya no están en la carne, la carne todavía está en ellos. En su primera carta a la iglesia de Corinto, Pablo describe a los cristianos allí como "carnales, como ... niños en Cristo" (1 Co. 3:1). Como el apóstol confiesa más adelante en el pasaje presente, haciendo uso del tiempo presente: "Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien" (7:18). Aun siendo un apóstol de Jesucristo él poseía un residuo de la pecaminosidad que caracteriza a todos los seres humanos, incluso los que, en Cristo, son salvados de su dominación total y de su condenación eterna.

No obstante, el espíritu del cristiano, su hombre interior, ha sido limpiado de pecado por completo y para siempre. Es por esa razón que en el momento de la

muerte, el cristiano se encuentra preparado para entrar a la presencia de Dios en perfecta santidad y pureza. Debido a que su nuevo nacimiento espiritual ya ha tenido lugar, en el momento de la muerte su carne al lado de todos sus residuos de pecado es dejada atrás definitivamente.

Todo cristiano honesto y bien enseñado está al tanto de que su vida está muy alejada del estándar perfecto de justicia de Dios y que retrocede y cae en pecado con frecuencia perturbadora. Él ya no pertenece a su padre anterior, el diablo (Jn. 8:44), ya no ama al mundo (1 Jn. 2:15), y para siempre ha dejado de ser un esclavo del pecado, pero todavía sigue sujeto a su capacidad de engaño y se ve atraído hacia muchos de sus encantos, por así decirlo. De todas maneras, el cristiano no puede sentirse feliz con su pecado, porque es algo contrario a su nueva naturaleza y porque él sabe que aflige a su Señor así como a su propia conciencia.

Se cuenta la historia de un incrédulo que cuando escuchó el evangelio de salvación por gracia solamente, hizo este comentario: "Si yo pudiera creer que la salvación es gratuita y se recibe por fe únicamente, entonces yo creería y después me embutiría de pecado". La persona que le estaba testificando contestó con sabiduría: "¿Cuánto pecado cree usted que se necesitaría para atiborrar a un cristiano verdadero y dejarlo satisfecho?" Lo que quiso dar a entender fue que una persona que no ha perdido su apetito por el pecado no puede haberse convertido de verdad.

La expresión **vendido al pecado** ha ocasionado que muchos intérpretes no capten el punto que Pablo quiere mostrar, y esto les ha llevado a tomar esas palabras como evidencia de que la persona de la cual se está hablando aquí no es un cristiano. Sin embargo, Pablo emplea una frase similar en el versículo 23, donde aclara que solamente sus miembros, esto es, su cuerpo carnal es "cautivo a la ley del pecado". Esa parte residual de su condición humana no redimida sigue siendo pecaminosa y en consecuencia está en guerra cruenta en contra de la parte nueva y redimida de su ser, la cual ya no es cautiva del pecado sino que se ha convertido en su enemigo declarado.

Las palabras fuertes de Pablo acerca de su condición no indican que él fuera salvo en aquel entonces de una manera parcial únicamente, sino que más bien destacan el hecho de que el pecado puede seguir teniendo un poder terrible en la vida de una cristiano y que esto no es algo que pueda tomarse a la ligera. La batalla del creyente con el pecado es extenuante y dura toda la vida, y como Pablo señala más adelante en este capítulo, incluso cualquier cristiano honesto puede decir en verdad: "Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien" (Ro. 7:18). *En él mismo*, es decir, en lo que queda de su ser carnal, un cristiano no es más santo o más libre de pecado de lo que era antes de la salvación.

Probablemente muchos años después de convertirse en un creyente, David oró: "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la

Visite:

www.artecristiano.org

(Arte Cristiano en Imágenes)

La prueba que Pablo presenta para demostrar que el pecado seguía morando en él se basa en la realidad de su situación: **lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.**

Ginōskō (**entiendo**) tiene el significado básico de adquirir conocimiento con relación a algo o alguien, un conocimiento que va más allá de los hechos concretos. Por extensión, el término se empleaba con frecuencia para aludir a la relación especial entre la persona que conoce y el objeto de conocimiento. Se empleaba normalmente para referirse a la relación íntima entre esposo y esposa, y entre Dios y su pueblo. Pablo utiliza el término en ese sentido para representar la relación entre la persona salva y el Salvador. "Mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?" (Gá. 4:9). Por vía de una extensión adicional, la palabra se utilizaba en el sentido de aprobar o aceptar algo o a alguien. "Pero si alguno ama a Dios", dice Pablo, "es conocido [aceptado] por él" (1 Co. 8:3).

Ese parece ser el significado de la palabra aquí, y es compatible con la segunda mitad de la frase. Pablo se encontró a sí mismo haciendo cosas que no aprobaba. No era que él fuese incapaz de hacer una cosa buena en particular, sino que cuando vio la plenitud y grandeza de la ley de Dios, no fue capaz de responder por completo a la altura de sus demandas perfectas. No era que él nunca pudiera hacer cualquier cosa buena en absoluto, ni que fuese incapaz de obedecer fielmente a Dios. El apóstol más bien estaba expresando un conflicto interno del tipo más profundo que existe, en el que su deseo sincero y de todo corazón era cumplir el espíritu así como la letra de la ley (véase 7:6), pero dándose cuenta de que era incapaz de vivir a la altura de las normas perfectas del Señor y del propio deseo de su corazón.

No era la conciencia de Pablo lo que le estaba perturbando a causa de algún pecado no perdonado o de una vacilación pecaminosa en seguir al Señor. Era su hombre interno, creado de nuevo a semejanza de Cristo y habitado por su Espíritu, el que ahora podía ver algo de la santidad, la bondad y la gloria verdaderas de la ley de Dios, y se sentía afligido con la más mínima infracción o insuficiencia en su cumplimiento personal de esa ley perfecta. En un contraste rotundo frente a la satisfacción individual que tenía antes de su conversión, cuando se consideraba a sí mismo libre de culpa ante la ley de Dios (Fil. 3:6), ahora Pablo se daba cuenta de cuán lejos estaba su vida de la ley perfecta de Dios, aun siendo él un creyente lleno del Espíritu y un apóstol de Jesucristo.

Ese espíritu de humilde contrición es una marca de todo discípulo espiritual de Cristo que clama: "Señor, no puedo ser todo lo que tú quieres que yo esa, soy incapaz de cumplir del todo tu ley perfecta, santa y gloriosa". En medio de una gran frustración y tristeza, el creyente confiesa con Pablo, **no hago lo que quiero**.

LA FUENTE

Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. (7:16-17)

Ahora Pablo trata con la razón, o la fuente de su incapacidad para cumplir la ley a perfección, y empieza con una sólida defensa del estándar divino. "Sin importar cuál sea la razón por la cual **lo que no quiero, esto hago**", dice él, "esto no es culpa de la ley. Yo estoy de acuerdo con la ley en todos sus detalles. Mi nuevo hombre, la nueva criatura donde ha sido implantada la semilla eterna e incorruptible de Dios, lo confiesa de todo corazón y por esta razón yo **apruebo que la ley es buena**. En mi ser redimido yo anhelo con toda sinceridad honrar la ley y cumplirla a perfección"

Todo cristiano verdadero tiene en su corazón una percepción consciente de la excelencia de **la ley** de Dios, y entre más vaya madurando en Cristo, mayor será su nivel de percepción y enaltecimiento de la bondad, la santidad y la gloria de la ley. Entre más profundo sea su compromiso con el Espíritu Santo para la dirección de su vida, su amor por el Señor Jesucristo será cada vez más profundo, su percepción de la santidad y la majestad de Dios será más profunda, y tanto mayor será su anhelo de cumplir cabalmente la ley de Dios.

Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Cuál es la fuente de nuestro fracaso en vivir conforme a las normas de Dios y a nuestros propios deseos internos de perfección? "**De manera que ya no soy yo quien hace aquello**", explica Pablo, "**sino el pecado que mora en mí**".

Pablo no estaba tratando de escapar de su responsabilidad personal. No estaba mezclando el evangelio puro con el dualismo filosófico griego que posteriormente invadió a la iglesia primitiva y sigue siendo popular en algunos círculos eclesiásticos de la actualidad. El apóstol no estaba enseñando que el mundo del espíritu es todo bondad y que el mundo físico es totalmente maligno, como la influyente filosofía gnóstica de su tiempo lo argumentaba. Los proponentes de esa escuela profana de pensamiento desarrollan de forma invariable una gran insensibilidad moral. Ellos justifican su pecado afirmando que es enteramente el producto de sus cuerpos físicos que de todas maneras van a ser destruidos, mientras que la persona interna y espiritual conserva su bondad innata y permanece intacta, sin que importe en absoluto lo que se haga con el cuerpo y sin que le toque rendir cuentas por ello.

El apóstol ya había confesado su propia complicidad con el pecado. "Yo soy carnal, vendido al pecado" (7:14). Si el cristiano interno "real" no fuera responsable por el pecado en su vida, no tendría razón para confesarlo ni necesidad de ser limpiado y perdonado de pecado. Como se indicó arriba, Juan deja claro que una pretensión de no pecaminosidad hace a Dios mentiroso y constituye la prue-

ba de que su Palabra no está en nosotros (1 Jn. 1:10). Un creyente verdadero está reconociendo y confesando continuamente su pecado (v. 9).

A lo largo de este capítulo Pablo ha hablado en términos personales y no técnicos. No ha estado trazando precisas distinciones teológicas entre la vieja vida previa a la conversión de un creyente y su nueva vida en Cristo. Ciertamente no estaba enseñando que un cristiano tenga dos naturalezas o dos personalidades. Solamente existe una persona salvada, de la misma forma que antes de su salvación solamente había una persona perdida.

En el versículo 17, sin embargo, Pablo se torna más técnico y opta por una mayor precisión teológica en su terminología. Se había dado un cambio radical en su vida, como ha ocurrido en la vida de todo creyente. *Ouketi* (**ya no**) es un adverbio negativo de tiempo que indica un cambio completo y permanente. El nuevo **yo** de Pablo, su nuevo hombre interno, **ya no** aprueba el pecado que todavía trata de aferrarse a él por medio de la carne. Mientras que antes de su conversión su ser interior aprobaba el pecado que él cometía, ahora su ser interior, un hombre interior completamente nuevo, lo desaprueba enérgicamente. Él explica la razón para este cambio en su carta a los Gálatas: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

Después de la salvación, el pecado, como si fuera un gobernante depuesto y exiliado, ya no reina en la vida de una persona pero se las arregla para sobrevivir. Ya no reside en el ser interior más profundo de la persona, pero encuentra su habitáculo residual en su carne, en la humanidad no redimida que permanece con el creyente hasta su encuentro con el Señor en el arrebatamiento o en la muerte. "Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis" (Gá. 5:17).

En esta vida, los cristianos son en cierto sentido como un artista sin destreza que contempla una bella escena que quiere retratar, pero su falta de talento le impide hacer justicia al panorama. La falla no es del paisaje o la escena, ni del lienzo, los pinceles o la pintura, sino del pintor. Por eso es que necesitamos pedir al maestro pintor, Jesucristo, que ponga su mano sobre la nuestra a fin de poder pintar los trazos que, con independencia de Él, nosotros nunca podríamos producir. Jesús dijo: "Separados de mí nada podéis hacer" (Jn. 15:5). La única manera como podemos vivir en victoria es andar por el mismo Espíritu de Cristo y en su poder, a fin de no satisfacer "los deseos de la carne" (Gá. 5:16).

EL SEGUNDO LAMENTO

Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el

bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. (7:18-20)

El segundo lamento sigue el mismo patrón del primero: la condición, la prueba, y la fuente.

LA CONDICIÓN

Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; (7:18*a*)

A fin de que sus lectores no lo entiendan mal, el apóstol explica que el **mí** en quien **no mora el bien** no corresponde al mismo "Yo" que acaba de mencionar en el versículo anterior, el cual hacía referencia a su nueva naturaleza redimida e incorruptible, semejante a Cristo. La parte de su ser actual en la cual todavía **mora** el pecado es su **carne**, su vieja condición humana que todavía no ha sido completamente transformada.

Él señala de nuevo (véase vv. 5, 14) que la única residencia del pecado en la vida de un creyente es su **carne**, la parte de su humanidad que no ha sido redimida. Como se indicó arriba, la **carne** en sí misma no es pecaminosa, pero sigue estando sujeta al pecado y le facilita al pecado un reducto desde el cual opera en la vida de un creyente.

LA PRUEBA

porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. (7:18*b*-19)

Pablo tenía un profundo deseo de hacer únicamente el bien. El **querer** hacer la voluntad de Dios era algo que estaba muy presente **en** su ser redimido. El **mí** empleado aquí no corresponde al *mí* de la primera mitad de este versículo sino al *yo* del versículo 17. Sin embargo, desafortunadamente **el hacerlo** (el bien) que su corazón deseaba **no** estaba presente en su vida. Dicho de otro modo, Pablo expresó esta verdad de manera muy concreta y sencilla: **Porque el bien que deseo hacer, no lo hago.**

Como se advirtió en relación al versículo 15, Pablo no está diciendo que él fuera totalmente incapaz de hacer cualquier tipo de cosa buena y aceptable. Él está diciendo que era incapaz de cumplir *cabalmente* los requisitos de la santa ley de Dios. "No que ... ya sea perfecto", le explicó a la iglesia en Filipos; "sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa

hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:12-14).

A medida que un creyente crece en su vida espiritual, será inevitable que tenga un odio incrementado hacia el pecado y un amor creciente por la justicia. A medida que se incrementa el deseo por la santidad, también lo hará la sensibilidad y la antipatía hacia el pecado.

El otro lado de la situación problemática, dice Pablo, es que **no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago**. De nuevo, es importante entender que esta gran lucha interna con el pecado no es experimentada por el creyente inmaduro y sin el suficiente desarrollo espiritual, sino por el hombre de Dios que ya ha madurado en la vida cristiana, como era el caso de Pablo.

David fue un hombre conforme al corazón de Dios (1 S. 13:14) y fue honrado por el hecho de que el Mesías mismo fue llamado el hijo de David. Sin embargo, ningún santo del Antiguo Testamento parece haber sido un peor pecador ni fue más consciente de su propio pecado que David. De manera especial en los salmos penitenciales 32, 38 y 51, pero también en muchos otros salmos, David agonizó cada vez al confesar su pecado ante Dios. Él estaba tan cerca al corazón de Dios que el pecado más ínfimo en su vida le acechaba como la ofensa más grave que podía existir.

LA FUENTE

Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. (7:20)

Pablo repite lo que dijo en los versículos 16-17, con una pequeña variación. **Si hago lo que no quiero**, argumenta el apóstol con una lógica simple, entonces se sigue que **ya no lo hago yo**. El apóstol usa de nuevo la frase **ya no**, refiriéndose al tiempo antes de su conversión. Antes de la salvación, era el **yo** interno el que estaba de acuerdo con el pecado. Una persona no salva no puede decir francamente que no lo está haciendo, puesto que no tiene un "ya no" moral o espiritual.

EL TERCER LAMENTO

Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. (7:21-23)

El tercer lamento es muy semejante a los dos primeros, tanto en substancia como en orden.

LA CONDICIÓN

Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. (7:21)

La presencia continua del **mal** en la vida de un creyente es tan universal que Pablo no se refiere a ella como una cosa excepcional sino como una realidad tan común que se le puede asignar el nombre de principio o **ley** espiritual operativo. El pecado residual batalla en contra de todo **el bien** que el creyente desea hacer, en contra de todo buen pensamiento, toda buena intención, todo buen motivo, toda buena palabra, toda buena obra.

El Señor advirtió a Caín cuando se enojó porque el sacrificio de Abel fue aceptado y el suyo no: "El pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él" (Gn. 4:7). El pecado sigue estando a la puerta, incluso en la vida de los creyentes, con el fin de llevar a las personas a la desobediencia.

LA PRUEBA

Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, (7:22-23*a*)

La primera parte de la prueba que Pablo da de que el pecado ya no es su amo y que sin lugar a dudas ha sido redimido por Dios y creado de nuevo en la semejanza de Cristo, consiste en que él se encuentra en capacidad de decir: **según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios**. En otras palabras, **el hombre interior** justificado del apóstol está del lado de **la ley de Dios** y ya no está en el lado del pecado, como es el caso cierto de las personas no salvas.

El Salmo 119 ofrece muchos paralelos asombrosos frente a Romanos 7. Una y otra vez de diversas maneras, el salmista alaba y exalta al Señor y su Palabra: "Me he gozado en el camino de tus testimonios más que de toda riqueza" (v. 14), "Me regocijaré en tus mandamientos, los cuales he amado" (v. 47), "Tu ley es mi delicia" (v. 77), "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino" (v. 105), y "Sumamente pura es tu palabra, y la ama tu siervo" (v. 140). Siempre ha sido cierto para la persona piadosa: "que en la ley de Jehová está su delicia" (Sal. 1:2).

El hombre interior de Pablo, en lo más profundo de su persona redimida y en el fondo de su corazón, tiene hambre y sed de la justicia de Dios (véase Mt. 5:6), y busca primero su reino y su justicia (véase Mt. 6:33). "Aunque este nuestro

hombre exterior se va desgastando", dijo Pablo a los creyentes corintios, "el interior no obstante se renueva de día en día" (2 Co. 4:16). Él oraba pidiendo que los cristianos en Éfeso fueran "fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu" (Ef. 3:16).

La segunda parte de la prueba que Pablo presenta de que el pecado ya no es su amo y que él sin duda ha sido redimido por Dios y hecho conforme a la semejanza de Cristo, involucra un principio correspondiente pero opuesto (cp. v. 21), **otra ley** que no opera en la persona interna sino en los **miembros** del cuerpo del creyente, esto es, en su humanidad no redimida y todavía pecaminosa.

Ese principio opuesto **se rebela** de manera continua en **contra la ley de** la **mente** del creyente. Aquí el término **mente** corresponde al hombre interior redimido acerca del cual Pablo ha venido hablando. Pablo no está estableciendo una dicotomía entre la mente y el cuerpo sino que está contrastando el hombre redimido o la "nueva criatura" redimida (cp. 2 Co. 5:17), con la "carne" (Ro. 7:25), ese remanente del viejo hombre que permanecerá con cada creyente hasta que recibamos nuestro cuerpo glorificado (8:23). Pablo no está diciendo que su mente sea siempre espiritual y que su cuerpo sea siempre pecaminoso. De hecho, él confiesa que trágicamente, el principio carnal menoscaba la ley de su mente y le hace temporalmente **cautivo a la ley del pecado que está en** sus **miembros**.

Como Pablo pasa a explicar en el capítulo siguiente, lo que él acaba de decir acerca de sí mismo no podría aplicarse a un incrédulo, quien tanto en su mente como en su carne tiene únicamente "enemistad contra Dios" (Ro. 8:7). Los incrédulos no quieren agradar a Dios y no le podrían agradar aun si quisieran hacerlo (v. 8).

El Salmo 119 también presenta un paralelo con Romanos 7 por el lado negativo, con relación a la lucha constante del creyente con el pecado que tanto aborrece y del cual anhela verse librado. Como los creyentes de todas las épocas, el salmista en ocasiones se ve plagado por las fuerzas del mal y gente mala que son enemigos de Dios y de su propio ser interior. "quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo" (v. 40), se lamentaba, "abatida hasta el polvo está mi alma" (v. 25), y "Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos" (v. 71). En repetidas ocasiones él ruega a Dios que lo vivifique (vv. 25, 88, 107, 149, 154). Con la profunda humildad que caracteriza a todo creyente maduro, el escritor termina confesando: "Yo anduve errante como oveja extraviada; busca a tu siervo, porque no me he olvidado de tus mandamientos" (v. 176).

LA FUENTE

y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. (7:23*b*)

Como Pablo ya ha mencionado en la primera parte de este versículo, la fuente de su pecado ya no es el hombre interior, que ya ha sido redimido y está siendo santificado. Como todos los creyentes mientras se encuentren en esta vida terrenal, Pablo en algunas ocasiones se encontraba como un **cautivo a la ley del pecado**, el principio de que el mal todavía estaba presente en él (7:21); pero ahora el **pecado** estaba únicamente en los **miembros** de su cuerpo, en su viejo hombre (Ef. 4:22) que todavía estaba "muerto a causa del pecado" (Ro. 8:10).

No es que la salvación de Pablo fuera imperfecta o deficiente en algún sentido. Desde el momento en que recibe a Jesucristo como Señor y Salvador, el creyente es aceptado completamente por Dios y está listo para encontrarse con Él, pero mientras permanezca en su cuerpo mortal, en su vieja condición humana no redimida, sigue estando sujeto a la tentación y al pecado. "Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne", explicó Pablo a los cristianos corintios (la mayoría de los cuales eran inmaduros espiritualmente y seguían siendo muy carnales); "porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas" (2 Co. 10:3-4). En otras palabras, aunque un cristiano no puede evitar vivir *en* la carne, puede y debe evitar andar *según* la carne en sus hábitos pecaminosos.

EL LAMENTO FINAL

¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado. (7:24-25)

El lamento final de Pablo es todavía más intenso que los demás. Él clama con angustia y frustración absolutas: **¡Miserable de mí!** Debido a que esta persona se describe a sí misma en términos tan negativos, muchos comentaristas creen que no pudo estar hablando como un cristiano, mucho menos como un apóstol. Si Pablo estaba hablando de él mismo, argumentan ellos, debió haber estado hablando acerca de su condición previa a la conversión.

Por otro lado, el comentarista escocés Robert Haldane observó con sabiduría que los hombres se perciben a sí mismos como pecadores en proporción directa al grado en que han descubierto previamente la santidad de Dios y de su ley. En uno de sus salmos penitenciales, David expresó la gran angustia que tenía en el alma, a causa de no ser todo lo que él sabía que el Señor quería que fuese: "Jehová, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira. Porque tus saetas cayeron sobre mí, y sobre mí ha descendido tu mano. Nada hay sano en mi carne, a causa de tu ira; ni hay paz en mis huesos, a causa de mi pecado. Porque mis iniquidades se han agravado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí" (Sal. 38:1-4).

Otro salmista expresó gran tristeza por su pecado en palabras que solamente una persona que conoce y ama a Dios podría decir en oración: "De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado. Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado" (Sal. 130:1-5).

Pablo pasa a continuación a hacer una pregunta cuya respuesta conoce muy bien: **¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?** Él deja en claro de nuevo que la causa de su frustración y tormento es el **cuerpo de muerte** en el que tenía que vivir temporalmente. Es únicamente el **cuerpo** de un creyente lo que sigue estando sujeto al pecado y a la **muerte**.

Rhuomai (librará) tiene la idea básica de rescatar de peligro y se empleaba para aludir a un soldado que iba hasta el lugar donde se encontraba un camarada herido en el campo de batalla, para luego llevarlo como fuera hasta un lugar seguro. Pablo anhelaba que llegara el día en que él habría de ser rescatado de este último vestigio de su vieja carne no redimida y pecaminosa.

Se ha informado que cerca de Tarso, donde nació Pablo (Hch. 22:3), cierta tribu antigua sentenció a algunos homicidas condenados a una ejecución muy horrenda. El cadáver de la persona asesinada fue atado con firmeza al cuerpo del asesino y se dejó allí hasta que el asesino mismo murió. En pocos días, que sin duda alguna parecieron una eternidad para el hombre sentenciado, la putrefacción de la persona a quien había asesinado le infectó y terminó matándole. Tal vez Pablo tenía en mente una tortura de esa clase cuando expresó su anhelo ferviente de ser librado **de este cuerpo de muerte**.

Sin titubear, el apóstol testifica sobre la certeza de su rescate futuro y da gracias a su Señor incluso antes de ser hecho libre. **Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro**, dice el apóstol con el gozo más grande. Más adelante en la epístola también testifica de esta certidumbre al decir: "Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comprables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Ro. 8:18). Por frustrante y dolorosa que pueda ser la lucha presente de un creyente con el pecado, esa situación problemática temporal y terrenal no es nada comparada con la gloria eterna que le espera en el cielo.

Puesto que los cristianos pueden saborear algo de la justicia y la gloria de Dios mientras siguen estando en la tierra, su anhelo por el cielo es todavía más fuerte. "Nosotros mismos", dice Pablo, "que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Ro. 8:23; cp. 2 Corintios. 5:4). En aquel día grandioso, aun nuestro cuerpo corruptible será redimido y hecho incorruptible. "En un momento, en un abrir y cerrar de ojos", nos asegura Pablo, "los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados.

Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad ... El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 15:52-53, 56-57).

Sin embargo, el énfasis primordial de Pablo en el presente pasaje no se hace en la liberación futura del creyente con respecto a la presencia del pecado, sino en el conflicto con el pecado que atormenta a todo hijo de Dios que tiene la suficiente sensibilidad espiritual para ser afligido por esa realidad. Por lo tanto, él termina con una síntesis de los dos lados de esa lucha terrible: **Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.**

En el poema *Maud* (x. 5), uno de los personajes de Tennyson clama suspirando: "Oh, si un nuevo hombre se levantara dentro de mí, ¡para que el hombre que ahora soy dejara de existir!" El cristiano puede decir que en su interior ya se ha levantado un nuevo hombre, pero también debe confesar que la parte pecaminosa de su viejo hombre todavía no ha dejado de existir.

Vida en el Espíritu —parte 1
El Espíritu nos hace libres del pecado y la muerte y nos capacita para cumplir la ley

29

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. (8:1-4)

Aunque la Biblia es un libro que ofrece las buenas nuevas de salvación del pecado, también es un libro que presenta la mala noticia de la condenación a causa del pecado. Ningún libro o colección de escritos en el planeta tierra proclama de una manera tan completa y vívida la situación totalmente desesperada y alarmante del hombre cuando está separado de Dios.

La Biblia revela que desde la caída, cada ser humano ha nacido en el mundo con una naturaleza pecaminosa. Lo que David dijo acerca de sí mismo puede afirmarse de todos los demás: "Yo sé que soy malo de nacimiento; pecador me concibió mi madre" (Sal. 51:5, NVI). Previamente en su carta a los romanos Pablo declaró: "todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Ro. 3:23). A causa de esa pecaminosidad universal e innata, todos los incrédulos

están bajo la condenación de Dios y son "por naturaleza hijos de ira" (Ef. 2:3).

El hombre no se ve simplemente influenciado por el pecado, sino que está completamente sojuzgado por él, y nadie puede escapar de ese dominio por sus propias fuerzas. El pecado es una enfermedad infecciosa que corrompe a toda persona, degrada a todo individuo y trastorna toda alma. Le roba la paz y el gozo al corazón y los substituye con angustia y dolor. El pecado está implantado en cada vida humana, y su fuerza mortífera acarrea una depravación universal que ningún hombre puede curar.

El pecado pone a los hombres bajo el poder de Satanás, el gobernador del sistema mundano actual (Jn. 12:31). Ellos se encuentran bajo el control del "príncipe de la potestad del aire" y "el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia" (Ef. 2:2). Como Pablo recordó a los creyentes efesios, todos los cristianos alguna vez formaron parte de ese sistema de maldad (v. 3). Jesús declaró que Satanás es el padre espiritual de todo incrédulo (Jn. 8:41, 44), y que "el que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio" (1 Jn. 3:8; cp. v. 10).

A causa del pecado, todo el género humano nace con un yugo de dolor, enfermedad y muerte. Uno de los amigos de Job observó correctamente que "como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción" (Job 5:7). A causa del pecado, todo el resto de "la creación fue sujetada a vanidad, [y] ... gime a una, y a una está con dolores de parto, hasta ahora" (Ro. 8:20, 22).

A causa del pecado, los hombres caídos son herederos del juicio de Dios. "Una horrenda expectación de juicio" es lo que le espera a todos los pecadores no regenerados, "y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios" (He. 10:27). El pecador que vive apartado de Dios y sin que esto le importe, lo hace como si fuera Damocles en el banquete de Dionisio, con una espada suspendida en el aire por encima de su cuello y colgada de un solo pelo de caballo que puede romperse en cualquier momento y llevarlo a la eternidad en un instante.

A causa del pecado, existe una maldición sobre el alma del pecador. Entre las últimas palabras que Jesús pronunció cuando estuvo aquí en la tierra estuvieron éstas: "El que no creyere, será condenado" (Mr. 16:16). Pablo declaró: "El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema" (1 Co. 16:22), y "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas" (Gá. 3:10; cp. 2 Ts. 1:8).

Al menos por tres razones, Dios está plenamente justificado en su condenación de los pecadores. En primer lugar, tiene justificación de hacerlo porque todos los hombres, al ser miembros de la estirpe de Adán, tienen su parte en la culpa del pecado original y en la depravación moral y espiritual que produce. "Pues si por la muerte de uno solo reinó la muerte", Pablo ya ha explicado en

esta epístola, "mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida" (Ro. 5:17-18).

En segundo lugar, Dios tiene plena justificación en condenar a los pecadores porque toda persona que nace tiene una naturaleza maligna. "Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás" (Ef. 2:3).

En tercer lugar, Dios se justifica en condenar a los pecadores debido a las malas obras que sus naturalezas depravadas producen de manera inevitable. Dios "pagará a cada uno conforme a sus obras ... ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia" (Ro. 2:6, 8).

A causa del pecado, el único futuro al que pueden anticiparse los no regenerados es la condenación eterna en el infierno. Ese destino es la segunda muerte del pecador, el lago de fuego, un juicio sin misericordia, un dolor sin mitigación (Ap. 20:14). Los perdidos estarán en un lugar donde predominan "las tinieblas de afuera", dijo Jesús, donde "será el lloro y el crujir de dientes" (Mt. 8:12).

Como ya se indicó, la Biblia es un libro condenatorio en extremo, y el libro de Romanos está lejos de ser la excepción a esto. Pablo ya ha establecido que la raza humana entera, judíos y gentiles por igual, está completamente perdida y bajo el pecado. Él declara que "No hay justo, ni aun uno", que "no hay quien busque a Dios", que "no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno", que "con su lengua engañan", que "quebranto y desventura hay en sus caminos", y que "no hay temor de Dios delante de sus ojos" (Ro. 3:9-18).

Más adelante en la epístola él declara que:

> *Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron ... Y con el con no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación ... Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida.*
> *(Ro. 5:12, 16, 18).*

Aunque la ley revelada de Dios es "santa, y el mandamiento santo, justo y bueno", (Ro. 7:12), y a pesar de ser el estándar por el cual los hombres han de vivir y ser bienaventurados, los no salvos carecen del deseo y la capacidad de

satisfacer sus demandas. Debido a la naturaleza depravada y rebelde del hombre, la ley santa de Dios únicamente logra incitar y agravar el pecado que ya está presente en el ser humano (7:5).

En su segunda carta dirigida a Tesalónica, el apóstol revela que "cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder" (2 Ts. 1:7-9).

En sí misma, incluso la venida a la tierra del Señor Jesucristo, Dios encarnado, no podría remover esa condenación. La enseñanza perfecta de Jesús y su vida libre de pecado, en realidad *incrementaron* la condenación de los que le escucharon y le vieron. "Y esta es la condenación", dijo Jesús: "que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas" (Jn. 3:19-20). Tal como el Señor había acabado de explicar, ese nunca fue el deseo de Dios: "Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Jn. 3:17). A pesar de esto, la enseñanza perfecta de Cristo y su vida perfecta no tenían más poder en sí mismas para cambiar los corazones de los hombres que la ley perfecta de Dios. Puesto que la enseñanza de Jesús fue perfecta y su vida fue sin pecado, ellas demostraron de una forma todavía más realista e irrefutable que la ley, el hecho de que los hombres caídos no pueden cumplir con las normas de santidad de Dios por sus propias fuerzas.

Tal es la condición de todo individuo que nace en el mundo, y es a la luz de esa terrible condición que Pablo proclama en Romanos 8:1-4 la maravillosa e inefable verdad acerca de los que, por la gracia que obra mediante la fe, pertenecen a Jesucristo. Él proclama a los creyentes la exultante promesa que llena el corazón de consuelo, gozo y esperanza inmensurables. Algunos han llamado Romanos 8:1 el versículo más esperanzador de las Escrituras. Resulta desconcertante que cualquier mente pensante o cualquier alma que anda en busca de la verdad no esté dispuesta a correr con ansias a recibir tal provisión divina, pero quizás la tragedia más grande del pecado es que ciega al pecador frente a las promesas dadoras de vida que Dios le ofrece, y le predispone para depositar su confianza en las persuasiones falsas y mortíferas de Satanás.

Al presentar la promesa de salvación de Dios a los creyentes, Pablo se enfoca en su realidad, que no hay condenación (v. 1*a*); su razón, la justificación (vv. 1*b*-2); su ruta, la substitución (v. 3); y su resultado, la santificación (v. 4).

LA REALIDAD DE LA LIBERTAD - NO HAY CONDENACIÓN

Ahora, pues, ninguna condenación hay (8:1*a*)

Por simple definición, la expresión **Ahora, pues,** introduce un resultado, consecuencia o conclusión que se basa en lo que ya fue establecido previamente. Parece muy poco probable que Pablo se esté refiriendo al texto inmediatamente anterior. Él acaba de terminar su serie de lamentos por el problema continuo del pecado en la vida de un creyente, incluyendo su propia vida. Es seguro que no es con base en *esa* verdad que él declara con plena confianza que los creyentes ya no están bajo **condenación** divina. Uno podría esperar por el contrario, que cualquier clase de pecado adicional merecería algún tipo de juicio adicional, pero Pablo deja claro que ese no es el caso con nuestro Dios de gracia. Parece probable entonces que el anuncio de **Ahora, pues,** marque la declaración de una conclusión correspondiente a todos los siete primeros capítulos de la epístola que le anteceden, los cuales se enfocan principalmente en la justificación por gracia solamente, hecha posible únicamente con base en y por el poder de la gracia de Dios.

En consecuencia, el capítulo 8 marca un cambio importante en el enfoque y el ritmo de la epístola. En este punto el apóstol empieza a trazar los resultados maravillosos de la justificación en la vida del creyente. Él comienza explicando de la manera más asequible para mentes finitas, algunas de las verdades cardinales de la salvación (ninguna condenación, así como justificación, substitución, y santificación).

La provisión de salvación de Dios no vino por medio de la enseñanza perfecta de Cristo o de su vida perfecta, sino por medio de su sacrificio perfecto en la cruz. Es a través de la muerte de Cristo, no de su vida, que Dios provee el camino de salvación. Para los que depositan su confianza en Cristo y en lo que Él ha hecho a favor de ellos, **ahora, pues, ninguna condenación hay**.

La palabra griega *katakrima* (**condenación**) únicamente aparece en el libro de Romanos, aquí y en 5:16, 18. Aunque se relaciona con el hecho de emitir sentencia por un crimen, su enfoque primordial no radica tanto en el veredicto como en el castigo que el veredicto demanda. Como Pablo ya ha declarado: la paga, o **condenación** del pecado, es la muerte (6:23).

Pablo anuncia aquí la buena noticia maravillosa de que para los cristianos no existe **condenación** alguna, no hay sentencia ni castigo impuestos por los pecados que los creyentes han cometido o que cometan en algún momento.

Ouketi (**ninguna**) es un adverbio negativo de tiempo muy enfático y transmite la idea de una cesación completa y definitiva. En su parábola acerca del rey que perdonó a uno de sus siervos una deuda inmensa (Mt. 18:23-27), Jesús ilustró la clase de perdón total y gratuito de los pecados para los que acuden a Él en contrición humilde y fe. Ese es el corazón y el alma del evangelio, que Jesús pagó de manera completa y permanente la deuda del pecado y la paga del pecado (que es la **condenación** a muerte) por todas las personas que humildemente piden misericordia y confían en Él. A través del apóstol Juan, Dios asegura a sus

hijos que "si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 Jn. 2:1-2).

Jesús no paga únicamente la deuda del creyente por el pecado, sino que le limpia "de toda maldad" (1 Jn. 1:9). Lo que es todavía más sorprendente, en su gracia Él imputa e imparte a cada creyente su propia justicia perfecta: "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (He. 10:14; cp. Ro. 5:17; 2 Co. 5:21; Fil. 3:9). Todavía más que eso, Jesús comparte su enorme herencia celestial con los que vienen a Él en fe (Ef. 1:3, 11, 14). Es debido a una gracia divina tan inmensurable que Pablo amonesta a los cristianos para que estén de continuo "con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz" (Col. 1:12). Tras haber sido cualificados por Dios el Padre, nosotros jamás, bajo ninguna circunstancia, seremos sujetos a **condenación** divina. ¡Cuán bienaventurado es ser puestos fuera del alcance de la condenación!

La verdad de que nunca se puede aplicar la pena de muerte eterna a los creyentes es el fundamento del capítulo octavo de Romanos. Como Pablo pregunta de manera retórica acercándose al final del capítulo: "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Ro. 8:31), y de nuevo: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica" (v. 33). Si el tribunal más alto y la corte más suprema en el universo entero nos justifica, ¿quién puede declararnos culpables?

Es sumamente importante darse cuenta de que la liberación de la condenación no se basa en lo más mínimo en cualquier forma de perfección alcanzada por el creyente. Él no logra la erradicación total del pecado durante su vida terrenal, y esa es la verdad que Pablo establece con tanta intensidad y estertor en Romanos 7. Juan declara esa verdad de la manera menos ambigua posible en su primera epístola: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Jn. 1:8). El conflicto del cristiano con el pecado no termina hasta que va a estar con el Señor para siempre. No obstante, sigue habiendo **ninguna condenación** para él, porque la deuda y el castigo por todos los pecados de su vida han sido pagados por Cristo y aplicados al creyente por la gracia.

También es importante darse cuenta de que la liberación de la condenación divina no significa liberación de la disciplina divina. "Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo" (He. 12:6). La liberación de la condenación de Dios tampoco implica un escape de nuestra responsabilidad para con Él: "No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gá. 6:7).

LA RAZÓN PARA LA LIBERTAD - JUSTIFICACIÓN

para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. (8:1*b*-2)

Como se indicó al principio de la sección anterior, el *ahora, pues* que introduce el versículo 1 se refiere al tema principal de los primeros siete capítulos de la epístola, la justificación completa del creyente ante Dios, provista en su gracia como respuesta a la confianza depositada en el sacrificio de su muerte y la resurrección de su Hijo.

La exoneración total de condenación divina que reciben los creyentes (8:1*a*) es algo que se aplica sin excepción ni cualificación. Se concede a **los que están en Cristo Jesús**, en otras palabras, a todo cristiano verdadero. La justificación deja libre por completo y para siempre a *todo* creyente del yugo del pecado y de su castigo de muerte (6:23), y por esa razón le hace apto para mantenerse sin pecado ante un Dios santo por toda la eternidad. Ese es el aspecto particular de la justificación en el que Pablo se enfoca al principio del capítulo 8.

El uso que Pablo hace de los pronombres en primera persona (*yo* y *mí*) en 7:7-25 destacan la triste realidad de que, en esta vida presente, ningún cristiano, ni siquiera un apóstol, está exento de las luchas con el pecado. En los versículos iniciales del capítulo 8, por otra parte, Pablo hace énfasis en la maravillosa realidad de que *todo* creyente, incluyendo al más débil e improductivo, participa de una libertad completa y eterna de la condenación del pecado. A los cristianos más santos también se les advierte que a pesar de no estar más bajo el dominio esclavizador del pecado, van a experimentar conflictos con él en esta vida presente, y a los creyentes más débiles se les promete que, aunque tropezarán y caerán en el poder del pecado mientras estén en su carne, habrán de experimentar la victoria definitiva sobre el pecado en la vida venidera.

La clave se encuentra en la sencilla pero infinitamente profunda frase **en Cristo Jesús**. Un cristiano es una persona que está **en Cristo Jesús**. Pablo ya ha declarado que "todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte", y que "somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección" (Ro. 6:3-5).

Ser un cristiano no es simplemente identificarse con Cristo en la superficie, sino ser *parte* de Cristo, no simplemente estar unidos con Él sino ser unidos **en** Él. El hecho de que nosotros estemos en Cristo es uno de los misterios más profundos, y no lo entenderemos plenamente hasta que nos encontremos cara a

cara con Él en el cielo, pero las Escrituras sí arrojan algo de luz sobre esa verdad maravillosa. "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados", explica Pablo (1 Co. 15:22). Los creyentes también están en Cristo en un sentido viviente de participación. "Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular" 12:27). En realidad somos una parte de Él, y de formas que todavía son incomprensibles para nosotros ahora, nosotros obramos cuando Él obra, nos afligimos cuando Él se aflige, y nos regocijamos cuando Él se goza. "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo", nos asegura Pablo, "sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu" (1 Co. 12:13). La vida divina de Cristo mismo palpita por todo nuestro ser y a través de nosotros.

Muchas personas se interesan mucho en su herencia familiar, en quiénes fueron sus ancestros, dónde vivieron y qué hicieron. Para bien o para mal, todos nosotros estamos ligados vitalmente a nuestros ancestros, en un sentido físico, intelectual y cultural. De una manera similar pero de una importancia infinitamente mayor, nosotros estamos vinculados a la familia de Dios a causa de nuestra relación con su Hijo, Jesucristo. Es por esa razón que todo cristiano puede decir: "Con Cristo he sido juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que vivo ahora en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

La Palabra de Dios enseña claramente que todo ser humano es un descendiente de Adán y ha heredado la naturaleza caída de Adán. También deja muy en claro que todo creyente verdadero se convierte en un descendiente espiritual de Jesucristo, el verdadero y unigénito Hijo de Dios, y por vía de esa relación llega a ser adoptado en la familia celestial del Padre mismo como un hijo amado. Más que ser simplemente adoptados, nosotros heredamos la vida misma de Dios en Cristo.

Martín Lutero dijo:

> Es imposible que un hombre sea cristiano sin tener a Cristo, y si tiene a Cristo, tiene al mismo tiempo todo lo que está en Cristo. Lo que da paz a la conciencia es que por fe nuestros pecados ya no son más nuestros, sino de Cristo, sobre quien Dios los ha impuesto todos; y que, por otra parte, toda la justicia de Cristo es de nosotros, a quienes Dios la ha dado en su gracia. Cristo coloca su mano sobre nosotros, y nosotros somos sanados. Él tiende su manto sobre nosotros, y nosotros somos vestidos; porque Él es el Salvador glorioso, bendito por todos los siglos. (Citado por Robert Haldane, *An Exposition of Romans* [reimpresión, McLean, Va.: McDonald, 1958], p. 312)

La relación entre Dios e Israel su pueblo escogido quedó bellamente ilustrada

en las vestiduras del sumo sacerdote. Por encima de su magnífica túnica bordada se colocaba un pectoral en el cual iban incrustadas doce piedras preciosas que representaban las doce tribus de Israel. Cada piedra tenía grabado el nombre de la tribu que representaba. Cuando el sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo una vez cada año en el día de la expiación, él estaba en pie delante de Dios con esas representaciones visuales de todo su pueblo.

Ese pectoral también refleja un rico simbolismo correspondiente a Jesucristo, nuestro gran sumo sacerdote, quien se coloca de pie ante el Padre para hacer intercesión a favor de todos los que el Padre le ha dado (He. 7:24-25). En lo que comúnmente se denomina su oración sumo sacerdotal, Jesús oró por el bien de los que pertenecen a Él, pidiendo al Padre "que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn. 17:21).

Lutero también escribió:

> La fe une el alma con Cristo como una esposa está unida a su esposo. Todas las cosas que Cristo tiene se convierten en propiedad del alma creyente; todas las cosas que el alma tiene se convierten en propiedad de Cristo. Cristo posee todas las bendiciones y la vida eterna: de allí en adelante se constituyen en propiedad del alma. El alma tiene todas sus iniquidades y pecados: todos se convierten de ahí en adelante en propiedad de Cristo. Es entonces cuando comienza un bienaventurado intercambio: Cristo, quien es tanto Dios como hombre, Cristo quien nunca ha pecado y cuya santidad es perfecta, Cristo el Todopoderoso y Eterno, al tomar sobre Él mismo, por su anillo nupcial de *fe*, todos los pecados del creyente, hace que esos pecados se pierdan y queden abolidos en Él; porque ningún pecado permanece ante su justicia infinita. De modo que por fe el alma del creyente es librada de sus pecados y vestida con la justicia eterna de Cristo su esposo. (Citado por Haldane, *An Exposition of the Epistle to the Romans*, p. 313)

La frase "los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" aparece al final del versículo en la versión Reina Valera, pero no se encuentra en los manuscritos más antiguos de Romanos o en las traducciones más modernas. Es probable que algún copista inadvertidamente haya retomado allí esa frase que sí aparece en el versículo 4. Puesto que las palabras empleadas son idénticas, el significado del pasaje no se ve afectado.

La conjunción **porque**, que transmite la idea de causalidad, conduce a la razón por la cual no hay condenación para los creyentes: **la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.**

Aquí Pablo no emplea el término **ley** en referencia a la ley mosaica o a otros

mandamientos o requisitos divinos. Él la utiliza más bien en el sentido de un principio de operación, como lo hizo antes en la carta, donde habla de una "ley de la fe" (3:27) y como lo hace en Gálatas, donde habla de "la ley de Cristo" (6:2). Quienes creen y confían en Jesucristo son libertados de la condenación de una ley divina inferior, por decirlo así, al someterse a sí mismos a una ley divina superior. La ley inferior es el principio divino en relación al **pecado**, cuya paga y castigo es **la muerte**, y el principio superior es **la ley del Espíritu** que otorga **vida en Cristo Jesús**.

Sin embargo, no debe llegarse a la conclusión de que la **ley** de la que está hablando Pablo en este pasaje no tenga relación alguna con la obediencia. La obediencia a Dios no puede salvar a una persona, porque ninguna persona mientras no esté redimida sino sumida en su pecaminosidad *quiere* obedecer a Dios y no podría obedecerle perfectamente ni siquiera si tuviera el deseo de hacerlo. En cambio, la salvación verdadera siempre producirá una obediencia verdadera, la cual así no sea perfecta en esta vida, de todas maneras es genuina y siempre está presente en alguna medida. Cuando es creído y recibido verdaderamente, el evangelio de Jesucristo siempre conducirá a todas las personas a "que obedezcan a la fe" (Ro. 16:25-26). La era del reino venidero de Cristo que Jeremías predijo y a la cual hace referencia el escritor de Hebreos está lejos de ser carente del imperio de la ley. "Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré" (He. 8:10; cp. Jer. 31:33). La liberación del yugo y la condenación de la ley no significa liberación de los requisitos y normas de la ley. La ley superior del Espíritu produce obediencia a la ley inferior de los deberes.

La libertad que Cristo da es una liberación completa y permanente del poder y la paga del pecado (y al final, de su presencia). También otorga la capacidad para obedecer a Dios. La noción misma de un cristiano que es libre para hacer lo que le plazca es contradictoria en sí misma. Una persona quien cree que la salvación conduce de la ley a la licencia no entiende en lo más mínimo el evangelio de la gracia y no puede alegar que Cristo es su Salvador y mucho menos que sea su Señor.

Al hablar del **Espíritu de vida en Cristo Jesús**, Pablo no da lugar a equívocos, en el sentido de que está haciendo referencia al **Espíritu** Santo más adelante en este capítulo. La mente del cristiano está ocupada con las cosas del Espíritu (v. 6) y es habitada y vivificada por el Espíritu Santo (vv. 9-11). Pablo ya resumió anteriormente en la epístola la manera como esas dos leyes se dan en la práctica: "Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 6:23).

Cuando Jesús le explicó el camino de salvación a Nicodemo, Él dijo: "el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Jn. 3:5).

Dios "nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho", explica Pablo, "sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador" (Tit. 3:5-6). El **Espíritu** Santo es quien imparte y llena de poder la **vida** espiritual en la persona que deposita su confianza **en Cristo Jesús**. Pablo no podía estar hablando de otro espíritu aparte del Espíritu Santo, porque únicamente el Espíritu Santo de Dios puede traer vida espiritual a un corazón que está muerto espiritualmente.

Las verdades de Romanos 7 se encuentran entre las que más inquietan y parten el corazón en todas las Escrituras, y es en gran parte por esa razón que muchos intérpretes creen que no pueden aplicarse a la descripción de un cristiano; pero Pablo simplemente estaba siendo franco y honesto en relación a las batallas espirituales frustrantes y desalentadoras que todo creyente enfrenta. De hecho, el cristiano más fiel y obediente es quien enfrenta las luchas espirituales más grandes. Al igual que en la guerra física, quienes se encuentran en las líneas frontales son los que reciben los ataques más feroces del enemigo, pero así como el frente de batalla puede sacar a relucir el coraje, también puede revelar debilidad y vulnerabilidad, e incluso el soldado más valiente puede ser objeto de heridas y desaliento.

Durante su vida terrenal, el cristiano siempre tendrá debilidades residuales de su vieja condición humana, la vieja persona carnal que acostumbraba ser en el pasado. Sin importar cuán de cerca ande con el Señor, todavía no está completamente libre del poder del pecado. Esa es la realidad desalentadora de Romanos 7.

Pero el cristiano ya no es el esclavo del pecado que alguna vez fue, ya no se encuentra bajo el dominio y control totales del pecado. Ahora es libre del yugo del pecado y su paga última. Satanás, el mundo y su propia humanidad todavía pueden hacerle tropezar y fluctuar, pero ya no pueden controlarle ni destruirle, porque su nueva vida en Cristo es la propia vida divina del Espíritu de Dios mismo. Esa es la verdad alentadora de Romanos 8.

Se cuenta la historia de un hombre que operaba un puente levadizo. Cada tarde a cierta hora, tenía que elevar el puente para permitir el paso de un barco de carga, y en seguida tenía que bajarlo rápidamente para que pasara un tren de pasajeros que cruzaba a alta velocidad algunos minutos después. Un día el hijo de este hombre estaba visitando a su padre en el trabajo y decidió bajar de la cabina para ver mejor el barco cuando estaba pasando. Fascinado por lo que estaba viendo, no se fijó en dónde pisaba y cayó en el gigantesco engranaje del puente. Su pie quedó atorado y el muchacho no podía zafarse. El padre vio lo que había sucedido pero sabía que si tomaba el tiempo para desatascar a su hijo, el tren caería en el río antes de que pudiera bajarse el puente; pero si bajaba el puente para salvar a los cientos de pasajeros y tripulantes del tren, su hijo mori-

ría aplastado. Cuando escuchó el silbato del tren indicando que en poco tiempo llegaría al río, él sabía lo que tenía que hacer. Él amaba a su hijo, en cambio todas las personas que iban en el tren eran completos extraños para él. El sacrificio de su hijo por la vida de esas otras personas fue un acto de pura gracia y misericordia.

Esta historia ilustra en parte la magnitud del sacrificio infinitamente mayor que Dios el Padre hizo cuando envió a su propio Hijo amado a la tierra a morir por los pecados de la humanidad, una humanidad a la que no debía nada aparte de su merecida condenación eterna.

LA RUTA A LA LIBERTAD - SUBSTITUCIÓN

Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; (8:3)

Este versículo es quizás la declaración más definitiva y sucinta de la expiación substitutiva que se encuentra en las Escrituras. Expresa el corazón del mensaje del evangelio, la verdad asombrosa de que Jesucristo pagó el castigo en lugar y a favor de toda persona que esté dispuesta a apartarse del pecado y confiar en Él como Señor y Salvador.

Al igual que en el versículo anterior, la conjunción **porque** tiene un sentido de causalidad y ofrece una explicación de lo que se acaba de afirmar previamente. Los creyentes son libertados de la ley del pecado y de la muerte y son vivificados por la ley del Espíritu de vida a causa de lo que Jesucristo ha hecho por ellos.

La ley puede provocar pecado en los hombres y condenarlos por él, pero no puede salvarlos de su castigo. "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición", explicó Pablo a los gálatas, "pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas" (Gá. 3:10). Más adelante en ese mismo capítulo él dice: "¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley" (3:21). La santa ley de Dios únicamente puede establecer las normas de su justicia y mostrar a los hombres su incapacidad absoluta de cumplir por sí mismos con esas normas.

Pablo ya ha explicado que "El mismo mandamiento [esto es, la ley, v. 9], que era para vida [si fuera obedecido], a mí me resultó para muerte. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí" (Ro. 7:10-11). Cuando Dios creó al hombre, el pecado no tenía lugar alguno en su creación, pero cuando el hombre cayó, el poder alienígeno y alienador del

pecado corrompió su misma esencia y le condenó a la muerte, tanto física como espiritual. Toda la raza humana fue colocada bajo la maldición de Dios. El pecado consignó la humanidad caída entera a la celda de un deudor, por decirlo así, y la ley se convirtió en su carcelero. La ley, que había sido dada por Dios como el estándar para llevar una vida bajo la bendición y el gozo divinos, se convirtió en un verdugo y destructor inexorable.

Aunque "la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Ro. 7:21), **era imposible para la ley** salvar a los hombres del pecado**, por cuanto** la ley misma **era débil por la carne**. La corrupción pecaminosa de **la carne** hizo impotente a **la ley** para salvar a los hombres. La ley no puede hacer justos a los hombres sino que solamente puede sacar a la luz su injusticia y condenarlos por ella. Como Pablo explicó en la sinagoga en Antioquía de Pisidia: "por medio de él [Jesucristo] se os anuncia perdón de pecados, y que todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree" (Hch. 13:38-39).

Durante su encarnación, Jesús fue la personificación misma de la ley de Moisés. Únicamente Él entre todos los hombres que han vivido o que vivirán jamás, cumplió a perfección la ley de Dios. "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas", dijo Él; "no he venido para abrogar, sino para cumplir" (Mt. 5:17). Durante uno de sus discursos en el templo, Jesús expuso a los escribas y fariseos justos en su propia opinión, quienes al ser acusados por su conciencia y abstenerse de arrojar piedras contra la mujer sorprendida en adulterio, admitieron que no estaban sin pecado (Jn. 8:7-9). Luego en esa misma ocasión, Jesús retó a sus enemigos para que le redarguyeran o acusaran de cualquier pecado, y ninguno pudo hacerlo, o ni siquiera lo intentó (v. 46).

Algunas personas, incluyendo muchos cristianos de profesión, creen que pueden alcanzar perfección moral y espiritual viviendo conforme a las normas de Dios en sus propias fuerzas, pero Santiago nos recuerda que "cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un solo punto, se hace culpable de todos" (Stg. 2:10). En otras palabras, hasta un solo pecado sin importar cuán pequeño sea o cuándo se haya cometido, es suficiente para descalificar a una persona que quiera entrar al cielo por cumplir la ley.

En cierta ocasión un joven se acercó a Jesús y le dijo:

> *Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo: ¿Por qué me preguntas sobre lo que es bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y*

tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. (Mt. 19:16-22).

Este hombre era en extremo religioso, pero demostró que a pesar de su diligencia en obedecer los mandamientos, había dejado de guardar los dos mandamientos fundamentales: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente", y: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos", prosiguió a decir Jesús, "depende toda la ley y los profetas" (Mt. 22:37-40). El joven que vino a Jesús era egocéntrico, egoísta y materialista. Su amor por él mismo sobrepasaba su amor por Dios y por sus semejantes. En consecuencia, su estilo de vida de meticulosidad religiosa no contaba absolutamente para nada ante Dios.

La ley de Dios manda la justicia, pero no puede proveer los medios para alcanzar esa justicia. Por lo tanto, lo que la ley fue incapaz de hacer por los hombres caídos, **Dios** mismo lo hizo. La ley puede condenar al pecador, pero únicamente Dios puede condenar y destruir al pecado, y eso es lo que Él ha hecho a favor de quienes confían en **su Hijo**, quien vino a la tierra **en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado**, como una ofrenda por el pecado de toda la humanidad.

Jesús dijo: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo" (Jn. 6:51). En su encarnación, Jesús fue un hombre completo, plenamente encarnado; pero Él se encontraba únicamente **en semejanza de carne**, revestido con la apariencia externa **de carne de pecado**. Aunque Pablo no menciona aquí de manera específica la no pecaminosidad absoluta de Jesús, su forma de expresarse aquí conserva esa profunda verdad.

Jesús "fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (He. 4:15). Si Él no hubiera sido plenamente humano y plenamente libre de pecado, Él no habría podido ofrecer un sacrificio aceptable a Dios por los pecados del mundo. Si Jesús no hubiera sido Él mismo completamente libre de pecado, Él no solamente habría sido incapaz de hacer un sacrificio por la humanidad caída, sino que habría necesitado que se hiciera un sacrificio a favor de Él. Jesús resistió todas las tentaciones de Satanás y le negó al pecado cualquier lugar en su vida terrenal. El pecado tuvo que rendir su supremacía **en la carne** al Vencedor sobre él, por lo cual Jesucristo llegó a ejercer soberanía sobre el pecado y su consecuencia, la muerte.

Quienes confían en Cristo no solamente son salvados de la paga del pecado sino que también son capaces por primera vez en sus vidas de cumplir las justas normas de Dios. La carne de un creyente sigue siendo débil y sujeta al pecado, pero su hombre interior ha sido creado de nuevo a la imagen de Cristo y tiene el poder de resistir y vencer el pecado en su vida a través de su Espíritu Santo.

Ningún cristiano será perfecto durante su vida terrenal, pero no tiene excusa alguna para pecar porque cuenta con el poder de Dios mismo para resistir el pecado. Juan asegura a los creyentes que "mayor es el que está en vosotros [el Espíritu Santo], que el que está en el mundo [Satanás]" (1 Jn. 4:4). Como Pablo ya ha declarado: "Porque si siendo enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Ro. 5:10).

Al hablar de su inminente crucifixión, Jesús dijo: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (Jn. 12:31). En otras palabras, por medio de su muerte en la cruz Cristo condenó y conquistó tanto al pecado como a Satanás. Él soportó la furia plena de la ira de Dios contra todo el pecado, y al hacerlo rompió el poder del pecado sobre aquellos cuya confianza es depositada en la ofrenda que Él hizo de sí mismo **a causa del pecado**, por amor a ellos al haber tomado su lugar. Por medio de su confianza en Jesucristo, quienes anteriormente eran hijos del diablo se convierten en hijos de Dios, quienes eran el blanco de la ira de Dios se convierten ahora en receptores de su gracia. En la cruz Jesús quebrantó el poder del pecado y consignó el pecado a su destrucción definitiva. Dios "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). Cristo "fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos" (He. 9:28).

Las enseñanzas, los milagros y la vida sin pecado de Jesús fueron de gran importancia en su ministerio terrenal, pero su propósito supremo en venir a la tierra fue constituirse en una ofrenda perfecta **a causa del pecado**. Sin el sacrificio de sí mismo por los pecados del mundo, todo lo demás que Jesús hizo habría dejado a los hombres condenados y en sus pecados, todavía separados de Dios para siempre.

Enseñar que los hombres pueden llevar una buena vida siguiendo el ejemplo de Jesús equivale a patrocinar la necedad. Tratar de seguir el ejemplo perfecto de Jesús sin que su propia vida y Espíritu moren dentro de nosotros es algo todavía más imposible y frustrante que tratar de cumplir punto por punto la ley mosaica. El ejemplo de Jesús no puede salvarnos, sino que más bien demuestra con mayor énfasis la imposibilidad de salvarnos por nuestros propios esfuerzos para alcanzar la justicia.

La única esperanza que los hombres tienen para salvarse de su pecado está en su confianza en la ofrenda que Cristo mismo presentó **a causa del pecado** en el Monte Calvario. Y cuando Él mismo se convirtió en esa ofrenda, tomó sobre sí la paga de muerte debida a los pecados de toda la humanidad. En su comentario sobre Romanos, el evangelista escocés del siglo diecinueve Robert Haldane escribió: "Vemos al Padre tomar la posición de juez en contra de su Hijo, a fin de convertirse en el Padre de los que eran sus enemigos. El Padre condena al Hijo

de su amor, para que así pueda absolver a los hijos de ira" (*An Exposition of the Epistle to the Romans*, p. 324).

Jesucristo **condenó al pecado en la carne**. Mientras que el pecado mantuvo otrora condenado al creyente, ahora Cristo su Salvador condena para siempre al pecado, libertando al creyente del poder y el castigo del pecado. La ley condena al pecado en el sentido de exponerlo tal como es en realidad, y en el sentido de declarar su paga inexorable que es la muerte. Pero la ley es incapaz de condenar al pecado en el sentido de libertar al pecado de su propia pecaminosidad o en el sentido de vencer al pecado y enviarlo a su destrucción definitiva. Únicamente el Señor Jesucristo fue capaz de hacer eso, y esa es la verdad admirable que inspiró a Pablo a expresar alborozado: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 15:55-57).

El profeta Isaías predijo con gran fuerza expresiva el sacrificio del Cristo encarnado diciendo:

> *Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. (Is. 53:4-8).*

EL RESULTADO DE LA LIBERTAD – SANTIFICACIÓN

para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. (8:4)

La libertad del creyente con respecto al pecado trae como resultado su santificación en el presente, así como su santificación definitiva. El cristiano verdadero tiene tanto el deseo como la capacidad impartida divinamente para vivir justamente mientras siga estando en la tierra. Puesto que Dios envió a su propio Hijo para redimir la humanidad al presentar y proveer el único sacrificio que puede condenar y quitar su pecado (v. 3), los requisitos propios de **la justicia de la ley** pueden ser cumplidos **en nosotros**, esto es, en los creyentes.

Es obvio que Pablo no está hablando aquí acerca de la obra justificadora de

salvación, sino de su obra santificadora, sobre la realidad de que sea llevada a la práctica en la vida diaria y terrena del creyente. Aparte de la obra del Espíritu Santo en la vida de una persona redimida, los esfuerzos humanos para vivir en justicia son tan contaminados e inútiles como un trapo de inmundicia (Is. 64:6). Por otra parte, debido a que un cristiano ha sido limpiado de pecado y ha recibido en su interior la misma naturaleza divina y sobrenatural de Dios, ahora anhela y además es capaz de vivir una vida de santidad.

Dios no libra a los hombres de su pecado con el fin de que ellos hagan lo que les plazca, sino para que hagan lo que le agrada a Él. Dios no redimió a los hombres a fin de que puedan continuar pecando, sino **para que** puedan empezar a vivir en justicia, para que en ellos se cumpla **la justicia de la ley**.

Debido a que ya no están bajo la ley sino que ahora están bajo la gracia, algunos cristianos afirman que en realidad no importa lo que hagan con sus vidas, porque así como nada que pudieran haber hecho los pudo salvar, de igual manera ninguna cosa que hagan ahora puede hacer que pierdan su salvación. La verdad es que el Espíritu Santo nunca podría guiar a un cristiano a hacer una afirmación tan necia e irreverente. El cristiano espiritual sabe que la ley de Dios es santa, justa y buena (Ro. 7:12), y que ha sido salvado con el fin de que esa santidad, justicia y bondad divinas **se cumplan**, se hagan una realidad en su vida. Ese debe ser su deseo, en la vida de un creyente genuino existen únicamente anhelos constantes de santidad.

La frase **que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu** no es una amonestación sino la afirmación de un hecho concreto que se aplica a todos los creyentes. Como Pablo explica algunos versículos más adelante, ninguna persona que pertenece a Cristo carece del Espíritu Santo que mora en su interior (v. 9). Ser habitado por el Espíritu no es la marca de algún grado de madurez o espiritualidad especial, sino la marca de todo cristiano verdadero sin excepción alguna.

En su sentido figurado, *peripateō* (andamos) se refiere a una costumbre habitual o a una inclinación en la vida, a cierto estilo de vida. Lucas describe a Zacarías y Elisabet los padres de Juan el Bautista diciendo que "ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor" (Lc. 1:6). Pablo exhortó a los creyentes efesios a "que ya no andéis como los otros gentiles que andan en la vanidad de su mente" (Ef. 4:17). Juan declara que "si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1 Jn. 1:7).

Pablo afirma que un creyente verdadero, bien sea joven o viejo, inmaduro o maduro, bien instruido o con una instrucción deficiente, **no anda conforme a la carne**. Con el mismo énfasis categórico él declara que un creyente verdadero *sí* anda **conforme al Espíritu**. No hay excepciones de ninguna clase. Puesto que

todo creyente verdadero es habitado por el Espíritu, todo creyente verdadero producirá el fruto del Espíritu (Gá. 5:22-23). Jesús lo dejó muy claro: "si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 5:20). Al final de ese primer capítulo del sermón del monte, Jesús mandó: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt. 5:48).

Nada es más precioso para el corazón de Dios que la excelencia moral y espiritual de aquellos a quienes ha creado a su propia imagen y semejanza, y nada debería ser más precioso para ellos. Él no quiere que ellos tengan solamente una justicia imputada, sino también una justicia práctica y vivencial. Eso debe ser lo que ellos también deseen con todas sus fuerzas. Es de una justicia práctica que Pablo está hablando aquí, tal como lo hace en las primeras palabras de su carta a la iglesia en Éfeso: "[Dios] nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él" (Ef. 1:4).

El gran deseo de Dios es que los creyentes vivan en la práctica la justicia perfecta que Él les acredita por gracia cuando son salvados, para que vivan como sus hijos y nunca más como los hijos del mundo y del diablo. La justicia de la posición asignada por gracia ha de verse reflejada en una justicia práctica y diaria. Cristo no quiere una novia que es justa solamente en el sentido de la posición que ahora ocupa por gracia, sino más bien una novia que en realidad es justa, así como Él mismo es justo, y es por medio de su Espíritu que mora en su interior que Él da ese deseo a los creyentes.

El propósito del evangelio no es hacer felices a los hombres sino hacerlos santos. Como lo aclaran las bienaventuranzas, la felicidad genuina viene a los que pertenecen a Cristo y son obedientes a su voluntad, pero la felicidad verdadera procede únicamente de la santidad. Dios promete felicidad, pero exige santidad: "sin la cual nadie verá al Señor" (He. 12:14).

En su libro titulado *El reino de justicia de Dios*, Walter J. Chantry escribe:

> Cuando los predicadores hablan como si el deseo más grande de Dios es que los hombres sean felices, entonces las muchedumbres llenas de problemas se agolpan detrás de Jesús. Todos los que tienen quebrantos de salud, problemas matrimoniales, frustración financiera y soledad, acuden al Señor para recibir los deseos de sus corazones. Cada uno concibe el gozo como algo que se encuentra en la salud, la paz, la prosperidad o la compañía de otro ser humano. Pero en su búsqueda de esta felicidad ilusoria, no se unen a Jesucristo como Salvador de sus vidas. A no ser que los hombres estén dispuestos a ser santos, Dios ha determinado que sean para siempre miserables y condenados. (Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1980, p. 67)

La justicia es el corazón mismo de la salvación. Es por causa de la justicia que Dios salva a quienes confían en su Hijo. "Porque no me avergüenzo del evangelio", declaró Pablo al comienzo de su epístola a los romanos, "porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá" (Ro. 1:16-17). Pedro amonesta a los creyentes: "como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir" (1 P. 1:15). La justicia práctica nos guía como creyentes a que "renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente" (Tit. 2:12). Como Agustín observó muchos siglos atrás, la gracia fue dada por una razón, para que la ley pudiera cumplirse.

Cuando un pecador sale del tribunal de Dios tras haber recibido su perdón por el pecado en virtud del sacrificio de Cristo, la obra de Dios en su vida acaba de empezar. A medida que el creyente sale del juzgado, por decirlo así, Dios coloca en sus manos el código de la vida y dice: "Ahora tienes en tu interior mi Espíritu, cuyo poder te capacitará para cumplir las demandas de mi ley que de otra forma te sería imposible cumplir".

La Biblia muestra claramente que, de alguna manera mística que sólo Dios conoce, una persona empieza a andar por el Espíritu a partir del mismo momento en que cree, pero por otra parte, también se le exhorta a que ande por el Espíritu a medida que vive su vida sobre la tierra bajo el señorío de Cristo y en el poder del Espíritu. Como sucede con la salvación misma, andar por el Espíritu viene primero que todo como resultado de la obra soberana de Dios en el corazón del creyente, pero también involucra el ejercicio de la voluntad del creyente. Romanos 8:4 habla acerca de lo primero, mientras que Gálatas 5:25 ("andemos también por el Espíritu") está hablando de lo segundo.

En lo que respecta a la vida de un cristiano, todo lo que sea una realidad espiritual también constituye una responsabilidad espiritual. Un cristiano genuino *está dispuesto* a tener comunión con su Padre celestial en oración, pero también *tiene la responsabilidad* de orar. Un cristiano *es enseñado* por el Espíritu Santo, pero también tiene la obligación de *buscar* la dirección y la ayuda del Espíritu. El Espíritu Santo *producirá* fruto espiritual en la vida de un creyente, pero el creyente también es exhortado a *dar* fruto. Esas verdades forman parte de la tensión prodigiosa y al parecer paradójica entre la soberanía de Dios y la voluntad del hombre. Aunque la mente del hombre es incapaz de comprender tales misterios, el creyente los acepta porque están claramente enseñados en la Palabra de Dios.

Sabemos muy poco acerca de la relación entre Dios y Adán antes de la caída, excepto que era directa e íntima. El Señor había dado solamente un mandato, un mandato que fue dado por el propio bien de Adán y Eva, que además era fácil de obedecer. Hasta que ese mandato fue transgredido, ellos vivieron de forma natural la voluntad perfecta de Dios. Hacer su voluntad era parte de su misma existencia.

La relación del creyente con Dios es muy parecida a eso. Aunque los cristianos caen a veces en hábitos viejos a causa de los residuos carnales de su vida anterior a la salvación, para su nuevo ser la obediencia a Dios es lo más "natural" que pueden hacer.

Las obligaciones del cristiano para con Dios no son otra forma de legalismo. La persona que es genuinamente salva tiene una naturaleza nueva y divina que por definición propia, está afinada y conformada a la voluntad de Dios. Cuando esa persona vive por su nueva naturaleza en el poder del Espíritu, su deseo es el deseo de Dios, y en ello no existe coerción externa de ningún tipo. No obstante, debido a que el creyente todavía tiene puesto el vestido del hombre viejo, algunas veces se resiste a la voluntad de Dios. Es únicamente cuando va en contra de la voluntad de Dios y en contra de su propia naturaleza nueva que los mandatos y normas divinos le parecen gravosos. Por otra parte, el hijo fiel de Dios que es obediente de corazón, puede decir siempre con el salmista: "¡Oh, cuánto amo tu ley!" (Sal. 119:97).

Vida en el Espíritu —parte 2 El Espíritu cambia nuestra naturaleza y nos da poder para ganar la victoria

30

Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. (8:5-13)

La riqueza espiritual, tanto teológica como práctica de este capítulo está más allá de todo cálculo, y sobrepasa cualquier posibilidad de comentario adecuado. Cuando es leído por un creyente con una mente abierta y un corazón obediente, es increíblemente enriquecedor. Es uno de los capítulos supremos de las Escri-

turas en el sentido de cambiar la vida de una persona. Avanza a lo largo de un recorrido ascendiente que se torna cada vez más sublime y concluye en un magnífico loor de alabanza y certidumbre: "Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38-39).

El Espíritu Santo se menciona apenas una vez en los primeros siete capítulos de Romanos, pero en el capítulo 8 se hace referencia a Él en unas veinte ocasiones. El Espíritu es para el creyente lo que Dios el Creador es para el mundo físico. Sin Dios, el mundo físico no existiría. Ha sido creado y es sustentado continuamente por el poder de un Dios omnipotente. De igual manera el cristiano necesita del Espíritu Santo, quien por supuesto también participó en la creación del mundo. El Espíritu Santo es el agente divino que crea, sustenta y preserva la vida espiritual en los que depositan su confianza en Jesucristo. Es el Espíritu Santo quien al final llevará a su plena consumación la salvación de todo creyente, y quien le concederá gloria eterna en la presencia de Dios.

Debe aclararse que el Espíritu Santo no es una mera influencia o un poder impersonal que emana de Dios. Él es una persona, el tercer miembro de la Trinidad, igual a Dios el Padre y Dios el Hijo en todo sentido. La doctrina de la esencia única de Dios que existe en tres personas es una de las verdades más irrefutables de las Escrituras. No obstante, el Espíritu Santo no es respetado como persona divina en la misma medida en que lo son el Padre y el Hijo.

Entre las muchas características de personalidad que el Espíritu Santo posee y manifiesta tenemos: Él funciona con mente, emociones y voluntad; él ama a los santos, se comunica con ellos, les enseña, guía, consuela y disciplina. Él puede ser contristado, apagado, probado, resistido y blasfemado, y se le puede mentir. La Biblia habla de su omnisciencia, su omnipotencia, su omnipresencia y su gloria y santidad divinas. Es llamado Dios, Señor, el Espíritu de Dios, el Espíritu del Señor, el Espíritu de Yahvé (o Jehová), el Espíritu del Padre, el Espíritu del Hijo, el Espíritu de Jesús, y el Consolador y Abogado para los creyentes.

Las Escrituras revelan que el Espíritu Santo estaba en plena actividad junto con el Padre y el Hijo en la creación, y que ha estado activo con todos los creyentes para capacitarlos e investirlos de poder incluso antes de Pentecostés. Él ha estado siempre convenciendo a los hombres de pecado, dando salvación a quienes creyeron en verdad y enseñándoles a adorar, obedecer y servir a Dios correctamente. El Espíritu Santo ha sido el agente divino que de una manera única venía sobre los siervos de Dios y quien inspiró a hombres escogidos por Dios en su soberanía para poner por escrito la Palabra de Dios. Los creyentes verdaderos siempre han servido a Dios con un poder y una fuerza que no son humanos sino por el Espíritu Santo (cp. Zac. 4:6). El Espíritu participó en la concepción de Jesús como un ser humano y en el bautismo, unción, tentación,

enseñanza, milagros, muerte y resurrección de Jesús.

Desde el Pentecostés, el Espíritu Santo ha morado en todos los creyentes en toda su plenitud, alumbrando su entendimiento y aplicando la Palabra de Dios en sus vidas, así como llenándolos de poder para la santificación de una manera más grande que nunca antes. Él los llena, los sella, tiene comunión y compañerismo con ellos, intercede por ellos, los consuela, los exhorta y amonesta, los santifica y los capacita para resistir el pecado y servir a Dios.

En el pasaje correspondiente a este capítulo (Ro. 8:5-13), Pablo continúa exponiendo los resultados innumerables de la justificación, en especial los beneficios maravillosos obrados por el Espíritu a partir de la libertad de la condenación que da a cada creyente. En los versículos 2-3 el apóstol ha discutido la manera como el Espíritu nos ha librado del pecado y de la muerte, y en el versículo 4 la forma como nos capacita para cumplir la ley de Dios. En los versículos 5-13 Pablo revela que el Espíritu también cambia nuestra naturaleza y nos concede fortaleza para tener victoria sobre la carne no redimida.

EL ESPÍRITU SANTO CAMBIA NUESTRA NATURALEZA

Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. (8:5-11)

En el versículo 4 Pablo habla acerca de la conducta del creyente, arguyendo que los creyentes nos caracterizamos por el hecho de que "no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu". Como en los versículos 2 y 3, la conjunción **Porque** en el versículo 5 tiene un significado de causalidad, lo cual quiere decir que el creyente no se comporta de acuerdo a los dictados de la carne porque su corazón y mente nuevos ya no están centrados en las cosas de la carne ni están regidos por el pecado.

Ante los ojos de Dios únicamente existen dos clases de personas en el mundo: los que le pertenecen y los que no le pertenecen. Dicho de otra manera, solamente existen **los que son de la carne** y **los que son del Espíritu**. En lo que

respecta a la vida espiritual, Dios no hace distinciones de género, edad, educación, talento, clase, raza, ni cualquier otro tipo de discriminaciones humanas (Gá. 3:28). Él hace diferencia entre las personas única y exclusivamente con base en la relación que tengan con Él, y la diferencia es absoluta.

Es obvio que existen diversos grados en ambas categorías. Algunas personas no salvas exhiben una alta conducta moral, y por otra parte, muchos santos no son tan obedientes a las cosas de Dios como deberían serlo. No obstante, todo ser humano se encuentra por completo en uno u otro estado espiritual, o bien pertenece a Dios o no le pertenece. Así como una persona no puede estar parcialmente muerta y parcialmente viva en un sentido físico, tampoco puede estar en parte muerta y en parte viva espiritualmente. No hay terreno medio. Una persona es perdonada y está en el reino de Dios o no es perdonada y está en el reino de este mundo. O es un hijo de Dios o es un hijo del diablo.

En este contexto, la frase **los que son de** se refiere a la naturaleza espiritual básica de una persona. El griego podría traducirse literalmente "aquellos que son conforme a", lo cual indica cuál es la esencia, inclinación o disposición fundamental de una persona. **Los que son de la carne** corresponden a los no salvos, los no perdonados, los no redimidos y los no regenerados. **Los que son del Espíritu** son los hijos de Dios salvados, perdonados, redimidos y regenerados. Como el apóstol señala unos cuantos versículos más adelante, los no salvos no viven conforme a la carne sino que están *en* la carne y el Espíritu Santo *no* mora en su interior. Los salvados, por otra parte, no solamente pertenecen al Espíritu sino que están *en* el Espíritu Santo y son *habitados* por el Espíritu (v. 9). Aquí en el versículo 5 Pablo está hablando del *patrón* espiritual determinante en la vida de una persona, mientras que en los versículos 8-9 está hablando de la *esfera* espiritual de la vida de una persona.

Phroneō, el verbo que está detrás de la expresión **piensan en**, se refiere a la orientación básica, al sesgo mental y los patrones básicos de pensamiento de una persona, no a la mente o al intelecto mismo (*nous* en griego). Incluye los afectos de una persona tanto como su razonamiento. Pablo emplea el mismo verbo en Filipenses, donde amonesta a los creyentes: "Haya, pues, en vosotros, este mismo sentir [o "manera de pensar"] que hubo también en Cristo Jesús" (2:5; véase también 2:2; 3:15, 19; Col. 3:2).

La disposición básica de los no redimidos consiste en que de manera continua están "siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia" (2 P. 2:10). Los perdidos son seres humanos "el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal" (Fil. 3:19). **Las cosas de la carne** incluyen filosofías y religiones falsas que de forma invariable apelan a **la carne**, bien sea abierta o sutilmente por medio del interés egocéntrico y el esfuerzo individual.

Pero los que son del Espíritu, dice Pablo, fijan sus mentes y sus pensamien-

tos **en las cosas del Espíritu.** En otras palabras, los que pertenecen a Dios se interesan y preocupan por cosas piadosas. Como le gustaba decir a Jonathan Edwards, ellos tienen "afectos santos", anhelos profundos hacia Dios y la santificación. Como Pablo dejó claro en Romanos 7, aun los hijos de Dios a veces fallan en su obediencia a Él; pero como el apóstol dijo acerca de sí mismo, a pesar de todo "según el hombre interior me deleito en la ley de Dios" (Ro. 7:22). A pesar de sus muchas fallas espirituales, la orientación básica y los apegos más profundos de los hijos de Dios tienen que ver con **las cosas del Espíritu**.

Phronēma (**ocuparse**) corresponde a la forma substantiva del verbo en el versículo 5, y al igual que el verbo, hace referencia al contenido o los patrones de pensamiento de la mente antes que a la mente misma. Es significativo que Pablo no esté diciendo que **el ocuparse de la carne** *lleve a la* **muerte**, sino que **es muerte**. La persona no salva ya está muerta espiritualmente. El apóstol está enunciando una ecuación espiritual, no una consecuencia espiritual. La consecuencia involucrada en esta relación es lo contrario: esto es, debido a que los hombres no redimidos ya están muertos espiritualmente, resulta inevitable que sus mentes se ocupen de la carne. Pablo recordó a los creyentes efesios que antes de la salvación, todos ellos estaban por igual "muertos en [sus] delitos y pecados" (Ef. 2:1).

Por supuesto, existe cierto sentido en el cual el pecado *lleva a* la muerte. "Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír" (Is. 59:2). Con anterioridad en el libro de Romanos Pablo explicó que "la paga del pecado es muerte" (6:23), y que "mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte" (7:5; cp. Gá. 6:8).

Pero el énfasis de Pablo en el presente pasaje se hace en el estado de muerte en que todo incrédulo ya está existiendo, incluso mientras su cuerpo y mente puedan estar activos y sigan funcionando. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios", explicó Pablo a los creyentes corintios, "porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14).

Hace algunos años oficié el funeral de una niña que murió en un accidente en automóvil. Antes del servicio la madre se la había pasado sacando el diminuto cuerpo sin vida del féretro, para abrazar y acariciar a su hija, sollozando suavemente en su oído. Por supuesto, la niña ya no podía responder a ninguna cosa en el dominio físico porque no había vida alguna en el cuerpo para reaccionar.

La persona no salva es un cadáver espiritual, y en consecuencia es completamente incapaz, por sí misma, de responder a las cosas de Dios. A no ser que el

Espíritu Santo intervenga para convencerle de pecado y capacitarle para responder a Dios con fe y de ese modo ser vivificado, la persona no salva es tan insensible a las cosas de Dios como esa niña lo era a las caricias y las lágrimas de su madre.

Pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Aquí de nuevo Pablo está enunciando una ecuación y no una consecuencia. **El ocuparse del Espíritu**, es decir, en las cosas de Dios, equivale a tener **vida y paz**, lo cual equivale a ser un cristiano. **El ocuparse del Espíritu** es sinónimo de ser cristiano, aquella persona que ha nacido de nuevo y ha recibido **vida** espiritual por la gracia de Dios que obra a través de su fe.

El ocuparse del Espíritu también es sinónimo de **paz** espiritual, esto es, paz con Dios. La persona no salva, sin importar cuánto pueda alegar que honra, adora y ama a Dios, es un enemigo de Dios, y esta es una verdad que Pablo ya ha expuesto en esta epístola. Antes de que nosotros fuésemos salvos, declara el apóstol, todos nosotros éramos enemigos de Dios (5:10). Únicamente la persona que tiene **vida** nueva en Dios tiene **paz** con Dios.

La obvia derivación de esa verdad es que resulta imposible tener una mente que se caracteriza por **ocuparse del Espíritu**, lo cual incluye tener **vida y paz** espirituales, y no obstante permanecer muerto a las cosas de Dios. Un cristiano de profesión que no tiene sensibilidad a las cosas de Dios, ninguna clase de "afectos santos", sencillamente no pertenece a Dios. Un cristiano de profesión meramente tampoco tiene una batalla con la carne, porque en realidad sigue teniendo una inclinación natural hacia las cosas de la carne. Él anhela las cosas de la carne que son normales para él, debido a que todavía está en la carne y tiene su mente ocupada por entero en las cosas de la carne.

Es posible que un incrédulo se preocupe intensamente por el hecho de no estar viviendo a la altura de las normas religiosas y el código que ha establecido para él mismo o que su denominación u otra organización religiosa le haya impuesto, y es posible que luche con tenacidad para tratar de alcanzar esas metas humanas; pero su lucha también se lleva a cabo a un nivel puramente humano. No se trata de una lucha generada por el amor a Dios sino por su amor propio y el subsecuente deseo de ganar mayor favor con Dios o con los hombres sobre la base de sus logros personales superiores. Cualquier tipo de luchas religiosas y morales que pueda tener es un problema de la carne con la carne, no del Espíritu en contra de la carne, porque el Espíritu Santo no mora en una persona carnal y una persona carnal no anda en el Espíritu.

Como Pablo ilustró en Romanos 7 a partir de su propia vida, un cristiano verdadero batalla con la carne porque sigue viviendo en su cuerpo mortal que todavía le instiga a recaer en los viejos hábitos del pecado. No obstante, él ya no está *en* la carne sino *en* el Espíritu. Hablando de creyentes verdaderos, Pablo dijo: "Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra

la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis" (Gá. 5:17); pero "si vivimos por el Espíritu", sigue diciendo el apóstol, "andemos también por el Espíritu" (v. 25; cp. v. 16). En otras palabras, puesto que la nueva naturaleza de un creyente es divina y el propio Espíritu de Dios mora en él, su deseo de todo corazón es conducirse de conformidad con Él en su vida diaria.

Es importante advertir que cuando él habla del pecado en la vida de un cristiano, Pablo siempre tiene cuidado en identificar el pecado con el cuerpo externo y corruptible, no con la naturaleza interna, nueva e inmortal. La carne de un creyente no es redimida cuando él cree y confía en Cristo. Si fuera así, todos los cristianos quedarían perfeccionados de inmediato al ser salvos, lo cual aparte del testimonio de las Escrituras obviamente no es cierto. El vestigio pecaminoso de la condición humana no redimida no se desvanecerá hasta que el cristiano vaya a su encuentro definitivo con el Señor. Es por esa razón que el Nuevo Testamento habla en algunas ocasiones de la salvación de un cristiano en un tiempo verbal futuro (véase Ro. 13:11). Haciendo referencia a los que ya están salvados, Pablo dice más adelante en este capítulo: "también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (8:23). Como el apóstol explica a los corintios: "Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual" (1 Co. 15:42-44).

Si importar cuán abnegada, moral y sincera pueda ser la vida de una persona no redimida, sus esfuerzos religiosos son egoístas porque no puede servir a Dios en verdad, debido a que **los designios** de su mente están enfocados únicamente en las cosas **de la carne**. Pablo utiliza de nuevo (cp. v. 6) el término *phronēma* (**designios**), que se refiere al contenido, los patrones de pensamiento, la inclinación y orientación básicas de una persona. Esta inclinación o sesgo **de la carne** es mucho más arraigado y significativo que la desobediencia como tal, que simplemente es la manifestación externa de las compulsiones internas y carnales de una persona no regenerada.

Toda persona no redimida, bien sea religiosa o atea, exteriormente moral o pervertida, vive en **enemistad contra Dios**. Una persona no salva no puede vivir una vida piadosa y justa porque no tiene los recursos de una naturaleza piadosa y justa. Por lo tanto, *no puede* tener amor genuino hacia Dios o por las cosas de Dios. Su mente pecaminosa y carnal **no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede**. Incluso un creyente cuya vida parezca ser un modelo de buenas obras no es capaz de hacer algo en verdad bueno, porque no está motivado ni capacitado por Dios para hacerlo, y porque sus obras son producidas por la carne por razones egocéntricas, lo cual nunca puede ser para la gloria de Dios. Se sigue entonces claramente, que si la mente carnal no se sujeta ni puede sujetarse a la

ley de Dios, **los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.**

Los hombres fueron creados precisamente con el propósito de agradar a Dios. Al comienzo de la sección práctica de su epístola Pablo dice: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Ro. 12:1-2). De una forma similar él amonesta a los corintios a que "ausentes o presentes, [sean] agradables [al Señor]" (2 Co. 5:9; cp. Ef. 5:10; Fil. 4:18). Él exhortó a los creyentes en Tesalónica "que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conduciros y agradar a Dios, así abundéis más y más" (1 Ts. 4:1).

Tras describir las características e incapacidades espirituales de quienes están en la carne, Pablo se dirige nuevamente a quienes **no** viven **según la carne, sino según el Espíritu**. Como Jesús le explicó a Nicodemo: "Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es" (Jn. 3:6). La carne humana pecaminosa solamente puede reproducir más carne pecaminosa. Únicamente el Espíritu Santo de Dios puede producir vida espiritual.

Una prueba de fe salvadora es que la presencia del Espíritu Santo more en cada creyente. "Ustedes pueden estar seguros de su salvación", está diciendo Pablo, "**si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros**". *Oikeō* (**mora**) transmite el concepto de encontrarse en el hogar propio. De una forma maravillosa e incomprensible, el **Espíritu de Dios** mismo establece su residencia y su hogar en la vida de cada persona que confía en Jesucristo.

Lo opuesto a esa realidad también es cierto: **Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él**. La persona que no da evidencia de la presencia, poder y fruto del Espíritu de Dios en su vida no tiene razón legítima para afirmar que Cristo es su Salvador y Señor. La persona que no demuestra deseo alguno por las cosas de Dios y no tiene inclinación para evitar el pecado ni pasión para agradar a Dios, no tiene al Espíritu Santo morando en ella y por ende no pertenece a Cristo. A la luz de esa verdad solemne Pablo amonesta a quienes afirman ser cristianos: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?" (2 Co. 13:5).

Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. En otras palabras, si el Espíritu de Dios mora en nosotros, nuestro propio **espíritu vive a causa de la justicia**, es decir, gracias a la justicia impartida por Dios mediante la cual cada creyente es justificado (Ro. 3:21-26). En vista de esa justicia divina, todos los intentos humanos para ser justos terminan siendo basura (Fil. 3:8).

Para resumir lo que acaba de declarar en los versículos 5-10, Pablo dice: **Y si**

el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. Fue nuevamente el Espíritu Santo quien actuó como el agente divino de la resurrección de Cristo, y así como el Espíritu levantó a Jesús de la muerte física y le dio vida en su cuerpo mortal, también el Espíritu que mora en cada creyente, le da a ese creyente vida nueva ahora y para siempre (cp. Jn. 6:63; 2 Co. 3:6).

EL ESPÍRITU SANTO NOS DA PODER PARA TENER VICTORIA SOBRE LA CARNE

Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. (8:12-13)

En su muchas veces publicado libro *El pastor reformado*, el puritano del siglo diecisiete Richard Baxter escribió:

> Cuídense mucho de no vivir en aquellos pecados contra los cuales predican a otros, no sea que ustedes sean culpables de lo que condenan a diario. ¿Acaso van a ocuparse en magnificar a Dios, y tras hacerlo proceder a deshonrarle tanto como los demás? ¿Van a proclamar el poder soberano de Dios y al mismo tiempo condenarlo, siendo rebeldes en sus propias vidas? ¿Van a predicar sus leyes y a transgredirlas a sabiendas? Si el pecado es maldad, ¿por qué ustedes viven en él? Si no lo es, ¿por qué disuaden a los hombres de cometerlo? Si es peligroso, ¿cómo se arriesgan a caer en él? Si no lo es, ¿por qué no se lo dicen a los hombres? Si las amenazas de Dios son verdaderas, ¿por qué ustedes no las temen? Si son falsas, ¿por qué imponen sobre los hombres la molestia innecesaria de considerarlas para qué les generan grandes terrores sin causa? ¿Han entendido ustedes el juicio de Dios, "que los que practican tales cosas con dignos de muerte", y no obstante las hacen? "Tú, pues, que enseñas a otro, no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar", o adulterar, o emborracharse, o codiciar, tú mismo lo haces? "Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios?" ¿Cómo es posible que la misma lengua que habla contra la maldad hable maldad? ¿Acaso los labios que censuran, calumnian y murmuran contra el prójimo, pueden pronunciarse en contra de éstas y otras cosas semejantes en otros? Cuídense de caer en esto, no sea que condenen el pecado y al mismo tiempo no lo venzan; no sea que, mientras procuran condenarlo en otros, se inclinen ante él y se conviertan en sus esclavos.

> "El que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció". "Si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia". ¡Oh, hermanos! Es más fácil reprobar el pecado que vencerlo ... Hay muchos sastres que se visten de harapos al mismo tiempo que elaboran costosos vestidos para otros, y muchos cocineros que apenas pueden relamer sus dedos después de preparar para otros los platos más exquisitos. (Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1974], pp. 67-68)

Pablo acaba de dejar en claro (vv. 5-11) que todo cristiano genuino es habitado por el Espíritu de Dios mismo y que por lo tanto su nueva vida espiritual no va a estar caracterizada por intereses y actividades mundanos y carnales, sino por las cosas de Dios. Ahora el énfasis del apóstol pasa en los versículos 12-13 a la responsabilidad que el creyente tiene de eliminar el pecado en su vida por medio del Espíritu que mora en él.

Con la frase **Así que**, Pablo hace recordar a sus lectores los magníficos privilegios de victoria sobre el pecado con que cuenta un cristiano gracias a que el Espíritu Santo reside en él. En los once versículos anteriores del capítulo 8, él ha señalado entre otras cosas, que los creyentes ya no se encuentran bajo la condenación de Dios, que han sido librados de la ley del pecado y de la muerte, que ya no están bajo la dominación del pecado, que ahora andan por el Espíritu, que tienen mentes ocupadas de lleno en el Espíritu, y que tienen vida y paz por medio del Espíritu.

Todas las exhortaciones bíblicas dadas a creyentes están basadas en las bendiciones y promesas que ya han recibido de parte del Señor. Sin las provisiones que tenemos de su parte, nosotros seríamos incapaces de cumplir los mandamientos que recibimos de Él. Los hijos de Israel, por ejemplo, no recibieron la orden de tomar posesión de la tierra prometida hasta que esto les fue prometido por Dios y hasta que estuvieron preparados por Él para conquistarla. En su carta a los romanos, las principales exhortaciones de Pablo empiezan a partir del capítulo 12, después que él ha recordado a sus lectores en numerosas ocasiones cuáles son los grandes privilegios espirituales con que cuentan. En Efesios él da primero tres capítulos que constituyen básicamente una larga lista de beneficios espirituales. Justo antes de su bella doxología al final del capítulo 3, Pablo ora pidiendo que Dios les "dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Ef. 3:16-19). Es únicamente en ese punto que él procede a animar a los hermanos creyen-

tes a "que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados" (4:1). Pueden encontrarse patrones similares en sus cartas dirigidas a Galacia, Colosas y Filipos, en secciones precedidas por palabras tales como *pues* y *por tanto*.

Antes de que el apóstol da la amonestación en el presente texto, él se refiere afectuosamente a sus lectores como **hermanos**, para identificarlos como cristianos hijos de un mismo Padre a quienes su Dios les promete victoria sobre la carne. Él escoge un término de estima e igualdad, no de superioridad o paternalismo, para referirse a sus hermanos y hermanas en Cristo.

A continuación Pablo procede a establecer el patrón de Dios para la victoria sobre la carne. Como hijos de Dios habitados por su Espíritu, los creyentes **somos deudores, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne. La carne** es el reprobable complejo de deseos humanos pecaminosos que incluye los motivos, afectos, principios, propósitos, palabras y acciones impías que el pecado genera por medio de nuestro cuerpo. **Vivir conforme a la carne** equivale a ser gobernado y controlado por ese complejo maligno de inclinaciones. Gracias a la obra salvadora de Cristo en nuestro favor, la carne pecaminosa ya no reina sobre nosotros para debilitarnos y arrastrarnos al foso de depravación en el que todos estábamos por nacimiento. Por esa razón, nosotros ya no estamos regidos por la carne para vivir de acuerdo a sus hábitos pecaminosos.

Todos los que viven **conforme a la carne,** deben morir. El apóstol no está aquí haciendo una advertencia a creyentes genuinos en el sentido de que puedan perder su salvación y ser condenados a muerte si recaen en alguna de las costumbres de la carne. Él ya ha dado la certeza absoluta de que "ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (8:1). Más bien, él está diciendo que una persona cuya vida está caracterizada por las cosas de **la carne** no es un verdadero cristiano y está muerto espiritualmente, sin importar cuáles puedan ser sus afiliaciones o actividades religiosas. Si esa persona no acude a Cristo con fe verdadera, debe morir en la muerte segunda del juicio final de Dios.

Pablo pasa a declarar nuevamente cuál es la razón por la que los cristianos genuinos ya no tienen deuda ni obligación para con el pecado y ya no están bajo su condenación. Aunque siempre habrá algún tipo de influencia residual de **la carne** hasta nuestro encuentro definitivo con el Señor, no tenemos excusa alguna para que el pecado continúe corrompiendo nuestra vida. La obligación y la deuda del cristiano ya no es con la carne sino con el **Espíritu**. Nosotros contamos con los recursos del **Espíritu** de Cristo en nuestro interior para resistir y hacer **morir las obras de la carne** que vienen como resultado de **vivir conforme a la carne**.

Hacer morir las obras de la carne es una característica de los hijos de Dios. El teólogo escocés David Brown escribió: "Si no matas al pecado, el pecado te matará a ti". Jesús dijo: "Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu

cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno" (Mt. 5:29-30). Ninguna acción es demasiado drástica para lidiar con el pecado; ningún precio es demasiado grande para lograr apartarnos del pecado y confiar en Jesucristo a fin de escapar de la condenación de muerte eterna en el infierno.

Pablo incluye aquí uno de los muchos pasajes de autoexamen presentes en las Escrituras. Como se indicó anteriormente, la persona que no da evidencia de la presencia, el poder y el fruto del Espíritu de Dios en su vida no puede alegar legítimamente que Cristo es su Salvador y Señor. El otro lado obvio de esa verdad es que la persona cuya vida está caracterizada por las costumbres pecaminosas de la carne, todavía está en la carne y no en Cristo. Cuando Pablo declara que los creyentes son "hechura [de Dios], creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:10), está declarando un hecho y no expresando un deseo.

Al igual que muchos de los miembros de la iglesia en Corinto, es inevitable que un cristiano inmaduro y desobediente recaiga en algún hábito carnal (véase 1 Co. 3:1). Después de haber sido un apóstol durante muchos años, Pablo mismo confesó que ni siquiera él era espiritualmente impecable. "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:12-14). Pablo no había alcanzado todavía una justicia perfecta en Cristo, aunque ese era el objetivo supremo de su vida. Aunque su carne a veces le impedía avanzar e interrumpía temporalmente el gozo pleno de su comunión con Cristo, el deseo básico de su corazón era obedecer y agradar al Señor.

Si un cristiano de profesión vive habitualmente en pecado y no muestra interés alguno en el arrepentimiento, el perdón, la adoración o el compañerismo con otros creyentes, está demostrando que invoca en vano el nombre de Cristo. Muchos falsos cristianos en la iglesia trabajan duro para que sus vidas se mantengan puras en apariencia, porque gracias a ello otras personas los tienen en alta estima y porque se sienten más orgullosos de sí mismos cuando actúan moralmente y con benevolencia que cuando no lo hacen. No obstante, sentirse mejor acerca de uno mismo, aquel popular curalotodo psicológico que adoptan muchas personas en nuestros tiempos, es el corazón mismo de la carne orgullosa y pecaminosa, el egocentrismo no redimido y la condición humana impía del ser humano. Hacer el bien por amor propio y no por amor a Dios no es hacer el bien en absoluto, sino una mera proyección hipócrita del pecado y el egoísmo del hombre.

No debe sorprender que a medida que el mundo defiende cada vez más el amor propio y la autorrealización personal, los problemas de promiscuidad, abuso y perversión sexual, de robo, mentira, homicidio, suicidio, angustia y todas las demás formas de males morales y sociales, se estén multiplicando exponencialmente.

Por otra parte, el patrón en la vida de un creyente mostrará que esa persona no solamente profesa a Cristo sino que vive su vida **por el Espíritu** de Cristo y de manera habitual **hace morir las obras** pecaminosas e impías **de la carne**. En consecuencia, esa persona **vivirá**, esto es, posee la vida eterna que Cristo le ha dado y persevera en ella hasta el fin.

Cuando Dios ordenó al rey Saúl que destruyera a *todos* los amalecitas y su ganado, Saúl no obedeció por completo al perdonar la vida de Agag y quedarse con sus mejores animales. Cuando el profeta Samuel confrontó a Saúl, el rey trató de justificar sus acciones alegando que su pueblo había insistido en conservar parte de los rebaños y que esos animales fueran sacrificados a Dios. Samuel reprendió al rey: "¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros" (1 S. 15:22). A pesar de los ruegos de Saúl pidiendo misericordia, Samuel proclamó luego: "Jehová ha rasgado hoy de ti el reino de Israel, y lo ha dado a un prójimo tuyo mejor que tú" (v. 28). La falla de Saúl al no obedecer a Dios por completo le costó el trono.

De forma invariable, el pueblo de Dios cae otra vez en pecado cuando su enfoque se aleja del Todopoderoso y es puesto en ellos mismos y las cosas del mundo. Por esa razón Pablo exhortó a los creyentes en Colosas: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:1-3). Seguidamente él dio una lista parcial pero representativa de pecados que los cristianos deben matar al considerarse a sí mismos muertos a ellos: "fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno" (vv. 5-10).

Pablo no está sugiriendo una filosofía de "ayúdate que yo te ayudaré" promovida por grupos y líderes que proponen una supuesta vida más profunda, en la cual una persona se eleva progresivamente a niveles cada vez más altos de

espiritualidad, hasta llegar a un punto en que el pecado e incluso la tentación prácticamente dejan de existir. Esa no es la clase de vida que Pablo promete ni es la clase de vida que él llevó en su experiencia personal, tal como lo testifica de una manera tan conmovedora en Romanos 7. Mientras el creyente se encuentre en este cuerpo terrenal, estará sujeto a los ataques de la carne y tendrá la necesidad constante de hacer morir sus pecados. Únicamente en el cielo terminará esta necesidad de santificación práctica. Hasta entonces, todos los creyentes son exhortados a hacer morir el pecado y vivir en y para su nuevo Soberano, el Señor Jesucristo (cp. Ro. 6:3-11).

El puritano John Owen advirtió que el pecado nunca está menos quieto que cuando parece estar más quieto, y sus aguas son más profundas cuando están mansas (cp. *Pecado y tentación* [Portland, Ore.: Multnomah, 1983], p. xxi). Es más probable que Satanás ataque a un creyente cuando éste se siente satisfecho con su vida espiritual. Ese es el momento en que el orgullo, que es el primero entre todos los pecados, se mete como algo imperceptible en nuestra vida y nos lleva a creer que el contentamiento con nosotros mismos es igual al contentamiento en Dios.

Las Escrituras ofrecen a los creyentes muchas ayudas para evitar y matar el pecado en sus vidas. En primer lugar, resulta imperativo reconocer la presencia del pecado en nuestra carne. Debemos estar dispuestos a confesar francamente con Pablo: "Queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí" (Ro. 7:21). Si no admitimos que hemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y nos hacemos todavía más susceptibles a su influencia. El pecado puede convertirse en una fuerza poderosa y destructiva en la vida de un creyente si no es reconocido y sometido a muerte. Lo que queda de nuestra condición humana está siempre listo para arrastrarnos de vuelta a los hábitos pecaminosos de nuestra vida antes de Cristo. Pedro conocía bien esa verdad, y por eso amonesta los creyentes: "Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma" (2 P. 2:11). Si los cristianos no vivieran en peligro constante de caer en pecado, esa admonición no tendría sentido.

Debido a la influencia de nuestras debilidades y limitaciones humanas en nuestra manera de pensar, con frecuencia es difícil reconocer el pecado en nuestra vida. Con mucha facilidad puede camuflarse, a veces bajo el disfraz de algo que parece trivial o insignificante, o incluso con la apariencia de ser algo justo y bueno. Por lo tanto debemos orar con David: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Sal. 139:23-24). El consejo de Hageo para el Israel de la antigüedad es muy útil para creyentes de todas las épocas: "Meditad bien sobre vuestros caminos" (Hag. 1:5, 7).

Una segunda manera como los creyentes hacen morir el pecado en sus vidas

consiste en tener un corazón firme en Dios. David dijo al Señor: "Pronto está mi corazón, oh Dios, mi corazón está dispuesto; cantaré, y trovaré salmos" (Sal. 57:7). Otro salmista testificó: "¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos! Entonces no sería yo avergonzado, cuando atendiese a todos tus mandamientos" (Sal. 119:5-6). En otras palabras, cuando conocemos y obedecemos la Palabra de Dios, estamos construyendo y fortificando al mismo tiempo nuestras armas defensivas y ofensivas en contra del pecado.

Una tercera forma en que los creyentes hacen morir el pecado en sus vidas consiste en meditar en la Palabra de Dios. Muchas de las verdades del Señor se tornan claras para nosotros únicamente cuando pacientemente nos quedamos inmersos en un pasaje de las Escrituras y damos al Señor la oportunidad de darnos un entendimiento más profundo de su Palabra. David nos da el ejemplo con estas palabras: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Sal. 119:11).

Una cuarta manera para destruir el pecado en nuestra vida es tener comunión permanente con Dios en oración. Pedro nos hace este llamado: "Sed, pues, sobrios, y velad en oración" (1 P. 4:7). Cuando somos fieles en estas disciplinas descubrimos en realidad cuán relacionadas están entre sí. Con frecuencia es difícil dónde termina el estudio de la Palabra de Dios y dónde empieza la meditación en ella, así como dónde termina la meditación y comienza la oración.

Debe hacerse énfasis en que la oración verdadera siempre debe tener un elemento de confesión. Aunque tenemos la seguridad y la certidumbre de que pertenecemos a Dios y que somos libres por completo de la condenación, también sabemos que nunca podemos venir ante Él completamente libres de pecado. "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros", advierte Juan a los creyentes; pero "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros" (1 Jn. 1-8-10). El escritor de Hebreos amonesta: "Acerquémonos, pues, al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (He. 4:16). Nosotros necesitamos ser limpiados cada vez que nos acercamos a Él.

La oración sincera tiene una particularidad insuperable, y es que logra desenmascarar el engaño del pecado. Cuando los hijos de Dios abren sus mentes y corazones ante su Padre celestial, Él con su gran amor revela pecados que de otra manera pasarían desapercibidos.

Una quinta manera en que hacemos morir el pecado en nuestra vida consiste en practicar la obediencia a Dios. Hacer su voluntad y su voluntad solamente en todas las pequeñas cosas de la vida puede constituirse en un entrenamiento en hábitos constructivos que nos harán resistentes en tiempos severos de tentación.

Como Pablo ya ha dejado en claro por el testimonio de su propia vida en el

capítulo 7, hacer morir el pecado es con frecuencia algo difícil, lento y frustrante. Satanás es el gran adversario del pueblo de Dios y está siempre a hacer todos los esfuerzos posibles para arrastrarlos otra vez en el pecado. Sin embargo, a medida que ellos conquistan el pecado en sus vidas mediante el poder del Espíritu Santo morando en ellos, ellos no solamente se acercan cada vez más a su Padre celestial sino que adquieren una cada vez mayor certidumbre de que sin duda alguna son sus hijos y tienen seguridad eterna en Él.

Cuando el Nuevo Testamento habla de cosas tales como crecer en la gracia, perfeccionar la santidad y renovar el hombre interior, está haciendo referencia a hacer morir el pecado. El pecado producido por la carne que queda y en la cual permanecen temporalmente atados los creyentes, es todo lo que se coloca como un estorbo entre ellos y la vida piadosa perfecta.

No obstante, Pablo asegura a los cristianos que ellos cuentan con el poder para la victoria sobre la carne pecaminosa que todavía se aferra a ellos en esta vida. Aparte del poder sobrenatural del Espíritu, nosotros nunca podríamos tener éxito en hacer morir el pecado recurrente en nuestra vida. Si fuésemos dejados a nuestros propios recursos, la lucha con el pecado quedaría reducida a la carne tratando de vencer a la carne, lo humano tratando de conquistar lo humano. Aun siendo cristiano, Pablo se lamentó: "Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo" (Ro. 7:18). Sin el Espíritu Santo, un cristiano no tendría más poder para resistir y derrotar el pecado que el que tiene un incrédulo cualquiera.

El Espíritu Santo prácticamente es sinónimo de poder divino. Justo antes de su ascensión, Jesús prometió a los apóstoles: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hch. 1:8). Más adelante en su crónica sobre la iglesia primitiva, Lucas reporta: "Vosotros sabéis ... cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él" (Hch. 10:37-38). En su evangelio, Lucas relata el anuncio del ángel a María con respecto a la concepción divina y el nacimiento de Jesús: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lc. 1:35).

El profeta Miqueas escribió: "Yo estoy lleno de poder del Espíritu de Jehová, y de juicio y de fuerza, para denunciar a Jacob su rebelión, y a Israel su pecado" (Mi. 3:8). En lo concerniente a la reconstrucción del templo, un ángel alentó a Zorobabel por medio del profeta Zacarías: "Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Zac. 4:6). En otras palabras, Zorobabel habría de ser investido y ceñido en el poder divino del Espíritu, el cual sería infinitamente superior al

poder de los hombres malvados que procuraban estropear su obra.

Pablo reporta más adelante en esta epístola que la salvación de muchos gentiles a través de su ministerio fue lograda únicamente "en el poder del Espíritu de Dios" (Ro. 15:9), y él oraba para que los creyentes en la iglesia de Éfeso fuesen "fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu" (Fil. 3:16).

Lo que Pablo quiere mostrar en Romanos 8:13 es que, **por el** poder del **Espíritu** que mora en ellos, los cristianos están en capacidad de resistir con éxito y destruir el pecado en sus vidas. "Las armas de nuestra milicia no son carnales", nos recuerda Pablo, "sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas" (2 Co. 10:4). Esa confianza en el poder del Espíritu Santo es lo que da esperanza en medio de la frustración que Pablo expresó en Romanos 7:24-25, una frustración que todo cristiano enfrenta de vez en cuando.

Hablando acerca del conflicto de un creyente con el pecado, Pablo dijo a los gálatas que "el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis" (Gá. 5:17). Unos cuantos versículos más adelante él declara que "los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu" (vv. 24-25). En otras palabras, puesto que nuestra vida interior y espiritual es la morada del Espíritu Santo, nuestro comportamiento debería ser conforme a su voluntad y en su poder. Por medio del Espíritu Santo que mora en su interior, todo cristiano verdadero tiene el recurso divino por excelencia para tener victoria sobre Satanás, sobre el mundo, y sobre el pecado.

En su carta dirigida a los efesios, Pablo se refiere a la necesidad continua que el creyente tiene de apoyarse y confiar en el poder del Espíritu, y él hace esta amonestación: "No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu" (Ef. 5:18). Una traducción más literal es: "sigan llenándose con el Espíritu". La idea es: "Confíen siempre en el poder del Espíritu Santo, quien reside en el interior de todos ustedes y siempre está disponible para fortalecerlos y protegerlos". Ser lleno con el Espíritu es tener la mente completamente bajo su control divino. Esto requiere que la Palabra more en abundancia dentro del creyente (cp. Col. 3:16). Y cuando nuestra mente está bajo el control de Dios, es inevitable que nuestra conducta lo esté también. No es una cuestión de disponibilidad de poder sino de disposición de la voluntad. Por el poder del Espíritu, todos los creyentes están en capacidad de "andar como es digno de la vocación con que [fueron] llamados" (Ef. 4:1). Los que verdaderamente se "visten" del Señor Jesucristo estarán dispuestos a "no proveer para los deseos de la carne" (Ro. 13:14).

Ser controlados por el Espíritu de Dios es algo que viene como resultado de ser obedientes a su Palabra. La vida llena del Espíritu no se caracteriza por tener experiencias místicas o extáticas, sino por estudiar y someterse a las Escrituras.

A medida que un creyente satura fielmente su mente y su corazón con la verdad de Dios, su conducta controlada por el Espíritu será el resultado seguro, tan seguro como la noche sigue al día. Cuando estamos llenos con la verdad de Dios y somos guiados por su Espíritu, hasta nuestras reacciones involuntarias, las que ocurren cuando no tenemos tiempo para decidir a conciencia qué hemos de hacer o decir, invariablemente van a ser piadosas.

Vida en el Espíritu —parte 3 El Espíritu confirma nuestra adopción

31

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. (8:14-16)

Este es uno de los pasajes de mayor riqueza y belleza en todas las Escrituras. Haciendo uso de la figura jurídica de la adopción, Pablo explica la relación íntima y permanente del creyente con Dios como un hijo amado.

En estos versículos, Pablo continúa elucidando las maneras como Dios confirma que los creyentes están relacionados eternamente con Él como sus hijos, al testificar que nosotros somos guiados por el Espíritu, que tenemos acceso a Dios por el Espíritu, y que Dios nos ha otorgado una seguridad interna por su propio Espíritu. Estos tres medios para nuestra seguridad completa están muy relacionados y entrelazados, pero cada uno presenta una verdad distintiva acerca de la obra del Espíritu en la vida del creyente.

SOMOS GUIADOS POR EL ESPÍRITU

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. (8:14)

La primera confirmación interna de adopción es que los creyentes **son guiados por el Espíritu de Dios**. Una persona que en verdad está experimentando la

mano guiadora de Dios obrando en su vida tendrá certeza de ser un hijo de Dios.

Es importante notar el tiempo verbal que Pablo emplea aquí. **Son guiados** traduce el presente indicativo pasivo de *agō*, lo cual apunta en dirección a algo que ya existe. La frase **son guiados** no indica, sin embargo, una guía ininterrumpida por parte del **Espíritu**. De otra forma no tendrían sentido muchas admoniciones y advertencias dadas en el Nuevo Testamento a los cristianos; pero la vida del creyente genuino se caracteriza básicamente porque es guiada por el Espíritu, en la misma medida en que está caracterizada por la justicia de Cristo.

Un cristiano de profesión simplemente no es y no puede ser **guiado por el Espíritu de Dios**. Es posible que sea moral, escrupuloso, generoso, activo en su iglesia y otras organizaciones cristianas, y que exhiba muchos rasgos de carácter encomiable. No obstante, los únicos logros que puede reclamar para sí, bien sea de tipo religioso o de cualquier otro tipo, son los que se deben a su propio hacer. Puede ser que su vida sobresalga en el campo religioso, pero debido a que la vive en el poder de la carne, nunca puede ser verdaderamente espiritual, y nunca tendrá la convicción interna de la dirección y el poder de Dios en su vida.

Cuando alguien me dice con confianza que tiene dudas acerca de su salvación, con frecuencia le pregunto a esa persona si en algún momento siente la dirección de Dios en su vida. Si responde que sí, yo le recuerdo la certidumbre que Pablo da en este versículo: **todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.**

Los hijos de Dios están seguros en Él aun cuando no respondan con tanta reciprocidad y obediencia a su dirección como lo deberían hacer; pero esto no implica que un hijo de Dios siempre vaya a *sentirse* seguro. El cristiano que descuida el estudio de las Escrituras, que descuida su vida de oración a Dios, que descuida su compañerismo con el pueblo de Dios, y que es negligente con relación a su obediencia al Señor, de forma invariable llegará a tener dudas sobre su salvación, porque está siendo indiferente a Dios y a las cosas de Dios. Aun para el hijo obediente de Dios, las dudas acerca de su relación con Dios pueden escurrirse con facilidad en su mente durante tiempos de dolor, aflicción, fracaso o desilusión. Satanás, el gran acusador del pueblo de Dios, siempre está listo para aprovechar ese tipo de circunstancias con el fin de plantar semillas de incertidumbre.

Por otra parte, nuestro Padre celestial quiere que sus hijos tengan certeza en todo tiempo de que le pertenecen y están seguros en Él. Tal como Pablo acaba de afirmar (Ro. 8:13), una persona que está triunfando en hacer morir el pecado en su vida no lo hace en sus propias fuerzas, esto es, en el poder de la carne, sino por el poder del Espíritu. Los que ven victoria sobre el pecado en sus vidas, que ven disminuir sus deseos y prácticas pecaminosas, pueden tener certeza de que **son hijos de Dios**, porque únicamente el **Espíritu** de Dios puede traer

victoria sobre el pecado. De la misma forma, cuando nosotros empezamos a entender verdades bíblicas que por mucho tiempo nos han desconcertado, cuando experimentamos la convicción de Dios obrando en nuestras conciencias, cuando nos afligimos por amor al Señor cuando pecamos, es cuando tenemos la seguridad divina de que **somos hijos de Dios**, porque únicamente el **Espíritu** de Dios que mora en nosotros puede infundir esa clase de entendimiento, convicción y aflicción piadosa.

Nuestra mente finita no puede comprender *cómo* es que el Espíritu guía a un creyente, así como no podemos entender a plenitud cualquiera de las obras sobrenaturales de Dios. Sin embargo, sí sabemos que nuestro Padre celestial no impone a la fuerza su voluntad sobre sus hijos. Él busca nuestra obediencia de buena voluntad, la cual por definición no puede ser coaccionada. Es cuando estamos genuinamente sujetos a Él que nuestro Señor de manera sobrenatural moldea y dirige nuestra voluntad en una nueva dirección, hacia una conformidad voluntaria a su propia voluntad buena, agradable y perfecta.

Dios salva a los hombres por medio de su fe en Él, y guía a quienes salva por medio del mismo canal humano de la fe. "Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia", aconseja el escritor de Proverbios. "Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas" (Pr. 3:5-6). El corazón que busca, que tiene buena disposición y que es obediente, está abierto a la dirección del Señor. David oró: "Muéstrame, oh Jehová, tus caminos; enséñame tus sendas. Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día" (Sal. 25:4-5). Más adelante en ese salmo él nos recuerda que Dios "Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera" (Sal. 25:9). En otro salmo él imploró al Señor: "Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios; tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud" (Sal. 143:10).

Isaías nos asegura que si en verdad buscamos hacer la voluntad del Señor, Él ya está de pie a nuestro lado, por así decirlo, y listo para decir: "Este es el camino, andad por él" (Is. 30:21). El profeta no estaba hablando necesariamente de una voz audible, sino la voz de la conciencia del creyente dirigida por Dios, una conciencia instruida por la Palabra de Dios y afinada con la voz de su Espíritu. Isaías también nos asegura que el Señor está continuamente listo y deseoso de guiar a su pueblo en el camino recto. Al profetizar en el nombre de Cristo antes de ser encarnado, el profeta declaró: "Acercaos a mí, oíd esto: desde el principio no hablé en secreto; desde que es se hizo, allí estaba yo; y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu. Así ha dicho Jehová, Redentor tuyo, el Santo de Israel: Yo soy Jehová Dios tuyo, que te enseña provechosamente, que te encamina por el camino que debes seguir" (Is. 48. 16-17). Jeremías reconoció: "Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos" (Jer. 10:23). Ni siquiera el hijo de Dios puede

discernir la verdad divina por su propia inteligencia u obedecerla en sus propias fuerzas.

El Espíritu de Dios guía soberanamente a sus hijos en muchos sentidos, algunas veces de maneras que son directas y únicas; pero las vías básicas por las cuales Él promete guiarnos son las de la iluminación y la santificación.

De la primera forma, Dios guía a sus hijos por iluminación, por medio de la clarificación divina de su Palabra con lo cual la hace entendible para nuestra mente finita y todavía manchada por el pecado. A medida que leemos, meditamos y oramos con base en las Escrituras, el Espíritu de Dios que mora en nosotros se convierte en nuestro intérprete divino. Esto empieza con la convicción de pecado que conduce mediante la creencia salvadora a todas las riquezas de la vida cristiana.

Aunque José no tuvo al Espíritu Santo morando en él como sucede con los creyentes bajo el nuevo pacto, hasta el gobernante pagano de Egipto le reconoció como un hombre "en quien [está] el espíritu de Dios". En consecuencia: "dijo Faraón a José: Pues que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú" (Gn. 41:38-39).

El santo del Antiguo Testamento que escribió el Salmo 119, en el cual se glorifica la Palabra de Dios de una forma tan elocuente, sabía que necesitaba la ayuda divina del Señor tanto para entender como para obedecer esa Palabra. Todo creyente debería orar de continuo con el salmista: "Guíame por la senda de tus mandamientos. Porque en ella tengo mi voluntad" (Sal. 119:35), y "Ordena mis pasos con tu palabra, y ninguna iniquidad se enseñoree de mí" (Sal. 119:133).

Durante su discurso en el aposento alto, poco tiempo antes de su traición y arresto, Jesús dijo a los discípulos: "Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn. 14:25-26). Esa promesa tenía significado especial para los apóstoles, quienes habrían de convertirse en los testigos únicos y especiales de Cristo con autoridad para dar testimonio de su verdad después de su ascensión y regreso al cielo; pero la promesa también se aplica en un sentido general a todos los creyentes después de Pentecostés. A partir de ese momento en adelante, *cada* creyente ha sido habitado por el Espíritu Santo de Cristo mismo, cuyo ministerio hacia nosotros incluye el esparcir su luz divina en las verdades de las Escrituras que de otro modo estarían más allá de nuestra capacidad de comprensión.

Durante sus apariciones posteriores a la resurrección, Jesús dijo a los once apóstoles que quedaron: "Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras" (Lc. 24:44-45). De nuevo, las pala-

bras de Jesús tuvieron un significado e importancia únicos para los apóstoles, pero de una manera similar el Señor abre las mentes de *todos* sus discípulos "para que comprendan las Escrituras".

Pablo oró en favor de los creyentes efesios, pidiendo "que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza" (Ef. 1:17-19). Más adelante en esa epístola Pablo ofreció una oración similar, pidiendo que Dios "os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, ,arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (3:16-19).

Pablo aseguró a los santos en Colosas que "también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual" (Col. 1:19). La devoción del apóstol a estos creyentes también quedó expresada en estas palabras amorosas: "La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales" (3:16).

Quizás el pasaje más concluyente sobre la obra iluminadora del Espíritu Santo se encuentra en la primera carta de Pablo dirigida a la iglesia de Corinto: "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo" (1 Co. 2:14-16). En otras palabras, ni siquiera los mismos hijos de Dios podrían entender la Palabra de su Padre celestial aparte de la obra iluminadora de su Espíritu dentro de ellos.

La segunda manera principal como **el Espíritu** guía a los hijos de Dios es por medio de su santificación. **El Espíritu** no solamente alumbra nuestra mente para entender las Escrituras sino que nos provee asistencia divina para obedecerla, y esa obediencia se convierte en otro testimonio de nuestra salvación. El hijo humilde de Dios sabe que no puede agradar a su Señor en sus propias fuerzas, pero también sabe que, cuando se esfuerza con sinceridad en la obra del Señor de conformidad con los mandatos y principios de las Escrituras, el

Espíritu Santo bendecirá esa obra de maneras que van mucho más allá de lo que podrían producir jamás las capacidades individuales del creyente. Es en ese momento que nuestro Padre celestial se agrada profundamente con nosotros, no por lo que hayamos logrado hacer sino por lo que le hemos permitido alcanzar a Él en nosotros y por medio de nosotros. No es nuestro trabajo en sí mismo, sino nuestro espíritu de obediencia a Él y total dependencia de Él a medida que hacemos su obra, lo que trae gozo al corazón de nuestro Padre celestial. Es a través de nuestra obediencia fiel que experimentamos la obra de gracia del **Espíritu** en nuestra vida, y como sucede con su iluminación divina, su obra divina de santificación nos da seguridad y certidumbre de que sin duda alguna somos **hijos de Dios**.

"Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne", exhorta Pablo a los gálatas. "Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis" (Gá. 5:16-17); y puesto que "vivimos por el Espíritu", sigue diciendo el apóstol, "andemos también por el Espíritu" (v. 25).

Como ocurre con la iluminación y todas las demás obras divinas, nos resulta imposible entender exactamente *cómo* es que Dios realiza su obra santificadora en nosotros. Simplemente sabemos a partir de su Palabra, y con frecuencia por la experiencia, que Él ejecuta obras espirituales en y a través de nosotros, las cuales no son producidas por nuestros propios esfuerzos ni poder. Muchas veces llegamos a ser conscientes de la actividad del Espíritu únicamente al mirar de manera retrospectiva, cada vez que nos detenemos a observar su poder santificador dando fruto en nuestra vida a partir de semillas plantadas con mucha antelación. También contamos con la bienaventurada certeza de que, a pesar de no estar conscientemente *al tanto* de la obra del Espíritu en nosotros todo el tiempo, de todas maneras Él está *llevando a cabo* su obra divina en nosotros en todo momento. Él no solamente infunde y sustenta nuestra vida espiritual, Él *es* nuestra vida espiritual.

El gran deseo que nuestro Padre celestial tiene para sus hijos es que se sometan a la dirección de su Espíritu, por el amor de su gloria divina y por causa del bienestar, la paz y la vida espiritual fructífera de sus hijos.

TENEMOS ACCESO A DIOS POR EL ESPÍRITU

Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! (8:15)

Una segunda manera como el Espíritu Santo confirma nuestra adopción como hijos de Dios consiste en libertarnos del **espíritu de esclavitud** que de forma

inevitable nos llega a **estar otra vez en temor**. Debido a que "los hijos participaron de carne y sangre", nos dice el escritor de Hebreos: "él también [Cristo] participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre" (He. 2:14-15).

Sin importar con cuánta astucia se las arreglen para enmascarar o negar esta realidad, los hombres pecadores están continuamente sujetos al temor, por cuanto están viviendo continuamente en pecado y por lo tanto se encuentran continuamente bajo el juicio de Dios. La esclavitud al pecado trae esclavitud al temor, y una de las obras de gracia del Espíritu Santo consiste en libertar de ambas cosas a los hijos de Dios.

John Donne, el poeta inglés del siglo diecisiete que más tarde se convirtió en pastor y deán de la Catedral de San Pablo en Londres, escribió en "Un himno a Dios el Padre" las siguientes emotivas líneas:

> ¿Perdonarás aquel pecado donde empecé,
> el cual sigue siendo mi pecado aunque antes lo cometí?
> ¿Perdonarás ese pecado por el cual huí,
> y sigo huyendo aunque todavía lo deploro ciertamente?
> Cuando lo hayas hecho, no habrás terminado aún;
> Porque tengo algo más...
>
> Tengo un pecado de temor, que al devanar
> Mi último hilo pereceré en la orilla;
> Pero júrame por ti mismo que tu Hijo a mi muerte
> Brillará como lo hace ahora y para siempre:
> Y cuando lo hayas hecho, consumado será,
> Pues temer no podré jamás.

Pablo recordó a Timoteo que nuestro Padre celestial "no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" (2 Ti. 1:7). Juan nos asegura que "en el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en amor" (1 Jn. 4:18).

En este punto de la epístola a los romanos, no está haciendo tanto énfasis en el aspecto de transacción propio de la **adopción** como en la certidumbre que el creyente tiene al respecto. A través de la obra regeneradora del Espíritu Santo, nosotros no solamente hemos sido adoptados verdadera y permanentemente como hijos de Dios, sino que nos ha sido dado **el espíritu de adopción**. Esto es, Dios se asegura de que sus hijos *sepan* que son hijos suyos. A causa de su Espíritu que mora en nuestro corazón, nuestro **espíritu** reconoce que siempre contamos

con el privilegio de presentarnos delante de Dios como nuestro Padre celestial.

El término **adopción** está repleto de las ideas de amor, gracia, compasión y relación íntima. Es la acción por la cual un esposo y esposa deciden recibir en su hogar y familia a un niño o niña que no es su descendiente físico, para tratarlo como a un hijo propio. Cuando se realiza tal acción por los medios legales apropiados, el hijo adoptivo adquiere todos los derechos y privilegios de un miembro de la familia.

La primera adopción registrada en las Escrituras fue la de Moisés. Cuando Faraón ordenó que todos los bebés varones de los hebreos fueran matados, la madre de Moisés colocó a su pequeño en una cesta a prueba de agua y lo dejó flotar entre los bejucos por el río Nilo. Cuando la hija de Faraón fue al río con sus sirvientas para bañarse, vio la canastilla y mandó a una de sus sirvientas que la trajera. Ella se dio cuenta de inmediato que el infante era hebreo, pero sintió lástima por él. María la hermana de Moisés, había estado observando desde cerca y se ofreció a encontrar una nodriza para el niño, según las instrucciones dadas por su madre. Con la aprobación de la hija de Faraón, María trajo a su propia madre, a quien se le pagó para llevar el niño a su casa y criarlo. Cuando Moisés creció, fue llevado al palacio y adoptado por la hija de Faraón (véase Éx. 2:1-10).

Puesto que los padres de Ester habían muerto, ella fue adoptada por un primo de mayor edad llamado Mardoqueo, quien la amó como un padre y se encargó de cuidarla y velar por su bienestar (véase Est. 2:5-11).

Quizás la adopción más conmovedora que se menciona en el Antiguo Testamento fue la de Mefi-boset, el hijo lisiado de Jonatán y el único descendiente que le quedaba a Saúl. Cuando el rey David se enteró de la situación de Mefi-boset, le dio toda la tierra que había pertenecido a su abuelo Saúl y honró a este hijo de su más estimado amigo Jonatán, encargándose personalmente de que este hombre comiera con regularidad en la mesa del rey en el palacio de Jerusalén (véase 2 S. 9:1-13).

La hija de Faraón adoptó a Moisés por sentimientos de lástima y simpatía, y aunque Mardoqueo amaba mucho a Ester, su adopción de ella también fue apremiada por un deber familiar; pero la adopción de Mefi-boset por parte de David tuvo puros motivos de amor y gracia. En muchos sentidos, la adopción de Mefi-boset por parte de David ilustra la adopción que Dios hace de los creyentes. David tomó la iniciativa de salir a buscar a Mefi-boset y traerle al palacio, y aunque Mefi-boset era hijo del amigo más cercano de David, también era el nieto y único heredero de Saúl, quien en reiteradas ocasiones había procurado matar a David. Al ser lisiado de ambos pies, Mefi-boset era incapaz de rendirle algún servicio significativo a David, lo único que podía hacer era recibir la dadivosidad del rey. El nombre mismo Mefi-boset significa "una cosa vergonzosa", y había vivido muchos años en Lodebar, que significa "la tierra desolada"

(lit.: "sin prados"). David trajo a este paria desvalido a comer en su mesa como su propio hijo, y en su gracia le concedió una magnífica herencia a la cual ya no tenía derecho legal.

Esa es una bella ilustración de la adopción espiritual por la cual Dios en su gracia y amor busca a hombres y mujeres indignos por su propia iniciativa y los convierte en hijos suyos, única y exclusivamente sobre la base de la confianza de ellos en su Hijo verdadero, Jesucristo. A causa de su adopción, los creyentes van a tener parte en la herencia plena del Hijo unigénito. A todos los cristianos Dios declara: "Yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso" (2 Co. 6:17-18). Pablo da la inefable y maravillosa certidumbre de que Dios nos ha "predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad" (Ef. 1:5).

Para algunas personas en la actualidad, el concepto de adopción alude a una idea de rango de segunda clase en la familia. Sin embargo, en la cultura romana del tiempo de Pablo, un hijo adoptivo, en especial un hijo varón que hubiese sido adoptado, gozaba en algunos casos de mayor prestigio y privilegio que los hijos naturales. De acuerdo a la ley romana, el dominio de un padre sobre sus hijos era absoluto. Si se sentía decepcionado con las habilidades, el carácter o cualquier otro atributo de sus hijos naturales, se enfrascaba con diligencia en la búsqueda de un niño disponible para adopción que demostrara tener las cualidades deseadas por él. Si el niño probaba su dignidad, el padre tomaba todos los pasos legales necesarios para su adopción. Con la muerte del padre, un hijo adoptado y favorecido con frecuencia heredaba el título del padre, la mayor parte de su patrimonio, y se convertiría en el progenitor principal del apellido familiar. A causa de su gran importancia obvia, el proceso de adopción romana involucraba diversos procedimientos legales minuciosamente prescritos. El primer paso escindía por completo la relación legal y social del niño con su familia natural, y el segundo paso le colocaba de manera permanente en su nueva familia. Además de eso, todas sus deudas y otras obligaciones previas eran erradicadas, como si nunca hubiesen existido. Para que la transacción tuviese fuerza obligatoria de ley, también requería la presencia de siete testigos de buena reputación que pudiesen testificar, si llegara a ser necesario, en contra de cualquier impugnación de la adopción tras la muerte del padre.

Sin duda alguna Pablo estaba bien enterado de esa costumbre, y es posible que la haya tenido en mente cuando escribió esta sección de Romanos. Él asegura a los creyentes la prodigiosa verdad de que sin lugar a dudas, ellos son los hijos adoptivos de Dios, y que debido a esa relación basada en su gracia inmensurable, ellos tienen el derecho y privilegio plenos de clamar **Abba** para dirigirse a Dios como su **Padre** celestial, así como todo hijo lo hace con su padre terrenal. El hecho de que los creyentes tengan el deseo apremiante de clamar a

su Padre amoroso con petición y alabanza íntima, al lado de su anhelo de tener compañerismo y comunión con Dios, es una evidencia del Espíritu Santo que mora en ellos, y el hecho de ser la morada del Espíritu se constituye en prueba de salvación para cada persona y su seguridad de vida eterna.

Abba es un término informal en arameo para decir **Padre**, el cual tiene connotaciones de intimidad, ternura, dependencia y ausencia completa de temor o ansiedad. Los equivalentes modernos de este término en español serían papá o papi. Cuando Jesús estaba agonizando en el jardín de Getsemaní, a punto de tomar sobre sí los pecados del mundo, Él empleó ese nombre cariñoso en su oración: "Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mi esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú" (Mr. 14:36).

Cuando somos salvados, nuestra vieja vida de pecado queda cancelada por completo ante los ojos de Dios, y no tenemos razón alguna para temer al pecado o a la muerte, debido a que Cristo ha conquistado esos dos grandes enemigos a nuestro favor. En Él nos es dada una nueva naturaleza divina y nos convertimos en hijos verdaderos, con todas las bendiciones, privilegios y herencia que vienen con esa categoría. Hasta el momento en que veamos a nuestro Señor cara a cara, su propio Espíritu Santo será un testigo incesable de la autenticidad de nuestra adopción en la familia de Dios.

La idea de que los cristianos sean hijos adoptivos de Dios fue entendida con mucha claridad por los contemporáneos de Pablo como un honor y un privilegio inmensos. En su carta a los efesios, el apóstol exclama con gozo: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad" (Ef. 1:3-5).

Muchísimo tiempo atrás, antes de crear al primer ser humano a su imagen y semejanza divinas, ¡Dios en su soberanía escogió a cada creyente para que se convirtiera en su hijo amado y eterno!

Debe tenerse en cuenta que por maravilloso que sea, el término **adopción** no ilustra totalmente la obra de salvación de Dios. El creyente también es limpiado de pecado, salvado de su pena de muerte, renacido espiritualmente, justificado, santificado y al final glorificado. Pero los que son salvados por su fe en Jesucristo mediante la obra de su gracia no tienen un título más supremo que el de hijo adoptivo de Dios. Ese nombre designa su cualificación definitiva para participar con Cristo de su herencia plena. Por lo tanto, está lejos de ser una coincidencia que Pablo introduzca y concluya este capítulo con certidumbres para los creyentes de que ya no están y nunca estarán otra vez, bajo la condenación de Dios (véase 8:1, 38-39).

SOMOS ASEGURADOS POR EL ESPÍRITU

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. (8:16)

A fin de dar una seguridad adicional de nuestra relación eterna con Él, **El Espíritu mismo** del Señor **da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.** Como se indicó arriba, de la misma forma en que los testigos de una adopción romana tenían la responsabilidad de testificar acerca de su validez y autenticidad, así también **el Espíritu mismo** que mora en nosotros está presente constantemente para suministrar testimonios internos de nuestra adopción divina. Ciertamente Él hace esto a través de la obra interna de iluminación y santificación, así como a través del anhelo que nos infunde para tener comunión con Dios.

Sin embargo, Pablo no tiene aquí en mente algún tipo de pequeña voz mística que nos dice al oído que somos salvos. Más bien, es posible que haga referencia al fruto del Espíritu (Gá. 5:22-23), el cual cuando es producido por el Espíritu, da seguridad y certidumbre al creyente. También es posible que esté pensando en el poder para servir a Dios (Hch. 1:8), el cual cuando es experimentado constituye una evidencia de la presencia del Espíritu y de esta forma trae certeza de salvación a cada creyente.

Cuando los creyentes se ven constreñidos por el amor a Dios, cuando sienten un odio profundo por el pecado, cuando rechazan al mundo y anhelan el regreso de Cristo, cuando aman a otros cristianos, experimentan respuestas a sus oraciones, disciernen la verdad del error, ambicionan ser semejantes a Cristo y se mueven en esa dirección, la obra del Espíritu Santo se hace evidente y esos creyentes tienen testimonio certero de que en verdad **son hijos de Dios**.

El pastor británico del siglo diecinueve Billy Bray parecía nunca carecer de ese testimonio interno. Él se había convertido tras una vida disipada de juergas y borracheras al mismo tiempo que leía el libro de Juan Bunyan: *Visiones del cielo y del infierno*. Él se mantenía todo el tiempo regocijado en gran manera por la gracia y bondad de Dios, a tal punto que dijo: "No puedo hacer más que alabar al Señor. Mientras voy por la calle, levanto un pie y es como si dijera: "Gloria", y cuando levanto el otro pie pareciera decir: "Amén", de modo que todo el tiempo van haciendo eso a medida que voy caminando".

Siempre que el mundo, otros cristianos o nosotros mismos pongamos en duda si en verdad somos salvos, podemos apelar al **Espíritu** que mora en nosotros para resolver la cuestión en nuestro corazón. Proveer esa seguridad y certidumbre es uno de sus ministerios más preciosos a nuestro favor.

Juan ofrece estas palabras de ánimo: "Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la

verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende..." (1 Jn. 3:18-20*a*); esa es una evidencia objetiva de que verdaderamente somos hijos de Dios. Luego Juan pasa a recordarnos la evidencia subjetiva que nuestro Señor de gracia provee: "... mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios" (vv. 20*b*-21).

El Espíritu Santo garantiza nuestra gloria —parte 1 La incomparable ganancia de gloria

32

Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.

Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. (8:17-18)

Bien sea conscientemente o no, todo cristiano genuino vive en la luz y esperanza de la gloria. Esa esperanza fue resumida quizás de la mejor manera por Juan en su primera carta: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2). A causa de nuestra confianza absoluta y consumada en Jesucristo como Señor y Salvador, Dios en su gracia nos adoptó como sus propios hijos, y un día "seremos semejantes a él", semejantes al Hijo de Dios perfecto y sin pecado, quien cargó con nuestro pecado a fin de que nosotros pudiésemos participar, ¡no solamente de su justicia sino también de su gloria!

Además de libertar a los creyentes del pecado y de la muerte (Ro. 8:2-3), capacitarlos para cumplir la ley de Dios (v. 4), cambiar su naturaleza (vv. 5-11), investirlos de poder para la victoria (vv. 12-13), y confirmar su adopción como hijos de Dios (vv. 14-16), el Espíritu Santo garantiza su gloria última y definitiva (vv. 17-30). En los versículos 17-18 Pablo se enfoca en la ganancia incomparable de los creyentes por medio de la gloria divina que les ha sido garantizada.

Los diversos aspectos y etapas de la salvación acerca de los cuales nos habla la Biblia, tales como regeneración, nuevo nacimiento, justificación, santificación y glorificación, pueden distinguirse pero nunca se pueden separar. Están entrelazados de manera inextricable en la tela sin costura de la obra soberana de redención de Dios.

Por lo tanto, no puede haber pérdida de salvación entre la justificación y la glorificación. En consecuencia, nunca puede haber justificación sin glorificación. "A los que [Dios] predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Ro. 8:30). La justificación es el comienzo de la salvación y la glorificación su culminación. Una vez que ha empezado, Dios *no está dispuesto* a detenerla, y ningún poder en todo el universo *está en capacidad* de hacerlo. "Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38-39). Durante su ministerio en la tierra, Jesús declaró sin lugar a equívocos: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera ... Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero" (Jn. 6:37; 39-40).

Puesto que fue creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre fue hecho con una naturaleza gloriosa. Antes de la caída, estaba sin pecado y de una forma que las Escrituras no revelan, irradiaba la gloria de su Creador; pero cuando Adán cayó al desobedecer el único mandato de Dios, el hombre no perdió solamente su inocencia y su condición libre de pecado, sino también su gloria y la dignidad y honra que la acompañan. Es por esa razón que ahora todos los hombres "están destituidos de la gloria de Dios" (Ro. 3:23).

Los hombres caídos parecen tener un conocimiento básico de que han sido privados de gloria, y con frecuencia hacen grandes e incansables esfuerzos para obtener gloria para sí mismos. La obsesión contemporánea con la adquisición de autoestima es un reflejo trágico de los esfuerzos pecaminosos y fútiles del hombre para alcanzar la gloria aparte de la santidad.

El propósito último de la salvación es perdonar y limpiar a los hombres de sus pecados y restaurarlos a la gloria de Dios, con lo cual Dios recibe mayor gloria mediante la obra que realiza en ese acto soberano de gracia. La gloria que los creyentes están destinados a recibir por medio de Jesucristo, sin embargo, sobrepasará en muchos sentidos la gloria que el hombre tuvo antes de la caída, porque la perfección excede por mucho a la inocencia. La glorificación marca la culminación y perfeccionamiento definitivo de la salvación. Por lo tanto, como el finado pastor y teólogo británico Martyn Lloyd-Jones observó correctamente

en su exposición de nuestro texto, la salvación no puede detenerse en otro punto que no sea la perfección total, o de lo contrario no es salvación en absoluto. Pablo señaló en dirección a esa verdad cuando dijo a los creyentes filipenses: "[Estoy] persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6).

La salvación trae crecimiento continuo en la gloria divina hasta que es perfeccionada en la semejanza de Jesucristo mismo. "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos trasformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Co. 3:18). Como parte de su ministerio a nosotros durante nuestra vida en la tierra, el Espíritu Santo nos lleva de un nivel de gloria al siguiente.

Al proclamar la ganancia incomparable con que cuentan los creyentes en su gloria otorgada por gracia divina, Pablo se enfoca primero en los herederos (8:17*a*), luego en la fuente (v. 17*b*), el alcance (17*b*), la prueba (17*b*), y finalmente la comparación (v. 18).

LOS HEREDEROS DE LA GLORIA

Y si hijos, también herederos; (8:17*a*)

El énfasis de Romanos 8:17-18 en la gloria de los creyentes se relaciona mucho con su adopción como hijos de Dios (véase vv. 14-16). Como resulta claro a partir del contexto precedente, el **si** condicional del versículo 17 no tiene la idea de imposibilidad o duda sino de realidad y causalidad, y podría traducirse mejor "puesto que". En otras palabras, debido a que *todos* los creyentes son guiados por el Espíritu Santo (v. 14) y su testimonio (v. 17) de que ellos sin duda son **hijos** de Dios, en virtud de lo cual **también** son **herederos**.

Los ángeles del cielo no solamente prestan un servicio directo a Dios sino que también sirven a los creyentes, porque ellos son los hijos y herederos de Dios. "¿No son todos [los ángeles] espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?", pregunta retóricamente el escritor de Hebreos (He. 1:14). A causa de nuestra fe en su Hijo Jesucristo, Dios el Padre "nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz" (Col. 1:12).

Como se explicó en el último capítulo, la figura de adopción empleada por Pablo parece corresponder más a la ley y usanza de los romanos que a la de los judíos. Podemos esperar esto, porque Pablo estaba escribiendo a creyentes en Roma, y aunque muchos de ellos eran judíos sin duda alguna, si sus familias habían vivido allí por varias generaciones, estaban familiarizados con las costumbres romanas tanto como con las judías.

En la tradición judía, el hijo mayor recibía normalmente una doble porción

de la herencia de su padre. En la sociedad romana, por otra parte, aunque el padre tenía la prerrogativa de dar más a un hijo que a los demás, lo corriente era que todos los hijos recibían partes iguales. Además, bajo la ley romana, las posesiones heredadas gozaban de mayor protección que aquellas adquiridas por el pago de un precio o a cambio de trabajo. Quizás como un reflejo de esas costumbres y leyes romanas, el énfasis de Pablo en este pasaje se pone en la igualdad de los hijos de Dios y en la seguridad de su adopción.

Pablo dijo a los gálatas: "Si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (Gá. 3:29; cp. 4:7). Aquí Pablo se está refiriendo a una herencia espiritual, citando a Abraham: "padre de todos los creyentes" (Ro. 4:11), como el arquetipo humano del hijo y heredero de Dios por vía de adopción.

LA FUENTE DE GLORIA

herederos de Dios (8:17*b*)

La fuente de la gloria incomparable de los creyentes es **Dios** mismo, su Padre celestial quien los ha adoptado como hijos propios y **herederos** suyos. Pablo aseguró a los cristianos colosenses "que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia" (Col. 3:24). Esta herencia únicamente pertenece a Dios y Él es el único que la puede dar, de manera que en su soberanía él la concede sin excepción, a los que se convierten en hijos y herederos suyos a través de la fe en su único Hijo divino, Jesucristo.

En su descripción del juicio de las ovejas y los cabritos en los últimos días, Jesús revela la asombrosa verdad de que nuestra herencia con Él fue ordenada por Dios ¡desde la eternidad! "Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mt. 25:34). Dios no adoptó a sus hijos como algo que se le ocurrió en el momento, sino de acuerdo a su plan predeterminado de redención, el cual tuvo comienzo antes de "la fundación del mundo".

El valor de una herencia está determinado por la dignidad de aquel que entra en posesión de ella, y la herencia de los cristianos viene del Creador, Sustentador y Dueño del universo. **Dios** no solamente es la fuente de nuestra herencia sino que Él mismo es nuestra herencia. De todas las cosas buenas en el universo, lo más precioso de todo es el Creador del universo en persona. El salmista declaró: "¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra" (Sal. 73:25. Jeremías escribió: "Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré" (Lm. 3:24). En su visión en la isla de Patmos, Juan dice: "Oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como

su Dios" (Ap. 21:3). La bendición más grande que los hijos de Dios tendrán en el cielo será la presencia eterna de su Dios.

EL ALCANCE DE LA GLORIA

y coherederos con Cristo, (8:17*c*)

Muchos de nosotros somos herederos de quienes tienen muy pocas cosas que legar en cuanto a posesiones terrenales, y nuestra herencia humana termina siendo muy poco, quizás nada; pero así como los recursos de Dios son ilimitados, también nuestra herencia no tiene límites, porque nosotros como **coherederos** participamos de todas las cosas que hereda por derecho propio el verdadero Hijo de Dios, **Cristo** Jesús.

Pablo expresó con regocijo: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, ... En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad" (Ef. 1:3, 11). Dios el Padre ha constituido a Cristo "heredero de todo" (He. 1:2), y puesto que nosotros somos **coherederos con** Él, ¡estamos destinados a recibir todo lo que Él reciba!

En la aritmética de la tierra, si cada heredero recibe una porción igual de una herencia dividida, cada uno recibe apenas cierta fracción de toda la cantidad disponible; pero el cielo no está regido por esa clase de límites, y *todo* hijo adoptivo de Dios recibirá la herencia *plena* con el Hijo. Todas las cosas que **Cristo** recibe por derecho divino, nosotros las recibiremos por gracia divina. La parábola de los trabajadores en Mateo 20:1-6 ilustra la dimensión de esta gracia, mostrando que todos los que sirven a Cristo recibirán la misma recompensa eterna, independientemente de las diferencias en sus servicios respectivos.

Los creyentes entrarán un día en el gozo eterno de su Señor (Mt. 25:21), quien a causa del "gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" (He. 12:2). Los creyentes se sentarán en el trono celestial con Cristo y reinarán con Él desde allí (Ap. 3:21; cp. 20:4; Lc. 22:30), "trayendo" o portando en ellos para siempre la imagen de su Salvador y Señor (1 Co. 15:49; 1 Jn. 3:2). En la infinita "gracia de nuestro Señor Jesucristo, ... por amor a [nosotros] se hizo pobre, siendo rico, para que [nosotros] con su pobreza [fuésemos] enriquecidos" (2 Co. 8:9). En su gran oración como sumo sacerdote, Jesús habló a su Padre de la increíble y estremecedora verdad según la cual todos los que crean en Él serán uno con Él y participarán de toda su gloria: "La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno" (Jn. 17:22). No vamos a interponernos a las prerrogativas de Cristo, porque en la gracia de su voluntad, Él mismo

comparte su gloria con nosotros y pide a su Padre que confirme ese acto de otorgamiento.

No es que los creyentes vayan a convertirse en dioses, como enseñan algunas sectas, sino que todos los creyentes vamos a recibir, en virtud de haber sido hechos **coherederos con Cristo**, todas las bendiciones y el esplendor supremo que Dios tiene. Nosotros fuimos "justificados por su gracia [para que] viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna" (Tit. 3:7). Jesucristo "es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna" (He. 9:15).

El cristiano que no espera con anhelo la segunda venida de Cristo y que no vive su vida de conformidad con la voluntad de Cristo, está demasiado atado a esta tierra; pero de acuerdo a la Palabra de Dios, únicamente aquellos creyentes que tienen una perspectiva eterna, que en verdad se ocupan en las cosas de Dios y tienen la mira puesta en el cielo, pueden ser útiles para su servicio aquí en la tierra, gracias a que están libres de los deseos y motivaciones terrenales que obstaculizan la obediencia de muchos de sus hijos. Los creyentes fieles son creyentes fructíferos, ellos saben que su verdadera ciudadanía está en los cielos (Fil. 3:20) y que su herencia es una promesa de Dios (He. 6:12), quien no puede mentir y siempre es fiel en cumplir todo lo que promete.

Cuando Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo, contempló visiones y escuchó palabras que estaban más allá de la capacidad humana de descripción (2 Co. 12:2-4). Incluso el apóstol inspirado por Dios fue incapaz de pormenorizar la grandeza, la majestad y la gloria del cielo. Sin embargo, todo creyente algún día no solamente contemplará y comprenderá esas maravillas divinas, sino que tendrá una participación plena en ellas.

"Y todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro", nos dice Juan (1 Jn. 3:3). La esperanza y expectación de tener parte en la gloria de Dios mismo debería motivar a cada creyente a dedicarse a vivir con pureza mientras siga aquí en la tierra. Únicamente una vida santa es plenamente útil y utilizable para Dios, y solamente una vida santa está preparada adecuadamente para recibir la herencia del Señor.

Un día todas las cosas que hay en la tierra perecerán y desaparecerán, porque toda la tierra está contaminada y corrompida. En un contraste inmenso y maravilloso, por otra parte, un día todos los creyentes obtendrán "una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para [ellos]" (1 P. 1:4). Nuestra vida terrenal como creyentes en el presente representa apenas una "entrada por la fe a esta gracia", mientras tanto que nuestra esperanza y gozo definitivos nos permiten gloriarnos "en la esperanza de la gloria de Dios" (Ro. 5:2). A causa de su confianza constante en esa herencia definitiva, podía decir: "Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy

enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad" (Fil. 4:12). También fue a la luz de nuestra herencia divina última y definitiva que Jesús hizo esta clara admonición: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mt. 6:19-21).

LA PRUEBA DE GLORIA

si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. (8:17*d*)

Como al principio del versículo, **si** no connota aquí una posibilidad sino una realidad fáctica, y se traduce mejor "por esta causa", o: "teniendo esto en cuenta". Pablo está declarando que, por muy extraño que parezca a la mente terrenal, la prueba en el presente de la gloria última del creyente viene a través del sufrimiento por amor a su Señor. Puesto **que padecemos juntamente con él,** sabemos que **juntamente con él** también vamos a ser **glorificados.** Jesús concluyó las bienaventuranzas en esa misma nota cuando dio una doble promesa de bendición a quienes son perseguidos por causa de la justicia, esto es, por su causa (Mt. 5:10-12).

Debido a que el sistema actual del mundo se encuentra bajo el dominio de Satanás, el mundo desprecia a Dios y al pueblo de Dios. Por lo tanto resulta inevitable que sin importar que la persecución venga en la forma de un simple abuso verbal en un extremo o al punto de dar lugar al martirio en el otro extremo, ningún creyente está exento de la posibilidad de pagar un precio por su fe. Cuando **padecemos** burlas, escarnio, menosprecio o cualquier otra forma de persecución a causa de nuestra relación con Jesucristo, podemos tomar esa aflicción, sin importar su magnitud, como una prueba divina de que verdaderamente pertenecemos a Cristo y que nuestra esperanza de gloria celestial no es en vano, porque al final también vamos a ser **glorificados juntamente con él**.

Muchas de las promesas de Dios no son cosas que consideremos humanamente como "positivas". Jesús prometió: "El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?" (Mt. 10:24-25). Pablo prometió que "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (1 Ti. 3:12; cp. 2:11). Pedro implica la misma promesa de persecución en su primera epístola: "Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca

y establezca" (1 P. 5:10). El sufrimiento es una parte integral del proceso de madurez espiritual, y Pedro da por sentado que todo creyente verdadero tendrá que pasar por algún grado de sufrimiento por causa del Señor. Los que van a reinar con Cristo en la vida venidera disfrutarán las recompensas debidas a su sufrimiento por Él durante su vida en la tierra.

Pablo declara con plena confianza y gozo: "Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2 Co. 4:8-11). Pablo estaba dispuesto a sufrir por amor de sus hermanos creyentes y por amor de quienes necesitaban creer, pero su motivación más grande para estar dispuesto a padecer era la gloria que su sufrimiento traía a Dios. "Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios" (v. 15). No obstante, él también sufrió de buena voluntad por su propia causa, puesto que era consciente de que sus penalidades por causa de Cristo redundarían en su propio beneficio. "Por tanto, no desmayamos", dijo, "antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (vv. 16-17).

Entre más sufre un creyente en esta vida por amor de su Señor y su causa, mayor será su capacidad para recibir gloria en el cielo. Jesús mostró claramente esta relación en Mateo 20:21-23, cuando dijo a Santiago, Juan y a la madre de ellos que el ascenso en cualquier tipo de preeminencia en el reino futuro estará relacionada con la experiencia directa en las profundidades de la copa del sufrimiento y las humillaciones en el aquí y ahora. Como sucede con la relación entre obras y recompensas (véase 1 Co. 3:12-15), la calidad espiritual de nuestra vida terrenal afectará la cualidad de nuestra vida celestial, de alguna manera que Dios mismo ha determinado. Debe añadirse que debido a que el destino de los creyentes al final consiste en glorificar a Dios, parece indudable que nuestras recompensas y glorias eternas serán en esencia capacidades específicas para glorificarle.

El sufrimiento en esta vida crea reacciones que reflejan la condición auténtica del alma. Dios permite el sufrimiento para llevar a los creyentes a una dependencia total de Él y en consecuencia, a dar evidencia de que su salvación es verdadera.

El sufrimiento a causa de nuestra fe no solamente da evidencia de que pertenecemos a Dios y que estamos destinados para el cielo, sino que también es una

especie de preparación para el cielo. Por esa razón Pablo anhelaba tanto experimentar "la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte" (Fil. 3:10), y tenía la firme determinación de "proseguir a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (v. 14).

Entre más buena voluntad tengamos para sufrir por la causa de Cristo aquí en la tierra, más nos veremos impulsados a depender de Él y no en nuestros propios recursos, y más seremos infundidos con su poder. El sufrimiento por Cristo nos acerca más a Cristo. Nuestro sufrimiento por Él también nos permite apreciar mejor los sufrimientos que Él padeció a causa de nosotros durante su encarnación. Cualquier clase de burla, rechazo, ostracismo, pérdida, encarcelamiento, dolor físico o muerte que nos veamos enfrentados a sufrir por Cristo, no es nada en comparación a lo que vamos a ganar. Como ya se mostró en la cita, estos sufrimientos, sin importar cuán severos puedan parecer en el momento, no son más que aflicciones leves y momentáneas que "producen en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (2 Co. 4:17).

El hecho de que hemos nacido de nuevo, que hemos sido llenados de esperanza por medio de la resurrección de Cristo, que hemos obtenido una herencia incorruptible con Él y que estamos protegidos de manera permanente por el poder de Dios, nos da razón para alegrarnos en gran manera (1 P. 1:3-6*a*). A continuación el apóstol recuerda a sus lectores que no obstante, "ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo" (vv. 6*b*-7).

Nuestra capacidad eterna para glorificar a Dios en el cielo dependerá de nuestra disposición voluntaria para sufrir por Dios mientras estamos aquí en la tierra. Como se mencionó con antelación, la persecución de alguna clase no es una mera posibilidad para los creyentes verdaderos sino una certeza absoluta. "Si el mundo os aborrece", aseguró Jesús a sus seguidores, "sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado" (Jn. 15:18-21).

Asumir una posición firme y bíblica por Cristo lleva implícita la garantía de algún tipo de oposición, alienación, aflicción y rechazo por parte del mundo. Desafortunadamente, es algo que muchas veces también genera críticas por parte de los que profesan conocer a Dios pero que le niegan con sus hechos (Tit. 1:16).

Sin embargo, nosotros contamos con la maravillosa seguridad por parte de

nuestro Señor, en el sentido de que ninguna cosa que suframos por su causa nos hará daño permanente alguno, porque "de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación" (2 Co. 1:5). No tenemos un privilegio más grande ni una garantía más ilimitada de gloria que el hecho de sufrir por la causa de Cristo.

Los llamados evangelios de la salud, la riqueza y la prosperidad que tanto abundan en la actualidad no son compatibles con el verdadero evangelio de Cristo sino que por el contrario, reflejan los mensajes predilectos del mundo. Las aparentes buenas nuevas del mundo ofrecen un escape temporal de los problemas y las dificultades. Las buenas nuevas de Cristo incluyen la promesa que lleva el sufrir por su causa.

LA COMPARACIÓN DE LA GLORIA

Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. (8:18)

Logizomai (**tengo por cierto**) se refiere literalmente a un cálculo numérico. En un sentido figurado, como se emplea aquí el término, se refiere a llegar a una conclusión final tras haber realizado un estudio razonable y cuidadoso. Pablo no está haciendo una mera sugerencia, sino que afirma con ímpetu que cualquier sufrimiento por la causa de Cristo es un precio pequeño que pagar por los beneficios debidos a ese sufrimiento y que recibimos por su gracia. **Las aflicciones del tiempo presente**, esto es, nuestro tiempo aquí en la tierra, **no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.**

En el Nuevo Testamento, *pathēma* (**aflicciones**) se aplica tanto a los sufrimientos de Cristo como a los sufrimientos del creyente por su causa. Pedro nos exhorta a resistir al diablo "firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo" (1 P. 5:9). Pablo aseguró a los cristianos corintios: "Si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación; o si somos consolados, es para vuestra consolación y salvación, la cual se opera en el sufrir las mismas aflicciones que nosotros también padecemos. Y nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que así como sois compañeros en las aflicciones, también lo sois en la consolación" (2 Co. 1:6-7).

Jesucristo es el ejemplo supremo y perfecto de sufrimiento por causa de la justicia. "Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos" (He. 2:10). Así como el sufrimiento fue algo esencial para la obediencia de Cristo a su Padre, también resulta esencial para nuestra obediencia a Cristo.

Los que no conocen a Cristo no tienen esperanza cuando sufren. Sin importar cuál sea la razón para su aflicción, no es algo que les sobrevenga por causa de Cristo o por causa de la justicia, y por lo tanto no puede producir para bien de ellos ningún tipo de bendición o gloria espiritual. Quienes viven únicamente para esta vida no pueden tener la expectativa de algún tipo de resarcimiento de faltas o cualquier tipo de consuelo para sus almas. Su dolor, soledad y aflicciones no contribuyen al cumplimiento de ningún propósito divino y no traen como resultado recompensa divina alguna.

Por otra parte, los cristianos tienen una gran esperanza, no solamente de que sus aflicciones tarde o temprano van a terminar, sino que esas aflicciones en realidad se añaden y enriquecen su gloria eterna. Mucho antes de la encarnación de Cristo, el profeta Daniel habló acerca de la gloria de los creyentes al referirse a ellos como entendidos que "resplandecerán como el resplandor del firmamento" y "como las estrellas a perpetua eternidad" (Dn. 12:3).

Como seguidores de Cristo, nuestro sufrimiento viene de los hombres, mientras que nuestra gloria viene de Dios. Nuestro sufrimiento es terrenal, mientras que nuestra gloria es celestial. Nuestro sufrimiento es breve, en cambio nuestra gloria es ilimitada. Nuestro sufrimiento tiene lugar en nuestro cuerpo mortal y corruptible, en tanto que nuestra gloria será manifestada en nuestro cuerpo perfeccionado e inmortal.

Visite:

www.frasescristianas.org

(Frases, Citas y Dichos Cristianos)

El Espíritu Santo garantiza nuestra gloria —parte 2 Los gemidos indecibles por la gloria

33

Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos. (8:19-27)

En su presentación descollante del ministerio del Espíritu Santo en el aspecto de asegurar la condición de no condenación de los creyentes (véase 8:1), Pablo se enfoca en el hecho de que Él nos da plena seguridad al garantizar nuestra gloria futura (vv. 17-30). En el capítulo anterior de este comentario estudiamos las ganancias incomparables que poseen los creyentes a causa de la gloria que Dios ha prometido darles (vv. 17-18).

En este capítulo Pablo enfoca nuestra atención en la anticipación de esa gloria, los gemidos incomparables de la creación (vv. 19-22), de los creyentes (vv. 23-25), y del Espíritu Santo mismo (vv. 26-27). Un gemido es una expresión audible de angustia debida a dolor físico, emocional o espiritual. Estos gemidos constituyen el lamento profundo por una condición que es dolorosa, insatisfactoria y deplorable, un clamor para pedir liberación de una experiencia torturante.

LOS GEMIDOS DE LA CREACIÓN

Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; (8:19-22)

El primer gemido corresponde al lamento personificado que proviene del universo creado tal como existe ahora, en la condición de corrupción que la caída del hombre ocasionó.

Apokaradokia (**anhelo ardiente**) es una palabra especialmente vívida que se refiere de forma literal a observar con la cabeza estirada, y sugiere pararse de puntillas con los ojos mirando intencionalmente hacia adelante con gran expectación. El prefijo *apo* añade a esto la idea de una absorción y concentración fija en lo que se anticipa. **La creación** se mantiene de puntillas, por así decirlo, mientras que se ocupa en **el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.**

Los judíos estaban familiarizados con la promesa que Dios había hecho en cuanto a un mundo redimido, una **creación** renovada. Isaías predijo en el nombre del Señor: "Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento" (Is. 65:17). Los judíos anticipaban un tiempo glorioso cuando todo el dolor, la opresión, la esclavitud, la ansiedad, la tristeza y la persecución terminarían por completo, y luego el Señor establecería su propio reino perfecto de paz y justicia.

Inclusive existen escritos judíos no bíblicos que reflejan ese anhelo. El Apocalipsis de Baruc describe una utopía futura esperada por mucho tiempo:

La vid dará diez mil veces más su fruto, y cada vid tendrá mil ramas, y cada rama producirá mil racimos; y cada racimo producirá mil uvas, y cada uva una garrafa de vino. Y los que han tenido hambre se regocijarán, y además de eso, contemplarán maravillas todos los días. Porque saldrán vientos de delante de mí para traer todas las mañanas la fragancia de frutas aromáticas, y al final del día nubes que destilan el rocío de la lozanía. (29:5)

En algunas secciones de los oráculos sibilinos se registran expectativas simila-

res. "Y la tierra, y todos los árboles, y los rebaños incontables de ovejas darán su fruto verdadero a la humanidad, de vino y de miel dulce y de blanca leche y de maíz, que para los hombres es la dádiva más excelente de todas" (3:620-33). Más adelante en los oráculos dice lo siguiente,

La tierra, la madre universal, dará a los mortales lo mejor de sus frutos en cantidades incalculables de maíz, vino y aceite. Sí, del cielo vendrá una dulce porción de miel exquisita. Los árboles darán sus frutos correspondientes, y abundantes rebaños, y vacas, y corderos de oveja y cabritos de íbices. Él hará que manen fuentes dulces de leche blanca, y las ciudades estarán llenas de cosas buenas, y los campos estarán atiborrados; no habrá espada alguna en toda la tierra ni clamor de guerra. La tierra no será más conmocionada, y tampoco habrá más sequía en toda la tierra, ni hambre o granizo que destruya las cosechas. (3:744-56)

La creación no incluye aquí a los ángeles del cielo, quienes a pesar de ser seres creados, no están sujetos a corrupción. Es obvio que el término tampoco incluye a Satanás y su hueste de ángeles caídos, los demonios. Ellos no tienen deseo alguno de vivir en un estado de piedad y ausente de pecado, y saben que han sido divinamente sentenciados al tormento eterno. Los creyentes tampoco están incluidos en ese término, porque son mencionados por separado en los versículos 23-25. Pablo tampoco está haciendo referencia a los incrédulos. La única parte que queda de la **creación** es la parte no racional, que incluye a los animales y las plantas, así como todas las cosas inanimadas tales como las montañas, los ríos, las planicies, los mares y los cuerpos celestes.

Los judíos tenían familiaridad con esa clase de personificación de la naturaleza. Isaías la había empleado cuando escribió que "se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa" (Is. 35:1), y más adelante que "los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso" (55:12).

Aguardar es la traducción del verbo *apekdechomai*, que se refiere a esperar con gran anticipación y ansia pero también con paciencia. La forma del verbo griego añade otras connotaciones de apresto, preparación y persistencia hasta que ocurre el acontecimiento esperado.

La manifestación traduce *apokalupsis*, que se refiere a remover una cubierta, descorrer un velo o hacer una revelación. De esta palabra griega se deriva el nombre del último libro de la Biblia (véase Ap. 1:1). El mundo no comprende quiénes son los cristianos en realidad. En su primera epístola, Juan explicó a sus hermanos creyentes: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él" (1 Jn. 3:1).

En la era presente, el mundo es incapaz de distinguir en absoluto entre cristianos y no creyentes. Las personas que se llaman a sí mismas cristianas, cami-

nan, se visten y hablan de manera muy parecida a todos los demás. Muchos incrédulos tienen importantes normas de conducta. Por otra parte, es triste ver que muchos cristianos de profesión dan pocas evidencias de salvación. No obstante, en el momento señalado Dios revelará quiénes son suyos en verdad.

En el momento de **la manifestación de los hijos de Dios**, "cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" (Col. 3:4). En ese momento, todos los creyentes quedarán eternamente separados del pecado y de su condición humana no redimida, para ser glorificados con la santidad y esplendor propios de Cristo.

Cuando Adán y Eva pecaron al desobedecer el mandato de Dios, no solamente la humanidad sino toda la tierra y el resto del mundo quedó bajo maldición y se tornó corruptible. Después de la caída Dios dijo a Adán:

> *Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás. (Gn. 3:17-19).*

Antes de la caída no existía ninguna clase de maleza o plantas venenosas, ni cardos y espinos o cualquier otra cosa que pudiera causar al hombre miseria o daño; pero después de la caída, **la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó**. *Mataiotēs* (**vanidad**) transmite el concepto de ser fútil, frustrado y sin éxito, incapaz de alcanzar una meta o de cumplir un propósito. A causa del pecado del hombre, ninguna parte de la naturaleza existe ahora como Dios tuvo la intención original de que fuera desde un principio. El verbo **fue sujetada** indica por su forma que la naturaleza no se maldijo a sí misma sino que fue maldecida por algo o alguien más. Pablo procede a revelar que la maldición sobre la naturaleza fue ejecutada por su Creador. Dios mismo **la sujetó** a futilidad.

Aunque diversas organizaciones y agencias del medio ambiente realizan en la actualidad esfuerzos nobles para proteger y restaurar los recursos y regiones naturales, no tienen manera de revertir el curso de corrupción que ha devastado continuamente tanto al hombre como a su ambiente desde la caída. Es tal la capacidad destructiva del pecado que la desobediencia de un solo hombre trajo corrupción al universo entero. Descomposición, enfermedad, dolor, muerte, desastres naturales, contaminación y todas las demás formas de malignidad no cesarán nunca hasta que el que envió la maldición se encargue de quitarla y crear un nuevo cielo y una nueva tierra (2 P. 3:13; Ap. 21:1).

Nadie podría estar más equivocado que el naturalista John Muir cuando escri-

bió que la naturaleza está "libre de caída y depravación", y que únicamente el hombre constituye "un toque perjudicial". Los ambientalistas románticos e idealistas de nuestro tiempo defienden un estilo de vida relajado y sin complicaciones, de "armonía con la naturaleza". Algunos exigen al gobierno que nos lleve de vuelta a la vida que se llevaba durante el oscurantismo de la edad media, cuando según ellos suponen, la gente y la naturaleza estaban en completa armonía. Todas las corrupciones del medio ambiente caído y decadente de la actualidad por cierto eran diferentes en el pasado, teniendo en cuenta todo lo que han traído consigo la tecnología y la industria; pero también se diferencian en el sentido de que probablemente las condiciones de vida fueron más nefastas en el pasado. Ciertamente la enfermedad y la muerte, así como los riesgos que se corrían al quedar expuesto a los elementos y desastres naturales, fueron mucho mayores en el pasado, y cuando la gente supuestamente estaba viviendo más cerca de la naturaleza, en realidad tenían menos comodidad, más dolor, tiempos más difíciles, más enfermedad y todos se caracterizaban por morir más jóvenes. Este planeta no es un ente amistoso sino violento y peligroso. Es ridículo vivir en un mundo de fantasía donde se piensa que la tierra no está bajo maldición y que lo más natural es que ofrezca una vida cómoda sin molestias ni anomalías.

Sin embargo, a pesar de su maldición, gran parte de la belleza, el esplendor y los beneficios del mundo natural siguen estando a nuestra disposición. Aunque todos estos aspectos están sujetos a un deterioro inexorable, las flores siguen siendo bellas, las montañas siguen siendo imponentes, los bosques siguen siendo exuberantes, los cuerpos celestes siguen siendo majestuosos, la comida sigue siendo de alimento y el comer sigue siendo un placer, y el agua sigue trayendo refrigerio y sustento a la vida. A pesar de la terrible maldición que Dios infligió sobre la tierra, su majestad y provisión de gracia a favor de la humanidad sigue siendo evidente dondequiera que dirijamos la mirada. Es por esa razón que ninguna persona tiene excusa alguna para no creer en Dios: "Las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa" (Ro. 1:20).

El destino de la naturaleza está ligado inseparablemente al del hombre. Puesto que el hombre pecó, el resto de **la creación** se corrompió con él. De igual forma, cuando la gloria del hombre sea restaurada por intervención divina, el mundo natural también será restaurado. Por lo tanto, Pablo dice que la creación fue sujetada **en esperanza**, porque desde el principio se tuvo la esperanza cierta de que **la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.** En otras palabras, así como el pecado del hombre trajo corrupción al universo, la misma restauración del hombre estará acompañada por la restauración de la tierra y su universo a la perfección y gloria que Dios se propuso darle desde un principio.

En física, la ley de entropía se refiere a la degradación constante e irreversible de materia y energía en el universo, los cuales tienden a un desorden cada vez mayor. Esa ley científica contradice radicalmente la teoría de la evolución que se basa en la premisa de que el mundo natural está inclinado hacia un automejoramiento constante. No obstante, es evidente hasta en un simple jardín floral que si se deja sin cuidar, inevitablemente se va deteriorando cada vez más. La maleza y otras plantas indeseables tenderán a ahogar las buenas. El sesgo natural del universo entero, que se manifiesta en los humanos, los animales, las plantas y los elementos inanimados de la tierra y los cielos, tiene un sentido descendente, como es obvio y puede demostrarse fácilmente, nunca se da en dirección ascendente. Esto no puede ser de otra manera mientras el mundo continúe bajo **la esclavitud de corrupción**.

No obstante, a pesar de su corrupción y degeneración continua, no serán el hombre ni el universo mismo los encargados de llevar a cabo su destrucción definitiva. Esto es algo que corresponde únicamente a Dios, y no hay necesidad de temer un holocausto global iniciado por el hombre de manera independiente. Lo que necesitan los hombres es temer al Dios a quien soslayan y desafían. El destino de la tierra está por entero en las manos de su Creador, y ese destino incluye la destrucción total por parte del Dios del universo maldecido a causa del pecado. "El día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas" (2 P. 3:10). Esa destrucción será a una escala infinitamente más potente de la que podrían lograr todos los dispositivos de destrucción hechos por el hombre.

En su visión de Patmos, Juan vio "un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más ... Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe: porque estas palabras son fieles y verdaderas" (Ap. 21:1, 4-5).

Es con motivo de ese tiempo prometido de redención y restauración que toda la naturaleza gime con esperanza y gran expectación. Como sucede con la expresión "fue sujetada" del versículo anterior, el verbo **será libertada** es pasivo, lo cual indica que la naturaleza no se restaurará a sí misma sino que será restaurada por Dios, quien mucho tiempo atrás se encargó personalmente de sujetarla a corrupción y futilidad.

Jesús se refirió a ese tiempo fenomenal como "la regeneración", un tiempo cuando el viejo ambiente contaminado por el pecado será objeto de un juicio radical para ser reemplazado con el nuevo ambiente justo de Dios. "De cierto os digo", aseguró Jesús a los discípulos, "que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido

también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel" (Mt. 19:28).

La libertad gloriosa de los hijos de Dios se refiere al tiempo en que todos los creyentes serán libertados del pecado, libertados de la carne y libertados de su propia condición humana limitada. En ese momento empezaremos a participar por la eternidad de la presencia **gloriosa** de Dios mismo, cuando **Dios** vista a todos sus **hijos** preciosos con su misma gloria. Juan nos recuerda: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2). Al describir ese día glorioso Pablo escribió:

> *He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. (1 Co. 15:51-54).*

Para nuestra mente finita resulta imposible comprender tales misterios divinos, pero gracias al Espíritu Santo de Dios mismo que mora dentro de nosotros podemos creer toda su verdad revelada y regocijarnos con la esperanza absoluta y confiada de que nuestra vida eterna con nuestro Padre en el cielo está asegurada. Reconocemos con Pablo que "Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:20-21).

También reconocemos con el apóstol que la naturaleza también aguarda con experiencia nuestra redención, una redención que compartirá con nosotros en su manera propia; pero hasta que llegue ese día y en anticipación del mismo, **toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora.**

Stenazō (**gime**) se refiere a las expresiones de una persona que se encuentra atrapada en medio de una situación alarmante y que no ve posibilidades inmediatas de liberación. El término es utilizado por Lucas en su forma substantiva para describir las exclamaciones de los israelitas durante su tiempo de esclavitud en Egipto (Hch. 7:34). El verbo es usado por el escritor de Hebreos para describir la frustración y el dolor de los líderes de la iglesia, ocasionados por miembros inmaduros e insumisos de la congregación (13:17).

Los gemidos y el sufrimiento de **la creación** cesarán un día porque Dios la va

a libertar de su corrupción y futilidad. Mientras tanto, toda la creación **a una está con dolores de parto**. Al igual que Eva, cuyo pecado trajo la maldición del parto humano doloroso (Gn. 3:16), la naturaleza también padece sus propios dolores de parto; pero también al igual que Eva y sus descendientes, los **dolores de parto** de la naturaleza constituyen el presagio de una nueva vida que se va a dar a luz.

Pablo no hace mención de la manera o el momento en que el mundo será hecho nuevo por completo. Tampoco presenta las fases de esa regeneración cósmica o la secuencia específica de acontecimientos. Muchos otros pasajes de las Escrituras arrojan luz sobre los detalles de la revocación de las maldiciones (véase Is. 30:23-24; 35:1-7; etc.), y la creación definitiva de cielos nuevos y tierra nueva (2 P. 3:13; Ap. 22:3), pero el propósito de Pablo aquí consiste en dar certeza a sus lectores en términos generales con respecto a que el plan maestro de redención de Dios abarca el universo entero.

El doctor Martyn Lloyd-Jones escribió con profunda inspiración:

> Me pregunto si el fenómeno de la primavera nos suministra parte de la respuesta. Todos los años la naturaleza hace un esfuerzo para renovarse a sí misma, por así decirlo, a fin de producir algo que es permanente; acaba de salir de la muerte y la oscuridad que caracteriza a todo lo relacionado con el invierno. En la primavera parece estar tratando de dar a luz una creación perfecta, como si año tras año pasara por una serie de dolores de parto. No obstante, a pesar de sus esfuerzos no lo logra, porque la primavera conduce únicamente al verano, y a su vez el verano conduce al otoño, y el otoño otra vez al invierno. La pobre y vieja naturaleza trata todos los años de sobreponerse a la "vanidad", el principio de muerte, descomposición y desintegración que opera en ella. El problema es que nunca puede hacerlo y cada vez que lo intenta fracasa. Ella sigue tratando, como si sintiera que las cosas deberían ser diferentes y mejores, pero nunca tiene éxito. Por esta razón sigue "gimiendo a una y a una está con dolores de parto hasta ahora". Lo ha venido haciendo durante mucho tiempo... pero la naturaleza sigue repitiendo anualmente su esfuerzo. (*Romans* [Grand Rapids: Zondervan, 1980], 6:59-60)

LOS GEMIDOS DE LOS CREYENTES

y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve,

¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. (8:23-25)

No sólo es la creación natural lo que gime por su liberación de las consecuencias destructivas del pecado para acceder al nuevo universo prometido por Dios, **sino que también nosotros mismos,** esto es, los creyentes. La redención de los creyentes ocupa el centro de la regeneración cósmica definitiva que Dios quiere obrar, porque los creyentes siendo sus propios hijos, redimidos y adoptados en su familia celestial en respuesta a la fe que han depositado en su amado Hijo Jesucristo, son los herederos de su reino glorioso, eterno y justo.

Todo creyente verdadero agoniza en ocasiones al verse abrumado por las manifestaciones y consecuencias terribles del pecado, en su propia vida, en las vidas de los demás, y hasta en el mundo natural. Debido a que nosotros **tenemos las primicias del Espíritu,** contamos con la sensibilidad espiritual que nos hace percibir la cruenta realidad de la corrupción del pecado en nuestra vida y alrededor de nosotros.

Puesto que el **Espíritu** Santo ahora mora en nosotros, su obra en nosotros y a través de nosotros es un tipo de **primicias** espirituales. Estos primeros frutos constituyen un anticipo que nos permite saborear la gloria que nos aguarda en el cielo, cuando nuestro cuerpo corruptible y mortal sea cambiado por completo por cuerpos incorruptibles e inmortales. Aunque todo el tiempo que permanezcamos en nuestro cuerpo actual no seremos totalmente libres del poder del pecado, el Señor nos ha dado victoria completa sobre el dominio y la esclavitud del pecado. Cuando experimentamos el poder del Espíritu Santo en nuestra vida que nos permite abandonar la iniquidad y adorar, servir, obedecer y amar a Dios en verdad, tenemos un adelanto de la renovación futura, completa y perfeccionada que Él obrará en nosotros a partir de nuestra resurrección.

Puesto que cada creyente auténtico está habitado por el Espíritu Santo (Ro. 8:9), todo creyente genuino manifestará en cierta medida el fruto del Espíritu que Pablo enuncia en Gálatas 5:22-23, compuesto por "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza". Cada vez que vemos a Dios obrando su justicia en y a través de nosotros, anhelamos con mayor tesón ser liberados del pecado y la debilidad espiritual que todavía están presentes en nuestra vida. A causa de la sensibilidad al pecado que Dios nos ha dado, **nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos** por la terrible maldición del pecado que se sigue manifestando por medio de nuestra condición humana residual.

Al reconocer su propia pecaminosidad, David exclamó: "Mis iniquidades se han agravado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí ... Señor, delante de ti están todos mis deseos, y mi suspiro no te es oculto. Mi corazón está acongojado, me ha dejado mi vigor, y aun la luz de mis ojos me falta ya" (Sal. 38:4, 9-10).

Pablo también se lamentó por los residuos de su humanidad que seguían aferrados a él como un indumento putrefacto que no podía quitarse de encima. Esa realidad le traía una gran frustración y congoja espiritual. "¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Ro. 7:24). En otra epístola él recuerda a todos los creyentes que esa también es la miseria de su condición actual: "Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida" (2 Co. 5:4). Mientras sigamos en la "tienda provisional" de nuestro cuerpo humano, nunca escaparemos por completo de la corrupción del pecado en nuestra vida. Esa verdad hace que los cristianos sufran tiempos de profundo abatimiento por la pecaminosidad tan debilitante que sigue aferrada a sus cuerpos mortales.

Por lo tanto, nosotros como creyentes nos encontramos **esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.** El Nuevo Testamento habla de los creyentes como los que ya son los hijos adoptivos de Dios, pero cuya adopción aguarda todavía su consumación definitiva. Así como la salvación no es salvación si no es completa, la adopción tampoco puede ser divina si no es perfecta. Un hijo de Dios nunca tiene por qué temer que llegue a ser expulsado de su familia espiritual o que nunca entre a su hogar celestial.

El pastor puritano Thomas Watson dijo:

> Quizá los piadosos actúen con desfallecimiento en la religión, el pulso de sus afectos puede latir casi imperceptible. El ejercicio de la gracia puede verse obstaculizado, como cuando el agua es detenida en su curso. En vez de que la gracia obre en los piadosos, puede ser que obre la corrupción; en lugar de la paciencia, murmuración; en lugar de las cosas del cielo, las de la tierra ... Así que la corrupción puede llegar a ser firme y vigorosa en los regenerados, es posible que caigan en pecados enormes ... [Pero] aunque su gracia pueda estar en niveles bajos, nunca llega a secarse por completo; aunque la gracia pueda verse abatida, jamás puede ser abolida ... La gracia puede sufrir un eclipse, pero no una disolución ... un creyente puede caer de ciertos niveles de gracia, pero nunca del estado de gracia. (*A Body of Divinity* [Edimburgo: Banner of Truth, 1974, reimpresión], pp. 280, 284-85)

Las Escrituras enseñan que la salvación del creyente está asegurada por Dios el Padre, por el Hijo, y por el Espíritu Santo. Haciendo referencia a Dios el Padre, Pablo aseguró a los corintios: "El que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones" (2 Co. 1:21-22; cp. 2 Ti. 2:19). El Padre no solamente otorga salvación a quienes confían en su Hijo, sino que también sella su salva-

ción y les concede que el Espíritu Santo more en ellos como garante inconmovible. "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo", declaró Pedro, "que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero" (1 P. 1:3-5). Aunque la fe que persevera es indispensable para la salvación, Pedro hizo énfasis en que por iniciativa y poder propios de Dios el Padre, Él "nos hizo renacer", y en ese mismo poder nos sustenta hasta que alcancemos la herencia que recibimos con nuestro nuevo nacimiento, una herencia que es "incorruptible, incontaminada e inmarcesible". Es una herencia que Dios mismo se ha encargado de que permanezca "reservada en los cielos" para cada creyente, el cual es guardado y preservado por Dios mismo para poderla recibir. Cualquier persona que pertenece a Dios le pertenece para siempre.

Con el fin de hacer énfasis en la seguridad absoluta e incontrovertible de los que confían en Jesucristo, el escritor de Hebreos declaró: "Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo" (He. 6:17-19).

Dios el Hijo también asegura la salvación del creyente. "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí" declaró Jesús; "y el que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37). Pablo aseguró a la iglesia de Corinto, la cual tenía más que su cuota de creyentes inmaduros y desobedientes, que "así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 1:6-7; cp. Col. 1:22). En otras palabras, su relación con Cristo no solamente había sido confirmada cuando fueron justificados, sino que permanecía confirmada por el Señor mismo hasta que tuviera lugar la glorificación de ellos en su regreso (cp. 1 Ts. 3:13). Más adelante en esa epístola Pablo nos recuerda que "Fiel es el que os llama, el cual también lo hará" (1 Ts. 5:24). La obra continua de intercesión y mediación de Cristo en el cielo asegura de manera inalterable nuestra recompensa celestial.

Dios el Espíritu también asegura la salvación del creyente, por una obra a la cual las Escrituras hacen referencia algunas veces como el sello del Espíritu. En tiempos antiguos, el sello o la impronta era una marca de autenticidad o para ratificar una transacción completada. El sello de un monarca o de otra persona distinguida representaba su autoridad y poder. Por ejemplo, cuando Daniel fue

arrojado al foso de los leones, el rey Darío ordenó que se colocara una piedra sobre la entrada: "la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el acuerdo acerca de Daniel no se alterase" (Dn. 6:17). En un sentido espiritual infinitamente más importante y significativo, el Espíritu Santo sella la salvación de cada creyente, la cual nunca puede ser alterada, conforme a la promesa y la protección de Dios.

Pablo aseguró a los creyentes corintios que "El que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones" (2 Co. 1:21-22). Con palabras similares, él aseguró a los efesios que "en él [en Cristo] también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia" (Ef. 1:13; cp. 4:30).

Las ideas de salvación parcial o temporal no solamente son ajenas a la enseñanza de las Escrituras sino completamente contradictorias. Ningún creyente verdadero tiene por qué temer una posible pérdida de su salvación. En el momento de la conversión, su alma es redimida, purificada y asegurada eternamente dentro de la familia y el reino de Dios.

Los creyentes deberían preocuparse por el pecado que haya en sus vidas, pero no por la razón de que puedan llegar a pecar al punto de quedar fuera del alcance de la gracia de Dios. A causa de la promesa y el poder de Dios, eso es absolutamente imposible. Hasta que seamos glorificados y completamente liberados del pecado a través de **la redención de nuestro cuerpo**, seguiremos teniendo cuerpos no redimidos que hacen muy posible que el pecado nos haga daño y contriste a nuestro Señor. De la forma como se emplea el término con frecuencia en el Nuevo Testamento, **cuerpo** no se limita al ser físico de una persona sino que se relaciona con todos los aspectos de su condición humana no redimida, en particular con la susceptibilidad que sigue teniendo frente al pecado.

El **cuerpo**, la humanidad mortal de un creyente, es lo único que falta por ser redimido. El hombre interior ya es por completo una nueva criatura, un copartícipe en la naturaleza de Dios en quien mora el Espíritu de Dios. "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Co. 5:17). Pedro nos asegura que "todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia" (2 P. 1:3-4).

Debido a que los creyentes ya son nuevas criaturas que poseen la naturaleza divina, sus almas son completamente aptas para entrar al cielo y acceder a la

gloria eterna. Ellos aman a Dios, aborrecen el pecado y tienen anhelos de santidad y de obedecer la Palabra de Dios; pero mientras sigan en la tierra, permanecen atados a sus cuerpos mortales, los cuales todavía son corrompidos por el pecado y sus consecuencias. Los cristianos son semillas santas, por así decirlo, encasilladas en una cáscara no santa. Encarcelados en una prisión de carne y sujetos a sus debilidades e imperfecciones, nosotros por ende aguardamos fervientemente un acontecimiento que tiene garantía divina pero que aún está por suceder: **la redención de nuestro cuerpo**.

Pablo ya ha explicado que "si [los creyentes] fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Ro. 6:5-6). El viejo hombre con su vieja naturaleza de pecado está muerto, pero el **cuerpo** corruptible en el cual vivió por mucho tiempo sigue en pie. Por esa razón Pablo da esta amonestación a los creyentes unos cuantos versículos más adelante: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia" (vv. 12-13). Puesto que nosotros todavía estamos en capacidad de pecar, deberíamos estar continuamente en guardia para resistir y vencer al pecado en el poder del Espíritu (vv. 14-17).

Pablo también ha explicado "que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago" (Ro. 7:14-15). "Y si lo que quiero, esto hago", continúa el apóstol, "apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo" (vv. 16-18).

Es alentador y esperanzador para los cristianos darse cuenta de que sus caídas ocasionales en el pecado no se originan en la fuente de su ser interior y más profundo, su naturaleza nueva y santa en Cristo. Cuando ellos pecan, lo hacen a causa de los deseos e instigaciones de la carne, esto es, de sus cuerpos, de la condición humana que sigue aferrada a ellos, de lo cual no pueden escapar del todo hasta que vayan a estar con el Señor. Para cerrar con broche de oro este conjunto de verdades, Pablo dijo: "Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado" (Ro. 7:25).

Como se indicó anteriormente, nuestra alma ya está plenamente redimida y es apta para el cielo, pero la indumentaria carnal y exterior del hombre viejo y pecaminoso sigue siendo corruptible y aguarda su redención definitiva. "Mas

nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:20-21).

A duras penas podemos siquiera imaginar qué clase de cuerpo resucitado y redimido tendrán los creyentes en el cielo, pero es insensato especular acerca de ello aparte de lo que enseñan claramente las Escrituras. Anticipándose a esa clase de curiosidad, Pablo dijo a los corintios:

> *Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo. No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves. Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. (1 Co. 15:35-41)*

En la primera analogía Pablo se propuso mostrar que una semilla no tiene parecido alguno con la planta en la que se convierte cuando crece. En lo referente a tamaño, hay semillas relativamente grandes que producen plantas pequeñas, mientras que algunas semillas más pequeñas producen árboles de gran tamaño. Muchas diferentes clases de semilla aparentan ser muy semejantes, y la variedad total de semillas existentes falta aún por calcularse. Ni siquiera un granjero con experiencia al que le fuera entregado un puñado de semillas diferentes entre sí y provenientes de varias partes del mundo, podría identificar cada una de ella, mucho menos cualquier otra persona. No es hasta que la semilla es sembrada y la planta que resulta de su desarrollo empieza a madurar, que puede identificarse con precisión la clase de semilla que es. El mismo principio se aplica en relación a nuestro cuerpo natural y espiritual. Nos resulta imposible determinar cuál será el aspecto de nuestro cuerpo espiritual futuro fijándonos en las características de nuestro cuerpo físico presente. Vamos a tener que esperar para verlo.

Pablo también señala el hecho obvio de que las criaturas animales presentan grandes diferencias en su apariencia y naturaleza, y que sin excepción alguna cada especie produce únicamente individuos semejantes. El código genético de todas las especies vivas es distinto, único e irrepetible. Ninguna cantidad de intentos para implementar cruces y mutaciones o cambios de dieta pueden hacer que un pez se convierta en ave o que un caballo se convierta en perro o gato.

También existe una gran variedad en los cuerpos celestes, y es una variedad muchísimo mayor que la conocida por la gente que vivió en el tiempo de Pablo. Parece que lo que el apóstol se propone hacer con su mención de los animales y los cuerpos celestes es llamar la atención frente a la vasta magnitud y diversidad de la creación de Dios y la incapacidad del hombre para tan siquiera acercarse un poco a comprenderla.

La Biblia revela muy pocos detalles acerca de la naturaleza del cuerpo resucitado de un creyente. Pablo sigue diciendo a los corintios: "Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual" (1 Co. 15:42-44).

Puesto que al final seremos semejantes a Cristo, sabemos que nuestro cuerpo resucitado va a ser como el suyo. Como se indicó arriba, Pablo nos asegura que "si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección" (Ro. 6:5). En su epístola a los filipenses él explica además que el Señor "transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:21).

Durante el período que transcurrió entre su resurrección y su ascensión, el cuerpo de Jesús todavía presentaba las marcas físicas de su crucifixión (Jn. 20:20) y era capaz de comer (Lc. 24:30). Él seguía teniendo el mismo aspecto exterior, a pesar de que ni siquiera sus discípulos más cercanos le podían reconocer a menos que Él lo permitiera (Lc. 24:13-16, 30-31; Jn. 20:14-16). Él podía ser tocado y sentido (Jn. 20:17, 27), pero también podía aparecer y desaparecer en un instante, y podía pasar a través de puertas cerradas (Jn. 20:19, 26).

Aunque nuestro cuerpo redimido será algún día como el de Cristo, no sabremos cómo será exactamente hasta que nos encontremos cara a cara con nuestro Salvador (1 Jn. 3:2). El propósito primordial de Pablo en 1 Corintios 15 y Romanos 8 fue hacer énfasis en que nuestro cuerpo resucitado, sin importar qué forma, apariencia o capacidades que vaya a tener, será absolutamente libre de pecados, lleno de justicia e inmortal.

Él procede a explicar que **en esperanza fuimos salvos**. La esperanza no se puede separar de la salvación. Nuestra salvación fue planeada por Dios desde la eternidad, fue otorgada en el presente y se caracteriza ahora por la **esperanza** en su consumación futura.

La **esperanza** de un creyente no se basa en una probabilidad o un antojo insustancial, sino en la integridad de las promesas diáfanas del Señor. Como dice la cita anterior, Jesús declaró: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y el que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37). Nuestra **esperanza** no incluye la posibilidad de que perdamos nuestra salvación, sino que consiste en la garantía

de nuestro Señor mismo, de que *no podemos perderla y no la vamos a perder.*

El escritor de Hebreos nos asegura que Dios: "queriendo mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo" (He. 6:17-19). Pablo se refiere a nuestra esperanza de salvación como un yelmo, lo cual simboliza nuestra protección divina de los ataques de duda que Satanás envía para arruinar nuestra esperanza (1 Ts. 5:8).

Como Jesús mostró claramente en la parábola del trigo y la cizaña (Mt. 13) y en la historia de las ramas sin fruto (Jn. 15), siempre habrá algunos que portan el nombre de Cristo y que en realidad no pertenecen a Él; en ese orden de ideas, hay creyentes verdaderos cuyas vidas en ocasiones dan muy poca evidencia de salvación. No obstante, como continuaremos viendo hasta el final de este capítulo, la Palabra de Dios es inequívoca al declarar que todas las personas que son salvadas por Jesucristo pertenecerán a Él para siempre. Aunque es muy posible que un cristiano que peca luche con las dudas respecto a la seguridad de su salvación, así como con el gozo y el consuelo que trae esa certidumbre, no es posible que esa persona pierda la salvación como tal.

Por otra parte, es cierto que la culminación de nuestra salvación es una realidad ahora **en esperanza** solamente. Para explicar lo que es obvio, Pablo declara la verdad axiomática de que **la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?** En otras palabras, en esta vida no podemos esperar que vayamos a experimentar la realidad de nuestra glorificación, sino únicamente la **esperanza** de esa glorificación. Sin embargo, puesto que la **esperanza** del creyente está basada en la promesa de Dios, la culminación de su salvación es más cierta que cualquier otra cosa que pueda ver o sentir por sí mismo. Como veremos más adelante, la salvación del creyente es tan segura que puede hablarse de su glorificación en el tiempo verbal pasado (véase Ro. 8:30).

Por lo tanto, Pablo continúa diciendo que **si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.** Pablo aseguró a los filipenses con estas palabras: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6). Debido a que la salvación es por completo la obra de Dios y a que Él no puede mentir, es absolutamente imposible para nosotros perder lo que Él nos ha dado y ha prometido nunca quitar. Es a la luz de esa certeza absoluta que Pedro hace el llamamiento: "ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesús sea manifestado" (1 P. 1:13). Es a causa de haberse mantenido firmes en esa esperanza que Pablo elogia a los tesalonicenses, asegurándoles que él, Silvano y Timoteo se acordaban "sin cesar delante de Dios

y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección" (1 Ts. 1:3-4). En otras palabras, nuestra certeza de salvación no se basa en que hayamos elegido a Dios, sino en que Él nos escogió a nosotros, "antes de la fundación del mundo" (Ef. 1:4).

LOS GEMIDOS DEL ESPÍRITU SANTO

Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos. (8:26-27)

De igual manera hace referencia a los gemidos de la creación y de los creyentes por su redención final de la corrupción y la contaminación del pecado. Pablo revela aquí una verdad que trae a todo creyente un consuelo inmensurable, y es que el Espíritu Santo se coloca al lado de todos nosotros y de la creación entera para gemir junto a ellos por la llegada del día final de restauración de Dios y su reino eterno de justicia.

A causa de lo que queda en nosotros de la condición humana tal como la susceptibilidad al pecado y la duda, el **Espíritu** Santo **nos ayuda en nuestra debilidad**. En este contexto, **debilidad** se refiere sin duda alguna a nuestra condición humana en general, no a debilidades específicas. El punto es que, incluso después de la salvación nosotros nos caracterizamos por la **debilidad** espiritual. El llevar una conducta moral, hablar con la verdad y testificar del Señor o hacer cualquier otra cosa buena, es algo que sucede únicamente por el poder del **Espíritu** que obra en y por medio de nosotros a pesar de nuestras limitaciones humanas.

En varias ocasiones en su carta a los Filipenses, Pablo ilustra bellamente esa relación entre Dios y el ser humano. Hablando acerca de sus propias necesidades él dijo: "Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación" (Fil. 1:19). **El Espíritu** nos suministra todo lo que necesitamos para ser hijos de Dios: fieles, eficaces y protegidos por Él. En el capítulo siguiente el apóstol exhorta: "Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:12-13). El Espíritu de Dios obra de manera incansable en nosotros para que podamos hacer lo que nunca podríamos hacer solos: cumplir por completo la perfecta voluntad de Dios.

Para dejar en claro la manera como el Espíritu obra, Pablo pasa al tema de la oración. Aunque nosotros somos redimidos y estamos absolutamente seguros en nuestra adopción como hijos de Dios, de todas maneras no sabemos **qué hemos de pedir como conviene**. Pablo no se detiene para examinar a qué se debe nuestra incapacidad para orar como es debido, pero su afirmación abarca todos los aspectos de nuestra vida. A causa de nuestras perspectivas imperfectas, mentes finitas, fragilidades humanas y limitaciones espirituales, nosotros no estamos en capacidad de orar de una manera absolutamente conformada a la voluntad de Dios. Con frecuencia ni siquiera estamos al tanto de que existen ciertas necesidades espirituales, y mucho menos sabemos cuál es la mejor manera como deben ser satisfechas. Incluso al cristiano que ora con sinceridad, fidelidad y regularidad, le resulta imposible conocer los propósitos de Dios con relación a todas sus necesidades individuales o las necesidades de otras personas por quienes ora.

Jesús le dijo a Pedro: "He aquí que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Lc. 22:31-32). Felizmente para Pedro, Jesús cumplió su palabra a pesar de la insensata exhibición de coraje espurio por parte del apóstol. A Pedro no solamente le era imposible enfrentarse a Satanás por sus fuerzas, sino que en poco tiempo demostró que su devoción por Cristo ni siquiera podía pasar la prueba de unas cuantas pugnas por parte de unos extraños (vv. 54-60). Cuán glorioso es que nuestra seguridad espiritual reposa en la fidelidad del Señor antes que en nuestro compromiso vacilante.

Ni siquiera el apóstol Pablo, quien vivió tan cerca de Dios y proclamó con tanta fidelidad y abnegación su evangelio, supo siempre cuál era la mejor manera de orar. Por ejemplo, él sabía que Dios le había dado permiso a Satanás para infligirlo con un "aguijón en la carne" no especificado. Esa aflicción cumplía la función de proteger a Pablo en contra del orgullo a causa de haber sido "arrebatado al paraíso"; pero después de un tiempo Pablo se sintió hastiado de la dolencia, la cual sin duda alguna fue severa, y oró con gran fervor pidiendo que le fuera quitada. Después de tres fuertes súplicas, el Señor le dijo a Pablo que debería sentirse satisfecho con la abundancia de gracia divina por la cual había sido fortalecido en medio de la prueba (véase 2 Co. 12:3-9). La petición de Pablo no correspondió a la voluntad del Señor para él en ese momento. Aun cuando no sabemos qué es lo que Dios quiere para nosotros, **el Espíritu mismo** que mora en nuestro interior **intercede por nosotros**, para presentar nuestras necesidades delante de Dios incluso cuando no sabemos cuáles son esas necesidades o cuando oramos por ellas sin sabiduría.

Pablo hace énfasis en que nuestra ayuda es traída por **el Espíritu mismo**. Su ayuda divina no solamente es personal sino directa. **El Espíritu** no se limita simplemente a suministrarnos seguridad, sino que Él **mismo** es nuestra seguri-

dad. El Espíritu intercede a nuestro favor de una manera, dice Pablo, que está totalmente más allá de la comprensión humana, **con gemidos indecibles**. El Espíritu Santo se une con nosotros en nuestro deseo de ser libertados de nuestro cuerpo terrenal y corruptible, y de estar con Dios para siempre en nuestro cuerpo celestial y glorificado.

Contrario a la interpretación de la mayoría de los carismáticos, los **gemidos** del Espíritu no son expresiones en lenguas desconocidas, mucho menos sonidos sin sentido emitidos en alguna especie de éxtasis de la persona y que carecen de cualquier contenido racional. Como Pablo dice de manera explícita, los gemidos ni siquiera son decibles o audibles, por lo cual son imposibles de expresar en palabras. No obstante, esos gemidos transmiten un contenido muy profundo que corresponde a ruegos divinos por el bienestar espiritual de cada creyente. De una manera que está infinitamente más allá de nuestro entendimiento, estos **gemidos** representan lo que podría llamarse "comunicación intertrinitaria", articulaciones divinas por parte del Espíritu Santo y dirigidas al Padre. Pablo afirmó esta verdad a los corintios cuando declaró: "Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios" (1 Co. 2:11).

Nosotros nos sostenemos justificados y justos delante de Dios el Padre únicamente debido a que el Hijo y el Espíritu Santo, como nuestros abogados e intercesores constantes, nos representan ante su presencia. Es debido única y exclusivamente a esa obra unida e incesante a nuestro favor que los creyentes podremos entrar al cielo. Cristo "puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (He. 7:25). La obra divina de redención realizada por Jesús en el corazón de un creyente empieza en el momento de la conversión, pero no termina hasta que ese santo se encuentra en el cielo, glorificado y hecho tan justo como Dios es justo, debido a que posee la justicia plena y perfecta de Cristo. Esto es garantizado por la obra celestial de nuestro Señor como nuestro sumo sacerdote, y porque hemos sido hechos la morada del **Espíritu** Santo en la tierra, lo cual también hace segura la adopción divina y el destino celestial de cada creyente.

Si no fuera por el poder sustentador del Espíritu dentro de nosotros y por la continua mediación de Cristo por nosotros como sumo sacerdote (He. 7:25-26), la humanidad que sigue con nosotros en la tierra se apoderaría de inmediato de todo nuestro ser llevándonos de vuelta al pecado momentos después de haber sido justificados. Si por un solo instante Cristo y el Espíritu Santo detuvieran su intercesión sustentadora a nuestra favor, en ese mismo instante caeríamos en nuestro estado pecaminoso de condenación y separación de Dios.

Si pudiera ocurrir esa clase de recaída espiritual, la fe en Cristo nos daría solamente una vida espiritual temporal, sujeta a pérdida en cualquier momento. Pero Jesús no ofrece vida simplemente, sino vida eterna y abundante, la cual por

definición no puede perderse jamás. A los que creen Jesús les dijo: "Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Jn. 10:28; cp. 17:2-3; Hch. 13:48). De acuerdo a las Escrituras, tener fe en Jesucristo y tener vida eterna son sinónimos.

Si no fuera por la obra sustentadora e intercesora del Hijo y del Espíritu a favor de los creyentes, Satanás y sus falsos maestros podrían engañar fácilmente a los escogidos de Dios (véase Mt. 24:24) y podrían menoscabar la culminación perfecta y definitiva de su salvación. Pero si tal cosa fuera posible, la elección de Dios no tendría sentido alguno. Satanás sabe que los creyentes quedan indefensos aparte de la obra sustentadora del Hijo y del Espíritu, y en la arrogancia de su orgullo él batalla en vano contra esas dos personas divinas de la Trinidad. Él sabe que si de alguna manera pudiera interrumpir esa protección divina, las almas salvadas alguna vez caerían de la gracia y le pertenecerían de nuevo; pero la obra perpetua de Cristo y del Espíritu Santo hacen esto absolutamente imposible.

Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, continúa diciendo Pablo, refiriéndose con **el que** a Dios el Padre, quien **escudriña los corazones** de los hombres.

Cuando se estaba dando el proceso de seleccionar a un sucesor para el rey Saúl, el Señor le dijo a Samuel: "Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 S. 16:7). En la dedicación del templo, Salomón oró: "Tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y perdonarás, y actuarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, cuyo corazón tú conoces (porque sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres)" (1 R. 8:39; cp. 1 Cr. 28:9; Sal. 139:1-2; Pr. 15:11). Cuando se encontraban eligiendo entre José Barsabás y Matías como sucesor para Judas, los once apóstoles oraron: "Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido" (Hch. 1:24; cp. 1 Co. 4:5; He. 4:13).

Si el Padre conoce los corazones de los hombres, cuánto más conoce Él **la intención del Espíritu**. El Padre entiende exactamente lo que el **Espíritu** está pensando **porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.** Puesto que la voluntad del Espíritu y la voluntad del Padre son idénticas, y puesto que Dios es uno, la declaración de Pablo parece que fuera innecesaria. No obstante, el apóstol está señalando esa verdad con el fin de dar ánimo a los creyentes. Debido a que las tres personas de la deidad siempre han sido uno en esencia y voluntad, la idea misma de comunicación entre ellas nos parece superflua. Es un gran misterio para nuestra mente finita, pero es una realidad divina la cual Dios espera de sus hijos que procedan a reconocerla por fe.

En este pasaje Pablo hace énfasis en la intercesión divina que es necesaria para la preservación de los creyentes mientras se encuentran de camino hacia su

esperanza eterna. Nos resulta imposible concebir en nuestra mente esa verdad maravillosa, tanto como cualquier otro aspecto del plan de redención de Dios. Sin embargo, sabemos que si Cristo y el Espíritu Santo no hicieran guardia constante a nuestro favor, nuestra herencia en el cielo estaría reservada para nosotros en vano.

Visite:

www.parameditar.com

(Reflexiones e Ilustraciones)

La seguridad última —parte 1 La garantía infalible de gloria

34

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. (8:28)

Para los cristianos, este versículo contiene quizás la promesa más gloriosa en las Escrituras. Su magnitud es abrumadora, ya que abarca absolutamente *todas las cosas* pertinentes a la vida de un creyente. Esta magnífica promesa consiste de cuatro elementos que dan continuidad a la enseñanza de Pablo acerca de la seguridad del creyente en el Espíritu Santo: su certeza, su alcance, sus receptores y su fuente.

LA CERTEZA DE LA SEGURIDAD

Y sabemos (8:28*a*)

En el contexto de las verdades que siguen a continuación en Romanos 8, estas dos simples palabras expresan la absoluta certeza de seguridad eterna que el cristiano tiene en el Espíritu Santo. Pablo no está expresando sus intuiciones u opiniones personales sino que está exponiendo la verdad inerrante de la Palabra de Dios. Aquí el canal de la revelación de Dios no es Pablo el hombre sino Pablo el apóstol, quien continúa declarando la verdad que ha recibido del Espíritu Santo. Por lo tanto, él afirma con la autoridad de Dios mismo que nosotros como creyentes en Jesucristo, **sabemos** por encima de cualquier duda que cada aspecto de nuestra vida está en las manos de Dios y será usado divinamente por el Señor, no solamente para manifestar su propia gloria, sino también para hacer una realidad nuestra bendición eterna.

La expresión **sabemos** tiene aquí el significado de *podemos* saber. Trágicamente, muchos cristianos a través de toda la historia de la iglesia, incluyendo a muchos en nuestros propios días, se niegan a creer que Dios garantiza la seguridad eterna del creyente. Esa resistencia está ligada a la creencia de que la salvación es un esfuerzo cooperativo entre los hombres y Dios, y aunque Dios no va a fallar por su lado, el hombre puede (de ahí su sentido de inseguridad). Sin embargo, la creencia en una salvación por parte de un Dios soberano solamente, conduce a la confianza de que la salvación es segura, porque Dios, quien es el único responsable de ella, no puede fallar. Más allá de esa consideración teológica, Pablo está diciendo que la verdad de la seguridad eterna nos ha sido claramente revelada por Dios, de tal manera que todos los creyentes *son capaces* de conocer con absoluta certeza el consuelo y la esperanza de esa realidad, si sencillamente toman la Palabra de Dios en serio y la creen sin reservas. El hijo de Dios jamás tiene por qué temer el ser expulsado de la casa celestial de su Padre o temer que llegue a perder su ciudadanía en su reino eterno de justicia.

EL ALCANCE DE LA SEGURIDAD

que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, (8:28*b*)

El alcance de la seguridad del creyente es tan ilimitado como absoluta es su certeza. Como sucede con cualquier otro elemento en la seguridad de un creyente, **Dios** es el garante infalible. Él es quien hace que **todas las cosas** contribuyan a generar bienaventuranza y bendición en la vida del creyente.

Pablo hace énfasis en el hecho de que es **Dios** mismo quien se encarga de hacer que el **bien** llegue a su pueblo. Esta espléndida promesa no se hace realidad por medio de declaraciones impersonales, sino que requiere la acción divina para cumplirse. El decreto de seguridad de Dios se ejecuta en realidad por la obra de gracia directa y personal de su Hijo divino y de su Espíritu Santo. "Por lo cual [Cristo] puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (He. 7:25). Además, como Pablo acaba de proclamar: "El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecible. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos" (Ro. 8:26-27).

Todas las cosas abarca todo en absoluto, no tiene características o límites determinantes. Ni este versículo ni su contexto dan pie para restricciones o condiciones de algún tipo. **Todas las cosas** es inclusivo en el sentido más amplio de la palabra. Nada que exista u ocurra en el cielo o en la tierra "nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (8:39).

Pablo no está diciendo que Dios impida que sus hijos experimenten **cosas**

Material protegido por derechos de autor

que los puedan lastimar. Más bien está certificando que el Señor toma en sus manos todo lo que permite que suceda a sus hijos amados, aun las cosas peores, y al final transforma esas cosas en bendiciones.

Pablo enseña la misma verdad básica en varias de sus otras cartas. "Así que, ninguno se gloríe en los hombres", amonesta a los creyentes corintios; "porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro" (1 Co. 3:21-22). Quizás un año más tarde él les aseguró en otra carta: "Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios" (2 Co. 4:15). Más adelante en Romanos 8 Pablo pregunta retóricamente: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (v. 32).

No importa cuál sea nuestra situación, nuestro sufrimiento, nuestra persecución, nuestros fracasos en la lucha contra el pecado, nuestro dolor, nuestra falta de fe; en todas esas cosas, así como en **todas las** demás **cosas**, nuestro Padre celestial obrará para producir nuestra victoria y bendición en último término. El corolario de esa verdad es que nada puede obrar definitivamente en contra de nosotros. Cualquier perjuicio temporal que suframos será utilizado por Dios para nuestro beneficio (véase 2 Co. 12:7-10). Como se discutirá a continuación, **todas las cosas** es una expresión que incluye circunstancias y acontecimientos que son buenos o beneficiosos en sí mismos, así como los que en sí mismos son malos y dañinos.

Les ayudan es la traducción de *sunergeō*, una palabra griega de la cual se deriva la moderna expresión *sinergia*, la actividad conjunta de diversos elementos para producir un efecto mayor que, y con frecuencia completamente diferente a, la suma que resulta a partir de cada elemento actuando por separado. En el mundo físico la combinación correcta de sustancias químicas que de por sí son perjudiciales, puede producir compuestos que son de gran beneficio. Por ejemplo, la sal común de mesa está compuesta por dos venenos, sodio y cloro.

Ahora bien, debemos tener en cuenta que contrario a lo que pareciera sugerir la traducción de Reina-Valera, no es que las cosas en sí mismas obren conjuntamente para producir el bien. El versículo 28 en la Nueva Versión Internacional dice: "Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito". Como Pablo ha dicho claramente al principio del versículo, Dios es quien dispone mediante su poder y voluntad providenciales que **todas las cosas les ayuden a bien** a los creyentes, no una sinergia espontánea e impersonal de circunstancias y acontecimientos en nuestra vida. David dio testimonio de esa verdad maravillosa cuando exclamó gozoso: "Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad, para los que guardan su pacto y sus testimonios" (Sal. 25:10). Sin importar en qué

senda nos encontremos, el Señor siempre la convertirá en un camino de misericordia y verdad para nosotros.

Es probable que Pablo tenga en mente nuestro **bien** durante esta vida presente así como el bien último en la vida venidera. Sin importar qué suceda en nuestra vida mientras seamos sus hijos, la providencia de Dios va a utilizarlo para nuestro beneficio temporal así como eterno, algunas veces librándonos de tragedias y otras veces enviándonos a atravesarlas con el fin de acercarnos más a Él.

Tras libertar a los israelitas de la esclavitud en Egipto, Dios hizo provisión continua para su bienestar a medida que enfrentaban los recios obstáculos del desierto de Sinaí. Mientras Moisés proclamaba la ley a todo Israel, también le recordó esto al pueblo: "[Dios] te hizo caminar por un desierto grande y espantoso, lleno de serpientes ardientes, y de escorpiones, y de sed, donde no había agua, y él te sacó agua de la roca del pedernal; que te sustentó con maná en el desierto, comida que tus padres no habían conocido, afligiéndote y probándote, para a la postre hacerte bien" (Dt. 8:15-16). El Señor no condujo a su pueblo a lo largo de cuarenta años de dificultades y penuria para traerles cosas malas, sino para hacerle **bien**, el bien que algunas veces resulta necesario que venga por vía de la disciplina y el refinamiento divinos.

A partir de esa ilustración y muchas otras en las Escrituras, es claro que Dios muchas veces retarda el **bien** temporal así como el permanente que les ha prometido. Jeremías declaró: "Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Como a estos higos buenos, así miraré a los transportadores de Judá, a los cuales eché de este lugar a la tierra de los caldeos, para bien. Porque pondré mis ojos sobre ellos para bien, y los volveré a esta tierra, y los edificaré, y no los destruiré; los plantaré y no los arrancaré. Y les daré corazón para que me conozcan que yo soy Jehová; y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón" (Jer. 24:5-7). En su gracia soberana, el Señor utilizó los frustrantes cautiverios de Israel y Judá para refinar a su pueblo, y esto fue desde un punto de visto humano un proceso lento y arduo.

"Por tanto, no desmayamos", dijo Pablo para animar a los corintios; "antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (2 Co. 4:16-17). Aun cuando nuestras circunstancias exteriores son onerosas, y quizás *en especial* cuando son agobiantes y al parecer insalvables desde nuestra perspectiva, Dios está purificando y renovando nuestro hombre interior ya redimido como una preparación para nuestra glorificación que es el **bien** culminante y supremo.

Primero que todo, Dios dispone que las cosas justas obren para nuestro **bien**. Sin duda alguna lo mejor y más significativo de las cosas buenas son nada más y nada menos que los atributos de Dios mismo. El *poder* de Dios nos sostiene en

nuestros problemas y fortalece nuestra vida espiritual. En su bendición final de los hijos de Israel, Moisés testificó: "el eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos" (Dt. 33:27). En sus palabras de despedida a los apóstoles, Jesús prometió: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hch. 1:8).

A fin de demostrar nuestra dependencia absoluta de Dios, su poder que obra a través de nosotros en realidad "se perfecciona en la debilidad", como testificó Pablo por experiencia propia. "Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo" (2 Co. 12:9).

La *sabiduría* de Dios es suministrada para nuestro **bien**. La manera más directa como sucede esto es que Él comparte su sabiduría con nosotros. Pablo oró pidiendo que el Señor diera a los creyentes efesios "espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él" (Ef. 1:17). Él hizo peticiones similares a favor de los colosenses: "No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual" (Col. 1:9), y más adelante: "La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales" (3:16).

Casi por definición propia, la *bondad* de Dios obra para el **bien** de sus hijos. "¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?" (Ro. 2:4).

La *fidelidad* de Dios obra para nuestro **bien**. Aun cuando sus hijos le son infieles, su Padre celestial permanece fiel a ellos. "Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia; porque mi ira se apartó de ellos" (Os. 14:4). Miqueas se regocijó en el Señor aclamando: "¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia" (Mi. 7:18). Cuando un hijo de Dios está en necesidad, el Señor promete: "Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia" (Sal. 91:5). "Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta", nos asegura el apóstol Pablo, "conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" (Fil. 4:19).

La *Palabra* de Dios es para nuestro **bien**. "Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados" (Hch. 20:32). Toda cosa buena que recibimos de la mano de Dios, "por la palabra de Dios y por la oración es santificado" (1 Ti. 4:5). Entre más vemos pecado a través de los ojos de las Escrituras, que equivale a verlo con los ojos de Dios mismo, más lo aborreceremos.

Además de sus atributos, los *santos ángeles* de Dios trabajan por el **bien** de quienes le pertenecen. "¿No son todos espíritus ministradores", pregunta retóri-

camente el escritor de Hebreos al hablar sobre los ángeles, "enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?" (He. 1:14).

Los mismos *hijos* de Dios se encargan de ministrar su **bien** de unos a otros. Al inicio de su carta a los romanos, Pablo aseguró con toda humildad a sus lectores que anhelaba visitarles no solamente para ministrarle *a* ellos sino también para ser ministrado *por* ellos, "esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí" (Ro. 1:12). El apóstol describió su labor al lado de Timoteo a beneficio de los creyentes corintios diciendo, "colaboramos para vuestro gozo" (2 Co. 1:24; cp. v. 1). Para nosotros los cristianos es al mismo tiempo una obligación y un gozo el "estimularnos al amor y a las buenas obras" (He. 10:24).

Aunque esta verdad es muchas veces difícil de reconocer y aceptar, el Señor dispone incluso que las cosas *malas* obren para nuestro **bien**. Son estos canales menos obvios y mucho menos agradables que Dios utiliza para enviar su bendición, en los que parece que Pablo está haciendo énfasis aquí: aquellas cosas entre "todas las cosas" que en sí mismas son cualquier cosa menos buenas. Muchas de las cosas que hacemos y que nos suceden son decididamente malas, o en el mejor de los casos, no son cosas que valgan la pena. No obstante, en su sabiduría y omnipotencia infinitas, nuestro Padre celestial se encarga de transformar hasta las peores de esas cosas a fin de que obren al final para nuestro **bien**.

Como se mencionó anteriormente, Dios usó la esclavitud de su pueblo en Egipto y sus pruebas en el desierto, no solamente para demostrar su poder en contra de los enemigos de ellos y a favor de ellos, sino con el fin de refinar y purificar a su pueblo antes de que entraran a tomar posesión de la tierra prometida. Aunque las aflicciones y penalidades en el desierto de Sinaí endurecieron los corazones de la mayor parte del pueblo y los hicieron rebeldes, Dios tenía el propósito de que esas pruebas redundaran en su bendición.

Cuando Daniel fue amenazado de muerte por rehusarse a obedecer la prohibición del rey Darío sobre todo culto a cualquier dios fuera del rey, el monarca ordenó con cierta vacilación que el profeta fuera arrojado en el foso de los leones. Cuando se hizo evidente que los leones no estaban siquiera dispuestos a hacerle daño, Daniel testificó a Darío: "Oh rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo. Entonces se alegró el rey en gran manera a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso; y fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios" (Dn. 6:21-23). El sufrimiento y martirio de muchos de sus santos, no obstante, es una evidencia clara de que Dios no siempre decide bendecir su fidelidad librándolos del daño.

Las cosas malas que Dios usa para el **bien** de su pueblo pueden dividirse en tres categorías: sufrimiento, tentación y pecado.

Dios usa el mal del sufrimiento como un medio para traer **bien** *a su pueblo.* Algunas veces el sufrimiento llega como el precio de la fidelidad a Dios. En otras ocasiones se trata simplemente del dolor, las penurias, la enfermedad y los conflictos comunes que forman parte de la suerte de la humanidad a causa de la corrupción del mundo producida por el pecado. En otros casos el sufrimiento viene por permiso de Dios, y no siempre como castigo o disciplina. Noemí, quien temía a Dios y llevaba una vida piadosa se lamentó ante sus conciudadanos: "No me llaméis Noemí (esto es, *placentera*), sino llamadme Mara (esto es, *amarga*); porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso" (Rt. 1:20). Tras las aturdidoras aflicciones con las cuales Dios permitió que fuera atormentado por Satanás, Job respondió con una confianza humilde y sin reservas: "Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito" (Job 1:21).

Por supuesto, con frecuencia el sufrimiento *en efecto* viene como consecuencia de la corrección divina debida al pecado. Dios prometió a Judá que, a pesar de la rebelión e idolatría que habían sido las causas de su cautividad: "Como a estos higos buenos, así miraré a los transportados de Judá, a los cuales eché de este lugar a la tierra de los caldeos, para bien" (Jer. 24:5). Dios escarmentó a ciertos miembros de la iglesia en Corinto a causa de los pecados flagrantes que habían cometido y de los cuales no se habían arrepentido, lo cual trajo como consecuencia que algunos quedaran enfermos y otros murieran (1 Co. 11:29-30). No sabemos exactamente qué bien trajo Dios a esos creyentes que habían caído en pecado. Quizás fue simplemente un medio que empleó para evitar que cayeran en pecados todavía peores. Es indudable que se encargó de que la situación obrara para el bien del resto de la congregación de los corintios, como lo había hecho en el caso de Ananías y Safira, cuya severa disciplina cumplió una función purificadora, puesto que "vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre los que oyeron estas cosas" (Hch. 5:11).

Sin importar cuáles puedan ser nuestras adversidades o la manera como puedan sobrevenir, Santiago nos exhorta: "Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia" (Stg. 1:2-3). Las pruebas que llegan directamente a causa de nuestra relación con Cristo deberían ser recibidas de manera especial, nos dice Pedro: "para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando se manifestado Jesucristo" (1 P. 1:7).

José es un ejemplo clásico del Antiguo Testamento sobre la manera como Dios utiliza el sufrimiento "injustificado" para traer gran **bien**, no solamente a la persona que sufrió sino a toda su familia, la cual constituía el pueblo escogido de Dios. Si él nunca hubiera sido vendido como esclavo y arrojado en una prisión, no habría tenido la oportunidad de interpretar el sueño de Faraón y de ser elevado hasta una posición de gran preeminencia, en la cual pudiera ser usado

para salvar a Egipto y a su propio pueblo de la muerte masiva por escasez de alimentos. Con pleno entendimiento de esa verdad maravillosa, José dijo a sus amedrentados hermanos: "Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo" (Gn. 50:20).

El rey Manasés de Judá trajo la conquista extranjera y un gran sufrimiento sobre sí mismo y su nación a causa de su pecaminosidad; pero "luego que fue puesto en angustias, oró a Jehová su Dios, humillado grandemente en la presencia del Dios de sus padres. Y habiendo orado a él, fue atendido; pues Dios oyó su oración y lo restauró a Jerusalén, a su reino. Entonces reconoció Manasés que Jehová era Dios" (2 Cr. 33:12-13).

Aunque Job nunca perdió su fe en Dios, en cierto momento sus aflicciones incesantes le llevaron a cuestionar los caminos del Señor. No obstante, después de una exacta reprimenda del Señor, Job confesó: "De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42:5-6).

Cierto enemigo de Pablo le infligió con agresividad mucho dolor, se trataba con mucha probabilidad del cabecilla que estaba fraguando la hostilidad en Corinto hacia Pablo. El apóstol sabía que a pesar de que esta persona pertenecía a los dominios del diablo, sus actividades en contra de su ministerio apostólico habían sido permitidas por Dios para impedir que él (Pablo) se exaltara a sí mismo a causa de sus visiones y revelaciones (2 Co. 12:6-7). De todas maneras, Pablo rogó con mucho fervor en tres ocasiones que fuera librado de los ataques de ese hombre. El Señor dio esta respuesta amorosa a su siervo fiel: "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad". Esa explicación fue suficiente para Pablo, quien dijo en plena sumisión: "De buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co. 12:9-10). En lugar de quitar el problema de en medio, Dios suministró la gracia suficiente para que Pablo pudiera sobrellevar la situación con gozo y al mismo tiempo crecer en humildad a través de ella.

Por medio de sufrimiento de todas las clases y por todas las razones, nosotros podemos aprender entre otras, benignidad, simpatía, humildad, compasión, paciencia y bondad. Lo que es más importante, Dios puede utilizar el sufrimiento a un nivel en que puede usar muy pocas cosas fuera de esta herramienta, con el fin de acercarnos más a Él mismo. Pedro nos asegura y reconforta al decir que "el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca" (1 P. 5:10). El puritano Thomas Watson observó: "A veces un lecho de enfermo enseña más que un sermón" (*A Divine Cordial* [Grand Rapids: Baker, 1981], p. 20).

Material protegido por derechos de autor

El sufrimiento también puede enseñarnos a detestar el pecado. Nosotros ya odiamos el pecado hasta cierto grado porque es la causa directa o indirecta de todo sufrimiento. Pero sufrir a un nivel personal a manos de hombres malvados es algo que nos enseñará todavía más acerca de la malignidad del pecado. Martín Lutero dijo que nunca había podido entender los salmos imprecatorios hasta que él mismo fue perseguido de manera perniciosa. Él no podía entender por qué David siendo tan piadoso podía conjurar la venganza de Dios sobre sus enemigos hasta que él mismo [Lutero] fue atormentado por los enemigos del evangelio.

Nosotros también llegamos a aborrecer el pecado cuando vemos la destrucción que trae sobre los demás, en especial por el daño que causa a las personas que amamos. Jesús expresó un lamento agónico frente a la tumba de Lázaro, pero no fue debido a una tristeza profunda por su amigo fallecido, puesto que en pocos instantes se encargaría de remediar eso. Él estaba exasperado y acongojado a causa de la aflicción que el pecado y su consecuencia última, la muerte, habían traído sobre los seres amados de Lázaro (véase Jn. 11:33). En ese momento Él también se dio cuenta de que esa agonía se multiplica millones de veces todos los días alrededor del mundo entero.

El sufrimiento nos ayuda a percibir y detestar nuestro propio pecado. En ciertas ocasiones resulta cierto que únicamente cuando somos maltratados, acusados falsamente o cuando nos vemos debilitados por la enfermedad, la ruina financiera o alguna otra forma de penuria, es que nos vemos forzados a enfrentar cara a cara nuestro estado de ánimo, nuestra autocomplacencia o nuestra indiferencia hacia otras personas e incluso hacia Dios. Al ayudarnos a ver y aborrecer nuestro pecado, el sufrimiento también es utilizado por Dios para extirparlo de nuestra vida y proceder a purificarnos. "[Dios] me probará, y saldré como oro" (Job 23:10). En los últimos días "acontecerá en toda la tierra, dice Jehová, que las dos terceras partes serán cortadas de ella, y se perderán; mas la tercera quedará en ella. Y meteré en el fuego a la tercera parte, y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré: Pueblo mío; y él dirá: Jehová es mi Dios" (Zac. 13:8-9). A través de ese período final de sufrimiento sin igual, el Señor refinará y restaurará para sí mismo un remanente de su antiguo pueblo de Israel.

El hecho de que suframos a causa de la disciplina divina confirma que ciertamente somos hijos de Dios. El escritor de Hebreos nos recuerda que "el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos" (He. 12:6-8; cp. Job 5:17).

Como el escritor de Hebreos observa, los padres humanos sabios disciplinan a sus hijos por el propio beneficio del niño. Hasta los psicólogos y consejeros

seculares han llegado a reconocer que un niño al que se le permite tener y hacer todo lo que quiere, sin que sus padres le fijen límites y parámetros a los que se pueda atener, de manera innata llega a darse cuenta de que no es amado.

En tres ocasiones el escritor del Salmo 119 reconoce que el Señor utilizó el sufrimiento para fortalecer su vida espiritual: "Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra" (v. 67); "Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos" (v. 71); y: "Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste" (v. 75).

El sufrimiento está diseñado por Dios como una ayuda para que nos identifiquemos hasta cierto punto con el sufrimiento de Cristo a favor nuestro y para conformarnos más a Él. Es por esa razón que Pablo oraba: "a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte" (Fil. 3:10), y que se gloriara al decir: "porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús" (Gá. 6:17). Cuando nosotros de buena voluntad sometemos el sufrimiento que padecemos a nuestro Padre celestial, éste puede ser usado por Él para moldearnos con mayor perfección en la semejanza divina de nuestro Señor y Salvador.

Dios usa el mal de la tentación para traer **bien** *a su pueblo.* Así como el sufrimiento no es bueno en sí mismo, la tentación tampoco lo es, por supuesto. No obstante, como sucede con el sufrimiento, el Señor es capaz de utilizar la tentación para nuestro beneficio.

La tentación debería llevarnos a nuestras rodillas en oración y obligarnos a rogar a Dios por fortaleza para resistir. Cuando un animal ve a un predador, sale corriendo o volando tan rápido como pueda para encontrar un lugar seguro. Esa debería ser la reacción de los cristianos cada vez que se ven confrontados por la tentación. La tentación hace que el creyente piadoso huya y acuda al Señor para obtener protección.

Bien sea que el diablo se acerque a nosotros como un león rugiente o como un ángel de luz, si estamos bien adiestrados en la Palabra de Dios podemos reconocer sus seducciones malignas como lo que son en realidad. Por esa razón el salmista proclamó: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Sal. 119:11).

Dios también puede hacer que la tentación obre para nuestro bien, usándola para devastar el orgullo espiritual. Cuando luchamos con la tentación, sabemos que en nosotros mismos seguimos siendo susceptibles a las seducciones y contaminaciones del pecado, y cuando tratamos de resistirlo en nuestras propias fuerzas, pronto descubrimos cuán impotentes somos contra él en nosotros mismos.

En su encarnación, ni siquiera Jesús mismo resistió la tentación de Satanás en sus fuerzas humanas, sino que en cada caso confrontó al tentador con la Palabra de Dios (Mt. 4:1-10; Lc. 4:1-12). Nuestra respuesta a las fascinaciones del diablo debería ser la misma que nuestro Señor tuvo mientras estuvo en la tierra. La

experiencia de Cristo con la tentación no solamente nos suministra un ejemplo divino sino que le suministró a Cristo la plenitud de la experiencia humana, a la luz de lo cual el escritor de Hebreos pudo declarar: "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (He. 4:15).

Por último, la tentación debería fortalecer el deseo del creyente por el cielo, donde estará para siempre fuera del alcance de la seducción, el poder y la presencia del pecado. Cuando exclamamos con frustración: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?", también podemos proclamar con él, "Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado" (Ro. 7:24-25). También podemos confesar con el apóstol que, a pesar de que estamos dispuestos a permanecer en la tierra para cumplir el ministerio que el Señor quiere realizar a través de nosotros, nuestro gran anhelo es estar con Él en la patria celestial (Fil. 1:21-24).

Dios usa el mal del pecado como un medio para traer **bien** *a sus hijos.* Esto tendría que ser cierto si tomamos al pie de la letra la declaración de Pablo con respecto a "todas las cosas". Aún más que el sufrimiento y la tentación, el pecado no es bueno en sí mismo porque constituye la antítesis del bien. Sin embargo, en la sabiduría y poder infinitos de Dios lo más admirable es que Él hace que el pecado obre para nuestro bien.

Por supuesto, resulta de gran importancia reconocer que Dios no utiliza el pecado para bien en el sentido de que sea un instrumento de su justicia. Esa sería una de las contradicciones más obvias. El Señor usa el pecado para traer bien a sus hijos, prevaleciendo sobre él, cancelando sus consecuencias malignas normales y substituyéndolas de manera milagrosa por sus beneficios.

Debido a que con frecuencia es más fácil reconocer la realidad y la perversión del pecado en los demás que en nosotros mismos, Dios puede hacer que los pecados de otras personas obren para nuestro bien. Si estamos procurando vivir una vida piadosa en Cristo, ver un pecado en otros hará que lo detestemos y evitemos con mayor ahínco. Por supuesto, un espíritu condenatorio y de justicia en nuestra propia opinión va a tener el efecto opuesto, nos hará caer en la trampa sobre la cual Pablo ya ha dado esta advertencia: "En lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo. Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad. ¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios? (Ro. 2:1-3; cp. Mt. 7:1-2).

Dios puede hacer incluso que nuestros propios pecados obren para bien de nosotros. Los pecados de un creyente son tan malignos como los de cualquier incrédulo, pero la consecuencia última del pecado de un creyente es inmensamente diferente, porque la deuda por *todos* sus pecados, los del pasado, el presente y el futuro, ha sido pagada por completo por su Salvador. Aunque la

verdad fundamental de Romanos 8 es que por la gracia inefable de Dios un cristiano está preservado para siempre de la consecuencia *última* del pecado, que es la condenación eterna (v. 1), un cristiano sigue sujeto a las consecuencias inmediatas y temporales de los pecados que cometa, así como a muchas consecuencias durables de pecados cometidos por él o ella antes de recibir la salvación. Como se advirtió anteriormente en varias ocasiones, el creyente que peca no se libra de la disciplina de Dios, sino que debe tener la seguridad de recibirla como una herramienta de remedio que contribuye a producir santidad en su vida (He. 12:10). Ese es el bien supremo para el cual Dios hace que nuestro pecado funcione.

Dios también hace que nuestro propio pecado obre para nuestro bien, llevándonos a desechar el pecado y desear su santidad. Cuando caemos en pecado, nuestra debilidad espiritual se hace evidente y nos vemos humildemente motivados a buscar el perdón y la restauración de Dios. Maligno y perverso como es, el pecado puede traernos bien al despojarnos de nuestro orgullo y nuestra supuesta invulnerabilidad.

La ilustración suprema de la manera como Dios dispone "todas las cosas", incluyendo las más dolorosas y malignas para el **bien** de sus hijos, puede encontrarse en el sacrificio y la muerte de su propio Hijo. En la crucifixión de Jesucristo, Dios tomó el mal más grande que Satanás pudo haber producido jamás, y lo convirtió en la bendición más inmensa que pueda concebirse y que podía ofrecerle a la humanidad caída: salvación eterna del pecado.

LOS RECEPTORES DE LA SEGURIDAD

a los que aman a Dios, ... esto es, a los que ... son llamados. (8:28*c*)

La única condición que debe cumplirse en la promesa maravillosa de este versículo tiene que ver con la actitud de quienes la reciben. Es única y exclusivamente a sus hijos que Dios promete obrar todas las cosas para bien. **Los que aman a Dios** y **los que son llamados** son dos de los muchos títulos o descripciones que el Nuevo Testamento aplica a los cristianos. Desde la perspectiva humana nosotros somos **los que aman a Dios**, mientras que desde la perspectiva de Dios nosotros somos **los que son llamados**.

LOS RECEPTORES DE SEGURIDAD AMAN A DIOS

a los que aman a Dios,

En primer lugar, Pablo describe a quienes reciben seguridad eterna como **los que aman a Dios**. Nada caracteriza más al creyente verdadero que un amor

genuino a Dios. Las personas redimidas aman al Dios de gracia que les ha salvado. A causa de sus naturalezas pecaminosas y depravadas, los no redimidos aborrecen a Dios, sin importar qué clase de argumentos puedan tener para alegar lo contrario. Cuando Dios hizo su pacto con Israel a través de Moisés, dejó muy clara la distinción entre los que le aman y los que le aborrecen. En los Diez Mandamientos el Señor dijo a su pueblo: "No te inclinarás a [las imágenes] ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos" (Éx. 20:5-6; cp. Dt. 7:9-10; Neh. 1:4-5; Sal. 69:36; 97:10). Ante los ojos de Dios, existen únicamente dos categorías de seres humanos, los que aman a Dios y los que aborrecen a Dios. Jesús se estaba refiriendo a esa verdad cuando dijo: "El que no es conmigo, contra mí es" (Mt. 12:30).

Incluso durante el tiempo del pacto mosaico, cuando Dios estaba tratando con Israel su pueblo escogido de una manera única y exclusiva, cualquier persona, incluyendo a un gentil, que confiara en Él, era aceptada por Él y se caracterizaba por su amor hacia el Señor. El grupo de los redimidos de Dios también incluía "a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto" (Is. 56:6).

El Nuevo Testamento es igualmente claro en el sentido de quienes pertenecen a Dios le aman. "Antes bien, como está escrito", le recordó Pablo a los corintios: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Co. 2:9; cp. Is. 64:4). Más adelante en esa carta él declaró: "Si alguno ama a Dios, es conocido por él" (1 Co. 8:3).

Santiago dice que a quienes aman a Dios, esto es, los creyentes, les ha sido prometida la corona eterna de vida del Señor (Stg. 1:12). Pablo se refiere a los cristianos como "los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable" (Ef. 6:24).

La fe salvadora involucra mucho más que simplemente reconocer a Dios. Hasta los demonios creen temblorosamente que Dios es uno y todo poderoso (Stg. 2:19). La fe verdadera incluye la rendición completa de nuestro ser pecaminoso a Dios para recibir perdón a cambio y al Señor Jesucristo como Señor y Salvador, y la primera marca de fe salvadora es amor a Dios. La salvación verdadera produce gente que ama a Dios, porque "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Ro. 5:5). No es por casualidad que Pablo coloque el amor en el primer lugar de la lista correspondiente al fruto del Espíritu (Gá. 5:22).

El amor a Dios se relaciona mucho con el perdón, porque el creyente redimido no puede evitar el ser agradecido por el perdón y la gracia de Dios sobre su

Material protegido por derechos de autor

vida. Cuando aquella mujer pecadora, la cual sin lugar a dudas era una prostituta, lavó y enjugó los pies de Jesús en la casa del fariseo, el Señor explicó a su escamado anfitrión que ella expresó gran amor debido a que había sido perdonada de grandes pecados (Lc. 7:47).

El amor a Dios también está relacionado con la obediencia. "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?" (Lc. 6:46). El corazón que desobedece con pertinacia es un corazón que no cree ni ama. Puesto que "el amor de Cristo nos constriñe" (2 Co. 5:14), su Palabra también nos constriñe y controla nuestra vida. "Vosotros sois mis amigos", dijo Jesús, "si hacéis lo que yo os mando" (Jn. 15:14). En este contexto, es claro que Jesús usa el término *amigo* como un sinónimo para discípulo verdadero (véase vv. 8-17).

Obviamente, nosotros no amamos a Cristo de una manera tan completa como deberíamos debido a que todavía somos imperfectos y tenemos algo de la contaminación pecaminosa del hombre viejo. Es por esa razón que Pablo dijo a los filipenses: "Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento" (Fil. 1:9). El amor de ellos hacia Cristo era genuino, pero aún no era perfecto.

El amor genuino hacia Dios tiene muchas facetas y manifestaciones. En primer lugar, el amor a Dios se caracteriza por un anhelo ferviente de comunión personal con el Señor. Ese era el deseo que llevaba a los salmistas a proclamar: "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?" (Sal. 42:1-2), y: "¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra" (Sal. 73:25).

David oró: "Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario. Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán" (Sal. 63:1-3). Hablando en representación de todos los creyentes fieles, los hijos de Coré exultaron: "Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo. Aun el gorrión halla casa, y la golondrina nido para sí, donde ponga sus polluelos, cerca de tus altares, oh Jehová de los ejércitos, Rey mío, y Dios mío. Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán" (Sal. 84:2-4).

En segundo lugar, el amor genuino hacia Dios confía en su poder para proteger a los suyos. David exhortó: "Amad a Jehová, todos vosotros sus santos; a los fieles guarda Jehová" (Sal. 31:23).

En tercer lugar, el amor genuino hacia Dios se caracteriza por una paz que solamente Él puede impartir. "Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo" (Sal. 119:165). Como creyentes, nosotros tenemos una paz segura que el mundo no puede dar, experimentar, entender o quitar (Jn. 14:27; 16:33; Fil. 4:7).

En cuarto lugar, el amor genuino hacia Dios es sensible a su voluntad y su honra. Cuando Dios es blasfemado, repudiado, o deshonrado de cualquier manera, sus hijos fieles sufren gran dolor por su causa. David se identificó tanto con el Señor que pudo decir: "Me consumió el celo de tu casa; y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí" (Sal. 69:9).

En quinto lugar, quienes tienen un amor genuino hacia Dios se caracterizan por amar las cosas que Dios ama, y conocemos lo que Él ama a través de la revelación de su Palabra. A través de todo el Salmo 119 el escritor expresa amor por la ley de Dios, los caminos de Dios, los parámetros de Dios, y todo lo que es de Dios. "Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata" (v. 72); "¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación!" (v. 97); y "¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca" (v. 103). David testificó: "Me postraré hacia tu santo templo, y alabaré tu nombre por tu misericordia y tu fidelidad; porque has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas" (Sal. 138:2).

En sexto lugar, los que tienen amor genuino hacia Dios aman a la gente que Dios ama. De forma reiterada e inequívoca Juan asevera que una persona que no ama a los hijos de Dios no ama a Dios y no pertenece a Dios. "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida", nos dice el apóstol, "en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte" (1 Jn. 3:14). "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor" (4:7-8). En el lenguaje más enérgico posible, Juan declara que: "Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano" (4:20-21). En el siguiente capítulo él declara con la misma firmeza que "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos" (1 Jn. 5:1-2).

En séptimo lugar, el amor genuino a Dios aborrece lo que Dios aborrece. El amor que es conforme al temor de Dios no puede tolerar la maldad. El cristiano que ama se duele por el pecado, primero que todo por el pecado que hay en su propia vida pero también por el pecado que hay en las vidas de los demás, especialmente en las vidas de sus hermanos en la fe. Cuando el canto del gallo le recordó a Pedro la infalible predicción de su Señor, él lloró amargamente por su negación de Cristo, la cual acababa de hacer por tercera vez consecutiva (Mt. 26:75).

Por otra parte, amar al mundo y las cosas del mundo equivale a amar lo que Dios aborrece, y por ende Juan da esta solemne advertencia: "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Jn. 2:15).

En octavo lugar, el amor genuino hacia Dios tiene un anhelo ferviente por el regreso de Cristo. Pablo se regocijaba en su conocimiento de que "me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Ti. 4:8).

En noveno y último lugar, la marca superlativa de amor genuino hacia Dios es la obediencia. "El que tiene mis mandamientos, y los guarda", dijo Jesús, "ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él" (Jn. 14:21). Como se indicó antes en la cita de Primera Juan 5:1-2, la obediencia a Dios está vinculada de forma inseparable con el amor a Dios y el amor a los hermanos en la fe.

Aunque se nos ha mandado amar a Dios y a los hermanos creyentes, ese amor no se origina ni puede originarse en nosotros. El amor a Dios es dado por Dios. Juan explica que "el amor es de Dios", y por lo tanto el amor no consiste "en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 Jn. 4:7, 10). Nosotros estamos en capacidad de amar, por la única razón de que Dios nos amó primero a nosotros (v. 9).

LOS RECEPTORES DE SEGURIDAD SON LLAMADOS

a los que ... son llamados.

En segundo lugar, Pablo describe a quienes reciben seguridad eterna como **los que son llamados**. Así como nuestro amor se origina en Dios, sucede lo mismo con nuestro llamado para pertenecer a su familia celestial. En todo sentido, la iniciativa y la provisión para la salvación vienen de parte de Dios. En su estado caído y pecaminoso, los hombres solamente son capaces de odiar a Dios, porque sin importar qué puedan pensar, son sus enemigos (Ro. 5:10) e hijos de su ira (Ef. 2:3).

Cuando Jesús dijo que "Muchos son llamados, y pocos escogidos" (Mt. 22:14), estaba haciendo referencia al llamado *externo* del evangelio que se extiende a *todos* los hombres a fin de que crean en Él. En la historia de la iglesia no hay nada más obvio que el hecho de que muchas, y quizás la mayoría de las personas que recibieron este llamado no lo aceptaron.

No obstante, en las epístolas los términos *llamados* y *llamamiento* se emplean en un sentido diferente que hace referencia a la obra soberana de regeneración que Dios opera en el corazón de un creyente, la cual le lleva a una nueva vida en Cristo. Pablo explica el significado de la expresión **los que son llamados** en los dos versículos siguientes (29-30), donde habla de aquello a que los teólogos se refieren muchas veces como el llamado efectuado de Dios. En este sentido, *todos* **los que son llamados** son escogidos y redimidos por Dios, y al final van a ser

glorificados. Han sido predestinados por Dios con toda seguridad para ser sus hijos y ser conformados a la imagen de su Hijo unigénito.

Los creyentes nunca han sido **llamados** sobre la base de sus obras o de sus propios fines. Como Hebreos 11 lo hace claro, la fe en Dios ha sido siempre el único camino de redención. Los creyentes no son salvados con base en quiénes son o qué han hecho, sino única y exclusivamente con base en el carácter y la obra de Dios. Nosotros somos redimidos "según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos" (2 Ti. 1:9). Puesto que el evangelio opera por completo de acuerdo a la voluntad de Dios y conforme a su poder, nunca deja de lograr y asegurar su obra de salvación en los que creen (1 Ts. 2:13).

Más adelante en el libro de Romanos, Pablo emplea los ejemplos de Jacob y Esaú para ilustrar el llamado efectuado de Dios, que también es un llamado soberano. "Pues no habían aún nacido", dice Pablo acerca de los mellizos, "ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama, se le dijo [a Isaac]: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí" (Ro. 9:11-13).

Aunque la fe humana es algo imperativo para la salvación, es todavía más imperativo el hecho de que Dios en su gracia tome la iniciativa para proveer la salvación. Jesús declaró de forma categórica: "Ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre" (Jn. 6:65). La elección de Dios no solamente precede a la elección del hombre, sino que hace posible y efectiva la elección del hombre.

Pablo no solamente fue llamado por Cristo a la salvación (véase Hch. 9), sino que también fue "llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios" (1 Co. 1:1). Él se describe a sí mismo como alguien que está "asido por Cristo Jesús" (Fil. 3:12). Pablo se dirigió a los creyentes en Corinto como "los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos" (1 Co. 1:2)., y más adelante se refiere a todos los cristianos como "los llamados, así judíos como griegos" (v. 24). Todos los creyentes sin excepción alguna, son llamados por Dios: "habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad" (Ef. 1:11).

En su sentido primario, el llamamiento de Dios se hace una vez y para siempre, pero en un sentido secundario continúa hasta que el creyente finalmente sea glorificado. Aunque él reconoció la permanencia de su llamado tanto como creyente y como apóstol, Pero Pablo podía decir: "prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:14).

Como ya se advirtió, aunque la salvación es por la iniciativa y el poder de Dios, nunca es alcanzada aparte de la fe. Por lo tanto es imposible, como algunos enseñan, que una persona pueda ser salva y nunca saberlo. Ninguna persona se salva aparte de una aceptación consciente y voluntaria de Cristo. "Si

confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos", dice Pablo claramente, "serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación" (Ro. 10:9-10). Por supuesto, es posible que un cristiano débil, no enseñado o que esté en pecado, tenga dudas más adelante en cuanto a su salvación; pero una persona no puede venir a Cristo sin saberlo.

Como Pablo explica unos cuantos versículos más adelante, Dios también hace uso de agentes humanos para hacer efectivo su llamamiento a la salvación. "¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique?" (Ro. 10:14).

Es a través del contenido de su Palabra, específicamente la verdad del mensaje de buenas nuevas de salvación, y mediante el poder de su Espíritu Santo, que Dios acerca los hombres a Él mismo. Pedro hace una declaración sucinta del primero de esos dos principios: "Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre" (1 P. 1:23). Pablo declara el segundo principio en estas palabras: "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu" (1 Co. 12:13; cp. Jn. 16:8).

LA FUENTE DE LA SEGURIDAD

conforme a su propósito. (8:28*d*)

Al final del versículo 28, Pablo enseña cuál es la fuente de la seguridad del creyente en Cristo. Dios dispone que todas las cosas obren de manera conjunta para el bien de sus hijos porque esto es algo **conforme a su propósito** divino. Aunque el texto griego no contiene el término **su**, ese significado es claramente implícito en el contexto y se refleja en la mayoría de las traducciones.

Pablo aclara y explica en mayor profundidad el significado del **propósito** de Dios en los versículos 29-30 que serán discutidos en el siguiente capítulo de este comentario. Brevemente explicado, el **propósito** más amplio de Dios consiste en ofrecer salvación a toda la humanidad. Como nuestro Señor declaró al principio de su ministerio en la tierra: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Jn. 3:16-17). En su segunda carta, Pedro afirma que el Señor no desea la condenación de ninguna persona sino que quiere "que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9).

No obstante, en Romanos 8:28 Pablo está hablando de un significado más conciso y restringido del **propósito** de Dios, a saber, su plan divino para salvar a

quienes llamó y "predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo" (v. 29). Aquí el enfoque está en el plan soberano de Dios para la redención, la cual Él ordenó antes de la fundación del mundo.

Mientras Israel todavía se encontraba deambulando en el desierto de Sinaí, Moisés les dijo: "No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto" (Dt. 7:7-8). Los judíos no fueron escogidos por ser quienes eran, sino por ser Dios quien es. Lo mismo es cierto en cuanto a que los creyentes son escogidos por Dios. Él escoge única y exclusivamente con base en su voluntad y **propósito** divinos.

Isaías escribió: "Porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré" (Is. 46:9*b*-11).

Juan escribió acerca de Jesús: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn. 1:12-13).

Visite:

www.dcristo.net

(Comunidad 100% Cristiana)

La seguridad última —parte 2 El propósito y progreso de la salvación

35

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. (8:29-30)

Desde el tiempo de la iglesia primitiva, los cristianos han debatido la posibilidad de que un creyente pierda su salvación. Muchas controversias amargas se han centrado solamente en esa cuestión.

Como se ha expresado ya en numerosas ocasiones en este comentario, mi firme aserción es que, a pesar de las alegaciones de muchos creyentes sinceros en el sentido contrario, las Escrituras enseñan sin lugar a ambigüedades que toda persona que ha sido genuinamente salvada está eternamente salvada. Nosotros nunca podemos estar en peligro de perder la vida espiritual que Dios nos ha dado a través de Jesucristo. Romanos 8:29-30 es quizás la presentación más clara y explícita de esa verdad en toda la Palabra de Dios. En estos dos versículos Pablo revela el patrón ininterrumpido de la redención soberana de Dios, desde su presciencia eterna en cuanto a la salvación de un creyente, hasta su culminación definitiva en su glorificación.

Con el fin de facilitar la comprensión, el primer encabezamiento de este capítulo será sacado del orden textual. Puesto que la segunda mitad del versículo 29 declara el propósito de los cinco aspectos de la salvación que Pablo menciona en estos dos versículos, esa frase va a considerarse en primer lugar.

EL PROPÓSITO DE LA SALVACIÓN

para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. (8:29*c-d*)

Pablo introdujo las verdades de la seguridad del creyente y el propósito de salvación de Dios en el versículo previo, afirmando que "A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (v. 28). El llamamiento de Dios precede y hace posible que una persona escucha y responda en fe a ese llamamiento divino. La salvación que viene como resultado queda asegurada porque el Señor dispone que todas las cosas en la vida de un creyente obren para su bien último. A la inversa, es imposible que cualquier mal le cause a un creyente cualquier clase de daño permanente.

En la mitad del versículo 29, Pablo declara el doble propósito que Dios tiene al traer salvación eterna a los pecadores. El propósito secundario se expresa en primer lugar: hacer a los creyentes semejantes a su Hijo unigénito.

PARA CONFORMAR LOS CREYENTES A CRISTO

para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, (8:29*c*)

Desde antes que empezara el tiempo, Dios escogió salvar a los creyentes de sus pecados con el fin de **que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo,** Jesucristo. En consecuencia, cada creyente verdadero avanza de manera inexorable hacia una perfección en la justicia, a medida que Dios hace para sí un pueblo creado de nuevo en la semejanza de **su** propio **Hijo** divino, quien siempre morará y reinará con Él en el cielo por toda la eternidad. Dios está redimiendo para sí mismo una raza eternamente santa y semejante a Cristo, para que sean los ciudadanos de su reino divino y los hijos de su familia divina. Que un creyente pierda su salvación es como si Dios fracasara en su propósito divino y condenara al infierno a aquellos a quienes ya había elegido en su soberanía para la redención. Equivaldría a que Dios (quien no puede mentir) rompiera su propio pacto consigo mismo, el cual fue hecho antes de la fundación de la tierra. Esto significaría que el sello divino del Espíritu Santo, colocado por el Rey de reyes y Señor de señores sobre cada uno de sus hijos elegidos, quedaría sujeto a violación y abrogación (véase 2 Co. 1:22; Ef. 1:13; 4:30).

A fin de llegar a la verdad culminante de que, sin excepción alguna, Dios completará la salvación de cada pecador que es convertido a Cristo, Pablo ya ha establecido que "ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (8:1), que el Espíritu Santo de Dios mora en cada creyente (v. 9), que cada creyente ya es, en esta vida y para siempre, un hijo adoptivo de Dios (vv. 14-16),

que por lo tanto esos hijos son "herederos de Dios y coherederos con Cristo" (v. 17), y que "de la misma manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad" y que "conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos" (Ro. 8:26-27).

Ahora el apóstol construye sobre la declaración categórica de que ningún creyente enfrentará de nuevo la condenación de Dios, y procede a establecer de manera progresiva que en último término, ese estado de "ninguna condenación" resulta de manera inevitable en la glorificación definitiva. No hay fallas ni cumplimientos parciales en el funcionamiento soberano del plan de salvación de Dios. Cada creyente que es salvado un día será glorificado. No hay lugar en absoluto para permitir la posibilidad de que un creyente peque al punto de quedar fuera del alcance de la gracia de Dios. Sus obras no le pueden quitar la salvación más de lo que contribuyeron para obtenerla. Tampoco existe la posibilidad de que haya un estado intermedio de limbo o purgatorio, en el cual sea necesario que algunos cristianos caigan antes de ser plenamente **hechos conformes a la imagen** del **Hijo** de Dios, y que de algún modo después de la muerte deban completar su salvación por medio de sus propias obras, o que otros sean responsables de completarla a favor de ellos.

Aunque la verdad plena es demasiado vasta y sublime incluso para ser captada por una mente humana redimida, el Nuevo Testamento nos suministra ciertas vislumbres de lo que significará para nosotros el ser **conformes a la imagen** de Cristo.

Primero que todo, seremos semejantes a Cristo en un sentido *corporal*. Un día el Señor "transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:21). Como el término mismo lo denota, la glorificación (nuestra conformidad definitiva a Cristo) será el ornamento inmarcesible que Dios dará a sus hijos en su gracia, cuando los revista con la gloria misma de **su Hijo** divino.

El escritor de Hebreos nos dice que "en estos postreros días [Dios] nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (He. 1:2-3). Juan nos asegura: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser: pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2). En el tiempo que falta, mientras permanezcamos en la tierra "nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Co. 3:18). "Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte", Pablo ha explicado

a los romanos, "así también lo seremos en la de su resurrección" (Ro. 6:5). "Así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial" (1 Co. 15:49).

Todos los seres humanos comparten un tipo común de cuerpo físico, pero cada persona tiene sus propios rasgos y personalidad distintivos. De la misma manera, los redimidos en el cielo compartirán una misma clase de cuerpo espiritual, pero se distinguirán uno del otro de forma individual. La Biblia no enseña en ninguna parte la idea de que la individualidad es destruida en el momento de la muerte y que el alma del difunto queda absorbida en alguna especie de todo cósmico donde sea imposible identificarla, o peor todavía, en una nada cósmica. La Biblia es clara al establecer que en la eternidad, tanto los salvados como los condenados retendrán su individualidad. La resurrección final ocurrirá en todos los seres humanos de todos los tiempos, una resurrección de vida para los justos y una resurrección de muerte para los malos (Jn. 5:29; Hch. 24:15).

En segundo lugar y lo que es más importante, aunque no vamos a convertirnos en deidades, seremos semejantes a Cristo en un sentido *espiritual*. Nuestro cuerpo incorruptible será infundido con la misma santidad de Cristo, y seremos perfectos tanto interior como exteriormente, tal como lo es nuestro Señor. El escritor de Hebreos ofrece una mirada al plan que Dios en su gracia tiene preparado para redimir por completo a quienes creen en su Hijo y conformarlos a su imagen:

> *Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos. Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos. (He. 2:9-11)*

PARA DAR A CRISTO LA PREEMINENCIA

para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. (8:29*d*)

El propósito supremo de Dios en traer los pecadores a la salvación es glorificar a su Hijo Jesucristo, haciéndole preeminente en el plan divino de redención. En las palabras de este texto, Dios tiene la intención última de que Cristo **sea el primogénito entre muchos hermanos**.

En la cultura judía el término **primogénito** siempre hacía referencia a un hijo, a no ser que una hija fuese designada específicamente. Puesto que el varón

primogénito de cada familia judía tenía una condición privilegiada, el término se empleaba con frecuencia en sentido figurado para representar la preeminencia. Es claro que en el presente contexto eso es lo que se quiere dar a entender.

Como sucede casi en todos los casos en el Nuevo Testamento, el término **hermanos** es un sinónimo para creyentes. El propósito primordial de Dios en su plan de redención fue hacer de su amado Hijo **el primogénito entre muchos hermanos** en el sentido de que Cristo posee una preeminencia única entre los hijos de Dios. Los que confían en Él se convierten en hijos adoptivos de Dios, y Jesús el verdadero Hijo de Dios, en su gracia se digna a llamarlos sus hermanos y hermanas en la familia divina de Dios (Mt. 12:50; cp. Jn. 15:15). El propósito de Dios es hacernos semejantes a Cristo con el fin de crear una gran humanidad redimida y glorificada sobre la cuál Él va a reinar y tener la preeminencia para siempre.

En su carta a Filipos, Pablo representa bellamente el propósito que Dios tiene de glorificar a Cristo: "Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra" (Fil. 2:9-10). Nuestro propósito último como los hijos redimidos de Dios será pasar la eternidad adorando y rindiendo alabanza al amado **primogénito** de Dios, nuestro preeminente Señor y Salvador, Jesucristo. Además, como Pablo explica a los colosenses, en la actualidad Cristo no sólo es "la cabeza del cuerpo que es la iglesia", sino que es también "el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia" (Col. 1:18).

El propósito original de Dios en la creación fue hacer un pueblo a su imagen y semejanza que le diese honor y gloria al servirle y obedecerle en todas las cosas; pero cuando Adán y Eva se rebelaron, alienándose a sí mismos frente a Dios y trayendo condenación sobre ellos y toda la humanidad sucesiva, Dios tuvo que proveer un camino para traer la humanidad caída de vuelta a Él mismo.

Por medio de Cristo Él proveyó ese camino, colocando los pecados de toda la humanidad sobre su Hijo libre de pecado; el Padre mismo "cargó en él el pecado de todos nosotros" (Is. 53:6). Los que confían en ese sacrificio de gracia en su favor son salvados de sus pecados y Dios les da su misma gloria.

Como los redimidos de Dios, conformados a la imagen de su Hijo, nosotros le glorificaremos por siempre con la gloria que Él nos ha dado. Al igual que los veinticuatro ancianos se postran ante Cristo delante de su trono, nosotros también echaremos nuestras coronas de justicia (2 Ti. 4:8), de vida (Stg. 1:12; Ap. 2:10), y de gloria (1 P. 5:4) a los pies de nuestro Salvador, exclamando: "Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas" (Ap. 4:10-11).

Nosotros agradecemos al Señor por darnos la salvación y la vida, la paz y el

gozo eternos que trae con sigo la salvación; pero nuestro mayor agradecimiento tendrá que ser por el privilegio indescriptible que Dios nos ha dado de glorificar a Cristo por toda la eternidad.

EL PROGRESO DE LA SALVACIÓN

Porque a los que antes conoció, también los predestinó ... Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. (8:29*a-b*, 30)

Cuando Pablo procede aquí a delinear el progreso del plan de salvación de Dios, él declara brevemente lo que pueden denominarse sus cinco elementos principales: presciencia, predestinación, llamamiento, justificación y glorificación.

Resulta esencial reconocer que estos cinco eslabones en la cadena de la obra salvadora de Dios son irrompibles. Con la repetición de la palabra de conexión **también**, Pablo hace énfasis en la unidad indisoluble que resulta al vincular cada elemento con el que le antecede. Ninguna persona a quien Dios conozca de antemano dejará de ser predestinada, llamada, justificada y glorificada por Él. También es significativo el tiempo verbal usado por el apóstol al mencionar cada elemento de la obra de salvación de Dios. Aquí Pablo está hablando acerca de la obra redentora del Señor que abarca desde la eternidad "pasada" hasta la eternidad "futura". Lo que está diciendo es cierto para todos los creyentes de todos los tiempos. La seguridad en Cristo es tan absoluta e inalterable que hasta la salvación de creyentes que todavía no han nacido puede expresarse en pretérito verbal, como si ya hubiese ocurrido. Debido a que Dios no está limitado por el tiempo como nosotros, en cierto sentido estos cinco elementos no solamente son secuenciales sino también simultáneos. De modo que, desde el punto de vista de Dios son individuales y distintos, pero al mismo tiempo no se pueden separar ni distinguir. Dios ha hecho de cada uno una parte indispensable de la unidad que es nuestra salvación.

PRESCIENCIA

Porque a los que antes conoció, (8:29*a*)

La redención empezó con la presciencia de Dios. Un creyente primero que todo es una persona a la cual Dios **antes conoció**. La salvación no es iniciada por decisión de una persona de recibir a Jesucristo como Señor y Salvador. Las Escrituras enseñan con claridad que la fe y el arrepentimiento son esenciales para la salvación y constituyen el primer paso que *nosotros* damos en respuesta a

Dios, pero la fe y el arrepentimiento no son lo que inician la salvación. Puesto que Pablo está representando aquí el plan de salvación desde la perspectiva de Dios, la fe ni siquiera se menciona en estos dos versículos.

En su omnisciencia, Dios ciertamente está en capacidad de ver el fin de la historia y mucho más allá, así como de conocer por adelantado hasta los detalles mínimos de los acontecimientos más insignificantes. No obstante, es al mismo tiempo ilógico y no bíblico alegar a partir de esa verdad que el Señor simplemente tuvo que adelantarse para ver quiénes estarían dispuestos a creer en Él para proceder entonces a escoger para salvación a esos individuos en particular. Si eso fuera cierto, la salvación no solamente empezaría con la fe del hombre, sino que además Dios estaría en la obligación de concederla. En tal esquema, la iniciativa de Dios quedaría eliminada y su gracia estaría viciada.

Esa idea también genera preguntas tales como: "¿Por qué Dios crea a los incrédulos si Él sabe por anticipado que ellos le van a rechazar?", y: "¿Por qué Él no crea a creyentes únicamente?" Otra pregunta imposible de responder sería: "Si Dios basara la salvación sobre su conocimiento anticipado de quienes habrían de creer, de dónde provino la fe de ellos para salvación?" No podría surgir de sus naturalezas caídas, porque la persona natural y pecadora está en enemistad contra Dios (Ro. 5:10; 8:7; Ef. 2:3; Col. 1:21). No existe absolutamente nada en la naturaleza carnal del hombre que le instigue a confiar en el Dios contra el cual se está rebelando. La persona no salva está ciega y muerta a las cosas de Dios. No cuenta con fuente alguna dentro de sí para tener fe salvadora. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14). "El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2 Co. 4:4).

La verdad plena acerca de la omnisciencia de Dios es algo que no puede ser comprendido ni siquiera por los creyentes. Sin importar cuánto podamos amar a Dios y estudiar su Palabra, no podemos siquiera concebir la profundidad de esos misterios. Únicamente podemos creer lo que la Biblia dice claramente, que sin duda alguna Dios ve con anterioridad la fe de cada persona que se salva. También creemos la revelación de Dios en el sentido de que, aunque los hombres no pueden ser salvos aparte de la acción de fe realizada por sus voluntades, la fe salvadora al igual que cualquier otro componente de la salvación, se origina en Dios solamente y es investida de poder por Dios mismo.

Mientras se encontraba predicando en Galilea al principio de su ministerio en la tierra, Jesús dijo: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (6:37); pero a fin de evitar que esa declaración se interpretara como dejando abierta la posibilidad de venir a Él aparte de ser enviado por el Padre, Jesús más adelante hizo esta declaración categórica: "Ninguno

puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (v. 44). La nueva vida por medio de la sangre de Cristo no viene por "voluntad de varón, sino de Dios" (Jn. 1:13).

Pablo también explica que ni siquiera la fe se origina en el creyente sino en Dios. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9).

La presciencia de Dios no es una referencia a su prognosis omnisciente, sino a la preordenación. Él no solamente ve la fe por anticipado sino que la ordena por adelantado. Pedro tenía en mente esa misma realidad cuando escribió a los cristianos haciendo mención de ellos como los que habían sido "elegidos según la presciencia de Dios Padre" (1 P. 1:1-2). Pedro empleó la misma palabra "presciencia" cuando escribió que Cristo "ya [estaba] destinado desde antes de la fundación del mundo" (1 P. 1:20). El término significa lo mismo en ambos textos. Los creyentes fueron conocidos antes de la misma forma que Cristo fue conocido con anterioridad. Esto no puede aludir a que simplemente fue visto antes, sino que debe referirse a una elección predeterminada por parte de Dios. Se trata del conocimiento de una relación íntima predeterminada, como fue el caso cuando Dios dijo a Jeremías: "Antes que te formase en el vientre te conocí" (Jer. 1:5). Jesús habló de esa misma clase de conocimiento cuando dijo: "Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas" (Jn. 10:14).

Puesto que la fe salvadora es preordenada por Dios, también sería cierto que el camino de salvación fue preordenado, como sin duda lo fue. Durante su discurso en el día de Pentecostés, Pedro declaró acerca de Cristo: "A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole" (Hch. 2:23). "Determinado" es la traducción de la palabra *horizō*, de la cual derivamos *horizonte* para designar los límites de la tierra que podemos ver a la distancia desde cierto punto con amplitud. La idea básica del término griego se refiere al establecimiento de toda clase de fronteras o límites. "Consejo" es la traducción de *boulē*, un término que se utiliza en el griego clásico para designar un cónclave reunido oficialmente para tomar decisiones. Ambas palabras incluyen la idea de una intención de la voluntad. "Anticipado conocimiento" se deriva de la forma sustantiva del verbo **conoció** y que aquí sería sinónimo de presciencia. De acuerdo a la regla de Granville Sharp a que hacen referencia los eruditos en griego, si dos sustantivos del mismo caso (en el texto de Hechos: "determinado consejo" y "conocimiento anticipado") están conectados por la partícula *kai* ("y"), y además de eso tienen el artículo definido (el) antes del primer sustantivo pero no antes del segundo, los sustantivos hacen referencia a la misma cosa (H. E. Dana y Julius R. Mantey, *A Manual Grammar of the Greek New Testament* [Nueva York: Macmillan, 1927], p. 147). En otras palabras, Pedro equipara el plan predeterminado o la preordenación de Dios, a su presciencia.

Además de la idea de preordenación, el término *presciencia* también tiene una connotación de amor por anticipado. Dios tiene un amor divino predeterminado hacia aquellos a quienes tiene planeado salvar.

Conoció es la traducción de *proginōskō*, una palabra compuesta que significa mucho más que saber algo por adelantado. En las Escrituras, "conocer" alude con frecuencia a la idea de una intimidad especial, y se emplea muchas veces para referirse a una relación de amor. En el hebreo puede notarse este uso de la palabra *conocer* en la frase "Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió" (Gn. 4:17). También es la misma palabra que también se puede traducir "escogió" en Amós 3:2, donde el Señor le dice a Israel: "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra". Dios "conoció" a Israel en el sentido especial y único de haber predeterminado que esa nación sería su pueblo escogido. En el relato de Mateo sobre el nacimiento de Jesús, "no la conoció" (Mt. 1:25) se refiere a que José no tuvo relaciones sexuales con María, quien siguió siendo una virgen hasta que Jesús nació. Jesús empleó la misma palabra cuando advirtió: "Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:23). Él no estaba diciendo que nunca hubiese escuchado a esos incrédulos, sino más bien que no tenía una relación íntima con ellos como su Salvador y Señor; en cambio acerca de los creyentes, Pablo dice que "Conoce el Señor a los que son suyos" (2 Ti. 2:19).

PREDESTINACIÓN

también los predestinó (8:29*b*)

A partir de la presciencia, que se concentra en el comienzo del propósito de Dios en su acto de elección, el plan de redención de Dios avanza a su predestinación, la cual se concentra en el final del propósito de Dios en su acto de elección. *Proorizō* (predestinó) tiene el significado literal de una marca, una designación con la cual se determina por anticipado. El Señor ha predeterminado el destino de cada persona que cree en Él. Así como Jesús fue crucificado "por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios" (Hch. 2:23), Dios también ha predestinado a cada creyente para la salvación por medio de ese sacrificio expiatorio.

En su oración de gratitud por la liberación de Pedro y de Juan, un grupo de creyentes en Jesús alabó a Dios por su poder soberano, declarando: "Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera" (Hch. 4:27-28). En otras palabras, los hombres malvados e influyentes que clavaron a Jesús en la cruz no habrían podido siquiera ponerle un dedo encima si no hubiese sido porque eso estaba de acuerdo con el plan predeterminado de Dios.

En la introducción de su carta a los creyentes efesios, Pablo les impartió ánimo con esta gloriosa verdad: "[Dios el Padre] nos escogió en él [Cristo] antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad" (Ef. 1:4-5).

Gran parte del evangelismo contemporáneo da la impresión de que la salvación está condicionada a la decisión por Cristo que hace una persona, pero nosotros no somos cristianos primero que todo a causa de lo que hayamos decidido con respecto a Cristo, sino debido a lo que Dios decidió con respecto a nosotros antes de la fundación del mundo. Nosotros estamos en capacidad de escogerle, únicamente porque Él nos escogió primero, "según el puro afecto de su voluntad". Pablo expresa la misma verdad unos versículos más adelante cuando dice: "En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, *según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo*" (Ef. 1:7-9, cursivas añadidas). Seguidamente él dice que "tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad" (v. 11).

LLAMAMIENTO

Y a los que predestinó, a éstos también llamó; (8:30*a*)

En el plan divino de redención de Dios, la predestinación conduce al llamamiento. Aunque el llamamiento de Dios también es algo que ocurre completamente por su propia iniciativa, es en este punto crucial donde su plan eterno se intersecta en el tiempo con nuestra vida. Los que son llamados son aquellos en cuyos corazones obra el Espíritu Santo para llevarlos a tener una fe salvadora en Cristo.

Como se indicó en la discusión sobre el versículo 28, Pablo está hablando en este pasaje acerca del llamamiento interno de Dios, no del llamado externo que está incluido en la proclamación del evangelio. El llamado externo es esencial, porque "¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído?" (Ro. 10:14), pero no se puede responder en fe a ese llamado externo aparte del hecho de que Dios ya **llamó** a la persona por medio de su Espíritu.

El llamamiento soberano de los creyentes por parte del Señor provee una confirmación adicional de nuestra seguridad eterna en Cristo. Somos salvados porque Dios "nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos" (2 Ti. 1:9). Haciendo énfasis en las mismas

verdades del propósito soberano del Señor en su llamamiento de los creyentes, Pablo recordó a los tesalonicenses esta fuente de seguridad y certidumbre: "Dios os ha escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo" (2 Ts. 2:13-14). De principio a fin, nuestra salvación es la obra de Dios, no la nuestra propia. En consecuencia, nos resulta imposible por medios humanos deshacer lo que Él ha hecho por medios divinos. Esa es la base de nuestra seguridad.

Sin embargo, debe hacerse un fuerte énfasis en que las Escrituras no enseñan en ninguna parte que Dios escoja a los incrédulos para condenación. Para nuestra mente finita, ese pareciera ser el corolario que se deriva del llamamiento de Dios a salvación para los creyentes. No obstante, en el esquema divino de cosas, el cual sobrepasa infinitamente nuestra capacidad de entendimiento, Dios predestina a los creyentes para vida eterna, pero por otro lado las Escrituras *no dicen* que Él predestine a los incrédulos a la condenación eterna. Aunque esas dos verdades nos parezcan paradójicas, podemos estar seguros de que están en una armonía divina perfecta.

Las Escrituras enseñan muchas verdades que parecen paradójicas y contradictorias. Enseñan claramente que Dios es uno, pero con la misma claridad muestra que de alguna manera, la deidad está compuesta por tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. De igual manera, sin lugar a ambigüedades, la Biblia enseña que Jesucristo es al mismo tiempo plenamente Dios y plenamente hombre. Nuestra mente finita no puede reconciliar esas verdades al parecer irreconciliables, pero que constituyen verdades fundamentales de la Palabra de Dios.

Si una persona va al infierno, es porque rechaza a Dios y su camino de salvación. "El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios" (Jn. 3:18). Como Juan ha declarado con antelación en su evangelio, los creyentes son salvados y hechos hijos de Dios sin ser "engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn. 1:13). Por otra parte, él no hace una afirmación correspondiente con relación a los incrédulos, ni tampoco se encuentra algo así en cualquier otra parte de las Escrituras. Los incrédulos son condenados por su propia incredulidad, no por predestinación de Dios.

Pedro deja en claro que Dios no desea "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9). Pablo declara con igual claridad: "Dios nuestro Salvador ... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Ti. 2:3-4). Cada creyente tiene una deuda única y exclusiva con la gracia de Dios por su salvación eterna, pero todo incrédulo es única y exclusivamente responsable en sí mismo por su condenación eterna.

Dios no escoge a los creyentes para la salvación sobre la base de quiénes sean

o qué hayan hecho, sino con base en su gracia soberana. Por razones que son suyas y de nadie más, Dios escogió a Jacob por encima de Esaú (Ro. 9:13). Por razones suyas y de nadie más, Él escogió a Israel para hacer de ellos su pueblo de pacto (Dt. 7:7-8).

Nosotros no podemos entender que Dios nos haya escogido para la salvación, lo único que podemos hacer es darle gracias y glorificarle por "su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el amado" (Ef. 1:6). Nosotros solamente podemos creer y estar por siempre agradecidos a causa de haber sido llamados "por la gracia de Cristo" (Gá. 1:6) y de saber que "irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios" (Ro. 11:29).

JUSTIFICACIÓN

y a los que llamó, a éstos también justificó; (8:30*b*)

El siguiente elemento de la obra salvadora de Dios es la justificación de los que creen. Tras haber sido llamado por Dios, los creyentes también son justificados por Él. Además, como sucede con la presciencia, la predestinación y el llamamiento, la justificación también es la obra exclusiva de Dios.

Puesto que la justificación se discute considerablemente en detalle en los capítulos 17–18 de este comentario, baste aquí señalar que **justificó** se refiere a que un creyente queda justificado *ante* Dios *por* obra de Dios. Debido a que "todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios", los hombres únicamente pueden ser "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Ro. 3:24).

GLORIFICACIÓN

y a los que justificó, a éstos también glorificó. (8:30*c*)

Al igual que la presciencia, la predestinación, el llamamiento y la justificación, la glorificación es inseparable de los demás elementos y es una obra exclusivamente realizada por Dios.

Cuando Pablo dice **a los que justificó, a éstos también glorificó**, está de nuevo haciendo énfasis en la seguridad eterna del creyente. Como se advirtió anteriormente, nadie a quien Dios conozca antes dejará de ser también predestinado, llamado, justificado, y al final glorificado. Como creyentes, nosotros sabemos con absoluta certeza que nos aguarda "un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (2 Co. 4:17).

La gloria última ha sido un tema recurrente a través de toda la epístola de Pablo a los romanos. En 5:2 él escribió: "Nos gloriamos en la esperanza de la

gloria de Dios". En 8:18 dijo: "Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse". Él anticipaba con gran expectación la llegada de aquel día maravilloso en que "la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (8:21).

Pablo escribió a los tesalonicenses que nuestra glorificación definitiva es el propósito mismo por el que somos redimidos: "A lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo" (2 Ts. 2:14).

Esta promesa de gloria final no era una esperanza incierta en lo que a Pablo concernía. Al poner la frase **a éstos también glorificó** en el tiempo pasado, el apóstol demostró su propia convicción de que **a** todos y cada uno de **los que justificó**, les ha dado una seguridad eterna. Los que "obtengan la salvación que es en Cristo [también reciben] gloria eterna" (2 Ti. 2:10). Esa es la garantía que Dios mismo da.

Visite:

www.tronodegracia.com

(Libros, Diccionarios, Comentarios, etc)

El himno de seguridad 36

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (8:31-39)

Pablo concluye este capítulo insuperable con lo que podría llamarse un himno de seguridad. Con todo lo que el apóstol ha dicho previamente en este capítulo acerca de la seguridad, y en especial luego de las declaraciones culminantes que hace en lo versículos 28-30, parece como si no quedara nada que agregar. Sin embargo, este pasaje de cierre representa un *crescendo* de preguntas y respuestas acerca de cuestiones que algunos opositores quisieran interponer todavía. Aunque los versículos 31-39 dan continuidad a su argumento en defensa de la seguridad, también adquieren el carácter de una declaración casi poética de acción de gracias por la gracia de Dios, en la cual sus hijos vivirán y se regocijarán por toda la eternidad.

LA INTRODUCCIÓN

¿Qué, pues, diremos a esto? (8:31*a*)

A juzgar por lo que Pablo dice en el resto del pasaje, **esto** se refiere sin duda alguna a los asuntos que acabó de tratar en el capítulo. Gran parte de lo que dice en los versículos 31-39 se relaciona con la doctrina de la expiación substitutiva de Cristo, pero el foco específico sigue siendo la seguridad que su expiación trae a quienes creen en Él.

Pablo se da cuenta de que muchos creyentes temerosos aún van a quedar con dudas acerca de su seguridad y que habrá falsos maestros listos para sacar el máximo provecho de esas dudas. A fin de dar a tales creyentes la certidumbre que necesitan, el apóstol revela la respuesta de Dios a dos preguntas muy relacionadas entre sí: ¿Es posible que cualquier persona o cualquier circunstancia sea la causa de que un creyente pierda su salvación?

PERSONAS QUE PARECEN AMENAZAR NUESTRA SEGURIDAD

Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. (8:31*b*-34)

Pablo empieza con una pregunta retórica que cubre todos los aspectos de la vida, **Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?** La palabra **si** traduce la partícula condicional *ei* en griego, con lo cual se da a entender una condición plenamente cumplida, no una mera posibilidad. Por lo tanto, significado del primer enunciado es "*Puesto que* **Dios es por nosotros**.

La obvia implicación es que si cualquier persona estuviera en capacidad de robar nuestra salvación, entonces tendría que ser más grande que Dios mismo, porque Él es tanto el dador como el sustentador de la salvación. En efecto, Pablo está preguntando a los cristianos: "¿Quién, dentro de los límites de lo concebible, podría abolir nuestra condición actual de "ninguna condenación"? (véase 8:1). ¿Acaso existe alguien más fuerte que Dios, el Creador de todas las cosas y todas las personas que existen?

David declaró con una confianza sin reservas: "Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?" (Sal. 27:1). En otro salmo leemos: "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza ... Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob" (Sal. 46:1-3, 11).

Al proclamar la grandeza inmensurable de Dios, Isaías escribió:

> *El que está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar ... Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio ... ¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance. (Is. 40:22, 26, 28).*

En Romanos 8:31 Pablo no especifica qué clase de personas en particular podrían tener éxito en contra de nosotros, pero resulta de provecho considerar algunas de las posibilidades.

Primero que todo, podríamos preguntarnos: "¿Pueden otras personas robarnos la salvación?" Muchos de los que leyeron por primera vez esta epístola de Pablo eran judíos, y habrían estado familiarizados con la herejía judaizante promulgada por judíos excesivamente religiosos que afirmaban ser cristianos. Ellos insistían en que ninguna persona, judío o gentil podría ser salvado o mantener su salvación sin una observancia estricta de la ley mosaica, y en especial en el aspecto de la circuncisión.

El concilio de Jerusalén fue convocado para discutir esa cuestión precisamente, y su decisión unánime y de cumplimiento forzoso fue que ningún cristiano se encuentra sometido a la ley ritual del pacto mosaico (véase Hch. 15:1-29). El motivo principal de la carta de Pablo a las iglesias en Galacia era contrarrestar la herejía de los judaizantes, y se encuentra resumido en el siguiente pasaje:

> *He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído. Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia; porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor. (Gá. 5:2-6; cp. 2:11-16; 3:1-15)*

La iglesia católica romana enseña que la salvación puede perderse por cometer los llamados pecados mortales, y también se atribuye a sí misma poder tanto para conceder como para revocar la gracia; pero ese tipo de ideas no tienen fundamento alguno en las Escrituras y son por completo heréticas. Ninguna persona o grupo de personas, sin importar cuál sea su rango eclesiástico, pueden conceder o cancelar ni la más mínima parte de la gracia de Dios.

Cuando se estaba despidiendo de los ancianos de la iglesia en Éfeso que

habían ido hasta Mileto para una reunión con el apóstol, Pablo les advirtió: "Mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos" (Hch. 20:28-30). Pablo no estaba sugiriendo que los creyentes verdaderos pudieran ser despojados de su salvación, estaba advirtiendo que podrían verse considerablemente extraviados, confundidos y debilitados en su fe, y que la causa del evangelio podría verse estorbada en gran manera. Aunque una falsa enseñanza no puede impedir la realización completa de la salvación de un creyente, sí puede fácilmente confundir a un incrédulo con respecto a la salvación.

En segundo lugar, nos podríamos preguntar si los cristianos pueden por sí mismos quedar por fuera de la gracia de Dios, cometiendo alguna clase de pecado inusualmente aberrante que logre anular la obra divina de redención que los mantiene ligados al Señor. Trágicamente, algunas iglesias evangélicas enseñan que la pérdida de la salvación es algo posible, pero si nosotros desde un principio no fuimos capaces de salvarnos mediante el uso de nuestro poder y esfuerzo propios, ni de libertarnos del pecado, ni acercarnos a Dios y hacernos hijos suyos por nosotros mismos, ¿cómo es posible que por nuestros propios esfuerzos logremos anular la obra de gracia que Dios mismo ha realizado en nosotros?

En tercer lugar, nos podríamos preguntar si Dios el Padre estaría dispuesto a quitar nuestra salvación. Después de todo, fue el Padre quien "de tal manera amó al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn. 3:16). Si existe alguien que pueda quitar la salvación, necesariamente tiene que ser el que la dio. Podríamos argumentar en cierto sentido teórico que como Dios es soberano y omnipotente, Él *podría* quitar la salvación si lo quisiera hacer; pero la idea de que Él *quisiera* hacer eso es ajena a las Escrituras, incluso en el texto de esta sección.

Como respuesta a esa clase de insinuaciones, Pablo plantea esta pregunta: **El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?** ¿Cómo podría ser posible que Dios estuviera dispuesto a sacrificar a su propio Hijo por amor a quienes creen en Él, y después expulsar de su familia y de su reino a algunos de esos creyentes comprados con precio de sangre? ¿Acaso Dios haría menos por los creyentes después de haber sido salvados, en comparación a lo que hizo por ellos antes de su salvación? ¿Haría Él menos por sus hijos de lo que hizo por sus enemigos? Si Dios nos amó tanto mientras éramos todavía pecadores perdidos, hasta el punto de haber entregado **a su propio Hijo** ... **por todos nosotros**, ¿estaría dispuesto a darnos la espalda después de habernos limpiado de pecado y hecho justos ante sus ojos?

Isaac fue una figura de Cristo en el Antiguo Testamento. Cuando Dios mandó a Abraham que sacrificara a Isaac, el hijo único de la promesa, tanto Abraham como Isaac obedecieron de buena voluntad. La disposición voluntaria de Abraham para sacrificar a Isaac es una bella imagen que anticipa la clase de disposición que tuvo el Dios el Padre para ofrecer a su Hijo unigénito como un sacrificio por los pecados del mundo. La disposición de Isaac a ser sacrificado es una prefiguración de la disposición que tuvo Cristo para ir a la cruz. Dios intervino para librar a Isaac y proveyó un carnero que ocupara el lugar del hijo de Abraham (Gn. 22:1-13). Sin embargo, en ese punto la analogía pasa de la comparación al contraste, porque Dios **no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros**.

Isaías enalteció el amor admirable de Dios el Padre y de Dios el Hijo cuando escribió:

> *Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros ... Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. (Is. 53:4-6, 10)*

El sacrificio de Jesús en la cruz no solamente es el fundamento de nuestra salvación, sino también de nuestra seguridad. Debido a que el Padre nos amó tanto mientras todavía estábamos bajo condenación: "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). Debido a que el Hijo nos amó tanto mientras todavía estábamos bajo condenación, Él "se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre" (Gá. 1:4; cp. 3:13).

Jesús promete a todos los que le pertenecen: "En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, ya os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Jn. 14:2-3). El Señor no permite en absoluto que *uno solo* de sus hijos se pierda otra vez, sino que promete a cada uno de ellos un hogar eterno en su presencia eterna. Jesús también nos asegura que el Espíritu Santo estará con nosotros para siempre (Jn. 14:16), y esto también impide la posibilidad de la más mínima excepción a este hecho. ¿Qué poder en el cielo o en la tierra podría robarle a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo los que han sido salvados por Él mismo para toda la eternidad?

A partir del versículo 8 del capítulo 12, Pablo habla casi por entero en primera y segunda personas, haciendo referencia a él mismo y a los hermanos en la fe. Se trata de los mismos hermanos espirituales (**nosotros**) de quienes habla en dos ocasiones en el versículo 32. Si el Padre entregó a su Hijo **por todos nosotros**, es su argumento, **¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?** En su carta a los efesios el apóstol también está hablando de hermanos en la fe cuando dice: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Ef. 1:3). Si Dios nos bendice a **todos nosotros**, sus hijos, con "toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo", la pérdida de la salvación es algo claramente imposible. *Todos* los creyentes reciben esa herencia eterna e inmutable.

Dará también es la traducción de *charizomai*, que significa conceder gratuitamente o por gracia. En algunas de las demás cartas de Pablo la misma palabra alude al concepto de perdón (véase 2 Co. 2:7, 10; 12:13; Col. 2:13; 3:13). Por lo tanto, parece razonable interpretar el uso que Pablo hace de *charizomai* en Romanos 8:32 como algo que incluye la idea del perdón que Dios da generosamente en su gracia, así como a todo lo que Él da en su gracia. Si es así, el apóstol también está diciendo que Dios **dará** *perdón* a sus hijos por **todas las cosas** (cp. 1 Jn. 1:9). El perdón ilimitado de Dios hace imposible que un creyente peque hasta el punto de quedar por fuera del alcance de la gracia de Dios.

Con el fin de afianzar a su pueblo con respecto a la seguridad que tienen en Él, "queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros" (He. 6:17-18). Las dos características inmutables del propósito inmutable de Dios son su promesa y su juramento de consumar esa promesa. ¿Qué prueba más grande de seguridad podríamos tener aparte del propósito inalterable de Dios para salvar y guardar a sus elegidos, los herederos de la promesa?

En cuarto lugar, nos podríamos preguntar si Satanás puede quitar nuestra salvación. Debido a que él es nuestro enemigo sobrenatural más poderoso, si hay alguien más aparte de Dios que podría despojarnos de la salvación tendría que ser el diablo, el cual es llamado "el acusador de [los] hermanos" (Ap. 12:10), y el libro de Job lo representa con mucha claridad en ese papel:

> *Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en toda la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la*

tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia. (Job 1:8-11)

Satanás acusó a Job de adorar a Dios por motivos egoístas y no de reverencia y amor genuinos. Aunque Job en cierto punto cuestionó la sabiduría de Dios y fue amonestado por Dios mismo (caps. 38—41), él se arrepintió y fue perdonado. Desde el principio hasta el final del tiempo de prueba de Job, el Señor le llamó afectuosamente "mi siervo" (véase 1:8; 42:7-8). Aunque la fe de Job no era perfecta, sí era genuina. Por lo tanto, el Señor permitió que Satanás pusiera a Job a prueba, pero Él sabía que Satanás nunca podría destruir la fe perseverante de Job y que jamás podría quitarle a su siervo la salvación.

En una de sus visiones, el profeta Zacarías reporta: "[El ángel] me mostró al sumo sacerdote Josué, el cual estaba delante del ángel de Jehová, y Satanás estaba a su mano derecha para acusarle. Y dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?" (Zac. 3:1-2). Aunque "Josué estaba vestido de vestiduras viles" (v. 3), esto es, aún estaba viviendo en la carne pecaminosa, él era uno de los redimidos del Señor y estaba por fuera del dominio de Satanás, a quien le era imposible destruirlo o desacreditarlo por mucho que lo intentara.

Satanás también trató de menoscabar la fe de Pedro, y Jesús advirtió a su discípulo acerca de ese peligro: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte" (Lc. 22:31-32).

Puesto que todo creyente tiene esa protección divina, Pablo pregunta: **¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará?** El mundo y Satanás están presentando continuamente acusaciones en contra de **los escogidos de Dios**, pero esas acusaciones son insignificantes para el Señor porque Él es **el que justifica**, el único que decide quién es justo delante de Él. Ellos han sido declarados sin culpa por toda la eternidad, y ya no se encuentran bajo la condenación de Dios (8:1), el único **que condenará**. Dios concibió la ley, reveló la ley, interpreta la ley, y aplica la ley; y por medio del sacrificio de su Hijo, todas las demandas de la ley han sido cumplidas a favor de los que confían en Él.

Esa gran verdad inspiró al conde de Zinzendorf a escribir las siguientes líneas del glorioso himno "Jesús, tu sangre y justicia", traducido por Juan Wesley:

Denodado estaré en pie aquel día grandioso,
¿Acaso alguien se atreverá a acusarme?
Plena absolución por ti he recibido,
Del pecado y del temor, de la culpa y la vergüenza.

No es que las acusaciones hechas por Satanás en contra de los creyentes y el mundo incrédulo siempre sean falsas. El hecho de que todavía no estamos exentos de pecado es obvio. No obstante, incluso cuando una acusación contra nosotros es cierta, nunca es razón suficiente para la condenación, porque todos nuestros pecados, tanto pasados, presentes y hasta del futuro, han sido cubiertos por la sangre de Cristo y nosotros ahora estamos vestidos y cubiertos completamente por su justicia.

En quinto lugar, nos podríamos preguntar si nuestro Salvador mismo estaría dispuesto a retirar su salvación de nosotros. Anticipándose a esa clase de pregunta, Pablo declara que **Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.** Es debido a que Jesús hace intercesión continua por *todos* los creyentes, **los escogidos de Dios**, que "nadie los arrebatará de [su] mano" (Jn. 10:28). Si **Cristo** quitara nuestra salvación sería como si Él obrara en contra de sí mismo y anulara su propia promesa. Cristo no ofrece una vida espiritual temporal, sino una que es eterna. Él no podría conceder vida eterna y luego quitarla, porque eso demostraría que la vida que dio *no* era eterna.

En el versículo 34 Pablo revela cuatro realidades que protegen nuestra salvación en Jesucristo. Primero, él dice que **Cristo** ... **murió**. En su muerte Él tomo sobre sí la paga plena por nuestros pecados, en su muerte Él sufrió la condenación que nosotros merecíamos pero de la cual hemos sido librados para siempre (8:1). La muerte del Señor Jesucristo a nuestro favor es la única condenación que jamás conoceremos.

Segundo, Cristo **también resucitó** de los muertos, y esta es la prueba definitiva de su victoria sobre el pecado y sobre su castigo supremo que es la muerte. La tumba no pudo encerrar a Jesús, porque Él había conquistado a la muerte; y su conquista sobre la muerte imparte vida eterna a toda persona que confía en Él. Como Pablo ha declarado antes en esta carta, Cristo "fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación" (Ro. 4:25). Su muerte pagó el precio por nuestros pecados y su resurrección dio una prueba absoluta de que el precio fue pagado. Cuando Dios levantó a Jesús de los muertos, demostró que su Hijo había ofrecido la satisfacción plena por el pecado que la ley divina demanda.

Tercero, Cristo **está a la diestra de Dios**, el lugar de la exaltación y la honra divinas. Puesto que Él "se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, ... Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre" (Fil. 2:8-9). David predijo ese acontecimiento glorioso cuando escribió: "Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Sal. 110:1).

En el templo no había lugares para sentarse, porque los sacrificios ejecutados allí por los sacerdotes nunca se terminaban de hacer. Eran solamente una imagen

de aquel sacrificio verdadero, único y perfecto que el Hijo de Dios realizaría un día. El escritor de Hebreos explica que "todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios" (He. 10:11-12; cp. 1:3).

Cuarto, Cristo **también intercede por nosotros.** Aunque su obra de expiación quedó por completo consumada, su ministerio continuo de intercesión por los salvados a través de su sacrificio, continuará sin interrupción hasta que cada alma redimida esté segura en el cielo. Tal como Isaías había profetizado: "[Él] derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores" (Is. 53:12). Jesucristo "puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (He. 7:25).

Si nosotros entendemos que Cristo murió en la cruz para salvarnos del pecado, entendemos lo que significa estar seguros en su salvación. Si creemos que Dios nos amó a tal punto cuando nosotros todavía éramos pecadores perdidos e impíos, que envió a su Hijo a morir en la cruz para acercarnos a Él, ¿Cómo podríamos creer que, después de ser salvos, su amor no sea lo suficientemente fuerte como para mantenernos salvos? Si Cristo tuvo poder para redimirnos de la esclavitud al pecado, ¿cómo podría carecer de poder para preservar nuestra redención?

Cristo, el Sacerdote perfecto, ofreció un sacrificio perfecto para hacernos perfectos. Por ende, negar la seguridad del creyente equivale a negar la suficiencia de la obra de Cristo. Negar la seguridad del creyente equivale a entender mal el corazón de Dios, entender mal el don de Cristo, entender mal el significado de la cruz, y entender mal el significado bíblico de salvación.

Incluso cuando pecamos después de ser salvos: "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" porque en Él, "abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Jn. 1:9; 2:1). Cuando pecamos, nuestro Señor intercede a nuestro favor y acude a nuestra defensa en contra de Satanás y de cualquier otro que traiga acusaciones contra nosotros (véase Ro. 8:33). "Poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia", como aseguró Pablo a los creyentes en Corinto (2 Co. 9:8). En lo que nos resta de vida sobre la tierra y por toda la eternidad, nuestro Señor en su gracia nos mantendrá seguros en su amor imperecedero, por su poder imperecedero.

CIRCUNSTANCIAS QUE PARECEN AMENAZAR NUESTRA SEGURIDAD

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa

de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. (8:35-37)

Tras haber establecido la imposibilidad absoluta de que cualquier persona nos prive de la salvación que tenemos, Pablo anticipa una pregunta similar que algunos plantearán: "¿Es posible que las circunstancias le roben a un creyente su salvación?" El apóstol procede ahora a mostrar que eso también es imposible.

El pronombre interrogativo *tis* (**quién**) es la misma palabra que está al comienzo de los dos versículos anteriores, pero ese término griego también puede significar "qué", y el hecho de que Pablo hable de cosas únicamente y no de personas en los versículos 35-37, deja en claro que él se está refiriendo ahora a cuestiones impersonales.

Es obvio que ciertas circunstancias desagradables y peligrosas pueden tener una influencia perjudicial en la fe y la perseverancia de los creyentes. Sin embargo, la pregunta aquí es si pueden o no hacer que un creyente pierda la salvación a causa de su pecado. En esencia, esta pregunta es una extensión de la discutida anteriormente con respecto a la posibilidad de que un creyente se coloque a sí mismo fuera del alcance de la gracia de Dios.

Pablo anticipa y refuta la noción de que cualquier circunstancia, sin importar cuán amenazadora y potencialmente destructiva sea, puede hacer que un creyente genuino pierda su salvación. En el versículo 35 Pablo elabora la lista de un grupo representativo de las numerosas circunstancias que los creyentes fieles pueden encontrar mientras sigan viviendo en este mundo.

Primero que todo, debe notarse que **el amor de Cristo** no se refiere al amor de un creyente hacia Él, sino más bien a su amor por el creyente (véase vv. 37, 39). Ninguna persona puede amar a Cristo sin haber experimentado la obra redentora de Cristo en su propia vida: "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero" (1 Jn. 4:19).

En este contexto, **el amor de Cristo** representa la salvación. Por ende, Pablo está preguntando retóricamente si cualquier circunstancia es lo suficientemente poderosa como para ocasionar que un creyente se vuelva en contra de **Cristo** de tal modo que **Cristo** mismo le dé la espalda al creyente. Así pues, lo que está en cuestión es el poder y la permanencia **del amor de Cristo** hacia las personas a quienes ha comprado con su propia sangre e introducido en la familia y el reino de su Padre.

Juan informa que "antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Jn. 13:1). Como Juan deja claro en su primera epístola, "el fin" no se refiere simplemente al fin de la vida terrenal de Jesús sino al fin de la vida de cada creyente en la tierra. "En esto se

mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados ... En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo" (1 Jn. 4:9-10, 17). Nosotros tenemos confianza al enfrentar el día del juicio, porque sabemos que **el amor** divino e indestructible **de Cristo** nos une a Él por la eternidad.

En una bendición majestuosa al final del segundo capítulo de su segunda carta a los creyentes en Tesalónica, Pablo dice: "Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia, conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra" (2 Ts. 2:16-17). La consolación eterna y la buena esperanza son los dones permanentes de la gracia de Dios, ya que por definición, lo que es eterno nunca puede terminar.

La primera circunstancia amenazadora que Pablo menciona es la **tribulación**, del griego *thlipsis* que transmite la idea de ser exprimido o colocado bajo presión. En las Escrituras esa palabra se utiliza con mayor frecuencia para hacer referencia a dificultades externas, pero también se aplica a conflicto emocional. La idea aquí es probablemente la de una adversidad cruenta en general, aquella que es común a todos los hombres.

La segunda circunstancia amenazadora es la **angustia**, que traduce la palabra compuesta en griego *stenochōria*, la cual se compone de los términos para referirse a estrecho y espacio. La idea es similar a la de tribulación y transmite la idea básica de un confinamiento estricto que impide el movimiento, algo que nos hace indefensos. En tales circunstancias lo único que un creyente puede hacer es confiar en el Señor y orar pidiendo la fuerza para resistir. Algunas veces nos vemos atrapados en medio de situaciones donde nos vemos confrontados continuamente con tentaciones que no podemos evitar. Pablo aconseja a los creyentes que se encuentran bajo ese tipo de **angustia** que recuerden este principio: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar" (1 Co. 10:13). Hasta que Él provea una salida, el Señor suministra el poder suficiente para resistir.

La tercera circunstancia amenazadora es la **persecución**, que se refiere a toda aflicción sufrida por la causa de Cristo. La persecución nunca es agradable, pero en las bienaventuranzas Jesús da una doble promesa de la bendición de Dios sobre nosotros cuando sufrimos por su causa. En seguida Él nos anima: "Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros" (Mt. 5:10-12).

Hambre es algo que resulta muchas veces a causa de la persecución, cuando se hace discriminación contra los cristianos en sus empleos y por esa razón no pueden comprar suficiente alimento para comer. Muchos creyentes han sido encarcelados por su fe y poco a poco han llegado a morir de hambre debido a una alimentación inadecuada.

Desnudez no se refiere a desvestimiento completo sino a la estrechez que llega a padecer una persona, por la cual no puede abrigarse como es necesario. También sugiere la idea de ser vulnerable y desprotegido.

Estar en **peligro** es simplemente quedar expuestos a riesgos en general, incluyendo el peligro de ser traicionados o maltratados.

La **espada** a la cual Pablo se refiere se parecía más a una daga alargada que era usada con frecuencia por los asesinos, ya que podía esconderse con facilidad. Era un símbolo de muerte e indica la posibilidad de ser asesinado antes que la de morir en una batalla militar.

Pablo no estaba hablando de todas estas aflicciones desde un punto de vista teórico o por información de segunda mano. Él mismo había tenido que enfrentar esa penalidades y muchas más, como lo informa de manera tan vívida en 2 Corintios 11. Haciendo referencia a ciertos líderes judíos en la iglesia que se estaban jactando de sus sufrimientos por Cristo, Pablo escribe:

> *¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez. (vv. 23-27).*

Incluyendo una cita de la versión Septuaginta (el Antiguo Testamento griego) del Salmo 44:22, Pablo continúa, **Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero.** En otras palabras, los cristianos no deberían sorprenderse cuando tengan que soportar sufrimiento por causa de Cristo.

Antes que Pablo escribiera esta epístola, los fieles del pueblo de Dios habían sufrido durante siglos, no solamente a manos de los gentiles sino también de sus propios compatriotas judíos. Ellos "experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no

era digno, errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra" (He. 11:36-38).

El costo de la fidelidad a Dios siempre ha sido alto. Jesús declaró: "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará" (Mt. 10:37-39). Pablo aseguró a su amado Timoteo que "todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Ti. 3:12).

Si un cristiano de profesión le da la espalda a las cosas de Dios o vive de manera persistente en el pecado, está probando que nunca perteneció a Cristo en absoluto. Tales personas no han perdido su salvación sino que nunca la han recibido. Juan dijo acerca de esa clase de cristianos nominales: "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros" (1 Jn. 2:19).

Si las cosas del mundo evitan continuamente que una persona se mantenga en las cosas de Dios, esa persona prueba que no es un hijo de Dios para empezar. Durante el ministerio de Jesús en la tierra, muchos millares de personas recorrieron a pie grandes distancias para escucharle predicar y para recibir sanidad física para sí mismos y sus seres queridos. En su entrada triunfal a Jerusalén, la multitud le aclamó como su Mesías y tuvo la intención de convertirle en su rey, pero después que Él fue acusado y crucificado, lo cual hizo evidente el costo real de ser verdaderos discípulos, la mayoría de quienes alguna vez habían loado a Cristo se perdieron de vista.

Lucas presenta el relato acerca de tres hombres, quienes sin duda alguna representan a muchos otros que también profesaban lealtad a Jesús pero no estaban dispuestos a someterse a su señorío, y por consiguiente demostraron su falta de fe salvadora. El primer hombre, a quien Mateo identifica como un escriba (8:19), prometió seguir a Jesús dondequiera que fuese; pero conociendo el corazón del hombre, Jesús le dijo: "Las zorras tienen sus guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza" (9:57-58). Cuando el Señor llamó al segundo hombre, éste pidió permiso para devolverse a enterrar a su padre primero. Él no quiso dar a entender que su padre acababa de morir, sino que quería posponer su compromiso con Cristo hasta después que su padre muriera, porque en ese momento recibiría su herencia familiar. "Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú vé, y anuncia el reino de Dios" (vv. 59-60). En otras palabras, dejar que quienes están muertos espiritualmente se preocupen de servir sus propios intereses carnales. El tercer hombre quería seguir a Jesús pero después de haberse despedido primero de los que estaban en su casa. El Señor le contestó a él: "Ninguno

que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (vv. 61-62).

No sabemos finalmente qué hicieron los hombres con respecto a sus intenciones de seguir a Cristo, pero la clara implicación es que, al igual que el joven rico (Mt. 19:22), el costo del discipulado verdadero, que siempre es la marca de la salvación verdadera, fue demasiado alto para ellos.

Únicamente el creyente verdadero persevera, no porque sea fuerte en sí mismo, sino porque tiene el poder del Espíritu de Dios que mora en él. Su perseverancia no conserva segura su salvación sino que es una prueba de que su salvación ya está asegurada. Los que dejan de perseverar no solamente demuestran su falta de coraje, sino lo que es más importante, su falta de fe genuina. Dios guardará y protegerá incluso a la persona más medrosa que en verdad le pertenezca. Por otra parte, hasta los más valientes de los que son cristianos de profesión solamente, de forma invariable se apartarán cuando el costo de ser identificados con Cristo se torne demasiado grande para su capacidad humana de resistencia.

Únicamente los cristianos verdaderos son vencedores porque los cristianos verdaderos son los únicos que cuentan con la ayuda divina del Espíritu de Cristo mismo. "Porque somos hechos participantes de Cristo", explica el escritor de Hebreos, "con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio" (He. 3:14). Jesús dijo a algunos judíos que creyeron en Él: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Jn. 8:31-32). Retener con firmeza y permanecer en la Palabra de Dios no nos hace merecer ni preservar la salvación por nosotros mismos, pero la presencia de esas virtudes confirma la realidad de la salvación en nuestra vida, y la ausencia de ellas confirma una condición de perdición.

Así como podemos amar a Dios únicamente porque Él nos amó primero, nosotros podemos mantenernos aferrados a Dios únicamente porque Él nos mantiene así. Podemos sobrevivir a cualquier circunstancia amenazadora y vencer cualquier obstáculo espiritual que el mundo o Satanás ponga en nuestro camino porque **en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.**

Más que vencedores es la traducción de *hupernikaō*, un verbo compuesto que significa literalmente "tener una supervictoria" o triunfar por encima de las expectaciones o con éxito de sobra, por así decirlo. Los que son **más que vencedores** tienen una victoria suprema cuando se enfrentan a todo lo que amenaza su relación con Jesucristo, pero lo hacen completamente **por medio de** su poder, el poder de **aquel que nos amó** a tal punto que dio su vida por nosotros para que pudiésemos tener vida en Él.

Debido a que nuestro Señor nos salva y también nos guarda, podemos hacer

mucho más que simplemente soportar y sobrevivir a las circunstancias ominosas que Pablo menciona en el versículo 35. Primero que todo, **somos más que vencedores** en el sentido de que salimos de los problemas con más fortaleza que antes, cuando nos amenazaron por primera vez. Pablo acaba de declarar que, por su gracia y poder divinos, Dios dispone activamente que todas las cosas, incluyendo las peores que se puedan imaginar, obren para el bien de sus hijos (8:28). Aun cuando sufrimos debido a nuestra propia pecaminosidad o infidelidad, nuestro Señor en su gracia nos hará salir invictos y con un entendimiento más profundo de nuestra propia falta de justicia y de su perfecta justicia, de nuestra propia falta de fidelidad y de su fidelidad paciente, de nuestra propia debilidad y de su poder insuperable.

En segundo lugar, somos **más que vencedores** a causa de nuestra recompensa definitiva, la cual sobrepasará en gran manera cualquier pérdida terrenal y temporal que podamos llegar a sufrir. Con Pablo, deberíamos ver hasta las circunstancias más terribles como una "leve tribulación momentánea" que "produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (2 Co. 4:17).

Desde la perspectiva humana, pos supuesto, la superconquista que Dios promete con frecuencia parece estar todavía lejos de llegar por completo; pero cuando nosotros como creyentes verdaderos pasamos por tiempos de prueba, cualquiera que sea su naturaleza o causa, salimos refinados espiritualmente por el Señor. En lugar de que esas cosas nos separen de Cristo, lo único que lograrán es acercarnos mucho más a Él. Su gracia y su gloria reposarán sobre nosotros y creceremos en nuestro entendimiento de su voluntad y de la absoluta suficiencia de su gracia. Entretanto que esperamos a que Él nos haga pasar por las pruebas, sabemos que Él nos dice lo que dijo a Pablo: "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad"; y nosotros deberíamos estar en capacidad y disposición de responder con Pablo: "De buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo" (2 Co. 12:9).

Es casi seguro que Pablo escribió su carta dirigida a la iglesia en Roma durante un invierno en Corinto, pero no es probable que él o los creyentes romanos se dieran cuenta del poco tiempo que pasaría antes de que tuvieran una gran necesidad de las palabras de ánimo y consuelo que el apóstol escribió en este pasaje. No pasarían muchos años antes de que se vieran enfrentados a una feroz persecución por parte de un gobierno pagano y de la gente incrédula que al principio se limitaron a tolerarlos con indiferencia. No sería mucho tiempo antes de que la sangre de aquellos a los cuales estaba dirigida esta epístola empapara la arena de los anfiteatros romanos. Algunos serían despedazados por bestias salvajes, otros serían matados por gladiadores encarnizados, y otros serían utilizados como antorchas humanas para alumbrar las fiestas que Nerón celebraba en sus jardines.

En consecuencia, los creyentes verdaderos y falsos pronto habrían de distinguirse con facilidad. Muchas congregaciones habrían dicho acerca de sus antiguos miembros: "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros" (1 Jn. 2:19). Pero aquellos a los que el mundo desprecia como los agobiados y los conquistados, son en realidad vencedores abrumadores. En el esquema de cosas de Dios, los vencedores son los vencidos, y los vencidos son los vencedores.

LA CONCLUSIÓN

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (8:38-39)

Este capítulo termina con un bello resumen de lo que se acaba de afirmar. El apóstol asegura a sus lectores que él no les estaba enseñando algo acerca de lo cual él mismo no estuviese plenamente convencido. Él estaba **seguro** primero que todo a causa de la naturaleza de la salvación, la cual Dios le había revelado y él presenta de forma tan clara en estos ocho primeros capítulos. Su consejo también es un testimonio personal. Él estaba convencido y seguro porque había experimentado la mayoría de cosas mencionadas y ninguna de ellas había logrado separarle de Cristo. Tanto la revelación como la experiencia le habían convencido y eran su fuente de seguridad irrefutable. Pablo le estaba diciendo a los creyentes en Roma lo mismo que diría años más tarde a Timoteo: "Por lo cual asimismo padezco esto: pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (2 Ti. 1:12).

Pablo empieza su lista con **la muerte**, lo cual experimentamos de último en nuestra vida terrenal. Ni siquiera ese enemigo supremo puede separarnos de nuestro Señor, porque Él ha quitado el aguijón de la muerte, y ahora ha cambiado su resultado de derrota a victoria. Por lo tanto, podemos regocijarnos con la afirmación del salmista: "Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos" (Sal. 116:15), y podemos testificar con David que "aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento" (Sal. 23:4). Con Pablo, nuestro sentir debería ser, "más quisiéramos estar ausentes del cuerpo", porque eso significa que finalmente estaremos en nuestro hogar, "presentes al Señor" (2 Co. 5:8).

Donald Grey Barnhouse contó una historia personal que ilustra bellamente la falta de poder de la muerte sobre los cristianos. Cuando su esposa murió, sus

hijos todavía eran bastante jóvenes, y el doctor Barnhouse se preguntaba cómo podía explicar la muerte de la madre de ellos de una manera que sus mentes infantiles pudiesen entender. Mientras iban de regreso a casa después del funeral, un camión grande los adelantó y por un breve instante arrojó su sombra sobre el automóvil. De inmediato el padre encontró la ilustración que estaba buscando y le preguntó a los niños: "¿Qué prefieren ustedes, que un camión los arrolle, o que la sombra del camión les pase por encima?" "Muy fácil, papá", contestaron ellos. "Preferiríamos ser arrollados por la sombra del camión, porque eso no duele". Su padre dijo entonces: "Pues bien hijos, su mamá acabó de pasar por un valle de sombra de muerte, y eso tampoco duele".

El segundo supuesto obstáculo no parece ser un obstáculo en absoluto. Pensamos en **la vida** como algo positivo, pero es en nuestra **vida** presente en la tierra donde existe toda clase de peligros espirituales. La muerte no solamente carece de perjuicio para los creyentes, sino que trae consigo el fin de todo perjuicio. Es mientras sigamos en *esta* **vida** que nos vemos enfrentados a tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada (8:35) y todas las muchas otras pruebas que Pablo pudo haber mencionado; pero debido a que tenemos vida eterna en Cristo, las amenazas de nuestra **vida** presente son inocuas.

La tercera supuesta amenaza es la representada por los **ángeles**. Como el siguiente peligro en la lista (**principados**) se refiere a ángeles caídos sin lugar a dudas, parece que los mencionados aquí son **ángeles** santos. La referencia de Pablo a los ángeles presupone una situación hipotética e imposible, igual a la planteada en una de sus advertencias a los gálatas. Él dijo a los creyentes de Galacia que se mantuvieran firmes en su salvación a través de la sangre derramada por Cristo en la cruz y que se negaran a aceptar cualquier otro supuesto evangelio contrario a esta verdad, incluso si fuera anunciado, en caso de ser posible, por un apóstol o por "un ángel del cielo". (Gá. 1:8).

La cuarta supuesta amenaza no es hipotética en ningún sentido. Como ya se indicó, parece que **principados** se refiere a seres malignos, específicamente a demonios. Al igual que el término griego (*archē*) que se encuentra en esta palabra, **principados** no denota por sí mismo algo bueno o malo; pero el obvio uso negativo de *archē* en pasajes tales como Efesios 6:12 ("principados"), Colosenses 2:15 ("principados") y Judas 6 ("su dignidad"), así como su aparente contraste con el término que le antecede en esta lista (ángeles), parece indicar ángeles caídos, los demonios. Si este es el caso, Pablo está diciendo que ningún ser sobrenatural creado, sea bueno o sea malo, tiene poder para escindir nuestra relación con Cristo.

Potestades es la traducción de *dunamis*, la palabra griega corriente que significa poder. No obstante, en su forma plural como ocurre aquí, se refiere con frecuencia a milagros u obras poderosas. También se empleaba en sentido figurado para aludir a personas en posiciones de autoridad y poder. Independiente-

mente del significado específico que Pablo tenía aquí en mente, las **potestades** representan otro obstáculo que los cristianos no tienen por qué temer.

Lo presente y **lo porvenir** representa todo lo que estamos experimentando y lo que todavía nos falta experimentar.

Pablo pudo haber empleado las expresiones **lo alto** y **lo profundo** como términos astrológicos que eran comunes en su tiempo, a saber, *hupsōma* (**lo alto**) que se refiere al punto más alto en el firmamento o al cenit del trayecto de una estrella, y *bathos* (**lo profundo**) que era su punto más bajo. Si este es el caso, la idea es que el amor de Cristo mantiene asegurado a un creyente desde el principio hasta el final del transcurso de la vida. O tal vez él empleó los términos para dar a entender la extensión del espacio, que en cualquier dirección es interminable. En cualquier caso, el significado básico es de totalidad.

A fin de no dejar duda alguna en el sentido de que la seguridad en Cristo lo abarca todo, Pablo añade la frase **ni ninguna otra cosa creada**. Puesto que Dios mismo es el único que no ha sido creado, todo lo demás queda excluido.

No existe nada, en cualquier parte y en cualquier tiempo que **nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.** Nuestra salvación quedó asegurada por decreto de Dios desde la eternidad y seguirá asegurada por el amor de Cristo durante todo el tiempo futuro y a lo largo de toda la eternidad.

Pablo había declarado antes en esta epístola que: "Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron; a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno"; para asegurarse de que ninguna persona pudiese argumentar que es la excepción a esto, el apóstol añadió: "no hay ni siquiera uno" (Ro. 3:10-12). De una manera similar, Pablo no da lugar a excepción alguna en absoluto con relación a la seguridad que el creyente tiene en Cristo.

En esta maravillosa sección de clausura del capítulo 8, los versículos 31-34 se enfocan en el amor de Dios el Padre, y los versículos 35-39 se enfocan en el amor de Dios el Hijo. Esto nos recuerda la oración de Jesús como sumo sacerdote, en la cual ora a favor de los creyentes: "para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; ... La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo" (Jn. 17:21-24).

George Matheson nació en Glasgow, Escocia, en 1842. Cuando era niño tuvo solamente visión parcial, y su visión fue empeorando cada vez más hasta quedar completamente ciego a la edad de dieciocho años. A pesar de su limitación, fue un brillante estudiante y se graduó de la Universidad de Glasgow y después del

seminario. Se convirtió en pastor de varias iglesias en Escocia, incluyendo una iglesia grande en Edimburgo, donde fue respetado y estimado en gran manera. Tras haber estado comprometido durante poco tiempo para casarse con una joven mujer, ella rompió el compromiso al decidir que no podía sentirse satisfecha estando casada con un hombre ciego. Algunos creen que esta dolorosa desilusión en el amor romántico llevó a Matheson a escribir el hermoso himno que empieza con la siguiente estrofa:

> Oh, amor que no me dejará ir,
> Mi alma cansada reposa en Ti;
> Te entrego a Ti la vida que te debo,
> Para que su curso en Tu profundo océano
> Sea más pleno y abundante.

Puesto que nuestro Dios es infinito en poder y amor, nosotros "podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre" (He. 13:6). Puesto que nuestro Dios es infinito en poder y amor, podemos decir con David: "En el día que temo, yo en ti confío" (Sal. 56:3), y "En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado" (Sal. 4:8). Puesto que nuestro Dios es infinito en poder y amor, podemos decir con Moisés: "El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos" (Dt. 33:27). Puesto que nuestro Dios es infinito en poder y amor, podemos decir con el escritor de Hebreos que la esperanza puesta delante de nosotros es "segura y firme", como un "ancla del alma" (He. 6:19).

Visite:

www.artecristiano.org

(Arte Cristiano en Imágenes)

Bibliografía

Alleine, Joseph. *The Alarm to Unconverted Sinners* [La alarma para los pecadores no convertidos]. Grand Rapids: Baker, 1980, reimpresión.

Barnhouse, Donald Grey. *Expositions of Bible Doctrines* [Exposición de doctrinas bíblicas], vol. 2. *God's Wrath* [La ira de Dios]. Grand Rapids: Eerdmans, 1953, p. 18.

_____. *God's Remedy: Romans 3:21–4:25* [El remedio de Dios: Romanos 3:21-4:25]. Grand Rapids: Eerdmans, 1954.

_____. *God's River: Romans 5:1-11* [El río de Dios: Romanos 5:1-11]. Grand Rapids: Eerdmans, 1959.

_____. *God's Wrath: Romans 2–3:1-20* [La ira de Dios: Romanos 2–3:1-20]. Grand Rapids: Eerdmans, 1953.

_____. *Romans: God's Freedom* [Romanos: la libertad de Dios]. Grand Rapids: Eerdmans, 1961.

Baxter, Richard. *The Reformed Pastor* [El pastor reformado]. Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1974.

Bonhoeffer, Dietrich. *The Cost of Discipleship* [El precio del discipulado]. Nueva York: Macmillan, 1959.

Bruce, F. F. *The Letter of Paul to the Romans* [La carta de Pablo a los romanos]. Grand Rapids: Eerdmans, 1985.

Calvino, Juan. *Commentary on the Epistle of Paul the Apostle to the Romans* [Comentario sobre la epístola de Pablo el apóstol a los romanos]. Grand Rapids: Baker, 1979.

_____. *The Epistles of Paul the Apostle to the Romans and to the Thessalonians* [Las epístolas de Pablo el apóstol a los romanos y a los tesalonicenses]. Grand Rapids: Eerdmans, 1960.

Cranfield, C. E. B. *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Romans* [Un comentario crítico y exegético de la epístola a los romanos]. Edimburgo: T & T Clark, 1975.

Dana, H. E., y Mantey, Julius R. *A Manual Grammar of the Greek New Testament* [Manual de gramática del Nuevo Testamento griego]. Nueva York: Macmillan, 1927.

Edwards, Jonathan. *The Life of David Brainerd* [La vida de David Brainerd]. Grand Rapids: Baker, 1980, reimpresión.

_____. *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], vol. 2. Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1986, reimpresión.

Haldane, Robert. *An Exposition of the Epistle to the Romans* [Una exposición de la epístola a los romanos]. McLean, Va.: McDonald, 1958.

Henry, Matthew. *Matthew Henry's Commentary on the Whole Bible* [Comentario de Matthew Henry de la Biblia completa], vol. 6. Old Tappan, N.J.: Revell, s.f.

Hodge, Charles. *Commentary on the Epistle to the Romans* [Comentario de la epístola a los romanos]. Grand Rapids: Eerdmans, 1983, reimpresión.

Johnson, Alan F. *The Freedom Letter* [La carta de la libertad]. Chicago: Moody, 1974.

Lewis, C. S. *The problem of Pain* [El problema del dolor]. Nueva York: Macmillan, 1962.

Lloyd-Jones, D. Martyn. *Romans: An Exposition of Chapter Six* [Romanos: una exposición del capítulo seis]. Grand Rapids: Zondervan, 1972.

Moule, Handley. *The Epistle to the Romans* [La epístola a los romanos]. Londres: Pickering & Inglis, s.f.

Murray, John. *The Epistle to the Romans* [La epístola a los romanos]. Grand Rapids: Eerdmans, 1965.

_____. *Principles of Conduct* [Principios de conducta]. Grand Rapids: Eerdmans, 1957.

_____. *Redemption Accomplished and Applied* [Redención cumplida y aplicada]. Grand Rapids: Eerdmans, 1955.

Newton, John. *Out of the Depths: An Autobiography* [Desde las profundidades: una autobiografía]. Chicago, Moody, s.f.

Needham, David C. *Birthright: Christian Do You Know Who You Are?* [Derecho de nacimiento: Cristiano, ¿sabes quién eres?] Portland: Multnomah, 1979.

Owen, John. *Sin and Temptation* [Pecado y tentación]. Portland, Ore.: Multnomah, 1983.

Pink, Arthur. *The Doctrines of Election and Justification* [Las doctrinas de elección y justificación]. Grand Rapids: Baker, 1974.

Stott, John R. W. *Our Guilty Silence* [Nuestro silencio culpable]. Grand Rapids: Eerdmans, 1969.

Tozer, A. W. *The Root of the Righteous* [La raíz del justo]. Harrisburg, Pa.: Christian Publications, 1955.

Watson Thomas. *A Body of Divinity* [Un cuerpo de divinidad]. Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1983, reimpresión.

_____. *A Divine Cordial* [Un elixir divino]. Grand Rapids: Baker, 1981.

Wilson, Geoffrey B. *Romans: A Digest of Reformed Comment* [Romanos: sinopsis de comentario reformado]. Londres: Banner of Truth, 1969.

Wuest, Kenneth S. *Romans in the Greek New Testament* [Romanos en el Nuevo Testamento griego]. Grand Rapids: Eerdmans, 1955.

_____. *Wuest's Word Studies from the Greek New Testament* [Estudios de Wuest de palabras del Nuevo Testamento griego]. vol. 1. Grand Rapids: Eerdmans, 1973.

Visite:

www.dcristo.org

(música, películas, prédicas y
más..... Recursos On Line)

Índice de palabras griegas

adikia 96
adokimos 139
agō 480
akatharsia 132
akouō 170
akroatēs 170
anochē 151
apekdechomai 505
aphorizō 35
aphormē 415
apo 504
apokalupsis 505
apokaluptō 93
apokaradokia 504
apollumi 169
apolutrōsis 243
apostolos 33, 49-50
apothnēskō 359
ara 224
archē 575
archaios 366
asebia 96

baptizō 362
bathos 576
bdelussō 191
boulē 552

charisma 344
charizomai 564
chrēsis 136
chrēstotēs 221

diakonos 32
dikaioō 242
dokimē 323
dokimazō 187
dolioō 223
douleuō 407
doulos 31-32
dunamis 81, 575
doxazō 113

ei 560
eis 391
ekklinō 220
epimenō 358
epithumia 132
eritheia 164
euangelion 12, 36

ginōskō 431
gunē 135

hagios 57
hilastērion 244

histēmi 317
horizō 43, 552
hupernikaō 572
hupo 214
hupomonē 323
hupēretēs 32
hupsōma 576
hustereō 242

kai 552
kairos 365
katakrima 445
kataphroneō 151
katēcheō 187
kathistēmi 349
kauchaomai 320

latreuō 65
logion 202-203
logizomai 148, 273, 376, 500
logos 202
lutrōsis 243

mē genoito 206, 358, 411
makrothumia 151
mataiotēs 506

metanoia 152
morphōsis 189

neos 365
nomos 235-236
nous 464

oida 147, 230
oikeō 468
orgē 89, 165
ouketi 433, 445

palaios 366
paradidōmi 129, 391
paraptoma 344
paresis 254
pathēma 500
peripateō 457
phroneō 464
phronēma 465, 467
pikria 224
pisteuō 85
proaitiaomai 214
proginōskō 553
proorizō 553
prosagōgē 316
prosōpolēmptēs 167

rhuomai 439

sklērotēs 153
stenazō 509
stenochōria 166, 569
sōtēria 84
suneidēsis 173
sunergeō 527
suntrimma 226
sunzaō 371
suzaō 371

thanatoō 404
thēleia 135
thlipsis 166, 322, 569
thumos 90, 165
tis 568
tupos 391

Índice de palabras hebreas

'ebed 31
ḥārâ 95
ḥārôn 95
ḥēmâh 95
qâtsaph 95
zā'am 96

Visite:

www.doctrinabiblica.com

(Estudios Bíblicos, Teología, Hermenéutica)

Índice temático

Abraham 7, 14, 23, 31, 86, 88, 91, 120, 144, 154, 182-185, 193-195, 199-201, 203-204, 206, 239, 252, 256, 264, 267-277, 279, 281, 283-295, 297-306, 310, 336, 350, 494, 563
Abuso 28, 133, 226, 473, 497
Acepción de personas 76, 157, 167-168
Adán 7, 14, 27, 92-93, 97, 114, 131, 154-155, 233, 254, 331, 333-341, 343-351, 366-367, 387-388, 416, 426, 442, 448, 459, 492, 506, 549
Adopción, romana 487, 489
Adoración del ego 122
Adriano el emperador 198
Adulación 62, 223, 227
Agustín, Aurelio 11
Alá 378
Alcohólicos Anónimos 413
Ambición, egoísta 177
Ambientalistas 507
Amor egoísta 454
Amor humano 14, 326
Ángeles 96, 104, 111, 597
Anticristo 43, 122
Antisemitismo 198-199
Aoristo 338, 359, 391, 404, 597
Apis, dios buey 124
Apocalipsis de Baruc 504
Apócrifos 120, 268
Apostasía 134, 195
Apóstol 16-17, 19-25, 27, 29-34, 42-44, 48-50, 57, 60-61, 64-65, 67, 69, 71-76, 79, 90-91, 101, 104, 109, 133-135, 140, 145, 150, 159, 161, 167-169, 172, 174, 181, 185, 190, 195-196, 200-201, 205, 208-209, 213-214, 217-218, 222, 226, 230, 236, 238, 242, 250, 260, 264, 269-270, 277, 287, 291, 297, 301, 310-312, 317-318, 320, 322, 324, 326, 331, 333, 341, 343-344, 354, 356-360, 363, 369, 371, 373, 379-380, 384, 386-387, 389-390, 392, 401-403, 405, 410, 412-413, 418, 421, 424-425, 427-428, 430-432, 434-436, 438-439, 444-445, 447, 463-467, 470-472, 483-484, 488, 496, 499, 509, 515, 517, 519-520, 522, 525, 529-530, 532, 535, 539, 541, 547, 550, 557, 559-560, 562, 564, 568, 573-576, 579
Artemisa, diosa 124
Arrepentimiento 86, 100, 112, 120, 131, 143, 150-153, 158,

170, 172, 181, 184, 200, 205, 219, 253, 259-261, 269, 275, 278, 307, 315, 356, 362, 472, 529, 542, 550-551, 555
Astrología 125
Atributos divinos 99-100, 109, 113-114
Autoadoración 597
Autoexamen 144, 472
Autoexamen 144, 472
Autoglorificación 122
Automutilación 211, 285
Autorreformación 259
Avergonzado 23, 80, 261, 396, 475

Baal-zebub 125, 597
Barnhouse, Donald Grey 13, 25, 37, 49, 69, 94, 113, 148, 213, 298, 313, 361, 377, 574, 579
Baruc, Apocalipsis de 504
Bautismo de infantes 184-185, 289
Bautismo en agua 363-364
Baxter, Richard 34, 469, 579
Beelzebú 125, 497, 597
Belsasar 91, 123-124

Gratitud 62-64, 149, 228, 315, 329, 390, 428, 553
Gray, Thomas 332

Haldane, Robert 86, 225, 229, 438, 448, 455, 580
Hator, diosa vaca 124
Henry, Matthew 387, 580
Heróclito el emperador 198
Herodes el grande 198
Herodoto 119
Hinduismo 169, 282
Hodge, Charles 109, 136, 195, 306, 315, 326, 365, 405, 413, 580
Holocausto nazi 199
Hombre, el 11, 13-15, 27-28, 36-37, 40, 51-52, 55, 61, 63, 67-70, 80-84, 88, 96, 102, 104-107, 109, 112-122, 124-130, 132-135, 148-149, 153-154, 158-160, 163, 165, 168, 171, 176, 185-186, 188, 194, 199, 203, 205-207, 211-213, 215, 217-227, 229-234, 236-238, 241-242, 244, 247-248, 250, 256-258, 264-265, 267-269, 274-275, 278-279, 283-284, 290, 307, 310-311, 325, 331, 333-336, 339, 341, 343-347, 350, 354, 356, 360-361, 366-368, 375, 380, 384-385, 392-393, 397-398, 400, 406, 412, 415, 418, 423, 435-440, 442-443, 446, 451-452, 460, 465, 470, 472, 476-477, 481-483, 492, 507-508, 514-515, 521-522, 525-526, 532, 551, 571, 577
Homero 235
Homicidio 15, 154, 173, 225-226, 260, 278, 419, 473, 597
Homosexualismo 15, 125, 135-138, 140
Horacio 120, 245, 319
Humanismo 133, 135
Humildad 25, 31, 44, 73, 215, 260-261, 425, 437, 530, 532

Idolatría 91, 120-122, 124-125, 135, 144, 191, 284, 410, 473, 531
Iglesia católica romana 21, 286, 561
Ignorancia espiritual 218
Ilíada 235
Iluminación 19, 116, 147, 276, 482, 484, 489, 598
Imparcialidad 145, 150, 158, 167-168, 275
Imperio romano 16, 21, 23, 30-31, 45, 198, 244, 598
Impiedad 36, 89, 96-97, 103-104, 107, 118, 122, 125, 130-131, 135-136, 145, 205, 228, 275, 313, 356,

385, 459, 598
Incredulidad 18, 103, 113, 116, 120, 197, 204-206, 297, 301, 303, 363, 555, 598
Incrédulos 19, 43, 76, 80, 101-102, 104, 112, 116, 118, 120-121, 132, 139, 144, 159, 170, 172, 174, 176, 183-184, 197, 200, 203-206, 228, 252, 257, 291-292, 306-307, 313-314, 339, 355, 394, 397, 401, 405, 409, 427, 437, 441, 505-506, 551, 553, 555
Infierno 14, 49, 99-102, 105, 112, 128, 144, 147, 153, 165-166, 168-170, 180, 188, 194, 203, 221, 244, 247, 249-250, 254, 267, 284, 313-314, 338, 340, 350, 384, 390, 395, 398, 443, 472, 489, 546, 555, 598
Inmoralidad sexual 132-133, 363
Inseguridad espiritual 180
Intercesión continua de Cristo 320, 513
Interés egoísta 61, 176
Ira de Dios 7, 85, 89-107, 109, 111, 113, 115-117, 119, 121, 123, 125, 130, 139, 145, 153, 166, 213, 229, 235, 244, 251, 313-314, 328, 385, 455, 473, 579
Isaac 154, 182, 185, 206, 255, 268-269, 271, 273, 291, 293, 295, 300, 302-303, 541, 563, 598, 600
Israel 14-15, 17, 24, 33-35, 54, 56-57, 86, 90-91, 101, 105-106, 114-115, 120-122, 124, 128-129, 144, 151-153, 155, 160-161, 166, 168, 186, 188-189, 191-193, 195-196, 201-202, 204-207, 224, 229, 234, 253, 255, 268, 278, 289, 305, 314, 316, 336, 340, 362, 374-375, 399-401, 448-450, 470, 473-474, 476, 481, 509, 528-529, 533, 537, 543, 553, 556

Jastrow, Robert 110
Jefferson, Thomas 43
Jehová 31, 35, 56-57, 83, 90-91, 93, 100, 105, 112, 114-115, 120, 122, 126, 129, 139, 148, 151-152, 159-161, 176, 183, 186, 191-192, 195, 201, 205, 219, 223, 228, 233-234, 248-249, 253, 255, 263, 272, 276, 278, 289, 298, 301, 303, 314, 316, 329, 334, 340, 375, 399-400, 410, 414, 417, 419-421, 436, 438-439, 456, 462, 473, 476, 481, 494, 522, 527-528, 531-534, 537-538, 543, 560-561, 563-566, 574, 577, 598, 600
Jerusalén, Concilio de 219, 284, 355, 410, 561
Jesús 14, 16-19, 24, 33-34, 39-46, 48, 50, 54-55, 57, 61-63, 65, 69, 71, 74, 77, 80-82, 86-87, 90-91, 93-95, 98, 100-101, 112, 115-116, 120, 131, 134, 140, 146-147, 153, 156-161, 163, 165-166, 169-170, 174-176, 181, 183-184, 188, 190-191, 198, 202-204, 214-217, 219-220, 222, 224, 229, 231-232, 234, 236-243, 247, 249-252, 254, 257-260, 262, 264-265, 271, 274-275, 277-280, 285-286, 291-292, 297, 300, 305-306, 311, 315, 317, 320, 322, 324, 326-327, 338-339, 344, 348-350, 353-355, 358, 361-363, 367, 373, 375-378, 383-384, 387-388, 390-392, 396-398, 401-402, 405, 411, 413-415,

433-435, 441-447, 449-451, 453-455, 458, 461-464, 468-469, 471-472, 476, 482-483, 488, 492, 494-495, 497-499, 508, 513, 517-518, 520-522, 526, 529, 533-534, 537-543, 546, 548-549, 551-554, 556, 559, 561, 563, 565-566, 568-569, 571-572, 574, 576
Josefo 42, 191, 198
Jubileos, libro de 269, 283
Judá, el rabino 401
Judaísmo 39-41, 61, 181, 188-190, 263, 268-269, 271, 284, 310, 412
Judaizantes 63, 80, 194, 208, 214, 236, 285, 300, 561
Judíos 14, 16-17, 19, 21-22, 24, 39-42, 54, 62-64, 76-77, 80, 82, 86, 96, 100-101, 121, 124-125, 132, 139, 144-147, 150, 153, 156, 165-166, 168-169, 171, 181-195, 197-208, 211, 213-215, 220, 229, 235-239, 247, 253, 262-264, 268-269, 283-292, 294, 306, 310-311, 316, 335-336, 339, 355-356, 358, 386, 400-403, 409-410, 413-415, 443, 448, 493, 504-505, 541-543, 561, 570, 572
Juicio divino 94, 120, 149, 180
Justicia 11-12, 36, 54, 66-67, 79-81, 87-90, 92, 96, 99, 101, 103-104, 112, 119, 127-128, 140, 144-149, 152, 154, 158, 160-163, 167-168, 172, 177, 180-181, 186-187, 190, 193, 197, 200, 207-208, 213-221, 228, 231, 233-240, 242-244, 247-248, 251-255, 257, 265, 267-270, 272-276, 278-279, 281, 283, 286, 288-290, 292-294, 297-298, 300-302, 305-307, 310-311, 318-319, 336, 340, 343, 345, 347-351, 354, 356-357, 360-365, 367, 369, 371-374, 376-377, 379-381, 383-390, 393-398, 400-401, 405, 408-412, 414, 417-418, 420, 424-427, 429, 433, 435-436, 439, 441, 443, 446, 448-449, 451-452, 454-459, 461, 463, 468, 470, 472, 480, 491, 497, 500-501, 504, 511, 515, 517, 519, 521, 526, 535, 540, 542, 546, 549, 561, 563, 565-566, 573
Justicia de posición asignada por gracia 458
Justicia divina 187, 237-238, 240, 253, 275-276, 279, 305, 310, 411, 468
Justicia práctica 394, 458-459
Justicia, sistemas humanos de 253
Justificación 11, 63, 86, 106, 163, 172, 206, 216, 233, 239, 243, 251-252, 263-264, 268-271, 274-276, 278-279, 287, 289, 292, 294, 297, 301, 305-307, 312, 314, 343, 346-349, 357-358, 360-361, 397, 413, 427, 442-445, 447, 463, 492, 550, 556, 566, 580, 598-599

Karma 125
Keller, Helen 107

Lee, Witness 393
Legalismo 181, 200, 208, 235-236, 238-239, 357, 401, 410, 425, 460
Ley de Dios 14, 62, 82, 89, 95, 105, 154, 157, 167-170, 172-173, 179, 185-187, 189, 192, 194-196, 199, 203, 208, 229-231, 233-234, 236-237, 243,

247, 251, 257-258, 264-265, 268-269, 292-293, 310, 350-351, 375, 380-381, 386, 399-401, 405-408, 411-419, 421, 423-424, 427, 430-432, 434-436, 438, 440, 443-444, 452-454, 457, 461, 463, 465, 467-469, 491, 515, 535, 539
Lewis, Sinclair 394
Libertad, visión pervertida de la 367
Libertinaje 209, 357
Libro de jubileos 269, 283
Livingstone, David 313
Lloyd-Jones, D. Martyn 580
Luciano 119
Lucifer 168, 340
Lugar santísimo 57, 244, 306, 316-317, 449
Lutero, Martín 11-12, 185, 251, 397, 448, 533

Maestros 20, 60, 75, 146, 188-190, 220, 355, 388, 392, 522, 560
Magia 287
Mahoma 249, 378
Malvados 94, 153, 183, 223, 477, 533, 553, 598
Manasés, oración de 268
Mártir, Justino 144
Martyn, Henry 103, 248, 250
Matheson, George 576
McCheyne, Robert Murray 420
Meditación 335, 400, 475, 539, 598
Mesías 16, 31, 41-44, 70, 77, 86, 115, 146, 170, 183-184, 202, 205-206, 238, 291, 362, 435, 571, 598
Mezuzás 414
Misericordia 12, 18, 25, 37, 48, 56, 63, 99, 114-115, 127, 138, 140, 145, 147, 151-155, 158, 160-161, 165, 177, 198, 205, 234, 248, 254, 260-261, 263, 273, 278-279, 289, 316, 321, 327, 340-341, 354, 364, 411, 429, 443, 445, 451-452, 473, 475, 513, 527-529, 537-539, 597-598
Misticismo oriental 307
Modernismo 118
Moody, D. L. 50
Moralidad 130, 134, 144, 236, 257, 413, 598
Moule, obispo Handley 365, 367
Muerte 7-8, 12, 14, 17-18, 24, 29, 31, 40, 42, 44, 47, 63, 76-77, 81-82, 84, 90, 93-94, 103-104, 112, 115, 127-129, 138, 140-141, 147, 150, 154-156, 158, 162-163, 169, 172, 180, 182, 220, 223-224, 228, 230, 232, 234, 240-241, 243, 250-251, 253-254, 261, 265, 275-276, 278, 280, 288-289, 292-293, 297, 304, 306, 309-310, 314-317, 326-328, 331-339, 341, 343-351, 353, 357, 359, 361-368, 370-372, 375, 377-381, 383-384, 387, 389-390, 395-399, 403-406, 409, 416-421, 423-424, 426, 429, 433, 438-443, 445-447, 449-450, 452-456, 461-463, 465, 469-472, 474, 485, 487-488, 491-492, 496, 498-499, 506-510, 512, 515, 517, 527, 530, 532-536, 539, 547-548, 559, 566-567, 570, 574-575
Muir, John 506
Mundo 14, 18, 22, 27, 29, 33-34, 36, 41-44, 49, 53-55, 57, 59-62, 64-65, 70, 79-80, 82-83, 86, 90-92, 94-96, 98-99, 102, 105-112, 115-116, 118-120, 122-125, 132-134, 139-140, 147, 152, 154, 161, 163, 169, 172, 175, 182, 188, 192-

193, 197-199, 201-202, 207, 211-212, 215, 219, 229-230, 232, 234, 238-239, 244, 249, 251, 253-259, 261-262, 265, 267, 271, 281-282, 287, 290-292, 298-299, 307, 320, 331, 333-335, 337-338, 341, 344, 347, 349, 351, 353, 356, 363, 371, 378, 384-386, 388, 392, 394-398, 412, 416, 429, 432, 441, 443-444, 446, 449, 451, 454-455, 458, 462-464, 473, 477, 488-489, 494, 497, 499-500, 504-508, 510-511, 514, 516, 519, 527, 531, 533, 538-539, 542-543, 552, 554, 562-563, 565-566, 568-572, 574, 576
Murray, John 163, 182, 275, 346, 367, 416, 580
Mutilación 136, 285, 598

Nabucodonosor 91, 123-124, 304
Nana, dios luna 271
Nazis 397
Needham, David C. 377, 580
Newton, John 353-354, 580
Niños 16, 133, 154, 179, 185, 187, 189, 208, 226-227, 249, 428, 575
Nirvana 169
Nuevo hombre en Cristo 360, 368

Pureza y santidad de Dios 207, 429
Puritanos 346

Rabá, rabino 400
Rasputín, 314
Rechazo de Dios 103, 106, 113, 117
Reconciliación 309-310, 314-316, 328, 365, 599
Rectitud moral 116
Reforma protestante 251
Reformadores 346
Regeneración, marcas divinas de 408
Religión 42, 61, 85, 106, 117, 119, 126, 184, 188, 195, 208, 232, 238, 252, 267, 285, 378, 414, 512
Religiosidad 215, 599
Rendir cuentas 98, 107, 180, 214, 339, 432
Revelación, divina 25, 40-41, 185, 236, 238, 306, 410
Revelación natural de Dios 109, 112, 145, 169
Rogers, George 104

Sabiduría de Sirac 268
Sacerdotes cibelinos 285
Sacramento de la eucaristía 287
Sacramentos 85, 144, 286-287
Sacrificio 42, 65, 72, 84-85, 101, 154, 170, 204, 230, 235, 238, 243-244, 253-254, 273-274, 276, 291, 306-307, 316, 334, 343-344, 348, 365, 369, 380, 393, 428, 436, 445, 447, 452, 454-456, 459, 468, 536, 549, 553, 563, 565, 567
Sacrilegio 179, 185, 189-191
Salmos imprecatorios 533
Salvación 7-8, 12, 14, 24, 30, 37, 41, 48-50, 52-57, 59, 61, 64, 72, 74-75, 79-82, 84-89, 92, 99, 102, 107-108, 130-131, 145, 149, 155, 158-164, 166, 169, 172, 174, 176-177, 181, 184-185, 194, 196, 200-201, 203-204, 206, 208, 212, 215, 217, 219-221, 228, 230, 232-243, 247-248, 250, 254-256, 259-261, 264-265, 267-270, 274-275, 278, 284, 286, 289, 291-292, 294, 297, 299, 301, 303, 305-307, 309-313, 315, 317-321,

323-329, 333, 338, 340-341, 343, 345-346, 349-350, 354-358, 360-361, 363-364, 366, 370, 376, 378-379, 381, 386, 390-392, 394-398, 401, 404-405, 409, 412-413, 417-418, 421, 426-429, 433, 435, 438, 441, 444-445, 450, 457, 459-460, 462, 465, 467-468, 471, 477, 480-481, 483, 488-489, 492-493, 498, 500, 506, 512-514, 517-519, 522, 526, 530, 536-537, 540-542, 545-557, 560-568, 571-572, 574-576
Santidad 39, 41, 45, 54, 57, 63, 74, 92-93, 102, 104, 132, 149, 181, 207, 222, 228, 254-255, 286, 318, 321, 323, 340, 354, 357-358, 360-361, 366-367, 369, 371, 374, 376-377, 398, 405, 417, 424-427, 429-432, 435, 438, 444, 449, 457-458, 462, 476, 492, 506, 515, 536, 548
Santificación divina 484
Santificación y justificación 243, 358, 360, 445, 492
Satanás 27, 29, 60, 80, 84, 95, 118, 122-123, 125, 128, 131, 134, 153-154, 183, 189, 206, 215-216, 251, 259, 267, 282, 309-310, 313, 322, 326, 334, 337, 345, 361, 369-370, 373, 376, 379, 384, 387, 389, 391-392, 442, 444, 451, 454-455, 474, 476-477, 480, 497, 505, 518, 520, 522, 531, 534, 536, 564-567, 572
Scott, Thomas 430
Sectas 102, 257, 268, 496
Segunda venida de Cristo 496
Seguridad 7-8, 11-12, 67, 80, 85, 90, 114, 145, 161, 174, 179-181, 183-185, 187, 189, 191, 193, 195, 199-200, 204, 212, 219, 245, 249, 259, 270, 272, 284, 293, 309-313, 315, 317, 319-321, 323-329, 346, 370, 378, 398, 420, 427, 475-476, 479, 481, 484, 488-489, 494, 499, 503, 513, 518, 520, 525-527, 529, 531, 533, 535-537, 539-543, 545-547, 549-551, 553-557, 559-561, 563-565, 567, 569, 571, 573-577
Seguridad de salvación 7, 259, 309, 311, 313, 315, 317, 319, 321, 323, 325, 327, 329, 518, 563
Seguridad eterna 180, 284, 309, 315, 324, 476, 488, 525-526, 536, 540, 554, 556-557
Sello divino 546
Semejanza a Cristo 162-163, 322, 426, 431, 437
Séneca 84, 143-144, 212
Separación del mundo 261
Sermón del monte, tema central del 414
Servicio 34, 44, 49-52, 60-62, 64-68, 71, 73, 75, 77, 79-81, 96, 103, 122, 177, 181-182, 226, 314-315, 396, 398, 407, 465, 486, 493, 496, 530
Sadomasoquista 137
Shakespeare 332
Shemá 414
Shirley, James 332
SIDA 138
Sirac, Sabiduría de 268
Soberanía de Dios 69, 75, 154, 161, 459
Sobrenatural 43, 45, 123, 287, 302, 307, 457, 476, 481, 564, 575, 599
Sodomía 136, 599
Stott, John 248, 580

Sueño inconsciente del alma 102
Sufrir por Cristo 499-500
Superficialidad religiosa 189

Tácito 42
Taylor, Hudson 103, 249-250
Temer a Dios 228, 508
Tentación 28, 60, 146, 216, 303, 323, 378, 438, 462, 474-475, 530, 534-535, 569, 580
Teodosio I, el emperador 198
Teología 9, 40, 54, 59, 118, 205, 360
Tertuliano 107
Testificación 80, 249
Tierra, su destino en las manos de Dios, la 508
Tito Vespasiano 198
Torah 400-401
Tozer, A. W. 124, 239, 580
Tradición rabínica 16, 40, 189, 413
Trajano 42, 599
Trento, Concilio de 286
Trinidad 42, 45, 320, 462, 522
Tristeza piadosa 260
Tyndale, William 12-13, 36

Universalismo 99, 102, 349
Ur de los caldeos 271, 294, 297

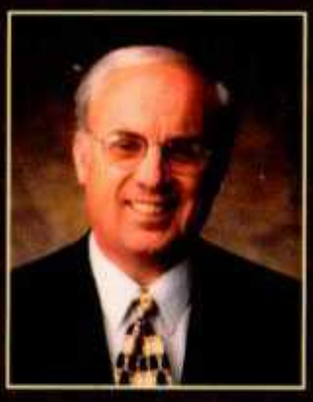
Varro 119
Verdad de Dios, uso práctico de la 348
Vespasiano, Tito 198
Vida cristiana 14, 360, 374, 387, 392, 435, 482
Vida más profunda 473
Viejo hombre 348, 353, 360-362, 366-368, 424, 437-438, 440, 460, 473, 515, 538, 600
Vivir en santidad 358, 366
Vocación 23, 48, 50, 256, 471, 477
Voluntad del cristiano, la 380

Watson, Thomas 92, 104, 130, 426, 512, 532, 580
Watts, Isaac 255
Wesley, Charles 329
Wesley, Juan 12, 241, 565
Westminster, catecismo abreviado de 114
Wilde, Oscar 394
Wuest, Kenneth S. 362, 581

Yahvé 183, 462, 598, 600

Zwinglio, Ulrico 184

Comentario MacArthur del Nuevo Testamento



En las páginas de estos comentarios expositivos no se percibe solamente un gran conocimiento de la Biblia, sino un amor y un celo profundos por la Palabra de Dios y por el Dios de la Palabra. John MacArthur hace una valiosa contribución a la interpretación y aplicación del texto bíblico que se refleja en una exégesis cuidadosa, una gran familiaridad con el escritor inspirado y su contexto, así como en variadas explicaciones e ilustraciones prácticas. Representa un excelente recurso para la preparación de sermones, el estudio personal y la vida devocional.

JOHN MACARTHUR es pastor y maestro de la Iglesia *Grace Community* de Sun Valley, California. Es autor de muchos libros que incluyen los siguientes publicados por Editorial Portavoz: *Cómo ser padres cristianos exitosos, La libertad y el poder del perdón, La segunda venida, El poder de la integridad, ¡Cuidado con los falaces!* y *La gloria del cielo.*

Comentario / Nuevo Testamento

ISBN 0-8254-1522-5

9 780825 415227

EDITORIAL PORTAVOZ

GRACIA a Vosotros
Descubriendo la Verdad de Dios En Versículo a la Vez